MAR CANTERO

UNA NOCHE PRECIOSA PARA VOLAR

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS

edhasa

UNA PRECIOSA NOCHE PARA VOLAR

MAR CANTERO

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición impresa: septiembre de 2021
Primera edición en e-book: septiembre de 2021

© María del Mar Cantero Sánchez, 2021
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com ; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-9740-876-9

Producido en España

A todas aquellas mujeres que vencen los obstáculos
cada día para alcanzar sus sueños, así en el Cielo
como en la Tierra...

Tu tiempo de vida en el mundo es tu única oportunidad
para cambiarlo y dejar tu preciosa huella en él.

UNA PRECIOSA NOCHE PARA VOLAR

Prólogo

Desearías quedarte aquí para siempre. Esta noche, su sonrisa te parece el mayor de los consuelos, como aquellas noches de tormenta en que tenías tanto miedo y rezabas agarrada al rosario que te había regalado mamá. Las sombras se extienden desde la calle hasta el interior de la habitación, pero al sonreír él te llena el mundo de luz.

Te preguntas por qué los hombres se empeñan en matar o morir, en destrozar el mundo arrastrando con ellos a tanta gente. Y no sabes qué es peor: si imaginártelo matando o muriendo, porque lo que anhelas en el fondo de tu corazón es que nunca cambie; que no regrese como un extraño.

Lo miras desde la ventana, tras el cristal empañado por la niebla que cubre los tejados de Londres, esa ciudad oscura que ahora, cuando antes era sólo un nombre lejano y desconocido, amas tanto porque está él.

Duerme agitado, con la respiración forzada por el frío y los nervios que lo consumen. Al amanecer se tendrá que marchar y te quedarás sola. Ya ha llorado durante la noche, cuando estaba dentro de ti y te hacía suya por última vez, antes de caer rendido a tu lado, piel con piel, sudor con sudor, un corazón helado junto a otro corazón helado, porque ya no habrá más expresiones de amor que puedan calentar los sentimientos.

Y tú no has logrado conciliar el sueño, porque nunca has tenido tanto miedo, ni cuando la sirena te despertó aquella madrugada y tuviste que correr entre un tumulto y permanecer encerrada durante horas en un sótano, tapándote los oídos con las manos para no escuchar los bombardeos. No, nunca has tenido tanto miedo como esta noche, y ahora esperas la salida del sol como una sentencia.

Recuerdas los días soleados en Barcelona, cuando paseabais toda la familia, cuando eras aún muy niña y te sentías protegida. Ahora nadie puede protegerte. Te has alejado de todos aquellos a los que amas

para vivir tu sueño de volar y en el camino has encontrado otro sueño, uno que no podías imaginar siquiera. Pues cómo haber soñado con un rostro como el suyo, con esa sonrisa que te desarma en cuanto deja entrever sus dientes blancos y perfectos y esos ojos verdes, enmarcados en el rostro alegre y juvenil que no puedes dejar de mirar, incluso mientras duerme y los tiene cerrados.

Las lágrimas caen por tus mejillas. Estás helada, con una manta sobre el cuerpo pero aún desnuda, con la sensación de sus besos en cada línea de tu piel. Porque todavía sientes cómo acarició tu vientre, tus senos, tus piernas, y te estremeces. Te gustaría ser capaz de recordarlo también cuando esté lejos.

Te secas las lágrimas y regresas a la cama. Él se da la vuelta, aún dormido, y te pegas a su cuerpo, aspiras el aroma de su cuello y acercas tu mejilla a la piel cálida de su espalda. Lo besas, débilmente. Lo amas tanto que quieres que siga soñando, que no despierte, porque cuando lo haga, la noche correrá, y deseas que sea eterna. Te agarras a su cintura, hecha un ovillo tras él, entre la ropa de la cama que todavía huele a vuestros cuerpos húmedos.

–*I love you* ... –te susurró con la voz entrecortada, como si las palabras se le atragantaran en la boca.

De repente, la cena para uno compartida hacía unas pocas horas en la cama, tras haber hecho el amor y antes de volver a hacerlo, se te remueve en el estómago. No te ha gustado nada, aún no te has acostumbrado al pescado frito con mantequilla ni a las patatas cortadas de forma tan rara.

Pero él y su declaración de amor te siguen pareciendo imposibles, tan bello todo que parece robado de una escena de película, como aquella reposición en el cine, en la que el chico invitó a la chica a cenar y ella llevaba un vestido que parecía de plumas. Ambos bailaban tan ligeramente como si volaran mientras sonaba una maravillosa canción, de la que apenas recuerdas la melodía del estribillo.

Se da la vuelta, y ya es inevitable. Sientes un mordisco en el corazón. La noche se acaba. Te agarra con sus brazos y te aprieta contra él, huele tu pelo, lo acaricia, lo besa y, después, te coloca sobre sí para amarte de nuevo, para arrastrarte otra vez a ese placer que nunca debiste sentir. Si nunca hubiera ocurrido, ahora no tendrías que sufrir su ausencia, ni el miedo a que desaparezca del mundo, a que le hagan daño, a que lo torturen, o a que se convierta en un desconocido.

De repente, alguien avisa desde fuera. Las luces de la calle se apagan y os envuelve la oscuridad. El sonido de una sirena llega como conclusión a vuestro asombro. De nuevo, el enemigo se empeña en acabar con vuestras vidas. Él levanta la voz para contestar que ya

bajáis. Hace el gesto de levantarse para vestirse, y entonces tú lo detienes, lo agarras del brazo y le susurras una única palabra que se dice igual en casi todos los idiomas: «No».

Durante unos segundos que se te hacen eternos, él permanece sentado en la cama. Debéis poneros a cubierto. Entraréis por alguna de las puertas del metro o de un sótano cercano y pasaréis vuestra última noche rodeados de desconocidos que tiemblan de frío y de miedo, de niños que lloran sin saber qué está ocurriendo, de viejos que tosen porque la humedad les hace más daño que las bombas y de hombres y mujeres que desearían haber nacido en otra época. Y os abrazaréis en la oscuridad hasta que llegue el momento de separarse.

«No», repites. No estás dispuesta a pasar por todo eso una vez más. No, al menos esta noche, la última noche.

Vuelve a acostarse a tu lado. En la oscuridad, no has podido ver sus ojos; tampoco el gesto de sorpresa que le supones, ni si ha sonreído o llorado, pero ahora sientes cómo se pega a tu cuerpo, te abraza y te calienta el alma de nuevo.

Te besa, y quieres decirle que no, que ya has tenido bastante con la última vez, pero no sería cierto. Anhelas que entre en ti casi tanto como que nunca se marche. Lo deseas con el alma y con el cuerpo, que se abre a él como una flor en primavera.

La sirena continúa sonando. Os pone nerviosos, os molesta, os incita a aprovechar al máximo el tiempo. Te rindes al fin. Tus piernas se separan para recibirlo, y él entra en ti como si fuera la primera vez. Siempre te lo parece, pues sabe amarte con tanta destreza que todo te parece nuevo. «Esto no debe ser fácil de encontrar en una vida», piensas. Te preguntas si las noches de papá y mamá también fueron así, si Celina correrá tu misma suerte en el amor, si los demás han conocido alguna vez un amor como el vuestro.

La sirena calla, y empiezan los estruendos. Al principio, lejanos; después, se acercan, como si las bombas fueran caminando hasta vosotros, destrozando a su paso todo lo que tocan, asolando la vida. El fragor es cada vez más fuerte. Te tapas los oídos. Sigues sin verlo, pero sabes que está contigo: escuchas su respiración y sientes el palpitar de su corazón acelerado. Sientes pavor entre el deseo.

Él vuelve a entrar en ti, ahora con fuerza; besa tus pezones erizados y hunde su rostro entre ellos antes de rendirse. Cuando el placer te llega, el terrible sonido de una bomba demasiado cercana acalla tus gemidos. Sientes que el edificio tiembla, la cama se mueve, el techo suena como si fuese a resquebrajarse, pero tú te sabes afortunada.

Por fin se hace el silencio. Esta vez el bombardeo no ha sido muy largo. Las luces de la calle se encienden de repente y podéis miraros

de nuevo. Seguís vivos, pero ahora tú tienes que consolar su dolor, y también el tuyo que, callado, es como una losa sobre tu cabeza.

–Te quiero... –dice en un español que suena extraño, con ese acento suyo que amas sobre todas las cosas.

Sonríes, como para apaciguar su maltrecho corazón, pero no lo consigues. Te pedirá más, mucho más.

–Nunca dices te quiero... –te dice, esta vez en francés, su lengua materna.

Tú lo entiendes, pues en ese idioma estudiaste en el colegio de Francia. Te exige lo que no puedes darle, y no es la primera vez. No es que no lo ames, lo adoras, pero nunca nadie te enseñó a decir lo que sientes. Al contrario, fuiste educada para callar tus sentimientos. Y ahora, cuando no sabes si regresará a tus brazos alguna vez, cuando te puede la vergüenza, te vuelves muda.

–Encontremos una frase que signifique lo mismo para nosotros y que no sea difícil de decir para mí –contestas al fin.

Un «te quiero» no sería bastante para expresarle cuánto lo amas. Ni siquiera un «te amo» bastaría. Ni arrancarte el corazón y entregárselo sangrante para que se lo llevara consigo sería suficiente.

Él te entiende y te dedica una sonrisa. Luego se recuesta sobre la cama, coge tu mano y tira de ella para que caigas a su lado. Te rodea con sus brazos fuertes y te besa en los labios tan apasionadamente que te hace llorar, sin que esta vez puedas evitarlo. Y él llora también, justo cuando un rayo de sol ciega sus ojos por un instante. Tumbados en la cama, veis cómo llega el amanecer, haciendo desaparecer la niebla. Las farolas se apagan, esta vez para siempre.

Te sorprende comprobar que es un día soleado como nunca habías visto en Londres. Parece que el sol se burle de vuestro dolor. Y te duele tanto que te parece que incluso oyes su risa mientras se empeña en entrar por la ventana para iluminar la cama, como un intruso que vigila vuestros últimos minutos de intimidad.

Falta muy poco para que escuchéis un silbido bajo la ventana, la señal de que ha de marcharse. Será entonces cuando tenga que vestirse deprisa y a tropezones y dejará de darte toda su atención para entregársela al resto del mundo. Volverá a ser un hombre con deseos de convertirse en héroe. Pero quizá cuando regrese no recuerde que se llevó tu corazón, porque se lo has dado para que lo haga añicos en el duro viaje, para que lo saque del abrigo de su uniforme cuando tenga un rato de descanso y lo apriete muy fuerte en su mano hasta que tú, en otro lugar del mundo, sientas el mismo sufrimiento que cuando se fue. Más adelante sabrás que lo está apretando cada vez que sientas dolor al pensar en él.

Y, a pesar de todo, no has sido capaz de regalarle un «te quiero» todavía. Su rostro vuelve a tornarse triste al ver tus lágrimas; las recoge con un dedo y después te besa con desesperación, como si quisiera arrancarte también los labios. Tú te resistes. No entiendes por qué, pero ya estás sufriendo bastante; el sol es tu enemigo, el mundo entero lo es, y también él, porque va a alejarse de ti y, aunque sabes que no quiere, no es lo suficientemente valiente como para dejarlo todo, romper con las reglas absurdas y marcharse volando contigo hacia algún paraíso donde nadie os encuentre. Por eso has decidido quedarte y esperar.

Lo odias por dejarte y lo amas porque ya no puedes borrarlo de tu vida. Si no le hubieras devuelto la mirada en aquel baile, si no le hubieras devuelto aquella sonrisa... Pero ahora ya es tarde. Ya estás muerta.

Para hacerte sonreír, te pide que inventes esa frase que signifique te quiero, te amo, jamás te olvidaré porque me has robado el alma.

Se acurruca y te abraza de nuevo. Y por fin se decide a dirigir los ojos hacia ese amanecer que ya envuelve de luz cada rincón de la habitación. Deja de mirarte, porque sabe que la locura del mundo lo está esperando, y entonces murmura unas palabras, las mismas que te dijo la primera noche que te entregaste a él:

–*It's a beatiful night to fly*...

Y tú esta vez no tienes que esforzarte en traducir; te das cuenta de que ya entiendes inglés mucho mejor de lo que crees, aunque aún te dé un poco de vergüenza reconocerlo y sientas que traicionas al aburguesado francés que te enseñaron las monjas.

Aprietas los labios cuando él se desprende de tus brazos para abrir la ventana y responder. Saboreas la sal de tus últimas lágrimas y, en un susurro tardío, pues él ya no es capaz de oírte, pronuncias esas palabras en tu idioma, en un español que suena lejano, como de otra vida. Son tristes y amargas, pero expresan lo que sientes.

–Es una noche preciosa para volar.

Primera parte

Laia

«Las oportunidades no pasan dos veces, tienen su orgullo...».

Anónimo

1. La dulzura de *Maman*

Poitiers (Francia), marzo de 1939

La lluvia hacía que la hierba y los árboles parecieran más verdes y brillantes mientras caminaba deprisa hacia lo que su corazón intuía era la puerta a la libertad. Los latidos de Laia eran tan incesantes como aquel incansable chispeo que duraba ya tres días. Atravesó el claustro, cubriéndose torpemente con la capelina, en dirección al edificio principal del colegio. Sin correr, porque no estaba permitido. La hermana Lourdes ya se lo había advertido en varias ocasiones con su media sonrisa habitual.

En Francia, cuando llovía, lo hacía a conciencia. Laia deseaba ardientemente volver a ver el sol y sentir su calor sobre el rostro hasta que se le enrojeciera, lo que solía ocurrirle rápidamente, pues su piel era muy blanca, casi rosada. Resbaló en el escalón de piedra de la entrada; había crecido más hierba, demasiado escurridiza al mezclarse con el barro. Menos mal que no se había caído: podría haberse manchado el uniforme y habría sido un desastre aparecer llena de barro, como una chica descuidada.

Respiró profundamente un par de veces antes de abrir la puerta. No quería entrar con el corazón a punto de salírsele por la boca. Temía que la monja la reprendiese de nuevo, aunque esperaba que esta vez fuera un poco más comprensiva, ya que la ocasión era realmente excepcional. Su padre venía a visitarla después de casi tres años, motivo más que suficiente para estar nerviosa y emocionada. Cierto que había recibido cartas suyas asiduamente, pero no era lo mismo verlo en persona por fin, tenerlo frente a ella y poder darle un abrazo, si se lo permitía, pues solía ser un poco arisco, o al menos así lo recordaba. Se acordaba también de su trato respetuoso y amable, pero

lejano, más de lo que a ella le hubiese gustado. Tras la muerte de su madre, de quien apenas tenía memoria, salvo de su eterna sonrisa y su risa complaciente, don Carlos se había vuelto un hombre huraño y esquivo.

La hermana Lourdes se dio cuenta al momento de que tenía los ojos brillantes y se estaba aguantando el llanto. La miró de arriba abajo, revisando cada detalle de su vestimenta, le atusó el pelo, mojándose la yema de los dedos con la lengua y luego le sonrió. Aquella adolescente de espíritu rebelde que, en más de una ocasión, les había causado algún leve disgusto, estaba claramente nerviosa.

La cogió por los hombros, pues temía que echase a correr y no volviesen a verla en todo el tiempo que durase la visita. Conocía los sentimientos que albergaba hacia su padre desde que las había dejado, a ella y a su prima Celina, allí, en Saint Chaumond, al amparo de las religiosas. Aunque la intención había sido la de un buen padre, alejarlas de un país en guerra como era España en aquellos años, no haberse ocupado de ellas, no ir a visitarlas, era algo que, sin duda, las niñas le harían pagar en algún momento. Sobre todo, Laia, que era su hija. Celina, hija del hermano de don Carlos y de su esposa, ambos fallecidos en un accidente de tren, sería más tolerante, debido a su corta edad cuando todo sucedió. Ella les hablaba siempre sobre el poder manifiesto del perdón, pero dudaba de si sus palabras calaban hondo en el corazón de Laia, que se daba cuenta de todo.

La hermana se colocó tras ella y la invitó a entrar. Celina ya abrazaba a don Carlos por la cintura. El hombre la retiró con cuidado para recibir a su hija y, seguramente, también porque se avergonzó delante de la monja por el abrazo casi indecoroso de la niña. Miró a Laia con condescendencia, como si quisiera pedirle perdón por los años de ausencia, aunque no dijo nada; se quedó plantado delante de la chimenea, con su abrigo de lana gris y su porte altivo. Respiró sonoramente.

–¿Cómo estás, hija? Me alegra mucho verte –dijo al fin.

Laia no supo qué hacer ni qué decir. Se le había cerrado completamente la garganta y temía que, si abría la boca, las lágrimas aflorarían a sus ojos y la voz le saldría acongojada, y entonces él sabría que lo había echado muchísimo de menos. No se merecía saber cuánto había sufrido por él durante la guerra, las noches en las que había pedido a la santísima Virgen de Lourdes su regreso, sano y salvo, cuántas veces se lo había imaginado combatiendo contra el enemigo o en algún hospital, herido y a punto de morir.

Había ido preguntando a las monjas con las que tenía más confianza sobre cualquier noticia de España, para hacerse una idea

mejor de cómo estaría y si corría peligro. En el colegio había más niñas españolas, así que a veces, por la noche, en la habitación, se contaban noticias unas a otras; habitualmente eran erróneas, pero ella no lo sabía. Se escuchaban muchas cosas horribles de la guerra, como que los religiosos estaban siendo asesinados y que las reyertas se daban entre hermanos y vecinos, entre personas que en otro tiempo habían sido incluso amigos. A pesar de saberse a salvo, aquella cruenta guerra le parecía eterna y vivía con el corazón en un puño.

Pero su padre no había resultado herido, ni muerto, y ahora estaba frente a ella, sin huella alguna, al menos visible, del dolor o sufrimiento que una guerra debía ocasionar. Para su sorpresa, se dio cuenta de que venía acompañado de una mujer, vestida con ropas lujosas y joyas muy brillantes. Cuando ésta se acercó a él, su padre la recibió pasándole el brazo por los hombros en un gesto claramente cercano.

Laia sólo fue capaz de agachar la cabeza y hacer una reverencia, como las que hacía frente al altar cuando acudía a rezar el rosario. Se inclinó, bajó la rodilla y rápidamente se retiró a un rincón para sentirse un poco más cómoda. Celina corrió inmediatamente hacia ella y la tomó de la mano, en un intento de no ampararse de la soledad que le había provocado el más que esperado encuentro con su tío. Laia se dio cuenta en ese momento de que no siempre había sabido proteger a la niña. A sus trece años, seguía siendo un tanto irresponsable para su edad, como le solían decir las monjas que se encargaban de su educación.

Tragó saliva, la visita no había acabado y aún quedaba lo peor. Apenas acababa de comenzar el encuentro y ya estaba deseando volver al colegio para sentirse protegida entre los muros del convento. Habría preferido incluso rezar el rosario en la capilla con tal de marcharse del lado de su padre y de aquella mujer tan bella y atrayente, cuyos ojos, grandes y pintados con sombra oscura y de un color azul negro que dejaba sin habla, le provocaban temor. Se sintió pequeña ante su cuerpo esbelto y voluptuoso, cubierto con un chaquetón de piel en color blanco sobre una falda larga y estrecha. Iba tan bien peinada, con unas ondas en el lado derecho de su cabeza, y tan maquillada que le pareció una cantante de varietés, de esas que había visto alguna vez anunciadas en los carteles del teatro del pueblo. Se dio cuenta de que incluso la hermana Lourdes la miraba casi extasiada, no sabía si por el brillo de sus joyas o por el de sus ojos.

La mujer caminó lenta pero segura hacia las niñas, que se habían pertrechado junto a los ventanales, regalándoles una tierna sonrisa de

dientes blancos y labios de carmín rojo. Estiró delicadamente un brazo y les ofreció la mano, empezando por la pequeña, que se la dio con rapidez, sin querer soltarla, mientras miraba la sortija de rubíes que lucía en su dedo. La mujer dejó que la niña le apretara la mano, para hacerse con su confianza, y después, agachándose, le pidió un beso en la mejilla. Celina se lo dio con alegría. Sin dejar de sonreír, se levantó y le ofreció la mano a Laia, mirándola desde arriba, pues era bastante alta. Ella se la dio con amabilidad y respeto, haciendo de nuevo la breve genuflexión doblando la rodilla derecha.

–Preferiría un abrazo –dijo la mujer, con una voz armoniosa y un encantador acento francés.

Laia se acercó tímidamente, y al momento se sintió atrapada por su cuerpo curvilíneo y sus brazos suaves por la piel del abrigo. Hundió el rostro en su regazo y aspiró el aroma de su maravilloso perfume. No era precisamente el olor a campo al que estaba acostumbrada; olía dulce, a madera mezclado con flores y alguna especia. Sin darse cuenta, sonrió. Cuando la mujer se separó de ella, le devolvió la sonrisa.

–Encantada de conoceros, niñas. Espero que a partir de ahora podáis llamarme *Maman*.

Al escuchar «mamá» en francés, Celina se abalanzó de nuevo sobre ella y se agarró a su cintura con lágrimas en los ojos. La mujer la recibió agradecida. ¡Cuánto habría echado de menos un abrazo aquella niña! Cerró los ojos, intentando imaginar lo que habrían sufrido tras la muerte de la madre de Laia, que también era la única madre que la pequeña había conocido.

Sin soltar a la niña, se dio la vuelta en dirección a su esposo, no sin antes estirar el brazo derecho y ofrecer su mano a Laia. Ésta la cogió y las tres caminaron hacia él, como una familia recién recuperada. El hombre las recibió con una tímida sonrisa, comprendiendo que en tan sólo unos minutos su querida esposa se había ganado a las niñas.

La hermana Lourdes se limpió los ojos empañados de lágrimas por la emoción. Siempre se alegraba cuando los padres al fin venían a por sus hijas, pero esta vez su alegría era mucho mayor. Laia era ya una mujercita, alocada, revoltosa y muy indisciplinada, y necesitaba el ejemplo de una mujer adulta. Estaba segura de que bajo el esplendor de aquella mujer que, a primera vista no era lo más parecido a una madre, se ocultaba un tierno corazón maternal.

Cuando llegó el momento de los regalos, la hermana decidió dejar a la familia a solas. Había estado presente para asegurarse de que las niñas estuvieran bien, pero ya podía marcharse con tranquilidad y dar las gracias a la Virgen santísima. Cerró la puerta tras de sí, no sin

observar por última vez el bello retrato familiar, y se santiguó, elevando sus ojos al cielo.

–¿Cómo se llama usted? –preguntó Celina en francés, al tiempo que miraba a su tío, esperando su reprobación. Éste no dio ninguna muestra de reproche, y la niña se sentó tranquila junto a la mujer, que comenzó a acariciarle el pelo con verdadero cariño.

–Mi nombre es Dominique, pero hemos quedado en que me llamarías Maman.

La pequeña asintió alegre y siguió con sus preguntas.

–¿De dónde eres Dominique..., Maman?

–Nací en París, pero he vivido mucho tiempo en distintos lugares del mundo: Nueva York, Londres, Milán...

Francesa. Laia pensó que su padre no había tenido que ir muy lejos para encontrarla. Quizás él también había permanecido en Francia todo este tiempo. Quizá nunca había corrido ningún peligro, como ella había temido tantas veces, porque no había estado en España durante la guerra. Casi se sintió un poco molesta y engañada.

–¿Y dónde conociste a papá? –se atrevió a preguntar, impulsada por su reciente indignación.

–En Nueva York. –La mujer la miró con una sonrisa espléndida–. Allí me pidió la mano y me regaló este maravilloso anillo –rio, completamente feliz.

La pequeña le agarró la mano y volvió a mirar el rubí con admiración, mientras Laia intentaba aceptar que su padre había estado viajando por el mundo mientras ellas vivían recluidas en aquel colegio de monjas, quienes, por muy buenas que hubieran sido, no eran de su familia. ¿Por qué no se las había llevado con él? ¿Por qué las abandonó allí mientras él recorría Europa en busca de una nueva esposa? Su irritación y su rabia iban creciendo por momentos.

–Creo que es el momento de abrir los regalos –intervino don Carlos acercando unos paquetes. Parecía visiblemente alegre, para asombro de las niñas.

Celina desató el lazo de una gran caja y gritó emocionada al descubrir un precioso vestido blanco y una chaquetita de lana ligera, tejida en color rosa claro. Después, su padre la ayudó a abrir otro que ocultaba unos zapatos de charol en color rojo. Volvió a soltar un gritito, emocionada por la sorpresa. Dominique sacó entonces de una caja redonda un bonito sombrero de terciopelo también rojo y se lo ajustó en la cabeza.

–¡Vas a estar preciosa! –exclamó la mujer.

Cuando le tocó el turno a Laia, ésta abrió despacio y con timidez sus tres cajas. En la más grande había un maravilloso vestido blanco

con pequeñas flores azules, muy primaveral, y otra chaqueta de lana en color azul claro. En la caja de zapatos descubrió unos preciosos en un tono beige, brillantes, y por supuesto también había un sombrero de terciopelo del mismo color para ella. Le pareció una ropa tan elegante que se acordó de cuando solía vestir así en España, antes de que su madre muriera y el uniforme del colegio se convirtiera en su atuendo diario.

–Aún eres joven para llevar tacones –le dijo Dominique, contenta al ver su expresión conciliadora–, pero son un poco más altos que los de tu prima –añadió, guiñándole un ojo.

–La ropa es un poco fresca para el clima de Poitiers. No ha parado de llover en tres días y suele ser así hasta el verano... –comenzó a explicar Laia, con una intención bien marcada.

–Creo que es mejor decírselo ya... –Dominique miró a su esposo.

El hombre se sentó junto a la pequeña y su recién estrenada madre, frente a Laia, que esperaba angustiada.

–Niñas, estos vestidos no son para Francia, pues no os quedaréis mucho tiempo aquí. La guerra en España terminó hace meses, y ya podemos regresar –exclamó el padre con el rostro alegre–. Aunque no volveremos a casa, no iremos a Barcelona. Empezaremos una nueva vida en la capital.

Se hizo un silencio estremecedor. Al poco, Celina se abrazó al cuello de su tío, entusiasmada. Laia no supo cómo reaccionar; su corazón había dado un vuelco y tenía los ojos empañados de nuevo. Estaba tan feliz de estar con él que le daba igual donde fueran, España, Francia o Nueva York. Lo maravilloso era volver a sentir que tenía un padre que la quería, y ahora, además, gracias a Dominique, se habían convertido en una familia de nuevo.

Se levantó, con el sombrero entre las manos, y se acercó a su padre, esperando que el abrazo de su prima terminase. Cuando ésta abrazó a Dominique, ella fue quien se agarró al cuello de su padre. Él se levantó con rapidez para recibirla y comenzó a acariciarle el pelo con delicadeza. A Laia no le importó aplastar el precioso sombrero de terciopelo con su cintura, sólo quería sentirlo tan cerca que nada ni nadie pudiera arrebatárselo de nuevo. Nunca se había parado a pensar en cuánto lo quería, solamente en por qué se había deshecho de ellas y en si volverían a verlo. Desde que se marchó, todos sus pensamientos habían estado acompañados de ira, de rabia y de mucho dolor. Y ahora estaba allí, abrazándolo como si nunca hubiese desaparecido, dejándolas solas durante casi tres años. Sí sabía perdonar.

Esta vez su padre permitió que Laia alargase el abrazo, y a la niña se le hinchó el pecho de una hermosa emoción muy parecida a la

felicidad.

Desde el sofá, aún con la pequeña mano de Celina entre las suyas, Dominique los miraba emocionada y contenta. Al fin podían ser la familia que ella siempre había soñado.

2. El mundo bajo sus pies

La idea de su padre de pasar unos días en Santander antes de ir a Madrid le pareció maravillosa. Estaba deseando ver algo más que las callejuelas bucólicas, aunque adorables, de Poitiers, los muros del colegio o el mar que había contemplado hasta la saciedad desde la cubierta del barco.

Al pisar tierra firme, sintió una fría humedad y se puso la chaquetilla sobre el blanco e impoluto vestido que sus padres le habían regalado.

–¡En esta ciudad solía haber muy buenas modistas! –exclamó Maman, que tenía a Celina de la mano.

Ambas estaban preciosas, acordes con su padre, que llevaba un traje nuevo que le daba un aspecto muy interesante. Se les veía felices de volver a España, aunque algo alicaídos al ver desde la ventanilla del coche algunos edificios derruidos por los bombardeos.

–¿Qué le ha pasado a esta ciudad? Antes era de las más bonitas del reino –comentó don Carlos con el rostro visiblemente entristecido.

–Volverá a serlo, *mon chéri* –le respondió Maman, apretando su mano para consolarlo.

–No quiero pensar en cómo nos encontraremos Madrid.

–Estará mal, ya te lo han dicho, pero tenemos dinero, y no todo el mundo puede decir lo mismo.

–¿Te das cuenta de que hemos vuelto a mi país huyendo de nuevo?

–No pienses eso. Estás aquí, es lo importante.

Laia no había podido evitar oír la breve conversación, sentada frente a ellos en los anchos asientos del coche que había ido a recogerles al puerto. Aún faltaba un rato para llegar a Comillas y, mientras atravesaban el centro de la ciudad, ella también se había quedado absorta contemplando el desastre. A pesar de todo, era fácil intuir su antigua belleza, conservada aún en muchas de sus calles, salpicadas de un mar azul tan intenso como el de alta mar.

–¿Qué océano es éste? –preguntó la pequeña Celina, mirando por los binoculares que Maman solía utilizar para observar el escenario desde el palco del teatro.

–El Atlántico, supongo –respondió la mujer, cogiendo los prismáticos que le ofrecía la niña para mirar hacia el horizonte.

–Es el mar Cantábrico. Santander está en Cantabria –aclaró Laia.

–Muy bien, hija –le sonrió su padre–. Veo que en el colegio os han educado bien.

Laia no ocultó su cara de satisfacción.

–También es por esos libros que lee. No levanta la nariz de sus páginas –rio silenciosa Maman.

El comentario fue del gusto de todos. Dominique era una mujer capaz de endulzar cualquier momento, por muy espinoso que fuera. Para su esposo, era realmente difícil regresar a su país y ver los estragos de la horrible e incomprensible guerra e imaginar que algo parecido, o peor quizá, estaba a punto de ocurrir en Europa.

El mar azul oscuro se extendía como una lengua mansa cuando el coche salió de la ciudad y se adentró en una pequeña carretera sin asfaltar. Poco después, el camino se hizo tan tortuoso y molesto que a Laia se le empezó a revolver el estómago, aunque trataba de disfrutar, mirando por la ventanilla abierta, del aire marino y campestre al mismo tiempo, con sus aromas entremezclados y sus vistosos paisajes. Las flores de llamativos colores refulgían gracias a la primavera, y los pájaros, pequeños gorriones y gaviotas de gran tamaño, sobrevolaban el vehículo o respondían aleteando asustados a su paso. Cuando el coche frenó un poco la velocidad, una mariposa pasó rozándole el rostro. Agradeció el aire fresco de la mañana y respiró, sintiéndose un poco mejor. Volvió a meter la cabeza dentro del coche y escuchó las últimas frases de la conversación de sus padres.

–¿Crees que seré bien recibida? –preguntaba una temerosa Dominique.

–Por supuesto. Y, si no fuera así, cosa que dudo, nos marcharemos. –Le sonrió. Don Carlos le daba mucha seguridad, la que le había faltado siempre–. No tienes nada que temer, querida. –Cogió su mano y la besó–. Ahora somos una familia, y nadie puede cambiar eso.

Laia los miró feliz. En los pocos días que llevaban juntos, le había cogido tanto cariño a Maman que ella misma la defendería con uñas y dientes si alguien se atrevía a criticarla, a ella o a su pasado, que, intuía, debía de haber sido un tanto tortuoso.

Lo veía como un punto a su favor, pues la hacía más atractiva a ojos de su padre y de ella misma. Era una mujer de mundo, pero con las elegantes maneras de una dama de la alta sociedad, así que

seguramente sería bien aceptada por los amigos de su padre. Y verlo a él tan feliz y tan enamorado de nuevo era más de lo que podía pedirle a la vida. Había pasado tanto tiempo viviendo preocupada por él que ahora por fin podría dedicarse a ella misma, a ser sólo la hija, pues sus padres se ocuparían de lo demás.

Miró de nuevo por la ventana. Ya se acercaban al pueblo, y enseguida pasaron cerca de un sorprendente edificio modernista que, según les comentó su padre, había construido el arquitecto Gaudí. A Laia le impresionó sobremanera aquella arquitectura de extrañas formas y el brillo de sus materiales.

–Y aquel edificio que se ve allí arriba –don Carlos señaló con el dedo por la ventanilla– es la universidad. Me alegra que siga en pie. Creo que allí ha estudiado Derecho Néstor.

Laia hizo una mueca: Néstor era un nombre muy rimbombante.

El coche atravesó la calle principal del pueblo, con casas construidas en piedra y balcones de madera oscura, y salió luego por un camino estrecho y largo, rodeado de árboles monumentales, en cuyo final se erigía una mansión de ladrillo rojo y tejados azules, con piedra blanca rodeando las ventanas y los balcones y una hiedra alta y rojiza que llegaba hasta algunos de ellos.

El cochero rodeó una fuente de piedra con estatuas de niños y palomas y se paró frente a un portón de madera y hierro forjado. Don Carlos le pagó, y el hombre sacó las maletas del baúl y las dejó frente a la puerta. Al instante, un criado apareció y las metió dentro mientras pedía a la familia que lo siguiera.

El vestíbulo era casi tan grande como el claustro del colegio, con una gran escalera interior de mármol. En realidad, la casa parecía un palacio, fría y un poco oscura, a pesar de los grandes ventanales.

–¡Carlos!

Un hombre alto y grueso bajaba con rapidez los peldaños. Lo seguía una mujer delgada que sonreía y caminaba con delicadeza. Don Carlos abrazó al hombre con evidente cariño y estrechó la mano de la mujer, antes de presentar a Dominique y a las niñas.

–¡Pasad al salón principal, por favor! –dijo la mujer–. Enseguida nos traerán un refrigerio.

Laia se dio cuenta de que estaba hambrienta. No habían desayunado, pensando que el camino sería más corto, y se sentía mareada todavía, necesitaba comer algo pronto. El mayordomo se llevó los sombreros mientras se sentaban en unos sofás y sillones que había alrededor de una mesa baja, frente a una enorme chimenea del mismo mármol que el suelo. Laia agradeció que estuviera encendida, la primavera en Cantabria era demasiado fría. Rápidamente, una

sirvienta de uniforme trajo una bandeja con pasteles y café.

–¡Comed niñas! –pidió la señora de la casa.

Ellas obedecieron con timidez, a pesar del hambre; se sirvieron una taza de café con leche y algunos pastelillos en los platos, y se quedaron calladas mientras los mayores hablaban animadamente sobre su regreso y los días del final de la guerra.

–Ahora que habéis vuelto podemos recuperar nuestra sociedad económica, Carlos –decía el señor de la casa.

–Estoy de acuerdo. Ya es hora de continuar..., aunque me preocupa la situación en Europa. No sabemos qué va a pasar.

–No creo que tengamos que preocuparnos. Quizás incluso nos sea favorable.

–No estoy tan seguro. ¿Y si España entra en guerra de nuevo?

–Eso no va a pasar. Franco no lo permitirá. Acabamos de salir de una, y de órdago.

–Espero y deseo que tengas razón, Miguel.

–¿Qué os parece si damos un paseo por el jardín mientras los hombres hablan de cosas serias? –interrumpió la señora de la casa dirigiéndose a Dominique y las niñas, con el ceño fruncido al escuchar que hablaban de la guerra.

Dominique se levantó al instante. Celina hizo lo mismo, llevándose el refrigerio, pero Laia continuó sentada en el sofá, escuchando absorta la conversación de su padre y el hombre que, al parecer, había sido su socio. Ellos no se daban cuenta de que estaba allí, parecía no importarles que los escuchara, seguramente porque pensaban que no entendía nada de lo que decían, aunque ya era mayor y comprendía lo importante. Su padre tenía miedo de que hubiese otra guerra; eso podía significar la vuelta al colegio, aunque hablaba de Europa, lo que era aún más desconcertante. ¿Dónde las llevaría entonces, si Francia también entraba en guerra?

–¡Vamos, Laia! ¡Acompáñanos! –la llamó alegremente Maman desde el ventanal que daba al jardín.

El mayordomo volvió a traerles los sombreros, y se los pusieron antes de salir. Chispeaba, pero, según dijo la señora, era común en aquella época y no por ello dejaba de dar un paseo. Unos galgos se acercaron corriendo y juguetearon con Celina, que los acarició y echó luego a correr tras ellos.

–¿Qué hacen los perros aquí? –gritó la señora hacia el mayordomo, que salió a toda prisa a buscarlos–. ¡Os he dicho que les limpiéis las patas cuando vuelvan del paseo! ¡Que no entren así en la casa, lo dejan todo perdido! ¡Espero que no hayan manchado los vestidos a las niñas! ¡Están preciosas!

–Sí que lo están –comentó Dominique, orgullosa.

–Especialmente tú, querida, ya eres toda una mujer. Disculpa, no recuerdo tu nombre...

–Laia, señora. ¿Y el suyo?

Dominique se sorprendió por la pregunta de la niña, pero sonrió al ver que la mujer no se molestaba por haber sido tan directa.

–Elena. Me alegra que me lo preguntes, casi siempre soy la esposa de Miguel, la señora de, etcétera. Nadie me llama nunca por mi nombre –rio.

–¡Como si las mujeres no importáramos! –exclamó Maman con la mirada fija en el embarcadero.

–¡Exactamente! Todavía me sorprende a veces. ¿Acaso no hemos traído sus hijos al mundo? –Se dio cuenta enseguida de que había metido la pata–. ¡Oh, perdóname, querida! –Cogió el brazo de Dominique, frenando sus pasos en seco–. No quería decir que las que no tenéis hijos no hayáis hecho nada importante.

–No te preocupes –respondió Maman, tuteándola también–. Ahora soy madre de estas dos niñas, y estoy muy orgullosa. El resto de mi vida forma parte del pasado.

–Me alegra que pienses así. Será mejor para ellas que los años que viviste en Francia sean olvidados y enterrados, si hace falta.

–Así será –respondió Dominique, mordiéndose la lengua.

Al fin y al cabo, lo hacía por Laia. No podía permitir que los planes de Carlos para la familia se estropeasen por su orgullo y su ego.

–¿Y cuándo tenéis pensado ir a Madrid? –continuó preguntando Elena, mientras se acercaban a la playa en la que se extendía un pequeño embarcadero de madera, mar adentro.

–¡Tened cuidado, niñas!

Laia había echado a correr tras Celina, que se acercaba peligrosamente al agua. Ninguna había aprendido a nadar aún. En Poitiers, había un riachuelo al que las monjas llevaban a sus alumnas durante los días más calurosos del verano, pero no tenía agua suficiente como para nadar.

La niña había descubierto una pequeña barca atada a un madero. Descalzándose, se sentaron en el embarcadero con los pies colgando sobre el agua, moviendo la barca con pequeños empujones de los dedos. El mayordomo que antes se había encargado de los perros llegó pronto a su lado para vigilar que no se cayeran.

– No te preocupes, no nos moveremos hasta que llegue mi madre – le dijo Laia para que se marchara tranquilo.

–¡Qué bonito es esto! –exclamó Celina con una pequeña flor amarilla en su mano.

–Es cierto. –Laia miró la gran casa desde allí. Una habitación principal con una gran terraza se ocultaba en la entrada del camino para extenderse sobre la vista del mar–. Creo que podría quedarme a vivir aquí para siempre.

–Yo también. Es mucho más bonito que el colegio... ¿Cómo será Madrid, Laia? ¿Será como Barcelona? Aunque tampoco recuerdo casi nada de Barcelona.

–Sólo hace tres años y pico que nos fuimos, deberías acordarte.

Celina se encogió de hombros.

–Nosotros vivíamos en un piso muy grande y debajo había unos preciosos jardines, pero no eran nuestros, sino de la ciudad. Y vosotros vivíais en uno muy parecido que estaba cerca del nuestro.

–Pues no recuerdo apenas nada –se lamentó la pequeña.

–No creo que la capital sea tan bonita como Barcelona, ni como esto, pero seguro que es mucho más divertida. Aquí deben morirse de aburrimiento en invierno.

–Eso sí. Pero tienen perros y nosotros, no.

–Teníamos un gato, ¿te acuerdas?

–¡Micifuz! Sí, sí. Se lo quedó la vecina cuando... –Celina bajó la cabeza, compungida.

–Cuando murió mamá y papá nos sacó de allí. La vecina lo quería mucho.

–¡Qué pena! No volvimos a verlo. Quizás aún esté allí esperándonos sin sospechar que no vamos a volver...

Laia no creía que fuera así. Seguramente habría muerto en algún bombardeo. Había leído en el periódico de la hermana Lourdes que habían caído muchas bombas en Barcelona. Y sabía que su edificio había resultado dañado, pues se lo había oído decir a su padre.

Pensar en su madre la entristeció. Aún le dolía el corazón al recordar su sonrisa y su forma de cantar por las mañanas mientras acariciaba a Micifuz o cortaba las flores de las macetas de la terraza para ponerlas en un jarrón. Al menos, estaba segura de que había sido una mujer feliz. Todos habían sido felices cuando ella vivía.

Tratando de apartar de su mente esos pensamientos, metió la mano en el agua y comenzó a hacer ondas. Estaba fría y había peces. Lástima no haber guardado unas miguitas de los bollitos para echárselas.

–Mañana podemos traer pan a los peces, si quieres –comentó para alegrar a su prima.

–¡Sí! ¡Vendremos temprano y quizá podamos pescar alguno! –respondió emocionada la pequeña.

–¿Y para qué quieres pescarlos?

–Para meterlos en un bote y llevármelos a Madrid.

–Pues mañana lo traeremos –repuso Laia riendo ante su ocurrencia.

* * *

Dominique agradeció que la señora de la casa fuera sincera con ella. Prefería que le hablaran de frente a las críticas por detrás que había sufrido por parte de otros amigos y conocidos de Carlos. Por primera vez, alguien le decía lo que quería y sabía a qué atenerse.

–No será fácil, querida. Carlos lleva solo mucho tiempo, y hay muchas mujeres que habrían querido estar en tu lugar y que, seguramente, consideran que tienen más derecho que tú, pero nada en esta vida es fácil.

–Lo sé. Mi vida no lo ha sido, te lo aseguro.

–Puedo imaginarlo. Pero ahora, a su lado, no vas a volver a pasar penalidades. Una nueva ciudad con gente nueva y desconocida es lo que necesitáis. Eso sí, has de cuidar vuestra reputación, por él y por sus hijas. Han de casarse y han de hacerlo bien. Después de lo que hemos sufrido en este país, sería un lujo encontrar un buen partido para Celina cuando sea mayor, pero Laia... –Elena miró a las niñas, sentadas sobre el embarcadero con los pies en el agua, y avisó con un gesto de su mano al mayordomo para que corriera de nuevo a su lado–. Vigila que no se caigan –exclamó–. Como te decía, Carlos y Miguel tienen planes para Laia y Néstor.

–Me lo ha dicho, sí.

–Entonces sabrás lo importante que es que la familia mantenga su lugar en la sociedad.

Dominique estuvo a punto de responder que estaban en 1939, no en el siglo xix , pero se mordió la lengua. No podía fallar a Carlos con una metedura de pata. Las palabras de aquella mujer eran la demostración de lo anclada que continuaba España en el pasado.

–Lo sé y lo comprendo, pero antes tendrán que conocerse, al menos, para saber si se agradan.

–Bueno, eso no importa mucho. Las mejores familias han comenzado con un matrimonio entre desconocidos.

–¡Pero es tan joven...! –miró a Laia, que reía junto a Celina.

Le parecía terrible que, a sus recién cumplidos diecinueve años, ya tuviera su futuro casi firmado. Siempre y cuando lo aceptara, claro. Siendo como era de traviesa y alocada, quizá se negara. Casi rezó una oración para que ocurriera.

–Néstor es nuestro único hijo. Podríamos elegir a cualquier familia de los alrededores, e incluso de fuera, pero Miguel y yo queremos

mucho a Carlos y a sus hijas. Siempre fuimos amigos y socios, ya sabes. ¡Y sufrieron tanto cuando Genoveva murió! –Bajó la cabeza–. Todos sufrimos mucho. No nos lo podíamos creer. Después de todo lo que habían pasado con su enfermedad, y de golpe...

–¿A qué te refieres? –preguntó Dominique, tomándola del brazo ligeramente para que caminara más despacio–. Tenía entendido que la esposa de Carlos había muerto de esa enfermedad.

–¡Oh, querida! Creo que he hablado de más. Pensaba que lo sabías, lo siento mucho. Carlos me matará si se entera.

–¿Qué ocurrió? Cuéntamelo, ya que has empezado. Carlos no sabrá nada, te lo prometo.

–Está bien, supongo que ya no puedo dejarte así, sería una mala acción por mi parte, pero quedémonos aquí, no nos vayan a oír las niñas. Fue muy desagradable también para ellas, sobre todo para Laia, pobrecita. –Se dio la vuelta, para que tampoco pudieran leerle los labios–. Primero fue aquella horrible enfermedad, pero se curó; fue increíble, hasta los médicos se sorprendieron, pues la neumonía era muy fuerte y apenas podía ya ni respirar, pero era una mujer muy fuerte. Se repuso poco a poco y, cuando bautizaron a Celina, ella se encargó personalmente de todo, porque además le encantaba ocuparse de esas cosas. ¡Menudas fiestas daba en casa! ¡Eran conocidas en toda Barcelona! Fue una ceremonia preciosa. Ese mismo verano, pasaron con nosotros unos días. Por eso sé que Néstor y Laia se llevan bien, aunque entonces eran unos niños, pero ya se conocen.

Dominique deseaba que Elena dejara de irse por las ramas, pero suspiró para sí, más tranquila, al saber que su hija ya conocía al muchacho con quien Carlos quería prometerla.

–¿Qué pasó entonces? –preguntó, obligando a la mujer a continuar con la historia.

–Pasaron algunos años, no recuerdo cuántos. A punto estaba de empezar esta maldita guerra cuando Laia la encontró en el suelo de su alcoba... –Los ojos se le empañaron, no había duda de que habían sido amigas de verdad–. Dijeron que un hombre había entrado en el edificio por la noche. Las niñas habían ido a dormir con su tía, la hermana de Genoveva, que era su madrina y de vez en cuando se las llevaba a su casa. Murió en la guerra, eso fue lamentable también. Lo que no entendimos nunca es... ¿cómo pudo ser que el matrimonio encargado de la portería no escuchara ni viera nada?

–¿Y dónde estaba Carlos?

–En Londres, querida. Fue la pobre Laia, al día siguiente, cuando volvía del colegio, quien se la encontró. Imagínate. Cuando avisó a la vecina y llegaron todos, el gato aún seguía tumbado a su lado, como si

quisiera velarla o algo así. Los animales son tan curiosos a veces... Dicen que había sangre por todas partes. –Se le oscureció la mirada.

–¿Y nunca se supo quién...?

–¡Vete tú a saber! Pudo ser cualquiera, entonces ya habían empezado las revueltas en Madrid y cosas así ocurrían de vez en cuando. Se llevaron sus joyas y todo el dinero que pudieron encontrar. –Se santiguó–. El detective dijo que todo había sido muy rápido. ¡Gracias a Dios! –dijo, alzando la mirada al cielo–. Y después la guerra comenzó, y Carlos decidió marcharse con las niñas.

–Confío en que ahora todos podamos empezar de nuevo –suspiró Dominique.

–Por supuesto que sí, querida. –Le apretó el brazo, animándola–. Es un buen momento para todos.

Una bandada de gaviotas pasó por encima de sus cabezas graznando como si barruntaran alguna desgracia. Dominique y Elena miraron hacia el cielo, y tuvieron que agarrarse los sombreros al paso de una avioneta que volaba rápido sobre el tejado de la casa, haciendo un ruido espantoso.

–¡Por Dios! ¡Le he dicho mil veces a este hijo mío que no haga eso! –exclamó Elena visiblemente molesta–. ¡Al menos, hoy llega a tiempo para comer con nosotros!

El sombrero de Laia sí había salido volando y Celina ya corría para intentar alcanzarlo. Ella se levantó también, pero con la vista puesta en las alturas, tapándose los ojos con la mano para que el sol no la cegara. Sentía unas mariposas en el estómago. Debía de ser increíble estar ahí arriba, viéndolo todo desde un lugar tan privilegiado como el cielo.

La avioneta dio un giro y volvió a pasar, molestando de nuevo a la señora de la casa y al mayordomo, que corría por el jardín levantando los brazos, haciendo señales al aparato para que descendiese. A Laia le pareció una escena de lo más divertida, sobre todo porque quienquiera que pilotaba la avioneta no parecía muy dispuesto a hacer caso.

Los dos hombres también habían salido al jardín y observaban el vuelo de la avioneta con interés. Tras unos minutos de soportar un ruido que a su madre y a la señora Elena les parecía de lo más desagradable, aterrizó cerca del embarcadero, en una gran explanada junto a la playa que parecía haber sido preparada para tal fin. Pareció que se arrastraba contra el suelo, pero, poco a poco, fue frenando, al tiempo que la hélice daba vueltas más despacio que antes, hasta que se paró del todo y se hizo el silencio.

Celina corrió hacia el aparato, pues había visto el sombrero de su prima muy cerca, y ésta la seguía a paso lento, un poco más allá,

cuando de la avioneta salió un muchacho alto y fornido, con un gorro de cuero con unas gafas que le daban un aspecto simpático y una bonita cazadora de cuero. Llevaba el bajo de los pantalones sujetos con pinzas, como si hubiera estado montando en bicicleta, y unos zapatos de charol que se le ensuciaron nada más poner el pie en tierra. Dio unos pasos en dirección a la casa y recogió el sombrero de Laia del suelo, que enseguida tendió a Celina, que estaba a punto de alcanzarlo, con un saludo alegre.

La niña le devolvió el saludo y se dio la vuelta para salir corriendo hasta su prima. El muchacho se quitó las gafas y el gorro y se peinó con la mano sin dejar de mirar a la bella señorita que estaba ya junto a la niña. Imaginó de quiénes se trataba, pues su madre lo había advertido de su llegada, con la consabida regañina por adelantado para que no hiciera precisamente lo que acababa de hacer: sobrevolar la casa demasiado bajo.

Antes de llegar a su lado para saludarlas, la mayor se quedó mirando el aparato con una amplia sonrisa.

–¿Es tuya? –le preguntó a bocajarro la joven con unos ojos brillantes que parecían saltar de alegría en cuanto llegó a su lado–. ¡Es increíble! ¡Nunca había visto una tan cerca! ¿Puedo? –Y ya se movía para acercarse al aparato.

–¡Claro! –respondió él, dándole el sombrero a Celina y echando a andar detrás de Laia.

–¡Es suyo! –aclaró la pequeña mirándolos con los ojos abiertos.

El muchacho tomó de nuevo el sombrero y se dirigió a la avioneta con una sonrisa. De repente, se sentía importante ante la hija del socio de su padre.

–Creo que esto es tuyo –le dijo con un marcado acento británico, pero Laia no le prestaba atención, sólo tenía ojos para el aparato–. Será mejor que te lo pongas, el sol aprieta fuerte por aquí.

–Gracias –repuso ella al fin. Se puso el sombreo y entonces sí lo miró.

Algo se le encogió a Néstor dentro del estómago cuando vio el brillo de los ojos de la joven, ahora mucho más cerca, y su amplia sonrisa. Ya no era la misma niña con la que había correteado por el jardín, junto a los perros, a la que apenas recordaba.

–Soy Néstor –se presentó, extendiendo la mano.

–Lo sé. Yo, Laia, pero también lo sabes. –Ella se la estrechó–. La verdad es que no te recordaba así.

–Así, ¿cómo?

–Bueno, ahora eres mayor. Y tienes un acento muy gracioso.

El muchacho sonrió, sopesando si aquello era un cumplido o todo

lo contrario.

–He vivido toda la vida en Inglaterra –decidió aclarárselo–. Sin embargo, tú tienes un acento muy afrancesado.

–El mío no es tan gracioso. ¡Ay, me encanta tu chaqueta! –lo sorprendió de repente, y luego dirigió su mirada de nuevo hacia la avioneta–. Nunca había visto uno de estos aparatos tan de cerca. Ha sido increíble cómo has pasado..., aunque tu madre no está muy contenta. ¡Has hecho un ruido ensordecedor! –rio.

La pequeña Celina seguía mirándolos a unos metros de ellos, pero pronto se cansó de oír hablar sobre los detalles del aparato, demasiado aburrido, y regresó al embarcadero.

–¿Quieres verla por dentro? –preguntó entonces Néstor, que, aun sintiéndose un tanto cohibido, se animó al ver el interés que mostraba por la avioneta.

–¡Pues claro! –respondió Laia con entusiasmo.

Casi de un salto, Néstor se subió a un ala. Abrió la pequeña puerta, estiró el brazo para que Laia se agarrara a él y tiró de ella con fuerza hasta subirla al ala junto a él. Ella se agarró a su cintura para no caerse y durante unos instantes estuvieron tan cerca uno del otro que Néstor temió que ella pudiera oír los nerviosos latidos de su corazón.

Laia se metió sin pensárselo dentro de la avioneta. Se sentó en el asiento y empezó a mirar todos los botones, tocando todo lo que sus dedos encontraban a su paso, y a hacerle preguntas sobre todo lo que veía. Néstor, encantado por su interés, contestó a todas sus preguntas, tratando, eso sí, de esconder su sorpresa al ver que ella parecía entenderlo o que, al menos, no se amedrentaba ante lo que no comprendía. Era la primera vez que una chica le prestaba tanta atención, pensaba.

–¿Cuánto tiempo llevas volando?

–Tomé clases el año pasado y, desde que mi padre la compró, intento volar todos los fines de semana.

–¡Debe ser maravilloso! Ya sabes, sentirte fuera del mundo, allí arriba, alejado de todo y de todos, ¿verdad?

Néstor nunca se había planteado esa perspectiva, pero pensó al instante que ella tenía mucha razón.

–Sí, es increíble sentir el viento en la cara... –Fue lo único que acertó a decir.

Celina reapareció de repente, avisándoles de que debían ir a la casa. Maman y Elena los esperaban. Laia se puso de pie en el asiento delantero, y entonces descubrió un segundo asiento detrás.

–¡Y tiene dos asientos! –exclamó emocionada.

–Claro, el de detrás es el del piloto.

Duró un segundo el encuentro de sus miradas, pero fue suficiente para que a Néstor se le ocurriese la idea más descabellada del mundo. Casi le pareció escuchar los gritos de su madre en cuanto regresaran a la casa, pero no le importó. Nada en el mundo le importaba en aquel momento, salvo satisfacer a aquella chica que le regalaba una sonrisa tan tierna y pícara a la vez. Le costó que la voz le saliera de la garganta, pero al fin se atrevió a hacer la pregunta.

–¿Quieres... quieres dar una vuelta? –masculló cuando consiguió al fin que su voz saliera por su garganta.

Los ojos de Laia se abrieron como platos, y en su rostro se dibujó una expresión de terror y de alegría al mismo tiempo, mientras su barbilla se movía varias veces hasta decir sí. Volvió a sentarse sin decir nada.

–¡Espera! Ponte esto –le dijo él, quitándose la cazadora–. Arriba hace frío. Y esto también. –Sacó un gorro y unas gafas de una guantera, iguales a los que él se había quitado hacía unos minutos.

La ayudó a ponérselo todo, hasta ajustárselo bien. Después, se sentó y le abrochó un cinturón a la altura del pecho. Fue entonces cuando él fijó en ella sus grandes ojos negros y de nuevo sintió su aliento muy cerca, y no le disgustó.

Le dio una vuelta fuerte a la hélice y entró de un salto en el asiento de atrás. Casi de inmediato, la hélice se movió y el aparato comenzó a dar la vuelta sobre sí mismo sobre el suelo.

En cuanto comenzaron a elevarse, un grupo de gaviotas graznó, volando a su alrededor, asustadas. Las retamas de mimosa que había tras la playa se mecieron a su paso, esparciendo un aroma a campo y a primavera. Laia se estremeció al darse cuenta de que su cuerpo ya no estaba en tierra firme. El corazón comenzó a latir a toda velocidad, y creyó que el estómago se le estaba dando la vuelta, pero no podía parar de sonreír. Estaba volando.

El ruido era molesto, pero apenas lo escuchaba, pues estaba completamente atenta a la playa, que cada vez se hacía más larga y lejana. El azul claro del cielo delimitaba el azul oscuro y profundo del océano, en el que la espuma de las olas lo pintaba de pequeños puntos blancos que aparecían y desaparecían. Miró atrás, a su derecha, por donde la mansión iba haciéndose diminuta. Le pareció extraño haber estado jugando con Celina en el embarcadero hacía tan sólo unos minutos y ahora estar viendo las ventanas de las buhardillas en el tejado.

Cuando se adentraron en el mar, bordeando la costa, el fondo se hizo de un azul más claro e incluso podía ver algunas grandes rocas oscuras. A su derecha, el océano, y a su izquierda, lo que antes había

sido una preciosa y tranquila playa empezaba a elevarse en una montaña que daba paso a un acantilado lejos en el horizonte. Poco a poco sobrevolaron un lugar idílico, un suelo de piedra cubierto de diente de león y flores rosas que salpicaban el verde oscuro del macizo rocoso, enredado con la magnífica planta, donde un faro se alzaba como si les diese la bienvenida.

Laia pensó que nunca había visto un lugar tan bonito, y sus ojos se empañaron de lágrimas bajo el cristal de las gafas. Se sentía feliz y agradecida como nunca hacia aquel muchacho que le estaba regalando la mejor experiencia de su corta vida.

De repente la silueta de un pequeño castillo se alzó sobre el acantilado y, por debajo, contrastando con el verde brillante de la vegetación de la montaña, una cala de arena fina. Se imaginó viviendo en aquel castillo, asomada a una de sus ventanas, mirando el horizonte azul en toda su magnificencia, día y noche. Pero, entonces, la avioneta bajó con rapidez en vertical, como si hubiera perdido fuerza, y el ruido desapareció; sólo escuchaba el silbido del viento y el tronar de su corazón, que latía cada vez más rápido, mientras se acercaban al fondo marino. Laia se temió que fueran a caer al agua, pero, con un movimiento rápido, el aparato remontó y se dejó llevar por el aire hasta alcanzar altura de nuevo. Dio un giro, ladeándose un poco, y tomaron el camino de regreso, dejando el acantilado a su izquierda. De nuevo, el diente de león se apoderó de sus ojos con su verde luminiscente y sus flores fucsias. El castillo y el faro quedaron atrás. La mansión volvió a aparecer al fondo y, con todo el dolor de su corazón, Laia supo que el viaje terminaba.

Cuando aterrizaron, las gaviotas volaron alocadas frente a ellos, y la arena de la playa se arremolinó alrededor de las ruedas cuando éstas chocaron contra el suelo con breves pero fuertes golpecitos.

Cuando le abrió la puerta para que bajara, las piernas le temblaban. Laia esperó sobre el ala a que él llegara al suelo y la ayudara a bajar cogiéndola por la cintura. Cuando sus pies tocaron tierra, Néstor estaba tan pegado a su cuerpo que se sintió cohibida y se ruborizó. Menos mal que no podía ver su rostro con aquel gorro y las gafas.

–¿Te ha gustado el paseo? –le preguntó con una sonrisa.

–Ha sido lo más maravilloso que he hecho nunca.

–Me alegro de haber sido yo quien te haya llevado a volar por primera vez.

Aquella frase la cohibió aún más, y se arrebujó en la cazadora.

–¿Vamos? –preguntó él. Su madre ya gritaba desde el jardín, seguramente una nueva regañina. Se quitó el gorro y las gafas–.

Espera, te ayudo.

–No creo que pueda caminar –repuso ella–. Me tiemblan las piernas.

–Yo te ayudaré. –Y la asió por la cintura con la mano libre.

Así caminaron unos cuantos metros, unidos por haber compartido algo especial. Podía oler su aroma impregnado en la chaqueta de cuero que le había prestado y que aún llevaba puesta. Era la primera vez que Néstor mostraba a alguien todo lo maravilloso que él vivía cuando volaba, y nunca hubiera imaginado que podría ser una chica quien admirase tan abiertamente lo mismo que él. Le encantó que ella supiera valorarlo y disfrutarlo.

–¿Estáis locos? –gritó Celina entre risas, corriendo hacia ellos–. ¡Elena os va a matar por haberos ido!

Néstor soltó la mano de Laia con rapidez y dio un suspiro ante la bronca que le aguardaba. Doña Elena agitaba los brazos desde lejos, pero aún no podían descifrar sus palabras. Néstor llegó hasta ella a toda prisa y la levantó en el aire, volteándola, haciéndola reír para dar por zanjado el asunto, que la mujer olvidó pronto en sus brazos.

Sin embargo, Maman los esperaba con una sonrisa en los labios. Orgullosa de su hija y del valor que siempre mostraba. No había tenido miedo de volar, y eso era digno de admiración. Además, quizás aquel viaje facilitara el matrimonio que su marido y su socio estaban preparando, unión de la que ambos jóvenes aún no sabían nada. Puso la mano sobre el hombro de Laia y tomó a Celina de la mano, mientras ésta saltaba alegremente.

Mientras cruzaban el jardín de camino a la casa, Laia se sentía volar aún, henchida de felicidad, como si algo muy hermoso se hubiera colado en su interior y la obligara a sonreír constantemente. Sus ojos estaban aún cegados por toda la belleza que acababa de contemplar y, aunque tenía el estómago un poco revuelto, un hambre voraz por vivir se había apoderado de ella.

3. *Dream a Little Dream of Me*

Todos sus vestidos eran demasiado infantiles, y ella ya no se veía como una niña. Dejó un montón de prendas tiradas sobre la cama y se deslizó por el pasillo, evitando encontrarse con nadie, hasta entrar en el dormitorio de sus padres. Maman estaba en el baño, seguramente envuelta en espuma olorosa con las sales de Marsella que tanto le gustaban. Su padre ya estaba abajo, pues desde allí podía escuchar las voces de los hombres en el salón.

Pegó la oreja a la puerta del baño y la escuchó canturrear feliz. Le encantaba oírla cantar casi a todas horas, tarareando una de esas cancioncillas francesas que, según le había contado, había cantado tantas veces en los teatros de París y de otras ciudades importantes.

Decidió abrir el baúl mientras la esperaba. Estaba lleno de vestidos preciosos, cuellos de piel, guantes y abrigos que llegaban hasta la rodilla y cuyas mangas estaban engalanadas con plumas o con algún adorno especial. La ropa de Dominique era tan vistosa como ella misma.

Laia dudó. No sabía si encontraría algo que le hiciera parecer mayor pero sin darle un aspecto demasiado exagerado como para asustar a doña Elena. Cerró la tapa de golpe cuando escuchó que la puerta se abría. Maman se acercaba a ella envuelta en una bata de seda china blanca con flores rosas, que aumentaba más aún su belleza natural.

–¡Querida! ¿Qué haces aquí? –le preguntó en su francés dulce y cariñoso.

–Mis vestidos son muy infantiles, Maman. ¿No te parece?

Dominique rio graciosamente al ver a su hija preocupada por su apariencia pueril. Estaba claro que Néstor había provocado algún sentimiento en ella.

Se anudó el lazo de la bata y le hizo una suave caricia en la mejilla. Después, abrió el baúl y comenzó a lanzar prendas sobre la cama,

metiendo casi la cabeza en el interior. A Laia le pareció muy graciosa su forma de rebuscar, luego se arrepentiría, cuando tuviera que volver a doblarlo todo y guardarlo.

–No te preocupes, encontraremos algo. ¡Aquí está! ¿Qué te parece éste? –Y estiró un precioso vestido de color marfil con pequeñas flores rojas en las mangas y en la cintura–. Es lo más recatado que tengo para la noche, y te sentará estupendo. ¡Pruébatelo!

Laia se metió en aquel vestido de gasa, tan etéreo que se sintió como si la tela flotara a su alrededor en lugar de llevarlo puesto. Era precioso, nada exagerado, con un toque de color únicamente donde era necesario, lo que le daba un aspecto festivo que era justo lo que estaba buscando. Por primera vez, se vio hermosa frente al espejo, parecía más una mujer que una niña.

–¡Estás preciosa! Con los zapatos nuevos, esos que tienen un poquito de tacón, te quedará genial –exclamó Maman mirándola con orgullo.

La sonrisa de Laia desapareció repentinamente. Estaba muy guapa, pero su pelo seguía haciéndole parecer una niña pequeña.

–¡Espera! –Maman se dio cuenta–. Siéntate en el tocador, lo arreglaremos enseguida.

La cepilló varias veces, relajando el ánimo de la muchacha, que empezaba a sentirse un poco nerviosa por la cena, como si intuyese que era su presentación ante Néstor y sus padres. Para no saber nada de sus planes, se comportaba como si lo supiera absolutamente todo.

–¿Qué te ha parecido Néstor?

–Es un muchacho agradable.

–¿Has disfrutado en la avioneta?

–¡Ha sido increíble! Deberías probarlo.

–Una vez me subí a un globo aerostático en la campaña francesa.

–¿En serio? ¿Y te gustó? –se asombró.

–La verdad es que me sentí un poco mareada –se rio–, pero fue muy bonito ver el campo desde el cielo.

–Entonces te habría encantado el viaje de esta tarde. Hemos volado sobre un acantilado que es lo más bonito que he visto nunca.

–Suances está muy cerca de aquí, lo conozco. Vine a Santander algunas veces antes de la guerra.

–Me encantaría ser como tú, Maman. ¡Has recorrido el mundo!

–Bueno, aún me faltan algunos sitios, pero he visto muchas ciudades, desde luego que sí.

–¡Debe ser maravilloso viajar tanto!

–A veces es muy cansado, pero yo lo disfrutaba. Aunque ahora pienso disfrutar de la tranquilidad –sonrió frente al espejo del tocador.

Le colocó una horquilla de brillantes en el lado derecho, recogiendo una pequeña onda del pelo–. ¿Qué te parece? Así se usaba en París la última vez que estuve allí.

–Me encanta –sonrió Laia, e hizo amago de levantarse.

–¡Espera! Falta algo muy importante. –Abrió una polvera y le dio unos toques rosados en las mejillas. Después se manchó un dedo de carmín y rozó apenas sus labios–; si ve que te he maquillado, aunque sea un poco, me asesinará y me cortará en trocitos.

El rostro de Laia se oscureció de repente al escuchar sus palabras. Sabía que no lo había hecho a propósito, pero no pudo evitar acordarse del cuerpo de su madre tendido sobre la alfombra ensangrentada.

–Discúlpame, querida –se disculpó Maman, pálida por haber metido la pata hasta el fondo–. No quería decir... –Se dio cuenta de que no podía traicionar la palabra que le había dado a Elena–. Ha sido una apreciación bastante fea. No la tomes en serio, por favor.

–No importa. Será mejor que bajemos.

–Adelántate tú, me vestiré enseguida. Tu prima ya debe estar abajo.

Iba ya a salir, pero Laia se dio cuenta de que Dominique se sentía mal por ella, por haberla entristecido, y se dio la vuelta. Corrió y la abrazó, aspirando su cautivador perfume floral. La mujer sonrió al sentir su abrazo.

–Espérame en el pasillo. Tardaré diez minutos. Así bajaremos juntas.

Laia aceptó con otra sonrisa y salió de la habitación, mucho más contenta que antes.

* * *

Estaba jugando a lanzar un palo a los perros en el vestíbulo con la pequeña Celina cuando sus ojos quedaron fijos en las dos mujeres que bajaban la escalera. Ninguno de los presentes se había dado cuenta aún de que se acercaban, y Néstor pudo aprovechar para mirar en soledad la belleza de Laia, que se presentaba ante ellos como una auténtica señorita, con una gran elegancia, junto a su madre, preciosa también pero mucho más excesiva en su atuendo. Ésta vestía de largo, con un traje largo negro decorado con un collar de perlas y pendientes a juego. Laia, sin embargo, llevaba un ligero vestido claro hasta la rodilla y unos pequeños pendientes con un brillante, como único adorno, que resaltaban sobre su fina piel sonrosada. Su cabello negro brillaba con pequeñas ondas naturales a la altura de los hombros.

El contraste, tras haberla visto con el gorro y las gafas de piloto, era chocante. La prefería ahora, por supuesto, pues casi no podía apartar sus ojos de ella mientras bajaba la escalera tan delicadamente que se quedó prendado de cada uno de sus movimientos.

–¡Néstor, saca a los perros al jardín! –le gritó su madre desde el salón–. ¡La cena estará lista enseguida, y espero que no tarden mucho en bajar!

–¡Aquí estamos! –exclamó Dominique con su acento francés cantarín y simpático. Le susurró algo a Laia y después se alejó, dejándolos solos con los perros.

Celina se ocupó de abrir la puerta y sacar a los animales mientras Néstor se acercaba a Laia y le daba la mano para recibirla.

–¡Estás diferente! –exclamó la pequeña al verla.

Laia se rio de su comentario y bajó el último escalón tomando la mano de Néstor. Él también aparecía muy apuesto. No había nada en su rostro que llamara demasiado la atención, pero el conjunto resultaba muy agradable. Se había vestido con traje azul oscuro, un tanto informal, pues la cena así lo requería. Pero su altura y su porte de hombros anchos le hacían destacar ante sus ojos.

–Es cierto, estás muy guapa –dijo él con sinceridad.

Se sintió un poco avergonzada. No quería que pensara que algo en ella había cambiado precisamente esa noche. No era así en absoluto, o al menos no quería que lo fuera. Sólo pretendía sentirse un poco más adulta ahora que había salido del colegio y que empezaba a conocer a gente diferente. Había estado observando a Maman todo ese tiempo y quería parecerse a ella. No deseaba seguir siendo la misma colegiala de siempre. El mundo se le presentaba como algo nuevo que vivir y que disfrutar, y quería hacerlo sintiéndose renovada ella también.

Además, algo había ocurrido en su interior durante el vuelo. Al aterrizar supo que ya nada sería igual. Había experimentado por primera vez lo que significaba llenar su corazón con una mágica sensación de plenitud, y la vuelta a la vida de siempre no debía borrar aquel recuerdo. A partir de ahora, trataría de disfrutar de esa misma sensación con los pies en la tierra, pues sabía que, si no lo conseguía, nunca sería feliz.

En esos pensamientos estaba cuando entraron en el salón. Sus padres ya estaban sentados charlando animadamente y el mayordomo servían el vino.

–Es precioso el vestido, querida –comentó al verla doña Elena–. Y te sienta muy bien.

Maman le guiñó un ojo. Su vestido estaba ayudando a resaltar su belleza.

–Y esos pendientes son maravillosos. ¿Te los ha regalado tu padre?

–No, eran de mi madre –respondió, orgullosa de llevarlos puestos.

–Son una preciosidad. –La mujer sonrió–. ¿Qué tal ha sido ese viaje en avioneta? ¿No te has mareado? –preguntó, y añadió al instante, sin esperar a que Laia respondiera–: Mi hijo piensa que las mujeres son igual que los hombres. Cree que subir en uno de esos aparatos puede ser del gusto de una mujer. ¡Qué barbaridad! ¡Debe de ser horrible estar ahí arriba!

–Le aseguro que no. Ha sido la mejor experiencia de mi vida –respondió Laia, resuelta y mirando a Néstor.

–¿Ves, mamá? Te dije que le gustaba volar.

–¡No me lo puedo creer! ¿Has oído eso, Carlos?

Su padre apenas reparó en sus palabras, pues mantenía una charla aparentemente seria con su amigo.

–De hecho, es algo que me encantaría repetir.

–Lo haremos. Tenía pensado salir mañana mismo. Si quieres, podemos visitar la universidad y el cementerio.

–¿El cementerio? –Dominique puso cara de estar horrorizada.

–Es un lugar lleno de arte, querida. Hay estatuas de grandes escultores. Todo el que viene a Comillas quiere visitarlo –le aclaró doña Elena.

–En ese caso...

–Me encantaría ir –dijo Laia sin perder oportunidad–. Mañana sería perfecto. No sé cuánto tiempo nos quedaremos...

–Sólo el fin de semana –aclaró su padre.

–Pues mañana, entonces. Mamá, di al servicio que nos preparen una cesta de pícnic. Aprovecharemos el día hasta la puesta de sol. ¿Qué te parece?

–¡Estupendo!

–¡Pero no podéis ir los dos solos! ¿Qué dirán en el pueblo si alguien os ve?

–En la avioneta no hay sitio para nadie más, mamá. Y no te preocupes, no nos verá nadie. Estaremos la mayor parte del tiempo volando.

–¡Déjalos, mujer! ¡Qué más da que los vean si pronto será oficial! ¿No es así, hijo? –exclamó entonces con torpeza el padre de Néstor.

Laia lo miró boquiabierta. Le estaban ocultando algo. Pero el muchacho le sonrió y cambió de conversación rápidamente. Ella aparentó entonces no haber entendido nada, pero permaneció algo más callada de lo habitual mientras la cena se sucedía entre los negocios de su padre, por un lado, y las ocurrencias de doña Elena y de Maman, por el otro. De vez en cuando, Néstor le decía algo para

intentar llamar su atención, pero ella estaba absorta en sus pensamientos.

–¿Quieres venir a escuchar música? –le preguntó Néstor al acabar el postre.

–¿Tienes un gramófono? –intervino Celina, encantada.

–Sí, vamos. Os gustará.

La pequeña se levantó de un salto, al tiempo que preguntaba a Maman si podía retirarse. Ante su asentimiento, Laia los siguió, no sin antes echar una mirada acusadora a su padre, que se la devolvió consciente de que ya adivinaba sus planes.

–A mí también me encantaría escuchar algún disco –dijo Maman a doña Elena.

–Pues vamos, dejemos que los hombres hablen de sus cosas.

En el salón, Néstor había empezado a bailar con Celina, que reía alegre sin saber cómo mover los pies mientras el muchacho intentaba, a duras penas, mantener el ritmo rápido de la melodía.

–¡Por Dios, hijo, pon un vals o algo un poco menos jaleoso! Esos discos que traes de Londres son un espanto.

–A mí me encantan estas nuevas canciones –afirmó Dominique.

–Tengo una más lenta –dijo él, acercándose a cambiar el disco. Una voz femenina cantaba en inglés bajo la melodía de un dulce instrumento–. Se llama « Dream a Little Dream of Me», que traducido al español sería «Sueña un pequeño sueño sobre mí», más o menos.

Laia se dejó llevar por la dulce sonoridad de la voz femenina, y se acercó a la ventana para contemplar el cielo estrellado que brillaba sobre sus cabezas. Néstor dejó a Celina bailando sola en medio del salón y se acercó a ella para acompañarla.

–¿Te gusta? Estos discos sólo los he escuchado en Inglaterra, creo que aquí no han llegado.

–Es una canción preciosa. –Lo dijo en serio; le encantaba lo que estaba escuchando, y su piel respondía a la melodía y a aquella bellísima voz, el vello se le erizaba.

–¿Qué te ocurre? Has estado muy callada durante la cena.

–¿Tú lo sabías? –le preguntó, mirándolo a los ojos.

–¿El qué?

–No finjas ahora. Lo que ha dicho tu padre.

–Bueno, son cosas de ellos. No tiene ninguna importancia. No les hagas caso.

No satisfecha con la respuesta, sino más bien molesta por la escasa importancia que le daba al comentario y a su pregunta, agrió el rostro y salió del salón con paso firme. Pensó en retirarse a su habitación, pero cambió de opinión al ver la puerta abierta mientras el

mayordomo barría unas hojas de hiedra que habían caído en la entrada. Sintiendo el frescor de la noche, caminó decidida hacia el embarcadero.

La luna brillaba de forma que le hacía visible el camino, salpicado de brillos plateados. Pensó que nadie se daría cuenta de su ausencia; sólo deseaba estar sola para pensar con un poco de claridad, pero pronto la presencia de Néstor rompió su buscada soledad.

–Lo siento, Laia. Imagino que te ha sentado mal, pero los padres son así. Hacen sus planes y piensan que los hijos tenemos que estar de acuerdo.

–¿Y tú estás de acuerdo?

–Yo... Apenas te conozco.

–Exacto. No nos conocemos de nada. ¿Cómo puede pensar tu padre que tú y yo...?

–No es sólo mi padre. El tuyo también lo piensa.

Ya contaba con ello. Por eso la había mirado de esa forma al levantarse de la mesa, requiriendo una explicación que sabía que nunca llegaría.

–¡Qué estupidez! ¡No estamos en el siglo xix !

–Lo sé, por eso te digo que no les hagas caso. Yo sólo me casaré por amor. Se lo he dicho muchas veces, pero mi padre es duro de pelar. Y mi madre, mucho peor.

–¿Tu madre también tiene esos mismos planes para nosotros? –Laia se preguntó si Maman también lo sabía, y se sintió aún más herida que antes.

–Creo que sí. Es posible que lo pactaran ya cuando éramos pequeños. Suena estúpido, ¿verdad? Pero supongo que así es como se casaron ellos. No es como tu padre, que se ha casado por segunda vez, ahora sí por amor. El matrimonio de los míos fue concertado.

–¿Y eso quieren para nosotros, un matrimonio concertado? Suena a la Edad Media. –El tono de voz de Laia era claramente despectivo.

–Bueno –repuso él, acercándose un poco más a ella–. Quizá no fuera tan mala idea si...

–Si... ¿qué? ¡Estás loco! ¿Cómo se te ocurre pensar que sea posible? ¡Se trata de mi vida! –exclamó, como si sólo la suya le importara–. No pienso casarme con quien diga mi padre por mucho que se empeñe. Soy una persona libre. Y tú también.

–Pues claro. –Se alejó–. Pero, si no fuera planeado, si nuestros padres no hubieran pensado nunca en ello, tú... Bueno, ¿crees que yo podría llegar a gustarte algún día? –se atrevió a preguntar.

–¿Tú? No lo sé. Es posible. –Laia respondió con una sonrisa–. Siempre que me lleves a volar de nuevo.

–¡Eso está hecho! Mañana saldremos temprano. ¿A qué hora sueles levantarte?

–En el colegio madrugaba mucho. Cuando tú me digas.

–Es que... El amanecer es precioso cuando vuelas.

–No quiero perdérmelo.

–Volvamos entonces, antes de que se den cuenta de que no estamos de acuerdo con ellos. Así nos dejarán ir solos mañana.

Laia asintió y sonrió pensando en el viaje del día siguiente. Después de todo, fingir que estaban de acuerdo con los absurdos planes de sus padres podía resultarle útil mientras estuvieran allí.

Las madres aún estaban en el salón con Celina, que intentaba poner un disco ella sola. Néstor se acercó a ayudarla, y ella lo agarró para bailar de nuevo con él.

Cuando la canción acabó, don Carlos expuso que debían retirarse, y con un asentimiento Dominique se levantó. Estaban cansados del viaje.

–¡Niñas, despedíos! Es hora de irse a dormir –dijo su padre, despidiéndose también y agradeciendo la cena a sus anfitriones.

Laia ya subía las escaleras cuando Néstor le recordó que saldrían por la mañana al amanecer. Asintió con una sonrisa, ante la mirada atenta de su padre y Maman, que no ocultaban su satisfacción por lo bien que parecían llevarse los jóvenes.

Una vez en la cama, molesta por los planes de su padre, no consiguió conciliar el sueño. Se levantó, intentando no hacer ruido para no despertar a su prima, que dormía plácida en la cama de al lado, y se sentó en el alféizar de la ventana. La madera crujió débilmente. Encogió las piernas y estiró el largo camisón blanco hasta los pies, y se dedicó a contemplar el cielo estrellado y la luz de la luna sobre la playa del embarcadero, admirando la belleza de las sombras en la noche.

Era un lugar maravilloso, ciertamente, y por eso había llegado a decirle a Celina, por la mañana, que podría vivir allí toda la vida. Ahora se hacía esa misma pregunta en serio, pero ya no hallaba la misma respuesta. Una cosa era imaginar vivir para siempre en un lugar tan idílico y otra muy distinta tener que hacerlo siendo la esposa de Néstor. Le había caído bien, no había duda. De aspecto era agradable y atractivo, era simpático y parecía que ella sí le gustaba un poco, pero no sentía ninguna clase de amor por él. Nunca había estado enamorada, no sabía qué debía sentir, pero su corazón le decía que Néstor no era el hombre que le estaba destinado.

Su corazón no se emocionaba al pensar en él, como les ocurría a las heroínas de las novelas. Sin embargo, sí sentía una sensación similar

cuando recordaba el vuelo en avioneta. Había sido tan extraordinario que no podía dejar de pensar en ello. Aquel día, que se le había presentado apacible y aburrido, se había convertido inesperadamente en un torbellino de emociones. Tantos años en el colegio sin que ocurriera nunca nada divertido y ahora, de repente, se le presentaba una oportunidad tras otra de divertirse al máximo.

Suspiró, miró la cama vacía y decidió acostarse. Le esperaba otro día extraordinario.

4. El sonido del paraíso

–Algunas esculturas son de artistas muy importantes, y el arco de la entrada es modernista –le explicó Néstor al entrar.

–Imagino que por eso viene la gente a visitarlo –contestó Laia sin entender qué podía atraer a alguien a un sitio así, tan silencioso y tétrico.

–Mi familia tiene un mausoleo aquí desde hace generaciones. Aquí los han enterrado a todos desde mi tataratara... No sé –rio–. Y yo también me quedaré aquí cuando muera. Y mi esposa, y mis hijos.

–¿Y a ti te parece bien? Quiero decir que a mí no me gustaría nada saber dónde me van a enterrar cuando me muera. No quiero ni pensarlo. Creo que me sentiría atada incluso estando viva todavía.

Néstor soltó una carcajada y se encogió de hombros.

–A mí me da igual. Ya estaré muerto, así que...

Laia se estremeció. Si se casara con él, como quería su padre, a ella también la enterrarían en ese mausoleo. Un motivo más para no estar de acuerdo con esa boda.

–Éste es el nuestro. –Néstor se detuvo ante un pequeño edificio con dos columnas en la entrada y una barandilla de hierro forjado alrededor–. Mis abuelos están ahí.

Al situarse frente a la puerta, Laia sintió que se le ponían los pelos de punta. Casi le faltaba el aire. Ella podía acabar ahí dentro alguna vez. Y, sin quererlo, recordó a su madre. Néstor se dio cuenta de su tristeza al instante.

–Discúlpame. No me he dado cuenta, he sido un idiota. ¿Cómo se me ocurre traerte aquí?

–No te preocupes. Es sólo que a veces me cuesta pensar en la muerte. Eso de desaparecer, sin más, es algo que no me cabe en la cabeza.

–No debes pensar en ello. Son cosas que no podemos entender con la mente, sino sólo con el corazón. Al menos, eso es lo que dijo el cura

del pueblo en el entierro de mi abuela.

–Seguramente tenía razón, pero es difícil cuando fue todo tan horrible que ni siquiera hoy soy capaz de comprender... –Los ojos se le empañaron de lágrimas.

En un arrebato, y con la intención de que la joven olvidara por un momento la terrible muerte de su madre, con rapidez se acercó a ella, la cogió por la cintura, la apretó contra su cuerpo y la besó en los labios.

Laia se sintió retenida por aquel cuerpo esbelto que le sacaba casi una cabeza y que temblaba frente a ella. Y, en cuanto notó sus labios húmedos, se deshizo de su abrazo y echó a correr en dirección a la puerta.

Néstor se arrepintió al instante. Esta vez sí que había metido la pata hasta el fondo. No sólo no había reparado el error de llevarla al cementerio, sino que lo había empeorado, y mucho. Echó a correr tras ella, que ahora caminaba deprisa por entre las tumbas, buscando la salida al laberíntico cementerio, sin éxito alguno.

–¡Espera, Laia!

Cuando llegó a su altura, se dio cuenta de que se tapaba la cara con las manos. Estaba llorando, y él era el culpable. ¡Cómo podía haber sido tan estúpido!

–¡Espera! Vas en la dirección equivocada. La puerta está hacia el otro lado. Ven. –Le ofreció la mano–. Yo te sacaré de aquí.

Laia no se limitó a caminar de espaldas a él, intentando que no viera sus lágrimas.

–Perdóname, por favor. No sé qué me ha pasado. Quería que pensaras en otra cosa y sólo se me ha ocurrido besarte. ¡Lo siento, de verdad!

–Pero ¿qué te pasa? –Ella se dio la vuelta y lo miró envuelta en lágrimas–. ¿Es que tú también tienes los mismos planes que tu padre y el mío? ¿Acaso crees que me casaré contigo porque me lleves a volar en tu avioneta y me beses en un cementerio solitario?

–No es eso, de verdad que lo siento. Ni se me ocurrió pensar en todo lo que dices. Ha sido un impulso.

–¿Un impulso? –lo miró sin comprender.

–Sí, un impulso masculino. Soy un hombre, Laia, y estabas tan bonita en el mausoleo que...

Seguía sin entender nada, pero pensó que ya no podía seguir enfadada porque parecía sincero. Y no supo qué decir. ¿De verdad él la había visto bonita? Le parecía tan raro que un hombre la mirase como a una mujer que se ruborizó. Volvió a darse la vuelta y sacó un pañuelo de su bolsito para secarse las lágrimas.

–Está bien, sácame de aquí. Este sitio me provoca mucha tristeza.

–Vamos –dijo él, y le señaló el camino hacia la salida.

Pasaron bajo la estatua del ángel exterminador y bajaron la colina. Allí los esperaba la avioneta.

–¿Quieres que comamos en la playa? –preguntó él, ayudándola a subir y a ponerse el gorro y las gafas antes de sentarse.

–Sí, me gustaría.

–Pues vamos allá.

Saltó al suelo y le dio un giro a la hélice. Los motores se encendieron mientras él se metía en la parte trasera. El aparato giró despacio y, poco a poco, se elevó. Una larga lengua de arena bordeaba el mar, y pronto se encontraron frente a los hermosos acantilados. La sensación de vacío bajo sus pies alegró el corazón de Laia; deseó no tener que bajar nunca a la tierra. Las olas salpicaban de espuma el fabuloso océano azul oscuro; el aire le acariciaba el rostro, moviéndole los mechones de su cabello suelto bajo el gorro. Sintió la necesidad de sacar los brazos y los estiró, dejando escapar un grito de alegría cuando la avioneta se deslizó hacia abajo, hasta rozar la arena compacta de la playa. Aterrizar en un marco tan incomparable era una visión que no podría olvidar. Sentir la brisa del mar y la arena salpicándole el rostro era la mejor manera de demostrarse a sí misma que aún estaba viva.

* * *

Una manta de cuadros rojos y negros y una cesta de mimbre abierta sobre ella rompían el color ocre de la lengua de arena.

Buscó en la cesta. Bocadillos de pollo frío con mayonesa, una tortilla de patatas y, de postre, dos trozos de la tarta de manzana de la noche anterior. Estaba todo riquísimo y ellos estaban hambrientos. Mientras Néstor abría dos botellas de Coca-Cola, ella preparó las copas. Aún estaba fría y le quitó rápidamente la sed.

Se tumbó sobre la manta apoyada en el codo izquierdo y miró al muchacho, que sonreía feliz.

–¿Qué te traes entre manos? –le preguntó, adivinando que ocultaba algo.

–He traído algo para tomar con el postre. –Néstor sacó del fondo de la cesta una botella de champán.

–¡Estupendo! Acompañará estupendamente a la tarta. –Ella sonrió.

–Estás preciosa cuando sonríes.

–¡Déjalo ya! Ya lo has intentado antes, pero conmigo no vas a conseguir nada yendo por ahí. –Volvió a sonreír–. No creerás que voy

a tomarme en serio lo de casarnos, ¿verdad?

–Tampoco es tan mala idea...

Él hizo un mohín que a ella le pareció muy gracioso y le provocó una carcajada.

–No, salvo porque apenas nos conocemos y ninguno hemos estado enamorados antes como para saber si lo estamos ahora... ¿O tú sí has estado enamorado?

–Bueno, en Inglaterra conocí a una chica, pero... no hubo nada.

–Entonces, al menos sabrás lo que se siente.

–Mi madre dice que no hay que darle tanta importancia al amor.

–Pero tú no eres tu madre, no tienes por qué pensar como ella.

–Bueno, celebremos esta comida, entonces –resolvió, cogiendo el champán.

El tapón saltó de la botella con un ruido sordo y salió volando por encima de la cabeza de Laia, que se había tapado los oídos. Tiró a la arena la Coca-Cola sobrante y llenó las copas. La de Laia se desbordó con la espuma y manchó ligeramente su vestido blanco. Ella rio de nuevo con una carcajada que a él le pareció dulce y maravillosa.

Unas gaviotas sobrevolaban sus cabezas en busca de algún resto de comida. Laia tomó algunas migas de su bocadillo y se las lanzó a lo lejos; rápidamente se arremolinaron para cazarlas con el pico, casi sin tocar el suelo con sus patas. Eran rápidas, y algunas recogían las migas directamente en el aire, siempre con sus característicos graznidos.

–El sonido del paraíso... –comentó Néstor, tumbándose boca arriba junto a ella con la copa en la mano, sin dejar de mirar el revoloteo de las aves–. Cuando creía que no iba a aguantar más el colegio en Inglaterra, en aquellos días de lluvia interminable, recordaba este sonido. Para mí, es el sonido del paraíso...

Laia lo miró, apreciando su expresión afable. La verdad es que nada en él le provocaba rechazo, pero tampoco se sentía atraída en absoluto. Le caía bien, parecía una de esas personas, uno de esos buenos amigos que siempre están ahí para cuando los necesitas. Quizá sus padres pudieran contentarse con eso, con una auténtica amistad que durase para siempre.

–Está bien tener un sonido que recordar cuando las cosas se ponen feas.

–Puedes encontrar el tuyo. Es muy útil. Cierras los ojos –Néstor los cerró para demostrárselo– y, al escucharlo de nuevo en tu cabeza, es como si estuvieses allí. ¡Prueba!

Se tumbó junto a él, miró hacia arriba y después cerró los ojos. La tarde se había oscurecido, pero la claridad del cielo nuboso le dañaba la vista.

–Ya sé cuál es el sonido del paraíso para mí... –El recuerdo del motor de la avioneta se entremezclaba con el del viento soplando a su alrededor durante el vuelo–. A partir de ahora, recordaré siempre lo que se escucha ahí arriba. Cuando lo necesite, cuando las cosas se pongan feas o esté triste y desanimada.

–Ése también es un bello sonido. Yo podría recordar el sonido de tu risa...

Se quedó paralizada. No sabía qué decir, ni si debía respirar. Sintió que él se movía y se acercaba a ella, levantaba la parte delantera de su cuerpo y acercaba su rostro al suyo.

Esta vez no se vio capaz de rechazar el beso. Seguramente, las burbujas del champán habían hecho su efecto. Abrió los ojos cuando estaba casi pegado a ella, y vio cómo sus labios se posaban en los suyos.

Fue un beso tierno, dulce y más lento que el anterior. No sintió que sus labios la apretaran, sino que más bien la rozaban ligeramente con un dulce sabor a champán.

–Esta vez no has echado a correr –sonrió él, con expresión de sorpresa.

–Debe ser el champán.

–Bueno, ahora ya sé que tendré que emborracharte siempre antes de besarte.

–Te va a salir muy caro...

Él volvió a reír y se tumbó de nuevo a su lado. Las gaviotas habían desaparecido, y el sopor empezó a apoderarse de él. Bostezó y, echando el brazo hacia atrás, alcanzó su sombrero de paja. Se lo puso sobre la cara, decidido a echar una cabezadita.

Mientras tanto, Laia se mojaba los labios degustando el sabor de los suyos. No podía decir que no le había gustado aquel beso. Mucho más que el primero, que le había parecido tosco y forzado, pero seguía sin encontrar el sentido a aquella unión, como querían sus padres. Su corazón le decía que podía sentir mucho más. En las novelas, amar significaba no poder despegarse casi nunca del ser amado, y ella se sentía muy tranquila mientras él dormía con placidez. Cerró los ojos y rebuscó entre las imágenes que imaginaba en los libros: *Orgullo y prejuicio* , *Sentido y sensibilidad* , *Aquellas mujercitas* ... Todas las heroínas habían sentido su corazón latiendo con una increíble rapidez al estar junto al hombre al que amaban. Quizá Maman pudiera aclararle algo. Aunque le causaba cierto pudor, le preguntaría cuando volvieran a casa.

–Me encantaría saber pilotar como tú –dijo en voz alta, sabiendo por su respiración todavía agitada que no se había dormido.

–¡Eso es cosa de hombres! Yo puedo llevarte a dar una vuelta cuando tú quieras.

–¡Pero no es lo mismo! –Laia se incorporó, molesta–. ¿Acaso piensas que no puedo aprender porque soy una mujer?

–Yo no he dicho eso.

–Has dicho que es cosa de hombres, es casi lo mismo. –Le quitó el sombrero de la cara.

–Quería decir que no te hace falta aprender a pilotar. Yo ya soy piloto, y puedes montar conmigo las veces que quieras. –Agarró el sombrero y se lo puso de nuevo para dormir.

Si un momento antes Néstor podía haber tenido la más pequeña posibilidad de que a ella acabara gustándole, ahora ya no tenía ninguna. Su tosca respuesta le pareció de lo más injusta. ¿Acaso era ella inferior a él por ser mujer? ¿Por qué no podía aprender a pilotar si quería? Lo que estaba claro es que él no iba a enseñarla, así que, no iba a perder más tiempo en su compañía. Ahora se daba cuenta de que, cuanto más tiempo pasaran juntos, mayores expectativas crearía en él, en sus padres y en los de Néstor. Era mejor que se olvidase de aquella amistad lo antes posible.

Era sábado, y el lunes se marcharían a Madrid. Sólo tenía que aguantar aquella noche y el domingo. Después se despedirían, y lo más seguro era que nunca más volviesen a verse.

5. El principio del fin

Dominique hacía lo que quería con don Carlos, salvo en lo que se refería a las niñas. Ahí, él tenía siempre la última palabra, sin ningún reparo en recordarle que eran sus hijas cuando pensaba que ella había cruzado el límite de lo que consideraba que debían ser los deberes de una madrastra.

De las dos, Celina era la que más estaba adoptando su nuevo papel de hija de una mujer de mundo. La pequeña la acompañaba encantada a visitar a las modistas de Madrid, mientras que Laia parecía más retraída e incómoda. Ella no era así, en absoluto; no gustaba de elegir delicadas telas para nuevos vestidos, pues pensaba que no asistiría a suficientes fiestas para ponérselos. Sólo había sentido la necesidad de verse guapa y aparentar más edad al conocer a Néstor, pero aquello ya era agua pasada. Desde que llegaron a la gran ciudad, se contentaba con salir a pasear de vez en cuando. Sus gustos eran sencillos, y tampoco necesitaba lucir joyas, pues apenas si llamaban su atención en aquellos días, en los que por fin se sentía libre en su país natal, después de sus años en el colegio, alejada de su familia y del que había sido su mundo hasta el comienzo de la guerra.

Poco le duró aquella sensación. Se amoldó poco a poco a vivir en España y empezó a comparar algunas de sus costumbres con las de Francia. Y si ella no se daba cuenta, Maman estaba allí para recordárselo, quejándose continuamente de la falta de libertad en las calles y entre la gente.

Su padre le repetía que nada podía ser igual tras la guerra, pues ahora gobernaba una dictadura militar. A Laia le agobiaba pensar en esa falta de libertad que Dominique, como mujer, echaba tanto de menos, pero su padre siempre le quitaba de la cabeza a su esposa la posibilidad de regresar a Francia o marcharse a Inglaterra, recordándole que pronto empezaría la guerra en Europa.

Laia empezaba a no sentirse tan ajena a sus conversaciones adultas.

Ya no era una niña y se daba cuenta de la tensión que se vivía en espera de que la temida gran guerra estallase. Su padre no parecía estar seguro de si el conflicto sería bueno o malo para sus negocios; hablaba por teléfono varias veces al día en distintos idiomas, en voz alta y visiblemente preocupado. Laia no sabía inglés, pero a veces lo escuchaba quejarse en francés de que los envíos no llegaban a tiempo o de que tenían que pagar más dinero en la frontera. El último había sido requisado en el sur de Francia, y aquella tarde don Carlos intentaba solucionar el problema desde su despacho.

En ese momento, Celina entró por la puerta como un vendaval, con su uniforme de colegiala, acompañada por una de las sirvientas. Corrió a besar a Maman, que tomaba una café en la salita mientras miraba por la ventana cómo caía una fina lluvia sobre las aceras. Eso era todo lo que hacía, observar ensimismada a través del ventanal las idas y venidas de los paseantes. Salvo cuando ella y don Carlos asistían a una fiesta en casa de algún conocido o cuando visitaban a la modista, Maman se pasaba las horas muertas mirando por la ventana y suspirando sin parar, un tanto aburrida.

Al principio, dedicaba las tardes a cantar alguna de las canciones que tanta fama le habían dado en su París amado, aporreando el piano, pues sólo conocía las notas básicas y algunos acordes, pero le bastaba para saber el tono. Poco a poco, las canciones fueron diluyéndose entre los muchos recuerdos que había dejado en alguna buhardilla parisina para dar paso a nuevas costumbres madrileñas, como la de desayunar churros los domingos, lo que pronto redondeó sus curvas.

Laia la comprendía; entendía que se aburriese en aquel Madrid, lacerado por la guerra, que se recomponía tan despacio. De vez en cuando, cerraba de golpe una de sus novelas para pedirle que le contara anécdotas sobre su vida de actriz y cantante, y le encantaba escucharla narrar en su dulce y acentuado francés lo emocionante que había sido vivir en las ciudades más importantes de Europa durante aquellos años locos y felices. Era tan detallista en sus narraciones que hasta le explicaba cómo eran los vestidos que había lucido y a veces, incluso, subían a su alcoba y sacaba del armario el traje que le estaba describiendo.

Aquella tarde, Maman recibió a Celina como siempre, con un gran beso, y luego se fijó en lo desastrada que venía del colegio.

–Hola, ¿te has divertido hoy?

–No mucho –respondió sin más–. Voy a dar un beso a papá –añadió, tras besar también a Laia.

–¡No, espera! No molestes a papá ahora, bebé. Hoy está muy

ocupado. Ve a cambiarte para la cena. Después podrás saludarlo.

La niña asintió y subió las escaleras, siguiendo a la doncella que esperaba para ayudarla.

–¿Qué está ocurriendo, Maman? –preguntó Laia, acercándose a la ventana ella también–. ¿Por qué papá está tan enfadado estos días?

Dominique la acogió entre sus brazos, pasándole el brazo por los hombros, sin dejar de canturrear...

–No está enfadado, está preocupado por sus negocios.

–¿Por qué? ¿Es por esa guerra en Europa de la que todo el mundo habla?

–Creo que sí. Al parecer, es inminente.

–¿Y tendremos que irnos de nuevo? Aquí ya hubo una guerra, ¿crees que entraremos en ésta también?

–La verdad es que no tengo ni idea, hija mía. Espero que no. Si por mí fuera, volvería a Francia. Madrid es bastante aburrido, ¿no crees?

–El colegio era mucho peor. –Laia se encogió de hombros.

–Claro, es verdad, pobrecita mía. Pasasteis mucho tiempo solas en ese colegio. Sin embargo, pensaba que la capital sería otra cosa. Tu papá dice que antes era totalmente distinta. Quizá no ha sido buena idea venir, no lo sé...

Dominique calló. Un coche blanco descapotable se había detenido ante el portal del edificio. De él salió un hombre alto, al que no pudieron ver el rostro, pues al momento un paraguas negro le tapó la cabeza.

A los pocos minutos, escucharon el timbre de la puerta y los pasos de la doncella que se acercaba a abrir. Ambas permanecieron en silencio, atentas a las voces lejanas, pero no consiguieron entender lo que decían. Al poco, la puerta se cerró y la doncella se acercó a la sala.

–Los señores tienen una visita.

–¿Quién es, Lucía? –preguntó Maman.

–El señor Barreda.

Laia frunció el ceño. El socio de su padre. Durante unos segundos, pensó en Néstor, y su rostro se ensombreció.

–Hágalo pasar y avise al señor.

Dominique se acercó al espejo de marco dorado y se atusó las ondas de su cabello. Miró rápidamente su hija de arriba abajo para comprobar que estaba arreglada y peinada y corrió a sentarse en uno de los sillones, con las manos sobre la falda. No le apetecía mucho la visita; el socio de Carlos era un hombre demasiado serio y seguramente entretendría a su esposo más aún que sus continuas llamadas telefónicas, pero al menos el día de hoy ya no sería

exactamente igual al de ayer.

Laia se quedó junto a la ventana. A ella tampoco le apetecía nada ver a aquel hombre. Menos aún si, como temía, venía a hablar con su padre de los planes de futuro para ella y su hijo.

Pronto escucharon unos pasos, y también las zancadas de Celina que bajaba la escalera. Su voz fina y alegre las sorprendió.

–¡Néstor!

Maman dejó escapar un suspiro de alivio cuando el muchacho entró en la sala junto a la niña.

–¡Querido Néstor! –saludó contenta, levantándose de la butaca–. ¡Qué alegría verte por aquí!

Él se acercó y le dio un corto beso en la mejilla, sin dejar de mirar con atención a Laia, que seguía junto a la ventana. Ésta se había dado la vuelta con rapidez para darle la espalda.

–¡Hola! –exclamó él, acercándose.

Respondió a su saludo y volvió a mirar por la ventana, como obviando su presencia, justo cuando don Carlos entraba en la sala y saludaba al muchacho con un apretón de manos y un abrazo. Le regaló una amplia sonrisa, una que ni Maman ni sus hijas habían visto en mucho tiempo.

–Néstor, ¿cómo tú por aquí?

–Pues... –titubeó, mirando de soslayo a Laia– venía de paso y decidí acercarme.

–¿Adónde te diriges? –preguntó don Carlos–. Pero siéntate, por favor. ¡Lucía, tráenos un jerez! –pidió a la doncella, que aún no se había retirado–. Hija, no seas maleducada, ven a sentarte con nuestro invitado. –Dirigió una mirada inquisitiva hacia su hija mayor, avergonzándola al tratarla como si aún fuese una niña.

Laia accedió de mala gana. Aún en silencio, se sentó en el sillón más alejado del muchacho. Se daba cuenta de que él la miraba de vez en cuando mientras charlaba animosamente con sus padres, pero ella no estaba dispuesta a devolverle ni una sola de sus miradas. Aún recordaba sus palabras necias sobre que pilotar no era cosa de mujeres. Además, si le hacía caso, su padre pensaría que ella estaba de acuerdo con sus planes de boda, y no era así en absoluto.

–Voy a la Academia de Pilotos de Cuatro Vientos.

Al oír aquello, Laia no pudo evitar prestar atención a la charla, con los ojos abiertos como platos. Néstor rio para sus adentros al ver que había logrado captar su interés tan rápidamente.

–¿Sigues con tus clases? –preguntaba ahora el hombre con tono condescendiente, dejando claro que no se tomaba en serio la afición de Néstor.

–Sí, pero esta vez es importante. Aprenderé a pilotar un caza.

–Pensaba que, una vez te licenciaras en Derecho, te ocuparías de los negocios de tu padre.

–Así es, empezaré después del verano, pero ahora estoy de vacaciones.

–Estupendo entonces –respondió don Carlos, no muy conforme pero más aliviado.

–Te quedarás a cenar con nosotros, ¿verdad? –preguntó Maman, deseando romper la rutina.

–Encantado, señora.

–¡Oh, llámame Dominique, por favor! Avisaré a la doncella. –Y se levantó para marcharse.

–Don Carlos –Néstor volvió a dirigirse a él–, quería preguntarle... si Laia podría acompañarme a la academia esta tarde. Volveremos a tiempo para la cena, se lo prometo.

Laia volvió a abrir los ojos con asombro, sin decir nada, rezando en su interior para que su padre le permitiera aceptar la invitación.

–Pues claro que puede ir, ¿verdad, querido? Aún faltan horas para cenar. Pero Celina irá con vosotros. –Maman zanjó el asunto.

La pequeña dio un saltito de alegría y tiró de la mano de su prima para que se levantara del sillón.

–Si es así... –asintió su padre.

–Iremos en el coche. Volveremos a tiempo.

Laia se sentía incómoda. Nadie le había preguntado si quería ir. No obstante, la idea de visitar la Academia de Pilotos le llamaba poderosamente la atención, así que no tuvo fuerzas para negarse. De repente, todo dejó de importar. Que fuera allí con Néstor no significaba estar de acuerdo con los planes de su padre, se dijo para sentirse conforme. Se levantó entonces, asintiendo con la cabeza, y todavía en silencio se despidió de sus padres con un beso.

–¡Divertíos mucho! –dijo Maman.

Y, aprovechando que se quedaban solos y que su esposo había abandonado su trabajo por unos minutos, decidió hablar con él sobre las niñas.

–¿No estás contento con la visita? –preguntó, al notarlo aún demasiado serio.

–Sí, lo estoy. Parece que él sigue interesado.

–Desde luego que sí. Creo que lo de la academia es una excusa.

–Podría ser.

–Pues claro que lo es. Él sabe lo mucho que le gustaron a Laia aquellos paseos en avioneta. Desde entonces, se ha interesado más por esos aparatos, y no para de sacar de la biblioteca libros sobre el tema,

–No sabía nada –se sorprendió él.

–Pues sí. –Dominique le ofreció otra copita de jerez, que él aceptó con gusto–. Le encantó volar, y Néstor lo sabe. Es una buena forma de acercarse a ella.

–Es un muchacho inteligente. Si sigue así, lo conseguirá, seguro.

–Y muy apuesto. A Laia le cayó muy bien, pero... ¿no crees que ella debería saber algo sobre vuestros planes? Al fin y al cabo, es su vida.

–Ya hemos hablado de esto. Quiero que mi hija tenga una buena vida, con una familia que la quiera como la suya propia. Sabes cómo está el mundo en estos momentos, y no quiero que ella tenga ningún problema nunca. Néstor ha vivido siempre en Inglaterra; seguramente, tiene la misma amplitud de miras que nosotros.

–Me gusta, tanto él como su familia, y sé lo mucho que significan para ti, pero quizás ella no piense lo mismo. ¿No prefieres que se case enamorada como nosotros?

–¡Pues tendrá que pensárselo! –se exaltó él–. ¿Acaso quieres verla con un cualquiera, que apenas gane dinero para mantenerla y que no pueda salir nunca de este país? ¿Y si hay otra guerra? Me niego a que corra ningún peligro. ¿Por qué piensas que las saqué de España?

–Lo sé, *mon chéri* , no tienes que recordármelo.

Don Carlos se bebió el jerez de un trago y miró a su esposa a los ojos; los suyos, brillantes, casi a punto de soltar lágrimas de la frustración. Cogió sus manos entre las suyas y le habló en voz baja:

–Si te cuento algo, no puedes decírselo a nadie.

–Claro, *mon chéri* –le respondió alegremente, pensando que por fin le iba a contar la verdadera muerte de su primera esposa–. Sé guardar un secreto.

Don Carlos miró hacia el pasillo para asegurarse de que el servicio no podría escucharlos.

–Cuéntamelo en francés. Así nadie sabrá de qué estamos hablando –susurró ella, para que estuviera tranquilo.

–Está bien. –Acarició sus manos. Amaba de corazón a esa mujer, pensó, y lamentaba mucho lo que iba a contarle–. Sé que estos meses has estado muy aburrida en Madrid. Esta ciudad se ha convertido en un cementerio –chasqueó la lengua.

–Un poco, sí, la verdad. Si no fuera por las niñas... Tú siempre estás trabajando.

–Lo sé y lo siento, pero tengo que salvar el negocio sea como sea. Y cada vez hay más problemas para sacar productos del país. Pero no es eso de lo que quiero hablarte... –carraspeó y bajó la cabeza, pero al poco continuó–: Los negocios no van bien por una razón... Sé que querías hacer un nuevo viaje, pero no va a ser posible. Es mejor que

no salgamos de España durante un tiempo.

–¿Cuánto tiempo? –comenzó a asustarse Maman.

–Aún no lo sé, pero, según me han informado hoy, falta muy poco para que estalle una nueva guerra.

–¿De verdad? –se alarmó–. Guerra... ¿En Europa?

–Así es. Pero no puedes decirselo a nadie. Si alarmamos a la gente y después el mundo consigue hacer las paces antes de que todo empiece... ¡Dios lo quiera!

–¡Dios mío! Tenemos amigos en París, Londres, Lausana... Menos mal que no tengo familia. –Sus ojos se empañaron de lágrimas–. Son esos malditos alemanes, ¿verdad?

Su esposo asintió. La información que le había llegado desde Bruselas aquella tarde sonaba realista; nole habían dicho ni dónde ni cuándo, pero sí que el conflicto era inminente. Quizá los periódicos se hicieran eco de la noticia en los próximos días.

6. Cuatro Vientos

Podían ocurrir dos cosas, pensaba Néstor mientras se acercaba al área de aparcamiento de la escuela de aviación de Cuatro Vientos. Celina iba en la parte de atrás del coche y Laia, a su lado. Ésta se había atado un pañuelo de seda sobre la cabeza para sujetarse el pelo, y las delicadas flores en rosa pálido sobre la tela daban calidez a sus mejillas, sonrosadas ya por el sol.

En el aparato de radio sonaba «On the Sunny Side of the Street», y a cada nota Néstor sentía que su corazón se llenaba de golpe de una gran alegría que apenas sabía identificar.

–Pedí que la instalaran hace poco –aclaró al ver por el retrovisor cómo Celina movía la cabeza de un lado a otro al ritmo de la música.

Laia no contestó. Fingía admirar el paisaje, pero el movimiento rítmico de su pie derecho la delataba. Néstor rio para sus adentros.

–¿Qué puede haber en el campo de Madrid más interesante que conversar con un amigo al que hace tiempo que no ves? –le preguntó para llamar su atención–. Esta canción se escucha mucho en Londres. ¿Quieres que te traduzca la letra?

–Si quieres... –respondió ella, un tanto evasiva como para no demostrar lo mucho que le gustaba la alegre melodía y cuánto deseaba saber qué decía aquella dulce voz femenina.

–Dice, más o menos: «Coge tu abrigo y tu sombrero, deja tus preocupaciones en la puerta, la vida puede ser muy dulce en el lado soleado de la calle...». Así se llama la canción, en realidad. –Y se puso a canturrearla en inglés.

–Creo que desafinas un poco –sonrió Laia–. Celina se ha tapado los oídos.

–Canto mucho mejor que esto. Lo he hecho para sacarte una sonrisa.

–¡No me lo creo! –rio ella–. Pero la canción es muy bonita.

–Me alegra que te guste. La letra tiene mucha razón, es mejor

caminar en el lado soleado de la calle.

–Sí, pero a veces eso es literalmente imposible. Sobre todo, cuando está lloviendo.

–Para eso están los paraguas.

–¿Siempre tienes respuesta para todo? –Lo miró desafiante con una nueva sonrisa.

Néstor le devolvió la sonrisa durante un segundo, y luego volvió a mirar hacia la carretera vacía. Ya llegaban. Giró el volante a la derecha y aparcó frente a un hangar. Celina salió rápida del coche y corrió hacia el avión aparcado dentro. Laia, con las mejillas arreboladas y sus ojos castaños más abiertos que antes, no quitaba la mirada del aparato.

–Un He-112 alemán –satisfizo él su curiosidad–. Lo pilotaré hoy.

Ella lo miró con emoción. Podían ocurrir dos cosas, pensó de nuevo Néstor al salir del coche para abrirle la puerta, pero podía ser que sucedieran al mismo tiempo, y eso era algo que no había tenido en cuenta. Si llevaba a cabo lo que había planeado durante las semanas de vacaciones, Laia se daría cuenta de que pilotar era realmente cosa de hombres, y entonces podría odiarlo para siempre.

Laia se quitó el pañuelo mientras se acercaba a paso lento hacia el hangar. Néstor caminaba a su lado, pero un poco más atrás, contemplando el precioso vestido que ondeaba graciosamente por el aire. No parecía tener miedo; al contrario, parecía más segura que nunca. Claro que ella aún no sabía que podía acompañarlo en el vuelo si quería...

Celina ya se entretenía con otros niños que, junto a sus madres, estaban sentados en unas gradas. Habían venido con sus esposos o familiares para contemplar el vuelo de los increíbles aparatos. Al verlas, Laia pensó que tendría que retirarse ella también mientras Néstor disfrutaba de la experiencia. Una vez más, lamentó su condición femenina; en momentos como aquél, la vida le parecía muy injusta.

Néstor charlaba animadamente con dos hombres que vestían un mono de mecánico y con otros que llevaban unas bonitas chaquetas de piloto como la que él había sacado del maletero del coche. Laia, antes de alejarse, se acercó al avión y acarició la brillante chapa. No se parecía en nada a la pequeña avioneta de Santander. Potencia, estabilidad, fuerza... Era realmente hermoso. Bajó la cabeza, lamentando de nuevo no poder subir en él, y se dio la vuelta para ir a sentarse junto a su prima.

–¡Espera! –La voz de Néstor frenó sus pasos–. Los chicos y yo tenemos un trato –le dijo mientras corría hacia ella.

–¿Un trato? –Laia se dio la vuelta para mirarlo.

–Les he dicho que, si no cuentan que te han visto hoy volar conmigo, pueden cuidar de mi coche mientras tanto, y seguramente no estará mucho tiempo aparcado ahí fuera, porque parecían bastante impacientes.

Laia sonrió y corrió a abrazarlo, sin pensar siquiera en lo que aquel abrazo podía significar más tarde. Tan sólo deseaba expresarle su alegría y devolverle un poco de la felicidad que él acababa de regalarle.

–¡No puedo creérmelo!

–Pues es cierto, volarás conmigo esta tarde. Pero tendrás que ponerte este mono sobre el vestido. –La miró a los ojos cuando sus cuerpos se separaron lentamente.

Estaban muy cerca aún uno del otro. Si no hubiesen estado delante de aquel grupo de espectadores, Néstor hubiera querido volver a besarla, pero sabía que no era el momento. Por el contrario, la ayudó a equiparse para pilotar y a subir al avión.

Los motores se encendieron, y entonces sintió una vibración bajo sus pies que pronto le recorrió todo el cuerpo. Laia pensó por un momento que iba a explotar de emoción, pero también de una extraña sensación de angustia. Una pequeña arcada le subió por el esófago al sentir la presión en su cabeza. El avión, tras moverse durante unos minutos por la pista, se elevó con brusquedad, dejando el suelo de Madrid y a los espectadores de las gradas en la lejanía.

El amplio horizonte, agreste y amarillento, se movía sin parar de derecha a izquierda mientras el avión se alzaba en el aire. El ruido era ensordecedor y la vibración, constante, algo realmente incómodo a pesar de los cascos en las orejas, y Laia no fue capaz de relajarse, pese a no dejar de mirar frente así, asombrada por las vistas y por una sensación inoportuna a la que seguía sin dar nombre.

Desde luego, aquello no se parecía en nada al vuelo en la avioneta. Lo otro había resultado un paseo maravilloso, con el sonido del viento como compañía y un paisaje inmejorable ante sus ojos, pero ahora sólo había ruido y horizontes interminables, secos y completamente vacíos. Cerró los ojos un momento, intentando abstraerse de todas las incomodidades, pero no lo consiguió. Empezaba a pensar que se había equivocado. No le estaba gustando nada el malestar en el estómago, ni la dolorosa presión en la cabeza, pero ya era tarde para lamentarse. Decidió tratar de relajarse, si es que era capaz de hacerlo, y dejar que pasara el tiempo. Sólo esperaba que su mareo no fuera demasiado notable cuando bajara del avión. No quería darle el gusto a Néstor de tener la razón sobre que pilotar era cosa de hombres.

Abrió los ojos repentinamente al sentir que el avión giraba y se colocaba cabeza abajo. Creyó que iba a morirse del susto. Su corazón se aceleró de tal forma que podía escuchar los latidos, incluso por encima del ruido ensordecedor del avión. ¿Qué pretendía Néstor? ¿Acaso quería matarla de angustia? Se agarró a los mandos para intentar sujetarse, pues tenía la sensación de que podía caer al vacío en cualquier momento. Notando la frialdad del metal en sus manos escurridizas, deseó con todas sus fuerzas que el muchacho dejara de hacer el loco, y volvió a cerrar los ojos, confiando en que todo aquello acabase pronto.

Entonces el avión se volteó de nuevo, hasta colocarse en posición normal. Por fin, su cabeza fue regresando a la normalidad. El horizonte era ya un cielo azul precioso, pero apenas podía fijarse en nada, porque seguía mareada, aunque se dio cuenta de que casi se había acostumbrado ya al ruido que amortiguaban los cascos. Quería gritar a Néstor que no hiciera más piruetas para demostrarle lo bien que pilotaba. Si su intención era dejarla boquiabierta, no lo iba a lograr, sino más bien que lo odiara de por vida. Aturdida, quería poner los pies en tierra por fin y marcharse a casa, donde se encerraría en su habitación hasta que él se marchara. Y no volvería a verlo más en toda su vida.

Poco a poco, su estómago se fue calmando, ahora que el avión planeaba estable y no estaba cabeza abajo. De repente escuchó una voz entrecortada dentro de sus oídos. Néstor trataba de decirle algo, pero ella no lo no supo entender. Él insistió, y lo que oyó entonces sonó como música para sus oídos maltrechos.

–¡Toma los mandos! –¿Se dirigía a ella? Así debía ser, no había nadie más en el avión–. ¡Toma los mandos, Laia! ¡Ahora vas a pilotar tú!

Su corazón dio un vuelco. Se estiró en el asiento y miró sus manos. Se dio cuenta de que, desde que se había agarrado a los mandos durante el primer gran susto, no los había soltado, como si fuesen un salvavidas al que aferrarse en medio del océano.

–¿Estás lista? –La voz de Néstor volvió a aparecer dentro de sus oídos. ¿Cómo iba a contestarle?–. Si lo estás, levanta el pulgar derecho hacia arriba.

Laia lo hizo; sin pensarlo, sin dudarlo ni un segundo. Soltó la mano derecha y levantó firme el pulgar, como si fuera un emperador en el circo romano.

Entonces sintió una leve caída del aparato y tiró hacia atrás. Se dio cuenta al instante de que era ella quien gobernaba sobre el aire. El horizonte se extendió azul claro, inmenso. Miró a la derecha y movió

el mando un poco; el avión respondió de inmediato. Estaba volando de verdad. Su primera vez no había sido en aquella avioneta en Cantabria. Su primera vez era justo ahora, en aquel instante, con sus manos apretando fuertemente aquellos mandos, con la sensación de estar por encima de todo y de todos. Como si todo lo de abajo fuera una pequeña parte de sí misma, pero el resto, allí arriba, sobrevolando el mundo, era lo que existía realmente.

Asombrada consigo misma, sentía que no pertenecía al mundo ni a su familia ni a su país ni a su casa. Era como si hubiese despertado, como si la verdadera Laia hubiese estado dormida todo ese tiempo y ahora apareciera de golpe, arrasando con todo lo anterior.

Tocó los mandos con suavidad, haciendo que el vuelo se volviese tranquilo, disfrutando de ello, sin estúpidos y arriesgados equilibrios, como Néstor. Y la sensación de control le daba mucho más que nada ni nadie antes. Era como recibir un hermoso regalo el día de Reyes cuando era niña. Algo que no esperaba, en lo que nunca había pensado, pero que sentía que lo había deseado siempre sin saber qué era ni cómo era.

Durante un rato, Néstor contempló con tranquilidad el cielo que se extendía alrededor, sabiendo que ella estaba disfrutando. Al cabo, miró su reloj; el tiempo había pasado muy rápido, debían volver.

–¡Voy a llevarlo yo ahora! –le dijo, pero no vio el pulgar levantado.

Esperó unos minutos más; sin duda, se resistía a abandonar el control del avión, pensó. Laia no quería regresar al mundo. Hubiera deseado quedarse ahí arriba, donde nada parecía importar demasiado y donde sentía que podía ser ella misma por primera vez: sin que nadie la controlara, sin que nadie planease su futuro ni la obligara a hacer nada. El colegio, las monjas y todos aquellos años de obediencia en los que siempre la habían llamado rebelde habían quedado atrás. La muerte de su madre, la visión de su cuerpo ensangrentado en el suelo de la habitación, se diluyó por primera vez en su vida. Frente a sí, sólo quedaba la imagen de un presente azul infinito, sin futuro, sin planes, sin nada. Un gran vacío que ella podría llenar como quisiera.

–¡Laia, voy a coger los mandos! ¡Levanta el pulgar si me oyes!

La voz de Néstor sonó como una sentencia. Su mano derecha se negaba, pero ella la obligó a levantar el dedo. Esta vez no lo hizo con el ímpetu de un emperador romano, sino más bien como un gladiador al que le ordenan matar a su contrincante. O peor aún, como el gladiador sentenciado y tirado sobre la arena.

Cuando Néstor cogió los mandos, Laia pensó que él se estaba apoderando de algo que ella ya sentía como suyo. Suspiró, de nuevo lamentando ser mujer.

Los espectadores los vitorearon al aterrizar. Néstor se acercó para ayudarla, pero ella rechazó su mano y bajó sola. Cuando tocó el suelo con los pies, le pareció que sus piernas iban a doblarse. Se estiró. La cabeza aún le daba vueltas, pero no iba a caerse delante de todo el mundo. Si tenía que desmayarse, lo haría cuando estuviera en casa.

Néstor notó su rechazo y pensó que efectivamente podían haber ocurrido a la vez las dos cosas que tanto había temido: que se hubiese dado cuenta de que pilotar era cosa de hombres y que lo odiara por ello. Pero, ante su enfado disfrazado de indiferencia, se dio cuenta de que podía haber una tercera cosa en la que no había pensado antes: que Laia se hubiese enamorado completamente; no de él, sino de la sensación de haber pilotado por primera vez.

Arropado por el abrazo de la pequeña Celina, que le contaba lo bonitas que habían sido las piruetas de los aviones, no podía dejar de mirar a Laia, que saludaba a algunas de las mujeres que habían ido a ver la clase de aquel día. Luego, vio cómo se deshacía del mono de aviación y lo doblaba con cuidado, como si fuera la más preciada joya.

Laia entró en el hangar, devolvió lo prestado y se despidió de los hombres que había allí, dándoles las gracias Néstor las esperaba apoyado en el coche.

–¡Espere, señorita! –escuchó que alguien la llamaba.

Uno de los pilotos corría hacia ella. Al verlo, Néstor se levantó, abandonando su postura relajada, tratando de averiguar qué querría aquel hombre. Era uno de los profesores.

–¡Espere, por favor! –jadeó–. Es la primera vez que una mujer quiere subir a un caza, y he pensado que esto podría interesarle, –Le dio un papel en el que había un avión dibujado y se anunciaban unas clases de piloto.

Laia no se podía creer lo que estaba viendo, extrañada sobremanera no sólo porque se lo diese un hombre, sino porque admitiesen a mujeres como alumnas.

–Pero... ¿aprender a pilotar no es sólo para hombres? –preguntó, repitiendo sin darse cuenta lo aprendido.

–No, claro que no –sonrió el otro–. Pilotar es para cualquiera que ame el cielo. Y la expresión de su cara cuando ha bajado del avión decía eso exactamente: que le encanta volar.

Celina, entusiasmada, tomó el papel de las manos de su prima. Laia sintió los dedos manchados de la tinta que la octavilla desprendía. Seguía casi paralizada, sin saber qué contestar. Era la primera vez que le hablaban como si ella existiera de verdad.

–¡Pero vale una peseta! –gritó Celina con gesto preocupado–. ¿De dónde vamos a sacar ese dinero, Laia?

–¿Cuánto dura una clase? –le preguntó ésta al hombre.

–Diez o quince minutos, depende de cómo estén las cosas ahí arriba.

–Yo pagaré –intervino Néstor de repente, con voz potente.

–No hace falta –repuso Laia con rotundidad–. Encontraré el dinero, no te preocupes.

El profesor sintió que sobraba en aquel punto de la conversación y se despidió de ellos con amabilidad.

–¡Espere, por favor! Dígame..., ¿cuándo empiezo? –lo frenó Laia.

–Las clases para principiantes son los sábados por la mañana –contestó con una sonrisa–. Hay dos turnos, de siete a nueve y de nueve a diez. Elija la que más le convenga cada semana.

–Así lo haré, muchas gracias.

–A usted, señorita.

* * *

Laia no esperó a que Néstor le abriera la puerta del descapotable. Dejó subir atrás a Celina, se sentó y la cerró de un golpe.

Néstor no quería apartar sus ojos de ella, pero no tuvo más remedio que sentarse ante el volante y arrancar el coche. Durante el trayecto, no puso música y no hizo caso a Celina cuando le pidió que lo hiciera. Era como si no la escuchara. Sólo Laia hablaba con ella, a propósito, pues quería que él escuchara todo lo que pensaba sobre las clases de piloto a las que estaba dispuesta a asistir. A pesar del viento y de que tenían que gritar para escucharse, comentaron todos los detalles y discutieron sobre cómo podrían hacer para que su padre no se enterase y ella pudiera acudir a Cuatro Vientos sola.

Lo cierto es que era difícil, casi una heroicidad, que ella pudiese asistir los sábados por la mañana. ¿Cómo iba a escabullirse sin ser vista? ¿Y cómo llegaría hasta allí?

Néstor decidió no salir en su ayuda, aunque sabía que era el único que podía darle una solución rápida. Pero estaba lo suficientemente enfadado como para tragarse sus deseos de ayudarla. No, al menos, mientras ella siguiera rechazándolo. Todo porque había querido demostrarle una vez más que pilotar no era cosa de mujeres. Dio un leve golpe con la mano en el volante al recordar al profesor. ¿Quién se creía que era para acercarse a ella sin conocerla y ofrecerle algo así? ¿Tan necesitados de dinero estaban en la escuela que aceptaban a mujeres? ¿Qué sería lo próximo? ¿Enseñar a pilotar a los niños?

Laia lo miró disimuladamente cuando él golpeó el volante. Celina se echó hacia atrás en su asiento y dirigió su mirada al paisaje. Ella

también había notado su enfado, y sabía que lo peor para su prima era tener que soportar la cena de aquella noche.

Cuando paró el coche frente a la puerta, Néstor salió rápido para abrirles. No quería que Dominique o don Carlos pudieran estar mirando por la ventana y notasen que estaban enojados. Cenaría con ellos con la mejor de sus sonrisas y, si Laia no quería hablar con él, peor para ella. Él no mostraría en ningún momento su estado de ánimo.

Laia, sin embargo, abrió la puerta y salió del coche sin esperar a su prima, dejándolo solo mientras cerraba el coche. Se sintió como si fuera el chófer. Caminó por detrás de ellas y, una vez en el salón, las escuchó saludar a sus padres. Él entró entonces, y se sorprendió al ver sus rostros desencajados. Don Carlos estaba de pie, más serio de lo habitual, y su esposa, sentada en uno de los sillones, abrió los brazos para abrazar a las niñas.

Néstor se esperó lo peor. ¿Sería una reprimenda por haber permitido que Laia pilotara el avión? Pero ¿cómo había podido enterarse?, se preguntaba sin ser capaz de darse una respuesta lógica. Se suponía que ellos no habían salido de la casa. ¿Quién podría haberles contado lo ocurrido? ¿O se trataba de otra cosa? Se asustó entonces, al pensar en sus padres.

–Néstor, es mejor que lo sepas tú también cuanto antes. Todos debéis saberlo. Pensé que saldría en los periódicos en algún momento, pero acaban de publicarlo en la edición de esta tarde. Ya no hay duda. Yo me enteré esta mañana y aquí está, desgraciadamente, la peor de las noticias –se lamentó, alargándole el periódico.

–¿Qué ocurre, don Carlos? –Néstor notó que le temblaban las manos.

Levantó el diario y se lo acercó un poco para leer el titular de la primera página.

> 1 DE SEPTIEMBRE 1939. HITLER HA INVADIDO POLONIA.
> GRAN BRETAÑA Y FRANCIA ACUDIRÁN EN SU AUXILIO.

Entonces miró a don Carlos. Comprendía lo que aquello podía significar para sus dos familias, sus negocios y sus empresas, pero no alcanzaba a entender bien la nueva situación. Su rostro pedía una explicación necesariamente.

Al ver el gesto del joven, don Carlos lo comprendió y le ofreció un vaso con un dedo de whisky.

–Hijo mío, en Europa ha empezado la guerra –le explicó, sin

temblor alguno de voz.

Laia sintió una punzada en el corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas. Agarró la mano derecha de Maman y la apretó con fuerza. Era una noticia terrible, aunque ella no entendiera muy bien lo que aquello podía significar, pero lo que realmente le había provocado la indignación habían sido las primeras palabras de su padre: «Hijo mío...».

7. La primera Navidad juntos

Había sido como si la apuñalaran desde dentro. Si había llamado «hijo mío» a Néstor era por una única razón. No porque fuera hijo de su socio, al que lo unía una estrecha amistad desde hacía muchos años, ni tampoco porque la guerra en Europa acabara de comenzar, lo cual cambiaba bastante las cosas. No, no era por eso, sino porque ya daba por hecho que ella se casaría con él. Y ese pensamiento empezaba a hacerle mucho daño.

Le dolía que su padre no se hubiese interesado en conocer su opinión. En realidad, ni siquiera le había preguntado. No sabía si el padre de Néstor habría hablado con su hijo sobre el tema, pero, a estas alturas, tenía claro que el muchacho sí estaba de acuerdo con aquella decisión. Pero ella, no. ¿Es que a nadie le importaba lo que pensara?

Volvió a lamentar ser mujer, pues se sentía como si la fuesen a vender, como en una de aquellas novelas románticas de lugares exóticos que había leído a escondidas bajo las sábanas, por la noche, cuando todos dormían, a la luz de una vela y con la amenaza de que Celina se despertase y la descubriese. Pero también era cierto que en esas novelas las protagonistas se fugaban con sus amantes. Eso es lo que deseaba que le ocurriese: enamorarse como ellas hasta que no le importara nada más en la vida, salvo ese amor. Un amor que, como el fuego, la hiciera arder por dentro.

Pero no era así. Nada parecido le había sucedido. A pesar de ello, tenía una cosa clara: quería casarse con un hombre que la amara, y lo que sentía por Néstor no le parecía amor. No le había molestado aquel beso robado, y en la escuela de pilotos lo había abrazado con auténtico cariño, pero se preguntaba si esos sentimientos, diluidos cuando él estaba lejos, un poco más palpables cuando lo tenía cerca, eran lo suficientemente fuertes como para unirse a él toda una vida. Era casi una sentencia.

Y resultaba aún peor cuando recordaba que él opinaba a la antigua,

como su padre. Que creyera que pilotar era sólo para hombres la molestaba sobremanera. Le había dejado los mandos del avión y, desde entonces, aprender a pilotar era lo que más deseaba en el mundo, y por ello no podía sacarse de dentro esa espina. Néstor era un antiguo, definitivamente.

La cena se sucedió entre la charla de Néstor con su padre sobre la inminente guerra y las consecuencias que podría acarrear en los negocios de las dos familias y los continuos suspiros de Maman, que se preguntaba en voz alta qué sería de sus amigos europeos.

Nadie habló de nada más, por suerte para Laia, que aquella noche prefería mantenerse al margen y planear cómo acudir a su primera clase en la escuela de Cuatro Vientos. ¿Cómo llegaría hasta allí? ¿De dónde sacaría el dinero? Tendría que romper la hucha, pero dudaba de que hubiera suficiente para más de una. Desde luego, no podía, ni debía permitir que Néstor se lo pagara. Eso sería como dejarse comprar o, al menos, así lo sentía ella. La mirada de Néstor la descubrió pensativa y distante. Sin darse cuenta, se encontró con sus ojos fijos, y ella bajó la mirada, rechazándolo, pero él adivinó sus pensamientos.

Cuando al fin la cena terminó, se acercó hasta ella.

–Este sábado puedo llevarte a tu primera clase, si quieres. Seguiré aquí hasta que acabe las mías, así que...

–¿No tienes que regresar, por los negocios de tu padre? –le preguntó, olvidando su enojo, pues en el fondo agradecía que se ofreciera a facilitarle el camino.

–No. Estaré aquí hasta que acabe mis vacaciones y luego ya volveré.

–A ocuparte de algo que no quieres ni te gusta en absoluto, ¿verdad? –Lo miró con una media sonrisa.

Néstor no contestó. Se limitó a dar un trago a su vaso de licor y a continuar la charla por donde él quería llevarla.

–Puedo recogerte temprano. Le diremos a tu padre que vienes otra vez para hacerme compañía. Espero que Celina quiera venir con nosotros. –Miró a la niña, que estaba sentada junto a Dominique.

–Querrá. –Laia sonrió, mirándola también–. Ella siempre hace lo que le pido.

–Es una buena hermana, aunque seáis primas. Me hubiera gustado no ser hijo único –exclamó repentinamente, con gran tristeza en la mirada.

–Así no tendrías que regresar.

–Crees que lo sabes todo sobre mí, ¿no? –repuso con desdén, aunque manteniendo el tono de voz bajo para que nadie más lo

oyera–. Eso es lo que te pasa conmigo, que piensas que lo sabes todo de mí, pero te equivocas. Crees que hago caso a mis padres en todo lo que dicen. Piensas que regresaré a casa para ocuparme de la empresa porque mi padre me lo ordena, pero no se te ocurre pensar que quizá yo quiera eso. Pues bien, he estudiado una carrera para dedicarme a ello, y es lo que deseo hacer en la vida. Así que, no estés tan segura de que lo sabes todo.

Laia se sintió molesta, aunque, en el fondo, intuía que tenía parte de razón. No sólo había pensado que él no deseaba trabajar con su padre, sino que estaba segura de que su pasión era pilotar. Ahora se daba cuenta de que se había equivocado: los aviones eran una afición, un divertimento más de los muchos que podía tener durante los meses de vacaciones. Y tal vez incluso quizá tampoco él deseaba casarse.

Néstor la miraba con los ojos brillantes, como con el deseo de seguir hablando, aunque guardó silencio.

–Yo, lo siento... –comenzó a disculparse–. No pretendía...

–¡Déjalo! –respondió él, cada vez más hundido–. Te ayudaré a que puedas dar esas clases. Quizás así comprendas que lo que siento por ti no es por obligación, ni porque me lo ordene mi padre, o el tuyo.

Laia no supo qué contestar. No podía dejar de mirarlo, pero no era capaz de articular palabra. Y además acababa de decirle que sentía algo por ella, pero ¿qué?

Fue él quien bajó la mirada. Ella seguía fija en sus ojos brillantes y en su rostro, como si fuese la última vez que lo iba a ver, y su corazón comenzó a acelerarse sin que entendiese la razón. Quizás empezaba a sentir algo por él. Deseaba de verdad que sucediese; quería sentir amor por Néstor y así hacer feliz a su familia; amarlo y casarse con él en la gran boda que todos soñaban para ellos.

–Si no vas a decir nada, me voy al hotel. Es tarde.

Laia abrió la boca, pero no podía pronunciar las palabras que él esperaba. Decidió que era mejor el silencio.

Pero, cuando él se dio la vuelta y dejó el vaso sobre la mesita junto a la escalera, decidido a despedirse, Laia le sujetó por el brazo en un gesto casi inconsciente. Y entonces él sí la miró a los ojos.

–Siento haberme enfadado contigo. Es normal que pienses que pilotar es algo de hombres. El mundo es así con las mujeres, desgraciadamente. Y lamento mucho haber sido tan tonta como para creer que lo sé todo sobre ti. Tienes razón, apenas te conozco. No sé nada de lo que quieres hacer en la vida ni de los planes que tienes para tu futuro. Sólo sé que tus padres y el mío tienen los suyos para nosotros. Y siento decirte que no estoy de acuerdo. –Calló durante unos segundos–. Pero quiero darte las gracias por ayudarme a pilotar,

significa mucho para mí. Estaré siempre en deuda contigo.

Sin duda no eran las palabras que Néstor esperaba escuchar de sus labios después de haberse sincerado diciéndole que sentía algo por ella, sino todo lo contrario. Pero, al menos, había recibido una disculpa y su agradecimiento. Su rostro se tranquilizó un poco.

Laia lo soltó y lo dejó marchar. Lo vio acercarse a Maman y a su padre, darles la mano y despedirse de Celina con una dulce caricia en la mejilla.

Cuando, ya en su coche, se alejó de la casa, se sintió mal. Sabía que le había hecho daño. Y seguramente no lo merecía.

* * *

De nuevo, le pareció que el cielo era el único que podía responder a todas sus preguntas. En cuanto volviese a poner los pies en la tierra, las preocupaciones de los últimos meses regresarían como una losa sobre ella, pero en aquel precioso y preciso momento, sujetando los mandos sobre la línea del horizonte, el mundo le era tan ajeno que ni la guerra en Europa podría acabar con su felicidad. El sonido de los motores era un bálsamo que la protegía de todo aquello que no deseaba escuchar, una sensación de poder en sus manos; le hacía olvidar que sólo era una mujer en un planeta en el que el ser humano había decidido aniquilar a toda su especie por sus ansias de poder, su odio y su ignorancia.

Con el vasto cielo azul claro sobre su cabeza, despejado y sin peligro alguno que entorpeciera su vuelo, podía ver los horrores del mundo con distancia. Ajena a cualquier peligro, a la guerra, y sobre todo, libre. Además, su padre estaba demasiado ocupado intentando salvar sus negocios, adaptándose a la nueva situación, y se había olvidado de sus planes, lo cual, a pesar de saber que era por razones terribles para la humanidad, le daba cierto respiro.

Néstor había sido un encanto. Como había dicho, la llevó a la escuela en sus primeras clases y, en cuanto acabaron sus vacaciones, se marchó. Su padre y la empresa lo esperaban. Después, Laia se atrevió a contárselo a Maman, que enseguida le echó un cable, y continuó yendo a las clases de los sábados; incluso a veces la acompañó para que no fuera sola hasta allí y, por supuesto, le había dado el dinero en muchas ocasiones.

Había conseguido completar el curso hasta la última clase, justo unos días antes de Navidad, gracias a todos ellos: Néstor, Maman e incluso Celina, que rompió su hucha para darle todos sus ahorros. «Tú harías lo mismo por mí, ya somos hermanas», le había dicho. Tan

pequeña y tan sabia, pensó Laia. Era admirable y la adoraba por ello.

Los tres habían sido sus cómplices y la habían ayudado, y por eso no podía recriminar a Maman que supiera de los planes de su padre y no le hubiese dicho nada. Además, creía realmente que todo aquello había quedado atrás.

Cuando bajó del avión, el profesor la acompañó hasta la puerta del hangar, como solía hacer con todos sus alumnos.

–Ha sido un placer ser su profesor de vuelo –le dijo amigablemente.

–No sabe cuánto le agradezco que me haya enseñado a volar.

–Es mi trabajo, no tiene nada que agradecerme.

–Pero no todos los profesores quieren dar clase a una alumna.

–Eso es porque no saben lo buenas que pueden llegar a ser. –Laia se sonrojó y bajó la mirada–. Lo digo en serio, es usted mejor que muchos de mis alumnos. Lástima que...

–¿Que sea una mujer?

–No quería decirlo así. No suena demasiado bien. –Entonces fue él quien bajó la mirada.

–No se preocupe. Sé lo que quería decir, y tiene razón. Si fuera un hombre, sería piloto. No tengo ninguna duda. Ahora ya no.

El profesor asintió un par de veces con un movimiento de cabeza.

–Sin embargo, no tiene por qué acabar aquí. Puede ser instructora de vuelo.

–Ésa sería una buena opción, salvo por mi padre, que no me lo perdonaría jamás. Tiene otros planes para mí. –Laia suspiró, echando ya de menos volver a sentirse a miles de pies sobre la tierra.

–Piénselo durante las fiestas. –El hombre seguía hablándole de usted–. Estaré aquí si cambia de opinión.

–Muchísimas gracias, profesor. –Le dio la mano cortésmente, mientras Celina abandonaba las gradas para llegarse a su lado–. ¡Feliz Navidad!

–¡Feliz Navidad, señorita! –se despidió él.

Laia tomó a su prima de la mano y se dirigió resuelta hasta la parada del autobús que las llevaría de vuelta a casa. Cuando llegó, se sentó en el lado del pasillo, dejando que Celina pudiera mirar por la ventana. La niña limpió el cristal, empañado, y ambas contemplaron el avión dentro del hangar por última vez.

Laia surpiró profundamente. Ahora sabía que amaba volar por encima de casi todo. Sólo su familia estaba antes que el deseo de volver a sentir que el mundo desaparecía ante la decisión de sus manos y el empuje de los motores. Tragó saliva y miró al frente con determinación. No sabía qué le iba a deparar la vida. No quería dejar que su padre controlara su futuro, pero también sabía que la idea de

ser instructora podía costarle su relación con él. Y, aun así, ya pensaba en cómo conseguir el dinero para el nuevo curso.

Se bajaron en la Puerta del Sol para ver la decoración navideña en las calles y comercios. Habían decidido acercarse a la Plaza Mayor, para aprovechar la mañana de sábado de finales de diciembre.

A pesar del frío, el sol lucía con fuerza, haciendo honor al nombre de la plaza. Celina se paró en mitad de la calle y miró hacia arriba, intentando ver el reloj.

–¿Crees que dará las campanadas este año?

–No creo, dicen que le alcanzó un obús.

Agarradas de la mano, cruzaron las vías del tranvía, mirando a ambos lados.

–Desde aquí se ve mejor –le dijo Laia, tras haberse alejado unos metros, y miró hacia arriba.

La casa de Correos no era muy grande, aunque era cierto que ellas habían tenido la suerte de visitar París y contemplar la torre Eiffel, y también Nueva York, donde el Empire State y el Chrysler sobresalían por encima de otros muchos edificios colosales. Sin embargo, sí les pareció muy bonito y europeo, con cierto aire de pueblo, a pesar de estar en la capital.

Caminaron hasta adentrarse en una calle que daba a la Plaza Mayor. Celina quería comprar un nacimiento, pues habían dejado el suyo en la casa de Barcelona, antes de la guerra. Y ahora que eran una familia otra vez necesitaban uno nuevo. Además, su padre seguía negándose a poner un árbol de Navidad, como habría querido Maman, acostumbrada a los adornos europeos. Don Carlos quería mantener las costumbres de su primera mujer y sus hijas, españolas y cristianas, y el árbol no le parecía ni una cosa ni la otra, aunque a las niñas también les hubiera encantado.

La pequeña miró con asombro la amplia plaza llena de puestos en los que vendían productos tradicionales, anunciados a gritos por los vendedores o con carteles escritos a mano que indicaban su procedencia, como el turrón de Alicante y los mazapanes de Toledo. Pasearon entre los tenderetes admirando las panderetas y zambombas, que los comerciantes tocaban para llamar la atención de los transeúntes, artículos de broma, belenes, musgo, muérdago, abetos y todo tipo de decoración.

Celina, encantada, tiraba de la mano de su prima para obligarla a caminar con más rapidez.

–¡Vamos a verlos todos y después compramos el nacimiento! –gritó entusiasmada.

Laia asintió, contenta de ver su carita feliz, y aceleró el paso, hasta

que la niña soltó su mano para correr hacia un corralito en el que había encerrados unos cuantos pavos y unos corderitos preciosos, que intentó acariciar.

–¿Quiere uno para la cena? –le preguntó el vendedor a Laia con tosquedad.

A las dos niñas les pareció horrible la proposición, comprendiendo de repente que esos animales no estaban ahí sólo para que la gente los admirara.

–Vamos, Celina –le susurró Laia, tras responder al vendedor negando con la cabeza.

El hombre se metió en el corralito y agarró a un cordero de una pata, levantándolo sin ningún cuidado, para que ellas lo vieran.

Laia tapó los ojos de Celina con la mano y se dio la vuelta, llevándosela de allí. El corazón se le había acelerado y sentía el estómago revuelto. No estaba acostumbrada a esa España en la que los animales eran sólo un producto que vender. En su casa de Barcelona, su madre siempre las mantuvo alejadas de la cocina y de la cocinera, para que no vieran algo indebido. Y en el colegio, en Francia, las monjas también eran muy respetuosas, nunca mostraron la crueldad de los fogones a las niñas.

Echaron a correr y, en su huida, tropezaron en mitad de la plaza con un grupo de muchachos bien vestidos, con abrigos de paño y botas, que reían y cantaban alegres algunos villancicos. Entre sus voces, a Laia le pareció escuchar una con un ligero acento inglés.

–¡Néstor! –gritó Celina, soltando su mano y corriendo hacia ellos.

Casi no se lo podía creer cuando lo vio levantar a la niña en sus brazos y dar vueltas hasta hacerla reír, con su abrigo gris, junto a sus amigos, tan sonriente como siempre. Después de darle un par de besos, la bajó al suelo y se acercó a ella manteniendo la sonrisa.

Laia sonrió también y movió la cara para recibir un beso en la mejilla. Su corazón seguía acelerado, pero no supo en ese momento si era por el mal trago con el corderito o por aquella inesperada coincidencia.

–¿De qué huíais? –preguntó risueño.

–¡Un hombre ha cogido a un corderito de la pata y le hacía daño! –dijo en voz alta Celina, con lágrimas en los ojos y la cara enrojecida.

–Era el vendedor –aclaró Laia–. No le ha gustado nada.

–¿Habéis venido a comprar un árbol de Navidad? –preguntó Néstor a la niña, intentando distraerla.

–No, Maman quería poner uno, pero papá no nos deja. Dice que hay que poner el belén, porque es el único símbolo cristiano.

Néstor rio ante su comentario.

–¿Sabes lo que vamos a hacer? –se rio Néstor–. Yo compraré el árbol, será mi regalo. Así don Carlos no podrá decir nada.

–¡Fantástico! –La pequeña dio un salto de alegría–. ¿Has oído, Laia? ¡Néstor va a comprarnos un árbol!

–Lo he oído, y le damos las gracias en nombre de toda la familia, ¿verdad, Celina?

–Sí, muchas gracias. Será maravilloso adornarlo.

–Pues vamos a por él, y a comprar adornos también.

–¡Y un nacimiento! Habíamos venido a por un nacimiento –añadió la pequeña.

–¡Pues vamos! –dijo Néstor, animado.

–¿Y tus amigos? –le preguntó Laia, al ver que tomaba a la niña de la mano para ir hacia los puestos.

–No te preocupes. Ya los veré después. ¡Muchachos, ahora vuelvo!

Los jóvenes se rieron al verlo tan bien acompañado, sospechando que aquélla era la chica de la que les había estado hablando hacía dos días, después de la cena con los profesores de la escuela de vuelo.

–Pensaba que ya habías vuelto a Santander.

–Así es, pero he venido unos días para verlos, a ellos –mintió Néstor, sorprendido por el interés de Laia en sus planes.

–¿Ya has empezado a encargarte de la empresa de tu padre?

–Sí, aunque todavía estoy aprendiendo el negocio. Es complicado, pero mi padre tiene mucha fe en mí.

–Estoy segura de que te irá muy bien –contestó sincera.

–¡Ése me gusta! –gritó Celina, señalando un árbol.

–Elige otro un poco más pequeño o papá nos echará de casa a las dos –le dijo Laia para intentar ganar tiempo, y la niña siguió buscando entre los abetos.

–Ya me han contado que has acabado el curso.

–Sí, y el profesor me ha propuesto hacer el de instructor de vuelo. Cosa que probablemente no haré, pero es bonito saber que alguien confía en mis dotes como piloto.

Néstor bajó la cabeza, dándose por aludido.

–Lo siento, Laia, no quería que creyeras que yo pensaba que tú no valías para esto. No era eso...

–No, simplemente pensaste que una mujer no podía hacerlo y, como yo soy una de ellas...

–Tampoco era exactamente eso, pero no es nada personal. Es lo que me han enseñado desde pequeño, nada más.

–Como a la mayoría –respondió ella un poco molesta, aunque manteniendo la sonrisa y el respeto, haciendo gala de su buena educación–, pero ya va siendo hora de que las mujeres hagamos cosas

por nosotras mismas, ¿no crees?

–No es tan sencillo –repuso Néstor, moviendo la cabeza.

–Nada lo es. La vida de una mujer, tampoco. Los hombres tendéis a pensar que para nosotras todo es un cuento de hadas.

–Sabes que yo no pienso eso.

–No lo sé. En realidad, yo no sé cómo piensas tú.

–No quiero que volvamos a discutir, y menos hoy. –Néstor intentó sonreír, aunque se sentía destrozado por dentro. Hacía muy poco tiempo que había conseguido regresar a su vida normal, sin pensar cada minuto de cada hora en ella, y ahora se la encontraba de nuevo y veía que seguía estando tan a la defensiva como antes.

–Gracias por lo del árbol –Laia cambió de tema al darse cuenta de su estado de ánimo–. Celina está muy contenta.

–¡Ése de ahí! –gritó en ese momento la niña, llevándose a Néstor de la mano.

Laia los siguió y, tras darle al vendedor la dirección para la entrega, los tres se pusieron a mirar otros puestos de la plaza para comprar algunos adornos y un precioso nacimiento, lo bastante grande para que luciera sobre la chimenea del salón.

Néstor cargó con las cajas hasta que acabaron y llegó el momento de despedirse.

–¿Vais a coger el tranvía? –les preguntó, entregándoselas a Laia.

–Sí, ya se nos ha hecho tarde. Maman debe estar preocupada.

–¡El regalo de Maman! –exclamó Celina–. ¡Se nos ha olvidado!

Laia se llevó la mano a la frente. El encuentro con Néstor lo había cambiado todo, y ambas habían olvidado que querían hacerle un regalo a Maman el día de Navidad, para que al menos supiera que ellas respetaban sus tradiciones. La querían tanto que deseaban que supiera que no se olvidaban de ella en un día tan especial.

–¿Sabéis qué queréis comprarle?

–La verdad es que no. ¿Qué se le puede regalar a alguien que tiene de todo? Habíamos pensado en unas frutas escarchadas, ya que es tan golosa; el turrón no creo que sea lo que más le guste. Ella es una persona muy especial y no puede valer cualquier cosa, pero...

–Yo sé lo que puede gustarle.

–¿En serio?

–Vamos, os acompaño.

–Pero ¿no tienes que volver con tus amigos? –Laia quiso ser educada, y hacer esperar a alguien no era la mejor manera de serlo.

–No te preocupes. Vamos a una confitería que está aquí, a la vuelta. Os encantará la idea, ya lo veréis.

La tienda era tan bonita y estaba tan llena de dulces deliciosos que

Celina no sabía adónde mirar. No recordaba haber visto nunca algo igual. Sus estanterías, llenas de galletas, bombones y chocolates, llegaban hasta casi el techo, y encima había grandes botes de cristal llenos de caramelos y preciosas botellas de licor. Pero lo que más le llamó la atención fue la gran tarta de nata sobre una mesa en el mismo centro de la tienda. Algunos niños junto a sus madres se agolpaban a su alrededor para admirarla. Se preguntó para quién sería, seguramente alguien celebraría una gran boda; estaba adornada con ribetes de chocolate y nata, y era tan blanca que daban ganas de morderla.

Una mujer vestida con una bata blanca salió del interior con una bandeja de bocaditos de nata recién horneados que olían de maravilla. Se les hacía la boca agua al ver tantos manjares tan apetecibles y bonitos.

–¿Qué es lo que vamos a comprar aquí? –preguntó Laia a Néstor mientras esperaban para ser atendidos.

–Marron glacé.

–¿Qué es eso? –le preguntó Celina.

–Castañas glaseadas –explicó la mujer, acercándose a ellos.

–Nos gustaría comprar una caja para regalo.

La mujer asintió y se acercó a una bandeja repleta de pequeñas castañas marrones que descansaban sobre un mantelito blanco ribeteado. Cuando la llevó junto a ellos, pudieron aspirar su aroma acaramelado.

–No conocía este dulce –reconoció Laia.

–Sin embargo, es muy típico en Francia.

–Supongo que era demasiado caro para Saint Chaumond. Además, las hermanas hacían sus propios dulces para los días festivos.

–Es cierto. Manzanas asadas y *petits beurres* . Siempre lo mismo, eran muy aburridas –añadió Celina, recordando aquellos días.

Laia y Néstor sonrieron ante el comentario. Tras pagar el pequeño paquete, salieron a la calle. Una muchacha joven con una niña pequeña en sus brazos pedía lismona a la gente que pasaba. La niña estaba llorando, y la madre también parecía sobrecogida. Iban vestidas muy ligeras de ropa y estaban extremadamente delgadas. Seguramente, tenían hambre y frío.

A Celina y a Laia se les empañaron los ojos al verlas. Era la primera vez que veían un auténtico vestigio de la guerra que acababa de sufrir el país y que su familia se empeñaba en olvidar. Pero lamentablemente no todo el mundo podía hacerlo. Mucha gente había sufrido durante el conflicto y, al parecer, muchos seguían sufriendo todavía por no tener dinero ni trabajo. Les pareció tan triste que

ambas sintieron dolor en su corazón por aquella mujer tan joven, apenas unos años mayor que Laia, y su bebé lloroso y posiblemente también enfermo.

–Le daría mi cuello de visón si Maman no me lo hubiera regalado, pero me matará si lo hago –exclamó Laia en voz baja.

–No hace falta, le daré mi bufanda –dijo Néstor, quitándosela del cuello.

–¿La de cachemira? –preguntó Celina asombrada, haciendo gala de lo que había aprendido con Maman sobre moda.

–¡La venderán! –pensó Laia en voz alta.

–No importa. Así tendrán algo de dinero para pasar las fiestas.

Néstor colocó la bufanda de cuadros alrededor del cuello de la niña, que lo miró sin saber si estar contenta o continuar llorando. Después, le dio un par de monedas a la madre, justo cuando dos señoras muy bien vestidas pasaron junto a ellos haciendo un comentario feo sobre la muchacha.

–Tan joven y tan perdida –escuchó Laia que decían al pasar por su lado.

Néstor tomó a Laia del brazo y a Celina de la mano, intentando alejarlas de aquella terrible visión de la realidad, de la otra mitad del mundo.

–Es horrible que haya gente tan pobre –comentó mientras se alejaban–. Pensaba que todo estaba mejorando.

–¿Mejorando? –Néstor frenó sus pasos y la miró, extrañado. Laia parecía vivir en su propio mundo, y a veces le parecía que sólo se preocupaba de sí misma–. El mundo no es como tú crees, Laia. No todo el mundo es tan privilegiado como nosotros.

–¿Por qué me miras así? –le preguntó ella, fijándose en su mirada inquisitiva.

–Porque a veces parece que no te das cuenta de nada.

–No entiendo lo que quieres decir. –Laia retiró el brazo que él agarraba.

–El mundo se está cayendo a nuestro alrededor. Este país acaba de salir de una guerra y Europa está empezando otra. Nada es igual que antes ya, ni siquiera tu padre podrá protegerte siempre.

–¿A qué te refieres?

–Pues a que las cosas tampoco están yendo bien para él. Esta guerra afecta a sus negocios. Y no tiene tanto patrimonio como mi padre, porque se fue y se lo gastó durante la guerra. El mío se quedó en su patria para protegerlo.

–¿Intentas desacreditar a mi padre?

–¡No! Todo lo contrario. Creo que hizo bien en marcharse y en

llevaros lejos de aquí.

–¡Tú también te fuiste!

–Lo sé, por eso lo digo.

–Entonces, no comprendo qué intentas decir.

Laia empezaba a sentirse incómoda y Néstor se dio cuenta.

–Disculpa si te he dicho algo inconveniente o si he alzado la voz. Ver a esa mujer me ha hecho sentir tan mal que…

–No te preocupes. A mí me ha pasado lo mismo. Es muy triste.

–Lo es. –Volvió a tomarla del brazo. Ella se lo permitió.

–Pero explícame a qué te referías al decir que los negocios de mi padre no están yendo bien.

–No debería habértelo dicho. Tu padre me matará si se entera.

–Ahora ya no tienes más remedio que decírmelo. Si no lo haces, te mataré yo.

Néstor sonrió por la ocurrencia, aun consciente de que había metido la pata.

–La guerra en Europa es un mal asunto. Los nazis complican mucho la importación y exportación. Y lo peor es que ahora nadie puede huir a ningún país de Europa.

–Quieres decir que… ¿ya no puedes volver a Inglaterra?

–A Inglaterra, sí; por ahora siguen siendo libres. ¡Ojalá estos malditos alemanes no lleguen tan lejos! –se lamentó–. ¿Crees que podréis las dos solas con todos los paquetes? –preguntó de repente, al ver que el tranvía se acercaba.

–¡Menos mal que no tenemos que llevar el árbol! –rio Celina.

Néstor volvió a sonreír, de una forma que a Laia le gustó. Tenía una bonita sonrisa de dientes blancos, casi perfectos, y con aquel abrigo gris de paño se veía muy apuesto. Se sentía muy agradecida por su ayuda y su compañía, y sobre todo sentía cierta admiración por lo que había hecho por la mujer pobre y su hija.

Agarró con firmeza los paquetes y, colocando a su prima delante de ella, se preparó para subir con rapidez, pues el tranvía apenas se detenía unos segundos.

–Parece que viene bastante lleno.

–Papá dará una fiesta en casa en Nochevieja. Si estas por aquí, quizá podrías venir con tus amigos –dijo de repente, sin pensar, animada por lo bien que lo habían pasado juntos.

El tranvía se detuvo frente a ellos, y Néstor las ayudó a subir.

–¿Vendrás? –le gritó Laia desde dentro.

Mientras se alejaban, vio como él bajaba la cabeza aceptando alegremente su invitación. Al poco desapareció de su vista. Cuando se dio cuenta, Celina la estaba mirando con una media sonrisa burlona

en su rostro de niña pícara.

–Creo que te estás enamorando –le dijo con rotundidad.

–¿Qué dices? Néstor es sólo un amigo.

–Así empiezan todas esas novelas que lees.

–¿Y tú qué sabes de eso? ¿Acaso las has leído?

–A veces leo algunas páginas sin que te des cuenta.

–¡Pues no deberías! –la regañó–. Son para mayores.

–Y ya sabes cómo acaban.

–¿Cómo?

–En boda –se rio.

–¡Bah! ¡No digas tonterías! Te digo que es sólo un amigo, nada más. No podría sentir otra cosa por él más que una muy buena amistad y un gran cariño.

La pequeña se encogió de hombros y miró hacia otro lado mientras se agarraba con fuerza a la cintura de su prima para no caerse.

–¿A qué se referían esas mujeres?

–¿Qué mujeres? –Laia intentaba alargar la respuesta. Sabía perfectamente de qué mujeres estaba hablando.

–¿Qué significa ser una perdida? –insistió la pequeña.

–Maman te lo sabrá explicar mucho mejor que yo. Pregúntaselo a ella en casa –contestó al fin.

Celina pareció conformarse, pero Laia no podía dejar de pensar en ello. ¿Querían decir que había tenido una hija sin estar casada? ¿Por eso era tan importante el matrimonio, como decía Maman? Pero ella no se había casado siendo demasiado joven. Todo le parecía demasiado complicado. Mucho más que encontrar una nueva excusa para hacer el curso de instructora de vuelo sin que su padre sospechara nada.

Las palabras de Néstor resonaron entonces en su cabeza. No le habían molestado, pero sí le habían hecho pensar que quizás era cierto que vivía en su propio mundo y no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Si era verdad que a su padre ya no le iba bien con sus negocios, quizás ésa era la razón de que quisiera que se casara con él. Nunca se lo había planteado de esa forma. Siempre se había sentido como si pretendiera venderla a la familia de Néstor, pero tal vez lo hacía porque necesitaba unir la familia a otra más adinerada, y qué mejor que a una que era como la suya propia. Recordó lo apacible que le había parecido la casa de Néstor y la maravilla de su paisaje. Sonrió al pensar en su primer vuelo en su avioneta. ¿Podría ser feliz con él? ¿Cabía alguna posibilidad?

Suspiró. Aquella mañana lo había visto diferente, y sin embargo no había pasado tanto tiempo desde la última vez. Quizá Celina tenía

razón. Puede que se estuviera enamorando ahora que empezaba a conocerlo mejor.

Esperaba sinceramente verlo en la fiesta de Nochevieja, y sonrió al imaginar que así sería.

8. El comienzo de una década

El árbol, iluminado por múltiples bolas de colores, se alzaba en el hueco de la escalera, tras la barandilla de hierro forjado que subía a las habitaciones. Bajo él, en una mesa de bronce, habían colocado el nacimiento. Todas las luces estaban encendidas y el fuego crepitaba en la chimenea; las llamas reflejaban en las copas de cristal que esperaban alineadas sobre una bandeja de plata para ser llenadas con champán en cuanto dieran las doce y se hubiesen tomado las uvas.

A Celina se le estaba haciendo larguísimo el discurso que escuchaban por la radio. La voz de aquel hombre, excesivamente teatral y sonora, casi le molestaba, y no parecía querer acabar nunca. Estaba deseando que empezasen las campanadas, pues Maman le había dicho que podía quedarse levantada hasta tomarlas y bailar un par de piezas después, al son de la música de los discos que Néstor había traído para poner en la gramola que su padre le había regalado por Navidad.

Sentada en los últimos escalones, arriba, podía ver a todos los invitados en el salón. Iban elegantemente vestidos; los hombres escuchaban aquellas tediosas palabras que habían desanimado tanto la velada de pie; las mujeres, sentadas en los sillones.

La cena le había parecido muy entretenida. Habían cenado de pie, colocando la comida en unos platos que sujetaban con la mano. Maman le había explicado que así se cenaba en aquellos días en París; lo llamaban «cóctel». No se sentaron en la gran mesa del comedor, porque eran demasiados y no había espacio para todos, así que a Maman se le ocurrió que aquella noche era la mejor para introducir en la sociedad española una costumbre tan francesa como era cenar de pie y de forma frugal para que, como dijo ella, «nadie llenase su barriga demasiado».

Celina no podía dejar de mirar el brillo de los maravillosos vestidos y las joyas de las señoras, deseando ser mayor para poder ponerse uno

ella también. Laia se veía especialmente preciosa con un vestido azul noche y el pelo ondulado con tenacillas, que le caía por los hombros con algunos reflejos claros. A la niña le divertía pensar que ese vestido lo heredaría ella después, y confiaba en que entonces alguien la mirara como Néstor a su prima en esos momentos.

Maman había hecho llamar a la peluquera más conocida por la alta sociedad, que había venido a arreglarlas a las tres. A ella le había peinado con unas bonitas trenzas que le recogían el cabello por delante, dejándolo suelto por detrás. Además, lucía una horquilla de brillantes que le habían comprado en Nueva York, en una tienda que se llamaba Tiffany's. Le encantaba. Llevaba un bonito vestido azul claro, con canesú y falda de tul hasta la rodilla. Estaba deseando bailar para dejar que la falda diera vueltas y vueltas, aunque seguramente tendría que hacerlo con su padre, porque Néstor parecía demasiado ocupado en perseguir los pasos de Laia, a quien aquella noche tampoco parecía disgustarle su presencia, sino todo lo contrario. Celina se había dado cuenta de que algo había pasado entre ellos desde que se encontraron en la Plaza Mayor.

Empezaron a sucederse las toses y los bostezos. El discurso se estaba haciendo demasiado largo, pero nadie parecía atreverse a mover un dedo mientras aquel hombre siguiera hablando. Su prima le había contado que era el jefe del Estado, y que debían permanecer calladas o, si no, papá se enfadaría mucho con ellas. Sin embargo, Laia no parecía atender en absoluto a las palabras. Néstor y ella no dejaban de echarse miraditas y regalarse sonrisas robadas.

«... Ante la triste posibilidad de que la guerra siga, mantengámonos los españoles en el espíritu tenso de los días heroicos, unidos, preparados para enfrentarnos con la situación que cada día de la guerra vaya creándose en el porvenir de Europa. Sintamos hoy más que nunca el orgullo de nuestra hispanidad civilizadora de pueblos y defensora de la Fe, que da impulso y contenido a nuestro grito de... ¡Arriba España!».

Los invitados aplaudieron, uno de ellos gritó otro «¡Arriba España!», a lo que todos los demás contestaron con un «¡Arriba!» al unísono, salvo Maman y Laia, que parecían totalmente ajenas.

Celina bajó las escaleras corriendo, atendiendo al gesto de su prima, que la llamaba con gestos. Empezaban las campanadas, al fin, y la niña se metió una uva en la boca.

–¡Todavía no! –le dijo Laia–. ¡Ésos son los cuartos! ¡Espera!

Celina sostuvo la uva entre los dientes, esperando el momento de morderla y sentir su dulce sabor. Unos segundos después, casi se la tragó sin masticar, mientras miraba con una sonrisa cómo todos los

invitados participaban de la misma tradición, incluida Maman, que parecía muy divertida. La niña detuvo su mirada en la de Laia y Néstor, que tomaban las uvas más tranquilamente que el resto, sin dejar de mirarse el uno al otro, como embobados.

Aún con la última uva en a boca, todos empezaron a besarse y a felicitarse el año nuevo, y ella corrió junto a sus padres. Era la primera vez que celebraba la Nochevieja con ellos. Sin embargo, Laia no se movió del rincón junto a la chimenea; Néstor le dio dos besos en las mejillas que, desde allí, parecieron demasiado largos, y no se movió hasta que Maman la llamó.

–¡Feliz 1940! –se oía por todo el salón.

Don Carlos sacó, con una servilleta de tela, la primera botella de la champanera y comenzó a llenar las copas, que se fueron repartiendo entre todos los invitados, incluidos Laia y Néstor. Sólo Celina no iba a beber, pero Maman pidió a su esposo que llenara levemente una para que la niña pudiera brindar.

–¡Cántanos algo, Dominique! –pidió alegremente una de las invitadas.

–¡Sí, canta, Maman! –la secundó Celina.

El rostro de su padre se tornó un poco serio. No solía gustarle que su esposa demostrara sus habilidades en público, pues ya no era ninguna corista, sino la mujer de un empresario, y debía mantenerse en su nuevo estado con sobriedad y buen gusto. Pero Maman no podía desatender aquella petición, a la que algunos invitados más se sumaron, y comenzó a cantar una preciosa canción romántica en francés, mientras acariciaba su estola de piel, moviéndola sutilmente y con gracia de un hombro al otro, y se paseaba entre los invitados.

Celina la seguía con una mirada de admiración y orgullo, sintiéndose su hija de verdad. Una sonrisa se dibujaba en sus labios, contenta de que los invitados le hubieran pedido que cantara y de que su padre no hubiera tenido tiempo de negarse; no le había quedado más remedio que disfrutar también de la belleza de la voz de su esposa, a la que amaba cada día más, a pesar de sus diferencias culturales.

Cuando Maman calló, se sucedieron de nuevo los aplausos y más felicitaciones. E inmediatamente Néstor puso en funcionamiento el gramófono. Sonó el principio de un vals, y don Carlos pidió a su esposa que bailaran juntos. Algunos invitados los siguieron hasta el vestíbulo, donde habían dejado un amplio espacio para bailar junto al precioso árbol de Navidad.

La niña estaba encantada viendo a las damas girar con sus vestidos recogidos con la mano derecha, moviéndose como si los pies no

tocaran el suelo. Casi todo el mundo había abandonado el salón, excepto Laia y Néstor, que seguían en el rincón de la chimenea susurrándose palabras en voz baja.

–Estás deslumbrante esta noche. Cuando te vistes así no pareces una niña.

–¿Es que piensas que aún lo soy?

–No –rio–, aunque aún no tienes la mayoría de edad.

–Me queda un año y medio sólo para los veintiuno.

–Lo sé. Cuento los meses para que llegue ese día –respondió divertido.

–¿Por qué? ¿Acaso piensas que me casaré contigo cuando los cumpla?

–¡Eso es lo que espero, claro que sí! –Bebió un trago de su copa y se sonrojó, aunque sin apartar la mirada de ella.

–Será mejor que vayamos a bailar o mi padre te sacará de aquí a patadas –sonrió ella.

–No lo creo. –Se acercó más, como si fuera a contarle un secreto–. Creo que está encantado de ver que esta noche me prestas atención.

–No te estoy prestando ninguna atención. –Ella sonrió de nuevo, consciente de que estaba coqueteando.

–Sí, lo estás haciendo. Me estás prestando toda tu atención, y no sé muy bien por qué.

–Porque nos has regalado un árbol de Navidad y quiero agradecértelo.

–¡Ah! ¡Es por eso! Yo creía que empezaba a gustarte un poquito.

–Bueno –respondió un segundo después, tras beber el último trago de su copa y sintiendo sus mejillas enrojecidas–. Eso también es posible, pero no te lo puedo asegurar.

–¡Qué lástima! Sería un precioso regalo de Año Nuevo.

–Sí, sería una forma de agradecerte lo que has hecho estas Navidades por nosotros. Ahora lo digo en serio –intentó dejar de sonreír ante su insistente mirada–: Gracias por haber hecho feliz a Maman y a Celina estos días.

–¿Y a ti no?

–A mí también, claro. –Laia sintió que se ruborizaba al ver que él estaba cada vez más cerca.

–¿Podemos ir a algún lugar... más tranquilo? –se atrevió a preguntar Néstor, separándose un poco al escuchar voces a su alrededor.

Laia se quedó pensando unos segundos, reflexionando si llegaría a sentirse incómoda, pero se sorprendió a sí misma con una respuesta afirmativa:

–Podemos salir a la terraza de atrás. ¡Aunque debe hacer un frío que pela! Pero, si cojo la estola, mi padre puede darse cuenta.

–Ya te he dicho que tu padre estará encantado de ver que me prestas atención.

–Está bien. Entonces, espérame allí. Me reuniré contigo en un momento.

Néstor caminó hacia el otro lado del salón, abrió la puerta de la terraza y salió con rapidez. Para que nadie, ni su padre ni Maman, se percatase de que estaban a solas, Laia llamó a su prima y le pidió que le trajera la estola que colgaba del perchero de la entrada. Ésta le hizo el favor sin dudarlo, no sin antes decirle de nuevo algo que no quería oír:

–¡Te gusta Néstor!

–¡Cállate! ¡Alguien puede oírte!

–Está bien, me callaré, pero sé que te gusta. A mí no puedes engañarme –frunció el ceño, aparentando saberlo todo sobre ella.

–¿Y tú qué sabrás? –Laia se colocó sobre los hombros la estola y se deslizó hasta la terraza, asegurándose de que nadie la viera.

Al salir, no vio a Néstor. Las luces del salón iluminaban la terraza, aunque la luna no brillaba mucho aquella noche. Tampoco hacía tanto frío como había pensado, o quizás el champán la había calentado por dentro.

–¡Aquí estoy, bella dama! –oyó la voz del muchacho por detrás. Le rodeó el cuerpo con su brazo, acercándole una copa.

–¡Qué susto me has dado! Pensaba que aún no habías salido.

–Lo hice, pero he vuelto a entrar a por más champán. Este año es especial, y hay que celebrarlo. –Acercó su copa para brindar de nuevo–. ¡Por nosotros! –exclamó un tanto solemne, mirándola a los ojos con timidez.

–Y por nuestros sueños –añadió ella con una sonrisa.

–Eres preciosa –se le escapó, casi sin darse cuenta, mientras su rostro se volvía serio.

La sonrisa de Laia también se borró. Lo miró fijamente, esperando, casi deseando, que se acercara más a ella, mucho más. Néstor, sin tocar su cuerpo, posó suavemente sus labios sobre los de ella. Laia cerró los ojos y sintió el beso, saboreándolo y deseando muchos. Él se separó de ella con una disculpa.

–Lo siento, me he dejado llevar por el momento.

Fue ella entonces quien volvió a acercarse a él, sin soltar la copa, y lo besó de nuevo, más profundamente. Él la rodeó completamente con el brazo y se balanceó, acogiéndola mientras la besaba largamente y con mayor libertad. Se fundieron en un largo beso que no parecía

acabar nunca porque ninguno quería que acabase. Tierno y agradable.

Cuando separaron los labios, Laia se mordisqueó los suyos. Sabían a champán y a burbujas.

–Esta vez no voy a disculparme –murmuró.

–No tienes por qué hacerlo. Te he besado yo –respondió ella con seguridad.

–¿Y por qué lo has hecho, si no quieres nada conmigo?

–No lo sé –respondió, un poco arrepentida–. Deseaba hacerlo.

–¿Es posible que empieces a sentir algo por mí? –le preguntó angustiado, acercándose de nuevo a ella.

–Es posible, no lo sé.

Durante unos segundos, se arrepintió de lo que iba a decir, pero pronto sus labios empezaron a moverse sin que él pudiera hacer nada para impedirlo.

–¡Cásate conmigo, Laia! –Dejó la copa sobre la barandilla y la tomó con suavidad por los hombros, mirándola a los ojos–. ¡Casémonos ahora, mañana!

–¿Estás loco? –se asombró ella, intentando pararle, aunque no lo consiguió.

–¡Sí, estoy loco por ti! ¿Es que no te has dado cuenta?

No supo qué decir, tan sólo podía sentir que estaba a gusto a su lado y no quería que la soltara; todo lo contrario, deseaba estar de nuevo entre sus brazos.

–¡Piénsalo! Ya sé que aún no eres mayor de edad, pero podemos hablar con tu padre esta noche y casarnos mañana, o pasado mañana. –Laia no salía de su asombro. Parecía haberlo planeado todo perfectamente–. Me marcho a Londres –se confesó–. Sé que debería habértelo dicho antes, pero no encontraba el momento. Me voy el viernes. Allí necesitan pilotos para la guerra. Tenías razón, debemos hacer lo que deseamos, y yo deseo volar, igual que tú. No quiero enterrarme en vida en la empresa de mi padre.

Laia no entendía nada. Todo aquello le sonaba tan diferente a lo que él le había dicho los últimos meses que no alcanzaba a comprenderlo.

–¿Te vas... a matar alemanes? –Fue lo único que acertó a decir.

–Así es. Los aliados necesitan pilotos, aunque no sean ingleses, y yo voy a unirme a ellos. –Volvió a apretar sus hombros con sus manos–. ¡Ven conmigo como mi esposa! En Londres podrás pilotar lo que quieras, yo te ayudaré, y no tendrás que esconderte de tu padre. Podrás hacer ese curso y ser instructora de vuelo mientras dure la guerra. ¿Te imaginas? Allí nadie te conoce, serías libre para volar cuanto quisieras. Yo te lo garantizaría como esposo tuyo. No tendrías

ningún problema.

Pensó por un momento que él quería comprarle un sí a cambio de la promesa de ser libre. Confundida, las sensaciones se le agolpaban. Lo miró con deseo. En ese momento, sólo quería ardientemente volver a sentir sus labios en los suyos. Y, además, poder pilotar sin miedo a que su padre pudiera enterarse y enfadarse con ella era un maravilloso sueño. Y por qué no, podría casarse al día siguiente y marcharse con él con el beneplácito de su familia. Al fin y al cabo, era lo que ellos buscaban, ¿no?

–Pero ¿y la boda, y la fiesta? Tus padres y los míos querrán celebrarla... –expresó en voz alta sus pensamientos, sin darse cuenta de que sonaban a un sí.

Estaba adelantando su respuesta, e inmediatamente se dio cuenta de que el rostro de Néstor se iluminaba.

–No te preocupes, la celebraremos cuando volvamos a Madrid, cuando termine la guerra. No creo que vaya a durar mucho tiempo y, mientras, en Londres podremos volar... ¡Los dos! ¿Puedes imaginártelo?

Sí, podía imaginarlo con todo detalle. Su pecho se hinchó de felicidad al pensar en ello.

–¿Entonces? ¿Te casarás conmigo? Tu padre se alegrará muchísimo. Ya te conté que sus negocios no van bien, mi padre podrá ayudarlo mucho más si somos familia. –No intentaba coaccionarla, pero, si servía para acelerar su respuesta, ¿por qué no decir la verdad?

Tenía razón. Su padre se alegraría aunque se casaran con tanta prisa. Parecía una fuga como las de las novelas. De repente, le pareció muy romántico y empezó a gustarle la idea. Además, tenían la excusa de la guerra. Nadie le diría nada a Néstor por querer ser un héroe y ayudar a los aliados. Franco aún no se había posicionado, pero ella sabía que su padre detestaba a Hitler y sus intentos de gobernar el mundo. Por ello, no pensaría mal de él si quería luchar por la libertad de Europa y la de sus negocios. Y, en Londres, ella sería libre para pilotar.

–Está bien, yo...

–¿Te casarás conmigo? –repitió él, contento.

–Sí, me casaré contigo –exclamó al fin, alzando la voz para reafirmarse.

–¡Dios mío, Laia! ¡No imaginas lo feliz que me haces!

La levantó cogiéndola por la cintura y dieron vueltas al ritmo de la música que se escuchaba en el salón. Cuando la bajó, volvió a besarla profundamente, y Laia ya no tuvo dudas. Se casaría con Néstor, y ambos podrían volar en libertad.

Siguieron bailando suavemente. é l no quería soltar su talle y ella tampoco quería que lo hiciera. Sonaba una canción moderna de las que le gustaban a Maman, de unos cantantes de color. King Cole Trío cantaban y tocaban maravillosamente aquella canción con nombre tan gracioso: «Makin' Whopee». Néstor no había sabido traducir aquella expresión al español, pero le había contado que la letra hablaba de la celebración de una boda y de un novio que estaba nervioso mientras esperaba ver a la novia vestida de blanco.

Laia se preguntó si había elegido aquella canción con la intención de que la escuchara tras pedirle su mano o había sido todo una mera casualidad. Deseó que fuera lo segundo. De repente se sintió cómoda bailando con él, tan abrazados, tan cerca de él que podía escuchar su respiración.

–No puedo creer que hayas dicho que sí. Te quiero, Laia.

–Pues empieza a creértelo ya. Nos vamos a Londres –le respondió, escuchando cómo él reía tímidamente de felicidad.

No se sintió capaz de decirle «te quiero».

* * *

La misma estola de color blanco que le había protegido del aire helado en la terraza cuando Néstor se le había declarado la protegería al día siguiente del frío de la capilla. Su padre se las había arreglado para convencer al sacerdote para que lo tuviera todo listo en cuarenta y ocho horas, aunque no había conseguido que accediera a casarlos en la iglesia; lo haría en la pequeña capilla que había detrás.

El religioso aceptó sin dudar. La guerra en Europa provocaba esas urgencias, y no era la primera vez que una pareja venía con la misma prisa por casarse. Ningún padre quería que su hija se marchara sin haber tenido antes una unión religiosa, pues la sociedad ya era bastante dada a criticar. Así, al menos, nadie podría decir nada desagradable de su hija. Y estaba seguro de que los padres de Néstor comprenderían que no había tenido más remedio que aceptar la propuesta de la pareja auella mañana del 1 de enero.

Primero fue Néstor, que se presentó sin avisar y con urgencia en su despacho. Tras comunicarle su decisión de marcharse a Inglaterra para pilotar junto a los aliados, lo que le llenó de orgullo, le pidió la mano de su hija, asegurándole que a su regreso celebrarían la boda que ambas familias deseaban.

Don Carlos, al principio, quiso negarse en rotundo, pero conforme lo escuchaba y miraba el rostro del muchacho se emocionaba poco a poco por sus palabras. Su expresión de alegría y sus ojos brillantes, a

punto de estallar en lágrimas de felicidad, lo conmovieron. Pasó de la sorpresa, pues no podía creer que Laia hubiera aceptado, a la admiración por el valor del que ya consideraba hijo suyo.

Después, cuando ya le había dado su bendición, ella entró en el despacho y le aseguró que quería celebrar la boda cuanto antes para poder irse con él a Londres. Don Carlos avisó a Maman, que los besó a los dos en la mejilla y se marchó luego rápidamente con su hija para empezar a prepararlo todo.

Le probó un vestido en color crema, e hizo avisar a la modista para que le arreglara la sisa, pues le quedaba un poco grande. Laia tenía que estar impecable en su boda, aunque no fuese a haber invitados. La mujer, ante la promesa de que iba a cobrar el doble por su trabajo, acudió al instante. Ajustó con alfileres la sisa en la parte del pecho y subió un poco el bajo hasta las pantorrillas. También cerró un poco el escote, cosiéndole un pequeño encaje del mismo color en el centro del pecho, con tal de disimular que aquel vestido había sido diseñado para la noche. Inmediatamente después, se dispuso a coserlo en la casa, por orden de Maman, que no permitió que se lo llevara. No iba a dejar que el vestido saliera de allí, salvo en el cuerpo de su hija. Sólo tenían cuarenta y ocho horas, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que todo saliera bien, para que Laia tuviese el mejor recuerdo de su vida, a pesar de las prisas.

Por la tarde el vestido ya estaba listo para probárselo a la novia. Laia se puso unos zapatos blancos con un pequeño tacón, y el vestido pareció realzarse ante el espejo. Ya no le quedaba grande, las suaves curvas de su cuerpo se veían bajo la delicada tela. Los lazos en las pequeñas mangas y el encaje en el escote había conseguido un aire de vestido de novia.

Maman le colocó la estola sobre el vestido y le removió el pelo con las manos para darle forma.

–Mañana te peinarán con las tenacillas de nuevo, como en Nochevieja. Estarás arrebatadora... –le dijo con su acento francés, incapaz de pronunciar bien la letra erre.

–Mañana te lo dejaré todo en la alcoba, cuando venga a por la maleta y a cambiarme.

–No tienes que devolverme nada. Será mi regalo de Reyes por adelantado.

–Es cierto, no me había dado cuenta de que no estaré aquí en Reyes.

–No te preocupes, meteré tus regalos en la maleta. Puedo decírtelo ahora que Celina no nos escucha –se rio, guiñándole un ojo.

Justo en ese momento, la pequeña entró en la habitación con el

pequeño ramo que la florista acababa de traer.

–¡Pareces una novia de verdad! –exclamó, sorprendida.

Rieron ante la ocurrencia, y unas lágrimas emocionadas asomaron en los ojos de Maman, que, aunque siempre había creído en los amores fugaces, sentía no haber tenido tiempo de preparar una gran fiesta.

–¡Es una novia de verdad, *ma chérie* ! ¡Qué cosas tienes!

–Bueno, quiero decir que aunque no sea un vestido de novia, lo parece –se explicó.

Laia no podía dejar de mirarse en el espejo. Se veía guapa, eso no podía negarlo, pero de repente estaba asustada. Seguramente, no era la forma más adecuada de sentirse antes de su boda. Debería estar contenta, deseando unirse a Néstor para siempre, pero cuando esa expresión aparecía en su mente una punzada en su estómago le hacía dudar.

Quizá se había precipitado al aceptar. El champán había tenido mucha culpa; el dolor de cabeza era la prueba. Era cierto que ardía en deseos de volver a besar a Néstor, pero ¿la sensación de deseo era suficiente para unirse en matrimonio?

Maman notó sus temores al ver su expresión en el espejo. Se acercó a ella por detrás y le susurró unas palabras, evitando que Celina la escuchara.

–Querida, ¿estás segura de lo que vas a hacer? –Se quedó mirando para ver si cambiaba de expresión.

Pero Laia mantuvo la misma mirada de miedo y dudas. Era cierto que, en los últimos días, los había visto mucho más unidos que nunca, pero no estaba segura de que le amase. Al cabo, Laia asintió con la cabeza como respuesta, sin decir una palabra. Maman no se contentó.

–No pareces muy contenta... ¿Estás enamorada de él? –Laia suspiró–. No debes casarte si no lo estás. No importa lo que él te haya dicho para convencerte, ni tampoco lo que tu papá piense. Sólo debes hacerlo si le amas.

–Estoy segura, Maman, no te preocupes por mí –respondió bajando la mirada para ocultar sus sentimientos.

–Está bien –dijo Maman, no muy convencida–. Quítate el vestido, no quiero que se manche.

Esperó a que Laia se desnudara, y, tras colocarlo en la percha, se subió al taburete del tocador para engancharlo de la lámpara de cristales que colgaba del techo.

–Cámbiate para la cena, bajaré a poner el ramo de flores en agua. ¡Qué perfume tan delicado! –Se lo llevó a la nariz–. ¡Me encantan las fresias! ¿Sabíais que sólo las blancas tienen olor? Son como tú, suaves

y fuertes al mismo tiempo –le dijo, mirándola una última vez antes de salir.

Celina la siguió, dejando a Laia sola. Ésta escuchaba aún en su cabeza la breve descripción que Maman había hecho sobre ella: suave y fuerte como las fresias. Esperaba recordar esas palabras siempre. Cuando se sintiera sola en Londres, cuando ni siquiera Néstor estuviese a su lado, pues se marcharía pronto a luchar contra los alemanes, cuando la soledad la embargara y los echara tanto de menos como cuando estaba interna en el colegio de Poitiers, cuando aún no había conocido a Maman siquiera.

Antes de salir de la alcoba de sus padres, se acercó a la lámpara y miró de nuevo el vestido. Era muy bonito. Después, se sentó ante el tocador, como había hecho tantas veces, para mirar las preciosas botellitas de cristal que contenían los olorosos perfumes traídos de las mejores casas perfumistas de Francia. Cogió uno que estaba casi acabado y que encerraba un líquido en tono ocre. Lo abrió, echando el tapón de plata hacia atrás, y debajo apareció otro pequeño tapón de cristal con forma de diamante. Pasó la parte de abajo por su cuello y detrás de sus orejas. Estaba seco, pues no llegaba a tocar el líquido, pero aún olía maravillosamente. Antes de meterlo en la botellita de nuevo, se lo acercó a la nariz y cerró los ojos. Olía fuerte, uno de esos aromas que van mejorando a medida que pasan los minutos.

Cuando la nostalgia y la soledad se apoderaran de ella, recordaría aquel perfume y sentiría que estaba cerca de Maman. Se daba cuenta de que era su última noche junto a su familia, pues al día siguiente, durante la boda, no sería capaz de pensar en ella ni en nadie más de la familia. Sabía que mientras estuviese diciendo «sí quiero» ante la mirada atenta de su prometido, sólo se acordaría de una persona, Genoveva, su verdadera madre.

9. La espesa niebla de Londres

La soledad es como la niebla: algo desagradable a lo que una puede llegar a acostumbrarse y que, cuando desaparece, puedes llegar incluso a echarla de menos. Había empezado a pensar así casi desde la primera semana que pasó en Londres, cuando la niebla la despertaba por las mañanas y también le daba las buenas noches. Y la lluvia no era mejor, pues, aunque disipara la primera, la segunda era incansable. Al frío estaba más acostumbrada, pero no a la sensación de vacío en las calles al caer la tarde, como si los londinenses fuesen cenicientas que tuviesen que volver a casa antes de la medianoche.

El único día completo de sol había sido el primero que pasaron en la ciudad. Salieron después del almuerzo a recorrer el centro, y él se empeñó en regalarle un vestido de fiesta que vieron en la cristalera de una tienda de modas.

–Precioso –dijo, refiriéndose al vestido pero no a ella, cuando la vio salir del probador.

Laia hubiese preferido que alabara su belleza, pero reconocía que el vestido era demasiado bonito como para resaltar nada más.

–¿Te gusta? –le preguntó con amabilidad, cosa que ella agradeció.

–Mucho, es muy bonito. Pero no tienes que comprarme nada.

–¡Claro que sí! Ahora eres mi esposa, y puedo comprarte lo que se me antoje. Por favor –avisó a la dependienta–, queremos unos zapatos y un bolso a juego.

Lo miró apesadumbrada. No necesitaba más zapatos ni más bolsos, ya tenía suficientes. Él entendió la mueca.

–Sé que tienes un baúl lleno de ropa, pero éste es el primer conjunto que te regalo como tu marido. Es especial, ¿no crees?

–Tienes razón –asintió–, disculpa mi estupidez.

–No pasa nada. A mí también me cuesta acostumbrarme a estar casado.

Ella prefirió no continuar la conversación. Con aquella frase, él

había dejado zanjada la situación y demostraba que la comprendía. Ambos se sentían desorientados, como si sus vidas fuesen a la deriva, a pesar de estar amarradas a un muelle por primera vez. No era fácil para ninguno de los dos cambiar de estado civil tan rápido y acostumbrarse a una nueva vida, solos en otra ciudad. Aunque él había vivido siempre allí, no era lo mismo estar en un colegio que pasear con la libertad de estar lejos de sus familias tras haberse convertido en adultos con responsabilidades. Casi de golpe.

Aún no habían ido a la escuela de vuelo. Néstor se lo había prometido antes de la boda, pero Laia empezaba a creer que fue para convencerla de que se casara con él. Cierto que no había aceptado su proposición sólo por eso, sino también al imaginar que su padre sería ayudado por su suegro, ahora que todos eran familia. La guerra ya estaba destrozando demasiadas cosas como para que su familia se derrumbara. No, si ella podía evitarlo. Se sentía aliviada cada vez que pensaba en ello.

Las cartas de Maman eran esperanzadoras. Parecía que la guerra no se acercaba a España, o al menos no afectaba en la vida cotidiana. Papá continuaba con sus negocios y supuestamente, pese a las limitaciones, le iba bien. Ella decía estar más aburrida tras su marcha, pero había vuelto a cantar, pues pasaba el día sola hasta que Celina regresaba del colegio. Podía imaginarla sentada ante el piano, rememorando sus éxitos pasados antes de casarse con papá. ¿Por qué el matrimonio siempre era un final para la vida de las mujeres?, se preguntaba.

Celina también le había escrito. Sus cartas eran más precisas, como listas de hechos ocurridos en casa y fuera de ella; quería mantenerla informada del más mínimo detalle para cuando decidiera volver. Le entristecía que su prima pudiera creer eso, pues no pensaba regresar por ahora. No mientras Néstor continuara volando casi todas las semanas, sin poder casi ni siquiera decirle dónde iba. Sólo sabía que solía hacerlo de noche, a escondidas de los alemanes. Seguramente su misión era altamente peligrosa y por eso debía mantenerla en secreto.

Precisamente por eso, la luna de miel no había durado mucho. Algo que, a veces, le molestaba, pero otras pensaba que era lo mejor que podía haber pasado. La noche de bodas había estado bien; guardaba un buen recuerdo y no quería tentar a la suerte alargando los días y las noches.

Al principio, se sintió un poco angustiada ante la idea de quedarse a solas con él en el camarote. Se cambió de ropa en el baño, tras asearse un poco después del viaje, y salió con un camisón y una bata de seda color crema que le había prestado Maman, pues no había

tenido tiempo para preparar un ajuar en condiciones.

Néstor pidió algo de cena, y al poco rato un camarero entró llevando unas bandejas de plata sobre una mesita de ruedas. Había sándwiches de salmón ahumado con mantequilla y pepinillos, huevos poché, caviar y, de postre, fresas con champán y una cajita de bombones Godiva. No era la primera vez ni sería la última que probase todo aquello, pero le supo mejor aquella noche.

Cenaron uno frente al otro, como un matrimonio en su sala de comedor. Fue la primera vez que se sintió casada. Él se mostró educado y galante; sirvió el champán y no bebió hasta hacer un brindis por su nueva vida. Después, charlaron ligeramente hasta apurar las copas y decidir que ya habían comido suficiente. Entonces, él sirvió dos copas más, y le dio a probar las fresas. Estaban un tanto ácidas, pero la fruta sí era un bien escaso en aquellos días y no la iban a desperdiciar, y tampoco dejaron de probar algunos bombones. Estaban tan buenos que Laia habría preferido empezar la cena con ellos, pero supo mantener el protocolo y cenar en el orden establecido. Se bebió la última copa despacio, sabiendo que lo más probable era que luego Néstor la llevase hasta la cama, abierta ya por el camarero, que acababa de marcharse llevándose la mesa de ruedas. De pie en el camarote, ambos se miraban el uno al otro sin atreverse a acercarse, hasta que él dio el primer paso y llegó hasta ella. Le quitó la copa de la mano y la dejó en el suelo, sobre la moqueta. Después, la cogió por la cintura mientras le decía dulcemente lo bella que estaba y lo muy feliz que era por tenerla como esposa. La abrazó y la besó profundamente, y ella se dejó llevar. El champán y sus palabras la envolvieron de tal forma que todo ocurrió sin apenas darse cuenta; la cabeza le daba vueltas y sólo sentía que quería abrazarlo muy fuerte.

Néstor le quitó primero la bata, con suavidad, y después dejó caer el camisón al suelo. La tomó entones de la mano y la llevó hasta la cama. Mientras ella se subía, él se desprendió lentamente del batín y del pijama, también de seda, que dejó sobre la descalzadora, y, metiéndose en la cama junto a ella, volvió a abrazarla, aunque no con la pasión que ella hubiera deseado en aquel momento, que no se parecía mucho a las noches de bodas de las novelas. Sin embargo, fue agradable sentirlo y experimentar por primera vez lo que era ser amada por un hombre. Lo besó muchas veces, saboreando la sensación que le provocaban sus labios, y se dejó llevar de nuevo mientras él entraba en ella con cuidado.

Por un momento, Laia se preguntó si también era la primera vez para él, pero no lo dijo en voz alta. La duda, a veces, podía ser la mejor compañera para una realidad que no se parecía en nada a la

soñada durante la infancia.

Al día siguiente, no se sintió distinta en absoluto. Seguía siendo la misma Laia de siempre, como si nada hubiese pasado en su cuerpo ni en su corazón; sólo que ahora pertenecía a un hombre. No le gustó la idea; siempre había querido sentirse libre y ya nunca más lo sería, pero no podía andar pensando en que había cometido un tremendo error, el mayor de toda su vida. No, soñaría con que en Londres su vida iba a ser diferente y especial; al menos, tendría libertad para volar.

Ese pensamiento la mantuvo en pie durante el resto de la travesía, y aún ahora la mantenía viva mientras paseaba por las viejas calles de aquella ciudad de suelos mojados y gentes aparentemente insensibles, pero que, en el fondo de sus corazones, sufrían las consecuencias de una guerra que no parecía pertenecerles y que, sin embargo, formaba parte de cada minuto de sus vidas.

Al escuchar la sirena, corrió hasta la puerta, se puso el abrigo, un pañuelo de cachemira sobre la cabeza, regalo de Néstor, y los guantes de piel. Se agachó y cogió la pequeña bolsa de tela escocesa y asas de madera que tenía siempre preparada, con agua y algo de comida, por si la noche se presentaba larga. No era la primera vez que había tenido que salir de casa de madrugada por culpa de los bombardeos, pero esta vez estaba dispuesta a que fuera mucho más agradable. Cerró la puerta con llave. Una cosa eran las bombas y otra, los ladrones, que aprovechaban para entrar en las casas y llevarse lo poco que había en ellas.

Molly, su vecina, la estaba esperando en el pequeño jardín.

–*Let's go!* –le dijo al verla.

Laia había aprendido ya algunas expresiones en inglés, aunque todavía le costaba. Las dos echaron a correr con sus camisones de seda bajo los abrigos de lana; la fina tela rozaba el suelo encharcado por la lluvia, débil pero incesante. Con los oídos tapados, pues el sonido de las sirenas era muy desagradable, se adentraron en la boca de metro más cercana.

Ignacio, el marido de Molly, las esperaba ya allí. También era piloto, natural de Sevilla, un muchacho simpático y alegre que había enamorado a la inglesa en su primera semana en Londres. Cuando Néstor se lo presentó, Laia lo reconoció: era uno de los amigos que se habían quedado esperándolo en el bar en la Plaza Mayor.

No habían pasado ni dos meses cuando se casaron, porque ella estaba embarazada, pero lamentablemente había perdido al bebé. Demasiados nervios cada noche por culpa de los bombardeos como para mantener viva a una criatura dentro del cuerpo. La desgracia

había servido para que Ignacio tuviese unos días libres y los pasara con su mujer, convaleciente aún, mientras Néstor y los demás pilotos españoles voluntarios arriesgaban su vida cada noche. A Laia le caía bien, porque Ignacio se desvivía por sacarle una sonrisa de la boca a Molly.

Eran, además, vecinos, en unas casas habilitadas especialmente para pilotos voluntarios. Para Laia, Molly se había convertido en su única familia en una ciudad en la que no conocía a nadie y con un idioma todavía desconocido. Apenas la entendía, en realidad se manejaban por señas, pero era lo más parecido a una amiga que podía haber encontrado. Así que se ocupaba de ella, ayudándola incluso a bajar las empinadas y estrechas escaleras de su propia casa, tan típicas en Inglaterra, como había podido comprobar en sus solitarios paseos mañaneros por los alrededores.

Ignacio las recibió en las escaleras con una broma en español, para alivio de Laia.

–Tú también llegaste tarde a tu boda, ¿verdad?

Ella le sonrió, agradecida de escuchar algo gracioso que pudiera entender, pues Molly solía reírse mucho, pero sola, pues ella no acababa de comprenderla. A pesar de ello, la muchacha se empeñaba en seguir hablándole en su idioma para que aprendiera cuanto antes, y también porque ella no sabía decir casi nada en español.

El metro ya casi estaba repleto de gente, incluso en las vías; familias enteras y mujeres con bebés en los brazos dormían por todas partes. Buscaron un hueco donde colocarse, sorteando las piernas de los que ya estaban tumbados e intentaban descansar mientras durase el bombardeo, que en el mejor de los casos podía acabar al amanecer y, en el peor, podría durar varios días.

Ignacio las guio hasta adentrarse en el túnel, pues a casi nadie le gustaba estar en la oscuridad y solía haber menos gente. En aquella parte se veía poco, aunque las luces aún estaban encendidas. Estiró una manta en el suelo y ambas se sentaron, apoyando la espalda en la pared. Laia le dio la bolsa a su vecina y ésta buscó en su interior para repartir lo que había traído.

Cuando empezaron a comer, comenzó a sonar una música al fondo del túnel. Tenía una cadencia rápida y salía de varios instrumentos que, desde allí, Laia no supo distinguir. Quizás una trompeta y una percusión tocada en el suelo o sobre un objeto rígido. Se veían luces a lo lejos, como un crepitar de fuego o de velas encendidas, y un espeso humo sobrevolaba el escondrijo. Molly empezó a balancearse siguiendo el ritmo, sonriente.

–*Yankee music!* –exclamó, meneando los hombros como si bailara,

sin dejar de comer el sándwich de pepinillos y mantequilla.

–Son americanos –aclaró Ignacio–. Han venido a ayudar, igual que nosotros. Tocan sus propios instrumentos, una música muy alegre que a los ingleses les encanta, mucho más que ellos –soltó una carcajada.

–¿A los ingleses no les gustan los americanos? –preguntó Laia, que no sabía nada de eso.

–Sienten cierta rivalidad, pero es absurdo, aquí estamos todos para lo mismo.

–¿Ellos también son pilotos?

–Sí, civiles, como nosotros –contestó con una pizca de nostalgia–. Y también son voluntarios. Conozco a alguno de vista, hicimos el mismo curso y ahora todos somos pilotos de la RAF [1] .

Néstor ya le había contado que, como los pilotos británicos empezaban a escasear, algunos civiles americanos habían llegado al país como voluntarios. Como los españoles. Pero tenía entendido que su país es neutral.

–Y lo es. Sigue siendo ilegal reclutar a civiles en Estados Unidos para la guerra en Europa. Pero se enrolan en la Fuerza Aérea canadiense para venir aquí con papeles falsos.

–¿Y los ingleses lo permiten, aunque sea ilegal?

–No lo sé, supongo que hacen la vista gorda. Los necesitan. Nos necesitan a todos, ¿no?

Ignacio dejó la pregunta en el aire. Laia empezaba a entender un poco mejor la razón que había llevado a Néstor a Inglaterra de nuevo. Se había criado allí, interno en aquel colegio inglés, y podía sentir aquel país como suyo también; era normal que quisiera hacer algo por defenderlo.

Al pensar en él, se dio cuenta de lo lejos que parecía para España aquella guerra que acababa de comenzar. Podía entenderlo: su país había librado su propia guerra hacía muy poco y nadie quería volver a repetir el mismo horror. Sin embargo, había hombres que, como Néstor o su padre, se habían librado de la guerra civil. Y su marido, joven y audaz, sentía la imperiosa necesidad de luchar por una sociedad en la que creía y por un lugar que amaba.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo ver a un par de chicas que bailaban entre el grupo de hombres que tocaban aquella alegre melodía. Ciertamente era contagiosa, casi acelerada, pero daba un poco de alegría al momento de desesperación en el refugio antiaéreo. No pudo evitar sonreír al sentir invadido su cuerpo por la música, y sus pies comenzaron a moverse al ritmo mientras terminaba el sándwih. Molly se rio al verla y comenzó a mover los suyos también. Les habría encantado correr hasta donde estaba el

grupo y ponerse a bailar con aquellas chicas inglesas tan decididas que se mezclaban con los soldados americanos, pero no se atrevieron, pues enseguida vieron pasar a un par de policías que corrían hacia allí para acabar con la improvisada fiesta.

Tras escuchar algunos gritos que no entendió y el silbato de uno de los guardias, los instrumentos callaron, y ya no se oyó más que unas cuantas risas de fondo y los tacones de aquellas dos chicas, que caminaban delante de la policía.

–Están molestando. –Ignacio quiso explicar la actuación de la policía–. Y hay niños aquí dentro. Todos intentamos dormir un rato mientras dura el bombardeo.

Molly levantó los hombros en un gesto de desaprobación, pero al instante siguiente se apoyó en el hombro de su marido e intentó relajarse.

Laia echó la cabeza hacia atrás. Ella también quería dormir, pero no podía dejar de mirar la tímida luz de la linterna que se acercaba desde el fondo del túnel. Unas gruesas botas, como no había visto llevar a ningún soldado inglés desde que estaba en Londres, caminaban con paso fluido hasta ellos. Un hombre se agachó a su lado, iluminando su propio rostro con la pequeña linterna y un cigarrillo sin encender en los labios.

–*Fire, please!* –pidió, con un acento que le sonó diferente al que estaba acostumbrada.

Se fijó en cómo sus labios carnosos sujetaban el cigarrillo y una sonrisa de dientes blancos, que se iluminó con la luz que la linterna proyectaba sobre su rostro. Un mechón rubio le cayó hacia un lado y sus ojos verdes, de rubias pestañas, la miraron de frente en la oscuridad.

Laia negó con la cabeza. La linterna la iluminó durante un segundo a ella también, y después el haz de luz se alejó hasta el suelo. Cuando el hombre se levantó, la luz la cegó.

Él distinguió su rostro de ojos medio cerrados por la intensa luz, y un cuello alargado de piel blanca bajo un camisón de seda y un abrigo de lana. Fueron sólo unos segundos, pues enseguida apagó la linterna. Inmediatamente, se alejó, caminando por entre los cuerpos tumbados, intentando encontrar a alguien que estuviera fumando para poder encender el cigarrillo. Los guardias ingleses habían apagado el fuego que habían encendido para no pasar frío mientras tocaban, una noche más, en aquel incómodo refugio, tan improvisado como su música.

Un hombre fumaba a lo lejos. Llegó hasta allí, le pidió que le permitiera encender el suyo y aspiró el humo, retirando después de su lengua las pequeñas hebras de tabaco que se le habían quedado

pegadas. Detestaba aquellos cigarrillos sin filtro, pero era lo único que había encontrado en Londres. Aún no había sido destinado a ningún lugar en concreto y, por ahora, no había pasado una sola noche fuera del metro. Los alemanes atacaban sin piedad.

Al regresar, volvió a pasar junto a la muchacha a la que había pedido fuego y le había dicho que no tenía. Sintió la necesidad de volver a mirarla a los ojos, si es que esta vez no se los tapaba.

Se agachó de nuevo a su lado y encendió la linterna, enfocando a la pared como para que la luz iluminase su rostro sin molestarla. Ella levantó la cabeza y miró hacia la oscuridad con una expresión de duda, sin entender qué pretendía aquel americano molesto. No estaba seria, pero tampoco sonreía ni parecía asustada. Mostraba, simplemente, una expresión de curiosidad.

La luz también lo iluminaba a él: su pelo rubio, su tez un poco más morena de lo que solía ser habitual en Inglaterra y su porte alto de anchos hombros bajo la flamante chaqueta de piloto. No pudo no fijarse en el alfiler con la forma de unas alas doradas que lucía en la solapa derecha y en la bandera de los Estados Unidos cosida en el brazo. El muchacho le tendió la mano como saludo, diciendo un nombre que no entendió.

–Laia...

Por su expresión, se dio cuenta de que él tampoco era capaz de entenderla, aun así se esforzó en repetirlo sin conseguir hacerlo bien. El tacto de su mano era agradable, fino y delicado, aunque la piel de la palma era un poco rugosa. Sonreía, y Laia sonrió a su vez, permitiendo que él viera su belleza incluso entre la penumbra de la luz de la linterna.

El muchacho repitió su nombre, esperando que ella hiciese también el intento de repetir el suyo.

–Wins... –escuchó ella.

Lo repitió, y él sonrió satisfecho, para luego marcharse por donde había venido.

–¿Te estaba molestando? –preguntó Ignacio, que acababa de abrir los ojos durante un momento.

–No, sólo buscaba fuego. Ha sido muy amable –le respondió, mirando cómo se iba hasta que la luz roja de su cigarrillo desapareció.

Acababa de marcharse y ya había olvidado su nombre. No creía que Ignacio lo hubiese oído tampoco, pues se lo había dicho en un tono de voz que casi era un susurro. Si su vecina hubiese estado despierta, podría haberle pedido que lo repitiera en voz alta un par de veces hasta que aprendiera a pronunciarlo. Se lamentó de haber estudiado en Francia y no en Inglaterra. Todo el francés que había

aprendido y que hablaba como una segunda lengua en Londres no le servía absolutamente de nada.

10. Una hermosa melodía de trompeta

Nunca había visto tantas personas juntas en un espacio tan pequeño. Habían salido esa noche porque era la primera en mucho tiempo que los alemanes no irrumpían con el ensordecedor ruido de sus aviones sobrevolando el cielo inglés. Cenaron unas raciones del típico *fish and chips* en un pub. Ignacio apuraba sus días de permiso junto a su esposa y su vecina, a la que intentaban entretener para que no se quedara sola en casa. Néstor le había pedido que cuidase de ella y, por la amistad que les unía desde hacía tantos años, estaba dispuesto a protegerla ante todo. Pero eso no quería decir que tuvieran que aburrirse.

Habían decidido acercarse a la cantina de la escuela, donde los yanquis daban la última fiesta de despedida para sus pilotos, que pronto volarían sobre el cielo alemán. Como un auténtico ritual, antes de marchar para arriesgar sus vidas por los aliados, los pilotos ingleses y algunos de los suyos trataban de unir fuerzas y alegrar el espíritu de los próximos combatientes, agradeciéndoles su ayuda y su reciente amistad. No todos los ingleses aceptaban a aquellos muchachos que les parecían tan excéntricos y, a veces, incluso paletos, que destrozaban el elegante acento inglés con su tono casi vulgar, tan parecido al de las películas sobre su historia en el salvaje Oeste.

Pero la mayoría de los que pensaban así habían dejado de ser jóvenes hacía tiempo y no acudían a aquellas fiestas en las que un buen número de hombres y mujeres se agolpaban para bailar alocadamente en el centro de la pista, un *boogie* , tocado con los instrumentos y el ritmo que se habían traído del otro continente.

Laia abrió los ojos como platos al ver las parejas que, apiñadas, bailaban de una forma que podía incluso resultar un tanto obscena, o cuando menos demasiado indecorosa para hacerlo en público. Sin embargo, nadie parecía mirar aquellas faldas levantadas en el aire, ni tampoco las camisas sudorosas que transparentaban la ropa interior.

Al contrario, los espectadores movían sus cuerpos también, animados por aquel ritmo frenético que parecía meterse dentro del cuerpo para no salir jamás.

A Laia también le ocurrió. Sintió las vibraciones de la alegre música en cada uno de sus músculos, y sus pies parecían ir a su propio ritmo, sin pedirle permiso para moverse, mientras esperaba junto a Molly a que Ignacio les trajera unos cócteles, un *gin-fizz* para su esposa y un *white lady* para ella. Laia sonrió. Le parecía casi imposible respirar en un ambiente tan cargado y agobiante, rodeada de tantas personas, pero se sentía alegre, porque al menos aquella noche se olvidaría de todo el miedo de las últimas semanas, de la nostalgia de su familia y de la incertidumbre al pensar en dónde estaría Néstor y si estaría bien.

Eso sin contar con el aburrimiento, cuando intentaba dormir un poco si no lo había hecho por la noche, porque así los días se le hacían un poco más cortos y menos solitarios. Otros días, cuando ni siquiera era capaz de dormir, leía repetidas veces las cartas de Celina y de Maman: la vida en Madrid, su padre y lo mucho que la echaban de menos. En esas ocasiones, terminaba sin poder evitar las lágrimas, vulnerable por saberse sola tan lejos, y su ánimo terminaba siempre maltrecho.

Salir una noche no le haría daño. Más bien al contrario, su corazón se alegraba con aquella música que algunos calificaban de infernal, pero que a ella le parecía tan tremendamente contagiosa que no podía evitar mover su cuerpo.

Uno de los soldados ingleses se dio cuenta de sus ganas de bailar y. sin preguntar, la cogió de la mano y la arrastró hasta la pista, abriéndose un hueco a empujones. Agarrándola por la cintura, empezó a mover sus brazos y piernas con rapidez, de forma alocada y un tanto patosa.

En un primer momento, Laia se sintió incómoda, pero pronto empezó a dejarse llevar, echando alguna mirada a su alrededor para ver cómo bailaban las demás chicas. Pronto se dio cuenta de que no había una forma correcta de hacerlo, tan sólo movían los pies al ritmo de la música, a veces agarradas a sus parejas masculinas y otras veces estiraban su brazo para alejarse de ellos. Ella empezó a hacer lo mismo, y el chico la miró sonriente, mientras gritaba «¡Boogie!», sin dejar de mover las caderas de forma frenética.

Minutos después, vio a Molly cerca de la pista, con dos copas en la mano. Ignacio estaba junto a ella. Seguramente, la habían estado buscando para asegurarse de que estaba bien. Le dedicaron una sonrisa, que ella les devolvió. Aquella música alegre que, según le

habían dicho, no tenía partitura era capaz de despertar en ella tantas sensaciones a la vez que sentía como un impulso irracional que la llevaba a continuar moviéndose hasta que la canción terminara, aunque era bastante larga; parecía que no iba a acabarse nunca. Estaba cansada, pero no le importaba porque se lo estaba pasando bien y hacía tanto tiempo que no se sentía alegre de verdad que hubiese deseado que los músicos no dejaran nunca de tocar.

Mientras se movía por la pista al son de la música, se había ido acercando a la banda. Se fijó en ellos, asombrada por la habilidad con que tocaban los instrumentos. Eran sólo tres músicos, los tres vestidos con el uniforme de la RAF pero con sus banderas norteamericanas cosidas en el brazo.

El pianista era un muchacho de color que aporreaba el piano con inigualable destreza. «A Maman le habrían llamado mucho la atención», pensó de repente, segura de que pronto se habría acostumbrado a aquella música. Después se acordó de Néstor, pues también a él le habría encantado escucharlos y seguramente después compraría un disco para su gramófono.

Otro chico tocaba el bajo, volteando el instrumento de vez en cuando sin dejar de marcar el ritmo. Y, en medio de estos dos, un trompetista, que no dejaba de soplar, moviendo su cuerpo al mismo tiempo de un lado a otro. Formaban un trío maravilloso.

Su pareja de baile le estiró el brazo hacia arriba para que diera una vuelta, y ella se dejó llevar. La primera prueba no salió demasiado bien, pero pronto volvieron a repetirlo con mayor soltura, y al poco se atrevieron a dar vueltas sin parar, como dos locos entre otros muchos locos que los acompañaban. Así hasta que, por fin, la música cesó, no sin que antes el trompetista y el pianista compitieran durante un buen rato por ver quién era capaz de tocar más rápido y mejor, mientras el público animaba dando palmas. Toda la sala aplaudió cuando acabaron, silbando y gritando a un tiempo, agradecidos por tan buen rato de música.

El chico con el que había bailado tuvo el detalle de acompañarla junto a sus amigos, dándole las gracias en inglés por haber sido tan buena compañera de baile. Ignacio le tradujo sus palabras, y ella se lo agradeció con un apretón de manos, feliz, sin poder dejar de sonreír estúpidamente, con el corazón aún agitado y la camisa sudada pegada a sus pechos.

–¡Se te da de maravilla esto de bailar! –le dijo Ignacio.

Molly, sorprendida y contenta, la felicitó también. Laia bebió un buen trago de su copa, muerta de sed. Tosió un poco al sentir que le ardía la garganta. Aquello no sabía como de costumbre.

–Lo siento, no tenían crema de menta. Creo que le han echado ginebra en su lugar –explicó el muchacho al verle la cara–. Tendría que haberte avisado –se rio.

–Está bien, no importa –rio ella también, aunque no pudo evitar una mueca desagradable cuando dio un nuevo trago.

La pista se había quedado completamente vacía mientras los músicos hablaban entre ellos, decidiendo qué iban a tocar. La gente les pedía a gritos que volviesen al escenario.

–Hacia el final de la noche suelen tocar algo más lento. Al menos así lo han hecho otras veces. El trompetista toca de maravilla.

Laia miraba a los músicos con atención mientras escuchaba a Ignacio. Fue entonces cuando se dio cuenta de que lo conocía. Lo había visto apenas unos segundos e iluminado sólo por la débil luz de una linterna, pero estaba segura de que era él: el muchacho que le había pedido fuego en el metro la noche del último bombardeo.

El trompetista se limpió el sudor del rostro y le pasó la toalla al pianista, que lo imitó y después se la lanzó al bajista. Tras beber un trago de whisky, volvieron a colocarse en sus posiciones. Sosteniendo la trompeta en la mano derecha, el muchacho dijo unas palabras en inglés que Ignacio tradujo lentamente para ella:

–Esta canción era la favorita de mi madre. –Levantó la cabeza y miró al techo. Lanzó un beso hacia arriba y, como si hubiese atrapado otro, cerró la mano y la abrió sobre la boca, tocándose después el corazón–. Se llama «Más de lo que sabes», y esta noche vamos a tocarla para despedir a nuestros amigos. ¡Suerte chicos, y a por ellos!

El público vociferó un grito de ánimo para los que se marchaban, y éstos, que formaban un pequeño grupo, saludaron al tiempo que recibían palmaditas en los hombros de otros compañeros ingleses.

El joven levantó la trompeta hasta colocársela sobre los labios, y sus mejillas se inflaron. Sonaron unas notas ardientes y profundas. El pianista deslizó las manos sobre el teclado blanco y negro, y el bajista comenzó a marcar el ritmo con lentitud. Ambos seguían a la perfección la música lenta y romántica que salía del instrumento dorado.

Laia no podía dejar de mirarlo. La dedicatoria la había emocionado, y aquella hermosa canción le traspasó el corazón sin remedio. Su piel se erizó, y una agradable sensación de calor le recorrió todo el cuerpo. Sentía la suave música muy dentro y, sin darse cuenta, fue avanzando con pasos cortos hacia el escenario, los ojos fijos en los del trompetista.

Algunas parejas bailaban agarradas al son de la romántica melodía. Laia las sorteó, caminando entre ellas sin casi darse cuenta de su

presencia. Cuando estuvo lo bastante cerca como para ver todos los detalles su rostro, recordó su mirada clara y limpia a través del haz de luz de la linterna. Le dio la impresión, entonces, que él se agachaba un poco para acercarse a ella y mirarla mejor, como si quisiera asegurarse de que la conocía. Fue como si despertara de un sueño: Laia reaccionó, y se dio cuenta de dónde estaba, en medio de la pista, mirando al músico con una expresión bastante boba en la cara y un cóctel en la mano derecha. Se dio la vuelta y regresó junto a sus amigos con rapidez.

–¿Dónde ibas? Pensábamos que les ibas a pedir alguna canción.

–Sí, eso iba a hacer –contestó de pronto–, pero cuando estaba allí me he dado cuenta de que apenas habían empezado a tocar ésta. ¡Qué tonta! –sonrió, intentando parecer divertida.

Ignacio, mirándola con asombro, tradujo la respuesta a Molly, quien, sonriendo, contestó:

–Son los mismos que tocaban la otra noche en el metro.

–¿Ah, sí? No había caído, la verdad.

–Hemos venido algunas noches aquí, ya los conocíamos. Creo que el trompetista es el que te pidió fuego.

–¿En serio? Bueno, estaba todo tan oscuro que...

–Lo llaman Wings.

«Wings», repitió mentalmente.

–¿Y qué significa ese nombre tan curioso?

–«Alas», en inglés. Es uno de los mejores pilotos de la RAF, conocido por su locura cuando está a los mandos de un avión.

–¿En serio? ¿Es un imprudente o algo así?

–Imprudente es poco, según he oído. Sin embargo, está muy bien valorado por los altos mandos, y entre nosotros también. Ha volado ya muchas veces, ha hecho las peores locuras y siempre regresa sin un rasguño en el aparato. Un artista en la música y en el aire, ya sabes... –dejó la frase sin terminar, recordando que Laia sabía volar.

–Sí, debe ser eso –sonrió ella.

–¿Cuándo empiezas el curso de vuelo? –le preguntó Ignacio–. Néstor me dijo que querías continuar pilotando en Londres.

–Cuando él regrese, supongo. Dijo que me llevaría a la escuela y me presentaría al profesor.

–Pues quizá no tengas que esperar a que Néstor regrese.

–¿Por qué? –se extrañó.

–Porque ahí lo tienes, tocando la trompeta. Cuando no vuela, Wings se encarga de adiestrar a nuevos pilotos. Si quieres, te lo presento, y así le preguntas cuándo puedes empezar. Sí, parece increíble, pero como profesor es muy responsable, nada que ver con

cómo es cuando vuela solo. Al menos, eso me han dicho.

–Pero... –Laia no supo qué decir.

–Londres es distinto a Madrid, aquí no te pondrán ninguna pega por ser una chica.

Laia tragó saliva. Sintió que las piernas se le paralizaban por la emoción de la oportunidad de empezar con sus clases, pero también por la idea de conocer a Wings.

–La canción ha acabado, parece que van a tomarse un descanso –siguió Ignacio y, tomando a Molly de la mano, caminó hacia el escenario.

–¡Espera! Recuerda que no hablo inglés todavía –sonrió nerviosa–. No sé cómo nos vamos a poner de acuerdo.

–¡No importa! Wings habla francés. ¡Es de Nueva Orleans!

¿Nueva Orleans? Apenas sabía nada de Nueva Orleans, sólo que estaba en Estados Unidos. ¿Qué tenía que ver dónde había nacido con el hecho de que hablase francés?

Antes de seguir a Ignacio y Molly, dio el último trago a su copa. Pese al ardor del líquido en el estómago, sintió un escalofrío e hizo una mueca de desagrado. Se estiró la falda hacia abajo y se atusó un poco la media melena. Levantó el rostro y se puso recta, echando los hombros hacia atrás. No le quedaba más remedio que ir con ellos. No entendía por qué estaba tan nerviosa y no tenía tiempo de analizar sus sensaciones, pero sólo sabía que habría rehuido aquella presentación durante toda la eternidad si le hubiera sido posible.

Mientras sus amigos saludaban animadamente al músico, se quedó un poco apartada. Durante unos segundos que se le hicieron eternos, desvió la mirada un par de veces hacia el resto de la sala, como mirando a otras personas, para disimular sus nervios, hasta que volvía a echar rápidas miradas a sus amigos, que seguían charlando con él sobre el escenario. Así pasó un tiempo que le pareció interminable, hasta que notó que alguien la tocaba. El vello de sus brazos se erizó. Wings la miraba sonriente, con sus dientes blancos y perfectos. Lo vio asentir con la cabeza.

–Ahora viene. Va a recoger sus cosas primero –explicó Ignacio–. Creo que muy pronto estarás volando. ¿No estás contenta?

–¡Mucho! –intentó sonreír, aunque, sin saber por qué, de repente estaba aterrada.

Miró a Molly, que le sonreía. Ignacio y ella la cuidaban, trataban en todo momento de que no se aburriera y de que no se sintiera sola. Se lo habían prometido a Néstor y estaban dispuestos a cumplirlo. Eran encantadores en verdad, pero Laia no era capaz de agradecérselo debidamente. En ese momento, sólo habría querido echar a correr.

–Si está ocupado, podemos hablarlo otro día.

–¡No! Ha dicho que no tardaría. Podemos esperarlo aquí. Será un momento. ¿Estás cansada?

–Un poco. Tú también, ¿verdad, Molly? –Cogió la mano de su amiga, casi como en un gesto de súplica.

Si era así, Ignacio accedería a irse antes de hablar con el piloto. Pero Molly, que entendía un poco de español, negó con la cabeza y le dijo algo a su marido.

–Dice que no está cansada. Nosotros nos tomaremos otra copa mientras habláis. Le he dicho que lo esperaríamos en la barra –tradujo éste.

–Está bien. –Laia asintió, rindiéndose a lo inevitable.

Pero Ignacio no tuvo tiempo de pedir las copas al camarero, porque en ese mismo instante apareció Wings con su amplia sonrisa y su rostro inocente. Parecía un ángel recién caído del cielo. «Nunca mejor dicho», pensó Laia.

Tras un alegre «hola» general, se presentó a ella, mencionando que se habían encontrado en el metro de una forma tan poética que un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Pensando que todos se habrían dado cuenta de su nerviosismo, se ruborizó ante la incisiva y tierna mirada del americano.

–No es la primera vez que veo tus ojos... –le susurró cuando Ignacio y Molly se alejaron un poco para dejarles solos hablando de las clases.

Le sorprendió su francés meloso y musical. No supo qué contestar. Tampoco era la primera vez que ella se fijaba en los suyos, grandes, con las pestañas rubias, como su pelo, las más largas que había visto en un hombre. Su tez morena no le disgustaba, al contrario, contrastaba con su cabello y sus ojos, tan profundamente claros. De hecho, aún extrañada, sintió que el tono de su piel le atraía. Se mojó los labios pintados de rojo y tragó saliva, sentía la garganta seca. Movió la cabeza a un lado, para que él dejara de mirarla como si la traspasara, como si fuera transparente y pudiera leer sus sensaciones como en un libro abierto. Pero, bien al contrario, Wings centraba en ella toda su atención.

–Supongo que no es fácil olvidar la cara de una chica asustada en mitad de un bombardeo –dijo al final ella, sabiendo que no tenía más remedio que contestarle.

Wings dejó escapar una sonora carcajada, al tiempo que se acercó mucho a ella, de una forma poco habitual entre dos personas que acababan de conocerse formalmente. Volvió a mirarla aún más profundamente, si era posible.

–Así que sabes pilotar...

–Así es. Aprendí en España. En la escuela de Cuatro Vientos en Madrid.

–¡Madrid! –pareció sorprendido–. Ignacio también es de Madrid, ¿verdad?

–Sí, aunque ninguno de los dos hemos nacido allí. Yo soy de Barcelona.

–¡Barcelona! –volvió a repetir el nombre de la ciudad, que, como todas las españolas, le sonaba lejana y exótica.

–¿Has estado en España?

–He sobrevolado Madrid, pero mis pies no han pisado ese maravilloso país.

–Estoy segura de que te gustaría –afirmó ella–. Me ha dicho Ignacio que eres de Nueva Orleans.

–Ésa es mi ciudad –sonrió, como si su pensamiento se transportara hacia allí: el lugar en el que le gustaría estar, la ciudad de la música–. También te gustaría, estoy seguro.

–No sabía que allí se hablara francés. Pensaba que se hablaba inglés en todos los Estados Unidos.

–Se habla francés en todo el Estado de Luisiana, pero también hablamos inglés. ¿Y tú, dónde aprendiste francés?

–Pasé más de tres años interna en un colegio en Poitiers. Aún no hablo inglés, sólo sé decir algunas palabras sueltas por ahora.

–¿Cuáles?

–¿Cómo? –se sorprendió por la pregunta.

–¿Qué palabras sabes en inglés? –insistió, divertido.

¡Ah! Bueno, no sé... Sé decir «Happy New Year!», «Hello!»... –Puso una expresión muy graciosa al intentar recordar más palabras–. «Pretty girl!»; eso suelo escucharlo cuando estoy por la calle.

Wings volvió a dejar escapar una carcajada. Aquella chica era la más divertida de las que había conocido hasta ahora en Londres, y había conocido a muchas, la mayoría inglesas, pero ninguna con ese rostro pícaro y esos ojos oscuros tan despiertos.

–Podemos empezar mañana después de desayunar, si quieres.

–¿Mañana? –Le sorprendió la rapidez de su decisión, pero reaccionó enseguida–: ¡Estupendo!

–Después del desayuno.

–De acuerdo.

–Nos vemos mañana entonces.

Hizo el gesto de marcharse hacia el escenario, donde ya estaban los otros músicos, pero Laia lo agarró por el brazo.

–¡Espera! ¿Cuál es la hora después del desayuno para ti? Sigo un poco perdida con los horarios ingleses.

–¿A las nueve? –le sonrió.

–A las nueve es perfecto.

Suspiró, acordándose de que aún no había sentido hambre ningún día antes de esa hora a pesar del tiempo que ya llevaba allí, pero tendría que empezar a acostumbrarse a que los ingleses almorzaban hacia las doce.

Wings levantó la mano como despedida y subió al escenario, donde, al instante, comenzó a tocar una animada melodía.

Laia sintió de repente una especie de vacío. Le habría gustado que él se despidiera de ella de una forma más especial, que le hubiese dicho algo tan bonito como eso de que ya había visto sus ojos antes, pero, de pronto, su mayor interés era tocar de nuevo. Se quedó mirando cómo parecía meterse dentro de la música hasta convertirse en parte de la canción. Era maravilloso escucharlo tocar, y también ver cómo disfrutaba haciéndolo: cerraba los ojos, encorvaba el cuerpo a veces, sosteniendo la trompeta entre sus manos, como un encantador de serpientes de las mil y una noches.

Se dio la vuelta, a pesar de lo mucho que le costaba dejar de mirarlo, y fue hasta donde la esperaban Ignacio y Molly.

Decidió que al día siguiente buscaría en una biblioteca algún libro escrito en español sobre Nueva Orleans. Tenía curiosidad por saber más de aquella ciudad, por cómo eran las personas que habían nacido allí. Quería saber si todas eran tan especiales como le había parecido él; si allí los hombres eran capaces de arrancarle notas al aire para convertirlas en aquel sonido que la hacía vibrar por dentro; si todos tenían la piel tan tersa, suave y un poco oscura como él, en contraste con un cabello rubio y unos ojos verdes que difícilmente borraría de su mente aquella noche, y también si el acento de sus gentes era como su francés dulce y cadencioso y sus risas tan encantadoras.

Le costó dormir. Fue la primera noche que no se acordó de Néstor antes de apagar la luz; no pensó dónde estaría ni si estaría corriendo algún riesgo. Cuando trataba de relajarse y cerraba los párpados, veía los ojos verdes y grandes de Wings atravesando su cuerpo. Su mente tarareaba una y otra vez la melodía de la canción que le había dedicado a su madre, de una forma estúpidamente constante e inconsciente.

11. El primer vuelo a tu lado

Era la primera vez que veía a unas chicas con pantalones de vestir, y le pareció que quedaban de maravilla. Cuatro jóvenes caminaban riendo alegremente, charlando de sus cosas, abrigadas con sus chaquetas de piel y el pelo sujeto con pañuelos alrededor de la cabeza. Debían de ser alumnas también. Se alegró, porque en Madrid siempre se había sentido la única; sabía que otras mujeres habían ido a la escuela antes que ella, pero nunca se había cruzado con ninguna.

Se preguntó si a Maman le habría gustado aquel aspecto masculino, pero elegante, que les daban los pantalones de pierna ancha. Ella siempre estaba atenta a la última moda, pero seguramente habría preferido el atuendo que llevaba ella: un vestido en color tabaco con la falda por encima de la rodilla; el abrigo, la bufanda alrededor del cuello, un gorro de lana y unos mocasines. El frío de las mañanas de Londres podía calarte hasta el alma. No obstante, envidió la soltura con la que parecían moverse aquellas chicas, seguramente más cómodas que ella con esos pantalones altos de cintura que tapaban sus piernas completamente. Decidió que la próxima vez que la viera le pediría a Molly que la llevase de compras.

De camino al hangar, cientos de mariposas le revoloteaban en el estómago, no sabía si porque por fin tenía su primera clase de vuelo en Londres o por volver a encontrarse con Wings. No pudo evitar sonrojarse de nuevo al recordar su mirada de la noche anterior.

La escuela no se parecía en nada a la de Cuatro Vientos; en ésta había mucho movimiento: personas trabajando, mecánicos yendo y viniendo con herramientas, coches que llegaban y volvían a irse, pilotos que corrían dentro y fuera de los hangares y, por supuesto, un montón de chicas a su alrededor. Un grupo de tres, éstas con vestidos, lo que le dio a entender que no eran pilotos, se despedían de Wings justo en ese momento; con unas risitas tontas remarcaban sus cabellos ondulados rubios, su aspecto pálido y sus labios pintados de rojo. Le

dijeron adiós una y mil veces y le regalaron a Laia unas caras agrias al pasar junto a ella.

Lejos de sentirse incómoda, aquellas expresiones rabiosas le hicieron sentirse importante. Si consideraban que tenían que despreciarla era porque su aspecto debía de ser impecable. No había tardado mucho en arreglarse; por la noche se había cubierto el pelo con una redecilla y había vuelto a ensortijar los rizos sueltos, sujetándolos con pinzas, para que quedaran bien al día siguiente. Había desayunado un té con leche y un poco de pan con miel, regalo de Molly e Ignacio, que habían compartido con ella la que les quedaba. No era fácil encontrar productos de buena calidad, pero Ignacio era un privilegiado y de vez en cuando recibía un paquete desde España. Tras asearse un poco en el baño, se había sentado en la cama para ponerse las mismas medias de la noche anterior, las cuales había lavado por la parte de los pies y habían estado secándose toda la noche junto a la estufa. Le encantó sentirlas tan calentitas. Se vistió y decidió maquillarse un poco las mejillas con colorete y poner un poco de color en los labios, pero sin que pareciera que se los había pintado. No quería que pensara que se arreglaba demasiado, al menos no tanto como por la noche, pero tampoco iba a dejar que él la viera con la cara de frío que solía tener por las mañanas.

Mientras se colocaba la bufanda en el cuello y abría su pequeño bolso para sacar los guantes de espuma, se miró al espejo por última vez en el recibidor. Se vio distinta, ya no se parecía a la niña que se había casado con el hijo del mejor amigo de su padre. Su imagen ya no era como se recordaba cuando estaba en Madrid. Algo había cambiado; quizás en su expresión, en su sonrisa o en el brillo de sus ojos, pero ya no era aquella chiquilla que sólo quería recuperar el cariño de su padre y vivir feliz al lado de Maman y de Celina. Se preguntó dónde había quedado todo aquello. Incluida la necesidad de pilotar para sentirse libre. Ahora sabía que ya nunca sería libre, no tan libre como había soñado. Era una mujer casada y se debía a su nueva vida, la cual parecía que aún no había empezado, pues la pronta marcha de Néstor había cambiado todos sus planes. Sin embargo, aquella mañana iba a recuperar un pedacito de su sueño: iba a volar de nuevo.

Suspiró aliviada. Aquella mañana pertenecía a su vida, a la suya propia, no a la de Néstor. Cogió el paraguas y salió de casa, corriendo ligeramente con los mocasines sobre los charcos de la calle, intentando no salpicar, hasta alcanzar el tranvía. También iba a ser la primera vez que iba a moverse sola por las calles de Londres. Apenas sabía inglés, pero ya era hora de que se fuera soltando; además,

llevaba escritas las direcciones de la biblioteca pública y de la escuela en un papel. El revisor fue tan amable de avisarla cuando llegó a su primera parada y de indicarle con señas hacia donde debía dirigirse.

Había pasado la mañana en la biblioteca, y al final había decidido llevarse a casa uno que estaba en francés e inglés. Así lo leería con más tranquilidad y podría aprovechar para practicar su malísimo inglés.

No obstante, en el tranvía hasta la escuela, leyó parte del capítulo sobre Nueva Orleans. [2] Aprendió que era una ciudad situada en el sureste de Luisiana, sobre el delta del río Misisipi; una ciudad multicultural, de clima subtropical húmedo, con inviernos cortos y suaves y veranos húmedos y muy largos, muy conocida por sus festivales, su música y su cocina. Había crecido rápidamente con la influencia de las culturas española, hispanoamericana, francesa y norteamericana, así como por la inmigración de colonos franceses y sus esclavos al huir de la revuelta independentista de Haití. Sus habitantes hablaban inglés y también un dialecto del francés llamado cajún. Admiró durante un buen rato el dibujo de una de sus calles: edificios bajos con balconadas y bandas de músicos tocando.

Y ahora estaba allí, viendo a Wings de espaldas, vestido de piloto, con su cabello rubio moviéndose ligeramente por el aire, esperándola junto a un avión aparentemente destartalado que tenía pintada sobre la chapa a una chica sentada con la falda muy corta y un vestido que parecía que le iba a estallar. Ignacio le había explicado que los yanquis solían decorar sus aviones de una forma que a los europeos les resultaba un poco escandalosa, pero a la que ya se habían acostumbrado. Los americanos eran así: querían sentirse contentos en una tierra lejana y desconocida, en una guerra que tampoco era suya, pero a la que habían venido a luchar voluntariamente. Y, mientras lo hacían, pretendían dejar claro al enemigo que, si morían, lo harían habiendo vivido de la manera más intensa posible.

La diferencia entre la chica pintada en el avión de Wings y las de los otros aviones era que la suya tenía unas alas desplegadas en la espalda, lo que le daba un aspecto de diosa griega muy particular.

Le dio un toque en la espalda con los dedos, y él se dio la vuelta con cara de asombro. Al verla, sus ojos brillaron como dos estrellas, y el gesto abandonado de su boca se convirtió en una amplia sonrisa. Hizo un gesto como si la fuera abrazar, pero se contuvo, y todo quedó en un rápido movimiento, casi estúpido, sin moverse del sitio.

Laia pensó que también ella hubiera querido abrazarlo. No entendía qué le ocurría con él, pero era como si lo conociera de toda la vida, algo parecido a lo que le había ocurrido a la protagonista de

una de las novelas románticas que había leído, pero nunca imaginó que pudiera pasarle a ella. Y ahí estaba, con un hombre al que no conocía, de un país lejano, de una cultura desconocida, y se sentía a su lado como si hubiese llegado por fin a casa.

Ella le devolvió la sonrisa, y a partir de ahí todo resultó sorprendentemente fácil. La conversación se sucedió como si las palabras resultasen familiares para ambos, y sus miradas se cruzaban sin remedio, enganchadas entre sí. Aun así, la educación era lo primero, y la clase transcurrió de forma correcta.

Al ponerse el mono sobre el vestido, Laia se prometió que en la próxima clase iría con pantalones. No había nada más complicado que intentar meter la falda en un mono de piloto.

Wings pilotó con soltura, y Laia pronto olvidó sus temores. Recordaba aún lo mal que lo había pasado en el caza de Néstor, y le preocupaba que Wings también intentara hacer alguna cabriola con ella dentro del aparato, más tras lo que le había contado Ignacio sobre él. Pero Wings hizo todo lo contrario: se comportó como un auténtico caballero, enseñándole todo con la tranquilidad y responsabilidad que sólo tiene alguien que conoce muy bien lo que está haciendo; y además voló con elegancia, igual que cuando tocaba su trompeta, armoniosa y dulcemente. Se mostró paciente en todo momento y no intentó en ningún momento hacer una demostración absurda de su superioridad a los mandos del caza. Gracias a eso, Laia se sintió capaz de hacer todo lo que él le solicitaba. El avión se convirtió en un aliado, en un amigo, en algo que casi formaba parte de todo su ser. Como si el corazón del avión latiera junto al suyo propio.

Ya en el hangar, mientras se atusaba el vestido, estaba acalorada, el rostro ruborizado a causa del enorme placer que acababa de vivir. Nunca había disfrutado de aquella forma en un avión. Ahora sabía mucho más que antes, estaba más ducha y, por tanto, más tranquila ahí arriba. O tal vez Wings le había enseñado que una mujer puede disfrutar igual que un hombre y, además, haciéndolo a su manera: más delicada, más responsable, más cuidadosa, pero también más apasionadamente.

–Te agradezco que no me hayas usado de conejillo de indias para hacer cabriolas ahí arriba –le dijo con gracia.

–No pensarías que iba a intentar demostrarte lo buen piloto que soy haciendo que te mareases.

–Te aseguro que no serías el primero.

–Pues dile de mi parte al idiota que hizo eso que así no se conquista a una mujer.

Laia volvió a ruborizarse. Dudó por un momento si eso pretendía,

conquistarla; pero tenía que haber visto el anillo que llevaba en el dedo anular, aunque cierto era que también ella se había olvidado que era una mujer recién casada.

–El idiota es... mi marido –aprovechó para decir, tratando de sonreír.

–Sabía que estabas casada. Ignacio me lo dijo –respondió, asintiendo con la barbilla, como si quisiera dejar claro que no intentaba nada con ella.

–Bien. –Alargó la mano para despedirse–. ¿Cuándo podemos repetir la clase? He aprendido mucho hoy. Muchas gracias.

Wings tomó su mano y la apretó dulcemente, pero tardó un poco en soltarla. Ella tampoco hizo gesto de alejarse, y lo que apenas duró unos instantes les pareció que se convertía en minutos.

–Te avisaré. –La soltó al fin.

–¿Cómo me avisarás? –insistió–. Bueno, puedes decírselo a Ignacio o a mi marido, Néstor, cuando vuelva.

–¿Néstor? Creo que lo conozco.

–¿En serio? Me alegra oír eso. No sé cuándo volverá. Está en una misión. Pero espero que sea pronto –soltó rápidamente, con frases cortas que pretendían sonar rotundamente ciertas.

–A veces suelen alargarse. Las misiones no siempre resultan como uno espera.

–Eso me han dicho. Está en algún otro lugar de Gran Bretaña, ni siquiera sé dónde –sonrió un tanto apenada, esta vez de verdad.

–No te preocupes. Cuando menos lo esperes, regresará contigo a casa.

Laia notó una punzada en el corazón. De repente, se puso seria, porque comprendió lo que había dicho. Al escucharlo en los labios de otra persona, supo que era la pura verdad: Néstor, su marido, regresaría pronto. No había vuelta atrás. Ella era su esposa, y eso nadie lo cambiaría nunca.

–Hasta otro día, entonces. Hasta que... me avises. –Y con una nueva sonrisa se dio la vuelta, intentando que la despedida fuese lo más corta posible.

Quería echar a correr y salir del hangar cuanto antes, alejarse de allí para siempre y no volver a verlo en toda su vida. No entendía las sensaciones, entre agradables y dolorosas, que le recorrían todo su cuerpo. Unas incomprensibles lágrimas asomaron a sus ojos. Aceleró el paso, deseando ser capaz de volar, sin avión, sin alas, sólo para alejarse de esos sentimientos recién despertados. Ahora ya no deseaba ser libre, sólo quería huir de él para siempre.

Escuchó que alguien corría tras ella y se dio la vuelta. Wings. Lo

recibió sin sonreír, con un rostro de preocupación que ya no podía ni quería evitar.

–¡Espera! –le gritó–. Esta noche, a las cinco y media. Aquí.

Saboreó la incoherencia de su frase. Aún le parecía increíble que la noche cayese sobre Londres tan temprano.

–Antes tengo que tocar en la cantina, pero después podemos volar.

–Está bien. Me vestiré de noche entonces.

–¡Estarás preciosa! –La miró como si quisiera evitar que se marchara, con los ojos brillantes–. Siempre lo estás –añadió.

Laia bajó la cabeza; no sonrió, no quería demostrar ningún sentimiento delante de Wings. Él tampoco sonrió, quizá tampoco quería ya aparentar que todo era perfecto.

Había oído decir a otros pilotos que uno no aprende realmente a pilotar hasta que no lo hace de noche. Seguramente él pensaba que ya había llegado el momento de que ella lo probara. Rezó para que fuese eso solamente lo que él estaba pensando. Aunque, en realidad, pensaba muchas más cosas. No podía apartar de su mente que lo que sentía a su lado la hacía creerse la protagonista de una novela ya escrita.

Esta vez sí echó a correr, y no paró hasta que estuvo lo bastante lejos como para que él ya no pudiera alcanzarla.

* * *

Tres horas y media es apenas nada, muy poco tiempo para tomar una decisión que sabes que puede cambiar tu vida, y no precisamente para bien. Laia lo presentía. En su corazón, en su estómago, el dolor empezaba a ser insoportable. Las mariposas se habían convertido en fieros mordiscos de alguna bestia fantástica, como los de un dragón que va a comerse a la princesa.

Ya no era ninguna niña estúpida que pudiera enamorarse del primero que le sonriera, ahora era una mujer casada, y eso lo cambiaba todo por completo. Ya no había tiempo en su vida para esperar al amor verdadero, un amor de ésos con los que había soñado tantas veces.

Se preguntó por qué la vida tenía que ser tan desordenada. Si Wings hubiese aparecido antes, sin duda no estaría casada con Néstor. Poco le importaban ya las razones por las que había accedido a ese matrimonio. La libertad, el deseo de volar, de alejarse de todos para poder ser ella misma y, sobre todo, los negocios de papá, pese a que no había nada que deseara más en el mundo que ver feliz a su padre y a toda su familia.

¡Cuánto le habría gustado tener una charla con Maman! La echaba tanto de menos, a ella y a Celina, que las lágrimas afloraron de nuevo. Y su padre... Sintió como si él pudiera verla, y se avergonzó. ¿Por qué no les hizo caso a todos cuando le dijeron que esperase, que se tomara las cosas con calma y se casara un tiempo después? Posiblemente ellos sabían que no estaba enamorada de Néstor y que necesitaba tiempo para aclarar sus sentimientos. Pero ahora todo le parecía demasiado contradictorio, y era consciente de que aquella noche, en la que se sintió guapa, achispada por el champán y feliz porque Néstor al menos empezaba a gustarle, confundió las sensaciones con el hecho de ser capaz de amarlo alguna vez.

Si había existido esa posibilidad en algún momento, ahora creía que ya era imposible. Nunca podría amar a Néstor. Ya no había vuelta atrás, estaba completamente perdida. Se había olvidado a sí misma en los ojos de Wings.

Podía haber ido a casa de Molly e Ignacio, a entretenerse con su compañía bebiendo té y comiendo un pedazo de la *apple pie* que su vecina seguro había cocinado para la merienda. Se habría sentado junto a la chimenea, respirando el aire tranquilo de la casa, el olor a horno recién apagado y la humeante taza de té. Entonces hubiera charlado con Ignacio sobre España y sus costumbres. Y, cómo no, de Néstor. Le aseguraría que pronto estaría de vuelta, que ya eran demasiadas semanas las que llevaba en Europa y que ninguna misión se alargaba tanto. Ella hubiera reaccionado entonces, estaba segura; se habría dado cuenta de que se debía a su marido y que su deber era quedarse en casa esperándolo.

Molly se habría sentado junto a ellos. Al ver su abultada barriga, habría pensado que pronto ella también estaría esperando un hijo también, de Néstor, y entonces seguramente regresarían a Madrid para estar con la familia. Toda su vida estaría marcada, escrita como en una novela, con un final no sabía si feliz, pero sí predestinado. Volvería a ser la niña rica que fue, viajarían de vez en cuando a Europa, quizás incluso volvieran a Londres alguna vez, y vivirían felices porque sus dos familias lo serían con la bendición de su unión con un hijo. Nadie sufriría ni nadie lloraría.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas al recordar el llanto de su padre, sentado en la descalzadora a los pies de la cama, cuando los de la funeraria se llevaron el cuerpo magullado de su madre. La casa, la vida entera, se quedó vacía de repente.

Ahora por fin eran felices de nuevo, una familia. Y, sin embargo, ahí estaba, en la mesita de la cocina mirando hacia la puerta, esperando a que llegara la hora de tomar el tranvía hacia un destino

que, sin lugar a dudas, no debía ser el suyo.

Escuchó el clic de la aguja del reloj. Se levantó, se puso el abrigo de piel sobre el vestido azul noche y se ajustó el cuello para no impedir que traspasara el frío. Seguramente, pensó, era una locura ir vestida así para montarse en un tranvía, pero sentía su destino como algo inevitable.

Una vez en la calle, se dio cuenta de que no era la única mujer que salía sola vestida de fiesta a esas horas. Londres era diferente a Madrid: allí las mujeres disfrutaban de mayor libertad. En el tranvía se encontró con un grupo de chicas muy elegantes que, casualmente, se bajaron en su misma parada. Las fiestas de la escuela de vuelo eran muy conocidas, y había corrido la voz de que los músicos tocaban aquella noche otra vez. Nadie que se sintiera joven aún, a pesar de la guerra, quería perdérselo.

Al entrar en la cantina, se sintió envuelta por el calor que hacía en el interior y el olor a humo. Estaba lleno de gente, demasiada para ser vista por alguien que pudiese reconocerla. Además, sus vecinos no iban a ir esa noche. Escuchó la música, su ritmo rápido y frenético, y se acercó a las parejas que bailaban chocándose unas con otras.

Arriba, en el improvisado escenario de madera, estaba Wings, con las manos en la trompeta. Soplaba aquella melodía tan impresionante que empezaba a meterse en todo su cuerpo, animando su espíritu.

Encontró una silla vacía y se sentó. Miró a su alrededor, disfrutando de la alegría que la rodeaba. Se quitó el abrigo, que colocó sobre sus rodillas, dejando los brazos a la vista, y guardó los guantes en el bolso. Un camarero se acercó para ofrecerle una bebida, que ella aceptó, sin saber lo que era. El hombre colocó la copa sobre la mesita que tenía al lado y se marchó con rapidez. Laia levantó la copa y bebió un sorbo. El sabor le gustó.

De repente se sintió bien, diferente. Era la primera vez que asistía sola a una fiesta y se sentaba ante una mesa sin pareja, y también la primera vez que bebía un cóctel a solas. Ninguna de esas cosas habría podido hacerlas en Madrid. Ni Néstor ni su familia la habrían dejado acudir sola a una fiesta. Mucho menos, si la fiesta no era en alguna casa respetable de la ciudad; la cantina de una escuela de pilotos no era lo más adecuado, sin duda. Y allí estaba, rodeada de gente desconocida, y a gusto.

Una tímida sonrisa asomó a sus labios. Bebió otro trago y fijó su atención en los músicos, que acababan de terminar la movida melodía y se disponían a tocar algo más lento. Wings se acercó al micrófono, como había hecho la otra noche. «Va a dedicar la siguiente canción a su madre», pensó Laia.

–Y ahora, una bella canción de amor para una persona muy especial. Ella sabe quién es. No necesito decir su nombre.

Sintió un estremecimiento. Se le había puesto el vello de punta y notaba un nudo en la garganta. No podía creer que él la hubiera mirado mientras decía esas palabras. Se ruborizó, avergonzada al pensar que la gente se habría dado cuenta, pero no parecía ser así. Algunas parejas se pusieron a bailar a su alrededor mientras Wings le arrebataba notas a su corazón. Con cada una de ellas, se acercaba para susurrarle palabras de amor.

Se bebió el resto de la copa de un trago cuando terminó la canción. Wings ya se despedía del público, alegando que se debía a otras obligaciones y que les dejaba en buenas manos con el resto de su banda tocando para ellos. Al mismo tiempo, una chica subía al escenario y comenzó a cantar en un tono de voz muy dulce.

Laia sintió que se moría de celos al ver cómo él le sonreía. Respiró profundamente un par de veces, intentando calmarse, y miró hacia el suelo. Razonaba para sí que, si esa chica ocupaba su lugar, era porque él tenía una cita; una cita con ella. Cuando volvió a levantar la mirada, Wings estaba frente a ella con la mano extendida.

–Eres preciosa –dijo él, tomándole la mano, antes de darle un tímido beso en la mejilla.

12. Aquellos zapatos azules

No le había dicho que lo estaba, sino que lo era. Para él, siempre preciosa. La chica más maravillosa que había conocido. Laia notó que volvía a ruborizarse. Él, aún con la mano de ella entre las suyas, pequeña pero fuerte, echó a andar, llevándosela de allí. Sólo pensaba en estar a solas con ella, alejado del mundo, arriba en el cielo, donde nadie pudiera verlos, ni oírlos ni juzgarlos por un pecado que no iban a cometer.

Al despedirse de ella por la mañana, se había prometido a sí mismo, con una punzada de dolor en el estómago, que la amaría desde lejos, sin violentar su condición de mujer casada, para que nunca se sintiera incómoda. La amaría y la admiraría sin tocarla, sin abrazarla, sin besarla. Había sido músico desde la infancia, tocaba la trompeta desde niño, pero no había entendido qué era la música realmente hasta que había escuchado su voz, en francés europeo, dirigiéndose a él.

Nunca se había sentido tan vulnerable ante una mujer. Las chicas inglesas se volvían locas por un yanqui que tocaba la trompeta y un poco el piano. En realidad, nunca estaba solo, salvo en el escenario que compartía con Billie y Jimmy. Únicamente en ese momento se paraba a pensar qué había ido a hacer allí.

Su vida en Nueva Orleans había sido una cadena de catástrofes desde que su madre murió, llevándose con ella lo único bueno que había tenido. Era una mujer afable y social que trataba bien a todo el mundo, a él más que a nadie, pero, cuando falleció, su padre apareció como de la nada, queriendo que repartiese con él el poco dinero que ella le había dejado. Lo acosó durante semanas para que vendiese la casa y le pagase lo que él llamaba «su parte». Él, que nunca se había ocupado de él ni de su madre, ahora se sentía con derecho a recibir dinero a cambio de lo que nunca había dado: cariño, protección y tiempo.

Había aprendido a reconocer a los hombres como su padre. Como los chicos que lo acosaban en la escuela por ser mestizo. Después de sufrir varias palizas, su madre decidió no llevarlo más a una escuela de blancos y lo apuntó a una de negros, pero en ésta tampoco fue respetado, pues no le consideraban uno de ellos.

Ella era de color, aunque su piel era clara, con una cara redonda de piel brillante, ojos almendrados y pelo rizado sujeto siempre con un pañuelo en la cabeza. Solía vestir de blanco, pues pertenecía a un grupo religioso que se reunía una vez por semana. Al principio, Delphine acudía sola y dejaba a su hijo con la abuela, pero ésta murió cuando el pequeño tenía cinco años, así que empezó a llevárselo, y fue entonces cuando descubrió que el niño tenía un don del cielo para la música. Vivieron juntos hasta el final, cuando un brote de cólera, tras una inundación, se llevó a su madre ante el Dios en el que tanto creía.

Wings desfiló en el funeral, tocando con su trompeta la canción favorita de su madre, acompañado por el resto de miembros de la congregación. Fue la primera vez que se puso un traje, y era prestado. Con apenas veintiún años y tras enzarzarse en una absurda pelea con su padre –blanco, de pelo rubio y ojos verdes como los suyos–, que le costó varios golpes en la cara y en el estómago, decidió que debía huir. Dejó las llaves de su casa al jefe de la iglesia, que le dio dinero para los primeros días de viaje.

No sabía dónde ir, sólo que tenía que marcharse lejos; lejos de su casa, de un padre que no lo quería, de una madre muerta a la que adoraba y de su dolor. Viajó de estado en estado, trabajando en lo que encontraba; a veces pasaba días sin comer, otras veces le pagaban con comida a cambio de tocar en alguna fiesta. La trompeta era su único acompañante.

En aquellos meses conoció diferentes ciudades, casi siempre viajando en tren, sin pagar la mayoría de ellas, hasta que, en su intento de alejarse del sur tanto como le fuera posible, llegó a Michigan. En Dretoit, entró a trabajar en una fábrica de aviones, y allí comenzó a relacionarse con unos chicos que, aprovechando las horas muertas de trabajo, habían construido un biplano. Pronto aprendió a pilotar. Y fue entonces cuando encontró por fin algo a lo que amar, además de la música.

Volar le hacía sentirse libre, casi tanto como cuando tocaba, y era algo que podía hacer incluso cuando más triste y enfadado se sentía. Y manejaba el aparato con la misma armonía que la trompeta: con suavidad, entre caricias, dejándose llevar por las sensaciones.

En aquellos días, en la fábrica había un tema común entre los jóvenes: la guerra que acababa de comenzar en Europa. América no

quería reclutar a sus muchachos, pero eran muchos los que veían en ello una salida a la miserable vida de obrero durante casi diez horas al día. Sobre todo, los de color, quienes, ante el racismo de los blancos, hacían huelgas y arriesgaban sus vidas.

Los chicos comentaban que era fácil llegar hasta Toronto sobrevolando la frontera, bajando a repostar cada dos horas en algún campo llano. Una vez allí, sería sencillo enrolarse en la fuerza aérea canadiense, de donde se decía que los pilotos eran transferidos a la RAF, si no legalmente, con papeles falsos de ciudadanía inglesa. Y en Inglaterra los pilotos norteamericanos siempre eran bienvenidos. Parecía un futuro esperanzador para unos muchachos que soñaban con la libertad y con volar, mientras que pasaban encerrados en la fábrica, sin ver el sol ni sentir el aire en sus rostros, la mayor parte de sus días.

La confianza entre uno de aquellos muchachos y Wings se afianzó en cuanto éste le demostró que era capaz de volar casi como un pájaro, y, al final, se decidieron a probar la aventura y prepararon el viaje. No fue fácil, pero él sabía que nada en la vida lo es. Cuando aterrizaron en los campos de Toronto, sintió un primer pellizco de libertad que le hizo sentirse más reconciliado con el mundo. Después, ya en Londres, supo que por fin era libre Estaba en otro país, en el viejo continente, con gente nueva y lugares nuevos, rincones distintos y sensaciones desconocidas.

Aunque tampoco le fue fácil desprenderse de las heridas ni del vacío de su corazón. Las fiestas, el alcohol, la música, las noches en vela tocando melodías de su ciudad con la trompeta, enseñando a aquellos europeos lo que era realmente música, nada de eso llenó el hueco que sentía en su interior. Era feliz mientras tocaba, mientras gozaba con alguna chica londinense, pero ni siquiera ahí arriba, cuando todo el mundo desaparecía y delante de sus ojos sólo existía un avión al que derribar, desaparecía el vacío. Más bien al contrario: cuantas más misiones cumplía, peor se sentía.

No le llevó ni siquiera unos minutos decidirse en ir a la guerra. Quería alejarse de todo y encontrar la oportunidad de una vida mejor, nada más. Nunca pensó realmente que todo aquello se trataba de quitar la vida a otros desgraciados como él que, seguramente, también soñaban con llenar de sentido sus vidas.

Meses después, estaba embargado por una nueva emoción: un odio y una rabia que se le metía por los poros de la piel; un odio aprendido de los ingleses hacia los alemanes, y viceversa; un odio de gente desconocida contra gente aún más desconocida, pero que poco a poco se fue convirtiendo en suyo. No sabía si porque realmente aquellos

cochinos nazis lo merecían, aunque eso parecía cierto, o porque lo llevaba todo dentro desde Luisiana. Cada vez que disparaba contra un avión con la esvástica, se le aparecía la imagen de su padre golpeándolo, y también el ataúd abierto de su madre mientras él desfilaba tocando para ella, por última vez.

Pero todo había empezado a cambiar de repente, aquella noche del bombardeo en que cruzó las vías del metro. Había bastado un segundo para que su corazón volviera a la vida. El rápido foco de luz de la linterna sobre aquel rostro manifiestamente bello, sobre esos ojos cegados por la luz pero tan abiertos y brillantes que se había perdido en ellos. La sonrisa cortés de aquella muchacha había sido como una rayo de luz en mitad de la oscuridad.

Más tarde, cuando ya había aceptado que sería un milagro volver a verla, aunque con la esperanza de que otra noche de bombardeos les reuniese de nuevo en aquella boca de metro, soñó con ella un par de noches, tocó pensando en ella unas cuantas más y bebió hasta intentar olvidarla. No lo consiguió.

Y entonces, una noche, en una fiesta cualquiera como tantas otras en las que había tocado esperando su próxima misión, levantó la mirada y ella estaba allí, frente a él, mirándolo a su vez con sus ojos vivaces y despiertos, con el rostro serio pero amable, sorprendida de encontrarlo. O, al menos, eso es lo que quiso pensar.

Y ahora la vida le daba un nuevo golpe. Empezaba a creer que no podía ser de otra manera, que la felicidad le estaba prohibida. Cuando vio el anillo de oro en su dedo, el vacío regresó, y mucho peor que antes, pues parecía llenarse cuando estaba a su lado, pero el hueco se hacía mucho más grande cuando ella se marchaba.

Habían estado a solas una vez, pero con ella todo se sucedía muy rápido. Ver su rostro era el vuelo de un pájaro cerca del avión, en la lejanía de un vuelo en solitario. Y sus ojos se asemejaban al brillo de las estrellas en un vuelo nocturno. Con ella, se sentía vivo.

* * *

Correr por un hangar solitario al anochecer, sujetando en una mano un pequeño bolso de fieltro y un vestido largo remangado, y en la otra la mano del hombre a quien deseas más que a nadie en el mundo seguramente no era lo más apropiado para una mujer casada.

Maman se lo habría hecho notar con alguna de las muecas con que solía llamar su atención sin que don Carlos se diera cuenta. Y éste lo habría reprobado, sin duda, diciéndoselo directamente: «No es lo más adecuado para una chica de tu posición». Incluso Celina habría estado

en desacuerdo, pues quería demasiado a Néstor como para ver bien que su prima, recién casada con él, corriese de la mano de un hombre sintiéndose feliz a pesar de saber que estaba actuando mal. No quería ni pensar en lo que habrían dicho Ignacio y Molly. Y mucho menos, el propio Néstor, que se habría sentido traicionado y dolido.

Laia pensaba en todo esto, pero no podía parar de correr a su lado. Sus pasos y su respiración agitada era todo lo que oía entre el maravilloso silencio de aquel amplio espacio vacío, mientras el resto de la humanidad bailaba en una fiesta de la que ellos acababan de escaparse.

«No estoy haciendo nada malo», se dijo. En lo más recóndito de su corazón sabía que se estaba entregando a un hombre al que desconocía, a espaldas de su marido, y que lo hacía con cada uno de los gestos de su rostro y de los movimientos de su cuerpo.

A veces, en la vida, damos incluso cuando no se nos ha pedido nada. Damos porque sentimos que hemos llegado al sitio donde debemos darlo todo, porque todo lo que hemos estado guardando, el amor, la pasión, el deseo, estaban esperando ese momento. Y con su mano aferrada a él, Laia sabía que le regalaba su corazón.

Wings era la persona, el hombre, el lugar al que ella estaba destinada. Su corazón lo sabía aunque su mente quisiera negarse a entenderlo. Se preguntó si él sentiría lo mismo o si era su alma de niña todavía la que le hacía creer que una pasión así era posible.

Cuando llegaron el avión, Laia soltó la falda por fin. Él la miró de arriba abajo, desde los pies hasta los ojos, pasando por cada línea de su cuerpo, realzado con la preciosa tela azul noche del vestido. Soltó su mano despacio, como si le costara separarse de ella.

–Espera –le dijo, mientras abría su taquilla del armario y sacaba un mono–. Cámbiate. No puedes volar con ese vestido. Es demasiado bonito para estropearlo.

Ella se escondió tras el avión. No había nadie, allí podría cambiarse con tranquilidad. Él vigiló que nadie se acercara, nervioso al pensar que, a tan sólo unos pasos, la mujer que tanto deseaba se estaba desnudando.

–Guardaremos la ropa en la taquilla.

Seguía estando preciosa con el mono usado de pantalón ancho. Con una sonrisa cómplice, ella le guiñó un ojo y exclamó alegre:

–*Ready!* 3

Se acercó a ella, lento pero con la seguridad de quien desea besar unos labios ajenos. Volvió a clavar sus ojos claros en los oscuros de ella. Quiso tocarla, agarrarla por la cintura y atraerla hacia él. Vio que su pecho subía y bajaba agitada por la tensión del momento. A él

también le costaba respirar; su belleza y naturalidad le cortaban la respiración.

Si la besaba, podía ocurrir que le diera un bofetón y se alejara de él para siempre o que no se moviera y le permitiera el beso. Lo segundo podía ser peor que lo primero. Si se besaban, se perderían para siempre.

Laia no dejaba de sonreír. Deseaba que se acercara y le susurrase al oído cuánto la deseaba. Sabía que debía cortar la tensión, pero su cuerpo no respondía. Estaba paralizada.

Él dudó. A ella se la veía muy joven, y sin embargo ya estaba atada a un hombre de por vida. Lamentó las malditas reglas de una sociedad que no aceptaba ni entendía. Entonces, miró hacia abajo, recorriendo su cuerpo, y sonrió al ver sus zapatos de tacón azul.

–Te daré unas botas.

–Sí, será mejor que con estos zapatos –rio.

Wings acercó un bidón vacío de gasolina para que se sentara y pudiera cambiarse los zapatos, que dejó apartados a un lado en el suelo del hangar. Haciendo un esfuerzo para pensar en otra cosa que no fuera besarla, la ayudó a subir al avión.

–¡Vamos! Hoy hace una noche preciosa para volar.

La ayudó a subir y a colocarse bien las gafas. Después, se ocupó de la hélice y, rápido, entró en su asiento de un salto.

Lentamente, el avión salió del hangar y se preparó ya en la pista para el despegue. Laia volvía a tener un nudo en la garganta y las mariposas le bailaban en el estómago. La emoción de volar por primera vez de noche era casi imposible de soportar.

Pronto dejaron las luces de la ciudad atrás. La línea del horizonte casi no se distinguía. Laia era consciente de la peligrosidad de volar a esas horas, sobre todo por la escuela, porque a veces los cazas en misiones de reconocimiento regresaban en grupo. Pero no podía pensar ahora en los riesgos que corría; no sabía cuándo volvería a repetir la experiencia y quería disfrutarla al máximo.

El avión viró. Wings buscaba un espacio menos peligroso. El vuelo se hizo entonces más tranquilo. De nuevo, pensaba en ella, más que en él, pues de haber ido solo no habría volado tan suavemente.

Sintió entonces que él la tocaba en el hombro desde su asiento, tras ella. Era hora de coger los mandos. Al poner sus manos sobre ellos, sintió las cosquillas de la vibración de las palancas en las palmas. Era muy agradable. Le sobrevino esa sensación maravillosa de que era capaz de todo, de que nada ni nadie podía mandar en su vida. Libre de nuevo; aunque no fuese cierto en la vida real, sí lo era allí arriba.

La oscuridad, salpicada por el fulgor de las luces más abajo, se fue

haciendo más profunda a medida que Londres comenzaba a apagarse más, para que los alemanes no pudieran ver donde dejar caer sus bombas de terror y odio. Aquello hacía mucho más peligroso el vuelo, pero no le importaba. Era feliz, y todo se lo debía a Wings.

* * *

Sólo cuatro de los aviones regresaban de la misión tras varias semanas en algún lugar de la costa de Inglaterra, cuyo nombre nunca mencionarían delante de nadie porque les estaba prohibido.

Le había resultado muy duro estar lejos, habiendo tenido que dejar a su joven esposa sola nada más llevarla a Londres. Pensaba en ella día y noche, en su regreso, en cómo lo recibiría. No podía olvidar la noche de bodas y, aunque él mismo reconocía que no había sido como esperaba, confiaba en mejorarla en cualquier otro momento.

¿Le estaría esperando con un ardiente deseo de estar con él? ¿O, por el contrario, aquellas semanas la habrían alejado de nuevo como antes? Le había costado mucho conseguir que lo aceptara y ni siquiera estaba seguro, ahora que ya estaban casados, de que ella lo amara. Sabía que no lo hacía como él quería; eso podía notarlo en lo poco apasionada que se mostraba con él. Pero no importaba, él la haría cambiar con cada uno de sus besos. Por fin había llegado el momento de tenerla de nuevo entre sus brazos; y de ver su reacción, de saber si lo aguardaba con intención de quererlo y comenzar por fin su vida juntos.

Los cuatro muchachos se abrazaron y se dieron palmaditas en la espalda, alegres de estar en casa. Aunque para él no era realmente su casa, ni su ciudad, estaba igualmente contento por haber regresado allí sano y salvo, por haber vuelto rodeado de los honores que, muy pronto, algún alto mando le haría saber. Esperaba que alguien alabara por fin su acción en el conflicto, algo que pudiera relatar con orgullo después en España.

–¡Bravo, muchachos! Ahora podéis ir a casa a descansar, y mañana venid a primera hora, ¿de acuerdo? –les dijo el comandante.

Cuando, aún despidiéndose, se acercaron a sus taquillas para recoger sus cosas y cambiarse de ropa, uno de ellos soltó un grito, divertido:

–¡Vaya! Alguien se ha olvidado los zapatos por aquí. ¡Me imagino por qué! –se rio.

Todos se volvieron para ver lo que les señalaba. Néstor se quedó pálido. Por su mente pasó claramente la imagen del momento y el lugar donde había comprado esos zapatos azules; ella se los había

probado con un vestido de fiesta y un bolso a juego. Su rostro se agrió, sin querer comprender.

–¡Espero que no haya olvidado nada más! –rio otro de los chicos.

–¡Y son de los caros! ¡No vayáis a creer que es una cualquiera!

–¡Parece que alguien ha continuado la fiesta por su cuenta! –exclamó otro.

–Y el avión de Wings no está. ¡Ya sabemos quién ha sido invitado a una fiesta privada!

Néstor se sintió dolido en lo más profundo. Con la cabeza gacha, se dio la vuelta con rapidez, intentando ocultar la ira que se apoderaba de él.

–¿Por qué ligan tanto los yanquis en este país? –preguntó uno.

–Porque a las británicas les gusta lo exótico.

–¡Pues Néstor es español y no tiene tanta suerte!

–Néstor está recién casado. ¡Déjalo!

–Me marcho. Estoy cansado –dijo entonces éste, lo único que se sentía capaz de decir.

No podía seguir escuchándolos mientras su rabia aumentaba a causa de aquellos zapatos azules.

–¿Ves lo que te digo? –Uno de ellos le dio una palmadita en el hombro–. Está deseando irse a casa con su mujercita. A él también le espera una fiesta privada esta noche.

Néstor se sobresaltó, a punto de saltar, pero se contuvo. Los chicos hablaban sin mala intención, como solían hacer en tantas ocasiones en las que él mismo había participado, pero esta vez le tocaba directamente, y ellos no podían saberlo.

–¡Los hay con suerte! –exclamó otro.

Néstor actuó como un autómata. Se aseó en las duchas, se cambió de ropa y cargó con el macuto para dirigirse a casa, donde su dulce y joven esposa no lo estaría esperando.

13. La noche que te di mi corazón

Cuando él la ayudó a salir del avión, sus cuerpos quedaron muy cerca, sus rostros casi se juntaron. Podían sentir el calor, aunque lo disimulaban mirando al frente, a las gafas al quitárselas o a cualquier otro lugar que no fuera a los ojos.

Eran capaces de escuchar los latidos de sus corazones, rítmicos, fuertes, el de él un poco más deprisa que el de ella. Buscaban razones para alejarse con rapidez, pero los segundos parecieron eternos hasta que pisaron el suelo del hangar vacío.

Wings apretó su mano pequeña y fina entre la de él, grande y descuidada. Sonrió. Sintió que temblaba; él también. Inconscientemente, en un vano intento de ocultar su nerviosismo, la agarró por la cintura. Así caminaron juntos hacia los vestuarios, con pasos torpes, casi tropezando entre ellos. Al llegar a la puerta, él se separó, pero sin soltarle la mano.

–Cámbiate y nos vamos. Te acompaño a casa.

Ella lo miró con ojos tiernos, casi lagrimosos, enrojecidos por la presión de las gafas de vuelo. Estaba despeinada por haberse quitado el gorro, y su cuello blanco, terso y alargado quedaba a la vista al haber abierto un poco la cremallera del mono. Él le devolvió la mirada, y quedaron enganchados.

En la puerta se leía claramente la palabra «Women», y Laia estiró el brazo y la empujó un poco, sin llegar a abrirla del todo. Se quedó parada allí, sin entrar, como esperando a que la siguiera. Y al fin él la siguió.

Ninguno empezó en primer lugar. Así después no podrían echarse la culpa el uno al otro. Ella dio unos pasos y entró en silencio, sin pretender nada. Él sostuvo la puerta y miró hacia atrás, al hangar vacío, como asegurándose de que nadie los había visto. Sus miradas se cruzaron de nuevo. Ella había pegado la espalda a la pared, junto a los espejos. Wings cerró la puerta y echó el pestillo, sin dejar de mirarla

fijamente. Había empezado a bajar la cremallera con sus finas manos. Se quitó el mono, primero un hombro, después el otro, hasta que cayó y dejó al aire sus pechos erguidos, su fina cintura, su talle esbelto.

Wings caminó despacio, dándose tiempo para arrepentirse. Quería hacerlo. Quería dar media vuelta, abrir el pestillo de la puerta y echar a correr. ¡Dios, tenía que rectificar! Pero era incapaz. El error es precisamente lo que hace humanos a los hombres.

Laia temblaba. Apenas quedaban unos segundos hasta que él estuviese tan cerca que ya no pudiese decir que no. Aún estaba a tiempo, aunque se hubiese bajado la cremallera y le hubiese dejado ver la parte de arriba de su cuerpo, aunque le hubiese entregado su intimidad con ese gesto. Aún estaba a tiempo.

Debía cubrirse, pedir perdón si hacía falta y suplicar para que aquello no ocurriera. Pero no lo hizo. Tampoco puso la mano delante para frenarlo. En cambio, lo esperó con los labios entreabiertos anhelando sus besos, que llegaron en el momento justo, cuando más lo deseaba.

Los sintió cálidos, carnosos y ardientes. Deseó morderle hasta hacerle sangrar para hacerle pagar todas esas nuevas sensaciones que provocaba en ella. Se supo de repente joven e inexperta. Nunca antes había deseado en realidad a un hombre. Lo comprendió todo cuando él la abrazó, cuando acogió sus pechos entre sus manos y se apretó con ella en la pared. Supo que no podría soltarlo nunca; necesitaba ser suya y que él fuera suyo para la eternidad.

Se sintió un poco tonta por pensar como una protagonista de novela, pero en realidad todo aquello lo creía realmente. La eternidad no le habría bastado para saciar el deseo que sentía por Wings, que se hacía más hombre entre sus brazos. Le acarició el cabello, fino, suave, claro, enredando sus dedos entre sus mechones, y lo besó con fuerza. Ladeó la cabeza y, al abrir los ojos, se vio a sí misma en un espejo acogiéndolo, amándolo. No se sintió culpable.

Él paró en el momento justo. Le subió lentamente la cremallera y la abrazó, esperando a que llegara la calma, sacando fuerzas de donde no las había, siendo un hombre de verdad por primera vez, no un yanqui atolondrado e impetuoso.

–Aquí no, te mereces algo mejor. Nos merecemos un lugar mejor –le susurró al oído.

–Está bien –contestó, no del todo de acuerdo. ¿Qué lugar podía ser mejor que aquel hangar? Allí, donde únicamente había sido completamente feliz, aunque sólo durante unos minutos robados a las horas de hastío de su vida.

Se separó de ella acariciándola, besando su cuello y sus labios.

Abrió la puerta. No vio ni escuchó a nadie, y salió tranquilo. Se acercó a su avión y se dio cuenta del camino que habían recorrido. Era lo suficientemente largo como para haber parado a tiempo y no actuar mal. Pero no se arrepentía. Ya no era el mismo hombre de antes, solitario e irresponsable. Ya no se sentía solo en el mundo. No era como con otras chicas, era completamente distinto, no sólo por el deseo irrefrenable que parecía no acabar nunca, sino por algo más. Una sensación de pertenencia. El sentimiento que asalta cuando sabes que estás donde tenías que estar desde hacía mucho tiempo. Una emoción desbordada pero controlada a la vez en su interior, callada a gritos en su corazón. Ya no era uno solo, eran dos en el mundo.

La vio salir con su vestido de fiesta azul, el abrigo en el brazo y los pies descalzos. Wings corrió hasta el armario donde los zapatos azules esperaban en el suelo, los cogió y se los llevó con rapidez, para que no caminase sin ellos por el hangar, sucio y lleno de pedazos de materiales que podría haberse clavado. A partir de ahora, no iba a permitir que nada le hiciera daño. A partir de ahora, la protegería con su vida si era necesario.

Ella se apoyó en la pared, se levantó un poco su falda, dejando ver el pie, el tobillo y la pantorrilla de una pierna. Cogió un zapato y se lo colocó. Sosteniéndose sobre el pie derecho, esperó a que la ayudase a ponerse el izquierdo.

Wings supo qué hacer, como si ya le hubiese ocurrido antes en otra vida o en la misma en un futuro que antes no era capaz de ver. Se agachó para coger el otro zapato. Ella dobló la rodilla y colocó el pie en punta; al mismo tiempo, él se agachó, puso una rodilla en el suelo y la miró fijamente con una gran sonrisa en sus labios. Se lo ajustó despacio, sin hacerle daño, deseando no acabar nunca.

Laia se ruborizó. Wings estaba haciendo lo mismo que Néstor cuando le colocó el anillo en el dedo, pero era mucho más real y verdadero.

–¿Quieres…? –se le secó la garganta y dejó escapar una débil tos–. ¿Quieres…? –volvió a empezar, buscando las palabras adecuadas–. ¿Quieres volar conmigo hasta que la muerte nos separe?

Laia sonrió. Había elegido las palabras perfectas. Asintió con la cabeza, feliz, casi desbordada por los sentimientos. Sintió como su pie entraba en el zapato y aquel gesto sellaba un pacto entre los dos.

Cuando se levantó, se abrazaron de nuevo, y un profundo beso los colmó de felicidad y de un miedo intenso. Wings le quitó el abrigo del brazo y le ayudó a ponérselo. Cogidos de la mano, salieron despacio del hangar, bordearon la valla de la escuela en silencio, en una calle silenciosa también, hasta ver el tranvía que se acercaba. Estaba lleno,

tuvieron que viajar de pie, en silencio, cruzándose miradas y evitándose otras tantas, sin nada que decirse, pues ya se lo habían dicho todo. Callados, con los corazones intercambiados, pues ya se los habían entregado el uno al otro.

* * *

Wings vivía en un piso compartido con sus compañeros de la banda. Pero sabía que seguían tocando en la fiesta y no regresarían hasta el amanecer. Cuando metió la llave en la cerradura, no pudo evitar que le temblara la mano. En otra situación, con otra chica, no le hubiera ocurrido. Y, si así hubiese sido, habría sentido vergüenza. Sin embargo, la miró con una sonrisa, demostrándole confianza. No tenían que disimular ser quienes no eran ni fingir que todo estaba bien. Eran dos personas que deseaban amarse por encima de todo, incluso de lo que era correcto, pero no se juzgaban a sí mismos, ni al otro. Se dejaban llevar, se dejaban sentir. Sólo eso.

Cuando ella fue a pasar, la retuvo. La levantó en sus brazos, sorprendiéndola, y cruzó el umbral con ella. Ella le agradeció el gesto con una mirada y acarició su mejilla con el dedo índice desde el pómulo hasta la barbilla.

Al llegar a su habitación, la dejó suavemente sobre la cama y cerró la puerta tras de sí. Él se quitó la chaqueta de piloto y la colgó de una silla. Ella se levantó a esperarlo, y sus labios se juntaron despacio, saboreando cada breve mordisco, uniendo sus lenguas en un baile sin fin. Las manos de Wings le quitaron el abrigo de piel, que también colocó en la silla sobre la chaqueta. Entonces la acarició por encima del vestido, con gestos suaves y una ternura infinita. La tomó por la cintura, entrelazó sus dedos con los suyos y la invitó a bailar una música que sólo estaba en su imaginación.

Parecían comerse con la mirada mientras sus cuerpos se movían a un ritmo lento y silencioso. Como si quisieran aprenderse cada detalle del rostro del otro, cada gesto, cada sonrisa. Bailaron como si la noche fuera eterna, a la espera de un infinito amarse después. Bailaron como celebrando su unión, imaginada pero tan real en ese momento.

–Bailaremos hasta que te canses de llevar esos zapatos –le dijo casi riendo.

–No podría cansarme de mi anillo de compromiso –le siguió la broma.

–El resto del mundo no va a comprendernos –susurró, poniéndose serio.

Laia le cubrió la boca con su dedo índice.

–¡Shhh! No hables del mundo. No existe para nosotros. No esta noche. –Apoyó la cabeza en su hombro–. Escucha sólo la música, no existe nada más.

Wings cerró los ojos, sintiendo el latido de su corazón dentro de su pecho. Comenzó a cantar bajito, pegando sus labios al oído de Laia para que pudiera escuchar la canción que él tanto amaba.

–*More than you know, more than you know, girl of my heart, I love you so... Lately I find, you're on my mind more than you know...* [4]

–Quiero que sepas algo. –Ella levantó la cabeza para mirarlo, y lo que vio fue la sinceridad en sus ojos–. Llevo sangre de color en mis venas. –Wings se asustó un poco al ver la sorpresa en su rostro–. Mi madre era de color, y mi padre blanco.

–¿Y me lo dices ahora? –se rio Laia. Él suspiró al ver que bromeaba–. Ninguna sangre de ningún color podría apartarme de ti. Ni aunque tuvieras la sangre azul como los príncipes. –Apoyó el rostro en el hombro otra vez durante un instante, pero pronto volvió a mirarlo–. Así que tu padre era blanco...

–Muy blanco, además –sonrió–. En realidad, su piel era casi rosada.

–¿Y sus ojos eran tan verdes como los tuyos? –preguntó, ensimismada en su dulce mirada.

–No. Los ojos son sólo míos –respondió con una sonrisa pícara–. ¿Y tú? ¿De quién sacaste esos ojos tan llenos de vida?

–Supongo que de mi madre, pero apenas la recuerdo. Yo también la perdí.

–Entonces somos dos huérfanos. –Bajó la mirada un momento, para levantarla al instante y volver a fundirse en la de ella–. Pero ya no estamos solos.

–No, no lo estamos. –Movió la cabeza a ambos lados, y luego lo besó con pasión.

Laia no se dejó llevar por él, como cuando se había acostado con Néstor. Con Wings era distinta. Se convirtió de repente en una amante experta, consciente de lo que anhelaba hacer en cada instante. Fue como desplegar unas alas que le hicieron volar y recibir las alas desplegadas de su amante al mismo tiempo, rodeados por un viento suave que les acariciaba cada parte del cuerpo. Eran dos aviones haciendo cabriolas en el aire. Le había prometido volar con él hasta que la muerte los separase; había quedado unida a su vuelo de por vida. Y esta vez no lo sentía como una sentencia, sino como una liberación. Volaron durante el resto de la noche, hasta que el sueño los venció y desplegaron el tren de aterrizaje.

Laia despertó entre gemidos, asustada. No recordaba lo que había estado soñando, pero la sensación no era agradable. Tenía frío, su

corazón latía demasiado deprisa y le costaba respirar. Tal vez fueran remordimientos, pensó.

Miró a su lado. Un rayo de luz entraba por la ventana, iluminando el cuerpo desnudo de Wings, que dormía con placidez a su lado. Recogió la manta que estaba a los pies de la cama y la subió. Lo tapó y, envolviéndose ella también en la manta, arrugándola, se pegó a su cuerpo. Sintió el calor de su piel desnuda en la suya propia. Él se removió y la acogió entre sus brazos, apretándola contra sí. Volvió a caer en el sueño sin permitir que se le escapara. Laia también se rindió. Entre sus brazos, el frío había pasado, y sólo el cansancio quedaba ya junto a la maravillosa sensación de sentirse en casa.

La despertó con cortos besos sobre sus párpados. Feliz al ver su rostro, lo abrazó fuerte y aspiró su aroma en su cuello. Lo deseaba de nuevo, y supo que él también quería volver a entrar en ella para sentirse completo.

–Debemos irnos, te llevaré a casa. Está amaneciendo –susurró él, sin embargo.

–No quiero –respondió como una niña pequeña–. No quiero separarme de ti. –Lo abrazó con más fuerza.

–Yo tampoco... ¡Vámonos de aquí! –exclamó–. Escapemos de Londres, a algún lugar del mundo donde él no pueda encontrarte.

Laia cerró los ojos. Sabía a quién se refería. Pero, aunque ella era la única que pertenecía a alguien, ahora él también pertenecía a ella.

–De acuerdo –lo sorprendió.

–¿Lo dices en serio? –Se separó, apartando los brazos, buscando su mirada para comprender sus palabras.

–No he hablado más en serio en mi vida. Vámonos en tu avión, a Irlanda quizá. Y después ya pensaremos cómo salir de Europa.

Wings se dejó caer sobre ella y apoyó la cabeza entre sus pechos, descansando, pensando, planeando cómo hacerlo.

–Tendría que ser pronto. Esta noche o mañana. Ayer escuché que la última misión había acabado. Tu marido volverá uno de estos días.

–Entonces será esta noche. No quiero tener que verlo más. Iré a casa, recogeré mis cosas y esperaré el momento.

–Nos encontraremos en el hangar. Diré que es otra clase nocturna, si alguien me pregunta.

–¿Otra clase tan larga como la de esta noche? –rio contenta, desafiándolo, mientras enredaba sus dedos en sus cabellos.

Él le respondió con una sonrisa divertida. Debía ser fuerte, pensaba. La deseaba con todo su ser, pero era mejor mantener la calma y perderla durante unas horas, pues después la tendría para siempre. Debía negarle a su cuerpo el agua para la sed, llevarla a casa

y estar de vuelta antes de que los muchachos regresaran para que no se dieran cuenta de nada. Nadie debía sospechar, no debían cometer ningún error, si querían huir.

–Ahora vístete. Te llevaré a casa.

Las calles, frías y vacías, aún quedaban medio ocultas por la niebla, que empezaba a disiparse. El sonido del tranvía los alertó de su llegada. Durante el trayecto no hablaron, sólo se miraron el uno al otro con miradas cortas y fugaces, intentando ocultarle al mundo su reciente felicidad.

La acompañó hasta la casa. Se despidieron tímidamente frente a la puerta. No se atrevieron a besarse, no en plena calle, donde cualquiera podría verlos a pesar de la hora temprana.

–Mañana por la noche te espero en la cantina, a las cinco y media. Daremos la clase en un lugar mejor –dijo él, seguro, consciente de que aquellas veinticuatro horas en las que estarían separados, no le servirían para arrepentirse.

–Seré puntual –respondió ella con la misma seguridad, deseando que ya fuese el día siguiente para volar juntos.

Con una sonrisa, se dijeron adiós con la mano como si estuvieran lejos, pero se sentían muy cerca. A él le costó volver por donde había venido. Y ella sólo fue capaz abrir la puerta del jardincillo cuando vio que él se alejaba por fin.

Se asustó. La puerta estaba abierta. Subió los tres escalones con rapidez y casi sin respiración, pensando que quizá se le había olvidado cerrar. Pero no: alguien había entrado. Y sólo una persona, aparte de ella, tenía la llave.

Su marido.

14. La luz de tus alas

Podía ser la luz de la mañana, que empezaba a abarcarlo todo en el salón, o el cansancio por no haber dormido ocho horas seguidas hacía mucho tiempo, e incluso podía ser la guerra, pero había algo distinto en él. Hacía demasiado tiempo que no se miraban de frente, no sólo desde que se había ido a la misión, sino en realidad desde que se casaron, tras aquella noche de bodas en la que ambos habían notado que no estaban hechos el uno para el otro. Sin embargo, nada de eso vio Laia en los ojos de Néstor al entrar en la casa, sino la decepción más grande que imaginada nunca en la mirada de alguien.

–Has vuelto –dejó escapar, como la declaración de un hecho imposible de borrar.

–Así es –respondió él sin dejar de mirarla, levantándose del sofá al fondo del salón con la desilusión marcada en el rostro.

Había cambiado, parecía más viejo, como si las semanas se hubiesen convertido en años para él. Tampoco ella era igual que antes; se sorprendió a sí misma feliz por dentro, pese al dolor, la tristeza y el desencanto en la mirada de Néstor.

–Así que... ya ha acabado la misión –acertó a decir.

–Hubieses preferido que no hubiera vuelto –repuso, sin esperar respuesta por parte de ella.

Laia bajó los ojos e intentó buscar un punto en el suelo para fijar la mirada. No sabía qué decir. Mentir habría sido absurdo. Podía ocultarle detalles, nombres, momentos, pero no mentir. Menos aún cuando estaba decidida a marcharse.

–¿Con quién estabas? –Fue la pregunta.

–¿Sólo te importa eso? ¿Quién es? ¿No te importa si lo quiero o si te sigo queriendo a ti? Es tu ego masculino quien habla –repitiendo una frase de novela que había leído hacía poco y que ahora venía tan a cuento.

–¡Dímelo! –Se acercó para intimidarla.

–No. –Ella se irguió, seria, y lo miró a los ojos.

–¿Has pasado toda la noche con él? ¿Cuántas noches?

Néstor no cejó. La veía diferente, más bella que nunca pero con una belleza distinta, como si hubiese luz dentro de ella y se expandiera hacia fuera. Se preguntó, desesperado, por qué nunca la había visto así antes.

–Ésta es la primera vez que estamos juntos… –respondió ella con sinceridad. En algún momento tendría que darle explicaciones, contarle cómo había ocurrido. Al fin y al cabo, seguía siendo su marido, pero no en ese momento, cuando la ira abarcaba su mirada y la rabia se había apoderado de él.

–No te creo. ¿Por qué tendría que creerte?

–Está bien. –Laia se sentó en el sofá que él había dejado libre sin quitarse el abrigo; la casa estaba helada–. Te lo contaré todo, si quieres, pero antes tienes que entender que tanto tú como yo sabemos que casarnos no fue la mejor decisión de nuestras vidas.

–¿Por qué dices eso? –levantó el tono de voz–. ¡Yo te quiero, Laia! –Se acercó a ella–. ¡Eres tú quien no me ha querido nunca!

Empezaba a sentirse cada vez más incómoda. Y se encontró pensando en cuánto le gustaría tener cerca a Maman para que le explicase cómo hablar con sinceridad con un hombre como Néstor, que sólo miraba a través de sus sentimientos, sin pensar en los de ella en ningún momento.

–Eso lo crees porque temes rectificar, porque no quieres darte cuenta de que hemos cometido un error, pero es la verdad.

–¡Yo no he cometido ningún error, salvo confiar en ti y dejarte sola! ¡Debería haberlo pensado antes de irme!

–No tenías otra opción.

–¡Lo sé! Pero, si me hubiese dado cuenta de cómo eras, ni siquiera te habría traído a Londres.

–¿Y cómo soy, según tú? Lo dices como si la culpa fuera sólo mía.

–¡Y lo es! ¿Quién se ha acostado con otro hombre, sino tú?

Laia inspiró profundamente, intentando calmarse. No podía recaer en ella toda la ruptura de aquel matrimonio. No era así en absoluto. Ambos sabían que ya estaba roto nada más casarse. No sentían lo que debían sentir, no se amaban de verdad.

–¿Y quién me convenció para que me casara contigo?

–¿Y por qué lo hiciste? ¿Por qué no dijiste que no? Hubiera sido mejor que esto… –Se llevó las manos a la cara como buscando algo en su mente que le sirviera para comprender.

–¡Tú me convenciste!

–¿Yo? –La miró sin entender.

–¡Sí! ¡Tú! –Esta vez fue ella quien levantó la voz–. Aprovechaste que había bebido más de la cuenta para pedírmelo. ¿Es que no te acuerdas? Pero no fue un impulso, ya lo tenías planeado, y seguramente de acuerdo con mi padre. Y yo me dejé llevar como una tonta.

–¿Qué estás diciendo?

–¡Tus padres y el mío lo planearon! ¡Y tú estuviste de acuerdo desde el principio, por eso me dijiste días antes que a mi padre le iban mal los negocios! ¡Yo quería ayudarlo! No quería que volviese a sufrir como cuando murió mi madre.

–¿Te casaste conmigo para ayudar a tu padre? –El asombro congestionaba su rostro a medida que la escuchaba.

–Y también te las ingeniaste para hacerme creer que aquí podría seguir con mis clases de piloto. ¡Pues bien, eso he hecho! –Laia se arrepintió al instante de sus palabras. No quería que él supiera que se trataba de Wings, pero ya se le había escapado.

–Te casaste conmigo por eso... –prosiguió él, con cara de inocente. Bajó la mirada hacia sus pies, enfundados en los zapatos azules que él le había regalado–. Los dejaste junto al armario, en el hangar. ¿Por qué no los escondiste? Habría sido mejor no saber nada, no enterarme de nada.

Movió la cabeza, lamentando haberse enterado de esa forma.

–No lo pensé –chasqueó la lengua, arrepentida–. Pero te habrías enterado de todos modos al verme llegar a estas horas.

–Podrías haberme dicho que estabas en casa de alguna amiga. Te habría creído. Y ahora viviría felizmente engañado por ti.

–¿Habrías preferido eso a la verdad? ¿Es eso lo que haces con nuestro matrimonio? Sí, es eso. Te niegas a ver la realidad –afirmó.

–Yo te quiero, Laia. –La miró a los ojos–. Ésa es mi verdad.

Por un momento, Laia lo creyó. Temió que realmente él hubiese creído alguna vez que ella sentía algo por él, aparte de la leve atracción que surgió entre ellos mientras tontearon, antes de que él se declarase. Y sintió lástima.

–Lo siento, nunca quise hacerte daño... Era una niña. Nunca había sentido nada por nadie, no sabía lo que es el amor.

–Y ahora ¿crees que lo sabes?

–Me gustabas –continuó sin hacer caso de su pregunta–. Deseaba ser feliz y que mi familia también lo fuese. ¡Quería ver feliz a mi padre de nuevo!

–Y no te importó sacrificarte por el bien de todos, ¿verdad? Incluso por el mío, ¿no es cierto? –La miró con más rabia aún que antes–. ¿Cómo puedes decirme todo eso y que no se te caiga la cara de

vergüenza? ¡Eres una adúltera! –Por un momento, la odió verdaderamente.

Le escuchó decir aquello como si le otorgara un nuevo nombre. Casi degustó la palabra. Le pareció que era la voz de su padre la que sonaba en sus oídos, pero no supo por qué. Quizá porque Néstor se había convertido en un hombre mayor como don Carlos; había perdido la juventud.

Se levantó del sofá, sabiendo que debía cargar con esa culpa a partir de ese momento. Pero ya no podía más, sólo quería acostarse y dormir hasta que, al despertar, el sol hubiese entrado completamente en la casa y la mirada airada de Néstor hubiese desaparecido. Ya tendrían tiempo de hablar más adelante. Ahora estaba tan cansada y tan triste que sólo quería desaparecer entre las sábanas e imaginar que volvía a abrazarse al cuerpo desnudo y cálido del hombre al que amaba.

Cuando ya subía las escaleras, unos golpes en la puerta los sorprendieron. Eran fuertes y rápidos, urgentes. Néstor abrió la puerta con desgana, preparándose para encontrar a quien estuviera llamando. Ignacio apareció ante la puerta con su pijama y un batín encima.

–¡Has vuelto, amigo mío! –exclamó Ignacio desde la puerta, aún en pijama y con el batín por encima.

Néstor sólo fue capaz de asentir. Laia subió los escalones que le quedaban más deprisa para que Ignacio no pudiera verla, pero se quedó escuchando en el quicio de la puerta del dormitorio. Se abrazaron como hacen los hombres, golpeándose la espalda.

–Aunque no vengo para saludarte..., hemos oído los gritos y temíamos...

–Todo está bien, no te preocupes.

–¿Laia está bien? Hemos escuchado tus gritos; bueno, todo el vecindario ha debido oírlos. Y ya sabes cómo son estos ingleses, llaman a la policía por mucho menos que esto...

–Lo lamento. Hemos tenido una discusión.

–¡Pues vaya recibimiento! –se le escapó torpemente–. En fin, si me aseguras que Laia está bien, que todo está bien, me marcho. Molly está preocupada y...

Laia se sintió obligada a mostrarse para que se quedasen tranquilos. Seguían cuidando de ella aunque Néstor había vuelto. Les preocupaba de verdad.

–Estoy bien –dijo, asomándose desde lo alto de la escalera–. Gracias por preocuparos. Dale un beso a Molly.

–Está bien, preciosa. Ya me marcho –añadió, dirigiéndose a Néstor–. Mañana hablamos, si te apetece, y me cuentas qué tal la

misión.

–Sabes que no puedo hablar de eso.

–Es cierto. Hace tanto tiempo que estoy en casa que ya no me acuerdo de las normas –bromeó–. Podemos hablar de otra cosa, si quieres. De lo que ha pasado, de vuestra discusión, si lo necesitas.

–Estoy bien, Ignacio, gracias. Ya nos veremos. Ahora necesito descansar.

–Ya me voy. –Bajó los escalones que le llevaban al pequeño jardincillo delantero.

–Gracias por preguntar. Hasta mañana.

El sol le dio en los ojos, y se los tapó. Los sentía húmedos, por el sueño y quizá también porque se le hubiese escapado alguna lágrima. Cuando se dio la vuelta, Laia ya no estaba al final de la escalera. La puerta de la habitación estaba cerrada.

Decidió dormir un rato en el sofá. No había sido el recibimiento con el que tanto había soñado durante aquellas semanas de separación obligatoria. Tampoco era el matrimonio que esperaba, ni la vida que esperaba. Sería mejor no volver a esperar nada más.

* * *

Se despertó sobresaltado. Durante un segundo creyó que todo era como cuando se había marchado, pero pronto su memoria se rehízo. Los sonidos de la calle comenzaron a llegar a sus oídos lentamente. El sol le calentaba el rostro de forma tímida. Se levantó del sillón y miró por la ventana; era una mañana fría. El reloj de la cómoda del salón daba las once. Si se marchaba ya, llegaría a la escuela a tiempo de reunirse con los muchachos para dar el parte de la misión al comandante.

Subió las escaleras a saltos y entró en el lavabo a asearse. La puerta del dormitorio continuaba cerrada. Dio los pasos que le separaban de ella despacio, intentando que la madera no crujiese bajo sus pies, y abrió la puerta. Estaba en penumbra, con las cortinas echadas, su mujer sobre la cama, tapada con las mantas.

Deseó poder entrar y meterse en la cama sin sobresaltarla. Podría abrazarla, disculparse por haber discutido y olvidarlo todo. Sería fácil, sólo tendría que oler su cabello, como cuando ella se secaba el pelo después del baño. Tal vez ella lo perdonaría. Al fin y al cabo, estaban casados. Nada podía cambiar eso.

Dio el primer paso, pero inmediatamente se echó atrás. Sentía demasiado dolor, demasiada rabia. Se había acostado con Wings, y eso iba a resultarle difícil de olvidar y de perdonar. El recuerdo del amor

que sentía por ella se tornó en ira en un momento. La odió por haber roto todas sus ilusiones. Cerró la puerta, bajó las escaleras y salió de la casa dando un portazo.

Laia abrió los ojos de golpe. El ruido de la puerta la había despertado. Ahora la casa estaba en silencio, Néstor se había ido. Mucho mejor, así podría levantarse, arreglarse y prepararlo todo para su huida antes de que volviera. Esperaría en algún lugar cercano a la escuela hasta que fuera la hora. En algún salón de té, por ejemplo. Se llevaría uno de los libros que sacó de la biblioteca para no pensar demasiado. No podía permitir que le asaltaran los remordimientos ni pensar en su familia. Los quería, pero no estaba dispuesta ya a seguir sacrificando su felicidad. No después de haber entregado su corazón a Wings.

Le habría gustado hablar con más tranquilidad con Néstor, explicarle mejor lo que le había ocurrido. Porque, no tenía duda, le había ocurrido a ella. Estaba enamorada como nunca creyó que podría estarlo y menos de una forma tan rápida. Sus sentimientos, las emociones y sensaciones que la acosaban al pensar en Wings eran lo único a lo que podía aferrarse ahora que se sentía tan mal por haber actuado así.

Néstor llegó a la escuela a tiempo. Lo felicitaron, como al resto de sus compañeros, pues habían cumplido las órdenes y con los resultados esperados, y además habían vuelto todos sanos y salvos. Era algo digno de celebrar, y todos salieron contentos. Él trató de fingir la misma alegría, aunque se estaba muriendo por dentro.

En el hangar, un grupo de chicas asistían a las clases de vuelo. Wings estaba entre ellas, hablando con su inglés afrancesado, luciéndose como un imbécil, entornando los ojos en un gesto estúpido. Las encandilaba con su labia y su estupidez.

Néstor se quedó parado frente a él, mirándolo con un odio profundo. Los muchachos pasaron de largo, salvo Eddie, que lo tocó en el hombro.

–¡Vamos a celebrar que estamos vivos! ¿A qué esperas?

No le contestó. Caminó despacio hacia Wings, lo suficientemente despacio como para que éste pudiera verlo venir, dándole la oportunidad de defenderse. Wings se quedó mirándolo como esperando a que llegara para decirle algo, incluso separó los labios para hablar, pero Néstor no le dio tiempo. Aceleró el paso, se coló en un hueco que dejaban las chicas y le propinó un puñetazo en la mandíbula.

Las muchachas gritaron y se retiraron con rapidez, al tiempo que Wings caía contra la mesa que tenía tras él. Se tocó el labio; le salía

sangre. Entonces levantó la cabeza y vio su mirada de desprecio. Néstor esperaba una respuesta, aguantando las ganas de seguir golpeándolo, pero no lo haría si él no reaccionaba. Los caballeros no peleaban si el contrincante era un cobarde.

–¡Vamos, levántate! –gritó un Néstor enfurecido a Wings.

Se levantó, pero no hizo nada más. Una de las chicas le alcanzó un pañuelo, que él se puso sobre la herida. Néstor no podía creerlo: incluso en esas circunstancias, aquella estúpida joven se metía entre los dos para darle un pañuelo. ¿Estaba Laia también encandilada como una adolescente, igual que ellas?

Wings seguía sorprendido. No sabía que ya había vuelto, no imaginaba que estaría allí aquella mañana. La última que él pasaría en la escuela. La última, antes de fugarse con su mujer. Y no pensaba devolver el golpe.

–¡Vamos, pégame! –gritó Néstor aún con más rabia.

–¿Qué ocurre, Néstor? –preguntó Eddie, que lo había visto todo, asombrado, y había ido a avisar a los compañeros–. ¡Déjalo, tío! ¿De qué va esto?

–¡Vi sus zapatos! ¡Yo se los compré! ¿No te bastaban todas éstas, que has tenido que acostarte con ella? –estalló Néstor, echando una mirada furtiva al grupo de chicas–. ¿Tenías que seducir a una mujer casada?

Las chicas volvieron a gritar. Si antes estaban asustadas, ahora estaban escandalizadas. Comenzaron a murmurar entre ellas por lo bajo.

Eddie y los muchachos, sorprendidos al principio, lo entendieron todo. El yanqui se había liado con la mujercita de Néstor.

–¡Déjalo, Néstor! –gritó Eddie, agarrándolo del brazo, pero éste consiguió soltarse–. ¡El comandante puede verte, y pasarás semanas en el calabozo!

–Eres muy valiente para liar a mi esposa, pero en realidad eres un cobarde. ¡Eres un don nadie! ¡Pégame, vamos! –volvió a gritar, señalándole su mandíbula–. ¿Qué puedes darle tú? ¿Lo has pensado siquiera, yanqui pelagatos? ¡Ella está acostumbrada a una vida que tú no podrías ni soñar!

Wings reaccionó al fin y se acercó a él con rapidez. Todos pensaron que se enzarzarían en una pelea; tendrían que evitarla, si no querían que algún alto mando los viera y los sancionase. Pero no fue así: el yanqui se acercó a su oído y lo desafió con la mirada.

–No voy a pegarte. No quiero que ella me mire de la forma en que te mirará a ti después de esto –dijo Wings al fin, de modo que todos pudieran escucharlo.

Néstor se dio cuenta al instante de que aquello era verdad. En cuanto Laia se enterase, lo odiaría. Se estaba comportando como un muchacho de clase baja. Sin embargo, Wings, salido de las cloacas de Nueva Orleans, demostraba ser todo un señor. Se preguntó en qué momento el mundo se había puesto del revés.

Decidió no responder, y dejó que sus compañeros se lo llevaran de allí, intentando que se calmara. Eddie escupió sobre el suelo, y las chicas volvieron a apelotonarse alrededor de Wings en cuanto vieron que se había acabado el peligro. Pero esta vez no fue para consolarlo, sino para pedirle el pañuelo que una le había dejado y marcharse. Les había demostrado que no podían fiarse de él. Ellas eran inglesas, y aún tenían algo de dignidad.

Wings se encontró solo por primera vez en el hangar. Ahora ya sabía cuál sería el precio que tendría que pagar por su amor hacia Laia. Se lo habían dejado claro. Todos. Nadie volvería a tratarlo, tampoco a Laia, como a una persona respetable. Allá donde fueran tendrían que vivir engañando de por vida. Dirían que estaban casados, contarían una historia inventada sobre una vida que nunca existió. A cambio de la libertad.

Se sintió vencido de nuevo, como no había vuelto a sentirse desde que se marchó de su país. Le dolía la mandíbula y tenía la camisa manchada de sangre. Se sentó, apoyándose sobre la mesa, y miró a su alrededor. Nada. Nadie. A punto estaba de derrumbarse y tomar una decisión que no quería tomar. Quedaban varias horas para volver a estar con ella, y ya no sentía la misma urgencia que cuando había llegado para dar su clase de vuelo a las chicas. Ya no había nada prioritario o urgente en su vida, salvo quedarse allí, sentado, lamentándose de sí mismo y de su mala suerte. Toda su vida anterior se revolvía en su estómago.

«¿Qué vamos a hacer? ¿Qué pasará cuando huyamos?», se preguntó. Laia estaba acostumbrada al lujo, pues se había criado como una niña rica, se le notaba en su forma de hablar culta y en sus maneras delicadas. No pasaría mucho tiempo hasta que se hartase de lo poco que él pudiera darle. Y, entonces, lo aborrecería, y todo el amor que ahora le profesaba se convertiría en tedio y cansancio. Él no podría darle nunca la vida que ella había disfrutado en España. Era cierto: él era un don nadie y un yanqui pelagatos. Néstor tenía razón.

Por el momento, podía ganarse la vida volando, luchando contra los nazis. Pero ¿qué pasaría cuando acabase la guerra? Ella se cansaría de estar con un hombre pobre, que sólo sabía tocar la trompeta. Y, si no quería que eso ocurriese, debía conseguir algo antes por sí mismo. Algo que consiguiera hacerlo brillar ante sus ojos, tanto como para

que nunca se extinguiese su luz.

15. Una noche preciosa para volar

No es fácil despedirse con una carta. No es fácil, sobre todo cuando sabes que todo lo que vas a decir va a provocar sufrimiento. Durante casi media hora estuvo intentando plasmar en el papel lo que había significado para ella conocerlo y lo mucho que la había cambiado y la había hecho crecer y madurar; hablaba del tiempo vivido con él, de su traslado a Londres, la vida nueva que habían emprendido juntos...

Cuando rubricó su firma, de su puño y letra y lo releyó, sintió un estremecimiento. Lo arrugó entonces y se lo guardó en el bolsillo del abrigo, pues de repente aquello le pareció muy mala idea.

Ni siquiera miró la casa por última vez; con una mano cogió su bolso y sus guantes, y con la otra, la maleta de piel. Abrió la puerta y echó un vistazo a la calle para asegurarse de que nadie la veía, no quería verse obligada a mentir a los vecinos. Y justo en ese momento la dulce voz de Molly la sobresaltó. Suspiró, tranquila por no haber sacado la maleta aún. No era ni muy grande ni muy pesada; se llevaba sólo lo imprescindible: algo de ropa, las joyas y parte del dinero que le había dejado Néstor. La otra parte la había dejado en el cajón de la mesilla de noche.

Le devolvió el saludo y entró de nuevo en la casa. Con suerte, pensaría que se le había olvidado algo, pero ahora no podía salir, y eso la retrasaría. Confiaba en que Wings no pensara que se había arrepentido.

La espera se le hizo larguísima. Apenas transcurrió una hora, pero le pareció que aquel día el sol no quería marcharse nunca. Desde que vivía allí, prácticamente no había visto el sol; siempre llovía, siempre frío y niebla. Sin embargo, la calle, habitualmente oscura, aquel día había amanecido limpia y brillante como nunca, como si el sol celebrara su decisión de cambiar de vida. Otra vez, completamente, y sin saber dónde la llevaría. Esta vez, con más inseguridad.

Tal vez tuviera que ponerse a trabajar. Podría ser instructora de

vuelo, quizá. Era lo único que sabía hacer, y cada vez lo deseaba más, pero se preguntaba si se lo permitirían por ser mujer. Dudaba de su futuro, y el único consuelo de su mente impaciente y temerosa era el fuerte amor que sentía por Wings. Era de locos enamorarse así, de repente. ¿Cómo podía su corazón tener tanta prisa? ¿Cuánto duraría? ¿Sería su vida un continuo hacer y deshacer matrimonios? ¿O ésta sería la última vez que se alejaría de un hombre al que se había unido? ¿Y si nunca podía divorciarse de Néstor? ¿Y si tenían que pasarse toda la vida huyendo y, como habrían dicho las monjas del colegio, en pecado?

Aunque lo que más le preocupaba era qué dirían Maman y su padre al enterarse de todo. No debía dejar que fuera Néstor quien se lo contara; debía decírselo ella misma. Decidió que les escribiría cuando Wings y ella estuviesen lejos. Daba igual que fuera tarde. Su padre no iba a entenderla de todas formas. Todos pensarían que estaba loca, puede que incluso Celina lo pensara, pero deseó con todas sus fuerzas que su prima la entendiera. Escribiría una carta a cada uno. Una a su padre, aunque sabía que sería como intentar hablarle a una puerta cerrada; otra a Maman, que se pondría muy triste pensando que se alejaba de ella, pero quien tal vez la entendería habida cuenta de su vida, y otra a su prima, en la que le explicaría todos sus sentimientos y sus deseos de libertad. Le diría que cada día se sentía más libre y que, aunque le temblaban las piernas mientras esperaba a que anocheciese y sentía los latidos de su corazón como si fuese a explotar, podía vislumbrar dentro de sí la libertad que iba a sentir al alejarse de Néstor; que lamentaba lo mucho que se había equivocado al aceptarlo y lo feliz que estaba por haber encontrado a un hombre que la hacía sentirse como la protagonista de una novela.

Notó que tenía la mano mojada, y entonces se dio cuenta de que sus lágrimas habían caído sobre ella. Se había echado a llorar al pensar en ellos. No sabía cuándo los volvería a ver. La vida era dura e incomprensible a veces.

Ya había anochecido. Se limpió los ojos con el dorso de la mano, se levantó, se colocó bien la bufanda, cogió la maleta y salió de la casa. Caminó por la solitaria calle escuchando sólo el sonido de sus pasos en el silencio. Estaba sola, pero no sentía miedo; nada malo podía pasarle mientras iba en busca del amor con el que siempre había soñado.

Subió al tranvía con determinación. No miró hacia atrás.

* * *

No es fácil romper los sueños de una persona, ni siquiera siendo

sueños nuevos, cercanos, tempranos, de tan sólo unas horas. Cuando Wings vio sus ojos empañados, mirándolo como si se hubiese burlado de ella, como si todo lo que le había dicho la noche anterior hubiese sido una absurda mentira, comprendió que nada podría ya reparar el daño.

Un par de horas atrás se había ofrecido voluntario para la nueva misión. El comandante le había asegurado que, de todos modos, iban a llamarlo en unos días y que, si estaba dispuesto a volver a pilotar, había llegado el momento. Desde entonces había dejado pasar el tiempo afanándose en una revisión completa de su avión, aunque sabía que el mecánico lo haría después.

–¿Qué te ha ocurrido? –Laia acercó la mano a su mandíbula.

–Me di un golpe al salir del avión.

Soltó lo primero que se le pasó por la cabeza. No quería que pensara que se había echado atrás por culpa de Néstor, porque, aunque le había recordado que no tenía nada que ofrecer, no era ésa toda la verdad. No había cambiado de opinión; sólo necesitaba más tiempo, el suficiente para hacer algo grande por sí mismo.

–He llegado un poco tarde, lo siento. He tenido que esperar a que se hiciera de noche para salir. Néstor no había llegado a casa aún, debe de estar por aquí. –Miró temerosa a su alrededor.

No te preocupes, a esta hora ya no hay nadie. Y, en cualquier caso, no estaremos mucho tiempo. Recojo y nos vamos a casa.

–¿A casa?

–Sí, a mi casa. Hablaremos más tranquilos allí.

–¿Hablar? ¿De qué vamos a hablar? Creía que nos marchábamos esta noche.

Wings bajó la mirada, incapaz de decirle que se marcharían como habían planeado. Eso sería mentirle, pero tampoco se atrevía a contarle lo que había planeado mientras siguieran en el hangar. No había nadie, pero no era el lugar para tener una discusión, e intuía que ella se iba a enfadar mucho.

–Vamos a casa y hablamos. –Intentó coger su maleta.

–¡No! –exclamó ella, subiendo la voz y apartando la maleta–. ¡Dime de qué vamos a hablar!

–Está bien..., es sólo que no quería decírtelo aquí.

–¿Por qué? No he venido para hablar. ¿Qué ocurre? –Dejó la maleta en el suelo y se acercó a él–. Cuéntame qué está pasando, por favor –murmuró.

Cuando Wings olió de cerca el perfume de su piel, no pudo evitar abrazarla. La acogió entre sus brazos y le dijo algo al oído.

–No puedo irme todavía. Ahora no. Necesito más tiempo.

Perdóname –le susurró al oído sin dejar de abrazarla, como si quisiera bailar con ella.

Ella se puso rígida e intentó separarse, pero él no se lo permitió. Tenía miedo de soltarla y perderla para siempre. Se le caían las lágrimas cuando notó la humedad en las suaves mejillas de ella. Ninguno de los dos había sabido contener el llanto.

–¿Por qué me haces esto? –preguntó Laia, separándose al fin. Su rostro era de sorpresa, de incomprensión, de miedo–. ¿Es que no me quieres? Todo lo que me dijiste anoche... ¿no era cierto?

–No pienses eso. No es así...

–¿Por qué me haces esto? –volvió a preguntar en un tono de voz más alto–. ¡No puedo volver a casa!

Se sentía completamente desvalida, como cuando su padre la dejó en aquel colegio junto a su prima pequeña sin saber cuándo volvería. Entonces creyó que él no la quería, y ahora empezaba a pensar lo mismo de Wings. Él también iba a abandonarla.

–No es lo que estás pensando. ¡Sólo necesito tiempo!

–¿Para qué?

–Para... Quiero demostrarme a mí mismo que soy capaz de hacer algo importante –al decir esto, se sintió completamente avergonzado.

–Eres importante para mí... –Ella se acercó de nuevo, sospechando de repente que él tenía un motivo que ella ignoraba.

–Lo sé. –Puso sus manos entre las suyas–. Pero no es suficiente. No por ahora.

–No lo entiendo. A no ser... –Laia abrió los ojos de golpe. Ahora lo veía todo claro–. A no ser que ese golpe te lo haya hecho Néstor. Es así, ¿verdad? ¡No puedo creer que te haya pegado!

–Eso no importa. ¡Escúchame, por favor! –La miró a los ojos, tocando su frente con la suya–. Acabo de hablar con el comandante. Me he ofrecido voluntario para la nueva misión. De todos modos, iban a llamarme pronto. Sólo tendremos que esperar un tiempo.

Laia volvió a escaparse. Se apartó de él con brusquedad, con las lágrimas tratando de escapar de nuevo.

–¿Por qué has hecho eso sin hablar conmigo antes...?

–Lo siento mucho... Sabía que, si te lo decía a ti primero, me convencerías para no hacerlo.

–¿Como tú me convenciste ayer a mí para escaparnos juntos? –Era una pregunta, más que una afirmación.

–No lo veas así, Laia, por favor. No fue así. Los dos queríamos...

–¡Ya no sé cómo fue! ¡Ya no sé nada! ¡Ni siquiera sé si eres real o sólo estás en mis sueños! Ayer existías y hoy... vas a desaparecer de mi vista como si te hubiese soñado.

Miró de nuevo a su alrededor, esta vez, intentando encontrar a lo que aferrarse, porque le parecía que iba a desplomarse en el suelo de un momento a otro.

–¡Soy real! –La sostuvo en sus brazos con dulzura–. ¡Mírame, soy real y estoy aquí! Sólo te estoy pidiendo algo de tiempo. No tendrás que volver a casa, te quedarás en la mía. Los chicos te cuidarán mientras yo no estoy. Por eso quiero que te quedes allí, para que no estés sola. No me fío de Néstor.

–¡Néstor no es capaz de matar ni una mosca! ¡Y no necesito que nadie me cuide!

–Sé que eres muy independiente, pero me quedaré más tranquilo si te quedas en mi casa. De todos modos, ellos no te molestarán, pero estarán ahí si los necesitas. Deja que cuiden de ti ya que yo no puedo hacerlo.

Laia se dejó abrazar. Nada podía hacer, salvo confiar en él. Sus ilusiones estaban rotas. Su vida, también. Ya no podía ni quería volver atrás. Necesitaba creer en sus palabras, porque ya ni siquiera creía en sí misma. Había hecho daño a Néstor. Haría daño a su familia. Y todo para nada, para continuar en Londres sola.

–Serán dos o tres meses, como mucho. Volveré antes de lo que esperas y, entonces, nos iremos.

–No te entiendo. ¿En qué va a cambiar que te vayas ahora a esta maldita guerra? Todos saben lo bueno que eres ahí arriba.

–Saben lo bueno que soy, pero aún no confían en mí. Para ellos, soy un americano loco. La última misión fue sólo de reconocimiento, pero esta vez es una misión real, como la que ha tenido Néstor.

–¿Es por eso? ¿Es porque quieres ser como él? –Lloró de nuevo.

–No quiero ser como él, quiero tener algo que ofrecerte.

–No necesito nada. Sólo a ti.

–Lo sé, eso crees, pero yo sí necesito ser capaz de ofrecerte algo. Soy bueno volando y, si voy a una misión real por fin, lo demostraré, y cuando vuelva quizá pueda quedarme en el ejército. Pediré un cambio de destino y nos marcharemos. Entonces, tendré algo. Ahora no tengo nada. Mis manos están vacías.

Laia se las miró: eran grandes, de dedos alargados y finos, seguramente por haber tocado con ellas durante mucho tiempo.

–¿Y tu música? Creía que podríamos vivir de ella.

–No es fácil vivir de la música. Quizá donde vayamos no sea tan bien recibida. ¿Y qué haríamos entonces? Mi otra pasión es volar, lo sabes. Puedo hacer cosas grandes. Sólo te pido un poco de tiempo, nada más.

Lo miró con todo el dolor de su corazón. Lo acababa de encontrar y

ya iba a perderlo. No estaba tan segura como él de que fuese algo sólo temporal. Al fin y al cabo, se iba a la guerra. Podía significar perderlo para siempre.

–¿Cuánto tiempo tenemos? –preguntó, temerosa de la respuesta.

–Esta noche. Me marcho mañana al amanecer.

–¿Y si te pierdo? ¿Y si no vuelves nunca?

–Volveré. –Cogió su rostro entre sus manos, obligándola a mirarlo a los ojos para que se le quedasen guardadas sus palabras–. Nada ni nadie podrá impedirme volver a tu lado.

Deseaba creerlo. No había nada más en el mundo que deseara más que creer en lo que decía, pero algo en su interior se removía. Una punzada en el estómago.

* * *

–¿Cómo es tu ciudad? He leído algo, pero no soy capaz de llegar a imaginarla –le preguntó, con la cabeza apoyada sobre su pecho.

–Es alegre, y está llena de miseria, de dolor y de música.

–Eso suena casi imposible –sonrió.

Es un lugar imposible, pero te gustaría. Cuando acabe la guerra, podremos ir.

–¿Viviremos allí?

–Preferiría vivir en otro lugar del país. No es el lugar más seguro y tranquilo del mundo.

–Podemos vivir en Los Ángeles como las estrellas de cine.

–Me parece bien. Además, allí siempre hace sol.

–Eso es bueno. En Londres llueve demasiado.

La ventana estaba salpicada de gotas por la incesante y tímida lluvia que había caído durante casi toda la noche. Aún estaba oscuro, salvo por las tímidas luces de las farolas entre la niebla. Cuando amaneciera, él se marcharía. Y tres meses le parecía demasiado tiempo...

–¿Cómo es tu ciudad?

Laia pensó durante unos segundos en Barcelona, cuando aún vivía su madre y los padres de Celina venían a casa de visita. Habían sido los últimos momentos realmente felices, antes de que empezase la guerra.

–Nací en Barcelona, y después nos fuimos a vivir a Madrid. Ambas ciudades son hermosas, pero la guerra civil las ha destrozado. Ya nada es igual que antes. –Wings la escuchaba atento; en sus palabras se notaba el sufrimiento que le producía recordar–. Mi familia es una privilegiada, o al menos lo era cuando aún estaba allí, pero hay tanta

gente que ya no tiene nada, que tendrá que empezar desde cero, que tendrá que crear una nueva vida sobre los cimientos de la anterior... Es muy triste pensar en los que no tienen oportunidades.

–Eres una gran mujer, Laia. –La besó en la cabeza, aspirando el aroma de su pelo mientras acariciaba su vientre desnudo.

–Apenas me conoces –respondió ella con cierto sarcasmo. No podía olvidar que la dejaba sola.

–Pero puedo ver tu corazón. Y es un gran corazón. Eres una mujer valiente y buena. Te mereces lo mejor que la vida pueda ofrecerte.

Sus palabras le dieron un poco de miedo. No quería imaginar que le estaba diciendo que él no la mereciese.

–Pero yo sólo quiero una cosa de la vida.

–¿Qué quieres, amor mío?

–Quiero ser libre para poder amarte –suspiró al decirlo, como si se hubiese quitado un peso de encima.

La abrazó con fuerza. Ojalá pudiesen cerrar los ojos y dormir. Quizás al despertar todo sería de otra forma. Con la luz del día, los problemas parecían difuminarse.

–¿Cuál es tu nombre verdadero? –le preguntó de repente, deseando saberlo.

–Étienne. –Casi se avergonzó. Estaba tan acostumbrado a que lo llamaran Wings, que ya no reconocía su nombre de pila.

Pero ella lo repitió, y en sus labios volvió a sonarle auténtico.

–Étienne, el nombre del hombre al que tenía que encontrar.

–Étienne y Laia. Acompañado suena mejor –sonrió–. *Je t'ame,* querida Laia. *I love you* ... –susurró con la voz entrecortada, como si las palabras se le atragantaran en la boca.

De repente, la cena para uno compartida hace unas pocas horas, en la cama, tras haber hecho el amor una vez y antes de volver a hacerlo hasta terminar cansados, se removió en su estómago. Pero no era porque no le había gustado nada, aún no se había acostumbrado al pescado frito con mantequilla ni a aquellas patatas cortadas de esa forma tan rara, sino porque acababa de atreverse a decirle que la amaba. Jamás antes había dicho «te quiero» a una mujer, pero supo que se lo habría dicho incluso la primera noche, cuando aún no se habían besado y todo era una quimera de lo que podía llegar a ocurrir.

* * *

Las luces de la calle se apagaron, la habitación quedó completamente a oscuras. Escucharon unos golpes en la puerta; el casero, o algún vecino, ocupado en avisar a los rezagados, pues si las

luces se apagaban había que ponerse a cubierto de los bombardeos. El sonido estridente de la sirena llegó de inmediato, y el corazón se les aceleró. Otra vez, el enemigo se empeñaba en sesgar vidas.

–¡Ya bajamos! ¡Gracias! –Wings se asombró a sí mismo de su educación al agradecer el aviso en semejantes circunstancias–. ¡Vístete! –le dijo, retirando la manta.

Laia lo agarró del brazo, mirándolo tiernamente a los ojos, aunque él apenas podía distinguirla en las penumbras. Pero sí escuchó perfectamente su susurro:

No...

Durante unos segundos, se paró a pensarlo. Se levantarían, se vestirían y correrían hasta ponerse a cubierto en alguna boca de metro como aquélla en la que se habían conocido. Esta vez sería en otra, diferente pero llena del mismo miedo y desasosiego. Pasarían sus últimas horas rodeados de desconocidos que temblaban de frío, de niños que lloraban porque no sabían qué está ocurriendo, de viejos que tosían por la humedad y de hombres y mujeres que habrían deseado nacer en otra época. Y, mientras, ellos permanecerían abrazados, pegados el uno al otro pero rodeados de gente. No es así como Laia quería pasar su última noche. Él, tampoco.

Volvió a acostarse, sintiendo su piel tersa y su cuerpo caliente bajo la manta. Aceptaba la decisión porque también era la suya. Tenía razón. Era mejor quedarse allí y arriesgarse a morir juntos que malgastar aquellas horas tan preciadas. Buscó su boca en la oscuridad y la besó con fuerza. Ella se dejó llevar con intensidad, y su cuerpo se colocó sobre él abriéndose como una flor para entregarse por completo, deseando que el momento se volviese eterno.

La sirena continuaba su canto inquietante, mientras ambos se rendían a amarse otra vez, con más anhelo que nunca, con ansia de absorber la esencia del otro para llevarla consigo durante la separación. Sus corazones latían fuerte y al mismo ritmo, nerviosos por el sonido penetrante al tiempo que excitados porque sus cuerpos encajaban perfectamente uno en el otro. Cuando la sirena calló, pudieron escuchar sus respiraciones y jadeos, lo que agrandó su deseo, y se excitaron aún más. Entonces comenzaron los estruendos; lejanos al principio; después, acercándose, como si las bombas caminaran hacia ellos, destrozando a su paso todo lo que tocaban, asolando la vida. El odio avanzaba, devastando al amor.

Sintieron pavor. Wings la levantó y se aferró a su cuerpo, entrando en ella con pasión para arrancarle un sonido de placer que tapara los otros sonidos de la noche. Ella se deshizo entre sus brazos, acogiéndolo con todo su cuerpo.

De repente, el edificio tembló; la cama pareció moverse, el techo sonó como si fuese a resquebrajarse sobre ellos, pero, a pesar de todo, ellos ya no podían parar, entregados completamente para convertirse en uno. Y el mundo se volvió manso en un instante, como si estuviese embriagado de paz.

La felicidad, el placer que sintieron, hizo que todo pareciese amigable, amable, amoroso. La guerra dejó de existir, y los estruendos de las bombas pasaron de largo. Se dejaron caer, uno sobre el otro, los cuerpos sudorosos, en el silencio bienvenido, tan esperado. Wings dejó escapar un sollozo. Sus lágrimas mojaron los senos de Laia, que fue incapaz de moverse, ni siquiera de levantar una mano, para intentar consolarlo. Estaba tan destrozada como él, herida y al mismo tiempo rebosante de amor.

–Te quiero... –le dijo en un español que sonó casi absurdo, con ese acento entre afrancesado y británico que tanto le gustaba.

La luz del amanecer los llamaba por la ventana, extendiendo la herida de sus corazones pero también dejándoles ver por fin la expresión de sus rostros, casi pegados, mejilla con mejilla, «cheek to cheek», como decía la canción. Laia le sonrió, pensando que así apaciguaría su dolor, pero no le sirvió de mucho. Él quería más, mucho más.

–Nunca me dices te quiero... –se quejó en francés.

Ella bajó la mirada. Lo amaba, lo adoraba, pero no le habían enseñado a expresar sus sentimientos; al contrario, había sido educada para callarlos y vivirlos en silencio. Y ahora que él se iba a marchar, dudaba de si su confesión sería arrebatada también, como lo estaba siendo su corazón. Como respuesta, dejó escapar unas lágrimas.

Wings acarició su pelo, comprendiendo su dolor y su miedo.

–Encontremos una frase que signifique lo mismo para nosotros y que no sea difícil de decir para mí –susurró ella al fin.

Él sonrió ante la extraña petición. Volvió a poner la cabeza en su pecho y, cogiendo su mano, comenzó a besarle los dedos tan tímidamente que los ojos de Laia volvieron a brillar y sus labios a enmudecerse. En la garganta tenía un nudo que le robaba la voz.

El amanecer disipaba poco a poco la niebla. Las farolas, que habían vuelto a encenderse, se apagaron definitivamente. El sol se convertía en su enemigo. Poco faltaría para escuchar un silbido bajo la ventana, señal de que debía marcharse. Entonces debería vestirse a toda prisa y dejaría de darle toda su atención para entregársela al resto del mundo; volvería a sentir que era un hombre con deseos de convertirse en un héroe y de regresar un día con la mayor experiencia de su vida entre las manos.

Laia lo odiaba por dejarla y, al mismo tiempo, lo amaba, y ya no podría borrarlo de su vida. Si no le hubiera devuelto la mirada en aquel baile de oficiales; si no le hubiera devuelto aquella sonrisa que la desarmó…, pero ahora ya era tarde.

Wings la abrazó de nuevo, y luego dirigió la mirada al amanecer, que ya envolvía con su luz cada rincón de la habitación. El mundo lo estaba esperando.

–*It's a beatiful night to fly*… – dejó escapar con un sonido roto por el dolor–. *C'est une belle nuit à voler* … –repitió en francés, para que ella lo entendiera.

Laia dejó caer una lágrima. La despertó del ensueño un silbido bajo la ventana, aviso de que era el momento de perderlo y de morirse en vida.

En silencio, Wings se desprendió de sus brazos para abrir la ventana y responder con un toque de su trompeta. Laia saboreó la sal de sus últimas lágrimas y, en un susurro tardío, pues él ya no era capaz de escucharla, pronunció en su lejano español, como de otra vida, las palabras con las que expresaba al fin lo que sentía por él.

–Es una noche preciosa para volar…

16. Un apretón de manos

La primera semana no quiso salir de la cama. Arropada entre las sábanas que olían aún al cuerpo desnudo y sudoroso de Wings, aspiraba el aroma y se dejaba llevar en un llanto incesante y silencioso, desesperada. Lloraba por él, pero también por sí misma, por lo mucho que había cambiado su vida en apenas unos días. «¿Cómo he podido dejar que pasara?», se preguntaba sin obtener ninguna respuesta, salvo el dolor de su corazón por haberse separado del hombre del que se había enamorado.

Había bastado una mirada, una sonrisa, para destrozar su vida. Y ahora se sentía abandonada, olvidada y herida. Por mucho que recordara sus palabras de amor y su promesa de regresar, aun pese al inmenso amor que sentía dentro de sí, dudaba de si había cometido un error. Le parecía completamente imposible continuar su vida con Néstor. En realidad, le repelía su presencia; su cuerpo, aún más. Pero tampoco podía dejar de imaginar lo que pensarían Maman y su padre cuando lo supieran. Oía sus voces en la cabeza. Papá diría que era una loca, una niña alocada y estúpida que había cometido pecado con un músico de color que no tenía donde caerse muerto, y que ahora debía acarrear con las consecuencias y aceptar de buen grado su matrimonio. Maman la entendería al principio; ella era capaz de recordar lo que era el amor, pero ¿la apoyaría después?

Sólo se levantó de la cama para tomar algún vaso de leche, pues apenas tenía hambre, y para escribir una carta a su prima Celina, en la que se lo contaba todo: los detalles de su encuentro con Wings, cómo lo conoció, cómo se enamoraron, todo lo que sentía por él y por qué había actuado de esa manera, abandonando a Néstor con la idea de fugarse con un americano al que apenas conocía y que, además, la había dejado sola para ir a matar alemanes desde su avión. Le explicaba también todos los sentimientos contradictorios y las dudas que la asaltaban ahora a pesar de todo el amor que sentía por él. Le

contó que, a veces, abría la caja donde guardaba la trompeta y la soplaba, intentando sacar las melodías hermosas que él tocaba, para así sentir que lo tenía más cerca, pero resultaba un fracaso. También que le gustaría tener un disco con la música de Wings, para poder oírle tocar cuando quisiera, pues su música era de maravillosa, igual que su acento afrancesado, que sonaba tan romántico incluso en inglés, sus ojos y su piel clara, a pesar de que la mitad de su sangre era de color, su cabello rubio y su sonrisa, que la desarmaba cuando la veía.

Se lo contó todo, incluso cuánto deseaba que Néstor accediera a dejarla marchar, en el caso de que no pudieran divorciarse. De lo que estaba segura, le escribió, es de que quería pasar toda la vida con Wings, pues ahora sabía por fin lo que era el amor. La muchacha que había sido, ya no existía. Ahora era una mujer.

Se sintió mejor al acabar la carta. Y decidió meter dentro del sobre un papelito con su nueva dirección, para que sólo su prima supiera dónde se encontraba. No quería que nadie más lo supiera por ahora, mucho menos Néstor. Luego pensó que debía ir a echarla al correo, y, al descorrer las cortinas, dejando que entrara el aire húmedo de las calles mojadas por la lluvia, redescubrió el mundo y la vida, y se dijo que no pasaría un día más encerrada en aquella habitación que olía a separación y a impaciencia por el reencuentro.

Una vez vestida, abrió el cajón donde Wings le había dejado dinero para al menos seis meses, por si se retrasaba, y cogió unos peniques. Aún no se manejaba bien con el dinero de los ingleses, pero tenía que empezar a apañarse. Si de verdad estaba dispuesta a cambiar su vida, no podía continuar perdida. Aprendería inglés y aprovecharía ese tiempo sola para hacer el curso de monitora de vuelo. «Preguntaré a las otras chicas, seguramente ellas aprenderán ahora con otro profesor», pensó. Lo único que le preocupaba era encontrarse con Ignacio, o lo que era peor, con Néstor, en la escuela. Pero, si eso ocurría, se sinceraría con él e intentaría seguir con su vida. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si él quería perdonarla, lo haría. Y, cuando se sintiera capaz, escribiría una carta a su padre y otra a Maman explicándoselo todo. No iba a permitir que sólo conocieran la versión de Néstor.

Se miró al pequeño espejo que colgaba de la pared mientras se ponía carmín en los labios. Se habían acabado los llantos y la amargura, ya tendría tiempo de llorar un poco cada noche cuando volviese a meterse entre las sábanas, pero por el día haría cosas útiles. Ya nunca sería perfecta, pero no era la perfección lo que ella deseaba, sino una vida intensa y llena de emociones. Y de eso había tenido

suficiente nada más comenzar.

* * *

Habían pasado casi tres meses desde que Néstor llamara a don Carlos. Lo contó tal cual: su hija lo había abandonado y se había marchado con un músico, como si de él no dependiese nada; sólo ella había tomado aquella decisión tan drástica e ilógica, y su juventud no era excusa para actuar como una cualquiera. Estaba de acuerdo en que la culpa era de Laia por haberse dejado encandilar por un yanqui, pero alguien con un poco de sentido común debía tomar parte en la responsabilidad de aquel matrimonio fallido, y ése debía ser Néstor.

Los días posteriores a la llamada, estuvo esperando que su socio y amigo lo llamase, pero no lo hizo, y don Carlos se encontraba ahora en la tesitura de tener que telefonearlo él. Pero ¿qué podía decirle? ¿Que su atolondrada hija, la que él les confió como esposa de su único y adorado hijo para entrar en su familia, lo había abandonado para fugarse con otro hombre? No cabía peor afrenta, y seguramente no querrían saber ya nada de él ni de su familia.

También, a partir de ahora, ya no respetarían a su esposa Dominique. La que habían acogido de buen grado sólo por él, porque lo respetaban y querían. Pero, después de esto, su vida anterior como cantante en los locales nocturnos de París se vería como culpable de la mala educación de su hija.

Hacía tiempo que no se sentía tan enfadado. ¿Cuándo se había convertido su hija en una egoísta que sólo pensaba en su propia felicidad, olvidándose por completo del bienestar de la familia? Ella sabía que su matrimonio era algo más que una unión entre dos enamorados, o al menos eso le había pedido a Néstor que le hiciera saber. Y, además, él era un buen partido y podía ser su mejor compañero, y a ella parecía agradarle.

Cuando colgó el teléfono, dio un sonoro golpe en la mesa con el puño cerrado. Era la única manera en que se permitía demostrar sus sentimientos, pues un hombre de su posición debía guardar siempre las formas, incluso en la intimidad de su casa. Pero esta vez no lograba sobrellevar con dignidad la frustración. ¡Qué decepción! ¡Su única hija! ¿Cómo podría casar bien a Celina cuando llegara el momento, después de que lo más granado de la sociedad se enterase del desliz de Laia? Ahora se daba cuenta de lo mucho que se parecía a su madre.

En mejores circunstancias, habrían vuelto a Europa, pero desde que había empezado el conflicto viajar era del todo imposible. No iba a

arriesgar las vidas de su esposa y de su sobrina en otro país. Se lo dijo a Néstor y a Laia cuando decidieron marcharse a Londres, que se arriesgaban demasiado, pero el antojadizo muchacho estaba empeñado en seguir con esa locura de pilotar aviones, en lugar de hacerse cargo de su herencia. Por eso mismo don Carlos también lo hacía a él responsable de lo ocurrido. Ellos podían haber seguido educándola. En el fondo, seguía siendo una niña todavía, y él no había sabido cuidar de ella y evitar que se relacionara con gente de mala calaña, como ese yanqui. ¿Qué sabría el americano de las obligaciones de una muchacha de alta cuna? Si lo que pretendía era conseguir parte de su herencia, no lo permitiría. Había decidido desheredar a su hija de inmediato, y dos días atrás se había reunido con su abogado para redactar un nuevo testamento. Todos sus bienes pasarían directamente a Celina, una parte menor a su esposa, con una cláusula en la que se explicaba con toda claridad que, sólo si Laia regresaba junto a su marido, volvería a formar parte de sus herederos.

En cuanto supiera dónde encontrarla, se lo haría saber a través de su abogado. Tal vez así recapacitara. Dependía sólo de ella ser una buena hija o comportarse como una cualquiera. Por eso estaba pendiente en todo momento de Dominique y de Celina, de cada vez que abrían la puerta para recoger el correo. Él mismo se encargaba de recoger la correspondencia y repartirla. Y, siempre que había una carta de Laia, se la quitaba de las manos para guardarla en un cajón de la mesa de su despacho.

Los ojos de su esposa se empañaban de lágrimas cuando él le quitaba una, y lo mismo pasaba con su sobrina, pero no permitiría que ninguna de ellas le escribiese. Las conocía y sabía que, como mujeres, tenían los sentimientos siempre a flor de piel, y él no pensaba admitir que Laia recibiese ni una sola palabra de cariño o aprobación por lo que había hecho. Además, le ocultaban dónde vivía, pero Néstor le había jurado que pronto lo averiguaría y, en cuanto lo supiera, él se encargaría de hacerle saber de su decepción.

Tampoco entendía que ella no le hubiese escrito directamente. No había sido tan mal padre, que él recordara, pero ella parecía demostrar tener muy poca confianza en él. O quizás es que le daba igual. Si bien nunca se había confiado a él, esta vez le debía una explicación.

Cerró el cajón donde guardaba las cartas con la llave que colgaba de su bolsillo del chaleco. Nunca se separaba de aquella llave, pues en aquel cajón guardaba secretos que nadie debía conocer bajo ningún concepto. Y ahora las cartas de Laia también eran secretos inconfesables. Si quería saber algo de él, de su madrastra y de su

prima, tendría que volver a casa.

Pero aquella mañana Celina fue más rápida y lista y, cuando el cartero llamó a la puerta, ella ya estaba esperándolo en el salón, mirando por la ventana. Salió de la casa sin hacer ruido y le salió al paso, diciéndole que en la casa sólo estaban los criados y que estaba esperando una misiva importante. El hombre rebuscó entre el montoncito de correspondencia hasta hallar una carta a su nombre. Cuando Celina lo vio marcharse hacia la siguiente calle, volvió a entrar en la casa, con la carta escondida en el escote. La puerta del despacho de su tío seguía cerrada, y entonces la niña subió los escalones hasta su habitación de dos en dos y se encerró en ella. Se dejó caer sobre la cama, cogió el libro que tenía en la mesilla, *Madame Bovary* , y metió la carta dentro. Ahí nadie la encontraría y podría leerla las veces que quisiera sin que sospecharan. Aunque, si su tío conociese un poco la historia de ese libro, se lo habría prohibido... De hecho, la misma Laia le había dicho que no lo leyese aún, pues todavía era muy pequeña, pero ahora ella era la guardiana de sus libros y nadie se enteraría.

Empezó a leer con sumo cuidado, queriendo guardar en su memoria cada una de las palabras de su prima. Al principio se sorprendió, incluso le sentó mal que hubiera huido abandonando a Néstor. ¡No podía haber otro hombre mejor que él en el mundo! Pero después, detalle a detalle, sus sentimientos y lo que sentía por aquel muchacho americano le hicieron adentrarse en la historia y comprender a su prima. En cierto sentido, aquello era mejor que una novela. Era tan auténtico todo que le resultaba imposible no sentirse identificada con ella.

«Está claro que ese americano la ha enamorado por completo», pensó Celina con una sonrisa, y decidió responderle a la nueva dirección. Comprendía a su prima, y en cuanto volviera la ayudaría a contárselo a sus padres.

Al día siguiente, bajó decidida a llevar la carta a la estafeta de correos. Pero no tuvo en cuenta que su tío había estado vigilándola... Don Carlos supo enseguida adónde se dirigía y decidió atajar por otra calle y adelantarse a su llegada, de forma que, cuando Celina llegó a la estafeta, él estaba esperándola en la puerta.

–Querida Celina, ¿cómo tú por aquí? ¿Has venido sola?

–¡Hola, tío! Sí, yo... –balbuceó– he venido sola. No necesito que me acompañe nadie hasta aquí.

–Es cierto, ya eres casi una mujer. ¿Y a qué has venido? ¿Vas a echar una carta al correo?

–Sí, sí... –repuso, sin tener ninguna otra excusa para estar allí.

–¿Es una carta para tu prima, quizá?

–Así es, tío. –Celina agachó la cabeza.

–Me alegra mucho que seáis como hermanas... Y, dime, ¿adónde va dirigida la carta? –preguntó, intentando ser más amable de lo común–. Sé, por cartas anteriores, que Laia ha cambiado de dirección, y no quisiera que tu carta se perdiese en el camino.

Celina no contestó. Se limitó a mirar al suelo y a apretar la carta, escondida en el bolsillo.

–Dame la carta, querida sobrina, y dejaré que se la envíes.

No tenía más remedio que obedecer, así que la muchacha sacó lentamente la mano del bolsillo de su abrigo y se la entregó. Su tío miró la dirección y luego le devolvió el sobre.

–La dirección es correcta. Puedes entrar y enviarla. Te esperaré aquí para acompañarte a casa.

–Está bien, tío.

Celina entró rápidamente, soltando un suspiro, asustada por la posibilidad de que su tío hubiese podido leer la carta, pues no sólo le explicaba que la comprendía y apoyaba, sino que también hablaba de él, de lo duro e implacable que podía mostrarse a veces.

De vuelta a casa, don Carlos la cogió de la mano y guardó silencio todo el camino. Se mantuvo con el rostro serio, como si aguantase la rabia. Ya en la puerta, Celina no pudo aguantarse:

–Tío, ¿crees que Laia volverá pronto a casa? –le preguntó, demostrando aún su ingenuidad infantil.

Él la miró sin comprender, aunque supuso que la niña no sabía nada del americano.

–Espero que sí –respondió al fin con toda la dulzura de la que se sintió capaz–. Confío en que mi hija se dé cuenta de que ya va siendo hora de regresar junto a los suyos.

Celina sonrió, alegre por la respuesta. La historia con aquel muchacho, Wings, le había parecido preciosa, de novela, pero esperaba que no durase para siempre y volviese pronto a casa. Al fin y al cabo, estaba casada con Néstor.

* * *

Las clases con el nuevo profesor de vuelo habían dado su fruto, y ya sólo le quedaba un último examen para convertirse en instructora de vuelo. Como apenas se había encontrado con nadie que hablase español en los últimos meses, había conseguido también manejarse bastante bien con el inglés. El examen iba a ser una parte escrito y otra con una demostración en vuelo, y se sentía confiada. Había

ocupado las horas muertas en estudiar, pues así estaba entretenida y no estaba siempre pensando en Wings.

Había visto de lejos a Néstor alguna que otra vez en la escuela, pero ella le había retirado la mirada y se había marchado rápidamente. Él la miraba, pero nunca la siguió ni le dijo una sola palabra, así que empezaba a pensar que lo estaba asumiendo. Y así lo creyó hasta que, una noche, el pianista de la banda de Wings llamó a la puerta de su habitación para avisarla de que tenía visita.

Salió sonriente, como solía hacer cuando se encontraba con ellos en el apartamento; en general, nadie la molestaba apenas, pues sus horarios eran opuestos. «¿Quién puede saber que vivo aquí?», se preguntó. «Aunque, por otro lado, es un secreto a voces que soy la chica de Wings...».

No se sorprendió cuando vio a Néstor en la puerta. Sabía que sólo era cuestión de tiempo que intentase hablar con ella.

–Laia, ¿cómo estás?

–Bien, gracias. ¿Y tú? –respondió con educación, mirándolo a los ojos como intentando averiguar sus intenciones. Estaba muy guapo, se dijo; parecía haber recuperado esa expresión elegante en su rostro que le había tocado el corazón una vez.

–Bien –sonrió a su vez. Le pareció que estaba demacrada y más delgada. Y sus ojeras la delataban–. ¿De verdad te encuentras bien? –volvió a preguntar, un tanto preocupado.

–Sí, estoy bien. No he dormido mucho estas últimas noches. Estoy estudiando para el examen de instructora de vuelo.

–Me alegro, de verdad. Seguro que lo apruebas –le dijo para tranquilizarla–. Eres mucho mejor que yo ahí arriba –añadió, haciéndole un cumplido.

Eso sí la sorprendió. El Néstor con el que se había casado nunca habría sido capaz de reconocer que ella era mejor piloto que él.

–¿Cómo has sabido dónde vivo?

–Era fácil –volvió a sonreír–. Sólo he tenido que preguntar por ahí.

Laia asintió con la cabeza.

–¿Qué quieres, Néstor? –le preguntó, lo más directa posible.

–He recibido una carta de tu padre, y también algunas llamadas... –Sacó la carta del bolsillo de su chaqueta de piel–. Creo que es importante que la leas. En realidad, es de su abogado.

Laia se temió lo peor. ¿Habría pasado algo malo en casa? ¿Qué tenía que ver su abogado con ella?

–¿Puedo pasar?

Lo dejó entrar. Los músicos se habían encerrado en sus habitaciones y podían hablar en el salón, pero, en cuanto escuchó la

puerta que se cerraba, el pianista salió a buscarla.

–¿Va todo bien, Laia?

–Sí, muchas gracias, Jo. Néstor sólo ha venido a traerme una carta de mi padre.

–Está bien. Si necesitas algo, aquí estamos.

Laia se lo agradeció. No se sentía tan sola sabiendo que ellos cumplían a rajatabla el encargo de Wings de cuidar de ella. Además, él volvería pronto. Con suerte, regresaría antes de que ellos también se marcharan de misión, y no tendría que estar nunca sola del todo en aquel apartamento.

Néstor miró a su alrededor. Para él era poco todo lo que encerraban aquellas paredes, un espacio demasiado pequeño para lo que estaba acostumbrado. Estaba todo demasiado descuidado para que allí viviera alguien de la posición de Laia, pero él nada podía hacer, aunque no parecía que ella echase nada de menos, y, si así fuera, nunca se lo reconocería.

–Creo que deberías leer la carta –le dijo, sentándose en un sofá frente a ella–, pero también quería contarte lo que he pensado que podemos hacer.

–Ahórrame leer la escritura tediosa de un abogado, por favor –repuso ella, cruzando las piernas y ajustándose un poco la bata de seda china–. ¿Es que no ha podido escribirte él personalmente?

–Supongo que prefirió hablar conmigo por teléfono.

–Puedo adivinar lo que te dijo –exclamó Laia con ironía–. Quiere que vuelva contigo.

Néstor la miró de arriba abajo, y ella se ajustó la bata de nuevo a la altura del escote. Había algo en ella que había cambiado; parecía más mujer que antes.

–No dice exactamente eso. –Abrió el sobre e intentó resumir los párrafos importantes–. Aunque parece que su intención sí es esa, claro. Yo también lo esperaba. En realidad, la carta es para comunicarte su decisión de borrarte de su testamento, a menos que volvamos a estar juntos y regresemos a casa.

El rostro de Laia se ensombreció de repente y, en lugar de su aparente calma, mostró un rictus amargo de rabia e indignación.

–¿Eso ha hecho? ¿Me ha desheredado?

–Lo siento, Laia. Ya sabes cómo es. Imagino que tampoco es fácil para él esta situación.

–Lo sé –respondió ella con brusquedad–. No es fácil para nadie, tampoco para ninguno de nosotros. ¡Pero soy su hija mayor!

–Te entiendo, pero estoy seguro de que todo se arreglará con el tiempo... –dijo en tono conciliador.

–¿Con el tiempo? –Ella volvió a usar la ironía–. Tiempo es lo único que no tenemos. Mi madre apenas tuvo tiempo de estar con su hija, y él tampoco es inmortal. Si es capaz de rechazarme de esta forma tan vil, espero que la vida le dé tiempo para arrepentirse de ello.

–Lo siento, de verdad –murmuró Néstor, entendiendo de repente que ese pensamiento sobre la fugacidad de la vida es lo que la había llevado a tomar la decisión se seguir el dictado de su corazón.

–En fin, que haga lo que quiera y lo que crea conveniente. Supongo que tú y yo no hemos hablado lo que teníamos que hablar, pero podemos hacerlo ahora, si quieres. –Lo miró compungida, sintiendo pena por él–. Siento haberte hecho daño, Néstor. No quería hacerlo todo tan mal; me hubiese gustado ser más adulta y responsable y haber hecho las cosas de mejor manera, pero...

–Está bien, lo acepto. He tenido mucho tiempo para pensar estos meses y he llegado a la conclusión de que no hemos nacido para estar juntos. Era yo quien quería estar contigo, pero no al revés.

–Y supongo que la insistencia de nuestras familias también influyó.

–Supongo que sí –asintió con la cabeza–. Sé que sí. No quería decepcionar a nadie, Laia.

–Ni yo, pero me decepcioné a mí misma.

–Me duele que veas como una decepción el haberte casado conmigo, pero, si tú lo crees...

–No quería decir eso, no pretendía... –Se lo pensó mejor para explicárselo bien esta vez–. Quiero decir que me decepcioné porque no fui yo misma, me dejé llevar por el hecho de que mi familia estaba unida otra vez y quise ayudar a mi padre, y el tuyo parecía su única tabla de salvación en aquel momento, al menos según tus palabras.

–Y así era. Supongo que ahora romperán la sociedad, y por eso he venido a hablar contigo, porque creo que los dos podemos hacer algo todavía para que ellos no tengan que pagar por nuestro error.

«Al menos, ahora ya admite que casarnos fue un error», pensó Laia. Era un paso importante, le pareció más maduro, sin duda.

–No entiendo cómo podemos ayudar nosotros...

–Podemos, si les explicamos a todos que es una decisión mutua. Ahora están pensando que todo es por una locura tuya y que yo no lo he aceptado, pero no es así, Laia. Estos meses me he dado cuenta de muchas cosas. Yo también me estaba equivocando. No sólo por haberme casado contigo, sino por aceptar estudiar lo que quería mi padre. ¡Yo nunca ejerceré de abogado! Ahora lo sé –dijo, casi riéndose de sí mismo–. Gracias a ti me he dado cuenta. ¡Yo quiero volar, igual que tú! –El rostro de Néstor se había iluminado. Sentía que se quitaba un gran peso de encima al decirle por fin la verdad a alguien sobre lo

que quería hacer con su vida.

–Me alegro mucho, Néstor, de verdad. Me alegra ver que te has dado cuenta de que es importante hacer lo que amas en la vida. Sólo tenemos una y...

–Lo sé –prosiguió él, aceleradamente–. Y sé lo que quiero hacer. Voy a alistarme en el ejército. Quiero ser piloto, y no sólo en esta guerra; ser militar en aviación puede darme la felicidad que ahora no tengo.

–¿De verdad te has dado cuenta de todo esto? –preguntó Laia, un poco sorprendida.

–He estado tanto tiempo solo que he podido imaginar cómo iba a ser mi vida, la nuestra, si regresábamos a España, me encargaba de los negocios de mi padre y vivía en Comillas para el resto de mis días. ¡No es eso lo que quiero, Laia! –La miró directamente a los ojos, y ella distinguió en ellos un brillo especial–. ¡Quiero ser piloto! Volar es lo único que deseo. Y no me importa el dinero. Yo también he estado hablando con un abogado. Si firmamos la petición de nulidad del matrimonio de mutuo acuerdo, todo será más fácil. Puede encargarse de todo desde aquí, y creo que es mejor un abogado inglés que conozca las leyes de España, pero que no se deje avasallar por las amenazas de nadie, ¿me entiendes?

Laia asintió. Sus padres, los suyos y los de Néstor, podían oponerse e intentar algún soborno.

–Me dijo –continuó Néstor– que podemos alegar que éramos demasiado jóvenes; en realidad, aún lo somos, sobre todo tú. Costará dinero y quizá lleve más tiempo del esperado, pero lo conseguiremos. Y cada uno seguirá con su vida, sin reproches ni resentimientos.

Laia sonrió. No dudaba de que le estaba diciendo la verdad, podía ver la sinceridad en su rostro. Néstor siempre había sido buena persona y realmente amaba volar. Lo comprendía perfectamente.

–Yo no volveré a vivir en España, al menos mientras dure la guerra en Europa. Y después entraré en alguna academia militar. Mis padres tendrán que aceptarlo. Pero debemos decírselo nosotros, Laia, juntos. Así verán que estamos de acuerdo y que en verdad es lo que ambos queremos.

Asintió ella de nuevo.

–Entonces, si estás de acuerdo, creo que debemos ir a España unos días. Primero a tu casa y después a la mía. Hablaremos con ellos. Juntos seremos más fuertes. No dejaremos que nos convenzan de lo contrario. Además, estaremos haciendo lo que debemos. Es nuestra oportunidad de hacer bien las cosas. Y entonces tu padre lo verá de otra manera y volverá a incluirte en el testamento. No puedo permitir

que te haga eso, Laia. No me parece bien.

–Y, además, al tuyo se le podría ocurrir hacer lo mismo... –repuso ella, riendo.

–Es cierto. –Néstor dejó escapar una carcajada–. Por eso, hagamos las cosas bien.

–Pero ¿cuándo has pensado que vayamos a casa? Wings está a punto de regresar, y yo...

–¡Vayamos antes! Lleva más de tres meses fuera y aún no has tenido noticias, ¿verdad?

Laia negó con la cabeza como respuesta.

–Su misión ha resultado más larga de lo que esperaban, como ocurrió con la mía. Aprovechemos estos días, así el tiempo te parecerá que pasa más deprisa.

–Pero... ¿y si vuelve y no estoy aquí? Pensará que...

–¡Déjale una carta! O mejor, explícaselo todo a sus amigos. Ellos se lo dirán.

–Sí, ésa es una buena idea. Wings confía mucho en ellos.

–Entonces, cuanto antes volvamos, antes acabaremos con esto. ¿Estás de acuerdo? –Se levantó y estiró el brazo para ofrecerle la mano.

Laia se levantó y aceptó el apretón. Era la segunda vez que le entregaba su mano, pero, en esta ocasión, por todo lo contrario a la primera, como juramento de su libertad. De la de ambos.

Cuando lo acompañó a la puerta, parecía extrañamente contento. Él encontraría la felicidad muy pronto, se dijo Laia, con otra mujer menos rebelde y más sumisa que se adaptase perfectamente a su mundo. Ya no se engañaba a sí mismo. Él, que también amaba volar, había sentido las leyes como una condena. Había estudiado la carrera, obligado por su padre, pero no quería pasarse la vida sentado tras una mesa llena de papeles. Al igual que ella, buscaba la libertad que da el volar y saber que se está haciendo lo que realmente se desea.

Laia volvió a su habitación. La trompeta de Wings estaba sobre la mesa, brillante, dorada, esperando a que su dueño volviera a hacerla sonar hasta el amanecer. Cerró los ojos e intentó recordar cómo sonaba aquella maravillosa melodía que él había tocado para ella, cerca de la ventana, mirando su cuerpo desnudo mientras la lluvia dejaba una cortina de gotas en el cristal.

Se ajustó la bata y se sentó sobre la cama. Se encontraba mal, tal vez por los nervios al ver a Néstor y tener que tomar una decisión tan rápidamente. Le asustaba el regreso. Enfrentarse a su padre era un trance por el que no quería pasar. Las mariposas de su estómago no paraban de moverse, y empezó a respirar agitadamente, le faltaba el

aire. Al poco, una arcada le recorrió la garganta. Se levantó deprisa y corrió al lavabo. Quiso vomitar, pero fue sólo un poco de bilis lo que salió de su cuerpo. Estaba empapada en sudor. Se limpió la boca con agua en el lavabo y se miró al espejo. Esperaba no estar poniéndose enferma. No era el momento; si iba a ver a su padre, debía estar más fuerte que nunca. «Quizás el propio miedo me hace querer vomitar», se dijo. Pero aquel viaje iba a cambiar de nuevo su vida para siempre; esta vez, hacia donde ella quería.

Al cruzar el pasillo de vuelta a la habitación, se fijó en el calendario que los chicos tenían colgado. Marcaban con una equis los días que faltaban para irse de misión. De nuevo, no fue capaz de entender a los hombres y su afán de creerse más hombres aún, por el hecho de luchar contra otros hombres que, muy probablemente, eran muy parecidos a ellos. Se paró unos instantes y levantó la hoja, repasando las marcas anteriores, casi cuatro meses atrás. Sintió un pálpito en el corazón y una sensación de ahogo en la garganta. No era la primera vez que se preguntaba si podría ser posible; llevaba alerta y nerviosa, porque existía una posibilidad. Ahora podía estar casi segura.

Escuchó a los chicos salir y corrió a encerrarse en su cuarto. Se tumbó sobre la cama, sin dejar de mirar la trompeta, que seguía sobre la mesa. Se destapó la bata y empezó a acariciarse el vientre.

Sonrió, pues, a pesar del miedo, se sentía feliz. Lo mejor era acudir al doctor antes de regresar a España. Al día siguiente le preguntaría a Molly. Era la única persona que conocía que hubiera necesitado un médico de ese tipo. Temía que se lo contase a Ignacio, y éste a Néstor, pero ya no importaba. Incluso podía ser lo mejor, pues qué mejor razón para separarse y para acallar a la gente que el estar esperando un hijo de otro hombre.

17. El más horrendo de los secretos

Maman y Celina no se separaban de ella. Laia, feliz, les contaba sobre Londres y sus clases de piloto siempre que su padre no estaba demasiado cerca. Aunque si la escuchara no tendría importancia, pues Néstor y ella traían noticias mucho peores que la de sus clases.

Don Carlos los había saludado, con dos tímidos besos en las mejillas a ella y un abrazo breve y seco al que aún era su yerno. Laia había esperado un abrazo, pero parecía demasiado enfadado.

Maman avisó al mayordomo para que llevase el equipaje a distintas habitaciones. Laia no dormiría con su prima, pues ahora era una mujer casada que pertenecía a otra familia y debía tener su propia habitación. En circunstancias normales, la habría compartido con su marido, pero habilitaron dos habitaciones para que tuviesen intimidad.

Durante la cena, aunque apenas compartieron palabras ni noticias, todo se sucedió con tranquilidad. El rictus de don Carlos no había cambiado desde que recibió la primera carta de Néstor informándole sobre la decisión de Laia de abandonarlo. Maman se había dado cuenta de que en ese momento exacto había vuelto a perder a su marido, y Celina podía decir lo mismo. A juzgar por su continua mirada ausente, en algún punto del horizonte que nada tenía que ver con ellas, otra cosa era lo que le mantenía ocupado.

Laia no sabía cómo dirigirse a él. Hacer como si no hubiese pasado nada no estaba funcionando, pero nadie sacaba el tema, y no quería ser ella la primera en hablar. No quería ser la culpable de romper la alegría de Maman y Celina por tenerla en casa de nuevo.

Néstor también se comportaba más tímido de lo normal. En otro momento, habría charlado animadamente con su suegro sobre la guerra en Europa, pero aquella noche don Carlos no le preguntó nada, como si ya lo supiera todo o como si hubiese dejado de importarle. Estaba claro que estaba enfadado con ambos.

Finalizada la cena, don Carlos sirvió un vaso de brandi a Néstor y le hizo pasar a su despacho. Laia los miró con recelo.

–Querida, en algún momento tendrán que hablar, déjalos solos –le dijo Maman, al ver que la mirada de Laia se fijaba inevitablemente en la puerta cerrada del despacho.

–¿No debería hablar conmigo en primer lugar? –preguntó en voz alta.

–Ya sabes cómo son los hombres. Entre ellos se entienden. Después, cuando lo hayan arreglado todo, te llamará, como siempre hace. No te preocupes.

–Tienes razón. Siempre es igual. Siempre se comporta igual conmigo.

–No lo veas así –replicó–. Es así con todo el mundo. Conmigo también, ya lo sabes. Las mujeres nunca han sido lo primero en su vida. –Bajó la mirada–. A veces me pregunto si con tu madre era igual.

Laia no supo qué contestar. Apenas recordaba nada de antes de la muerte de su madre, como si su mente hubiese querido borrar todos los momentos vividos en una vida que ahora le parecía muy lejana.

Celina también miró hacia el suelo. Se sentía un poco sola y a veces incluso abandonada por su tío desde que Laia se había marchado. Sabía que el hombre la quería, pero ella no podía llenar el vacío de su verdadera hija. Se sentía un poco molesta, pero no podía reprocharle nada, y a su prima menos que a nadie. Ella no tenía ninguna culpa.

–Me alegra que seáis lo suficientemente maduros como para llegar a un acuerdo, Néstor y tú. Una ruptura es algo muy difícil y no siempre se lleva bien –se sinceró Maman–. Él siempre fue un muchacho de buen corazón, supongo que eso ayuda.

–Le costó comprenderlo al principio, pero cuando hablamos, antes de venir aquí, me confesó que se había dado cuenta de que tampoco quería esta vida. Ni siquiera quiere dedicarse a los negocios de su padre. Siempre quiso ser piloto, y espero que no se deje convencer –explicó la joven, mirando de reojo la puerta del despacho.

–Sospecho que sus padres no van a reaccionar bien. Cuando estuvimos en Comillas, hablé largo y tendido con su madre. Es una mujer buena, pero muy apegada a su círculo, un tanto cerrado.

–Lo sé. Eso es lo que más me asusta, que no se lo tomen bien y puedan influir también en papá.

–Sea como sea, tú no te preocupes. Si ambos estáis de acuerdo, tendrán que aceptarlo, tarde o temprano. –Le acarició la mano para infundirle valor.

Celina sintió el gesto casi como una puñalada. Maman era una mujer cariñosa y siempre estaba pendiente de ella, y ahora, en la

soledad de ambas, al estar don Carlos tan ausente, ensimismado en sus negocios o en sus problemas, desde que Laia se fue se habían unido mucho más. Pero acababa de regresar y ya estaba pendiente únicamente de ella. La niña se levantó del sofá casi en un salto, con una expresión enfadada y molesta.

–¡No entiendo cómo puedes dejar a Néstor! –exclamó desafiante, en tono más elevado de lo normal–. ¡No vas a encontrar un hombre mejor que él en toda tu vida!

Y luego se escapó corriendo, dejando a Laia y a Maman completamente sorprendidas, preguntándose a qué se debía su mal comportamiento. La vieron subir las escaleras y escucharon un portazo a los pocos segundos. Los ojos de Laia se llenaron de lágrimas.

–No lo entiende... –balbuceó, sintiéndose fatal–. Le escribí una carta en la que le explicaba todo..., pensé que así lo entendería.

–No sé si llegó a leerla. Tu padre requisó las últimas cartas que nos enviaste.

-¿Hizo eso? -Laia se sintió completamente traicionada por él.

–Sí, pero no se lo tengas en cuenta. Quería saber de ti, y a él no le enviaste ninguna...

–No podía. No sabía qué decirle ni cómo explicarle... A ti tampoco te escribí, y sin embargo pareces comprenderme mejor que nadie.

–Bueno, no necesito que me expliques nada. Siempre supe que os precipitabais con esa boda. Además, he vivido lo suficiente como para imaginarme...

–Lo siento, Maman, no sabía cómo contártelo.

–No pasa nada, hija. Ya me lo contarás uno de estos días. Y me encantará escucharlo de tus labios. Celina aún es pequeña... Además, ella siempre ha estado loca por Néstor, a su manera, con su corazón de niña, pero lo adora.

–¿De verdad? –Laia abrió los ojos por la sorpresa–. No me había dado cuenta. ¡Pero si es una niña!

–¿Y qué? –sonrió Dominique–. A su edad yo estaba completamente enamorada del hijo del portero del edificio en el que vivía con mi madre. Néstor es el mejor hombre que ha conocido nunca, aparte de tu padre, y es normal que la deslumbrase con sus canciones y su forma de ser.

–Nunca me había fijado –exclamó, asombrada de su falta de visión–. Claro, sí...

–Ha crecido mucho desde que te fuiste. Ya es casi una mujercita. Está en esa edad en la que quiere ser el centro de la atención de todos, ya sabes.

–¡Qué torpe he sido! Debería haberme dado cuenta...

–No seas tan dura contigo. Estabas inmersa en los cambios de tu propia vida, y han sido cambios muy bruscos.

–Sí, eso ha debido ser –sonrió de nuevo, moviendo la cabeza a ambos lados–, pero siempre he pensado que sabía lo que pensabais, incluso tú. Creía conoceros bien –se sinceró–. Tras la muerte de mamá, tenía tanto miedo de no volver a tener nunca una familia que siempre estaba pendiente de vosotros.

–Hasta que descubriste tu pasión, volar –le recordó Maman.

La idea de aprender a pilotar había sido lo que había empezado a alejarla de ellos. No había sido Néstor ni ningún otro hombre. Había sido su deseo de pilotar.

–Lo he conseguido, Maman –fijó su mirada en ella, los ojos despiertos y vivaces otra vez–. ¡Soy instructora de vuelo!

–¡Oh, Dios mío! ¡Enhorabuena, querida! ¿Cómo no has dicho nada? –La besó de nuevo para felicitarla.

–¿Y agravar la situación todavía más con papá? –negó con la cabeza–. Él nunca lo aceptará. Eso le costaría más incluso que la separación. –De nuevo miró hacia el despacho.

–Está bien. Mañana, cuando te sientas mejor, se lo diremos y lo celebraremos. No vamos a seguir ocultándole algo que es tan importante para ti –aseguró Dominique–. Ahora, creo que será mejor que nos retiremos. Ellos seguirán hablando bastante rato, me temo. Será mucho mejor que hables con él mañana, cuando se le haya pasado un poco el enfado y haya comprendido que es decisión de los dos.

Le habría gustado contarle que guardaba otro secreto aún más importante que el título de instructora de vuelo, algo que sin duda destrozaría a su padre, pero que a ella y a Celina les tendría que alegrar, pero no se sintió con fuerzas. Sólo Néstor lo sabía.

–¿Crees que lo aceptará? –preguntó mientras seguía a Maman por las escaleras.

Ésta se volvió al llegar arriba. Sus mejillas estaban coloradas por la copita de vino dulce y su sonrisa, enmarcada en carmín rojo, era tan preciosa y dulce como la había recordado tantas veces con los ojos cerrados las noches en las que se sentía completamente sola en Londres. Le apretó la mano una vez más.

–Tendrá que hacerlo. No tiene más remedio, ¿no crees? –Le dio otro beso en la mejilla–. Buenas noches. Me encanta que estés de nuevo en casa.

–Gracias, Maman. Te quiero mucho.

–Y yo a ti, *ma chérie* ...

Al pasar por la puerta de Celina, Laia pegó el oído por si se

escuchaba algún movimiento. La abrió lentamente, sin hacer ruido; vio el cuerpo de su prima envuelto entre las mantas y volvió a cerrar despacio. Decidió que al día siguiente hablaría con ella. Ahora que sabía que para ella Néstor era el hombre ideal, en su mente infantil de adolescente, le sería más fácil hacerse entender.

* * *

Tras un copioso desayuno, don Carlos volvió a encerrarse en su despacho. Laia decidió aprovechar el momento y no retrasar ni un minuto más la charla. Se levantó de la mesa, ante la mirada atenta de una Dominique nerviosa que se esforzaba en mostrarse calmada, y la de Néstor, que no tuvo tiempo de retener a su todavía esposa.

Laia se acercó al despacho respirando profundamente, como cogiendo las fuerzas suficientes para enfrentarse a su padre.

Dio dos golpecitos en la puerta, pero nadie contestó. Puso la mano en el picaporte y lo giró despacio, intentando no molestarlo pero sin dejarse intimidar por su indiferencia y su silencio. Lo encontró sentado tras la mesa, revisando unos papeles, como casi siempre que lo había visto en aquella habitación. Como si nada hubiese cambiado. Hasta recibió su mirada, inquisitiva y seria.

–Papá, quiero hablar contigo –soltó. El hombre no contestó, se limitó a respirar hondo y a encender su pipa. Pero Laia no estaba dispuesta a dar marcha atrás–. Sé que ya has hablado con Néstor, pero yo quiero contarte mi versión. Quiero que entiendas por qué hemos tomado esta decisión y por qué pensamos que es lo mejor para ambos.

–No hace falta que me cuentes nada, Laia. Ya está todo hablado con tu esposo.

–Pero…Yo necesito contártelo. Quiero oigas de mis labios lo ocurrido y las razones que me han llevado a decidir separarme.

Don Carlos la miró con condescendencia al tiempo que se levantaba y hacía sonar la campanilla que avisaba a la doncella. Después, sentándose de nuevo, dio una calada profunda y lenta a su pipa y la miró a los ojos.

–Está todo arreglado. No necesitas disculparte –dijo, como si fuera una sentencia.

–¿Disculparme? –Laia se sintió herida–. No era una disculpa lo que iba a decirte. De hecho, no sé por qué tendría que disculparme por elegir cambiar mi vida cuando…

No tuvo tiempo de acabar la frase. La doncella entró.

–Avise al señor Néstor, por favor –le ordenó don Carlos.

Laia no sabía qué, pero algo iba mal. Miró a su padre, esperando

que se explicara.

–¿Para qué quieres que venga Néstor? Soy tu hija –añadió molesta–. Y quiero hablar contigo a solas, papá.

–No tenemos nada de qué hablar, Laia. Néstor es tu esposo, y es mejor que sea él quien te explique la decisión que hemos tomado.

Laia no daba crédito. ¿Habían tomado una decisión sin consultarla con ella? En ese momento, Néstor entró, cerrando la puerta tras de sí. Se acercó a ella sigiloso, como quien espera una reprimenda. Intentó agarrarla, pero ella se retiró con brusquedad.

–Laia, tu padre y yo estuvimos hablando anoche durante mucho tiempo y hemos llegado a una conclusión. Creemos que es mejor que nos quedemos en Madrid hasta que nazca el niño, y después ya veremos.

–¿Qué estás diciendo? –se alarmó ella. Miró a su padre, pero no encontró en su rostro ningún gesto de asombro, luego podía deducir que ya sabía que estaba embarazada–. ¿Se lo has dicho tú? –gritó, irritada–. ¿No has podido esperar a que se lo contase yo? ¡Es mi padre, Néstor! –subió el tono de su voz.

–Lo siento, pero creí que era lo más conveniente.

–¿Lo más conveniente? ¿Para quién? ¿Para ti? –De repente se dio cuenta de que ya no podía confiar en él.

–Para los dos, Laia –intervino don Carlos–. Tu marido tiene razón. Lo más acertado es que os quedéis aquí hasta que nazca el bebé y después ya tomaréis una decisión.

–Pero ¿qué estás diciendo? –le espetó–. ¡Veo que ya lo habéis decidido todo los dos solos!

–Así debe ser. ¡Soy tu padre! –Él también levantó la voz.

–¡Sí, y por eso deberías permitir que sea yo quien decida sobre mi vida y no tú, ni Néstor!

–¡Yo soy tu padre, y él es tu esposo!

–¡No lo es! –gritó, cada vez más enfadada e impotente.

–¡Aún lo es! –Don Carlos dio un golpe con el puño cerrado sobre la mesa, dando por zanjada la cuestión–. Y, mientras lo sea, él decide dónde debe nacer su hijo.

–¿Su hijo? –Laia pensó que iba a desmayarse al oír aquello–. ¡No es hijo de Néstor! ¿Es que no se lo has dicho? –casi aulló, mirando al muchacho completamente aturdida.

Éste pareció dudar y se rascó la cabeza, nervioso, al sentir sobre él la mirada de su suegro.

–No puedes estar segura, Laia... Debes entenderlo.

–Pero ¿qué dices? ¿Estás loco o qué te pasa? –Ya no parecía ella misma. Estaba tan enojada que no podía dejar de gritar. Decidió

olvidarse de él y se dirigió de nuevo a su padre–. ¡No es su hijo! ¡Es el hijo del hombre al que amo, y no voy a quedarme aquí hasta que nazca! ¡Regresaré a Londres hoy mismo y mi hijo nacerá junto a su padre!

Se dio la vuelta. Esta vez sí se había terminado la conversación, al menos por su parte. Se sentía completamente engañada por Néstor; aunque estaba segura de que su padre había sido el instigador, tampoco podía obviar la parte de culpa que tenía por dejarse arrastrar y volver a ser una marioneta.

–¡Laia, espera! –le pidió Néstor–. ¡Ni siquiera sabes si Wings está vivo o muerto! ¡Es nuestro hijo ahora!

Laia no podía escuchar más. Corrió hasta la puerta y se agarró al picaporte con fuerza para no desplomarse de golpe sobre el suelo de madera. Se dio cuenta de que era inútil hablar con ninguno de los dos, debía salir de allí lo más pronto posible. Tenía que volver a Londres y esperar a Wings. Él y su recuerdo la mantuvieron firme cuando su padre le destrozó el corazón para siempre.

–¡Eres igual que tu madre! –exclamó don Carlos con el mayor de los desprecios–. ¡Una cualquiera!

Con ira en los ojos, Laia se volvió hacia él, sin entender tanto odio en aquellas palabras.

–¿A qué te refieres? ¿En qué soy igual que mamá? ¿Acaso no era la mejor esposa que pudiste tener? –Miró a Néstor y con un gesto le pidió que saliera. Éste no se movió, pero entonces ella soltó un grito, demostrándole que ella también era capaz de dar órdenes–: ¡Márchate! ¡Déjanos solos!

La obedeció sólo cuando vio que don Carlos asentía con la cabeza.

–¿Qué has querido decir con que soy igual que mi madre? –insistió Laia. No se marcharía de allí hasta que le diera una respuesta–. ¿Y por qué la has insultado deliberadamente?

El hombre se levantó del sillón y se dio la vuelta, sin atreverse a mirar a su hija a los ojos. Durante años había temido que llegara ese momento, pero ya era lo suficientemente mayor. Merecía saberlo, y él merecía liberarse por fin del secreto que había estado guardando tan celosamente para no herirla.

–¡Dímelo! –gritó de nuevo ella con desesperación.

–Tu madre tuvo un amante –soltó él al fin, un tanto avergonzado–. No era una buena esposa, como tú has creído todos estos años. Me era infiel. A mí, que le di absolutamente todo –se quejó–. Me fue infiel con otro hombre, y él fue quien la mató. No fue ningún extraño que entrase en casa. Fue su amante quien se deshizo de ella, porque había decidido dejarlo. Lo supe antes de mi viaje. Me pidió perdón y

decidimos arreglar las cosas, por ti, no sólo por nosotros. A mi vuelta, nos marcharíamos a Comillas a pasar unos días con la familia de Néstor para intentar comenzar de nuevo. Pero ese maldito se adelantó y entró en la casa cuando estaba sola.

–¿Y cómo pudo entrar? ¿Es que no estaban los criados? –Laia no podía creer lo que estaba oyendo.

–Los criados estaban en casa, pero lo conocían. Y lo dejaron entrar. –Su padre se dio la vuelta. Tenía los ojos llenos de lágrimas, los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

–Pero ¿cómo es posible? ¿Quién era? –preguntó Laia sollozando.

–Mi hermano –dejó escapar la frase quedándose sin aliento. Entonces se tapó el rostro con las manos y se echó a llorar como un niño.

Verlo así la destrozaba, pero también sufría por sí misma. Apenas si era capaz de mantenerse en pie. Se dejó caer en uno de los sillones, porque le pesaba el alma.

–No puede ser. No puedo creer lo que estás diciendo... Mamá no era así.

Ella misma no sabía a qué se refería, si a que su madre no era mujer de tener un amante o a que no era capaz de olvidar el amor que sentía por otro hombre para reconciliarse con su padre. Peor aún sin lo había hecho sólo por ella, por su hija, para salvarla de una sociedad cruel que la habría señalado con el dedo.

–¿Que tu madre no era así? Tú no la conociste realmente, Laia. ¡Para ti era tu madre, nada más!

–Pero no puede ser, ella no...

–¿Ella no podía ser como tú? –gritó enfadado, mirándola con desprecio de nuevo–. ¡Llevas la infidelidad en la sangre!

Entonces se sintió mancillada. Su padre la despreciaba y le hacía pagar por los errores de su madre.

–¿Y tú? –gritó a su vez, levantándose, casi más enfadada que él–. ¡Tampoco es fácil vivir contigo! Imagino que se estaría ahogando a tu lado. Algo debía pasarle para que actuara así contigo... –Miró a su alrededor, buscando respuestas, pero no las encontró, salvo en el rostro irascible de su padre.

–¿Piensas que yo soy el culpable?

–No he dicho eso, pero tampoco puedo creer que mamá se enamorase de otro hombre sin ningún motivo.

–¿Y qué motivo has tenido tú? –le preguntó entonces, alzando aún más la voz–. ¡Salvo que eres una niña estúpida e ignorante que se ha encaprichado de un americano que, seguramente, no siente por ti lo que tú sientes por él!

Laia empezaba a odiarlo. Era extraño, pero de repente su padre ya no era para ella la figura imponente que había sido siempre. De pequeña, en algún momento, también se había enfadado con él, pero ahora lo veía como un hombre desesperado por quedar como el único ser inocente en toda aquella historia.

–Me dijiste que el tío había muerto en aquel accidente de tren con su mujer...

–¡Te mentí! ¡Os mentí a todas! Él la mató y después huyó como un cobarde. El accidente de tu tía vino después, y lo aproveché. Fue la oportunidad de no tener que contaros todo el horror que ellos habían provocado.

–Pero, entonces, ¿cuándo trajiste a Celina a casa...?

–Sus padres habían muerto en el accidente de tren. Me agarré a esa verdad como a un clavo ardiendo. ¿Acaso crees que era fácil contar la verdad? ¡Tenía que proteger vuestro futuro!

Eso sí lo entendió. No debía ser nada fácil contarle a su hija que su hermano había matado a su madre siendo su amante. Y que ese amante era el padre de Celina. Se horrorizó por ella. Si algún día se enteraba, no creía que pudiera superarlo.

–¿Y no lo denunciaste? –Fue su pregunta, justo al tiempo que admitía para sí misma que su padre llevaba parte de razón.

–¿Cómo hacerlo? ¡Era mi hermano!

–Pero había matado a tu esposa... –Lo dijo en voz baja. Ya no podía más. Era demasiado para una sola mañana, para una sola vida.

Sintió que el bebé saltaba en su vientre e intentó calmarse. Respiró profundamente, como Molly le había enseñado que debía hacer. La vida que crecía dentro de ella era lo más importante. Era más fácil entender a su padre ahora que ella también iba a tener un hijo. Todo había cambiado para ella. Iba a ser madre. Y ahora tenía que ser capaz de aceptar la confesión de su padre. Pero ¿cómo iba a mirar ahora a Celina sin que la joven le notase nada?, ¿cómo ocultar a Maman todo aquello? Y, sobre todo, ¿cómo iba a mirar a su padre a partir de aquel momento, sin reprocharle nada, sin odiarlo, sin detestar todas y cada una de sus palabras esa mañana?

Por primera vez se sentía completamente sola. Nunca había necesitado tanto el abrazo de Wings. Ahora que sabía que no podía abrazarle. Se preguntó si ya habría regresado. Ansiaba verlo, sentir sus besos, su rostro, sus labios, su cuerpo. Necesitaba oírle decir que todo iba a ir bien. Sentirse protegida a su lado.

Pero ninguno de sus pensamientos se haría realidad en aquella casa. Tenía que marcharse. Debía dejarlo todo atrás. A su padre, a Néstor y a los demás. No podía enfrentarse a Maman y a Celina, no

cuando sentía que ni siquiera podría enfrentarse a sí misma en el espejo, no tras conocer aquella verdad que estaba a punto de partirle el corazón en dos. Tenía que irse lo antes posible y llevarse consigo el secreto. De esa forma, sólo su padre y ella lo conocerían. Ambos podrían sobrellevarlo en silencio durante toda la vida. Nadie más tenía por qué saberlo. No podía permitir que esas dos mujeres a las que tanto amaba sufrieran lo mismo, o más, que ella misma.

Se levantó y se dirigió a la puerta del despacho de su padre sin mirar atrás.

–Si sales ahora, dejarás de ser mi hija.

Lo escuchó como en sueños, como si su voz retumbase dentro de su cabeza, como una melodía irritable pero, a la vez, mansa y lejana. Sus pasos se acercaban hacia ella cuando le sobrevino una arcada y se vio obligada a doblar su cuerpo. La cabeza le daba vueltas, se agarró el vientre, sus rodillas se doblaron y se dejó caer al suelo sin remedio.

–¡Laia, Laia! –escuchó la voz alarmada de su padre.

Cerró los ojos. Y por fin pudo escapar.

* * *

Maman se levantó de un salto al oír los gritos de su marido y se acercó a la puerta para poner la oreja.

Néstor la miró asombrado por su comportamiento. Cuando la conoció, le pareció que, pese a que don Carlos parecía quererla, ella le demostraba un amor aún más grande. Era justo como hubiese deseado que Laia hubiese sido con él. Por eso, la imagen de aquella mujer, alta y delgada, exuberante, vestida como una señora, escuchando una conversación que no le pertenecía, le pareció casi insultante. Sin embargo, no dijo nada, él también quería seguir escuchando.

Dominique no se preocupaba en absoluto del muchacho. Sólo quería saberlo y entenderlo todo por fin. Si no iba a ser en palabras dirigidas hacia ella, al menos lo escucharía de labios de su esposo dirigiéndose a su hija. Y se quedó sin aliento al oír que la mujer le había sido infiel. Sin embargo, luego había confiado en ella, una artista con un pasado discutible. «¡Cuánto debe amarme entonces en realidad! ¿Cómo no me había dado cuenta antes?», pensó con los ojos empañados.

Después tragó saliva al enterarse de la identidad del asesino. Miró a su alrededor, buscando a Celina, pero se acordó de que había dicho que iba a por el libro. Estaría a punto de bajar. Tenía que evitar que escuchara nada de todo aquello; ella era ahora su madre y debía protegerla. En ese momento, oyó un leve roce y, dándose la vuelta, se

dio cuenta de que el borde de su vestido beige sobresalía detrás de la cortina. Corrió hacia ella. Le faltaba el aire; el comedor estaba más lejos que nunca, pero al mismo tiempo estaba demasiado cerca y los gritos se seguían escuchando.

Celina tenía el rostro rígido y descompuesto. En silencio, intentaba zafarse de Néstor. Maman se arrepintió al instante de haberse entretenido sólo de escuchar sin pensar en los demás. Había sido una egoísta.

–¡Llévatela, por favor! –le pidió a Néstor–. ¡Llévatela de aquí!

Al ver que ella no se movía, Néstor la atrajo hacia sí y la obligó a marcharse con él. Una vez en las escaleras, ella se negó de nuevo y empezó a darle pequeños golpes para que la soltara. Pero Néstor la levantó en brazos y cargó con ella hasta su alcoba. Ligera como un animalillo, el joven notó que al instante se agarraba con fuerza a su cuello y empezaba a llorar sobre su hombro.

El dormitorio, que también había sido el de Laia, todavía era infantil. Sintió entonces Néstor una punzada de dolor y vergüenza. Tal vez no había actuado bien. Se había dejado convencer otra vez por don Carlos, que le había metido miedo por lo que iban a decir sus padres al enterarse; una vez más, todo su valor y la decisión que él creía haber tomado desaparecieron por debajo de la puerta del despacho de su suegro.

Quiso dejar a Celina sobre la cama, pero ella no se soltó; seguía agarrada a su cuello y no dejaba de llorar, así que se sentó él todavía sosteniéndola. La abrazó con fuerza y acarició su pelo repetidas veces para intentar calmarla, aunque, en realidad, él no podía ayudarla. Nada de lo que él pudiera hacer serviría, salvo quedarse allí, con ella entre sus brazos.

Celina había oído lo más horrible que nunca podría haberse imaginado. Era peor incluso que los secretos que aparecían al final de las novelas que su prima le había prestado. Había leído todas las novelas de su prima, pero en ninguna había encontrado algo tan horrible. Y ahora no podía más que llorar y agarrarse fuerte a Néstor. Quizá Maman ya sabía todo aquello y nunca se lo había contado, pensaba. Laia, no, pues parecía estar igual de sorprendida que ella, pero Celina no quería pensar en ella; casi la odiaba y la envidiaba por haberse casado con Néstor y luego por sentirse por encima de todo el mundo, y de él, tanto como para despreciarle.

Pero, sobre todo, no le cabía en la cabeza que su padre pudiera haber hecho algo así... y, además, si no había muerto en el accidente, ¡estaba vivo! Esa esperanza se entremezclaba en su cabeza con el horror de saber que era un asesino. Se agarró aún más fuerte al cuello

de Néstor, mientras dejaba que su llanto la calmase poco a poco.

Celina levantó la cara un momento, y miró a Néstor a los ojos. Él seguía acariciándola, compasivo; estaba tan cerca que casi podían rozarse las mejillas. Siempre le había parecido el mejor de todos los hombres del mundo, pero en aquel momento, además, le pareció tan familiar, tan cariñoso y dulce, que acercó sus labios aniñados, sin carmín y casi morados por el llanto, a los suyos y lo besó despacio.

Se dejó llevar y, por un instante, Néstor no pareció querer retirarse, hasta que de pronto la levantó y la dejó sobre la cama. Corrió hasta la puerta, se dio la vuelta para mirarla un segundo y se marchó sin decir una palabra.

Celina se agarró a uno de los cojines de hilo blanco que había sobre los almohadones y volvió a llorar desconsolada durante un buen rato.

* * *

Los ojos de Laia se abrieron deprisa, como si alguien se hubiese ocupado de despertarla de golpe. Notaba la mirada de Néstor como una amenaza. La contemplaba con los ojos muy abiertos, y se le veía asustado. Nunca antes la había visto tan frágil e indefensa, y en verdad había temido por su vida. Verla de ese modo lo aterraba. Y, culpable como se sentía, ya no estaba seguro de si estaba protegiendo a Laia, al bebé, o a sí mismo.

También don Carlos parecía que sólo trataba de proteger sus intereses. Los negocios con su padre parecían preocuparle más que la felicidad de su hija. Y, en el fondo, él no tenía el valor de Laia. No era capaz de enfrentarse a todos ellos para decidir su destino. Si le habían permitido hasta ahora vivir en Londres y seguir volando, había sido porque pensaban que la guerra duraría sólo unos cuantos meses, pero él sabía que no iba a ser así. Ellos no habían estado allí luchando ni intentando salvar vidas. Ellos no sabían que ahora era cuando empezaba realmente la guerra, que lo peor estaba por llegar. Desde España, todo se veía muy lejano...

–¡Estaba tan preocupado por ti! ¡Creía que iba a perderte! –dejó escapar de su boca todos sus miedos y le tomó la mano, pero Laia se la apartó con rapidez.

–Ya me has perdido –respondió ella sin contemplación ninguna.

–¡Perdóname, Laia! No soy tan valiente como tú... –reconoció, alejándose de la cama.

–Eres un cobarde.

–Tienes razón, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Tu padre lo hace por ti, por proteger tu futuro y el de nuestro hijo.

–¡No es tuyo! ¡No sigas insistiendo!

–¡Pero podría serlo! –Se acercó de nuevo. Tal vez podría convencerla si le decía todo lo que había estado pensando para los dos–. No me importaría cuidarlo y darle mi apellido, eres mi esposa todavía. No tenemos por qué volver a Londres, si no quieres. Te será más fácil olvidarlo y empezar de nuevo si estás lejos. Tampoco hace falta que nos quedemos en Madrid, ni en Comillas, podemos ir a Barcelona, si lo prefieres. Sé que amas tu ciudad. ¿No te gustaría volver?

–Eres el ser más cobarde que conozco –El rostro de Laia reflejaba odio y rabia contenidos–. Me engañaste para venir aquí y ahora intentas convencerme con esas tonterías. ¿Qué clase de mujeres has conocido antes de mí? ¿Es que piensas que todas somos unas idiotas a las que los hombres podéis contentar con una vida regalada? ¡Yo quiero tener mi propia vida! ¿Es que no lo entiendes? ¡Yo también quiero ser piloto, como tú! ¡Quiero regresar a Londres y vivir con el hombre al que amo! Y ése no eres tú.

–No tienes por qué ser tan cruel –dijo.

–¿Me hablas a mí de crueldad? ¡Eres tú quien me ha engañado!

–No te he engañado. Te aseguro que cuando te dije que regresáramos fue por las razones que te dije, pero después tu padre me amenazó y me convenció para...

–Para cargar con un hijo que no es tuyo... Dime una cosa: ¿cuánto tiempo crees que podrás convencer a todo el mundo de que es hijo tuyo? ¿Es que no sabes que llevo en mi vientre a un hijo por cuyas venas corre sangre de color?

De repente se acordó. Había escuchado los rumores sobre la madre de Wings, pero nunca le había dado importancia.

–Y, a pesar de saber eso, ¿te acostaste con él? –le preguntó asqueado.

–El amor no sabe de razas, ni de colores ni de sangres. Ahora veo que nunca has amado realmente a alguien, ni siquiera a mí, porque, si hubieses amado de verdad, con toda el alma, sabrías que no importa nada de eso.

–¡Pero te arriesgaste a tener un hijo negro!

–Un hijo al que amaré por encima de todas las cosas y por encima de todas las personas. Tú nunca conocerás esa clase de amor, porque no eres capaz de entenderlo.

–¡No me hables así! ¡Tampoco soy de piedra! ¡Yo también tengo corazón!

–¡Entonces demuéstralo! Si realmente tienes corazón, sácame de aquí y deja que me vaya.

–No hace falta. Los médicos dicen que estáis bien los dos, así que te mandarán a casa muy pronto.

–No será tan fácil, Néstor. Conozco a mi padre. O, mejor dicho, ahora lo conozco realmente y sé lo que es capaz de hacer.

–No puedes hablar así de tu padre. –Miró hacia al suelo, para que ella no se avergonzara, y añadió–: Escuché todo lo que te dijo. Sé cómo murió tu madre y lo de tu tío. Es horrible, y lo siento muchísimo. Celina también lo escuchó.

Laia cerró los ojos, cegada de nuevo por el dolor. Su prima y ella eran víctimas de aquel secreto familiar.

–¡Dios mío! ¡Pobre Celina! ¡Debe odiarnos a todos!

Néstor recordó el ligero beso que la pequeña le había dado en los labios y sin quererlo se ruborizó. Pero Laia no se dio cuenta, pues Maman entró justo en ese momento. A juzgar por su expresión, no traía buenas noticias, pero se la veía convencida de lo que iba a hacer. Laia la miró en silencio, sin saber cómo sincerarse, esperando a que fuera Dominique la que hablara primero.

–Néstor, por favor, déjame a solas con mi hija –le pidió con autoridad, aunque educada.

Cuando el muchacho salió de la habitación, ocupó su asiento junto a la cama.

–No traigo buenas noticias, querida. Por más que he intentado hablar con tu padre y hacerle razonar, no ha habido forma alguna de hacerle entender. Quiere que permanezcas en este hospital hasta que nazca el bebé, y después volverás a casa y podrás tomar una decisión. Está empeñado en creer que el hijo es de Néstor y, aunque no lo fuera –prosiguió deprisa, al ver que Laia intentaba interrumpirla–, le da lo mismo. Quiere que estés tranquila y segura hasta que haya nacido. Ayer se asustó de verdad cuando te desmayaste.

–¡Pero él no puede retenerme aquí sin mi consentimiento! ¡Pronto cumpliré los veintiuno!

–No importa la mayoría de edad. Tu padre ya ha firmado los papeles de tu matrimonio. Néstor es tu esposo, legalmente el dueño de tu vida –se lamentó–. Y no sólo tú eres de su propiedad, también lo es tu hijo. Por eso, sí pueden retenerte aquí el tiempo que quieran.

Laia no pudo contener que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Si de verdad no podía hacer nada, cuando Wings volviera pensaría que ella lo había abandonado...

–Maman, tienes que ayudarme. ¡No puedo quedarme aquí tanto tiempo!

–Será sólo hasta que nazca el bebé –intentó tranquilizarla–. Después todos volveremos a hablar y tomarás una decisión. Tu padre

me ha prometido que esta vez tendrá en cuenta lo que yo pueda decir también, y eso incluye tus deseos, querida.

–¡Lo sé! Sé que tú quieres ayudarme, pero tienes que escucharme. ¡Tengo que marcharme ahora! Este hijo no es de Néstor, es del hombre al que amo. Se llama Wings y...

–No es momento para hablar de esto ahora –suspiró Dominique–. Ya lo hablaremos otro día, ahora estás muy alterada. Créeme, hija mía, yo velaré por tus deseos aunque me cueste mi matrimonio. ¿Podrás confiar en mí?

Laia asintió. Claro que podía confiar en ella. Era la única persona en la que podía confiar en aquellos momentos.

–Entonces, escúchame. Lo haremos a nuestra manera –bajó el tono de voz, como si temiera que pudieran escucharla–. Ellos tienen el poder legal sobre nosotras, pero nosotras también podemos hacer algo. Sé que va a costarte mucho, pero intenta ser paciente y amable con Néstor, es la única manera de que esté de tu lado y no en el de tu padre. Lo necesitas para escapar de todo esto, querida. Sé paciente. Lo conseguiremos.

Laia volvió a asentir y se enjugó las lágrimas. Se sentía desconsolada, pero las palabras de Maman eran algo a lo que agarrarse. Parecía sincera. Al menos, ya no se sentía tan sola como antes.

–Le dije a tu padre que, si insistía en obligar a Néstor a seguir casado contigo, echaría a su hija de su lado para siempre. Y creo que eso le hizo cambiar de opinión. Por eso ha accedido a que seáis vosotros mismos los que toméis la decisión de continuar juntos o de separaros, una vez que haya nacido el niño. Él confía en que cuando tengas a tu hijo en tus brazos cambiarás de opinión y te olvidarás de ese americano. Pero yo sé que no es así, sé que lo amas de verdad, lo veo en tus ojos.

Una nueva lágrima resbaló por la mejilla de Laia, que apenas podía hablar, tan sólo volver a asentir con la cabeza.

–Pero él me odiará si no vuelvo. Pensará que le he abandonado...

–Si te ama de verdad, te entenderá y, cuando regreses, sabrá que le estás contando la verdad. ¿Él sabe lo del bebé? –preguntó, intuyendo la respuesta.

–No tuve tiempo de decírselo. Estaba en una misión y aún no había regresado cuando me enteré. Néstor me dijo que podríamos estar de vuelta mientras él estaba fuera. Y yo lo creí. ¡Estúpida! –se lamentó.

–¡No te culpes! Néstor no te mintió, hiciste bien en creerlo, pero es demasiado cobarde para mantener su decisión y enfrentarse a tu padre y a los suyos. No es como tú. –Dominique miró a la joven y la vio

preciosa, mayor de lo que la recordaba. Había crecido y madurado mucho en aquellos meses. Le acarició el rostro y le retiró un mechón de cabello de la cara–. Eres intrépida y valiente, y más inteligente de lo que crees, y precisamente por eso tienes que calmarte y tener mucha paciencia. Ahora lo más importante es tu bebé. Y quizá puedas escribir una carta a Wings. Veré cómo puedo hacer para llevarla al correo sin que tu padre me vea.

Laia volvió a asentir y asió la mano de Maman para besarla entre la humedad de sus lágrimas. Aquello era una esperanza. Escribir a Wings podría ser la solución.

–¿Y Celina? –preguntó entonces con verdadera preocupación.

–Está muy triste, pero lo superará. En el fondo, la esperanza de que su padre esté vivo es un gran alivio para ella.

–Pero es un asesino....

–Por ahora sólo piensa en que es su padre. Supongo que, si consigue encontrarlo alguna vez, él le explicará por qué hizo lo que hizo. No sabemos cómo ocurrió realmente. Yo tampoco creo que su intención fuese acabar con su vida, seguramente hubo una discusión, forcejearon y... No sé, me cuesta incluso imaginarlo. Ni siquiera tu padre sabe realmente cómo fue.

–¿Has podido hablar con él de esto?

–Sí, me lo debía después de habérmelo ocultado tanto tiempo. No puedo culparlo, sé que sólo intentaba protegernos a las tres, pero me debía una explicación.

–Yo no recuerdo haber visto a nadie cuando la encontré en el suelo de la alcoba.

–Lo sé, querida. Eras tan sólo una niña. Pero él asegura que fue su hermano, acababa de descubrir que eran amantes. O quizá sólo está echándole la culpa por rencor.

–Eso espero, Maman, por el bien de Celina espero que no fuera él.

–Y por el tuyo. Sois primas y os queréis. No podéis dejar que el error de vuestros padres os separe.

–Lo sé, Maman. ¡Y ojalá ella piense lo mismo!

–Ella te adora, querida. Es sólo que está en la edad del pavo ahora mismo.

–Pero el otro día parecía muy enfadada conmigo.

–Cree que debe mostrarse enfadada porque piensa que tú lo tienes todo y ella no tiene nada. Tú tienes a Néstor, a Wings... Pero pronto se dará cuenta de que no debe tener celos. Tranquila, todo se arreglará, y después nos reiremos de todo esto. Pero recuerda: muéstrate amable con Néstor por ahora, debemos tenerle de nuestro lado.

Laia sintió calma por fin. No sabía cómo iba a solucionarlo, pero

confiaba en ella. Si había alguien que le había demostrado una y otra vez que podía tener toda su confianza, era Dominique. La quiso más aún en aquel momento y la admiró como nunca lo había hecho. Se dio cuenta, de repente, de que aquella mujer había cambiado su vida en libertad por el amor de su padre, y, a cambio, había recibido una nueva familia y a dos niñas a las que, sin ser sus hijas, quería como como tal; pero también había recibido muchos secretos difíciles de aceptar. Si ella hubiese estado en su lugar, quizá no lo hubiera podido soportar y habría intentado huir a su vida anterior.

Dominique no había soñado nunca con una vida como aquélla. En realidad, sí había pensado en escapar tras conocer que su esposo le había ocultado algo tan importante. Pero jamás se había imaginado siendo la madre de dos muchachas a las que la vida sacudía con secretos que eran como dagas en sus corazones. No, tampoco nunca había soñado con representar el papel de esposa y madre. Pero siempre había escuchado a su corazón y no a su cabeza. Y éste le decía que debía estar con los que amaba, fuesen cuales fuesen las circunstancias, y ayudarles a redescubrir el amor que sentían entre ellos. Si ella podía ser el hilo que los mantuviese unidos, lo sería, y además se sentiría orgullosa, porque por primera vez sabía que su papel en la vida era valioso.

18. La resistencia del amor

Durante aquellos meses, confiaba en que cuando el bebé naciera todo sería más fácil. Pero no fue así. Al contrario, cada día las lágrimas aparecían más fácilmente cuando pensaba en que pronto llegaría el momento de marcharse, llevándose en brazos a aquella vida que hacía pocas semanas acababa de nacer, para intentar recuperar lo que había perdido.

Seguía echando de menos a Wings, tanto que a veces le dolían los brazos por desear abrazarse a su cuerpo. Se preguntaba cómo era posible amar así a alguien a quien apenas conocía. Pero sentía que su amor iba más allá de todo. Le había escrito una carta, pero nunca recibió respuesta. Maman la envió personalmente desde la oficina de correos. Su padre se opuso en un primer momento, pero ella no se había dejado intimidar.

–Vas a perder a tu hija para siempre si continúas ocultando que tú también tienes corazón.

Don Carlos pareció no inmutarse, y Maman se alejó de él un tanto frustrada. Sin embargo, el hombre se sentía cada día más solo y más desdichado desde que su familia le había dado la espalda. Celina hacía tiempo que no lo miraba a los ojos; respondía a sus preguntas con monosílabos cuando trataba de hacerle ver que sí era un miembro de la familia ahora que ella parecía pensar que no. Y eso le dolía, pues la quería como a una hija. Aunque aún no se había atrevido a hablar con ella de lo sucedido... Laia había vuelto un par de semanas atrás con el bebé en brazos. Era abuelo, pero no se sentía feliz porque su hija no lo era. Le sorprendió comprobar lo buenísima madre que era y cómo cuidaba de su bebé; apenas pedía ayuda, aunque él se había encargado de contratar a una niñera, pero ella no dejaba a casi nadie que se acercase a su alcoba, tan sólo a Dominique, pues únicamente confiaba en ella.

Y su esposa parecía estar guardando en su interior tantos reproches

y tantas preguntas que le resultaba difícil estar junto a ella. Sabía que le debía una disculpa. Siempre había tenido miedo de que ella lo abandonase al enterarse; había temido que lo viera como el hombre que no era en realidad, un hombre frío y sin corazón que no había sido capaz ni de mantener a su esposa a su lado. Se avergonzaba de ser el hombre a quien habían despreciado para amar a otro. Mucho más cuando ese otro era su propio hermano. Su hermano pequeño, aquel a quien siempre había protegido; aquel en quien siempre había confiado.

Néstor era el único con quien podía hablar como antes, pero en sus ojos veía tanto dolor y tanta rabia hacia él que prefería tenerlo lejos. Y el muchacho también procuraba no acercarse. Por eso, mientras él y Laia vivieron en su casa, aunque seguían durmiendo en habitaciones separadas, Néstor pasaba casi todo el día en la escuela de Cuatro Vientos. En su cabeza volvía a brillar la idea de seguir pilotando.

En el fondo, don Carlos sólo quería que las cosas volvieran a ser como cuando regresaron a España. Quería que volviesen a ser una familia de nuevo, bajo sus reglas, pues él y sólo él tenía la sabiduría para ver más allá de todos aquellos sentimientos que tanto habían trastornado a todos. Sólo él tenía sentido común.

Laia conocía a su padre y sabía que nunca daría su brazo a torcer. Había aprendido a la fuerza que no podía confiar en Néstor, pues era un pelele en manos de todos aquellos que pretendían dirigir su vida. Le daba rabia, sin embargo, que él pudiera acudir a la escuela de pilotos con total libertad mientras ella tenía que mantener en secreto ante su padre que tenía un título de instructora de vuelo. ¡Cuánto le habría gustado restregárselo por la cara! Seguía enfadada con él, pero ahora tenía que pensar en algo mucho más importante que ella misma mientras esperaba el momento idóneo para marcharse.

Aún no había hablado con Celina desde que había vuelto. Lo había intentado en dos ocasiones, entrando en su alcoba durante la noche, pero siempre estaba dormida. O quizá fingía que dormía, y eso significaba que su prima no estaba preparada aún para hablar. Laia deseaba respetar sus sentimientos, pero no tenía tiempo para eso. Todos podían ver en ella a una madre amantísima, dedicada solamente a cuidar de su bebé, pero tras todo su amor se escondía una sola idea: regresar a Londres junto a Wings llevándose a su bebé con ella.

Una tarde, Néstor, a quien intentaba hablar de forma amable, como le había pedido Maman, pero a quien apenas podía soportar, apareció con un sobre que le lanzó sobre la cama, como si tuviese miedo de estar cerca de ella cuando lo abriese.

Laia lo miró a los ojos, esperando una respuesta que nunca llegó. Entonces lo abrió y, cuando vio el libro de familia, estuvo a punto de estallar.

–Tienes que decidir un nombre –le dijo al fin, como si pensase que podía darle órdenes–. Tu padre me persigue día y noche para que le dé mis apellidos, pero no puedo hacerlo hasta que no me digas cómo va a llamarse.

–¡Márchate! –le exigió–. No dejaré que lleve tus apellidos.

–Tendrás que hacerlo. Es así como lo quiere tu padre, y yo no voy a contradecirlo.

–¡No serías capaz de contradecirlo ni a costa de tu felicidad!

–¡Quiero acabar con esto ya, Laia! ¡Es lo único que quiero! –exclamó y se acercó a la cuna para mirar al bebé.

–¡Vete de aquí! ¡Déjanos en paz! –gritó ella, echándolo de la habitación con un gesto y cerrando la puerta después de un golpe.

No podía esperar más, ni siquiera para intentar arreglar las cosas con Celina. Había llegado el momento de partir, pero ¿cómo iba a hacerlo sin dinero y sin ayuda? ¿Y si su padre la descubría y la encerraba en su habitación? Entre lágrimas, escondió el libro de familia en un cajón de la cómoda, bajo su ropa. Sería mejor si Néstor no lo encontraba. Tardaría unas cuantas semanas en conseguir otro.

Luego se acercó a la cuna. El bebé dormía con placidez. Y se dejó caer sobre la cama, cansada.

* * *

La luz del sol entraba ya por la ventana cuando terminó de empaquetar unas cuantas cosas y de acomodar a su bebé en la cestita. Lo tenía todo preparado. Maman le había dado el dinero suficiente para pedir un coche que la acercase hasta el puerto. Allí, un barco la llevaría de vuelta a Londres. Tardaría semanas en llegar, pero era la única manera de marcharse con el bebé.

Dominique había llorado al darle el dinero, pero lo había hecho también alegrándose por ella. Sabía que su hija nunca podría acomodarse a la vida que su padre le tenía planeada. Nunca olvidaría a ese chico americano y, ahora que se lo había contado todo, incluso que su madre había sido una mujer de color, si su esposo se enteraba sería terrible, la separación total y absoluta entre padre e hija. Era mejor callarlo para siempre. Ya que Dios le había otorgado una piel blanca al bebé, nadie más que ellas y Néstor tenían por qué saberlo.

Laia la besó con verdadero cariño, y guardó el dinero en la bolsa. Al bajar las escaleras, pasó junto a la puerta cerrada de Celina. Una

vez abajo, se despidió de Maman en silencio. El coche estaría a punto de llegar.

Ya con la puerta abierta y con las maletas en la mano, Laia oyó una voz a sus espaldas.

–¡Espera! –dijo Celina, intentando no gritar–. He roto la hucha, y esto es lo que he conseguido –y ofreció a su prima un puñado de monedas.

Laia las recibió con una sonrisa, y luego le dio un abrazo tan fuerte que casi no podían respirar ninguna de las dos.

–¡No irás a ninguna parte con ese bebé! –las interrumpió de repente don Carlos, que irrumpió en el vestíbulo vestido aún con el batín.

Laia sintió que todos sus esfuerzos se venían abajo. Maman se acercó a él para intentar retenerle, pero su esposo le arrancó a su hija la cesta del bebé de sus brazos sin ninguna contemplación.

–¡Te arrepentirás de esto toda tu vida, deja que se marche! –le gritó desesperada–. ¡Es tu hija! ¡Sangre de tu sangre!

Laia dejó escapar un grito sordo de dolor al sentir que se llevaba lo que más quería, pero no pudo evitarlo.

–Si quieres marcharte, hazlo, pero no te llevarás al bebé. Forma parte de esta familia y se quedará aquí –gritó don Carlos.

–¡Papá, por Dios! ¡Ya te he dicho que no es de Néstor!

–Eso debías haberlo pensado antes de acostarte con un hombre que no es tu marido.

–¡Papá, escúchame, por favor! ¡No puedes hacerme esto! –murmuró suplicante.

–Puedo y lo haré. Si no quieres que lo haga, quédate aquí. ¡Ésta es tu casa!

Laia sintió toda la culpabilidad de una madre, pero ya había tomado una decisión. Entendió entonces lo desgarrador que es el dolor de una mujer cuando le arrancan la vida de los brazos. Dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas mientras su cuerpo se doblaba con una punzada de dolor en su vientre, que sintió vacío, como si su vida se le hubiese escapado y fuese a estar muerta a partir de ese momento. Sin embargo, no miró hacia atrás. Cogió de nuevo la bolsa y cruzó el umbral.

Inspiró el aire puro de la mañana, pero no parecía haber suficiente oxígeno en el mundo. Sabía que su bebé estaría en buenas manos con Maman y con Celina, pero su dolor era tan grande que sus pasos se le hicieron difíciles. Cuando llegó a la esquina donde la esperaba el coche, escuchó la voz de su prima que corría tras ella y gritaba su nombre:

–¡Laia, espera!

Se dio la vuelta para mirarla y sentir de nuevo su abrazo, y entonces rompió a llorar sobre su hombro, con total desconsuelo.

–¡No llores más, querida! ¡Escúchame! –La abrazó por los hombros–. ¡Necesito que me escuches, por favor! –Laia pareció reaccionar y asintió–. Ve a la escuela de pilotos. Hay un avión que sale para Londres esta misma tarde. Puedes esperar allí, y ellos te llevarán. ¿Recuerdas a tu profesor de vuelo? Hablé con él hace unos días, lo tenía todo preparado por si ocurría esto. ¡Era lo que quería a decirte!

Laia abrió los ojos, sorprendida, e intentó sonreír, aunque no lo consiguió. La abrazó de nuevo, enormemente agradecida.

–Volveré, Celina. Wings y yo regresaremos. Cuida de mi bebé mientras tanto, por favor.

–Lo haré, no te preocupes. Confía en mí.

–¿Cómo supiste que pasaría esto? –acertó a decir.

–Porque conozco a tu padre y sabía que no te dejaría marchar. Es lo mismo que hizo con tu madre.

Laia no tenía tiempo de más explicaciones. La abrazó otra vez, entró en el coche y por la ventanilla vio cómo su prima desandaba sus pasos hasta volver a la casa, donde un Néstor con el rostro airado, al que detestó completamente, la esperaba en la puerta de hierro del jardín.

–¿Al puerto, señorita?

–No, he cambiado de destino. Lléveme a la escuela de Cuatro Vientos, por favor.

Y comenzó a llorar desconsolada, tapándose la cara con las manos.

* * *

Se sintió aún más frustrada cuando supo por los muchachos de la banda que Wings había regresado y había vuelto a marcharse. Dejó sus cosas en el apartamento y corrió a la escuela, pues le comentaron que el comandante tenía noticias sobre él y no eran muy halagüeñas. La carta que ella le había enviado descansaba sobre la mesita de noche junto a la trompeta. Joe, el pianista, la había dejado allí. Wings no había llegado a verla; se había marchado antes a una nueva misión.

–Creo que temió que lo hubieras abandonado –le dijo Joe cuando la ayudó a subir la bolsa de viaje a la habitación–. Le dijimos que no podía ser eso, que te habría pasado algo, quizás algún problema familiar, y que no se preocupara porque volverías. Pero Wings es demasiado impaciente para esperar sentado. Lo intentó unas cuantas semanas, pero no lo soportó y decidió marcharse de nuevo de

voluntario.

Laia se derrumbó. Ni siquiera tuvo fuerzas para contarle a Joe too lo ocurrido, que había sido madre, que había tenido que marcharse dejando el alma en Madrid y que echaba tanto de menos a Wings que creía que no iba a soportar este mundo sin él.

–Esta vez no ha regresado cuando debía. Perdieron su avión en el radar y se temen lo peor. Laia, lo siento mucho. –No pudo ocultar sus ojos llorosos–. Quieren enviar a alguien a buscarlo, pero es muy peligroso y no sé si van a hacerlo. Es difícil encontrar a alguien que no tenga nada que perder en esta vida.

–¿Quién es su comandante? –le preguntó entonces. No tenía tiempo de llorar siquiera.

Y cogió su bolso y, corriendo, salió a buscar el tranvía. En la escuela, preguntó a su profesor de vuelo y a todos los pilotos hasta averiguar cuál era el despacho del comandante. Tras aquella puerta, solamente se oía el silencio, y se decidió a llamar. El hombre la recibió sorprendido.

–Comandante, soy la esposa de Wings. Bueno... –intentó aclarar–. No soy realmente su esposa, pero soy su novia o como quiera llamarlo.

–La entiendo, señorita, no se preocupe. –Bajó la cabeza–. Imagino que le han comunicado la pérdida de su avión. Debo decirle que lo siento mucho. Wings es uno de nuestros mejores hombres y lamentamos terriblemente lo ocurrido. Pero espero que pueda sentir algo de alivio al saber que estamos buscando a otro piloto con sus mismas capacidades para intentar encontrarlo. Si está perdido en algún lugar a las afueras de París, queremos encontrarlo. ¡No dejamos solos a nuestros muchachos, se lo aseguro!

Laia sintió cierto alivio, pero al instante notó un escalofrío: habían perdido el contacto con su avión en París.

–¿Cree que está herido? –Fue lo único que pudo preguntar.

–No podemos saberlo, pero es posible que sí. Aunque, si así fuera, sé que Wings es lo suficientemente valiente y fuerte como para aguantar y esperar nuestra ayuda. Sabe que está en un país invadido, pero habla su idioma a la perfección. No se preocupe, confiamos completamente en su sentido común.

–¿Y van a ir a buscarlo? ¿Cuánto tardarán?

–Lo cierto es que no es tan fácil como nos gustaría.

–¿Por qué?

–Porque necesitamos un hombre capaz, y muy audaz, que se ocupe de sacarlo de allí, a él y a su avión.

–¿Por qué es tan importante su avión? ¿No es más importante salvarlo a él?

–Señorita, me gustaría poder decirle lo contrario, y puedo imaginar lo mucho que va a odiarme por lo que le voy a responder, pero recuperar su avión es nuestro primer objetivo.

–No entiendo qué quiere decir...

–Wings realizaba una misión de las más importantes que han salido de estos hangares, pero tiene que comprender que no puedo contarle de qué se trata. Tan sólo puedo insistir en que debemos recuperar su avión. Llevaremos a un mecánico para que pueda arreglarlo y a dos pilotos capaces y con la suficiente sangre fría como para pilotar hasta allí y regresar con los dos aviones.

–Y encontrar a Wings... –dijo Laia esperanzada.

–Y encontrar a Wings. Para hacerlo, tendrán solamente unas horas, no puedo darles más. El riesgo que corren es demasiado grande.

–Y no irían si no fuera porque ustedes, los ingleses, quieren recuperar ese maldito avión, ¿verdad? ¿Es eso lo que me está diciendo?

–Por favor, no nos vea como el enemigo, señorita. Por su acento deduzco que no es inglesa, pero le aseguro que ahora estamos todos en el mismo barco.

Laia trataba de pensar con rapidez. No podía dejar todo en manos de aquel militar y de los pilotos que fueran elegidos. Ella tenía que hacer algo, y rápido. Y lo supo de repente. No podía vivir sin Wings y haría lo que estuviera en su mano para recuperarlo.

–¡Iré yo! –exclamó, levantándose de la silla de un salto y cuadrándose casi como un soldado ante la mirada anonadada del comandante, que primero sonrió y después se puso más serio de lo que lo había estado en toda la conversación–. ¡Me ofrezco voluntaria, señor! ¡Yo soy el piloto que está buscando!

–Señorita, entiendo su desesperación, pero...

–¡Por favor, hable con mi profesor de vuelo! Él le dirá lo que soy capaz de hacer ahí arriba. Mi primer profesor en esta escuela fue Wings, él me enseñó a pilotar. Puedo hacer las mismas cosas y soy capaz de traer ese avión de vuelta y encontrarlo. Además, sé lo básico en primeros auxilios, por si necesitase ayuda sanitaria. No tiene que buscar a nadie más, aquí me tiene. Yo soy ese piloto capaz y audaz que está buscando.

–Señorita, de nuevo le agradezco su ofrecimiento, y admiro su valor al ofrecerse voluntaria, pero imagine si esta misión es difícil para un hombre lo que puede significar para una mujer...

–No estoy de acuerdo. –Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no las dejó caer, pues sabía que no podía demostrar ni un ápice de debilidad–. Soy perfectamente capaz de llevar a cabo esta misión igual

que cualquier hombre, señor. Es más, le puedo asegurar que manejo mejor el avión que muchos de ellos. Por favor, hable con mi profesor de vuelo antes de negarse.

–Aunque fuese usted la mejor piloto de Inglaterra, ¿cómo podría ponerla en peligro, sabiendo que es la esposa de Wings? –El comandante trató de ser delicado–. ¿Qué diría él si yo aceptase a ponerla en tal riesgo?

–Señor, debo decirle algo importante... –dejó escapar un suspiro antes de continuar–. Wings y yo hemos sido padres, y no puedo dejar que esa vida que ha crecido dentro de mí continúe la suya en este mundo sin tener a su padre a su lado. No sabe lo mucho que me ha costado volver a Londres desde Madrid... No hay tiempo para contárselo, pero, si lo supiera, estoy segura de que me aceptaría como voluntaria para esta misión.

El rostro del comandante se mostraba mucho más alarmado que un instante antes.

–Peor aún sabiendo esto. Wings no me perdonaría nunca que dejase a su hijo sin su madre...

–¡Sí le perdonaría! Porque él sabe que sólo yo iré a Francia con el ánimo de encontrarlo. ¡No pararé hasta conseguirlo!

–¿Y cómo cree que podrá hacer eso, en un país extranjero que ahora es enemigo?

–El francés es mi segundo idioma, señor. No encontrará a un solo piloto que lo hable como yo, se lo aseguro. Además, mi acento no es como el de Wings, de Nueva Orleans, sino auténticamente francés; me eduqué en un colegio católico de Poitiers. Y tampoco encontrará a ningún otro piloto que pueda hacerse pasar por francesa. No subestime la capacidad de una mujer, señor. Soy perfectamente capaz de encontrarlo y de pilotar su avión de regreso a casa.

El comandante la miraba con las dudas brillándole en los ojos. Pero el hecho de que ella hablase perfectamente el francés, además de ser piloto, podía ser lo mejor para la misión. Tras unos instantes de reflexión, le concedió que tomaría una decisión después de hablar con su profesor de vuelo. Mientras tanto, podía marcharse a casa. La haría avisar en breve para comunicarle su decisión.

Laia no empezó a rezar para ser la elegida. Sabía que sólo su corazón podía ser la brújula que la condujese hasta Wings.

* * *

En la oscuridad de la noche, cualquier lugar parece hostil. Aquel pueblecito a las afueras de París se le presentaba como la prueba más

importante y temida de su vida. A pesar de su arrojo, promovido por el deseo de encontrar a Wings, aguardó pacientemente, escondida en el cauce del río a la entrada del pueblo, con el corazón encogido y las piernas temblorosas. No sólo temía que los nazis la encontrasen, quizás ése podría ser el menor de sus males en aquel momento; había peligros mucho más comunes pero igual de temidos, pues era una muchacha perdida en mitad de la noche.

Estaba completamente sola. El otro piloto y el mecánico se habían quedado junto al avión de Wings. Al parecer, había podido llevarlo hasta una explanada cercana al bosque, y allí había tenido las fuerzas necesarias para arrancar unas grandes ramas y colocarlas sobre el aparato, evitando que fuera descubierto durante el día. En cuanto lo repararan, sus compañeros se marcharían. Y, entretanto, ella debía encontrarlo y llevarlo de vuelta a Londres con su avión.

Retiró los funestos pensamientos de su mente y se esforzó en creer que él debía estar bien. Si había sido capaz de hacer todo eso, era porque aún tenía fuerzas. No lo habían hallado junto al avión; la sed y el hambre, y posiblemente también alguna herida, lo habrían obligado a acercarse al río y después al pueblo para buscar ayuda.

Laia tenía la orden de encontrar a un miembro de la resistencia. Debía buscar la iglesia y preguntar allí. No tenía pérdida. Al llegar al puente, la torre del edificio sobresalía por encima del resto de las casas. Caminaría hasta allí oculta en mitad de la noche. Pero, una vez llegara, ¿cómo saber a quién preguntar? ¿Podía fiarse del alma que abriese la puerta?

Denisse Vien. Imaginaba que sería su nombre verdadero, pero quizá nadie sabía que pertenecía a la resistencia. La habían aleccionado para responder, si alguien le preguntaba, con una excusa de por qué lo estaba buscando. La coartada perfecta: era una prima suya de Poitiers que había llegado esa misma mañana con la intención de quedarse unos días en casa de la familia. Acababa de enviudar y necesitaba un cambio. ¿Quién no se apiadaría de una viuda tan joven?

Pero, mientras tanto, la oscuridad acechaba, y los ruidos del bosque cercano la atemorizaban. Se retiró de la mejilla un pequeño enjambre de mosquitos, y de repente se dio cuenta de que ya había un poco de luz a su alrededor. Las luces de las farolas estaban cada vez más cercanas y pronto entraría en el pueblo, cruzando el pequeño puente de piedra sobre el río Thérain. Decidió rodearlo y atravesar los campos que la separaban del templo en lugar de adentrarse en las calles empedradas, donde podría ser fácilmente descubierta por algún habitante de vida nocturna.

Le temblaban las manos. Sabía que el pueblo había sido

bombardeado al principio de la guerra, luego era fácil que sus gentes fuesen completamente hostiles a la invasión alemana, pero también podía encontrarse con algún enemigo. Según le habían informado en Londres, éstos solían pasar por allí en uno de sus coches a la vista de todos una vez dado el toque de queda.

De repente, escuchó un motor a lo lejos y se escondió tras un árbol, con el corazón latiéndole muy deprisa. El coche pasó lejos. Laia no pudo verlo, y por suerte tampoco nadie la vio a ella. Cuando el ruido se alejó, cruzó corriendo la explanada. Casi se asustó al ver el enorme edificio que se extendía con majestuosidad ante sus ojos, de tanta belleza como las catedrales de algunas de las ciudades europeas que había visitado juntos a sus padres. Debía buscar la fachada sur, así que rodeó la iglesia hasta encontrar la puerta. Ésta no era tan pequeña como esperaba, ni tan oculta a las miradas. Alegrándose en su interior de que la noche fuese cerrada, sin pensarlo ni un minuto más, a pesar de que continuaba temblando de miedo y también por el frío de la madrugada, cogió la aldaba y golpeó la madera con fuerza.

La llamada resonó en el interior como presagio de que algo iba a ocurrir. Pero no escuchó nada ni a nadie. Decidió esperar, no quería seguir llamando y despertar sospechas, pero estaba actuando a ciegas, pues no sabía quién debía recibirla. Si aparecía alguien que no conocía la contraseña, ¿qué iba a hacer?

Al fin escuchó el ruido del cerrojo y pequeña puerta encajada en el hueco del pórtico medieval se movió.

–Ave María purísima –dijo en francés.

–Sin pecado concebida –respondió Laia, recordando perfectamente su educación religiosa en el colegio de monjas.

Era un hombre vestido con una sotana negra a quien apenas podía ver el rostro.

–Busco a Dennis Vien, soy su prima y acabo de enviudar... –No tenía por qué continuar con la explicación, pero estaba demasiado nerviosa.

El sacerdote la dejó pasar sin decir nada. Laia calló al instante. Una vez dentro, el hombre volvió a echar el cerrojo. Cuando se dio la vuelta, la invitó a seguirlo por uno de los pasillos laterales que llegaban hasta el altar mayor. Apenas unas velas iluminaban el interior, pero lo suficiente para ver que era un edificio majestuoso.

Escuchó sus propios pasos mientras seguía con rapidez al sacerdote, deseosa de hallarse por fin frente al miembro de la resistencia con el que debía reunirse. En la sacristía había dos grandes armarios con puertas acristaladas, en cuyo interior las estolas y casullas se veían perfectamente ordenadas. Cruzaron la estancia y volvieron a salir por

otra de las puertas, que daba a una estrecha escalera de madera que parecía llevar al campanario. El sacerdote le indicó que subiese, pero tendría que hacerlo sola. Él se quedaba allí. Le entregó una pequeña linterna encendida y desapareció por la sacristía.

Laia sintió miedo otra vez. Las escaleras parecían el camino de entrada a la boca del lobo, y pensó que era una caperucita en peligro. Dio un suspiro, y pensó en Wings. Entonces, se agarró a la barandilla, con la mano que tenía libre, y subió el primer escalón, alumbrando el camino con la pequeña lucecita de la linterna.

Cuando los anchos escalones terminaron, se sorprendió de no estar en el campanario, sino ante el aparentemente complicado mecanismo de un gran reloj. La estancia era un poco pequeña, pero no estaba sola. Una silueta permanecía de espaldas a ella.

–Dennis Vien –dijo casi en un susurro–. Busco a un hombre llamado así –aclaró con un tono de voz un poco más fuerte.

La silueta se dio la vuelta, dio unos pasos acercándose a ella y dejó que la linterna le iluminara el rostro.

–No busca a un hombre, sino a una mujer.

Laia se sorprendió, pero se sintió aliviada al mismo tiempo. Casi sonrió al verla.

–Es usted... Laia –afirmó la mujer, más que preguntar. Iba a contestar, pero la otra añadió de inmediato–: No me diga su apellido. No necesito saberlo. Puede descansar en ese banco si quiere. –Señaló un asiento de madera–. No podremos salir de aquí hasta que amanezca. Quítese la ropa y póngase ésta. Su aspecto no es demasiado francés.

Laia se había cambiado el mono de piloto por uno de sus vestidos, pero al parecer las mujeres francesas vestían diferente en los centros rurales. Ya vestida de nuevo, se sentó en el banco que la mujer le había indicado. Quiso hablar, hubiera querido preguntarle muchas cosas, como por ejemplo cómo una mujer estaba en la resistencia, pero enseguida imaginó que no debía ser la única. Casi sin pensar, se le escapó una frase que demostraba que aún estaba sorprendida.

–¡Es usted una mujer! –se le escapó al fin.

–Usted también lo es –respondió Dennis, lo que provocó una nueva sonrisa en Laia–. Yo también esperaba a un piloto.

–Yo soy piloto.

–Y yo soy miembro de la resistencia. Me alegro de que en todas partes las mujeres nos movilicemos para ganar esta guerra. Pero le aseguro que es más sorprendente para mí que una mujer sea capaz de hacer volar un avión.

–Seguro que usted tiene una razón muy poderosa para hacer lo que

hace –Laia intentó que Dennis viera que la comprendía, incluso sin conocer su historia.

–No crea que mis razones son demasiado nobles. ¡Sólo quiero matar a esos cerdos!

Una respuesta muy clara. No necesitaba decir nada más, y Laia ya no supo qué decir, tan sólo fue capaz de preguntar por Wings, aunque sin nombrarlo, para no correr ningún riesgo:

–Sabe lo que he venido a buscar, ¿verdad?

Dennis asintió con la cabeza.

–Sí, y sé dónde puede encontrarlo –respondió, para alivio de Laia.

–¿Y cómo se encuentra?

–No demasiado bien... –La sensación de alivio desapareció de repente.

–¿Necesita medicinas? Debería haberlas traído– –se lamentó.

–Necesita regresar a Londres. Allí podrán curarlo.

–¿Qué le ocurre?

–Debió darse un golpe en la cabeza en el accidente. Le falla la vista y a veces se queja de un fuerte dolor en la sien.

Laia se alarmó.

–¿Lo ha visto un médico?

–¿Piensa que todos los habitantes de este pueblo son de la resistencia? –respondió Dennis irónica–. Lo hemos tenido oculto en una casa cercana a la iglesia. El sacerdote se encarga de vigilarlo, la casa es de unos familiares suyos. No podemos arriesgarnos a avisar a ningún médico si no estamos seguros de que odian a los nazis.

–Lo entiendo. –Laia se lamentó de su torpeza, pero ella sólo podía pensar en curar a Wings.

–No se preocupe, podrán marcharse cruzando el bosque. Nosotros la ayudaremos a llevarlo hasta allí, pero después tendrá que arreglárselas sola –se calló durante unos instantes y luego añadió–: Él la ama. Está completamente loco por usted.

Laia no supo qué contestar. Notó cómo se ruborizaba.

–La primera noche no paraba de llamarla –continuó al cabo Dennis–. Decía su nombre continuamente. Y después, cuando por fin despertó, le pregunté quién era Laia y me dijo que era la mujer que amaba, y que la quería tanto que sentía mucho dolor al pensar que no volvería a verla. También me dijo que usted era el mejor piloto que nunca había conocido. No sé por qué él pensaba que nunca más se encontrarían..., pero aquí está usted. Debe quererlo mucho también.

–Más que a mi vida –respondió por fin, con toda la certeza que le otorgaba su corazón–. No puede ni imaginar lo mucho que me ha costado llegar hasta aquí. ¡No sabe cuánto he tenido que dejar atrás!

–No, no puedo imaginarlo. Pero entiendo perfectamente ese sentimiento. El hombre al que amo también está en algún lugar perdido por culpa de esos malditos nazis, pero yo no puedo estar tan segura de encontrarlo como usted.

–Lo siento mucho, Dennis. ¡Cuánto me gustaría que las cosas fueran de otra manera! Pero esta maldita guerra...

–Las guerras son así. Siempre nos devuelven a la realidad de las cosas importantes, ¿no cree? Es lo único bueno que tienen: nos hacen darnos cuenta de lo que realmente importa.

–Eso es cierto. Y sólo importan dos cosas en la vida, las personas que amamos y nuestros sueños, aquello que nos hace felices, nada más.

–Así es. Si esta guerra acaba algún día, no perderé más tiempo en lo que otros quieren de mí. Me dedicaré a hacer lo que yo quiera. Aún no sé qué es, pero lo encontraré. Pero faltan aún un par de horas para que amanezca. Intente descansar mientras tanto. Debe estar agotada. Yo la despertaré cuando llegue el momento.

Laia echó la cabeza hacia atrás, tratando de acomodarse, pero era difícil sobre la dureza del banco de madera. Además, sólo podía pensar en Wings y en que quizás había perdido la vista. Podía casi escuchar su respiración, completamente agitada, y sus intentos por calmarse. También podía escuchar la respiración de Dennis, a quien no podía ver y cuyo rostro apenas recordaba después de verlo sólo durante unos segundos iluminado por la linterna. La imaginó fuerte y robusta, una mujer que no se asustaría fácilmente, con un cuerpo resistente capaz de pasar una noche entera, o quizá más, sin dormir.

Poco a poco, los ojos de Laia se fueron cerrando y cayó en un profundo sueño del que se despertó con rapidez al sentir cómo la mano de Dennis movía su cuerpo. Se levantó de un salto.

Abrió los ojos como si acabase de quedarse dormida, pero ya clareaba a su alrededor. Vio la parte trasera del engranaje del reloj, y también vio a Dennis. No era como se la había imaginado, sino una mujer de estatura normal, parecida a ella de tamaño, con unas ropas un tanto pasadas de moda y un poco viejas. Su rostro estaba limpio y su piel era sonrosada; el cabello castaño le llegaba por los hombros, cortado de forma no demasiado actual, pero tampoco antiguo. No llevaba medias bajo el vestido marrón, y los zapatos, del mismo color, estaban cubiertos de barro. Se los limpiaba mientras esperaba a que Laia se repusiera.

–Debemos irnos cuando antes. Así llegaremos antes de que empiece a haber movimiento.

–¿Por qué no hemos ido de noche?

–En la casa estarían todos durmiendo. Sólo una persona de la familia sabe que él se encuentra allí. No podíamos arriesgarnos.

Laia se dio cuenta de que ser miembro de la resistencia era mucho más peligroso de lo que nunca hubiera imaginado.

–Llévese la linterna. Quizá la necesite en el bosque.

Tras cogerla y guardársela en el bolsillo del abrigo, siguió a Dennis por las escaleras. Al cruzar de nuevo el pasillo lateral, admiró el interior de la iglesia, ahora iluminada por los rayos de sol que entraban por las vidrieras. Pero al instante siguiente ya corrían por el campo; había un buen trecho hasta llegar a una pequeña granja. Allí, medio a escondidas, entraron en el granero, cerrando la puerta tras ellas. Era grande y alto, con una escalera en el suelo. Dennis la levantó, y Laia la ayudó a colocarla para subir al altillo.

–Suba –le dijo, mientras se quedaba quieta en actitud de mantenerse vigilante–. Cuando necesite ayuda para bajarlo, avíseme.

Dennis le daba un momento para encontrarse a solas con él. Las piernas le temblaban y casi no respondían a sus órdenes mientras subía los peldaños. Una vez arriba, sólo podía ver montones de paja a su alrededor. Puso los pies en el granero y se quedó parada sin saber dónde buscar, hasta que se fijó en que uno de los montones era más bajo que los demás.

Se acercó despacio, como si temiera que estuviese dormido y no quisiera despertarlo, haciendo caso omiso a su corazón, que, acelerado, latía tan fuerte en su interior que debía ser audible para toda la hacienda. «Quizá no esté dormido, quizás esté muerto», pensó de repente, y esa idea se adentró en su mente como un hierro ardiente.

Y se movió más deprisa. Ya veía su cuerpo. Estaba vestido con ropas prestadas, sucias y viejas como las suyas. Un pañuelo atado a la cabeza le cubría los ojos.

–¿Dennis? –exclamó de repente Wings, balbuceante pero alarmado.

Laia movió la cabeza para responder que no, que no era Dennis, sino ella, que había venido a buscarlo. Un breve llanto sonoro acalló su respuesta, pero consiguió calmarse tapándose la boca con la palma de su mano.

–¿Quién es? –volvió a preguntar Wings.

Laia vio entones su rostro asustado. Tenía que decir algo. Tenía que saber que no corría peligro. Quiso decirle que era ella, Laia, que había ido hasta allí para llevárselo consigo, porque lo amaba tanto que no quería perderlo, y no iba a permitir que muriese solo en un pueblo francés.

Se agachó junto a él y, tomándolo de la mano, le susurró:

–Hace una noche preciosa para volar.

Segunda parte

Abigail

«Yo sólo quiero sentir tanto como puedo,es de todo lo que trata el alma».

Janis Joplin

1. *A ticket to ride* [5]

Madrid, julio de 1965

Estaba segura de que habría disfrutado mucho más si José Antonio no las hubiera acompañado. No es que fuera a ponerse a gritar ni a tirarse de los pelos enloquecida como Mari Ángeles, pero al menos habría bailado y tarareado las canciones, ya que ella sí entendía el inglés.

Su amiga la envidiaba por ello; ella chapurreaba algunas palabras mal pronunciadas y, por mucho que a veces había intentado enseñarla a pronunciar, parecía una hazaña imposible. No en vano, era de Granada, de la Alpujarra, para más inri. Y allí era difícil incluso pronunciar bien el español. Se había dado cuenta durante las vacaciones de Semana Santa que había pasado con ella en su pueblo, Cádiar, nombre árabe que significa «ciudad escondida». Y lo estaba, pues para llegar allí tuvieron que ir en un terrorífico autobús, al que llamaban «la Alsina», que parecía que se iba a caer precipicio abajo en cualquiera de las curvas de aquella carretera casi sin asfaltar, entre las altas montañas, aún nevadas, alpujarreñas.

&nash;¡Siempre tienes que traer carabina! –le había dicho al verla llegar con aquel muchacho alto y fornido, trajeado y silencioso.

&nash;Creo que la carabina eres tú –le contestó Abigail, riendo–. Mi padre no me hubiera dejado venir si no me acompaña un hombre.

&nash;¡Siempre igual! ¿Cuándo se van a dar cuenta los hombres de que no les necesitamos tanto como piensan? –preguntó en voz alta para que la oyera José Antonio.

Ya en su lugar, en las andanadas de la plaza, la altura era vertiginosa, y José Antonio no parecía muy contento de haberlas acompañado hasta allí arriba, pero Abi estaba segura de que no lo

reconocería, pues estaba empeñado en aparentar ser un caballero medieval, capaz de socorrerla en cualquier momento.

Hacía poco que lo conocía. Era otro chupatintas de las oficinas de Cuatro Vientos. Estaba allí cuando Abi entró a trabajar como secretaria de su padre, coronel de aviación. Y también estaba Mari Ángeles, también secretaria. Ésta la había acogido como si la conociera de toda la vida y enseguida hicieron buenas migas, aunque eran muy distintas. Mari Ángeles, de familia muy humilde, había ido a vivir a Madrid con su tía, que también era secretaria de aviación, aunque de un general, y muy estirada y prepotente.

José Antonio se quedó embobado nada más verla entrar en las oficinas. Fue Abi quien tuvo que saludarlo primero, extendiendo la mano, porque el muchacho no acertaba a decir palabra. La miraba como si hubiese visto a una diosa del Olimpo y ni siquiera le dijo su nombre. Ella lo leyó en la pequeña etiqueta que llevaba colgada en el jersey.

Más tarde, cuando todos supieron que no sólo era la secretaria del coronel sino también su hija, se sintieron intimidados, pero como Abi era muy amable y dulce pronto se les pasó el susto. Era tímida, pero agradable; siempre sonreía y trataba con educación a todo el mundo. Aun así, no pasaba desapercibida: tenía el cabello rubio y liso por los hombros, que sujetaba con una diadema diferente cada semana, y sus vestidos de vuelo, comprados en grandes almacenes o en casas de modista, y sus zapatos siempre limpios, que llevaba con calcetines bajos, eran la prueba de familia adinerada. Pero lo eran también sus buenísimos modales y su forma de hablar y de moverse con tanta elegancia. Sólo su padre y ella sabían pronunciar su nombre, rarísimo para todos, no en balde, aunque había estudiado en las carmelitas, había tenido una niñera inglesa desde pequeña. Vivían en una bonita casa en la ciudad, con jardín y una criada que abría la puerta cuando llegaba alguna visita, pero no por ello Abi dejaba de mostrarse humilde.

Mari Ángeles y José Antonio se dieron cuenta muy pronto de que no estaba allí por gusto. Su padre la había obligado a trabajar con él para tenerla cerca. Aquel hombre, que debía de haber sido muy atractivo de joven, imponía con su sola presencia; aún conservaba la altura y la distinción, pero parecía tan autoritario que casi nadie quería estar a su lado, ni siquiera su hija, que aprovechaba cualquier excusa para huir de su mirada inquisidora de sabueso. Quería saberlo todo sobre ella, dónde estaba y con quién, y, por supuesto, pensaba que una señorita como ella debía guardarse hasta el matrimonio, y él mismo se ocuparía de dar el visto bueno al pretendiente, si lo había.

Por eso, pese a su parquedad en palabras y a lo poco que a ella le hacía «tilín», Abi admiraba a José Antonio, pues era el único que se había atrevido a hablar y entablar una amistad con ella en toda la escuela.

Pareció gustarle bastante la actuación de Los Pekenikes. [6] Lo vio abandonar su vigilancia por unos momentos y disfrutar de aquella música que ella no llegaba a entender. Y también la banda caribeña que salió más tarde, pero cuando salió el grupo principal, tras ser presentados por Torrebruno, [7] dejó de mostrarse interesado. Más bien estaba asombrado de los gritos y gestos extraños de Mari Ángeles, que se agarraba el pelo y agitaba los brazos bailando estilo *ye-yé* , [8] como poseída por un ente musical que le hacía olvidar que ella también era una señorita.

No era la única. Las muchachas sentadas en las sillas de la arena gritaban más todavía y se movían como posesas sin perder de vista a los cuatro chicos de Liverpool. A ella le gustaban sus canciones, pero su aspecto, con aquellas melenas y sus trajes oscuros, no demasiado. Sin embargo, reconocía que su música y su forma de tocar atrapaba enseguida, tanto que el cuerpo se movía por sí solo. Nunca olvidaría a uno ellos, que le pareció muy gracioso porque se pasó todo el concierto con un sombrero cordobés sobre la cabeza. Al fin y al cabo, estaban en Las Ventas. [9]

&nash;Teníamos que haber comprado entradas para ahí abajo –exclamó Mari Ángeles, al ver lo cerca que estaban las muchachas del coso.

&nash;¡Me dijiste que era mucho dinero! –se quejó Abi.

&nash;¡Cuatrocientas pesetas! Es verdad, es demasiado, pero no los habría visto como hormiguitas.

&nash;¡Y qué más da! No son muy guapos. Lo importante es la música.

&nash;Tienes razón. ¡El del sombrero es más feo que Picio! El único mono es el que canta delante.

&nash;¿Ves? Estamos bien aquí.

&nash;El sonido no es muy bueno que digamos –intervino José Antonio con los dedos en los oídos, dirigiéndose a ellas por primera vez en toda la tarde.

&nash;Es verdad, los altavoces chirrían un poco.

&nash;¡Puede que no sean tan buenos como dicen! –se mofó José Antonio.

Mari Ángeles y Abi lo miraron con cara de estar viendo a un fantasma. Lo habrían echado de allí a patadas si hubieran podido. Pero las señoritas no hacían eso, así que optaron por apartar las

miradas y centrarse en el escenario.

&nash;Dime que no te casarás con él –dijo en voz baja Mari Ángeles entre risas.

&nash;Ni aunque me lo pida de rodillas.

&nash;¡Ni siquiera se ha quitado la chaqueta y está sudando como un pollo!

&nash;Nunca se la quitaría delante de dos señoritas. ¿Qué quieres?

&nash;¡Por Dios! Yo preferiría casarme con uno de ésos –señaló a los músicos–. ¿Crees que serán normales?

&nash;Imagino que sí, son personas como nosotros.

&nash;Pues no lo parecen. Tú sí que podrías casarte con uno, hablas su idioma.

&nash;Creo que no me gustan tanto como para eso...

&nash;Pues yo me casaría con el del sombrero –soltó una carcajada muy andaluza.

&nash;No sé si encontrará novia alguna vez. El pobre es muy feíto, pero muy amable, ha saludado y todo –respondió Abi casi con lástima.

&nash;¡Pero toca de maravilla! ¡Menudas manos con la guitarra! Y canta muy bien.

&nash;Eso sí, tiene una voz preciosa, y el más mono también –y tarareó–: *Love, love me do. You know I love you.*

&nash;¿Qué dicen? –preguntó su amiga al oírla.

&nash;Ámame, tú sabes que te amo...

&nash;¡Ay, qué romántico! –exclamó, llevándose las manos al corazón.

Acabado el concierto, José Antonio las acompañó a casa. Tomaron el autobús, y Mari Ángeles se bajó en primer lugar, pero él continuó junto a Abi hasta la suya. Pero José Antonio se había vuelto mudo de nuevo, algo que a Abi le repateaba.

&nash;¿Te ha gustado el concierto? –le preguntó mientras caminaban por la calle solitaria y se colocaba la rebeca blanca sobre los hombros.

&nash;No ha estado mal.

La respuesta le pareció de lo más prepotente.

&nash;¿No te gustan los Beatles?

&nash;No me gusta mucho esa música. Prefiero a Nat King Cole. 10

–¿Y los Pekenikes?

&nash;Esos sí tocan mejor.

&nash;¿Mejor? ¿En serio? ¿Sabes mucho de música? –insistió, un tanto molesta.

&nash;No es que entienda, es lo que me gusta o no me gusta. Esos melenudos saben poco de música, creo yo. Los españoles son un poco

más serios.

&nash;Eso desde luego. Los ingleses parecían muy simpáticos. Sobre todo, el del sobrero cordobés. Creo que se llama John.

&nash;Era un poco payaso –acertó a decir sin mirarla.

&nash;¿Es en serio o lo dices porque sabes que me han caído bien? –Abi frenó sus pasos, y el vuelo de su falda rozó los pantalones de José Antonio.

&nash;No se me ocurriría decirlo por eso. Si te han caído bien, me parece perfecto –quiso quitarle importancia.

&nash;Pues lo parecía.

&nash;Las apariencias engañan.

Tras el refrán, se dio por vencida. No sabía por qué se molestaba en intentar mantener una conversación. Sólo le caía bien, y sólo a veces. Y ésa no era una de ellas.

&nash;Ya... Bueno, tienes razón en que los españoles parecen más serios. ¿No te parece todo demasiado serio a veces en España?

La miró asombrado, como si no la entendiera en absoluto. Abi se arrepintió de haber hecho esa pregunta en voz alta, cuando en realidad era sólo para sí misma. Era lo que pensaba; quizá desde que había empezado a salir de vez en cuando con Mari Ángeles, pero cierto era que la gente en general, sus padres, el resto de sus compañeros en la oficina, en la calle, todo el mundo, le parecía muy serio. Por eso le habían caído bien aquellos chicos ingleses, porque parecían de un mundo mucho más alegre.

Abi se despidió de José Antonio en la puerta del jardín. Al día siguiente, sábado, se volverían a ver en la oficina.

Sus padres la esperaban en la salita; él, con un cigarro encendido y una copa en la otra mano.

Desde el principio, les había parecido escandalosamente estúpida la idea de que su hija acudiera a ese concierto. Habría mucha presencia policial, y no querían que Abi pudiera estar en peligro en ningún momento, bien por meterse en una multitud bien porque la confundieran con una muchacha de barrio, pero, cuando supieron que José Antonio las acompañaría, se quedaron un poco más tranquilos. No lo conocían mucho, pero llevaba dos años trabajando en las oficinas de la escuela y, aunque no era militar, parecía muy serio y trabajador. Tampoco pretendían de él más que le sirviera de compañía en sus salidas con la atolondrada e impetuosa Mari Ángeles.

Ellos no eran de ese tipo de padres que buscan pretendientes a sus hijas, a pesar de que Abigail ya tenía veinticuatro años, pero ellos no le habían buscado pretendiente. En realidad, sólo querían que se casase con alguien de su misma educación, que supiera hacerla feliz

como ellos lo habían sido y continuaban siéndolo, pero en ningún modo iban a meterse en el corazón de su hija. Confiaban en que, cuando lo hiciera, supiera elegir y tuviera buen juicio, que bien se lo habían intentado inculcar desde pequeña.

Abi había sido siempre tranquila y responsable. No había querido ir a la universidad, y en su lugar estudió secretariado en una academia en el centro de Madrid, donde aprendió máquina y taquigrafía. [11] Además, al dominar perfectamente el inglés, podría trabajar en turismo, como recepcionista de un hotel, por ejemplo. Pero, para cuando terminó sus estudios, su padre se había quedado sin secretaria y le ofreció el puesto a Abi, que no tardó en aceptarlo con gusto. Había sido siempre una buena hija y, aunque Mari Ángeles parecía querer llevarla por unos derroteros un tanto revolucionarios, como aquel concierto, esperaban que fuera algo temporal, hasta que tuviera novio de verdad.

–¿Qué tal lo has pasado, hija? –preguntó su padre al verla.

–Muy bien, papá. –Se acercó y los besó en la mejilla a ambos.

–Parece un buen chico ese José Antonio, ¿no? –preguntó su madre, sonriente.

–Sí, lo es –respondió sin ningún entusiasmo.

–¿Ha sido un buen concierto? –preguntó de nuevo el coronel.

–Sí, muy bonito.

–Esos muchachos ingleses tocan muy bien, ¿verdad?

–Me ha parecido que sí.

–Hacen una música muy alegre –comentó su madre.

–Bueno, voy a acostarme. Mañana me levanto temprano.

–Te seguimos. –Y su padre se levantó, dándole la mano a su esposa.

Abigail los besó de nuevo y se marchó deprisa. Una vez en su habitación, se desvistió y se puso un camisón y una bata de color rosa. Se miró al espejo; tenía el pelo muy alborotado, así que se cepilló unas cuantas veces y luego se lanzó sobre la cama.

La ventana estaba abierta, pero apenas entraba un poco de aire. Hacía mucho calor. No sabía por qué, pero estaba inquieta, como si todo fuese a cambiar de golpe. Era más que una intuición; tenía la sensación de que ya estaban cambiando, y no sabía si era dentro de ella o también fuera. Se sentía dudosa y abrumada. A pesar de lo aburrido de su trabajo y de su vida en general, temía que las cosas cambiaran. Aunque, al mismo tiempo, lo deseaba. No quería seguir un destino prefijado de antemano.

Nunca había tenido una vocación, y ahora se preguntaba por qué. No lo lamentaba, pues cuando una no desea hacer nada en especial tampoco puede saber qué se siente al no hacerlo, pero sí le habría

gustado que algo le llenara el vacío interior. Pero, salvo leer y escuchar música, pasear y asistir al baile algunos domingos, nada con lo que llenar sus días con algo verdaderamente interesante.

Una leve brisa hizo sonar las hojas del pino. Miró por la ventana, mientras tarareaba una de las estrofas de la canción de los Beatles que se le había quedado en la cabeza...

I think I'm gonna be sad,
I think it's today, yeah.
The girl that's driving me mad
Is going away.
She's got a ticket to ride,
She's got a ticket to ride,
She's got a ticket to ride,
But she don't care. 12

«Ella tiene un billete para viajar...», dice la canción, pensaba. Se dio cuenta de que tenía los ojos llorosos, aunque no sabía por qué lloraba. Se sentía distinta, y eso le asustaba.

–¡Qué tonta soy! –se dijo en voz baja.

Pero tenía unas enormes ganas de seguir haciéndolo. Se dio la vuelta y se agarró a la almohada, para amortiguar el ruido y poder llorar a gusto.

2. El sol en las canciones

Cuando Mari Ángeles le contó que iban a ir el próximo domingo a la base de Torrejón de Ardoz, le pareció una locura.

–¿Qué dices? ¿Está muy lejos?

–¿Y qué? Pasamos el día allí, comemos y después vamos a bailar; regresaremos pronto.

–¿Y cómo vamos a ir?

Nosotras, con Maripili, Marta y Teresa en su coche. Pero irán varios coches. ¡Será divertido!

–¿Y qué les voy a decir a mis padres?

–¡Ya eres mayorcita! ¡Que no tengas novio no significa que no puedas divertirte!

–Ya sabes lo rectos que son...

No menos que mi tía, y, aun así, iré. Se lo he dicho esta mañana mientras se tomaba el café. Casi se atraganta –soltó una carcajada–, pero fue el mejor momento. No pudo decirme que no –volvió a reír.

–Tampoco tengo muchas ganas, la verdad.

–¡Ay, hija! Llevas unos días... que no sé qué te pasa.

–Yo tampoco lo sé –respondió–. Estoy... como aburrida.

–No me extraña, es que trabajar para tu padre... ¡Yo, ni loca!

–Sí, quizá sea eso.

–Tendrás que hablar con él en algún momento. No vas a estar siempre así...

–Creo que le dará igual. No me va a dejar irme tan fácilmente. Ellos esperan que este trabajo sea sólo hasta que me case.

–Ya, pero como no hay ningún hombre a la vista, pues se tendrán que arreglar, digo yo.

Abi bajó la cabeza. Tenía razón pero no quería ni pensar en cómo decirle a su padre que quería dejar de trabajar para él. En realidad, él no era la razón de querer dejarlo, sino que no le veía sentido a estar en un sitio como aquél. Al principio le pareció divertido, como a

tantas otras jóvenes, estar rodeada de militares, un montón de muchachos entre los que poder elegir, pero, desde que José Antonio se había convertido en su sombra y a sus padres parecía agradarles, ya no le parecía tan divertido.

–¿Y por qué no nos quedamos aquí, como siempre? –preguntó a su amiga.

–Por eso precisamente, porque en el baile de aquí estamos siempre. Y las chicas fueron el otro día allí, y dicen que todo es diferente.

–¿Diferente? –preguntó, sin entender.

–Sí, diferente. Los americanos lo hacen diferente. La música, la forma de bailar, la Coca-Cola...

–La Coca-Cola debe ser la misma –respondió, casi riéndose de Mari Ángeles.

–Pues no, las chicas dicen que sabe diferente.

–Eso no me lo creo.

–¿Qué más da? ¡Así cambiamos un poco! ¿No estabas tan harta de que José Antonio se haya convertido en tu sombra?

–Eso sí, la verdad.

–Pues entonces no hay más que hablar. Te recogemos en casa el domingo por la mañana, sobre las once.

No supo decir que no. Tampoco tenía ninguna excusa, y Mari Ángeles le había dado suficientes razones como para aceptar. Sus padres se preocuparon un poco; ella le preguntó que para qué tenían que ir a un baile tan lejos, y él no dijo nada, se limitó a mirarla y a escucharla esperando el momento de negarse, pero al saber que eran unas cuantas chicas en varios coches no lo hizo. No había por qué preocuparse mientras se esperasen unas a otras en el camino de vuelta.

* * *

Al ver sus pases de empleadas de la Escuela de Transmisiones, el soldado que vigiaba la puerta las dejó entrar en la base sin ningún problema, no sin antes hacerles alguna broma, que Abi tuvo que traducir. Dos coches llenos de chicas y ellos lamentablemente estaban de guardia.

Aparcaron frente al bar donde se iba a celebrar el baile. Habían comido en el pueblo y estaban deseando entrar para asearse un poco y retocarse el maquillaje, aunque algunas lo hicieron en los retrovisores del coche, mientras un grupo de militares norteamericanos, sentados en las mesas de la terraza, no les quitaban ojo. Sus vestidos por encima de la rodilla, sus melenas sueltas y onduladas y los zapatos de

tacón eran lo mejor que veían en mucho tiempo.

Entre risas, pidieron unos *gin-fizz* al camarero y se colocaron al lado de la pista para ver bailar a algunas parejas. No habían sido las primeras en llegar; aquello ya estaba lleno de chicas españolas que acudían para conocer a los soldados americanos, seguramente de la misma base de Torrejón o de Cuatro Vientos, aunque no las conocieran.

Las canciones, desconocidas para ellas, salían de una máquina de discos en la que se podía elegir el tema. Aquello era el preámbulo del baile, mientras llegaba la orquesta, que tocaría canciones de verdad. Sin embargo, a Abi le gustaba cómo sonaba esa música que hablaba de un mundo nuevo, de una nueva generación, de la playa, de la juventud y de una libertad que debía existir en otro lugar del mundo. Al ser la única que entendía las letras, no podía comentarlas con sus amigas, pero hubo una que le encantó y cuya letra le sorprendió mucho; hablaba de las buenas vibraciones que sentía un chico al ver a una chica. El concepto le encandiló de tal forma que se acercó a la máquina de discos para ver de quién era.

–¿Conoces a los Beach Boys? –le preguntó un muchacho despeinado con apariencia alocada con una sonrisa.

–La verdad es que no. Es la primera vez que los oigo, pero me gusta esta canción. Y me gusta lo que dice.

–¿Hablas inglés? –preguntó en su idioma.

–Sí, lo hablo –respondió ella también en inglés.

–¡Qué alegría! ¡Eh, chicos, mirad! –gritó a un grupo de jóvenes que se sentaban en una mesa cercana con otras chicas–. ¡Una que habla inglés!

–¡No me lo puedo creer! –exclamó uno de ellos, mientras se reían a carcajadas.

–¡Y además lo habla de maravilla! –dijo el muchacho, totalmente sorprendido.

Abi se ruborizó, pero le sonrió divertida.

–Creo que tú también me estás enviando buenas vibraciones –le dijo el muchacho, que entonces decidió presentarse y le extendió la mano–. Soy Mike, ¿y tú?

–Abigail... Abi –se corrigió.

–¡Y además tienes nombre inglés! ¿A qué se debe? ¿No eres española?

–Sí, lo soy. De Madrid, además, pero mis padres siempre han querido que hablara inglés. Mi padre también lo habla perfectamente, y se ocuparon de que yo lo aprendiera.

–Pues le doy las gracias a tu padre por ello. Así ahora podemos

hablar. No tengo mucha idea de español, salvo lo que te he dicho al principio.

–¿Lo de que si me gustan los Beach Boys? Apuesto a que es una frase ensayada para conocer a las chicas –se rio–. Seguro que no es la primera vez que la utilizas.

–Debería decirte que no, lo sé –rio él también–, pero lo cierto es que la utilizamos todos. En cuanto una chica se acerca a la máquina, allá vamos con la frasecita. –Se acercó a ella y le dijo algo en voz más baja, tapándose la mano, como si no quisiera que nadie lo escuchase–. Esta máquina es una atrapachicas. A todas os encanta.

–Llama la atención. Yo no había visto nunca ninguna.

–Eso me suelen decir. En mi país hay una en todos los bares.

–¡Vaya! Sí que tienen razón los que dicen que aquí tenéis cosas que aún no han llegado a España.

–Como nosotros, por ejemplo, yo mismo puedo ser un ejemplar típico de los Estados Unidos –rio, haciendo reír también a Abi.

Ella lo observó con calma, parándose en las líneas de su rostro y de su sonrisa. Era muy agradable a la vista, divertido, alegre; vestía uniforme de piloto y le sentaba muy bien.

–¿Me dejas que te invite a una copa, mientras esperamos a la orquesta?

–Tengo un cóctel esperándome en aquella mesa...

Mike pensó que lo estaba rechazando. Se había dado cuenta de la exquisita educación que tenía la joven, no sólo al hablar, sino que sus gestos eran elegantes y el vestido azul cielo que llevaba, por encima de la rodilla, sin mangas, con el bolso y los zapatos a juego, parecían de alta costura. No es que él se fijara mucho en esas cosas, pero esa chica era distinta a las que pasaban por allí; una señorita de la alta sociedad. «No tendría que haber apuntado tan alto», pensó.

–Podemos ir a por él y sentarnos en otra mesa –Abi terminó la frase para su sorpresa.

Mike pareció revivir. Hizo un ademán para dejarla pasar delante y la siguió hasta donde estaban sus amigas. Eran al menos diez chicas, sonrientes y divertidas, y lo miraban con curiosidad. Una de ellas incluso se atrevió a preguntarle si tenía algún amigo. Les contestó, en un español malo y chapurreado, que seguramente habría muchos americanos dispuestos a bailar con ellas en cuanto empezara el baile. Y se quedaron contentas y satisfechas con su respuesta.

Mike solía caer bien porque era muy abierto y espontáneo. No era ni el más apuesto ni el más listo ni el que mejor bailaba, pero era el que más chicas había conocido, y ahora por fin conocía a una chica interesante con la que además podía hablar en su idioma. De algo

debía servirle tanta práctica.

Ocuparon una mesa al fondo, desde donde podía ver a sus amigas pero lo suficientemente lejos como para no escuchar sus comentarios mientras les echaban miraditas a lo lejos.

–Así que te gustan los Beach Boys.

–Bueno, acabo de descubrirlos. Pero esa canción es muy bonita. Me gusta lo que dice.

–Son un grupo muy bueno. Sus canciones suelen hablar del verano, de la playa, de las chicas en bikini...

–Hace unos días fui a ver a los Beatles, en Madrid.

–¡Ésos son unos sosos! ¡No tienen nada que ver! ¡Los Beach Boys sí que son buenos!

–No lo estarás diciendo porque son americanos y los Beatles son ingleses, ¿no? –se rio ella.

–No, claro. –Mike soltó una carcajada–. Bueno, puede que un poco, sí.

–Vale, dejémoslo en que son diferentes.

–¿Y qué grupos españoles te gustan?

–Muchos. Karina, Micky y los Tonys... Aunque creo que tú no conoces a ninguno, ¿me equivoco?

–Creo que no, pero ese Micky debe ser bueno, si se llama como yo –se rio de nuevo.

Abi se lo pasó bien con Mike. Se sentía cómoda con él charlando sobre música, un nexo de unión entre dos culturas tan diferentes. En un momento de la conversación, Mike se levantó a poner una canción en la máquina. «Mi canción favorita», le dijo, y lo cierto es que a ella le encantó. Y salieron a bailar en mitad de la pista; estaban solos, pues todos esperaban a la orquesta, que ya se estaba preparando en el escenario. Él la cogía por la cintura y la apretaba contra él más de lo permitido en cualquier baile al que ella había acudido, pero no le importó. Dejó que le cantara al oído su canción favorita mientras bailaban. No cantaba demasiado bien, pero le gustó escucharlo y entender lo que decía.

Sunny.

Thank you for the smile upon your face.

Hmm, sunny.

Thank you, thank you for the gleam that shows its grace.

You're my spark of nature's fire.

You're my sweet complete desire.

Sunny one so true, yes, I love you. 13

Cuando la canción acabó, Mike no quería despegar su cuerpo del de Abi, y ella tampoco hizo mucho esfuerzo por separarse de él.

Enseguida la orquesta empezó a tocar, y la pista se llenó de parejas que bailaban agarradas alrededor de ellos, que continuaban moviéndose al unísono como si el resto del mundo no existiera.

Así estuvieron un buen rato, hasta que la orquesta decidió tomarse un descanso y ellos regresaron a la mesa. Cuando Mike llamaba al camarero para pedir otro cóctel, Mari Ángeles llegó, un tanto sofocada.

–Abi, tenemos que irnos. Elisa no se encuentra bien –la cogió de la mano y tiró de ella para levantarla de la silla.

–¿Qué le ocurre? –preguntó Abi, alarmada.

–Ha bebido demasiado. Despídete, te esperamos en el coche.

Cuando Mike entendió qué ocurría, decidió acompañarla hasta el coche para que no fuera sola.

–¿Volveré a verte? –le preguntó como despedida, mientras las chicas ayudaban a Elisa a meterse en un coche e iban entrando a su vez.

–No sé si volveremos. Supongo que sí. ¿Estarás en la base mucho tiempo?

–Por ahora creo que no me moveré de aquí en varios meses. Y me gustaría mucho verte de nuevo.

–A mí también, seguro que volvemos pronto.

–Así lo espero –le dijo con su mejor sonrisa.

–Muchas gracias por todo, Mike, me ha gustado conocerte –se despidió Abi, dándole la mano.

Mike la rechazó, más bien ni se percató de la mano, pues sólo era capaz de mirar sus dulces ojos claros y sus bucles de su cabello castaño.

–¡Date prisa, Abi! –le gritó Mari Ángeles desde uno de los coches, que ya había arrancado.

Abi le dio un corto beso en la mejilla. Mike se quedó un tanto sorprendido, pero no se le fue la sonrisa en mucho rato. En verdad esperaba que volviese alguna otra tarde al baile. La vio entrar en el coche, y entonces algo en su interior se removió de repente. ¡Idiota! –se dijo, echando a correr tras el coche–. ¡Eres idiota! ¿Por qué no le has preguntado dónde vive o le has pedido el teléfono? –se lamentó en voz alta.

–¡Vamos, hija, y eso que no querías venir! –le decía a Abi una amiga en el coche.

–¡Es verdad! ¡No os habéis despegado en toda la tarde! –exclamó otra.

–¡Qué exageradas! –contestó una Abi sonriente mientras miraba por la ventana–. ¡Tampoco ha sido para tanto!

–¡Pero si habéis estado casi una hora bailando!

–Bueno, la música era preciosa.

–¡Sí, sí, la música! –se rieron a coro.

Abi decidió no hacerles caso y siguió con la mirada cómo la base se hacía cada vez más pequeña en la lejanía.

Llegó a casa antes de lo previsto, pero sus padres la esperaban en el saloncito como cada vez que salía. Los besó y se metió en su habitación. Como casi todos los años en Madrid, el verano sacudía con un fuerte calor el anochecer. Se puso el camisón. Decidió no bajar a cenar; no tenía hambre. En realidad, nada le cabía porque estaba llena de una emoción que no sabía explicar.

Aquella noche volvió a tener la misma sensación de que algo iba a cambiar, pero ya no se sintió triste por ello. Preocupada, sí; temerosa, también, pero la tristeza parecía haberla abandonado, pues en lugar de las lágrimas que antes afloraban a sus ojos fácilmente ahora era incapaz de hacer desaparecer la sonrisa de su boca. Agarró el almohadón y recordó la mirada de Mike, su sonrisa y las cosas tan bonitas que decía aquella canción y que, sin duda, iban dirigidas a ella. Algo había cambiado en su interior. Y si ése era el cambio que había intuido, ahora ya no le tenía miedo.

3. La antigua Abigail

Las chicas no volvieron a proponer ir a la base de Torrejón. Estaban muy ocupadas planeando sus vacaciones; la mayoría irían con sus padres a sus pueblos de origen, donde pasaban el verano, y otras, como Abi, lo pasarían con sus padres en las casas de verano. Sus padres se preparaban para marcharse al norte y contaban con ella, como cada año. Pero aquella mañana, durante el descanso para el café, Mari Ángeles vino con una de sus locas ideas.

–¿Te vienes conmigo a Ibiza? –le preguntó a bocajarro, sin ninguna explicación anterior.

–¿A Ibiza? –se sorprendió Abi.

–He convencido a mi tía para que nos vayamos una semana. Ella quería ir a Torremolinos, pero le he dicho que allí habría mucha gente y, como odia las multitudes, nos hemos decantado por las Baleares.

–¡Qué raro que no vayáis a Mallorca! Ibiza no es un lugar al que se suela ir de vacaciones.

–Pues he oído que es precioso. Mallorca está bien, pero al parecer en Ibiza hay mucha más juventud. ¿No lo has oído? Están llegando de todas partes de Europa, incluso de América. ¡A los extranjeros les encanta!

–No lo sabía.

–Y yo necesito encontrar a un extranjero, porque aquí no veo color. Por cierto, ¿sabes algo de tu americano?

–Pues no, la verdad. Pero no importa.

–Ya, eso lo dices para convencerte a ti misma, pero a mí me parece que te gustó.

–Bueno, no digo que no me cayera bien...

–Yo creo que era algo más que eso. Sé lo que vi. No os despegasteis en toda la tarde y, si Elisa no llega a ponerse mala por culpa del *gin-fizz* , no sé cómo habríais acabado ni dónde.

–¡Calla! –Miró hacia la puerta, temerosa–. ¡Te van a oír!

–Creo que te gusta de verdad.

–Puede ser –respondió, dejándolo todo en el aire.

–¿Te pidió el teléfono? ¿Sabe dónde vives?

–Pues no. Así que quizá no esté tan interesado.

–Pues a mí me pareció que se volvió loco por ti. Creo que fue un flechazo, como en las películas. Yo creía que esas cosas no existían, pero después de veros bailar de esa forma, tan juntitos, empecé a pensar que sí.

–¡Qué exagerada eres! –se rio.

Y te quedas como si nada. Si yo hubiera conocido a un chico como ése, estaría soñando con él a todas horas. –Abi volvió a reírse, un tanto ruborizada–. Bueno, entonces, ¿te vienes a Ibiza? No querrás aburrirte con tus padres como el año pasado.

–Bueno, se lo preguntaré.

–No te olvides de decirles que vamos con mi tía, así no es posible que te digan que no. Ya la conocen y saben lo seria que es –dijo, con un gesto que pretendía imitarla y que hizo reír de nuevo a Abi–. Y date prisa, nos vamos el viernes. Vamos a Alicante en autocar y allí cogeremos el barco. ¡Por fin llega agosto! ¡Qué ganas tenía!

–¿No sería mejor ir en avión hasta Mallorca?

–Lo pregunta una millonaria. Ya sabes cómo es mi tía de agarrada. Si viajas con pobres, te aguantas –volvió a reír.

Terminado el café, regresaron al trabajo. Abi decidió no pre guntar a su padre por las vacaciones mientras estuviesen solos, pre fería hacerlo cuando su madre estuviera delante, así que siguió trabajando como si nada.

Por la tarde, José Antonio entró al despacho de su padre con unos papeles. Y, al salir, se dirigió a la mesa de Abi.

–Me han dicho que te lo pasaste muy bien el domingo en la base de Torrejón –le preguntó, como insinuando algo.

–Lo pasamos muy bien todas, sí. Gracias –respondió, poniéndose a la defensiva.

–Quizá la próxima vez pueda ir con vosotras.

–Fuimos sólo chicas. Queríamos conocer ese baile del que hablaban todos.

–Dirás todas. Ahí sólo van las mujeres a ver a los americanos.

–Pues ése no es mi caso, si es que estás intentando decirme algo –empezó a molestarse.

–No insinúo nada. Sólo digo lo que me han contado. Me han dicho que te lo pasaste muy bien.

–Pues sí, lo pasamos muy bien todas, pero tuvimos que volver pronto porque Elisa no se encontraba bien –explicó, aunque enseguida

se arrepintió–. De todos modos, ¿a ti qué te importa? Quiero decir, ¿por qué te interesa tanto? –trató de ponerlo entre la espada y la pared, al tiempo que pensaba que no tenía por qué darle ninguna explicación.

–Por nada, era sólo curiosidad. –El muchacho respondió como ella esperaba.

Se había echado atrás.

–Entonces, si no te importa, seguiré trabajando.

–Quizá te interese saber que hoy han venido unos americanos a la base. Están aquí todavía. A lo mejor querrías verlos –dejó caer como si no tuviera importancia.

Abi, sin contestar, se levantó de la mesa y corrió hacia la ventana, donde todas las chicas se habían agolpado para mirar a los recién llegados.

–¿Qué pasa?

–¡Corre! Acaban de llegar en un autobús. ¡Son un montón!

Mari Ángeles estaba acelerada y nerviosa, como todas las demás. Abi se colocó a su lado y miró por la ventana. Los soldados bajaban del autobús uno a uno e iban entrando en los hangares cercanos.

–¿Reconocéis a alguno? –preguntó Elisa desde el otro lado.

–No. ¡Espera! ¿Ése no es... ése no es el tuyo, Abi? –gritó su amiga sin darse cuenta de que José Antonio y algunos otros chicos estaban observándolas–. ¡Chicas, es el de Abi! –gritó de nuevo.

Abi quiso que la tierra se la tragase, pero mantuvo el tipo y aguantó la miradita seria de José Antonio, que parecía estar juzgándola. Se sintió molesta de nuevo y volvió la cara hacia la ventana, haciendo caso omiso de su expresión de celos. Mike esperaba en fila junto a los otros soldados.

–Lo veo distinto ahora, como si fuera otro –comentó a Mari Ángeles en voz baja.

–Normal, mujer, ahora estás viendo a un soldado. La otra tarde veías a un chico que quería bailar contigo. ¡Tienes que bajar! No puedes dejar que se vaya otra vez sin darle tu teléfono.

–No pienso ir –se negó, aterrada.

–Pero ¿estás loca? ¡Tienes que ir! Es una oportunidad que te da el destino.

–No creo en el destino.

–Bueno, pues si no crees en el destino, ¿esto qué es? Porque es muy raro que esté aquí.

–Él sabe dónde trabajo.

–Sí, pero no ha venido solo. Han venido un montón. Él no ha podido planearlo. Si eso no es el destino, no sé qué es.

–Está bien, puede ser el destino.

–Yo estoy con Abi. El destino no existe –las interrumpió José Antonio metiéndose donde no le importaba.

–¡Ya está el otro! –susurró Mari Ángeles.

–Tienes razón –repuso de repente Abi en un tono de voz alto para asegurarse de que la oyera–. Iré a ver a qué han venido. Es posible que sea el destino. ¿Qué iba a ser, si no? –Y se dio la vuelta escuchando las risas de su amiga.

Le molestaba mucho que José Antonio estuviera siempre al acecho pero no se atreviera a decirle nada. Si fuera al menos sincero, podría sacarle del error de una vez. Si creía que iban a llegar a algo, estaba muy equivocado.

Se acercó, con la cabeza alta y el cuerpo bien erguido, hasta el despacho de su padre y llamó a la puerta. Cansada de esperar, como no le contestaba, abrió, y vio que estaba al teléfono, sentado en su silla giratoria, mirando hacia la pared. Gritaba a su interlocutor de una forma que sorprendió mucho a Abi. Había escuchado a su padre chillar algunas veces a sus subordinados, pero aquella vez era diferente; le pareció que suplicaba a voz en grito a quien estuviera al otro lado del hilo telefónico.

Temió que pudiera darse cuenta de que lo estaba escuchando y cerró despacio la puerta, aunque se quedó allí parada, intentando oír algo más, pero enseguida el sonido del auricular al ser colgado le hizo dar un respingo y se retiró de allí.

Cuando su padre salió, Abi ya estaba sentada ante su mesa, fingiendo que trabajaba. Le vio un gesto más serio de lo normal y una expresión de preocupación. Y, al momento, todas las chicas se retiraron rápidamente de las ventanas y se sentaron o tomaron papeles, como si todo siguiera su curso con normalidad.

–Tenemos que ir a casa, Abi –le dijo de repente su padre con brusquedad.

–¿Ahora? –preguntó ella, pensando en Mike, que estaba allí y quería bajar a averiguar por qué.

–Sí, ahora mismo. Coge tu bolso y nos vamos.

–Está bien. ¿Ha ocurrido algo? ¿Le pasa algo a mamá?

–No, mamá está bien, pero hay una cosa que tenemos que hablar en privado. Mejor en casa.

Abi no dijo nada más. Se levantó, cogió el bolso y salió de la oficina, no sin antes echar una mirada de súplica a Mari Ángeles. Ésta le devolvió la mirada un tanto preocupada, pero hizo un gesto afirmativo, comprendiéndola al instante.

Al pasar por el hangar en el que había entrado Mike con el resto de

los soldados, intentó mirar dentro, pero estaba cerrado. Subió al coche y se alejó de lo que parecía realmente una buena jugada del destino. Durante el trayecto, ninguno de los dos habló ni cambió la expresión. Su padre miraba a la carretera, inmerso en sus propios pensamientos, y Abi hizo lo mismo, absorta en la ventanilla, preguntándose qué podía ser tan importante como para tener que volver tan deprisa a casa precisamente en aquel momento. No podía haber sido un día antes ni un día después, no, justo el día que Mike estaba en la escuela. Por un momento, se sobresaltó; quizá su padre sabía algo de lo que había ocurrido en Torrejón, pero era una estupidez. Y, además, no había pasado nada.

–¿Ocurre algo malo, papá? –preguntó preocupada de nuevo.

–Nada malo; simplemente, tu madre y yo queremos hablar contigo de algo importante.

–Pues, para no haber ocurrido nada malo parece que estás en tu propio mundo. –A su padre le hizo gracia la observación y dejó escapar una tímida risa.

–¿Qué has hecho hoy? –le preguntó, cambiando de tema.

–Nada de particular. Lo de siempre –respondió, sin importarle demostrar su aburrimiento. Él no dijo nada, parecía de nuevo ausente–. La verdad es que empieza a resultarme un poco tedioso el empleo en la oficina –se atrevió a decir.

Pero su padre no la escuchó. Seguía mirando hacia delante sin darse cuenta de que ella seguía hablando. Estaba claro que no era el momento de hablar con él sobre un posible cambio de trabajo.

Como siempre, aparcó en la puerta y corrió a abrirle. Y también como siempre, su madre estaba en el saloncito de lectura, y Abi le dio un beso.

–¿Qué hacéis aquí los dos a estas horas de la mañana? –preguntó la mujer, sorprendida.

–Ha llegado el momento –le dijo él.

–¿Qué dices? –Su esposa se levantó asustada.

–Abi, aséate un poco. Hoy comeremos más temprano.

Obediente, subió al baño mientras escuchaba cómo sus padres hablaban en voz baja y como si lo hicieran en clave.

–¡Ya sabíamos que iba a ocurrir! –decía él, mirando a su esposa, que parecía muy preocupada.

–Sí, pero...

–Cumple veinticinco años en unos días.

–Lo sé. ¿Cómo ha pasado la vida tan rápido?

–Eso mismo me pregunto yo cada mañana y cada noche. Cuando la veo, me parece aún una niña.

–Ahora me arrepiento de haber fijado una edad en concreto. Habría sido más fácil no saber cuándo.

–Es cierto, pero ya no podemos echarnos atrás. Me ha llamado por teléfono.

–¿Y qué ha dicho?

–Que ha llegado el momento. Le he suplicado, pero no ha habido forma. Al final, he conseguido que nos dé un par de días.

–Menos mal. Es mejor que lo sepa por nosotros.

Su marido asintió y se acercó a ella para abrazarla. Ella lo recibió con cariño.

–¿Cómo crees que se lo tomará? ¿Nos recriminará que no se lo hayamos dicho antes?

–Seguramente, pero teníamos nuestras razones.

–Lo sé, pero no es fácil de entender.

–No, no lo es. –Le acarició el brazo–. Le contaremos todos los detalles.

–Es la única forma. Le daremos primero la carta.

–Creo que es lo mejor.

Cuando Abigail bajó para comer, sus padres la esperaban sentados a la mesa.

–Ya lo hago yo, gracias, María –pidió la madre a la doncella, que estaba sirviendo las copas–. Y cierre las puertas al salir, por favor.

–Está bien, señora.

A Abi le extrañó que su madre pidiera que cerrasen las puertas, pues solían estar abiertas, pero le extrañaba más aún la actitud de sus padres, que la miraban con una expresión de temor. Al cabo, su padre le entregó un sobre que, por el tono amarillento, parecía tener guardado desde hacía mucho tiempo.

–¿Qué es esto? –preguntó al ver un montón de texto escrito a mano.

–Lee. Es mejor que lo leas tú, no encontramos una forma mejor de decírtelo –le respondió él, entregándole el sobre, que entonces vio que estaba abierto.

Abi miró a su madre, esperando una explicación, pero ella hizo un gesto con la mano que la invitaba a seguir la petición de su padre.

En los primeros párrafos no comprendía nada, le parecía una carta escrita para otra persona, no dirigida a ella, y además notaba las miradas de sus padres sobre ella, expectantes. Y, de repente, vio su nombre escrito. Aquella persona le hablaba a ella directamente.

Levantó la vista un momento con una media sonrisa, buscando la explicación que antes no había obtenido. Su madre tenía lágrimas en los ojos y la miraba como si estuviese a punto de derrumbarse. Su

padre, no menos compungido, agarraba la mano de su madre para darle fuerzas, pero él tampoco parecía tener muchas en aquel momento.

–Será mejor que te dejemos a solas –dijo él de repente.

–¡Pero aún no hemos cenado! –acertó a decir Abi, cada vez más sorprendida, sin saber aún lo que decía la carta y por qué ellos se la habían dado precisamente aquella noche–. ¡Me estáis asustando! –exclamó, pero ellos ya salían de la habitación.

Las puertas se cerraron tras ellos, y Abigail regresó a la lectura de la carta. Siguió por donde lo había dejado. Y, entonces, una frase le hizo comprenderlo todo. «¿En serio?», pensó. Parecía una broma. Volvió a leer la carta, porque seguía sin entenderlo bien; lo hizo rápidamente, saltándose algunos párrafos o renglones, que no parecían tan importantes y dando más tiempo a otros en los que se paraba una y otra vez.

Al acabar, se quedó muy quieta, escuchando el silencio a su alrededor, la mirada fija en la mesa, perfectamente puesta y ordenada, con los platos de porcelana inglesa, las copas de cristal de Bohemia, los cubiertos de plata, el mantel de flores bordadas. Luego levantó la vista hacia los muebles que tenía enfrente, también en madera de caoba, igual que la mesa y las sillas. Estaban llenos de vajillas y más copas, todas caras y preciosas, expuestas como obras de arte. Dirigió luego la vista a la ventana. El sol apretaba con fuerza y todo parecía estar en calma fuera de la casa. Unos pajarillos revoloteaban en un gran árbol en el jardín. Todo estaba como siempre; a su alrededor se sucedía un día como cualquier otro, era la misma vida de siempre, pero algo muy importante había cambiado.

La intuición había resultado cierta. Se había convencido de que era el tedio que sentía en el trabajo y en su vida en general. Y después, cuando conoció a Mike, la sensación pareció desvanecerse, y esa misma mañana en la escuela, aunque sólo lo había visto de lejos, sintió de nuevo las mariposas en el estómago.

Sin embargo, ahí estaba, entre sus manos, la auténtica razón a todos sus temores cuando se iba a dormir.

–Entremos ya. No debimos dejarla sola.

–He pensado que era lo mejor.

–Pues creo que nos hemos equivocado. Voy a entrar –dijo la mujer.

Encontró a su hija de pie, mirando por la ventana. La carta estaba sobre la mesa. Se acercó a ella sin saber qué decirle, se colocó a su lado y cogió su mano temblorosa. La suya también temblaba.

–Responderemos a todas tus preguntas cuando quieras –dijo su padre tras ellas.

–No tengo ninguna pregunta para vosotros –respondió Abi con rotundidad.

Soltó la mano de su madre y salió del comedor a toda prisa, subió a su habitación y se tiró sobre la cama. Su cabeza daba vueltas, cientos de preguntas la asaltaban, pero no eran para sus padres, para ellos, no. ¿Qué iba a hacer ahora, si es que había un ahora como el de cada uno de los días que había vivido feliz, ajena a lo que acababa de saber? No tenía ganas de llorar. En realidad, no era ninguna desgracia. Simplemente, sentía algo muy extraño, como si ella hubiese cambiado también. No se puede volver a la ignorancia; por mucho que lo intentes, ya no puedes ser la misma.

Pasó toda la tarde encerrada en su habitación. De lejos le llegaban las frases de sus padres, que preguntaban de vez en cuando si quería hablar con ellos. A los dos les contestó negando con la cabeza, sin querer decir nada más.

Su madre pidió a la doncella que le subiera la comida a la habitación, pero no tenía hambre en absoluto. Fue al anochecer, después de que ellos entrasen en su habitación para darle un beso de buenas noches, cuando atacó la bandeja de los sándwiches fríos con voracidad.

Releyó varias veces la carta, que su madre había recogido de la mesa del salón y le había dejado cuidadosamente en el cajón de la cómoda. Cuanto más la leía, más comprendía a la persona que la había escrito y más se comprendía a ella misma. Le ocurría lo mismo con sus padres; no quería juzgarlos, siempre habían sido muy buenos con ella, a pesar de la exagerada preocupación de su madre y de la extrema vigilancia de su padre, pero ahora lo veía desde otro punto de vista. Era un mar de dudas.

Sin embargo, se durmió pronto y no se levantó hasta el amanecer. Enseguida, sacó la maleta que tenía guardada en el armario y la dejó abierta sobre la cama. Empezó a meter en ella algunos vestidos de verano, los bañadores nuevos comprados antes de temporada y zapatillas cómodas para caminar. El neceser y la carta. Sólo cuando la cerró bajó a desayunar.

Sus padres aún no se habían levantado, pero la doncella ya estaba preparando la mesa. Le dio los buenos días y le pidió que le hiciera algo rápido. Disfrutó del café y de la tostada con mantequilla y mermelada en soledad. Estaba ansiosa por empezar las vacaciones. Ibiza podía ser un buen lugar para alejarse de todo y de todos. Había pensado en esperar a que bajaran sus padres, pero mientras desayunaba se arrepintió. Se acercó al despacho de su padre y escribió una nota que dio después a la doncella.

–¿Puede dársela a mi madre, por favor? En cuanto baje a desayunar.

–Claro, señorita, pero... ¿no va a despedirse de ellos?

–No tengo tiempo, Clara. Mi amiga y su tía me están esperando en su casa. Nos vamos hoy –mintió.

–Está bien, señorita. Que tenga buen viaje.

–Gracias, María.

Al cerrar la puerta de la verja, con la pequeña maleta en la mano, miró hacia su ventana. Se imaginó que la antigua Abi continuaba durmiendo en su habitación, en su cama, y ella era otra persona. Casi se compadeció de ella por su absoluta ingenuidad.

Caminó hasta la parada de taxis. La antigua Abigail nunca había cogido uno sola. La nueva Abigail se disponía a hacerlo.

4. La espiral de la vida

Era fácil dar esquinazo a la tía de Mari Ángeles. Aquella tarde, tras dar un paseo por el pueblo con ella y comer en un chiringuito del puerto, su amiga le dijo que iban a ir a comprar unas zapatillas de esas típicas mallorquinas porque les habían empezado a doler los pies de caminar con las chanclas de dedo floreadas. Las habían visto en una tienda pequeña, en una esquina de una callejuela, pero como no recordaban bien dónde era darían un paseo hasta encontrarla.

Mari Ángeles sabía que no había nada que le disgustara más que tener que caminar dos veces por el mismo sitio. Como persona eficiente y práctica, lo de deambular por las calles blancas ibicencas no era lo suyo. Y la sobrina contaba ya con su respuesta y la decisión de quedarse en el apartamento a echarse la siesta. Pero ni ella ni Abi estaban dispuestas a perder ni un minuto de su tiempo vacacional durmiendo a deshoras. Ya lo hacían por la noche, como todo el mundo. Habían planeado bajar hasta la playa, donde las pandillas disfrutaban del sol y del mar, sentados en la arena, en círculos, charlando y riendo, o simplemente bañándose y divirtiéndose con las olas.

Mari Ángeles había conocido a dos chicas en un paseo en uno de los mercadillos más artesanales que habían visto nunca, en el que tenderos, extranjeros en su mayoría, vendían en sus puestos algunas piezas muy curiosas, como cuadros en sábanas pintados por ellos mismos, capazos de esparto, bisutería y ropa de punto hechas con sus propias manos; camisas de hombre usadas y unos vestidos blancos muy bonitos. Ambas se habían comprado uno y se los pusieron para ir a la playa aquella tarde. Con sus habituales vestidos minifalderos hubieran desentonado bastante. Aquellas chicas vestían de una forma que ellas nunca habían visto: la mayoría con faldas largas y camisas sueltas de bonitos colores o pantalones anchos hasta abajo, en colores variados también. Tenían el pelo largo, pero no parecían molestarse

mucho en intentar ondularlo, sino que se lo dejaban suelto, sin preocuparse de la dirección de la raya ni el peinado.

Se mostraron muy amables al venderles los vestidos y se animaron a charlar con ellas, a pesar de su apariencia y de no saber muy bien de dónde eran. Se sorprendieron, pues eran españolas, de Madrid y Barcelona, y se vieron identificadas con ellas, porque, según les contaron, hacía un año que habían venido a Ibiza de vacaciones pero al final decidieron quedarse a pasar el invierno; y después una cosa llevó a la otra y ahí estaban, un verano más, vendiendo en el mercadillo y sin ningún deseo de regresar a la península.

Ellas fueron quienes les contaron que se reunían en una playa hasta la puesta de sol, la cual celebraban cada tarde como si fuera la última. A Abi le parecieron curiosas y diferentes; todos los que vendían en aquel mercadillo lo parecían, pero al ver que eran chicas como ellas, casi de su misma edad, empezó a verlas de otra manera.

Una de ellas llevaba dos pequeñas trenzas a cada lado de la cara que le daban un aspecto muy juvenil, pero, al mismo tiempo, espontáneo y libre. La otra, con el cabello más oscuro, iba coronada por una cinta de flores, cuyo final caía sobre su espalda al aire. Estaban morenas y, aunque no llevaban maquillaje, ni siquiera tenían los labios pintados, se mostraban con una naturalidad realmente hermosa.

Al llegar a la playa, se sentaron junto a ellas, en medio de un grupo de amigos que, en círculo, se dedicaban a tararear las canciones que un inglés tocaba y cantaba con su guitarra. Abi empezó a sentirse tan a gusto que casi le pareció estar viviendo una experiencia irreal o imaginada. El mar al fondo, el sol sobre sus cabezas mojadas y sus rostros, aquella música tan melódica, los brazos que agitaban al unísono hacia los lados y hacia arriba, los desafinados tarareos... Todo era tan idílico que se fue llenando de una calma y una paz que reconoció que estaba necesitando.

No le había contado a Mari Ángeles por qué había aparecido en su casa con la maleta dos días antes del viaje. Ni siquiera en el largo trayecto en autobús se atrevió a contárselo. Le dio una estúpida excusa, y su amiga se la creyó; que no se había sentido bien la noche anterior, lo primero que se le ocurrió, que algo le debió caer mal, y su padre le dijo que adelantara sus vacaciones. Así que, mientras Mari Ángeles y su tía tenían que cumplir aún con los dos días de trabajo, ella se quedó en su piso, dándole vueltas a la cabeza; sin hacer nada más que eso, pensar a todas horas.

–Privilegios de ser la hija del jefe –le dijo a su amiga con una sonrisa fingida cuando le abrió la puerta.

Mari Ángeles la recibió alegre y, entre bromas, planearon que se quedara allí esos dos días y fuese comprando por ellas todo lo que iban a necesitar. Abi accedió encantada. No podía existir un plan mejor en aquel momento que pasarse el día comprando en el mercado sin pensar en nada importante. Eso era lo que necesitaba, no pensar, hacer cosas sin importancia, disfrutar y descansar.

Y ahora, estando allí, formando parte de aquel círculo de gente joven que sólo deseaba disfrutar del momento, se sentía a gusto por primera vez en mucho tiempo. Al menos, estaban solas y sin la vigilancia de la tía, que a veces podía resultar un poco agobiante. Aunque era amable e incluso graciosa, tenía un gran sentido de la responsabilidad por su sobrina, a quien sentía que debía cuidar y proteger en todo momento, lo cual no era lo más deseado para unas vacaciones. Se había comportado de la misma forma cuando fueron a su pueblo en la Alpujarra, pero entonces a Abi no le molestaban esas cosas, y ahora sí.

Algo, en su interior, se había transformado; como una mariposa que ha salido del capullo. Por supuesto, ni Mari Ángeles ni su tía se habían dado cuenta. Abi se esforzaba en disimular sus emociones y, además, no se sentía capaz de hablar de lo ocurrido, así que lo había apartado a un lado de su memoria, a sabiendas de que en algún momento tendría que regresar a ese espacio y enfrentarse a ello.

Tanto ella como su amiga se sumaron a dar palmas cuando la canción lo requería y a mover las caderas, ondulantes como las olas del mar, con las palmas hacia arriba. No sabían muy bien lo que hacían, imitaban a los demás, que parecían encantados. Sin conocerlas, las habían recibido como si fueran sus amigas de siempre,y aquella sensación, completamente nueva para ellas, les resultó tan entrañable que no podían hacer otra cosa que sonreír y disfrutar de la maravillosa tarde de principios de agosto, con un calor sofocante, pero con la diversión asegurada.

–No aguanto más –dijo repentinamente Mari Ángeles, y se quitó el vestido. Se quedó con su bañador rosa de cuerpo entero, que le sentaba muy bien–. Voy a darme un chapuzón, ¿te vienes?

Abi asintió. Se quitó su vestido y lo dejó doblado sobre el de su amiga. Su bañador era negro con una flor de varios colores a un lado de la cintura que le realzaba la figura.

Corrieron hasta el agua, salpicándose una a la otra, y dando cortos gritos al sentirla fría al principio. Las chicas que habían conocido en el mercadillo las siguieron; dejaron la ropa sobre la arena, pero debajo no llevaban bañadores de cuerpo entero, sino unos bikinis muy bonitos y modernos. El de la rubia era blanco y destacaba mucho con

su piel morena, y el de la otra era rojo. Abi y Mari Ángeles se quedaron mirando casi embobadas la belleza de sus cuerpos juveniles antes de meterse en el agua.

–Mañana mismo me compro uno de ésos –exclamó Mari Ángeles al ver lo bien que les sentaban.

–Son bonitos.

–¿Aún lleváis bañadores? –preguntó la rubia, que se llamaba Luna–. ¿No os parecen incómodos?

–No –respondió Abi por las dos.

–A mí me parece que voy atada, como si llevara un cinturón de castidad –rio Sol.

Tanto a Abi como a Mari Ángeles sus nombres les sonaban a inventados por ellas mismas. Quizá la morena se llamaba Marisol y la otra había querido llevar el nombre opuesto. En cualquier caso, resultaban muy exóticos.

–Es mucho más cómodo el bikini –añadió–, también los vendemos, si queréis uno.

–Pues sí, acabo de decirle a Abi que voy a comprarme uno. ¿Y tú te animas, Abi?

–Me gustaría, pero no creo que tu tía te deje ponértelo.

–Pues no se lo diremos. Lo llevaremos cuando ella no esté –respondió, resuelta.

–Es una buena idea –aceptó Abi, contenta.

–No podéis dejar que esa tía tuya marque las normas en vuestra vida –dijo la morena.

–¡Pues díselo tú, porque a mí no me va a hacer ni caso! –exclamó Mari Ángeles medio en broma medio en serio–. ¡Cualquiera le dice nada a mi tía! ¡Menuda es!

–Pues no es vuestra dueña, tenéis que ser vosotras mismas.

Abi se quedó pensando. Era la primera vez que escuchaba algo así, y, a pesar de lo sencillo que parecía, le costó entenderlo plenamente. ¿Ser ella misma? Ni siquiera podía imaginar cómo sería si fuese ella misma alguna vez.

–Sois libres –añadió la rubia de las trenzas a los lados de la cara–. Nadie tiene por qué deciros lo que podéis llevar puesto, ninguna persona, ni la moda ni nadie.

Aquello sí lo entendió. Ella intentaba vestir a la moda como la chica joven que era. Siempre le había gustado llevar vestidos bonitos, y por eso se había fijado en los bikinis de aquellas chicas.

–¡Vuestros bañadores son preciosos! –volvió a hablar la morena–. E imagino que os han costado mucho dinero, pero ¿os habéis preguntado si son lo que queréis llevar puesto dentro del agua? ¿O

preferís sentir el agua acariciando vuestra piel?

–¡Tampoco vosotras vais como Dios os trajo al mundo! –se rio Mari Ángeles.

–Es cierto –contestó riendo también–, pero es mucho más cómodo y podemos sentir el agua en casi todo el cuerpo. De todos modos, a veces nos bañamos sin la parte de arriba.

–¿En serio? –Mari Ángeles abrió los ojos como platos.

–¡Claro! ¿Qué diferencia hay? Con este bikini me siento más libre que con un bañador, pero desnuda soy más libre aún.

–A mí me encanta –exclamó la morena, quitándoselo de repente y lanzándolo al grupo de amigos que seguían en la playa, que lo recibieron como si ya estuviesen acostumbrados a ver aquello.

–¡Y a mí! –gritó la rubia, imitándola.

–Menos mal que en esta parte de la playa no se baña mucha gente –murmuró Mari Ángeles.

–Sí, por eso venimos aquí a una hora en la que todos están durmiendo la siesta –respondió la rubia.

Mari Ángeles casi no quería mirar, pero al mismo tiempo sonreía divertida, como si estuviese participando en alguna travesura. Abi también sonreía, pero, más comedida, se limitó a nadar, alejándose un poco de ellas. Le encantaba nadar a solas y disfrutar de los sonidos, los aromas de la sal y de la brisa. Se alejó lo bastante para ver las rocas que había a los lados, llenas de mejillones y de pequeñas conchas blancas alargadas. La playa era bellísima, y a lo lejos se veía el pueblo blanco con algunas casas marrones en la parte de arriba. El sonido del viento en sus oídos era justo lo que necesitaba. Ya no se sentía aburrida, como le ocurría en Madrid; ahora cualquier cosa a su alrededor le parecía una experiencia maravillosa.

Se tumbó sobre el agua, haciendo el muerto, y se quedó flotando durante unos instantes. Podía escuchar el movimiento de la arena bajo el agua. Las tímidas olas la mecían y el sol se aferraba a su cara y a sus ojos como si fuese la única piel que calentar. Así estuvo un tiempo en el que podía percibir el agua rodeando su piel, y se imaginó que estaba desnuda rodeada de aquella agua fresca y maravillosa del Mediterráneo.

Cuando se incorporó, se dio cuenta de que las olas la habían alejado y que estaba en el lado menos concurrido de la playa. Nadó entones hasta la orilla, justo donde un chico dibujaba una gran espiral con un palito en la arena. Sintió curiosidad por ver el dibujo y caminó despacio, con el agua por las rodillas, observando el aspecto del dibujante. Estaba descalzo, vestía unos pantalones de tela vaquera bastante ajados y manchados de arena, recogidos hasta la rodilla, y un

chaleco de piel marrón sobre el cuerpo, sin camisa debajo, dejando ver el vello claro de su pecho. Llevaba el pelo castaño, con algunos mechones rubios por el sol y la sal, suelto y largo a la altura de los hombros, y una cinta de cuero alrededor de la frente.

Salió del mar hasta poder ver la espiral que el chico había dibujado en la arena, tapándose los ojos para evitar el sol, que, aunque ya empezaba a ocultarse, le molestaba. Sólo entonces el joven se dio cuenta de su presencia.

–¿Es una espiral? –reguntó al ser descubierta, sabiendo ya la respuesta de antemano.

–Sí –respondió él con una tímida sonrisa.

–Es muy bonita.

–¡Es curioso que digas eso!

–¿Por qué? –se extrañó.

–Porque las espirales son siempre iguales –respondió él, acercándose–. Es un símbolo que está en todo lo que nos rodea, en un caracol, en los cuernos de los animales, en los tornados, en las galaxias...

Abi no supo si había metido la pata o es que era el típico pedante. También la pedantería parecía estar en todo lo que les rodeaba. Prefirió no contestar para no equivocarse de nuevo. Como dándose cuenta de que no había dicho lo correcto, él siguió hablando:

–Quería decir que si tú la ves bonita es porque estás en un momento bonito de tu vida.

La aclaración no le desagradó, pero no había acertado en absoluto.

–Más bien es al contrario, pero gracias por decirlo. Ha sonado bien –se rio.

–¿No crees que estás en un momento bonito de tu vida?

–No, ya te he dicho que es precisamente lo contrario –aclaró.

–Piénsalo bien, quizás estés equivocándote. Los cambios son buenos la mayor parte de las veces.

Aquella respuesta le gustó más. Estaba intentando dar un cambio, desde luego. Aunque no le estaba saliendo precisamente como ella habría esperado.

–Éste es el dibujo de mi vida en este momento. Tú puedes hacer el tuyo –le dio el palito, invitándola a que ella hiciera su propio dibujo.

Estaba manchado de arena húmeda. Lo cogió y miró al chico. Le gustaba su rostro agradable, aquella expresión pura y sincera. Debía tener más o menos su edad, o quizás un poco más, pero aparentaba una juventud como la de las chicas, diferente a la de ella o Mari Ángeles.

Se alejó un poco de la espiral y se agachó para intentar hacer el

dibujo de su propia vida. No tenía ni idea de cómo describirla, pero se dejó llevar por la idea.

Él miraba cómo iba de un lado a otro dibujando algunas líneas rectas y otras curvas, hasta que se dio cuenta de que había dibujado algo parecido a un ovillo lleno de nudos y deshilachado. Cuando terminó, se irguió de nuevo y le devolvió el palito.

–No me sale nada que merezca la pena –se rindió.

–Bueno, quizás hoy no es el día.

–Eso parece.

–Puedes volver a intentarlo mañana. La verdad es que es horrible –rio, mirando el dibujo.

–Tienes razón –rio ella también.

–Creo que tienes la cabeza un poco liada –volvió a reír– y tu vida no está nada clara.

–Vuelves a tener razón. –Abi dibujó una amplia sonrisa.

–Me llaman Charlie.

–Me imagino que te llamas Carlos.

Él asintió.

–Queda mucho mejor en inglés –dijo ella sin dejar de sonreír.

–Creo que sí, aunque no tengo mucha idea de inglés, lo básico. Seguro que tú sabes más que yo.

–Yo lo hablo. Es mi segundo idioma.

–¡Vaya! Debes haber estudiado en un buen colegio.

–Así es, con las monjas primero, y después aprendí inglés con una profesora nativa.

–Así que eres una niña de papá, ¿eh?

Abi se sintió un poco molesta. ¿Qué sabía él cómo era ella, si acababan de conocerse?

–No me entiendas mal. –Charlie se dio cuenta e intentó explicarse–: No tengo nada en contra de los niños ricos, es sólo que vienen muchos por aquí.

–¿Por Ibiza? ¿Vienen muchos a la isla?

–Muchos. No saben lo que vienen buscando, pero parece que lo encuentran porque suelen quedarse.

–¿Y tú? ¿De dónde has salido?

–Yo soy de aquí. Soy isleño.

–¡Vaya! Creía que no existían chicos como tú en la isla –rio.

–Pues sí, algunos hay –rio él también–, pero no somos tan raros como parecemos. ¿Estás con ese grupo? –Señaló a las chicas, que ya habían salido del agua y habían vuelto a sentarse en el círculo con los demás.

–Sí, aunque apenas los conozco. Yo he venido de Madrid con una

amiga. Es aquélla –le indicó.

–Pues encantado de conocerte.

–Lo mismo digo. Será mejor que vuelva con ellos –dijo, dándose la vuelta para marcharse.

–Creo que se te olvida algo, chica con la vida enmarañada. –Abi volvió la vista hacia él, un tanto sorprendida–. No me has dicho cómo te llamas.

Lo había eludido como sin darse cuenta tras su comentario sobre que era una niña de papá. Su nombre la delataba. Decidió decir sólo el diminutivo.

–Soy Abi.

–Me gusta –respondió resuelto.

–¿Vas a estar aquí mucho tiempo?

–¿En la isla o en la playa?

–En la isla.

–Dos semanas, llegamos hace tres días.

–Entonces nos veremos, seguramente.

–¿No te quedas a la puesta de sol?

–Prefiero verla desde otro sitio –se hizo el interesante.

–Entonces me voy. ¡Ya nos veremos! –se despidió Abi, dejándolo un poco cortado.

–Paz y amor –respondió él, haciendo un gesto con el dedo índice y el corazón parecido al de la Victoria.

Abi se dijo a sí misma que había hecho bien en contestarle así. No había duda de que él quería invitarla a ir con él a ver la puesta de sol; no lo conocía de nada. ¿Cómo iba a fiarse de un chico así, un tanto dejado, por mucho que en su rostro se viese la misma calma y serenidad que en el de las chicas del mercadillo? Le había caído bien y podía ser ingenua, pero no tonta.

–¿Quién es ése? –le preguntó Mari Ángeles cuando se sentó a su lado.

–Es Charlie, un lobo solitario –le contestó Luna, entrando en la conversación.

–Me ha dicho que es isleño.

–Sí, nació aquí. A veces, se une a nosotros, pero normalmente va por libre.

–¿Y eso por qué?

–Supongo que lo prefiere así.

–La tierra donde vivimos es suya; bueno, de su padre. Aunque él la heredó cuando murió y la ha liberado para nosotros, así que le estamos muy agradecidos.

–¿Ha liberado la tierra? –preguntó Abi sin comprender.

–Significa que la ha dejado libre para quien quiera vivir en ella. Allí tenemos nuestra comuna, es una de las primeras de la isla. Él, sin embargo, prefiere seguir viviendo en su casa. Su madre está con él, y creo que no quiere dejarla sola.

–¿Qué es una comuna?

–Vivimos en comunidad, todos juntos, en la misma casa –explicó Sol, uniéndose también a la charla–. Nosotros no somos de aquí y no tenemos propiedades.

–¡Ni pretendemos tenerlas! –aclaró Luna–. Lo único que queremos es vivir en paz, en libertad para ser nosotros mismos.

De nuevo la idea de ser una misma. Algo que no sabía ni cómo hacerlo ni por dónde empezar para conseguirlo.

–¿Pero vivís todos juntos? ¿Los chicos también? –se sorprendió Mari Ángeles.

–Claro. ¿Qué problema hay? Todos somos iguales.

–Bueno, yo no diría tanto –repuso con ironía.

–Nosotros creemos que sí. Aquí no existen diferencias, salvo las que nos ha dado la naturaleza. Ellos no son más que nosotras, ni nosotras más que ellos.

–Eso suena bien... –sonrió Abi.

–Pero no lo veo muy realista –atajó su amiga.

–Eso es porque vives en una sociedad adulterada. Si vivieras con nosotros, lo entenderías.

–¡Quita, quita! A mí eso de vivir con hombres y mujeres, todos juntos... Creo que no es para mí.

Mari Ángeles empezaba a cerrarse en sus ideas, así que las otras decidieron no seguir con el tema y se pusieron a escuchar la música y a disfrutar de la bella puesta de sol, que había empezado su espectáculo de cada tarde.

Abi tampoco insistió más, a pesar de que le picaba mucho la curiosidad. Le hubiera gustado saber más detalles, pero decidió callar ella también y contemplar el maravilloso paisaje del mar y el cielo, en una unión tan bella que casi la deja sin aliento.

En ese momento, unos muchachos cogieron unos instrumentos a los que llamaron «bongos» y comenzaron a tocarlos con ritmo. La caída de la tarde avisaba de que había pasado un nuevo día.

5. Tu lugar favorito

Al final de la semana, Mari Ángeles y Abi ya conocían a casi todos los que bajaban a la playa al atardecer. Se habían comprado un bikini cada una, hechos a mano por Luna y Sol, y se lo ponían con la tranquilidad de saber que todas las chicas del grupo también llevaban uno.

Abi se sentía feliz con aquella gente. Sin embargo, su amiga no parecía tan integrada en el grupo como ella. No había ningún candidato para novio a la vista, así que empezó a sentirse desplazada y un poco aburrida de hacer lo mismo cada día: admirar la puesta de sol tras haberse dado unos chapuzones, tarareando canciones en inglés que ni siquiera entendía. Y se lo hizo saber a Abi, quien, al contrario, no quería ir a ningún otro sitio a esas horas de la tarde, encantada de aquella playa, sus puestas de sol y la compañía de Charlie.

Había dejado de ser un lobo solitario para integrarse de nuevo en el grupo con la sola idea de estar con ella. Claramente, disfrutaban de la mutua compañía, lo que también ayudó a que Mari Ángeles se sintiera aún peor. Y llegó el día en que su amiga no quiso bajar a la playa. Aun así, Abi cogió su bolsa de punto, también comprada en el puesto de sus nuevas amigas, y se fue sola.

Charlie estaba sentado en la arena, un poco separado del círculo. Al verla, se levantó y caminó por la arena hacia ella.

–Estaba esperándote. Quiero que me acompañes a un sitio especial.

–¿Especial? ¿Qué puede haber más especial que esta maravillosa playa a estas horas? –respondió ella medio en broma. En realidad, creía en sus palabras. Pasar el atardecer en aquel lugar había significado para ella una limpieza completa por dentro y por fuera. Se sentía renovada.

–Pues, aunque no lo creas, existe un sitio más especial. Ibiza está lleno de lugares especiales, y quiero llevarte a uno.

–Vamos –aceptó, feliz.

En Madrid nunca se hubiera atrevido a ir a solas con un chico a un sitio especial, porque habría pensado que podría ser peligroso. Como decía la tía de Mari Ángeles, los hombres sólo querían una cosa. Pero Charlie era distinto, o así se lo parecía.

Aquella tarde estaba muy atractivo con su pelo castaño con mechas rubias por el sol suelto hacia atrás. Llevaba sus sempiternos pantalones de tela vaquera y una camisa floreada abierta, que dejaba el escaso vello rubio de su pecho al aire. Estaba muy moreno, y un colgante plateado, con tiras de cuero y un bonito símbolo que Abi desconocía, lucía en su cuello.

–¿Qué significa ese símbolo? –le preguntó.

–Es el símbolo de la paz.

–Nunca lo había visto. Es precioso.

–Te haré uno el próximo día.

–¡Gracias! –respondió entusiasmada.

Charlie la cogió de la mano. Fue un gesto rápido y tranquilo que ella aceptó con toda naturalidad, sin pensar en lo que diría la gente al verlos, como también le habría ocurrido en Madrid. Así, juntos, caminron hasta una pequeña y vieja moto que estaba aparcada sobre la acera.

–Estás preciosa con ese vestido largo, pero vas a tener que sujetártelo.

–¿Vamos a ir en eso?

–Nunca la habían llamado así –rio él, y continuó la broma–: Eso es vieja, pero nos llevará al lugar que quiero enseñarte.

–Está bien –Abi se recogió el bajo de su vestido y subió a la moto detrás de él.

–Agárrate fuerte. El camino tiene unos cuantos baches.

Se reía sola al recordar aquella frase cuando pisaron con la moto los mil y un agujeros de la carretera.

–Decías que eran algunos baches –gritó entre el ruido del motor y el sonido del viento.

–No quise decirte toda la verdad –se mofó Charlie de nuevo.

Le gustaba estar con él. Era tranquilo, y le transmitía calma. Nada de presiones ni juicios, y ninguna pregunta. Habían hecho amistad sin tener que contarse el uno al otro sus vidas, esas que cuando acabasen las vacaciones de verano volverían a atraparlos en su tediosa cotidianidad. Salvo el primer día, mientras él dibujaba la espiral en la arena, no se habían preguntado qué hacían durante el invierno ni cómo eran sus familias. Nada de lo que la gente normal habla para intentar conocerse.

Al pensar en esto, Abi frunció el ceño. Se acordó de sus padres, que

eran capaces de aparentar durante años. Tal vez no se podía conocer de verdad a las personas. Se sentía decepcionada con ellos, de toda su vida, y por eso agradecía que a Charlie no le importara su vida en absoluto. Y ella le respondía de la misma manera, porque tampoco le importaba nada qué hacía él para ganarse la vida o si vivía todavía con sus padres. Sólo quería pensar en los días maravillosos que estaba viviendo; era la primera vez que saboreaba cada hora y cada minuto, como si fueran los últimos de su vida, o mejor aún, como si fueran los primeros.

Se agarró fuertemente a su cintura. El viento arremolinaba sus cabellos y refrescaba sus cuerpos. Él intentaba sortear los baches sin conseguirlo mientras subían por un estrecho camino polvoriento, hasta que llegaron a unas rocas desde las que se podía ver el mar desde arriba.

Bajaron de la moto y Charlie volvió a cogerla de la mano. Estaban en una pequeña cala, escondida a ojos del mundo, desde donde el agua del mar tenía un color azul turquesa que Abi no había visto en su vida.

–No imaginaba que pudiera haber lugares tan bonitos. El mar se ve precioso desde aquí.

–Y sólo está a unos metros de altura. Podemos bajar por esas rocas.

–¿No es peligroso?

–Si vas conmigo, no. –Charlie le sonrió de una forma que hizo que se le pusiera la piel de gallina.

Fuertemente agarrada de su mano, se dejó guiar por un pequeño y pedregoso camino cuesta abajo. Pronto estuvieron sobre las rocas cercanas al agua. Charlie se detuvo y la agarró por la cintura para ayudarla.

–Creo que va a ser mejor que te quites el vestido. Si te lo pisas, podemos caernos.

Lo dijo tan serio que ella lo creyó y se movió para hacerlo, pero estaban tan pegados el uno al otro, en el único espacio posible donde poner los pies, que no pudo ni estirar los brazos.

–¿Me ayudas? –le pidió con timidez.

Charlie cogió el bajo del vestido, tiró de él hacia arriba suavemente y se lo sacó por la cabeza. Ambos sintieron muy de cerca el calor de sus cuerpos semidesnudos, mientras se miraban a los ojos, él con sus pies un poco más abajo que ella, sus rostros a la misma altura. Y también sus labios.

Charlie pensó que resultaría muy fácil besarla en aquel momento; seguramente ella lo deseaba también, pero no quería que pensara que la había llevado hasta allí para eso. Quería que conociera su lugar

favorito, nada más. Siempre iba solo, y casi todo el mundo desconocía el lugar porque era complicado bajar, pero él pasaba allí muchas tardes. Tardes en las que soñaba con alguien como ella, alguien que se presentaría un día en la isla y haría trizas su corazón.

Arrugó el vestido entre sus manos y, cogiéndola por la cintura, la lanzó al agua sin avisar. Sorprendida, Abi cayó dando un gritito muy gracioso. Cuando vio que ella sacaba la cabeza fuera del agua, Charlie dejó el vestido sobre una roca, se desvistió con rapidez y saltó al mar.

–¿Estás loco? –Abi reía, feliz como no lo había sido nunca–. ¡Para esto me has dicho que me quite el vestido!

–No quería que se mojara. Lo necesitarás para volver al pueblo. –Charlie la salpicó con el agua fresca.

Abi miró hacia las rocas. Su vestido estaba junto a la camisa de él. Nadó hasta recoger sus chanclas, que habían salido a la superficie.

–¡Espera! –dijo Charlie, con las suyas en la mano–. Las dejaré allí. Luego tendremos que ponérnoslas para subir. –Se acercó a las rocas y dejó las cuatro sandalias lo suficientemente cerca para poder cogerlas después.

–¡Así que lo tenías todo planeado! Querías desnudarme pero sin quitarme las chanclas porque las necesitamos para subir, ¿no? ¿Cuándo se te ha ocurrido todo esto? –Abi volvió a reírse mientras nadaba con lentitud en el agua calma y transparente.

Se quedó admirada al mirar hacia abajo. Algunos peces los rodeaban sin tocar sus piernas. Desde allí, la montaña se alzaba completamente cubierta de vegetación entre los altos pinos. Se escuchaba el trino alegre de los pájaros mezclado con el rumor de las pequeñas olas que se cortaban en las rocas.

Abi se tumbó sobre la superficie del agua para mirar el cielo, soleado aún. Era ese momento perfecto en el que aún es de día pero el sol ya no resulta abrasador y se le puede mirar directamente a la cara. Al meter los oídos en el agua, escuchó el leve movimiento de las piedras del fondo como un agradable rechinar que le hacía cosquillas. Cerró los ojos para disfrutar del sonido. Supo que nunca había estado en un lugar más idílico y que probablemente nunca volvería a sentir aquello cuando se acabaran las vacaciones.

Charlie se llegó hasta ella y le hizo cosquillas. Abi empezó a reír y a devolverle la broma buscando su cuerpo, y acabaron salpicándose agua de nuevo, hasta que él la cogió por la cintura y la pegó contra su vientre.

Abi esperaba que la besara. Llevaba soñando con ese momento desde que lo conoció. Quería que la retuviera entre sus brazos y le diera el que sería su primer beso. Pero, por supuesto, no se lo iba a

confesar.

Pero Charlie no buscaba ni impresionarla ni intimidarla. Sólo quería sentirla cerca, hacerle saber que él estaba allí, que la había traído a su lugar favorito porque ella era su persona favorita esos días.

–¿Verdad que es precioso este lugar? –le preguntó al oído.

–Tenías razón, es un sitio especial.

–Al que nunca he traído a nadie, sólo a ti.

–¿De verdad? –Se sintió única.

Asintió con la cabeza, mirándola a los ojos. Anhelaba saborear esos labios carnosos salpicados de gotitas de mar, quería disfrutar de ellos, hacerlos suyos, pero temía que pudiera pensar mal de él. Sus intenciones no eran aprovecharse de ella. Todo lo contrario. Su forma de ser, ingenua y, al mismo tiempo, enigmática, le hacían parecer muy especial. Nadie hasta ahora había conseguido nunca que se sintiera tan bien, y necesitaba decírselo.

–Nunca he conocido a nadie que mereciera venir aquí. Es mi sitio favorito. Y creo que tú eres ahora mi persona favorita.

Abi no supo qué responder. Se le puso la piel de gallina y sin pensarlo se abrazó a su cuello, aferrándose a aquel momento, deseando que no se acabara nunca. Por fin se sentía feliz y libre, y era gracias a él, pues le parecía que le había abierto una puerta a un mundo nuevo.

–¿Y yo? ¿Soy tu persona favorita ahora? –preguntó él, temiendo la respuesta, consciente de que se estaba enamorando de alguien que una semana después desaparecería de su lado.

–Lo eres –respondió ella con timidez, pero sin soltarse de su cuello.

Sus rostros se acariciaban, sus ojos no podían dejar de mirarse y sus labios pedían a gritos un beso. Abi se pasó la lengua por los suyos. Sabían a sal. Y, sin pensarlo, los posó sobre los de él. Fue él entonces quien se apoderó de su boca, ardiente y profundamente, mientras la atraía hacia sí por la cintura.

«He vivido todo este tiempo para estar aquí, con él, con este chico especial entre el resto del mundo», suspiró Abi para sí misma. Y abrió sus labios y le devolvió el beso, saboreando el sabor del mar. Y él la recibió con pasión, abrazándola con fuerza para que no escapara.

Cuando al fin se separaron, Charlie mostraba esa tierna sonrisa que hacía derretirse a Abi. Ella le devolvió la sonrisa, feliz.

Entonces él la empujó y le hizo una ahogadilla. Y, en cuanto salió a la superficie, ella se la devolvió. Estuvieron un rato jugando en el agua hasta que, agotados, salieron del agua y se sentaron sobre una piedra, aún caldeada por el sol, para ver el final de la puesta de sol. Allí la besó de nuevo y ambos sintieron que se pertenecían.

–Creo que nunca he estado tan bien en mi vida –murmuró Abi, como si estuviese sola y pronunciase en voz alta sus pensamientos.

–Me alegra mucho que seas feliz a mi lado. Yo también lo soy.

–Gracias por enseñarme tu lugar favorito.

–Es un placer estar aquí contigo.

–Quiero que sepas que nunca me he sentido con nadie como me siento contigo.

–¿Y cómo te sientes? –preguntó él con interés.

–Creo que me siento... libre. Y también feliz –respondió, dudando al principio, pero a cada palabra más segura.

–Eres libre.

–Pero no lo sabía. Creo que me estoy dando cuenta ahora.

–Eso es bueno. –Charlie le mostró su mejor sonrisa, y al instante siguiente la estaba besando de nuevo.

Fue un beso fresco, salado y jugoso. Después, volvió a mirar al horizonte y ella siguió su mirada. Colocó su cabeza en el recodo de su brazo. Algo en su interior se había despertado gracias a él, a su lugar favorito y a lo que estaba viviendo en aquella mágica isla.

* * *

Llegó pasadas las diez. Charlie la llevó hasta el apartamento, y se despidieron en la puerta, besándose de nuevo despacio antes de separarse.

–Te veo mañana en la playa.

–Claro, no me lo perdería por nada del mundo –asintió ella, besándolo otra vez.

–Es sólo una puesta de sol, como la de cada tarde –se rio él.

–Es mucho más que eso. Es una puesta de sol que veré contigo.

–Y con el resto del grupo –volvió a reír.

Abi rio también. Felices, no queriendo dejar de abrazarse, no se percataron de la presencia de la tía. Por detrás, Mari Ángeles intentaba hacer ruido para avisarlos, pero ya era tarde, su tía lo había visto todo.

–Será mejor que entre –dijo Abi en voz baja al darse cuenta.

Charlie arrancó la moto y se marchó a toda prisa.

–¿Te parece bonito venir a estas horas? –le dijo la tía de su amiga, con su rígido temperamento, ejerciendo de madre.

–Lo siento. Se me ha ido el santo al cielo. Hacía una noche preciosa y...

–Pues ya hemos cenado. Así que te quedas sin cenar.

Abi no pudo evitar soltar una risita sarcástica. No necesitaba cenar,

ni aquella noche ni las siguientes. Sólo quería estar con Charlie todo el tiempo que pudiera antes de que se terminaran las vacaciones.

–¡Encima te ríes! –exclamó la tía, enfadada.

–No se está riendo de ti. ¿A que no, Abi? –intervino su amiga para intentar apaciguar los ánimos.

–No, no me estoy riendo de ti –respondió Abi–; es sólo que no me importa no cenar, no tengo hambre.

–¡Pues mejor! Pero espero que no se repita. Yo tengo que responder ante tus padres después, ¿sabes? Y no quisiera tener que decirles que no estabas en casa para la hora de la cena.

–¡No tienes que responder ante mis padres en nada en absoluto! –se molestó la joven.

–¿Cómo dices? Ellos confían en mí para estas vacaciones.

–¡No es cierto! Ya soy mayorcita, ¿es que no te das cuenta?

–Que tengas veinticinco años recién cumplidos no te da derecho a hacer lo que te dé la gana.

–¡Sí que me da derecho! ¡Claro que sí! Y tú no tienes que decirme cuándo tengo que volver a casa. ¡Estoy de vacaciones, por Dios!

La tía no se esperaba esta respuesta. Siempre había sido respetada por su sobrina, sin que ésta le discutiera nunca, y también con Abi las veces que habían salido juntas. Entró en la casa en silencio, mostrando claramente su irritación.

–¿Te has vuelto loca? ¿Por qué le contestas así? –le preguntó Mari Ángeles, molesta también.

–¡Ella no tiene ningún derecho a decirme nada! ¡Ni a ti tampoco! ¡Tienes la misma edad que yo!

–¿Y qué? ¡Vivo en su casa, y mis padres confían en ella!

–Pues yo no. Así que espero que no vuelva a decirme nada.

–Pues, si quieres que sigamos teniendo unas vacaciones tranquilas, será mejor que te disculpes con ella mañana.

–No pienso disculparme. No le he hecho nada y no tengo por qué pedirle perdón –volvió a reír con sarcasmo.

–¿Y qué quieres, que me fastidie yo por tu culpa también?

–Yo no te estoy fastidiando a ti. ¡Sólo he vuelto un poco tarde, nada más!

–Hablándole así, me fastidias las vacaciones. ¡Mañana me lo hará pagar!

–¡Es su problema si lo hace!

–¡No, es el mío!

–¿Por qué permites que te trate como a una niña, si no lo eres? –le preguntó, realmente interesada.

–Ya te lo he dicho, porque vivo en su casa y mis padres confían en

ella.

–Bien, pues allá tú. Pero ya es hora de que te des cuenta de que eres adulta y una persona libre. –Abi se sorprendió de sus propias palabras.

–¿Y quién te ha metido esas ideas en la cabeza? ¿Sol y Luna? ¡Y ésas qué sabrán de la vida! Viven aquí como dos mendigas, todos viven como mendigos. ¡No sé ni de qué viven! –replicó Mari Ángeles, cada vez más enfadada–. ¿O ha sido Charlie? ¡Si ni siquiera se llama así, por favor! ¡Se llamará Carlos, en cristiano! ¡No sé a qué juegan todos cambiándose los nombres!

–No te caen bien, ¿verdad? –preguntó Abi al ver la exagerada reacción de su amiga.

–Pues no mucho. Me parecen unos ilusos. Y tú también, desde que estás siempre con ellos.

–Tú también estabas con ellos.

–Sí, pero ya me han hartado. Hemos venido las dos juntas de vacaciones, pero tú parece que prefieres estar con ellos que conmigo.

–¿De verdad crees eso?

–¿Y no es verdad? Mira a qué hora has vuelto hoy. Y has pasado toda la tarde con él. ¡A saber lo que habréis hecho!

–Nada, no hemos hecho nada, sólo nos hemos besado. Aunque tampoco es de tu incumbencia.

–Bueno, ésa es la primera parte. Cuando quiera algo más, ¡ya me lo dirás!

–Hablas y hablas, y no lo conoces de nada.

–¡Y tú tampoco! ¡Cualquiera diría que os conocéis de otra vida, como dice el resto de idiotas de la playa!

–¡Vaya! Ahora dices lo que realmente piensas de todos ellos.

–Pues sí, eso es lo que pienso, que son unos idiotas. Y yo no pienso volver a ir con ellos. Así que tú verás.

–Pues yo sí volveré.

–Pues irás tú sola.

–Pues iré sola. No necesito a nadie.

–Ya veo que no me necesitas. Me voy a dormir.

Mari Ángeles entró en la casa muy enfadada. Abi la siguió, pero se quedó en el salón, tomando un vaso de leche fría, mientras su amiga iba a la habitación. Le costaba entender su reacción. Se callaba lo que pensaba, más allá de que temiese el enfado de su tía. Decidió no seguir pensando mientras estuviese nerviosa e irritada. Al día siguiente, quizá fuese más fácil hacerles entrar en razón.

Lavó el vaso y fue a acostarse. Sabía que le iba a costar dormir, no sólo por lo molesta que estaba, sino también porque sólo podía pensar

en Charlie. Cerró los ojos y recordó cada gesto, cada sonrisa, los hoyuelos a los lados de la boca, sus largas pestañas claras, su tez tostada por el sol y por la sal, su cabello por los hombros... ¡Cuánto le hubiera gustado que fuese él, en lugar de Mari Ángeles, quien estuviera en aquella habitación!

6. Paz y amor

El día siguiente no parecía de vacaciones. Incómoda, durante el desayuno miraba su plato, intentando evitar las miradas de Mari Ángeles y de su tía, que prácticamente ni le dirigieron la palabra. Ni siquiera comentaron qué iban a hacer aquella mañana, como solían hacer cada día.

Sabía que estaban esperando una disculpa. Pero ella no pensaba que hubiera hecho nada incorrecto y no estaba dispuesta a volver a hacer lo que parecía obligado, lo que los demás creían que era lo correcto y lo mejor para ella. Había empezado a sentirse libre y adulta por primera vez y no quería perder esa sensación. Si claudicaba y se disculpaba, volvería a ser la misma de siempre.

Terminó su desayuno, lavó los platos, se aseó un poco, se vistió con su nuevo bikini de ganchillo y un vestido playero a rayas azules y blancas, cogió su bolsa también de ganchillo en color crudo y se marchó sin decir nada.

Paseó por el pueblo un rato, parándose en todos los puestos o tiendas, disfrutando de la satisfactoria diversión de comprar a solas, en el silencio de sus pensamientos, hablando solamente con algún vendedor. Se compró un sombrerito blanco, unas gafas de sol, parecidas a las de los pilotos, que le recordaban mucho a las que solía llevar su padre, y unas pulseras hechas con cuerdas en color negro. Se las puso todas juntas, pero una de ellas era para Charlie. Se la daría esa misma tarde.

Después se encaminó hacia el puerto, admirada de la belleza de las pequeñas barcas pesqueras amarradas al muelle que se balanceaban en el agua. Bajo el sol abrasador, la pintura blanca de sus cascos brillaba, haciéndole daño en los ojos. Se puso las gafas y continuó hasta llegar a la playa. Por la mañana, era completamente distinta. No se quedó porque no había traído toalla, pues imaginaba que su amiga y su tía irían como cada día y no quería pasar el día con ellas, pero al

verla llena de familias, la mayoría con niños pequeños, se dio más cuenta aún de lo diferentes que eran sus nuevos amigos, que no querían vivir como el resto del mundo, formando una familia con dos o tres pequeños y trabajando en algo que, como le ocurría a ella, no les hacía felices.

Decidió en ese momento que no quería volver a trabajar para su padre. Ni el trabajo de secretaria le divertía ni tampoco estar siempre con él. Así no podía crecer, ni madurar, ni convertirse en la mujer que quería ser. Y se dio cuenta también de que tampoco anhelaba tener hijos ni casarse, como la mayoría de las chicas o como Mari Ángeles, que siempre estaba pensando en encontrar a un futuro marido que además fuese un buen partido. Y no era el dinero lo que pretendía, quizá porque nunca le había faltado... Aunque en realidad no sabía qué deseaba o esperaba de la vida, estaba segura de que no era lo que estaba viendo en esa playa.

Escuchó el motor de una vieja moto y pensó que podía ser Charlie. Corrió unos pasos, arrastrando sus chanclas, pero la moto giró por una de las pequeñas callejuelas de la parte baja del pueblo.

Encontró la moto aparcada en la puerta de uno de esos bares de pueblo, con mosquitera de tiras de plástico. Su corazón dio un vuelco, y una sonrisa inevitable se le dibujó en la cara. Apartó la cortina y entró en el bar, que estaba medio en penumbra, lleno de hombres de todas las edades que, en cuanto la vieron aparecer, clavaron sus miradas en ella y en todas las partes de su cuerpo. Dejó escapar un tímido saludo, pero nadie le contestó, y sintió una vergüenza repentina.

A pesar de todo, en lugar de marcharse, que era lo que su cerebro le decía que hiciera, se acercó a la barra. Allí Charlie hablaba con el camarero; le entregaba una caja llena de botellas de leche. Charlie se dio la vuelta para salir y entonces la vio, y se quedó parado. La saludó con un gesto, sonriente pero tímido. Cuando fue capaz de reaccionar, soltó la caja de botellas y la cogió por el brazo para sacarla de allí.

Parecía molesto. Empezó a colocar la caja de botellas sobre la moto, sujetándolas con una cuerda, mientras le hablaba con prisas, como si quisiera marcharse.

–¿Qué haces aquí?

–Estaba paseando por el puerto, escuché la moto y vine a ver si eras tú.

–¿Por qué has entrado?

–¿Está prohibido? Me han tratado como si estuviera prohibida la entrada a las mujeres.

–Casi. Ya sabes cómo son en los pueblos.

–No lo sé. Soy de ciudad.

Charlie se subió a la moto. La caja de botellas de leche estaba bien sujeta en la parte de atrás, donde horas antes había estado a ella. Ni siquiera le había dado un beso, y ahora tampoco parecía que fuese a despedirse.

–¿Te vas? –le preguntó antes de que arrancase.

–Sí, tengo que irme. Estoy trabajando.

–¿Trabajando?

–Sí, ¿qué pensabas? Tú estás de vacaciones, pero yo vivo aquí, ¿recuerdas?

Abi no supo qué contestar. Él dio gas y se marchó sin decir adiós. Y ella se quedó allí, en la puerta del bar, petrificada, viendo cómo se alejaba por la callejuela blanca hacia el puerto. Mientras el sonido del motor se escuchaba cada vez más lejano, miles de pensamientos la asaltaban, e intentaba buscar razones al extraño y brusco comportamiento de Charlie. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se comportaba tan diferente de la tarde anterior? Apenas la había mirado, ni la había saludado siquiera.

En ese momento, un hombre mayor salió del bar atravesando las mosquitera de plástico. Al verla, se quedó mirándola como si quisiera comérsela. Abi se sintió sucia ante sus ojos y se alejó lo más rápido que pudo. ¿Qué les pasaba a todos los hombres aquella mañana? Charlie no había querido saber nada, pero cualquiera de los que había en el bar no hubiesen dudado en acompañarla a un lugar escondido para sobarla y aprovecharse de ella. Asqueada, se preguntó por qué las mujeres tenían que sufrir esas cosas.

Caminó de nuevo hacia el puerto un poco más deprisa; ya casi era la hora de comer y tenía hambre. Se compró un bocadillo de jamón y una Coca-Cola bien fría, y se sentó a la sombra en un banco para comérselo.

Después, decidió acercarse por fin a la playa, tratando de no llegar por el lado por el que solían ponerse Mari Ángeles y su tía. Estiró la toalla en la arena, se quitó el vestido y se tumbó, dejando la bolsa a un lado.

Estaba triste. Con los ojos cerrados bajo las gafas de sol, no podía dejar de pensar en Charlie. No había ocurrido nada, no se habían enfadado, no habían tenido su primera discusión; simplemente, él parecía no querer saber nada de ella. Una lágrima furtiva le recorrió la mejilla. No podía creer que la tarde anterior hubiesen estado tan felices, tan unidos, como si hubiesen estado esperándose el uno al otro toda la vida, y ahora él no quería saber nada de ella.

Se dio un baño para quitarse el calor y, de vuelta a la toalla, se

quedó medio dormida.

* * *

El sol ya no apretaba cuando empezaron a llegar a la playa. Luna y Sol se acercaron a saludarla, sorprendidas al ver que había llegado la primera.

–Es que llevo aquí desde la hora de comer. Me he comido un bocadillo y me he venido para acá.

–Por eso se te ve tan roja. Tienes la espalda quemada.

–Sí, ya lo estoy notando. Me he quedado medio dormida.

–Bueno, vente, estamos casi todos ya. Hoy lo pasaremos bien, ya verás –dijo Sol como si ocultase algo.

Se sentaron juntas dentro del círculo, mientras el resto las saludaban con su gesto habitual, poniendo los dedos como los de Jesucristo, y diciendo las dos palabras de siempre, como había hecho Charlie cuando la conoció: paz y amor.

Abi aprovechó para contarles lo ocurrido con Mari Ángeles y su tía. Y también su encuentro por la mañana con Charlie. Luna y Sol se mostraron muy comprensivas.

–Lo de Charlie, tienes que entenderlo. Estaba trabajando, y seguramente se avergonzó de que lo vieras con la caja de las botellas de leche –dijo Luna.

–¿Por qué? –preguntó Abi sin entender–. No lo entiendo. Tiene un trabajo, ¿y qué?

–Entiéndelo. Lo has conocido aquí, con nosotros, en su parte más *hippy* , porque la tiene, y, aunque vaya de lobo solitario, nos ha ayudado mucho a todos.

–Pero su madre es su única familia –añadió Sol–. Tiene una tiendecita en el pueblo, arriba. Y él se encarga de las entregas con la moto.

–Bueno, lo entiendo. Yo también trabajo.

–Pero él es *hippy* de corazón. Le gustaría no tener que trabajar y vivir como nosotros, de nuestras creaciones. Pero tiene que ayudar a su madre viuda; él se encarga de sacarla adelante. Por eso es el último que viene a la playa. Cuando termina de trabajar.

–Lo único que tiene son algunas tierras que le dejó su padre, pero no sirven de mucho; como la que liberó para nosotros –añadió Luna.

–Creo que ha sido eso lo que le ha pasado, que le ha dado vergüenza que le vieras trabajando, cuando tú estás aquí de vacaciones.

–Bueno, espero que sea sólo eso. Después hablaré con él, entonces –

se sintió reconfortada.

–Y por lo de Mari Ángeles y su tía no te preocupes más. Olvídalo. Tu amiga no encajó con nosotros desde el principio.

–Ya me he dado cuenta.

–Puedes venir a vivir con nosotros a la comuna, si quieres. Siempre hay sitio para uno más –le ofreció Sol.

–¿Lo dices en serio? –se sorprendió Abi.

–¡Pues claro! Te gustará. Lo pasamos muy bien todos juntos. Además, la casa es grande.

–¿La casa estaba edificada?

–No, de eso nos hemos ocupado nosotros. Pusimos dinero para los materiales y la hemos construido poco a poco. Hace ya cinco años que vivimos aquí.

–¿Juntos durante cinco años? –volvió a mostrarse sorprendida.

–¡Y lo que nos queda! –exclamó Luna–. Aunque no siempre hemos sido los mismos. Algunos se han ido yendo y han venido otros nuevos también. Siempre hay espacio libre para quien quiera venir.

–¡Vaya, pues muchas gracias! Pensaré en ello. No sé si eso enfadaría aún más a Mari Ángeles. Somos amigas, y me da pena acabar así...

–La amistad es algo efímero, como la vida misma. Nada perdura –incidió Sol.

–Pero eso es lo bueno, que la vida da muchas vueltas. La gente va y viene; es mejor no apegarse a nada, tampoco a las personas.

–¿Ni siquiera si te enamoras? –preguntó Abi, queriendo saber su opinión de verdad.

–Tampoco, aunque ahí es más difícil. Yo me enamoré una vez perdidamente de un chico y al final se marchó, porque no terminó de encajar en esta forma de vida.

–¿Y por qué no te fuiste con él? –le preguntó a Luna.

–Porque me gusta vivir así. Elegí soltar todos los apegos que tenía, y eso hice. Cuesta un poco al principio, pero, cuando lo haces, cuando consigues no pertenecer a nadie emocionalmente, es lo mejor que te puede pasar.

–Pero es difícil –reflexionó Abi, pensando en lo que había empezado a sentir por Charlie–. Cuando estás enamorada sólo quieres estar al lado de esa persona.

–Creo que eso es lo que te está pasando ahora, ¿verdad?

–Creo que sí –rio Abi, contagiada por las risas de las otras dos.

–Bueno, disfruta de este sentimiento, pero al final te darás cuenta de que apegarse no lleva a nada bueno.

–¿Y las personas que se casan?

–Nosotros no creemos en el matrimonio. Son las peores cadenas que utiliza la sociedad para quitar libertad a las personas –dijo Sol.

–Y la mayoría de los matrimonios siguen juntos aunque ya no se amen. Es muy triste –añadió Luna.

Abi pensó en sus padres. Siempre le había parecido que ellos se querían, pero, de que se amaban, no podía estar segura. Amarse le sonaba mucho más fuerte y trascendente. Además, ahora que lo veía con distancia, no recordaba haberlos visto nunca darse un beso. Algunas veces se habían cogido de la mano en su presencia, aunque siempre intentaban guardar las apariencias, seguramente por la educación que les habían dado.

Lo comparó con ella y con Charlie la noche anterior. Quizá sus padres también habían sido así cuando eran jóvenes. Luna tenía razón, era muy triste ver esos matrimonios que no se querían desde hacía tiempo pero seguían juntos por dinero o el qué dirán. Estaba de acuerdo: ella tampoco quería eso para su vida.

Salió del ensimismamiento al notar el codazo de Sol. Charlie estaba en la orilla, con los pies descalzos metidos en el agua y el pantalón vaquero remangado hasta las rodillas, la camisa abierta y el símbolo de la paz en el cuello. Llevaba el pelo suelto y una cinta de piel trenzada en la frente, atada detrás de la cabeza, y en la muñeca lucía varias pulseras de cuerda.

La miraba fijamente, pero no se movía, como esperando a que fuese ella quien corriese hacia él. A Abi le habría gustado que fuese al revés, que él viniera, pero sabía que eso no ocurriría. Apenas lo conocía, pero ya tenía claro que no era de esos que van detrás de las chicas. Era un *hippy* , como el resto, y aceptaba lo que la vida le traía en cada momento; sin exigir, sin buscar, sin pretender.

Bajo la atenta mirada de sus amigas, se levantó y se recogió la falda de su vestido largo y estampado. Ella también llevaba el pelo suelto, con dos trenzas a los lados de la cara. Estaba preciosa, y Charlie la recibió con aquella sonrisa plácida y serena que tanto le atraía. La vio resplandeciente bajo la luz del sol, que aclaraba su pelo. Ninguno de los dos dijo nada. Él cogió su mano y se la acercó a los labios para besar sus dedos.

Abi se colocó a su lado, sujetando el vestido con la otra mano y disfrutando del frescor de las pequeñas olas que tapaban sus pies. En el horizonte, el sol había empezado a bajar.

Contemplaban las vistas en silencio. Ella había decidido no preguntarle nada; lo había entendido gracias a las chicas, y gracias a ellas también había conocido a un Charlie comprometido y buena persona que ayudaba a la gente al tiempo que se ocupaba de su madre

y de trabajar en el mundo real. Quería estar a su lado el resto de sus vacaciones y no iba a estropear ni un segundo con discusiones.

Justo cuando pensaba esto, Charlie la agarró por la cintura y la besó en la mejilla. Y ella sintió tanta paz que sus ojos se le empañaron. No habría cambiado aquel momento por ninguno anterior en su vida, ni tampoco por ninguno en el futuro. La plenitud que sentía estando allí, a su lado, escuchando el rítmico sonido de los bongos, admirando la belleza de la puesta de sol, le hizo entender que no necesitaba nada más. Todo el dolor anterior había desaparecido.

7. La noche de mi vida

Fueron Luna y Sol quienes la acompañaron a recoger sus cosas. Mari Ángeles se encerró en su habitación y ni siquiera salió a despedirse.

–Cuando te arrepientas, esta puerta ya no estará abierta –le advirtió la tía al abrirle la puerta.

–Adiós, que tengáis buen viaje de vuelta –le respondió Abi, sin más.

Había aprendido de sus nuevos amigos a no entrar en el juego de los que intentaban descargar su ira con ella. Era mucho mejor que discutir o intentar hacerles entender que ya no era como ellos.

–¿Qué les voy a decir a tus padres, si me preguntan?

–Paz y amor –repuso, mirándola por última vez.

Se sentía contenta por haberse marchado, aunque un poco triste por Mari Ángeles, quien, seguramente, tampoco la entendería. Pero ya lo había decidido, no iba a pasar su última semana aguantando malas caras. Temía la hora de volver a enfrentarse a ellas en el puerto, el día de la vuelta a la península, pero de momento prefería no pensar en ello.

En el campo, de camino a la comuna, las chicharras les daban la bienvenida con su insistente sonido y las hierbas secas le pinchaban los pies. Se turnaban con la maleta, pues era una mañana muy calurosa y tenían un buen trecho entre árboles frutales y campos pedregosos. Cuando por fin llegaron, todos salieron a recibirla, ilusionados por tener a un nuevo miembro entre ellos, aunque sólo fuese por unos días.

Era una casa grande con varias estancias pero un solo baño, que tendrían que compartir, aunque Abi suspiró aliviada al ver que estaba limpio. Dormiría con Sol y Luna en una habitación; había tres colchones en el suelo, y las paredes estaban cubiertas con telas blancas, pintadas a mano con trazos de bonitos colores. Del techo colgaba una bombilla, cubierta por una lámpara hecha con cuerdas, y la puerta había sido sacada y sustituida por una cortina fina y casi

etérea que ondeaba por el aire que entraba por las ventanas abiertas.

Luna dejó la maleta sobre el colchón, y Abi la abrió con la idea de colgar su ropa en el armario, pero éste apenas tenía perchas y, en cambio, había sido utilizado como despensa: estaba lleno de botes de cristal con mermelada, de la que hacían allí, para vender en el mercadillo. Cuando empezó a sacar su ropa, las chicas cogieron algunas de las prendas y empezaron a probárselas, comentando cómo podían cambiarlas para convertirlas en un atuendo más acorde a su estilo.

El instinto de Abi afloró al instante y se sintió un poco molesta por su actitud, mientras ellas se miraban por turnos en un viejo y destartalado espejo apoyado en la pared, pero rápidamente se controló y comenzó a ayudarlas a probarse sus vestidos. La habían acogido sin preguntar por qué estaba allí y sin pedirle nada, y lo menos que podía hacer era compartir lo único que tenía: sus vestidos de verano.

El primer día estuvo cargado de sorpresas. Cada vez que alguien se comportaba como si todo lo suyo fuese también de ellos, Abi tenía que recomponerse a sí misma y decirse que estaba adoptando una nueva forma de vivir. Incluso a la hora de la comida tuvo que aprender a no tener un plato propio, sino a comer en uno común en el que todos metían cubiertos y manos. Se asombró también al saber que se negaban a comer animales de ningún tipo, pero disfrutó de la gran ensalada preparada con hortalizas que habían recogido ellos mismos.

Después, se acercaron a bañarse al río que corría junto a los terrenos que rodeaban a la casa. Aunque el agua sólo llegaba por las rodillas, estaba congelada, y Abi salió rápida, porque sentía cristales de hielo clavándose en sus piernas. Más tarde, ayudó a sus amigas a preparar los artículos que venderían al día siguiente en el mercadillo y, al atardecer, como cada puesta de sol, acudieron a la playa.

Charlie apareció un poco más tarde. Se había puesto el bañador y no llevaba la camisa, que descansaba cerca, sobre la arena. Al verlo, Abi fue hacia él. Llevaba puesto un biquini y una túnica en color azul que había rescatado de la maleta, que se quitó de camino y dejó junto a su ropa.

–¿Ya estás en la casa? –le preguntó contento, levantándola en volandas y metiéndose en el agua con ella en los brazos.

–Sí, me he mudado esta mañana. Me han ayudado las chicas.

–¿Y qué tal?

–Bueno, creo que me acostumbraré a vivir con tanta gente.

–Si no, te puedes venir a mi casa.

–Con tu madre, ¿no? –se rio.

Charlie se agachó en ese momento, y una ola les cubrió hasta el

cuello, salpicándoles la cara. Él metió la cabeza y Abi lo imitó, sin soltarlo, a pesar de que el agua trataba de llevar su cuerpo hacia la superficie. Al salir, él la besó con fuerza, feliz.

–Entonces ahora podré verte más –le dijo.

–¿Más? ¿No tienes que trabajar hasta la tarde?

–Voy a tomarme esta semana de vacaciones.

–¿En serio? –lo abrazó y lo besó en los labios, contenta–. ¿Toda la semana entera?

–Sí. La última semana que estarás aquí. Quiero estar contigo a todas horas.

Algo se removió en el estómago de Abi. Supo que era la felicidad, pero también un poco de temor, pues ahora tendría todo el tiempo libre para estar con ella, y se había acostumbrado a verlo sólo unas horas por la tarde.

–¿Y el trabajo? –preguntó–. ¿Tu madre no se enfadará?

–Ya se lo he dicho, y entiende que necesite una semana de vacaciones al menos. Quiero aprovechar el tiempo que nos queda, Abi –continuó, mientras la besaba en el cuello con dulzura hasta llegar a sus labios. Abi se rindió entre sus brazos–. Te irás la semana que viene... Eso es muy poco tiempo para estar juntos, pero quiero pasarlo contigo y soñar que esta semana será eterna.

–Yo también quiero pasar todo el tiempo contigo –respondió ella sin pensárselo, y luego colocó el dedo índice sobre sus labios–. ¡Shhh! No pensemos en eso; ahora estamos juntos, no pensemos en nada más.

Charlie la abrazó con fuerza, y Abi pudo sentir su piel de gallina.

–Quiero que te quedes conmigo en la playa esta noche. La pasaremos aquí, juntos, bajo las estrellas y la luna –le susurró al oído.

Abi sintió un escalofrío. Felicidad y miedo al tiempo. Sería la primera vez que pasaría la noche con un hombre. Sintió las manos de Charlie recorriendo su cuerpo, y ella hizo lo mismo con las suyas, acariciando su cuerpo delgado y esbelto, recreándose en los músculos de sus brazos y en cada pliegue de su piel.

Se besaron y acariciaron sin llegar a saciarse. Primero, dentro del agua; después, sobre la arena, cuando se hizo de noche y los demás fueron marchándose. Enlazados sus cuerpos, la pasión se apoderó de ellos hasta que se durmieron abrazados, tapados con una toalla, escuchando las olas que rompían débiles en la orilla.

Les esperaba una semana maravillosa que pasaría tan rápido como la ola que llega hasta la orilla para regresar después al mar.

* * *

Despertó al sentir los primeros rayos de sol en la cara. Volvió a percibir el mundo a su alrededor, el mar plateado, el aire fresco de la mañana, las gaviotas que sobrevolaban el cielo, el pueblo cuyas paredes de cal brillaban bajo la luz del sol, y Charlie durmiendo a su lado, abrazado a su cuerpo, con el rostro escondido en su pecho bajo la toalla. En un breve y mágico instante recordó la noche anterior y supo que nunca había sido más feliz. Se recreó con los recuerdos de cada gesto de Charlie haciéndole el amor bajo la claridad de la luna, cada palabra de amor, cada lágrima que había brotado de sus ojos al sentir que por fin estaba haciéndola suya. La sonrisa que se había instalado en su rostro tardaría mucho en desaparecer.

Se dio cuenta entonces de que la respiración de Charlie empezaba a agitarse, y, de repente, la paz que sentía hacía un momento desapareció de golpe. Se levantó de un salto y se zambulló en el mar para dejar atrás los malos pensamientos. Desde el agua, el final del amanecer lo adornaba todo con hilos de plata. Movió las manos, y las ondas hicieron brillar el agua. Unos peces pequeños pasaron junto a sus pies, los siguió con la mirada hasta que desaparecieron con la misma rapidez con la que habían aparecido.

Con todo, no conseguía olvidarse de que en una semana ya no estaría allí. Le habría gustado poder quedarse allí para siempre, y se preguntaba por qué la vida no le permitía vivir feliz allí, mientras que a Sol, Luna, Charlie y el resto, sí. No veía ninguna diferencia entre ellos. Era una chica más en el grupo, por fin nadie la miraba como si fuera diferente porque su familia era rica, porque su padre era un militar de rango o porque sabía inglés. En realidad, la mayoría parecían haber estudiado, hablaban bien, eran cultos, y sin embargo se mezclaban con gente del pueblo como Charlie, que trabajaba en la pequeña tiendecita de ultramarinos de su madre y que, seguramente, sólo había ido al colegio de pequeño.

Algunos incluso eran extranjeros. Había un inglés que tocaba la guitarra al atardecer y cantaba canciones que ella no había escuchado nunca pero que a veces traducía para el resto. También dos chicas alemanas, que habían venido de vacaciones y nunca habían vuelto a su país. El resto eran españoles, pero ni siquiera sabía de dónde. Era como si todos vinieran del mismo lugar, o mejor dicho, como si, aun siendo de sitios distintos, su único lugar fuese Ibiza, la isla que los había acogido con los brazos abiertos.

El corazón le dio un vuelco cuando vio que Charlie despertaba. La estaba buscando a su lado sin encontrarla, y a ella le pareció una escena divertida. Al poco, levantó la mirada y la vio en el agua. Se levantó, tocándose el pelo, y caminó hacia el mar con una sonrisa

adormilada. Un instante después estaba a su lado, agarrándola por la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo, y la besó tan profundamente como había hecho tantas veces durante la noche. Abi sintió que todas sus dudas y miedos se disipaban.

–¿Cómo estás esta mañana?

–Muy bien –sonrió–. ¿Y tú?

–Feliz –respondió tal cual–.Completamente feliz después de esta noche –añadió con toda sinceridad.

A Abi no dejaba de asombrarle su capacidad para mostrar sus sentimientos. Lo había visto muy avergonzado la mañana que se lo encontró trabajando, pero ahora era como si ya nada pudiese hacerle sentirse mal consigo mismo. Estaba segura de que ningún chico de los que había conocido antes, aunque no los había conocido íntimamente, sería capaz de reconocer ante una mujer que era el hombre más feliz del mundo por haber hecho el amor con ella. Pero Charlie era tan distinto, tan especial, que le entregaba su corazón sin miedo a que ella pudiera destrozarlo.

–Quiero hacerte el amor otra vez –le susurró, como si necesitara su permiso–. Quiero amarte aquí, en el agua, una vez más.

Su voz tenue e insinuante la derritió. Y Abi se dejó atraer hacia su cuerpo.

Poco a poco fueron llegando los primeros veraneantes, las primeras familias con niños y abuelos, con sombrillas y hamacas. Entonces Charlie y Abi se vistieron y, agarrados de la mano, ante la mirada de algunos que opinaban que esos *hippies* eran sólo unos jóvenes vagos y probablemente maleantes, se marcharon.

Sobre la arena todavía fresca quedaba la huella de sus entregas el uno al otro, amantes y amados por primera vez en la noche más especial que habían vivido nunca y que quedaría en su recuerdo para el resto de sus días.

8. Odio las despedidas

Charlie no quiso acompañarla al puerto. No se veía capaz de soportarlo. Se habían despedido de madrugada, cuando se marchó a casa, dejándola en la comuna, porque no quería recordarla de otra manera que no fuese entre sus brazos.

Luna y Sol les habían cedido la habitación para que pasaran la última noche juntos. Habían hecho el amor una primera vez y había sido maravilloso, pero, cuando lo intentaron una segunda, ninguno de los dos parecía poder. Era como si sus cuerpos reaccionaran ante el dolor y se negaran a disfrutar más el uno del otro, quizá porque sabían que sería peor cuanto más se amaran, cuantos más recuerdos atesoraran en la memoria. Se conformaron con permanecer tumbados y abrazados, besándose y murmurándose palabras de amor, hasta que el sueño los venció.

Habían dejado la ventana abierta y, en cuanto la claridad empezó a inundar la habitación, Charlie se levantó, sigiloso, se vistió y se marchó. La había mirado desde la puerta una última vez. Abi se había despertado, pero no fue capaz de abrir los ojos. Temía ver su rostro. Ella también prefería recordarlo de otra manera, dibujando una espiral en la arena, o en su lugar favorito, lanzándose al agua desde lo alto de una roca, o tarareando una canción mientras compartían un cigarrillo de marihuana.

Cuando escuchó que la puerta se abría y se cerraba, lloró desconsolada. Había vivido los mejores días de su vida, pero el sueño había terminado. Ahora tocaba despertar.

–Paz y amor, amiga –le dijeron Luna y Sol en el puerto.

–Quizá nos veamos de nuevo pronto –añadió Sol, deseándolo de verdad.

–Quizás en algún otro lugar del mundo –agregó Luna con una plácida sonrisa–. Sabes que puedes venir cuando quieras.

–Tiene cosas que solucionar en Madrid –exclamó Sol–, ¿verdad?

–Sí –confirmó Abi con lágrimas en los ojos–. Debo regresar y pensar qué quiero hacer con mi vida.

–Haces bien. Tu vida es tuya, de nadie más. Tu tiempo sólo te pertenece a ti.

–Voy a subir ya. –Quería adelantarse a Mari Ángeles y su tía, que llegarían al puerto pronto.

Abrazó una vez más a las chicas y cogió su maleta, casi vacía, pues les había regalado muchos de los vestidos.

–¡Espera! –exclamó de repente Luna, quitándose el colgante–. ¡Llévatelo! Si volvemos a encontrarnos, ya me lo devolverás.

–No hace falta. Ya tengo uno, Charlie me dio el suyo anoche.

–¿Y por qué no lo llevas puesto?

–Porque me duele demasiado. Lo tengo en el bolso. Prefiero no verlo por ahora.

–Me alegra que te lo haya dado. Así, cuando te lo pongas, nos recordarás a todos –aseguró Sol.

–Así será.

Y se dio la vuelta para subir por la trampilla hasta el barco. Las vio marchar desde allí, agarradas de la cintura, con sus vestidos largos y sus cabellos lisos y sueltos. Eran preciosas, como todo lo que había vivido aquellas dos semanas. Nunca había imaginado que pudiera conocer a gente que le llegase tan dentro, que tocase tanto su corazón, que le hiciese ver las cosas de forma tan diferente.

Decidió quedarse en cubierta todo el viaje. Se puso un sombrero para protegerse del sol y aspiró el aroma del mar. El barco comenzaba a alejarse hacia la península. Mari Ángeles y su tía estarían en el barco, pero prefería no encontrárselas. Era muy posible que no volviese a recuperar su amistad, pero se daba cuenta de que ya no tenía mucho que ver con ella ni con las demás chicas de la escuela de Cuatro Vientos. Tampoco se sentía ya cerca de sus padres, que tanto la habían decepcionado. Ya no iba a ocultarlo. Tenían una conversación pendiente, pero sería ella quien decidiría cuándo y cómo. No iba a dejarse llevar nunca más por ellos. Había aprendido que amar no podía significar dejar de ser una misma. No. El amor era algo muy diferente.

Cuando Ibiza se convirtió en un punto lejano, sacó de su bolso el colgante y lo sostuvo en la mano un rato, dejando que el sol brillara en él. Cerró los ojos, y sintió los dedos de Charlie acariciando su cuello mientras se lo ponía. Se le erizó la piel.

–¿Te ayudo a ponértelo? –la sorprendió Mari Ángeles tras ella.

Iba con uno de sus vestidos de moda, una cesta de rafia en su brazo y unas gafas de sol de pasta blancas. Le sentaba bien. Pero no supo

sonreírle y sólo hizo un gesto de asentimiento.

–¿Y tu tía? –preguntó Abi al tiempo que agachaba la cabeza para que le pusiera el colgante.

–Está abajo, mareada –respondió–. Te queda muy bien, es muy bonito. ¿Qué significa ese símbolo?

–Es el símbolo de la paz. –Ahora descubría en Mari Ángeles a la persona que ella era hacía dos semanas.

–¿Te lo ha regalado él? Siempre lo llevaba colgado del cuello.

–Sí. Me lo dio anoche.

–¿Habéis pasado la noche juntos?

–Hemos pasado juntos todas estas últimas noches.

–Me alegro por ti –afirmó, aunque no era verdad. En realidad, sentía mucha envidia, y también rabia porque hubiese preferido a esos amigos nuevos en lugar de a ella.

–Gracias.

–¿El lunes nos veremos en la oficina?

–Puede ser, la verdad es que no lo sé. No sé si volveré al trabajo. No sé nada –respondió Abi dándose cuenta de la cantidad de dudas que llevaba en la maleta, guardadas en el hueco que habían dejado los vestidos regalados.

–Bien, pues entonces nada. Si nos volvemos a ver, estará bien. Si no, también. Adiós, entonces –se despidió Mari Ángeles, consciente de que nada más tenían que hablar entre ellas.

–Adiós. –Abi levantó el dedo índice y el corazón de su mano derecha–. ¡Paz y amor!

Y volvió a fijar la mirada en el horizonte. Ya no podía ver Ibiza, pero sabía que seguía estando allí. Luna y Sol, el inglés de la guitarra, las alemanas que parecían novias y el resto del grupo seguirían cantando al atardecer para celebrar la puesta de sol. Y Charlie volvería a a la playa al atardecer, después de trabajar, para dibujar una espiral sobre la arena. Tal vez esa tarde no fuera a la playa; tal vez cogiera la moto y subiera hasta su lugar favorito para lanzarse al agua desnudo y sentir que la vida podía seguir siendo igual que antes de que ella llegara a su isla.

* * *

Se dirigió directamente a la parada de taxis. Despacio, con esfuerzo, como si sus pies quisieran darse la vuelta y echar a correr. Sólo un matrimonio con sus hijos pequeños esperaban delante de ella. El calor volvía a ser sofocante y húmedo en Alicante, y en tan sólo unas horas el sol de Madrid clavaría en ella sus alfileres de sequedad y

aridez.

El matrimonio, impaciente, se quejaba de que iban a perder el autocar a a Madrid. Abi casi rezó para que no fuese el mismo que debía tomar ella. Los hijos daban vueltas a su alrededor, vestidos aún con unos bañadores y unas camisetas con el nombre de la isla. Uno jugaba con una pelota mientras el otro intentaba quitársela con un flotador hinchable en forma de rueda enganchado en el brazo. A aquellos niños les iba a costar tanto como a ella regresar a la realidad en la ciudad. Nada de playa ni de piscina. Compadeció a la madre por tener que entretenerlos el resto del verano y se horrorizó al imaginarse de la misma forma, con una familia, viviendo en Madrid, yendo a trabajar cada día con su padre, o como ama de casa cuidando de los niños.

Cerró los ojos, un poco mareada. Estaba segura de que no quería una vida como aquélla. Se daba cuenta de que, pese a tenerlo todo, no quería una vida común y corriente, irreal y falsa.

El matrimonio ni siquiera se miraba a los ojos, sólo hablaban para echar una regañina a los niños o para quejarse de la tardanza del taxi. Abi veía en sus expresiones agriadas que desearían volver atrás en el tiempo y evitar todo lo que les había llevado hasta ese momento.

Un policía, vestido con una camisa de un gris caluroso y pantalón largo, sopló entonces su silbato, y al instante siguiente se acercó un taxi, seguido al momento de otro.

–Aquí tiene el suyo, señorita. No lo pierda, a estas horas suelen estar descansando –exclamó amablemente.

–Gracias –respondió Abi, sin saber si se lo agradecía o en el fondo le molestaba que hubiese llegado tan rápido.

El taxista, muy caballeroso delante del policía, que seguía allí plantado, sabiendo que su sola presencia serviría para que se comportase como debía, cogió la maleta de Abi para meterla en el maletero. Cuando tiró de ella, la mano de Abi pareció no querer despegarse del asa, y el taxista la miró con extrañeza.

–¿No quiere guardarla? –le preguntó, sabiendo que el policía no le quitaba el ojo de encima.

–Espere, yo... –titubeó ella, sin soltar el equipaje.

El taxista dejó de insistir y cerró el maletero, suponiendo que quería llevarla ella misma en el asiento de atrás. Entonces le abrió la puerta y regresó a su asiento, pero Abi se había quedado con la mano en la puerta sin llegar a entrar en el coche. El policía se acercó a ella, visiblemente preocupado.

–¿Le ocurre algo señorita? –preguntó solícito–. Va al autocar a Madrid, ¿verdad?

Abi lo escuchaba con la mirada perdida en el barco que veía a lo lejos.

–¿Sabe cómo puedo sacar un billete de vuelta? –preguntó al cabo, ante la mirada atónita del policía, que no entendía nada.

–Creo que tiene que ir allí y preguntar cuándo sale el próximo, pero no creo que sea pronto. Acaba de llegar uno.

–Lo sé, yo he venido en él. ¡Gracias! –exclamó con fuerzas renovadas, como si hubiese vuelto a la vida.

No había ningún barco a Ibiza hasta el día siguiente. Al principio, le pareció una catástrofe, pero enseguida se descubrió a sí misma. Tenía dinero, así que sólo tenía que buscar una habitación y esperar al día siguiente. Compró el billete y corrió de vuelta a la parada de taxis. El taxista estaba ya a punto de irse, con el motor arrancado, pues no había aparecido ningún otro cliente, pero el policía seguía allí, con su silbato blanco colgado al cuello.

–¡Espere, dígale que espere, por favor! –gritó Abi, corriendo hacia ellos.

De inmediato, el policía dio dos golpes en el techo del coche y el taxista frenó su salida.

–¿Se marcha entonces? –le preguntó el policía mientras le abría la puerta, cuando Abi llegó con la lengua fuera.

–No, me quedo. ¿Sabe dónde puedo hospedarme esta noche cerca de aquí? –preguntó a su vez con toda amabilidad.

El policía se quedó sorprendido, pero enseguida su sentido del deber le trajo a la memoria un hostal cercano. Le dio la dirección al taxista.

–¿Vuelve usted a Ibiza? –No pudo reprimir la curiosidad.

–Así es, mañana mismo. Gracias por su ayuda. –Abi le dirigió una sonrisa alegre.

–¡Que lo pase usted bien! –El policía cerró la puerta e hizo un gesto con la gorra como despedida.

–Eso espero –susurró Abi para sí.

Pensó en Charlie y en la sorpresa que le iba a dar. Contó las horas. Con suerte, estaría en la isla de nuevo para la próxima puesta de sol.

9. Al ponerse el sol

No podía evitar llamar a sus padres ahora que había decidido no regresar a Madrid por el momento. Le temblaban las manos mientras marcaba el número.

Escuchó tres tonos de llamada, y luego la voz de su madre, que sonaba lejana y despreocupada.

–Hola, mamá –saludó, tentada aún de colgar el teléfono.

–¡Hija! ¿Cómo estás? ¿Estás bien? –se sorprendió la mujer.

–Sí, estoy bien. Sigo en Alicante.

–¿Por qué? ¿Se ha retrasado el coche de línea?

–No, mamá, no se ha retrasado –tragó saliva–. Es que no lo he cogido.

–¿Que no lo has cogido? ¿Por qué? ¿Prefieres venir en avión? Tu padre se extrañó de que te fueras en barco, pero como sabemos que la tía de Mari Ángeles no tiene mucho dinero...

–No es eso. Tampoco voy a coger un avión.

–No te entiendo, Abi. ¿Estás bien? –volvió a preguntar su madre, asustada ya por las cortantes respuestas de su hija.

–Es que no voy a volver... No todavía, mamá. Me voy a quedar más tiempo en Ibiza.

–¿Más tiempo? Pero ¿no se han acabado ya tus días de vacaciones?

–Sí, se han acabado, pero no voy a volver al trabajo, ni a Madrid. Me quedo en Ibiza un tiempo, no sé hasta cuándo.

–No te entiendo, Abi. Le diré a tu padre que te dé más días de vacaciones, si es lo que necesitas, pero no creo que le guste la idea.

–¡Me da igual si le gusta la idea o no, mamá! –levantó sin querer el tono de voz cada, sintiéndose cada vez más nerviosa y agitada. Su corazón iba a mil por hora, pero no iba a echarse atrás ahora–. Mamá, escúchame. Necesito pasar más tiempo en Ibiza, no puedo regresar a Madrid por ahora, lo siento pero no puedo hacer como si no pasara nada...

–Abi, cariño, es mejor que vengas y hablemos como adultos. Te fuiste sin despedirte siquiera. –El tono de voz era cada vez más serio–. Lo entendimos, porque debías estar enfadada con nosotros, pero queremos hablar contigo, pedirte perdón, contártelo absolutamente todo para que sepas por qué hicimos lo que hicimos y cómo lo hicimos.

–No hace falta, mamá. Al menos, no por ahora. Nunca me habéis tratado como a una adulta.

–¿Y piensas que irte sola a Ibiza es ser adulta? Ser adulta es enfrentarte a tus problemas y solucionarlos.

–Yo no tengo ningún problema, mamá. Lo tenéis vosotros. En estos momentos, sólo quiero estar lejos.

–Lejos... ¿de nosotros? ¿De tus padres?

–Mamá, por favor, no te pongas melodramática.

–¿Que no me ponga melodramática? Eres tú quien acaba de decir que necesita estar lejos de nosotros.

–¡Y así es! –se molestó Abi–. Y deberías respetarlo, ¿no te parece? Es mi decisión. ¡Soy una persona adulta!

–Lo sé, Abi. Ya eres una mujer.

–Hace tiempo que lo soy –respondió con rapidez.

–De acuerdo. –La mujer dejó escapar un suspiro y tardó unos segundos en seguir hablando–: Pero tendrás que decírselo a papá, él también merece que le digas tus razones.

–No, mamá. Puedes decírselo tú. No quiero hablar con él.

–¿Por qué lo culpas a él solamente? Los dos lo hicimos. Estuvimos de acuerdo en todo desde el primer día.

–No me lo creo.

–¿Por qué?

–¿Es que no leíste esa maldita carta? Ahí están todos los detalles, y sé que tú no tuviste la culpa.

–No la he leído, ni él tampoco. Era tuya, no queríamos invadir tu intimidad.

–¿Y qué más daba eso? ¿No os importó mentirme durante años y os preocupaba invadir mi intimidad? ¡No os entiendo para nada!

–Claro, porque no permites que te demos nuestra versión... Sólo has leído la suya, cariño.

–No, mamá, no he leído ninguna versión, he leído la verdad. ¿O acaso vosotros tenéis una verdad distinta? –Abi respiró hondo, intentando calmarse; las manos le temblaban irremediablemente–. No voy a seguir discutiendo por teléfono, mamá, no creo que sea la mejor forma. Ya hablaremos de todo esto más adelante. Ahora sólo quiero regresar a Ibiza.

–¿Por cuánto tiempo? No lo entiendo... ¿Por qué has cogido el barco entonces?

–Ya te he dicho que no sé por cuánto tiempo. Sólo sé que no quiero volver todavía a Madrid, y me he dado cuenta al llegar a Alicante.

–¿Te quedas con Mari Ángeles? Te estás comportando de forma demasiado impulsiva. Tú no eres así...

–No, mamá. Mari Ángeles y su tía ya han regresado. Os llamarán seguramente un día de éstos para contaros que no he vuelto con ellas.

–Está bien... Como quieras, pero no entiendo a qué viene esta impulsividad tuya de ahora... Siempre has pensado mucho las cosas. No está bien que te quedes sola en la isla. ¿Qué pensará la gente?

–¿Y qué más da lo que piensen los demás? ¡Ni siquiera me conocen!

–Creo que estás llevando las cosas demasiado lejos, Abi. Ésa no es forma de comportarse.

–Díselo tú a papá, por favor. No quiero seguir discutiendo.

–Se lo diré –accedió su madre por fin, dándose cuenta de que no iba a convencerla.

–Gracias.

–¿Me llamarás desde allí algún día? –La pregunta era absolutamente personal y llena de tristeza–. Por favor...

–Está bien, mamá. Te llamaré algún día, aunque no es fácil encontrar un teléfono.

–Tiene que haber alguno.

–Sí, creo que sí. Un beso, mamá.

–Otro para ti, hija, y ten cuidado. No sé qué vas a hacer allí ahora que estarás sola. ¿Te quedarás en el mismo apartamento?

–No te preocupes, estaré bien –respondió, sin querer darle ningún detalle. Su corazón latió más deprisa al recordar que volvería a la comuna, a pasar sus noches con Charlie–. Adiós, mamá.

–Adiós, Abi.

Cuando colgó el teléfono, se sintió liberada. No había tenido intención de hablar con su padre desde un primer momento. Es más, si él hubiese cogido el teléfono, habría colgado. Se alegraba en el fondo de haber hablado con su madre, porque ahora sí había soltado el peso que había llevado encima durante todo el viaje hasta Alicante. Ya podía regresar a la isla y atrapar al vuelo su felicidad.

* * *

Llegó justo al atardecer. Llevaba aún la maleta pero, al pisar la playa, se quitó las chanclas para notar la arena. Ellos ya estaban allí,

cantando como siempre alrededor de una hoguera, fumando esos cigarrillos hechos a mano de aquella hierba que había probado sólo la primera noche, porque sintió que le temblaban las piernas y se reía sin parar de todo, incluso del silencio, que le parecía tan graciosamente absurdo.

Luna y Sol fueron las primeras en verla y, soltando sus gritos característicos, corrieron hacia ella.

–¡Has vuelto! ¿O no te has ido? –preguntaron, ayudándola con la maleta.

–¡He vuelto! ¡Y estoy muy contenta de veros!

–¡Y nosotras de verte a ti! –exclamó Luna.

–¿Qué ha pasado? ¿Te has arrepentido?

–Eso mismo. Cuando llegué a Alicante, me di cuenta de que no quería estar en ningún otro lugar del mundo salvo aquí.

Las chicas la abrazaron varias veces y la acompañaron hasta donde estaba el grupo.

–Éste es tu sitio –le dijo una de las alemanas cuando se sentó en el círculo–. Yo no entendía que te fueras.

Abi no supo qué contestar. El inglés decidió dedicarle una canción para celebrar su vuelta. Se llamaba «Happy together», dijo, y era de un grupo cuyo nombre traducido significaba «Las Tortugas». Abi estaba emocionada al ver que realmente se alegraban de su vuelta.

–¿Puedo quedarme con vosotros unos días más? Hasta que encuentre algo.

–¡Claro que puedes quedarte! –respondió Sol entusiasmada.

–Quédate el tiempo que quieras –dijo una de las alemanas.

–Ya sabes que la casa está abierta para quien quiera venir– añadió uno de los chicos.

–¿Charlie no sabe que has vuelto? –le preguntó Sol, cayendo en la cuenta.

Abi negó con la cabeza. Tragó saliva; tenía el estómago lleno de aquellas mariposas que siempre la invadían cuando pensaba en él.

–¿Crees que se alegrará? –preguntó temerosa.

–¿Estás de broma? ¡Se volverá loco cuando te vea! Has estado sólo un día fuera, pero no sabes lo triste que se le veía ayer.

–¿En serio?

Eso significaba que él también la echaba de menos. Se alegró de que hubiera ido a la playa aunque ella ya no estuviera. No quería ser la culpable de que él dejase de estar con aquel grupo de amigos. Pero enseguida se dio cuenta de que Charlie no era así: él aceptaba lo que la vida quisiera traerle, tanto si era bueno como si no. Él continuaría yendo a la playa, dibujando espirales y sintiéndose libre como un

pájaro, al menos al atardecer.

–Está loco por ti. ¿Es que no lo ves?

Abi sonrió sin atreverse a hacerlo abiertamente. Se sentía tan feliz que casi no se lo creía. Por primera vez en su vida, había tomado una decisión y deseaba con todas sus fuerzas que saliera bien. Se había sentido ella misma por fin la tarde anterior en Alicante. Había paseado por las calles de la ciudad, entrando en las *boutiques* de moda para ver si veía ropa parecida a la que llevaban en Ibiza, pero no encontró nada similar. Y echando de menos a Charlie.

Abi miraba continuamente el horizonte, esperando que por fin llegara el momento de la puesta, cuando aparecería Charlie por el otro lado de la playa. Recordó la primera vez que lo vio, lo guapo que le había parecido desde el primer día. Después, pensó en la primera noche juntos. Y deseó que aquella noche fuera igual, en la playa, amándose como la primera vez, sin poder despegarse el uno del otro.

El inglés dejó de tocar la guitarra para que su amigo hiciera sonar los bongos como cada atardecer. Todos se animaron ante el rítmico sonido, agitando los brazos hacia arriba o emulando los bailes africanos. Una vez más, Abi estaba allí con ellos, celebrando la puesta de sol. Estaba demasiado nerviosa para quedarse sentada, así que caminó hasta la orilla dejando que la ola la alcanzara y le mojara los pies. Se levantó un poco su vestido y jugueteó con las olas, intentando calmarse, respirando profundamente la brisa del mar y el aroma que desprendía la arena húmeda.

Cuando ya casi se le había olvidado lo nerviosa que estaba, feliz de estar junto al mar otra vez, sintiendo su frescor, lo vio de reojo. Se paró de espaldas a él, sintiendo su corazón latir con rapidez. Charlie caminaba despacio, como solía. Aún estaba muy lejos, pero se dirigía hacia ellos un poco cabizbajo, mirando sus pasos sobre la arena. Abi esperó a que él levantara la mirda y la viera, pero no lo hizo. Los segundos se le hicieron interminables. Estaba más guapo que nunca, con su cabello suelto, sus vaqueros y su camisa abierta. Pero esta vez no traía colgado el símbolo de la paz en su cuello; ella sí lo llevaba, se lo había colgado y ya nunca se lo quitaría.

Cuando estaba a pocos pasos, levantó la vista para mirar a la playa casi vacía. Sólo la pequeña hoguera y a algunos sentados a su alrededor; otros se habían metido en el agua. Y entonces la vio. Se parecía tanto a Abi que se sonrió, pensando que ya veía visiones, pero entonces ella levantó la mano con los dedos índice y corazón hacia arriba.

Frenó sus pasos y sintió un vuelco en el corazón. La vio poner sus dedos sobre su boca, conteniendo el llanto que afloraba a sus ojos. Los

suyos también se humedecieron y amplió la sonrisa. Abrió los brazos con las palmas hacia arriba en señal de pregunta y ella contestó desde lejos asintiendo con la cabeza, sonriendo también. Charlie dio un salto sobre la arena, se tiró al suelo, se llenó las manos de ella y la lanzó sobre sí mismo mientras dejaba escapar un grito alegre.

Echó a correr hacia ella, torpemente, hundiendo los pies en la arena seca, hasta llegar a la parte más húmeda y dura. Allí se paró de nuevo y respiró, mirándola como enloquecido. Y volvió a echar a correr hasta que, alcanzándola, se cogieron de las manos y juntaron sus cuerpos. Y el beso llenó el mundo.

–Estás aquí– –susurró él–. No eres una visión. Estás aquí.

–Sí, estoy aquí. Y voy a quedarme.

Charlie la levantó cogiéndola por la cintura y giró con ella en alto, riendo y gritando. El resto comenzó a aplaudir y a vitorear el encuentro.

–Están hechos el uno para el otro –comentó Luna desde el agua–. Es el destino.

Sol los miraba sonriente. Una bonita historia de amor. Se abrazaban y se besaban sin parar, como si la vida les hubiese regalado una nueva oportunidad. Vieron cómo Charlie lanzaba a Abi al agua, y luego cómo ella lo salpicaba con el pie. Él se dio por aludido y se lanzó de cabeza para atraparla. Así estuvieron jugando un rato, hasta que se abrazaron de nuevo, lejos del grupo, aún metidos en el agua, disfrutando de sus cuerpos y de estar juntos de nuevo.

Charlie no le preguntó por qué había regresado ni tampoco cuánto tiempo se quedaría. Abi tampoco le contó nada. Se limitaron a sentirse cerca y explorar el amor. Lo hicieron primero en el agua, después en la arena, al anochecer. Durmieron en la playa. Y sólo se marcharon cuando llegaron los primeros bañistas con sus sombrillas y neveras portátiles.

Empezaba un nuevo día en la isla. Atrás quedaba la vida anterior de Abi con sus decepciones y desilusiones, sus padres y su trabajo. A partir de ahora, viviría a su manera, y tenía mucho tiempo por delante para descubrir cómo quería hacerlo.

Por fin empezaba a vivir, y solamente quería una cosa, disfrutarlo.

10. El verano del amor

Ibiza, julio de 1967

Había aprendido que compartir era mucho más que prestar sus vestidos. Se trataba de creer de verdad que nada material era tan importante como para que despertase en ella, ni en nadie, el instinto de propiedad. Allí no necesitaba nada. Desde que se levantaba por la mañana hasta la noche, sólo una cosa daba sentido a su vida: el amor que sentía por Charlie y por todos los que convivían bajo aquel viejo techo, en una casa que constantemente necesitaba alguna reparación que todo el grupo se encargaba de hacer.

Había descubierto mucho sobre sí misma y sobre las personas en general. Sentía, por fin, un verdadero bienestar, que provenía únicamente de sus caracteres tranquilos y al mismo tiempo audaces, de esa actitud aprendida pero instalada también ya en ella, de no desperdiciar ni un segundo de su tiempo en enfados o discusiones. Vive y deja vivir.

Aquella noche la pasaron en casa de Charlie, velando el cuerpo de su madre. Al día siguiente la enterrarían en el cementerio del pueblo, donde habían acudido todos, a pesar de la negativa del resto de la familia a que entrasen en la casa. «Esos melenudos y esas locas», así los habían llamado.

Charlie ni siquiera había contestado a la crítica de sus tíos. Les abrió la puerta cuando llegaron y los abrazó uno a uno delante de la gente del pueblo congregada allí para darle el pésame. Se quedó más tiempo abrazado a Abi, a quien no quería soltar, pues lamentaba que su madre no hubiese querido ni siquiera conocerla. Como mujer del lugar, arraigada en su costumbrismo, se había negado a conocer a la mujer a la que amaba su hijo porque pensaba, como los demás, que

era una loca asilvestrada, sucia y maloliente, que no era capaz de conseguir que un hombre pasara por la vicaría, como debía ser.

Al principio, los vecinos se callaron. Pero, como todo lo nuevo, creaban inseguridad, y por eso mismo no les quitaban los ojos de encima; observaban cada centímetro de su cuerpo, escudriñaban sus movimientos y escuchaban con atención sus palabras dichas en voz baja. Eran los mismos que los habían echado en ocasiones a gritos cuando los veían coger agua de la fuente o pasear por las callejuelas cercanas a la iglesia, como si pudieran contaminar el agua fresca o como si su sola presencia fuera sacrílega.

Después, se fueron marchando, la mayoría en silencio, sin despedirse siquiera de Charlie, al que ya habían dejado de considerar uno de ellos porque se había vuelto de los otros, los *hippies* , palabra que ni siquiera sabían pronunciar y mucho menos entender.

Sólo sus tíos se quedaron un poco más de tiempo. También sus primos, que, aun de su misma edad, seguían siendo de la misma generación que sus padres, pues vestían y se comportaban igual. Todo el mundo veía en Charlie el ejemplo de quien se había dejado llevar por aquel grupo que estaba contaminando la isla. Porque, aunque fuesen tranquilos y nunca se metieran en problemas, eran unos nuevos invasores. Ahora que la mayoría se había acostumbrado a aguantar a los turistas en los meses de verano, también tenían que aguantar, incluso en invierno, la presencia de aquellos niñatos desaliñados que parecían estar en la luna. Le habían lavado el cerebro a Charlie de tal forma que incluso les había dejado la antigua casa de campo de la familia de su padre para que vivieran todos juntos, como si fueran ganado.

Charlie no se sentía nada a gusto entre dos mundos. Había pretendido ocultarlo, incluso a sí mismo, y sobre todo a Abi, que se preocupaba por él casi más que por ella misma. Ella había intentado hacerlo feliz desde que decidió regresar a Ibiza, ya dos años atrás. Él pasaba algunas noches en la comuna, incluso días enteros, pero ahora, con la muerte de su madre, la casa se quedaba vacía. Y hacía tiempo que rumiaba decirle que vivieran juntos. No era el momento todavía, pues aún estaba llorando a su madre, pero la idea lo hacía feliz. Tendría que seguir trabajando en la tienda y, tal vez, ella quisiera acompañarlo y ayudarlo. Una convivencia sin ataduras, pero llena de amor.

Despidió a sus tíos cuando sus amigos empezaron a fumar marihuana y a cantar y tocar la guitarra, tarareando al unísono para acompañar el dolor de su amigo. Le tranquilizaba su presencia, sobre todo la de Abi, que no le soltaba la mano. El día siguiente sería peor,

pues iría al entierro él solo, con la gente del pueblo, ya que ninguno de sus amigos estaba de acuerdo en absoluto con aquel ritual religioso y de eternidad.

Charlie no era tan libre como ellos, que habían escapado de sus vidas y de sus familias para vivir a su aire en un lugar ajeno. Él era de allí, todos lo conocían y mantenía todavía algunas de las costumbres. Tras el funeral, podría ser como ellos o bien ser consciente de que el futuro en algún momento llegaría. Era maravilloso confiar en que el destino se encargaría de conseguir lo mejor para él, sin necesidad de pensar, de planear o de mover un dedo para forjarte un porvenir. Y realmente quería creer en eso, lo deseaba con todas sus fuerzas, pero sabía que no lo estaba consiguiendo.

Abi, sin embargo, se había convertido en uno de ellos como si lo hubiese sido siempre. Por las mañanas, vendía labores hechas en punto y ganchillo en el mercadillo, y por las tardes se dedicaba a trabajar en el huerto o a colaborar en las reformas de la casa. Su cara reflejaba felicidad, y no parecía necesitar nada más que los bailes en la playa durante la puesta de sol con los amigos y sus besos cuando se encontraban. Se entregaba a él sin exigirle nada, igual que cuando la conoció. Pero, en aquellos dos años, él había cambiado, había madurado. Se sentía distinto, inseguro, temeroso de que la vida pasara de largo.

* * *

El entierro fue al amanecer. Y entonces se decidió. Era un tanto arriesgado acercarse a la casa de teléfonos del pueblo, pues aquella mujer era una auténtica cotilla y decían que escuchaba al otro lado del hilo telefónico, pero no se le ocurría otra opción. Acababa de perder a su madre, y no iba a permitir que a Abi le ocurriera lo mismo. Sus padres seguramente habrían intentado localizarla, pero ella los llamaba o escribía sólo una vez al año, para que supieran que estaba bien y, sobre todo, para mantenerles alejados.

Nunca le había contado por qué no quería saber nada de sus padres. «No estoy preparada», «No es el momento» y «Algún día lo solucionaré», decía, pero nada más. Y tampoco él se lo preguntaba; si se había unido al grupo para olvidarse de su vida anterior, hasta veía normal el alejamiento de sus padres. Pero ahora su madre se había ido para siempre, la única persona que realmente estaba unida a él con un lazo imposible de romper. Y amaba tanto a Abi que no podía dejar que a ella le pasara lo mismo. Necesitaba intentarlo, al menos.

Tuvo la mala suerte de que descolgara el teléfono el padre. Se

presentó como el novio de su hija, aunque en realidad no fuera así; hubiera sido imposible explicarle la libertad con la que vivían. No eran novios, tampoco pareja abierta; simplemente no necesitaban estar con nadie más porque seguían completamente enamorados.

El hombre lo recibió con un silencio atronador cuando escuchó sus primeras palabras. Charlie, que no sabía qué decir, se limitó a explicarle cómo encontrarla si quería hablar con ella.

–Hemos recibido su última carta y, por lo que cuenta, está perfectamente –respondió al fin el padre de Abi, con un tono que expresaba su disconformidad.

–Lo sé. Sé que ella los mantiene informados, pero quizá prefirieran hablar en persona. No sé…, es posible que esté metiéndome donde no me llaman –suspiró, esperando alguna palabra reconfortante que no llegó.

–Iré a por un bolígrafo para apuntar la dirección –sólo dijo el padre, cortante.

Arrepentido por la ocurrencia, Charlie estuvo a punto de colgar.

–Dígame la dirección, por favor –oyó al poco a través del auricular.

Charlie se supo sentenciado. Posiblemente había metido la pata hasta el fondo. Ya no estaba tan seguro de lo que estaba haciendo como cuando había marcado el número, que, unas horas antes, había robado de la cartera que Abi guardaba entre sus pocas pertenencias en la casa de campo. Ya no estaba tan seguro de haberlo hecho por su bien, aunque él la hubiera notado nostálgica y triste alguna vez, como cuando se quedaba con la vista perdida en el horizonte, e intuía que aquél era el motivo.

De camino hacia la comuna, se convenció durante el camino de que lo hecho, hecho estaba y de que, en el fondo, Abi se alegraría cuando viera que sus padres todavía se preocupaban por ella.

Lo recibió contenta, subiéndosele a la cintura con un salto. Cuando hacía eso, se despertaba en él un fuerte deseo de poseerla allí mismo, y ella siempre estaba dispuesta a que él la hiciera suya. Pero, aquellos días, absurdamente, él se sentía triste y casi culpable si disfrutaba de la vida cuando su madre ya no podía hacerlo.

La bajó al suelo, con el rostro serio.

–¿Qué te ocurre? Ya sé que estás triste, pero es ley de vida… –intentó consolarlo ella.

–Lo sé, lo sé. Me lo dice todo el mundo cientos de veces; ya no quiero oír más que debo aceptarlo.

–Pero es la verdad.

–Ya, pero piensa: si estuvieras en mi lugar, ¿te sería tan fácil aceptar que tu padre hubiese muerto sin que te comprendiera? Mi

madre no me entendía en absoluto. Y eso ahora me da pena, la verdad.

–Lo siento de veras, pero es que ellos nunca nos van a entender. Tienes que aceptarlo también.

Charlie sabía que ella tenía razón, pero no quería oírlo. Había visto cómo había cambiado su expresión al nombrar a su padre, y eso era lo único que necesitaba, confirmar sus sospechas. Ella no era feliz al no haber hecho las paces con él.

–Quiero proponerte algo... Caminemos un poco hacia el río, así nadie más podrá oírnos –dijo, mirando al resto del grupo, que estaba fuera de la casa.

–¿Por qué? –Abi se sorprendió–. Todos formamos parte de lo mismo. No tenemos que ocultarnos nada entre nosotros.

–Esta vez, sí necesito que hablemos a solas. Es sólo cosa nuestra.

–No lo entiendo... –Su respuesta era una muestra de que se había convertido en una *hippy* auténtica.

Charlie la tomó de la mano y la obligó a caminar, sin forzarla, pero llevándola hacia donde él quería. Ella lo acompañó de buen grado, aún sorprendida pero también consciente del momento que él estaba pasando.

–Quiero que vengas a vivir conmigo –le dijo al llegar al río, mirándola a los ojos–, en mi casa en el pueblo, los dos solos, como una pareja de verdad.

Abi sonrió. Había temido que fuera algo mucho peor. Entornó los ojos. Frente a ella estaba el hombre enamorado al que amaba tanto. No había nada extraño en él, salvo que lo estaba pasando mal por la muerte de su madre, y por eso quería estar con ella el mayor tiempo posible, para no sentirse solo.

Lo malo era que ella no estaba dispuesta a cambiar su realidad.

–Sé que te sientes solo ahora, pero, a pesar de que es algo triste el haber perdido a tu madre, también es una oportunidad, porque ahora eres libre para vivir como siempre has querido.

–¿Como siempre he querido? –repuso él, un poco irritado, pasando sus manos por su cabello hacia atrás–. ¿Y cómo he querido vivir siempre? ¿Acaso tú lo sabes? Porque yo, no.

–Estás muy triste todavía. Date tiempo. –Le cogió la mano y le besó los dedos como él solía hacer con ella a veces.

–Tiempo es lo que no hay, Abi. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí. Lo he aprendido de golpe, ¿no te das cuenta? Y ahora todo el tiempo que no estamos juntos, como una pareja de verdad, me parece perdido.

–¡Pero no es así! ¡Estamos juntos! ¡Somos una pareja!

–Pero vivimos separados. Lo sé, lo sé –se adelantó antes–: mi madre vivía conmigo y no quería ni conocerte, pero ahora ha muerto, Abi; la casa es mía, y yo quiero que vivamos juntos, que seamos una pareja de verdad por fin. No quiero seguir viéndote aquí sólo algunas noches, cuando las chicas quieren prestarnos la habitación, ni tampoco en la playa. En verano está bien porque no hace frío, pero el invierno pasado fue un desastre. Y tampoco me gusta ya tener que escaparme a un rincón de la playa de madrugada para hacer el amor contigo.

–Pero aquí somos libres, Charlie –lo agarró por los hombros, acariciándolo–. Aquí vivimos en pareja también, pero sin ataduras.

–Todo eso lo aprendiste aquí cuando llegaste, pero en realidad no lo piensas. Tú no eras así antes de llegar. No es que quiera lo de antes, lo de todo el mundo, pero quiero sentir que nos pertenecemos.

–Pero es que... no nos pertenecemos. No pertenecemos a nadie, ya lo sabes.

–¡Por eso mismo! ¿Es que no tienes miedo de que ocurra algo que cambie lo que tenemos? –Abi lo miraba como si no pudiera comprenderlo. La agarró por la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo–. Lo que tenemos es maravilloso. Nunca imaginé conocer a alguien como tú, que me quisiera como me quieres tú, ni que me hiciera tan feliz. ¿Por qué no intentar retenerlo para siempre?

–Porque nada dura siempre, amor mío...

–¿Y si yo quisiera que durase para siempre? ¿Te negarías?

–No sé lo que me estás queriendo decir, pero sólo sé que nada dura siempre. Ni siquiera algo tan maravilloso como lo que hay entre nosotros.

Charlie se separó de ella y bajó la cabeza. Se sentía peor que antes.

–Está bien. Pero piensa en ello, por favor. Quizá dentro de un tiempo pienses distinto. No te estoy pidiendo nada muy diferente a lo que ya tenemos.

–Entonces, ¿por qué?

–Porque no quiero perderte como he perdido a mi madre. –Las lágrimas afloraron a sus ojos.

Abi se acercó a él y le acarició el rostro, secando una lágrima furtiva que rodaba por su mejilla.

–Sé lo triste que te sientes. Deja que pase, algún día pasará, y entonces volverás a sentirte mejor. Algún día, yo también me iré. Sabes que todos nos iremos.

–Pero no quiero que sea ahora...

–No va a ser ahora. No pienso morirme todavía.

–Eso no puedes decidirlo tú.

–¿Qué bicho te ha picado? Creo que todo esto lo estás pensando

por lo de tu madre.

–Puede ser, pero estoy en lo cierto. Uno nunca sabe cuándo se va a ir de este mundo.

–¡Pero nosotros no pensamos en eso, Charlie! ¿O es que lo has olvidado? Nosotros pensamos sólo en aprovechar el aquí y el ahora.

–Por favor, piénsatelo al menos –casi le suplicó.

–Está bien, pensaré en ello. Pero piensa tú también en que ahora es tu oportunidad para vivir en la comuna y llevar la vida que siempre has querido.

Charlie volvió a bajar la cabeza. No estaba tan seguro de haber querido esa vida nunca. Quizá por eso siempre había mantenido la suya, estando al margen, viviendo a su antojo. Porque quizá pensaba que vivir en la comuna era también una atadura, aunque disfrazada de libertad.

* * *

Quiso matar a Charlie cuando vio a su padre frente a ella. De pie, con un traje gris y la chaqueta en el brazo, sudaba como nunca lo había visto mientras se limpiaba el rostro y la nuca con un pañuelo. Había caminado hasta la comuna por el camino pedregoso, a primeras horas de la tarde, sin llevar nada puesto sobre la cabeza. Tuvo que darle un vaso de agua y dejar que se sentara sobre un tronco antes de preguntarle qué hacía allí.

Se bebió el agua de un tirón y después la miró de arriba abajo, con cara de no comprenderla en absoluto. Abi casi sintió vergüenza de su vestido largo y su cabello adornado con flores.

–El taxi no ha querido traerme hasta aquí. Parece que en el pueblo temen este sitio, como si fuera el mismo infierno. Desde luego, el calor debe ser el mismo –dijo con sarcasmo.

–¿Qué haces aquí..., papá?

–Que... ¿Que qué hago aquí? ¿Cómo puedes preguntarme eso?

Se dio cuenta de que no venía en son de paz. No iba a ser fácil hablar con él. Los habían dejado solos en el jardín, bajo la sombra de una parra; hacía un calor insoportable, y las avispas pululaban por encima de sus cabezas, aguijoneando las uvas dulces y calientes.

–Ese chico me llamó. ¡Tu amigo, o lo que sea!

–¿Charlie? –casi gritó al escuchar su nombre.

–Ése. ¿Es tu novio o qué es?

–Sí, papá, es mi novio. Aunque no según la idea de novio que tú tienes.

–De eso ya me doy cuenta. ¿Te acuestas con él?

–¡Por Dios! ¿Cómo puedes preguntarme eso? –Abi se avergonzó y sintió como su rostro enrojecía.

–Tu madre no está aquí para asustarse con mis preguntas. Creo que puedo hablarte claro, ya que tú haces lo que quieres sin importarte la familia.

–Precisamente tú no puedes decirme eso.

–¡Sí que puedo, hija! Porque eso es lo que estás demostrando, que tu madre y yo no te importamos en absoluto.

–No es verdad. He hablado con mamá varias veces. Le pedí que te lo dijera.

–Y lo ha hecho, pero eso no quita que estés aquí, en esta isla, viviendo con un montón de gente desconocida.

–Desconocida para vosotros. Yo sí los conozco.

–No te entiendo, Abigail –pronunció su nombre completo, como solía hacer cuando estaba molesto con ella–. ¿Todo esto es por la carta?

–No es sólo la carta, papá, sino lo que decía en ella. Parece mentira que hagas como si nada... –respondió ella, enfadada también.

–¿Y de qué puedes quejarte tú? ¡Te lo hemos dado todo! ¡Te hemos querido muchísimo! ¡No tienes nada que reprocharnos!

–No os he reprochado nada. Ni estoy haciendo esto por vosotros. Lo estoy haciendo por mí.

–¿Por ti? –preguntó irónico–. Dejar tu trabajo en una de las mejores escuelas de vuelo del país, dar de lado a José Antonio, olvidarte de tus padres... ¿Esto lo haces por ti?

–Yo no he dado de lado a nadie. José Antonio no era nada mío ni lo ha sido nunca.

–Pues yo creía que había algo entre vosotros; no sé, al menos que habíais empezado a hablar. Y él también lo creía, a juzgar por cómo pregunta por ti constantemente.

–Nunca le di pie para que pensara nada de eso. Y a vosotros tampoco os he dejado de lado. Simplemente, he decidido vivir mi vida a mi manera.

–¿A la tuya o a la de esta gentuza?

–¡Papá, por favor! –le dijo, bajando la voz, temiendo que sus amigos pudieran escucharlo–. No son gentuza, son buena gente. Si los conocieras, te darías cuenta...

–¡No quiero conocerlos! Son los que te han alejado de nosotros. ¡Una gentuza a la que le da igual romper una familia!

–¡Papa, por Dios, baja la voz!

–¡No me da la gana!

Abi ya no pudo más. No soportaba verlo en ese estado, pero

tampoco que hablase de esa forma de las personas que tanto la habían ayudado, con quienes convivía y a los que ya consideraba como una nueva familia. En otras circunstancias, hubiera protegido a su padre, como había hecho siempre, pero en aquel momento sólo veía su ira, su rabia, y lo miró como al enemigo.

–Tú eres quien menos tiene que hablar de romper una familia, ¿no crees? –También ella podía ser muy sarcástica si quería.

Su padre bajó la cabeza, callándose por fin. Como si al fin se hubiese dado cuenta de que tenía mucha parte de culpa del alejamiento de su hija. Pero, inseguro, sin atreverse a reconocer sus errores, quería aparentar ser perfecto y además intentaba hacérselo creer a todo el mundo. Aun así, su hija lo conocía bien; a ella ya no podía seguir engañándola.

–Lo siento, papá. Nunca quise causaros un disgusto. –Abi aprovechó el silencio para intentar zanjar el asunto. Lo único que quería era que se fuera de allí cuanto antes–. Estoy aquí porque en esta isla puedo vivir como quiero, sin ataduras, sin imposiciones. Aquí tú no puedes decirme lo que tengo que hacer ni dónde debo trabajar. ¿Es que no lo entiendes?

–Si ése era el problema, podías haber hablado conmigo.

–Y no me habrías entendido. Te habrías puesto, como haces siempre, a la defensiva, creyendo que iba contra ti. No es fácil hablar contigo, papá. Ni para mí, ni para mamá, ni para ninguno de tus subordinados.

Su padre compuso una expresión de ira y de desprecio que Abi sintió como una puñalada en el corazón.

–¿Y tú qué sabes cómo le hablo yo a mis subordinados?

–Trabajaba contigo, papá. Era tu secretaria. ¿Es que no te acuerdas? Pero, de todos modos, esto no tiene nada que ver con lo que quería decirte. Sólo quiero que entiendas que no es fácil hablar contigo cuando te llevan la contraria. Además, tenía mis motivos para no querer verte la cara, ¿entiendes? –concluyó, enfadada.

El hombre calló de nuevo. Se comportaba como siempre que sabía que no podía ganar en una conversación; daba paso al silencio hasta tranquilizarse y volver a atacar. Ahora se daba cuenta de que estaba lleno de rabia, y no creía que fuese sólo por lo que ella había hecho. Estaba rabioso con la vida en general, con la vida que le había tocado, a pesar de todo lo bueno que habían disfrutado tanto él como su familia.

–Esa rabia que sientes no es por mí, papá. Es mejor que vuelvas a casa y pienses en ello. Debería ser yo la que estuviera enfadada contigo, pero no quiero estarlo. Estas personas a las que tú llamas

«gentuza» me han enseñado que hay otro camino –había recordado de repente que ahora era una nueva Abi–. No voy a hacer lo mismo que tú, enfadarme, llenarme de rabia y sentirme mal con el mundo. Ésa no es mi misión en la vida.

–¿Tu misión en la vida? –se rio él, de nuevo con sarcasmo dañino–. ¿Y tú qué sabrás de la vida? La vida no es lo que crees. No puedes hacer lo que quieras siempre. Algún día te golpeará y te darás cuenta de que es ella quien manda, y no tú. Así es como sois los jóvenes: unos ilusos. ¡Yo también lo fui! Pero ya te darás cuenta de tu estupidez y de la tontería que estás haciendo, perdiendo el tiempo aquí con esta... gente –se contuvo.

En sus palabras, en su rostro, en la expresión agriada de su boca y en la forma en que intentó zafarse de una avispa, agitando un pañuelo hasta golpearla y tirarla al suelo para después aplastarla de un pisotón, Abi vio a un hombre derrotado, y no pudo evitar sentir lástima por él.

–Papá, no voy a volver. No pierdas más el tiempo. Acéptalo. Ésta es mi única casa ahora.

La ira no se había esfumado al matar a la avispa y, al escuchar las palabras de su hija, su rostro se encendió. Se levantó con rapidez, la cogió del brazo con fuerza y tiró de ella.

–Volverás a casa quieras o no. Ahora mismo te vienes conmigo. Voy a acabar yo con esta tontería tuya.

–¡No, déjame! –gritó Abi.

Y entonces Charlie apareció de improviso, dejando claro que los había estado observando.

–¡Suéltela! –gritó a su vez, acercándose al hombre de forma amenazadora.

–¡Tú no vas a decirme lo que tengo que hacer con mi hija! –El hombre lo miró como si fuera a escupirle en la cara, pero, en lugar de eso, le cogió la barbilla con los dedos en forma de pinza y lo lanzó hacia atrás.

Charlie cayó al suelo.

–¿Estás loco? –aulló Abi, agachándose a ayudarlo.

Con los gritos, salieron los demás. Al instante siguiente, el padre se vio rodeado de un montón de jóvenes que acudían a socorrer a su hija. No podría llevársela a la fuerza, así que se colgó de nuevo la chaqueta sobre el hombro y se alejó, secándose el sudor de la cara, no sin antes volver a escupir toda su rabia contra ellos:

–¿Y prefieres quedarte aquí con este pelanas? ¿Es ésta la vida que quieres? ¿Con estos maleantes y drogadictos?

Nadie le contestó, pero formaron una barrera delante de Abi y

Charlie para que no tuviese más remedio que marcharse por donde había venido. Y no se movieron hasta que lo perdieron de vista.

Una vez en pie, Charlie quiso abrazar a Abi, pero ésta se alejó con un empujón.

–¿Cómo se te ha ocurrido llamarlo? ¿Estás loco o qué? –gritó enfadada, y se metió en la casa.

–¡Creía que sería bueno para ti! ¡Yo he perdido a mi madre, y sé lo triste que es! ¡No quería que te ocurriese a ti lo mismo! –Charlie seguía hablando, pero ella no quería escucharlo.

Los jóvenes entraron tras ella, mirándolo un tanto ceñudos. Se preguntaban por qué había roto la paz y la tranquilidad. Charlie nunca había pertenecido realmente a la comuna, pero siempre rondaba por allí y siempre los había ayudado. Por su parte, ellos habían respetado su forma de vivir entre dos mundos totalmente incompatibles. Pero él había roto el pacto no escrito: al enviar allí al padre de Abi, no había respetado sus ideas.

Abi reflexionó mucho esa tarde. Charlie se creía con unos derechos sobre ella que no le había dado nunca, y ahora se planteaba si había cambiado al perder a su madre o si nunca había sido totalmente como ellos. Que él estuviera a medio camino, por el día en el pueblo y por la tarde junto a ellos, lo estaba afectando, y no precisamente para bien. Quizás había llegado el momento de tomar una decisión. Debía decidir dónde quería estar, y ella actuaría en consecuencia. Abi seguía locamente enamorada de él, pero cada vez tenía más claro dónde quería estar: donde ya estaba en realidad, entre aquellas personas que la hacían sentirse tan bien, tan plena, tan ella misma.

Se echó sobre la cama y comenzó a llorar. Por lo que acababa de pasar con su padre, pero también por Charlie, porque las dos personas que más quería la habían decepcionado. Por ella misma, en realidad, pues se sentía como un árbol sin raíces.

Luna y Sol se sentaron a su lado y le alcanzaron un pañuelo. La dejaron llorar, y mientras la acariciaban. Cuando se librara del dolor y descansara un rato, podrían hablar y ayudarla como ellas sabían hacerlo, pero, mientras tanto, sólo podían permanecer a su lado, acompañarla. Abi era muy sensible y no merecía que nadie la tratara como lo había hecho su padre aquella tarde.

Luna se levantó para encender una barrita de incienso, mientras Sol trataba de reconfortar a Abi acariciándole el pelo. Abi lo agradecía, pero no era capaz de dejar de llorar. Su llanto era casi silencioso, como si saliese de muy adentro, arraigado desde hacía mucho tiempo. Lloraba por todos aquellos a los que sabía que estaba perdiendo, y también por ella misma, porque ya no se reconocía. Había aprendido

que cambiar era un proceso muy doloroso, pero nunca imaginó que también pudiera resultar tan triste. No sabía cómo deshacerse de la profunda tristeza que la invadía, salvo dejando salir todas aquellas lágrimas.

11. Hasta que el amor se acabe

No quiso verlo durante días. Estaba tan enfadada con él que no se sentía capaz de pararse a pensar si quería seguir con la relación. Sin embargo, Charlie insistió, no se conformó y se acercó cada tarde a la playa para disculparse mil veces. Le dio sus motivos de haber llamado a su padre: quería que ella fuese feliz, que no tuviese la carga de culpabilidad que él sentía tras la muerte de su madre. Su relación con ella no había sido amorosa, sino que más bien se ocupaba de hacer lo que ella creía que él debía hacer. Nunca le preguntó qué quería hacer con su vida, y él tampoco se molestó en pensar que podía dedicarse a otra cosa. Desde niño había ayudado a su padre en la tienda y, al morir éste, se hizo cargo de todo, primero con su madre y después él solo, cuando ella empezó a enfermar. Ahora que había muerto, él se sentía como descolgado en mitad del universo. Tenía la extraña sensación de no saber adónde pertenecía y se sentía solo por primera vez en su vida. Sólo Abi le hacía sentir que formaba parte del mundo. Y ahora tenía claro que su idea de reconciliarla con sus padres no había sido acertada.

Y Abi acabó perdonándolo. Lo amaba tanto como él a ella, y aceptó que lo había hecho con la mejor de las intenciones, llevado por el instinto de protegerla, de evitar que sufriera. Para Charlie, Abi era sencillamente una persona maravillosa, todo lo que él siempre había soñado; una mujer bellísima, que lo miraba como si él fuese especial, a pesar de ser uno más nacido en aquel pequeño pueblo, en esa isla que ahora algunos consideraban tan especial pero que, cuando era pequeño, era un peñasco en medio del mar. Se asombraba al pensar que una chica de Madrid, culta, con estudios y de familia adinerada, hija de un general de aviación, hubiese podido enamorarse de un tipo como él.

Abi lo amaba sin pedirle nada, sin ninguna exigencia, y a él le entusiasmaba desde siempre que fuera así. Pero ahora quería más.

Quizá fuera por la muerte de su madre, o por el miedo que había pasado cuando ella se había enfadado tanto con él por contactar con su padre, tanto que pensó que nunca volvería a quererlo. Pero ahora estaba seguro de que ella era su alma gemela y por eso le había pedido que se casara con él.

El atardecer iluminaba la playa. Aunque la boda no era legal, estaban rodeados de todos sus amigos, todos ellos engalanados con flores, y Charlie sonreía de felicidad sabiendo que ella le había dado un sí con todo su corazón.

Tomó sus manos entre las suyas y le habló como si desnudara su alma. Aquella tarde celebrarían algo más que la puesta de sol. Ella lo miraba con lágrimas en los ojos y una amplia sonrisa, el rostro iluminado por la alegría y la emoción de unir sus vidas por voluntad propia, hasta cuando la vida quisiera, hasta que dejaran de amarse, sin promesas ni obligaciones de ningún tipo. Simple y llanamente, mientras se amaran.

Abi estaba preciosa con aquel vestido blanco y largo con mangas de gasa que las chicas le habían ayudado a hacer. Llevaba el pelo adornado con unas flores blancas que se había colocado con horquillas. Se había pintado los labios de rosa, pero iba sin maquillar, pues estaba morena y con sólo su sonrisa destilaba belleza.

Charlie vestía sus pantalones vaqueros y una camisa, también blanca, de lino, que le habían prestado. Su cabello recogido en una pequeña coleta le daba un aspecto elegante y al mismo tiempo salvaje.

–Me uno a ti porque te amo, y quiero pasar mi vida contigo hasta que el amor se acabe –le dijo con voz temblorosa.

Abi apretó sus manos de forma inconsciente, como si ella también quisiera retenerle para la eternidad. La falda del vestido se agitaba por el viento, y una ola les cubrió los pies de improviso, mojando el bajo de la tela. Ambos rieron espontáneamente, sin poder apartar la mirada el uno del otro.

–Me uno a ti porque te amo, y quiero pasar mi vida contigo hasta que el amor se acabe –dijo a su vez Abi, con voz entrecortada.

Esa frase la habían escrito juntos. Esas palabras expresaban lo que sentían y lo que querían entregarse el uno al otro.

Abi no pudo evitar pensar en sus padres, que no estaban allí, en lo que para ella era una boda absolutamente real, pero sabía que ellos nunca lo habrían aprobado. Una boda en la playa, con un vestido que se había hecho ella misma y los pies descalzos; una boda en la que el novio vestía pantalones vaqueros y no llevaba chaqueta, y en la que todos los invitados, incluidos los hombres, se adornaban los cabellos con flores de distintos colores, no habría sido todo lo seria y formal

que les habría gustado. Le había pedido a Charlie que ni pensara en invitarlos, y él le prometió que no lo haría, que ya nunca se volvería a inmiscuir.

Cuando pronunciaron los votos, el inglés comenzó a tocar una bonita canción con la guitarra, como dando tiempo a que los presentes asimilaran la profundidad y la certeza de aquellas palabras. La música sonaba aún cuando, como amigas de la novia, Luna y Sol colocaron el colgante con el símbolo de la paz que Charlie le había regalado a Abi alrededor de sus dos manos derechas, aún unidas. Luego, Charlie se lo colocó a Abi en el cuello. Y entonces se besaron lenta y profundamente, ante el aplauso gozoso de todos los invitados.

El sol se ponía ya en el horizonte cuando recibieron los abrazos y las felicitaciones. Abi y Charlie no se soltaron de las manos en ningún momento, y todavía enlazados se pusieron las sandalias y caminaron felices por el puerto, seguidos por sus amigos, cantando todos al unísono mientras recorrían el pedregoso camino hasta llegar a la casa de campo.

Allí, en el jardín, les esperaban unas mesas largas de madera con troncos para sentarse, decoradas con telas de estilo árabe a modo de manteles, vasos, platos, cubiertos y todo lo necesario para celebrar con una rica cena la boda de los amantes. Alumbraban el lugar unas bombillas de colores que, enganchadas de un árbol a otro, cruzaban el jardín, sobre la mesa. Una gran tarta blanca de nata y chocolate presidía la mesa, esperando el momento de ser compartida entre todos los invitados.

La mayoría de ellos eran los habitantes de la comuna, pero también había algunos recién llegados y otros que sólo estaban por allí unos días, de paso hacia otro destino, pero todos estaban invitados a celebrar la primera unión de la comuna.

Tras la copiosa cena, que habían preparado entre todos, empezó una fiesta muy particular. El inglés y algunos otros amenizaron la noche con canciones mientras los demás bailaban. Charlie y Abi lo hicieron sin parar, siempre agarrados, sin soltarse ni un segundo, enamorados y felices.

De madrugada, cuando el cansancio se apoderó de ellos, compartieron cigarros de marihuana de una mano a otra, mientras charlaban y reían animadamente.

Abi y Charlie decidieron irse a dormir, pero esa noche no lo harían en la casa de campo. Pasarían la noche en casa de Charlie, vacía desde el fallecimiento de su madre. Abi se recogió la falda del vestido blanco y, agarrándose a su cintura, subió tras él a la moto. Charlie arrancó, y al momento el cartón que habían colgado en la parte trasera empezó a

moverse con velocidad. Habían dibujado dos corazones que proclamaban que eran recién casados.

* * *

Los primeros días los pasaron solos en la casa y fueron los mejores de sus vidas. Nunca habían amado tanto a alguien, o quizá nunca habían amado de verdad. Hicieron el amor en todos los rincones de la casa, sin pensar en la hora o el día, sino simplemente dejándose llevar por sus instintos.

La casita estaba pegada a otras en la misma calle, pero les dio igual que los vecinos pudieran oírlos. Tampoco a Charlie le importó que algunos viejos conocidos vinieran a preguntarle si ya no vivía solo. Él respondía con tranquilidad que se había casado y les presentaba a su esposa, que a veces se asomaba a la puerta medio desnuda, envuelta en una toalla o en una sábana de la cama deshecha.

El mundo les parecía perfecto tal y como lo estaban viviendo. Abi hacía tiempo que había perdido sus antiguas costumbres de señorita bien, y Charlie se había olvidado de que no sólo había nacido y crecido en una isla maravillosa, sino también en un pequeño pueblo, con tradiciones arraigadas durante décadas, y la manera de pensar de sus gentes, retrógrada y cerrada. Sentían por entonces que el mundo era un lugar en el que expresarse con total libertad y dar rienda suelta a sus sentimientos y emociones, sin pensar en las posibles consecuencias.

Sólo cuando dieron por terminada su luna de miel y Charlie volvió a abrir la tienda, comprendió que su comportamiento también afectaba a su trabajo. Abi pasó la mañana vendiendo ropa en el mercadillo con las chicas, pero él estuvo todo el día intentando que alguien llamase a la puerta y la cortina mosquitera de tiras de plástico se moviera. No entró nadie aquel día, ni tampoco los días siguientes. El pueblo lo juzgaba; porque no había respetado el luto de un año tras la muerte de su madre, y también porque vivía en pecado con una de las alocadas y perdidas mujeres de la comuna.

Había dejado de ser uno de ellos para convertirse en uno de los otros. Y, aunque a los turistas les hacía gracia aquel grupo vistoso y colorido que hacía lo que le daba la gana, sin trabajar, tan sólo cantando, tocando la guitarra, fumando drogas y vendiendo algún trapo en el mercadillo, ellos estaban más que hartos de su presencia. Cuando acababa el verano y los turistas se marchaban a sus casas, la isla se quedaba medio vacía; entonces los vecinos no querían ni ver a esas parejas que vivían como animales de granja, con sus hijos

pequeños cogiendo agua de la fuente o paseándose tranquilamente con sus extrañas ropas por las calles blancas del lugar.

Ahora que Charlie había llevado a aquella chica a su casa, diciendo que era su mujer, se había convertido en el blanco de todas las miradas y en el tema principal de todos los cotilleos. Las gentes se lamentaban de que, al morir su madre, se hubiese echado a perder completamente, pero agradecían al mismo tiempo que la mujer no pudiera ver en lo que se había convertido su hijo. Y aun así pretendía seguir abriendo la tienda y que los clientes habituales siguieran comprando, pero ellos no estaban dispuestos a mezclarse con un *hippy*.

No sólo sucedió que nadie entró en la tienda; algunos vecinos los insultaban por la calle y, aunque lo hacían entre dientes, sus murmullos llegaban hasta sus oídos como puñaladas. Pronto Charlie se dio cuenta de que ya nadie lo quería por allí, incluso las mujeres que lo habían ayudado a cuidar de su madre en sus últimos días le dieron la espalda, si bien ellas fueron sinceras con él: «El pueblo ya no es tu sitio».

Poco tardó Charlie en cerrar la tienda, y no la volvió a abrir. También cerró la casa, y se marchó a vivir a la comuna. Fueron dos años de felicidad casi completa, si no fuera porque tenían demasiada gente a su alrededor y él echaba de menos los días de soledad de su luna de miel. Abi también hubiera querido tener un espacio sólo para ellos, pero, aunque la casa era de Charlie, todas las habitaciones estaban ocupadas por tres o cuatro personas y los recién llegados siempre eran bien recibidos. Y sólo de vez en cuando, para estar solos, se escapaban en la vieja moto al lugar favorito de Charlie.

Allí se amaban, y también hablaban. A Charlie había empezado a preocuparle de qué iban a vivir, aunque Abi parecía totalmente tranquila por este tema. Acostumbrada ya a vivir con muy poco, no deseaba nada más, como si el futuro no existiera para ella. Charlie admiraba su tranquilidad y trataba de imitarla, pero en ocasiones se sentía abatido por un incierto futuro. Era difícil para él dejar de ser el muchacho de siempre y convertirse en el *hippy* que siempre había querido ser, aquel que creía en la espiral de la vida y permitía que el destino le marcase el camino, sin acordarse de que había trabajado desde pequeño para ayudar a su familia a traer el pan de cada día.

Por eso la marihuana se había convertido poco a poco en su fiel compañera. Y también el LSD, que, mezclado con pequeños terrones de azúcar, hacía que su mente y su alma se alejaran de las preocupaciones y de una realidad a la que le costaba enfrentarse.

Los primeros viajes fueron experiencias que no olvidaría. Algunos

empezaron junto a Abi, que también se había metido un terroncito dulce en la boca y se agarraba de su mano para compartir los sentimientos. Sus conciencias se expandían de tal manera que el mundo a su alrededor dejaba de tener su forma habitual para convertirse en una realidad que se iba desintegrando ante sus ojos. Los colores podían ser escuchados, y los sonidos, ser vistos. No existían conceptos radicales como el principio o el fin, el antes y el después, tan sólo el ahora, que su mente disfrutaba mientras recorría una realidad paralela. Aspiraban aromas que no existían y veían el mundo como les hubiera gustado que fuese en realidad. Se enfrentaban por primera vez a su propia esencia, a la autenticidad de sus almas, mientras que el resto del mundo dejaba de importar. Y lo mejor era que cada vez era de una forma tan diferente a la anterior y dejaba una huella tan profunda en sus mentes que la vida fue tornándose más sencilla en cada regreso, hasta que Charlie acalló todos sus miedos y dudas para sentirse completamente integrado en el grupo al que Abi hacía tiempo que ya pertenecía en toda su esencia.

Gracias a aquellos viajes, que habían llegado a la isla en la maleta de una pareja de *hippies* norteamericanos, el pensamiento general de todo el grupo empezó a expandirse y, por tanto, a crecer y cambiar. La pareja –él, arquitecto, y ella, médico, de Nueva York–, mucho mayores que ellos, gozó de una breve pero intensa estancia en la casa de campo. Además del LSD, trajeron nuevas ideas que dejarían una impronta que duraría meses. Habían dejado sus empleos y cambiado sus vidas para viajar por todo el mundo mientras aún fueran jóvenes y estuvieran sanos. Ahora compartían sus días allá donde eran bien recibidos y contaban a todo el mundo cómo habían sido sus vidas anteriores y lo mucho que se habían transformado por dentro y por fuera. Ibiza era un lugar prioritario de su lista; no podían pasar por España sin conocer aquel mágico lugar del que tanto se hablaba ya en todo el mundo. Y no les había decepcionado en absoluto.

–Pronto nos reuniremos todos los *hippies* del mundo –contaron una noche alrededor de la hoguera en la playa–. Será un gran concierto, tocarán muchos músicos y grupos, unos conocidos y otros no tanto, y todo el que quiera podrá asistir, porque no habrá limitación alguna –explicaba el arquitecto con un acento marcado, como si sólo ser de Nueva York ya lo hiciera diferente.

Y así era: él y su mujer parecían venidos de otro mundo, tanto que el grupo empezó a comprender que Europa vivía aún a años luz de los americanos.

–Será el festival más grande del mundo. Durará varios días y habrá sitio para miles de personas, pues se hará en una granja de casi

trescientas hectáreas, a las afueras de un pueblo llamado Woodstock, en Nueva York –añadió la mujer.

–Nosotros asistiremos, y después nos iremos hacia el norte. Queremos continuar hacia Canadá y luego ya veremos. –El hombre sonrió feliz, al tiempo que acariciaba la mano de su mujer.

–Dicen que asistirán unas quinientas mil personas. Todos como nosotros, amantes de la paz y de las nuevas experiencias. La mayoría estamos en contra de la guerra, y este festival será una oportunidad maravillosa para que reivindiquemos la paz. ¡No os lo podéis perder! –exclamó ella.

–Me encantaría ir –dejó escapar Abi, casi sin darse cuenta.

–¡Pues ve! –la instó–. En esta vida hay que hacer lo que uno quiere hacer y olvidarse del resto de cosas que no son tan importantes. Dicen que tocarán muchos músicos unidos, y es la primera vez que algo así ocurre, todos juntos en un mismo concierto: Bob Dylan, Joe Cocker, Joan Baez, Santana, Janis Joplin, The Who, Jimmy Hendrix...

–Y dicen que quizá vaya también Bob Marley, e incluso The Beatles –intervino el arquitecto.

–¿Y por qué no vamos todos? –preguntó el inglés, mirando a su alrededor.

–¡Eso! ¿Por qué no vamos todos? –exclamó Luna en voz alta, entusiasmándose.

Pronto se hicieron corrillos entre ellos, conversaciones sobre cómo podrían hacer para viajar todos juntos a Estados Unidos.

–Encontraréis la manera, seguro. Creo que deberíais ir, será la mayor experiencia de todas nuestras vidas. Imaginad: casi cuatro días de libertad, buena música, viajes, amor y paz. Nosotros no nos lo perderemos. –El arquitecto apretó la mano de su mujer y ésta le dirigió una tierna sonrisa.

Abi también cogió la mano de Charlie, sonriendo feliz al imaginar que irían juntos y que sería algo maravilloso que siempre recordarían; pero él no le devolvió la sonrisa y no parecía tan entusiasmado como ella.

El inglés comenzó a cantar «Like a rolling Stone» de Bob Dylan, mientras todos coreaban el estribillo con él, incluidos Abi y Charlie, que pronunciaba aquella estrofa sin saber lo que decía y solamente de oído.

How does it feel?
How does it feel to be without a home
Like a complete unknown
Like a rolling stone? 14

Charlie dio dos caladas y pasó el porro al que tenía a su lado.

–¿Por qué no me cuentas lo que dice la canción? –pidió a Abi, besándola en la mejilla y abrazándola por detrás. Abi se había colocado en el hueco que hacían sus piernas.

–Pregunta cómo se siente una mujer que ha dejado todo atrás, su casa, sus conocidos, todo. Y que ahora vive como una piedra rodante, o como un barco a la deriva, abrazando todo lo que la vida le ofrece.

–Me gusta. Así debería ser siempre la vida –le susurró al oído.

–Así puede ser si nosotros lo queremos. –Ella lo besó de vuelta–. ¿No te encantaría ir a Estados Unidos?

–La verdad es que sí, pero no sé de dónde vamos a sacar el dinero.

–Ya se nos ocurrirá algo, sí –dijo al fin, suspirando, y le guiñó un ojo–. Nosotros también podemos ser piedras rodantes.

12. La cara oculta de la luna

Londres, 24 de julio de 1969

Apenas cabían en el pequeño saloncito del piso de la hermana de Richard, el inglés de la guitarra. Habían reunido el dinero entre todos para pagar los billetes de los ocho que irían a Estados Unidos, dispuestos a no perderse ni un segundo del festival del que todo el mundo hablaba, y les habían dicho que desde Londres el vuelo era más cómodo y rápido. El fin de semana durmieron en colchonetas sobre el suelo del salón, pero aquella noche estaban pegados a la pantalla del televisor que, en blanco y negro, emitía imágenes desde la luna.

Abi y Charlie estaban sentados en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, mientras el resto se acurrucaban como podían en él. Todos miraban la pantalla casi sin respirar. Abi apretó la mano de Charlie, nerviosa. Nadie sabía, ni siquiera imaginaba, lo que iban a emitir. Habían escuchado múltiples teorías en los días previos al alunizaje, desde un posible ataque extraterrestre hasta la idea de una conspiración soviética para hacer imposible la hazaña de los norteamericanos. Así que todos, incluida la hermana de Richard, a quien no le hacía mucha gracia tener en su casa a tanta gente, esperaban que algo ocurriese por fin.

De repente, vieron al astronauta bajar lentamente la escalera y pisar aquella arena que parecía de un desierto cualquiera del planeta. Y cuando escucharon sus primeras palabras: «Este es un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la humanidad», todos estallaron en

aplausos y vítores, abrazándose unos a otros. No eran ellos los que estaban allí, pero, a pesar de la indiferencia que solían mostrar con casi todo lo que atañese al mundo en general, aquello lo tomaban como algo casi propio, algo de toda la humanidad. No eran los americanos solamente los que acababan de pisar la luna, sino todos y cada uno de los habitantes del planeta, exceptuando, claro estaba, a los soviéticos.

Charlie besó a Abi, emocionado; a ella también le brillaban los ojos, en parte por nostalgia al imaginar que su padre estaría viéndolo también en ese momento. Como piloto de las fuerzas armadas, estaría entusiasmado. Por un instante pensó en llamarlo por teléfono; seguro que los dos estarían despiertos, sentados en el sofá, frente al televisor. Él le explicaría a ella sobre el traje de astronauta, o sobre por qué aquel americano parecía dar saltos de contento sobre el polvo lunar, cuando la verdad era que se le hacía imposible caminar de otra manera por la falta de gravedad. Abi estaba escuchando todo eso en aquel mismo instante, lo comentaban sus amigos, mientras ella pensaba que él, como piloto experimentado, conocería muchos más detalles.

Charlie se fijó en que tenía los ojos empañados de lágrimas y le pasó el brazo por los hombros. Ella se dejó abrazar.

Mientras tanto, comentaban lo visto unos con otros. La oscuridad de fondo tras el astronauta era aterradora y, aunque habían escuchado cientos de elucubraciones sobre cómo sería la superficie lunar, no dejó de decepcionarles un poco que se pareciese tanto a la arena de un desierto. Ni los cráteres ni tampoco un manto de estrellas como el que veían desde la tierra adornaban aquella oscuridad de apariencia impenetrable.

Los días en Londres todos juntos fueron maravillosos. Descubrieron la ciudad y a su gente, extraña y curiosa, seria y muy singular al mismo tiempo. Los *hippies* como ellos prácticamente habían invadido la ciudad. Muchos habían venido, como ellos, en un viaje que los llevaría a Estados Unidos; otros eran de la ciudad y parecían llevarles años luz en cuanto a su forma de vivir y de entender la vida.

En el famoso mercadillo de Portobello compraron ropas usadas de lo más original, como extraños sombreros de ala ancha, vestidos largos y pantalones floreados las chicas, mientras que los chicos encontraron chalecos y camisas a unos precios insuperables. Y todos adornaron sus muñecas con unas pulseras de cuero. El inglés se llevó varios discos a casa de su hermana de grupos que nunca se habían escuchado en España, y al fin el resto entendió de dónde sacaba todas aquellas nuevas canciones. La gente joven parecía sentirse casi tan

libre como en Ibiza. Aunque en una ciudad podría parecer mucho más difícil encontrar el respeto que anhelaban, en Londres nadie los miraba; las personas mayores pasaban por su lado y, como mucho, sonreían con amabilidad, pero nadie se reía de ellos ni los criticaba. Nada que ver con España. «Y mucho menos con Madrid», pensó Abi.

Por las calles de Londres se habían con otros jóvenes y se dieron los nombres por si se encontraban días después en el festival. Entusiasmados por la idea de un viaje tan largo y tan especial todos juntos, mientras unos habían sido capaces de viajar a la misma luna, ellos, con mucho más tiempo por delante y el resto de la vida para experimentar el mundo, miraban ahora ensimismados al televisor sabiendo que pronto emprenderían el que creían que sería el viaje de sus cortas vidas.

La marihuana pasó de mano en mano y de uno en uno daban un par de caladas, lentas y profundas, sin apartar los ojos de la pantalla, riéndose casi sin parar con cualquier ocurrencia, especialmente al ver al astronauta moverse de forma tan torpe, cargando con un traje y una mochila tan aparentemente pesados, dando saltos como un saltimbanqui, o posar ante la cámara con la que le apuntaba su compañero. Sin duda, su nombre sería recordado a partir de aquel momento por toda la humanidad.

Se sentían como si fuesen ellos mismos los que hubiesen pisado la superficie. Luna se acercó a la ventana y descorrió la cortina para mirar al cielo. Su nombre, que ella misma se había puesto para que nadie conociera el suyo verdadero, pues no le gustaba en absoluto, hacía honor aquella noche más que nunca al satélite. Pero estaba bastante nublado y no tuvo éxito en su búsqueda. Abi se puso a su lado. Querían sentir que la luna seguía allí, colgada en el cielo, como vigilante nocturno de sus vidas, a pesar de que había sido pisada por primera vez. Querían saber que la luna no estaba enfadada con la humanidad y que seguiría siendo el faro que iluminara sus noches. Pero estaba bastante nublado y no tuvieron éxito en su búsqueda.

Salieron divertidas a la terraza, seguidas por Sol. Y desde allí sí pudieron verla, justo al otro lado.

–Creo que está creciente –comentó Luna.

–Se ve bonita, parece increíble que sea la misma.

–Es cierto, con lo feo que se ve el suelo en la televisión –añadió Abi.

–Parece que hubiese sido quemada o algo así. Quizá se quemó hace millones de siglos.

–Y quizás estuvo habitada antes por personas como nosotros –añadió Sol.

Charlie salió entonces a la terraza y abrazó a Abi por la cintura, besándola en el cuello dulcemente. El aire era fresco, y casi daba frío estar allí.

–Es mejor que entréis, creo que van a volver a la nave.

Luna y Sol corrieron dentro para no perdérselo. Abi se quedó en la terraza, agarrada a la barandilla, mirando hacia el cielo, mientras sentía su aliento cercano y el calor de su cuerpo.

–¿Crees que algún día todos podremos viajar a la luna?

–¿En avión? –preguntó él–. Es posible.

–Creo que, cuando llegue ese día, mi padre será el primero en apuntarse a ese viaje –murmuró, nostálgica de nuevo.

–¿Y tú, también irías? –le preguntó Charlie, intrigado.

–Sólo si tú vienes conmigo.

–Entonces tendrás que ir sola –se rio–. Ya sabes lo poco que me gustan los aviones.

–Pues ahora vas a pasar varias horas dentro de uno.

–¡Qué remedio! Si me coges la mano durante el viaje, será más fácil.

–¿Todas las horas del viaje? –se mofó.

–No creo que haga falta. Espero acostumbrarme tras las primeras cinco –se rio Charlie de nuevo.

–¿Será en esa parte que vemos desde aquí donde están ellos ahora mismo? –preguntó de repente Abi, como si él tuviese todas las respuestas.

–No lo sé, pero será mejor que entremos o nos perderemos el final…

El presentador norteamericano seguía hablando mientras los dos astronautas regresaban a la nave, en lo que llamaron el módulo lunar.

«La escotilla está de nuevo cerrada, lo que pone fin a este histórico paseo espacial de poco más de dos horas pero que, sin duda, será el primero de muchos más. Ahora sólo falta que Armstrong y Aldrin puedan regresar sin problemas para acabar de cumplir con el citado objetivo propuesto por el presidente Kennedy, ya que dependen por completo de que el motor del módulo de ascenso funcione, algo que hasta ahora obviamente ha sido imposible probar en condiciones reales. Hasta esta tarde poco antes de las 20:00 horas no lo sabremos, ya que, entre otras cosas, los astronautas dispondrán ahora de varias horas para descansar y dormir un poco, si pueden tras las emociones de las pasadas horas».

Siglos de historia de navegantes y descubridores quedaban atrás después de aquel salto al universo, torpe, circense, pero tan importante que cambiaría la percepción del mundo de la gente, al

menos hasta el día siguiente, cuando el sol saliese de nuevo y todo volviera a ser absolutamente normal y corriente.

* * *

Bethel , Sullivan County , Estado de Nueva York ,15 de agosto de 1969
Festival de Woodstock

–Será mejor que dejemos el coche aquí, si queremos entrar. Si no, vamos a estar aquí parados durante dos horas.

–¿No está muy lejos? –preguntó Luna, abriendo la puerta de la furgoneta.

–Hay mucha gente caminando, debe estar cerca.

–Y, si no, da igual. Mejor caminar que quedarnos aquí parados –repuso el inglés, saliendo del coche con la guitarra en la mano.

–Pues vamos.

Cargando con mochilas y bolsos, corrieron hacia donde iba la mayor parte de la gente, tras dejar la furgoneta que habían alquilado en Nueva York aparcada a un lado de la carretera, junto a otros coches.

Alegres como estaban, hasta la caminata de algún que otro kilómetro les pareció divertida. Seguían a muchos jóvenes que, como ellos, no querían perderse el comienzo del festival. Por fin, al llegar a la cima de una colina, frenaron sus pasos. Una marabunta de personas se extendía ante sus ojos. Y abajo, frente a lo que parecía ser el escenario, el gentío más inmenso que hubieran visto nunca, sentados unos y de pie otros, esperaba a que llegase la hora. Sería imposible aproximarse como para ver a ningún grupo, aunque en realidad eso no les importó mucho. Lo que realmente les impactó fue ver a aquella multitud acampada en un mismo lugar, en un mismo momento, esperando una misma realidad. Todos esos jóvenes, al igual que ellos, estaban en el mismo lugar con las mismas ideas y los mismos sueños.

Abi sonrió emocionada y apretó la mano de Charlie. Luna soltó un gritito al ver a la marea humana. Y todos rieron entre nervios. Se preguntaron cuántos cientos, miles o millones podían ser, pues resultaba imposible hacerse una idea.

En la entrada, sólo vieron a unos policías que, a lomos de sus caballos, se marchaban, dejando en libertad a los asistentes. Escucharon que un grupo anarquista había tirado las vallas para pasar sin tique, para que todo aquel que llegara pudiera entrar igualmente. Pero a nadie parecía molestarle aquello, sino todo lo contrario. ¡Qué más daba quién hubiese pagado y quién no! Lo importante era que todo el mundo disfrutase del evento.

Aunque la mayoría eran norteamericanos, algunos, como ellos, habían venido desde Europa o Australia. Se cruzaron con grupos de personas de distintos continentes y escucharon idiomas diferentes, aunque todos parecían hablar el mismo, pues los envolvía un sentimiento de hermandad, de reconocerse unos a otros en la misma idea.

Algunos estaban allí con sus hijos, y muchos niños pequeños jugaban y reían, la mayoría desnudos, mientras sus padres, sentados sobre la hierba, estaban pendientes de ellos. Habían traído comida y sacos de dormir para quedarse los tres días que duraría el festival. Otros, sin embargo, habían venido en grupos, con apenas lo puesto. Seguramente nadie había imaginado que la asistencia iba a ser tan multitudinaria.

Allí no eran un grupo de raros y locos, como opinaban de ellos en Ibiza. Allí cada uno de ellos era uno más entre el resto de jóvenes, que vestían como ellos, que bailaban igual, dejándose llevar por la música y viajando gracias a la marihuana o al LSD.

El colorido de sus ropas, las banderas con el arcoíris, los símbolos de la paz que brillaban en sus cuellos o en sus muñecas, las melenas sueltas, con cintas atadas a la frente o adornadas con flores, el sonido de la música lejana y el ambiente festivo los atrapó al instante.

Hacía mucho calor y la sensación de humedad entre tanta gente era mucha; el cielo estaba nublado pasadas las siete de la tarde, cuando el gurú Swami Satchidananda rea lizó una invocación para que el festival se desarrollara sin problemas. Aunque la música había empezado a sonar a las cinco, con aquella ceremonia quedaban inaugurados oficialmente tres días de música, de amor y de paz.

La primera tarde se sucedió entre risas, música, algo de alcohol y mucha marihuana. Las chicas bailaban juntas, con los brazos entrelazados por encima de los hombros, mientras que los chicos se habían sentado en círculo. Ellas los imitaron cuando Joan Baez apareció sobre el escenario, embarazada de seis meses según se escuchaba entre el público, con el pelo corto y una voz aterciopelada que ponía el vello de punta.

Hacia las dos de la mañana, se marchó del escenario. El espectáculo cesaba hasta la tarde siguiente. Los corrillos y las sentadas en círculo se sucedieron por todas partes. Aunque la mayoría intentó descansar en el mismo sitio en el que habían estado escuchando a los músicos, para conservar el lugar al día siguiente, también fueron muchos los que se marcharon a descansar a sus tiendas de acampada, e incluso tiendas indias, que habían colocado antes por los alrededores. Abi y Charlie iban a compartir un saco doble; Luna y Sol,

otro, y los demás, que no habían venido tan preparados, dormirían bajo unas mantas sobre la fría hierba, entre la que se veían múltiples claros de tierra que se enfriaban al anochecer.

Aún caía una fina lluvia sobre sus cabezas, casi imperceptible pero que mojaba sus cabellos, cuando un grupo de americanos pasaron por su lado, demasiado cerca, y los salpicaron de barro con sus pisadas. Abi notó algo frío y trató de limpiarse el barro de la cabeza y del vestido. Las hogueras que se mantenían encendidas cerca daban la suficiente luz como para ver la cara del chico que ahora pasaba con una botella de cerveza en la mano, sin tener cuidado ninguno por los que allí intentaban descansar. Abi no pensó en recriminárselo, cualquiera podía tener un tropiezo o un descuido, pero a pesar de todo no pudo evitar echarle una mirada un tanto irritada.

El chico la miró entre divertido y preocupado, dándose cuenta de que la había manchado. Quiso disculparse, pero uno de sus amigos tiró de él, y desaparecieron en la oscuridad. Cuando Abi volvió a sentarse al lado de Charlie, éste la esperaba con una sonrisa plácida, como si no se hubiese enterado de nada. A él también lo habían manchado, pero la hierba hacía que todo alrededor le pareciera maravilloso. Abi también solía fumar y había probado el LSD, pero el primer día del festival se lo había querido tomar con más calma. Dejó su mirada fija en el baile incesante y rojizo de las llamas de la pequeña hoguera.

–¿Abigail? ¿Eres tú? –le preguntó una voz en inglés por detrás.

Se levantó rápida ante la mirada atenta de todos, sobre todo de Charlie, asombrado de que conociera a alguien en los Estados Unidos de América. Abi respondió un tímido «Yes» y se dio la vuelta, para encontrarse con el chico que acababa de mancharla de barro.

–¿Mike? –preguntó sin poder creérselo.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó él visiblemente sorprendido y con una amplia sonrisa.

–¿Y tú? ¿Qué haces aquí? –preguntó ella, repitiendo la pregunta, igual de sorprendida.

–¡Vivo aquí! ¿Recuerdas? –rio, y se acercó a abrazarla.

–¡Claro! ¡Qué tonta soy! ¡Pero te hacía en Madrid!

–Ha pasado mucho tiempo desde que nos conocimos.

–Es cierto, tienes razón. ¡Es increíble que estés aquí! Quiero decir, que es increíble que nos hayamos encontrado.

–Y que haya sido por salpicarte de barro –Mike soltó una carcajada.

Abi también se rio. Miró hacia el grupo y los presentó. Charlie se levantó y le dio la mano, dejando claro delante del americano que ella le pertenecía. Mike asintió con la cabeza y se despidió de forma

amable, consciente de que había llegado el momento de marcharse.

–¿No quieres quedarte un rato? –le preguntó Abi.

–No, mis amigos me esperan. Pero quizá podamos vernos mañana.

–¡Claro! ¿Por qué no? Creo que estaremos por aquí, más o menos.

–Nosotros estamos cerca, allí, donde las tiendas indias –señaló hacia el oeste.

–Pues entonces, hasta mañana. Espero que nos veamos –le sonrió alegre.

–Hasta mañana, Abi –volvió a reírse, moviendo la cabeza a los lados–. ¡Estás aquí! –Sacudió la cabeza, como alucinado–. ¡Es increíble! ¡Eres increíble! –añadió.

Abi le devolvió la risa, alegrándose por dentro de que Charlie no pudiera entender sus palabras. No quería que pensara que había habido algo entre ellos, porque no era así. Y de todo hacía tanto tiempo que apenas lo recordaba. Algún detalle, como su risa, y quizá también lo guapo que estaba con su uniforme de piloto, aunque ahora parecía otra persona con aquellos vaqueros por la rodilla deshilachados y una camiseta negra manchada de barro.

Se sentó de nuevo, pensativa, con la mente en otra parte, en otro lugar y en otro momento, unos cuatro años atrás, cuando ella aún era una chica que llevaba vestidos de minifalda a la moda y el pelo por los hombros sujeto con una diadema.

–¿Os conocisteis hace mucho? –le preguntó Charlie retirando suavemente un mechón de pelo de su cara, para verla mejor.

–Hará cuatro años, más o menos. Fue antes de que yo llegara a Ibiza –respondió, sintiendo sus dedos al rozar su mejilla–. Fue sólo una tarde, en el baile que se celebraba en la base. Había varios pilotos, y yo, bueno, estuvimos bailando toda la tarde juntos –sonrió al recordarlo–. Era muy divertido, pero apenas lo conozco. Sólo de aquella tarde.

–Pues parecíais muy contentos de haberos encontrado –dijo, un poco celoso.

–¡Qué va! ¡Estábamos sorprendidos! Es normal, yo lo conocí en Madrid, y no he caído en que él es americano, es normal que haya venido.

–Pero que tú estés aquí sí es más sorprendente.

–¡Eso sí! ¡Se ha debido quedar de piedra al verme! –volvió a sonreír–. El caso es que nos hemos mirado cuando me ha manchado, pero, aunque me ha sonado su cara, no he caído...

–Pero él sí, se ha acordado y se ha dado la vuelta para venir a saludarte.

–¡Oye, no estarás celoso! –rio, abrazándolo–. No tienes por qué.

Mike y yo nunca tuvimos nada. Tú has sido mi primer novio, y sigues siendo el único.

Charlie sonrió, sin reconocer que sentía celos. Era demasiado guapa, demasiado dulce y también demasiado ingenua para haberse dado cuenta de cómo la había mirado el tal Mike. Si él no se hubiese levantado y le hubiese dado la mano, el otro habría hecho algo más que un abrazo. Estaba seguro. Pero no le dijo nada. Quería disfrutar los dos días que tenían por delante, y era mejor quitarse aquel pensamiento de la cabeza. Ella estaba con él, y era lo suficientemente fiel y leal como para no pensar en otro que no fuera él.

Abi mantenía la sonrisa en la cara. Se sentía contenta de haberse reencontrado con Mike, aunque, por otra parte, le recordaba una parte de sí misma que hacía tiempo que quería olvidar. Miró a Charlie y, al verlo, se vio reflejada en él, casi como si fuera en un espejo invisible, y se dio cuenta de lo mucho que ella había cambiado. Seguramente, Mike tampoco sería el mismo de antes, no cuando estaba en un festival que quería celebrar la paz en lugar de la guerra, y él, que era piloto, quizá ya no lo era.

Arrimó la cabeza al hombro de Charlie. Estaba cansada, y decidieron que había llegado la hora de irse a dormir. Se metieron en el saco y se acurrucaron uno junto al otro. Ella puso la cabeza sobre su pecho y lo agarró por la cintura; solía dormir abrazada a él, como cuando era niña y agarraba su oso de peluche. Entonces, cerraba los ojos y sólo veía su rostro antes de dormirse. Pero aquella noche no fue el rostro de Charlie el que vio. La mirada sorprendida de Mike y el sonido de su risa se metieron por medio, apareciendo y desapareciendo, como si hubiera estado en la cara oculta de la luna y ella hubiese alunizado de repente en la cara vista, como Neil Amstrong. Después se imaginó dando saltos entre la gente, como el astronauta sobre la superficie lunar. Hasta que se quedó dormida.

13. La guitarra de Santana

Escuchar la guitarra de Carlos Santana a las seis de la tarde, con el sol cayendo con la fuerza de un fiero león hambriento, creando brillos metálicos sobre el joven músico, al que veía tan lejano que casi tenía que imaginárselo, le pareció un momento mágico que recordaría durante toda su vida.

Al principio se sorprendió al saber que era mexicano, pues su música nada tenía que ver con los boleros o las rancheras que ella había oído en casa de sus padres. Pero nunca una música le había hecho sentir tanto. Las sensaciones le recorrían el cuerpo como ráfagas de electricidad. Veía a los demás, a su alrededor, bailando, moviéndose al son de cada nota y dejándose llevar por el sonido provocador y diferente de aquellas manos que manejaban la guitarra como si fuera un miembro más de su cuerpo. No parecía haber fronteras entre las manos y las cuerdas del instrumento. Era pura magia, poder y libertad, todo a la vez.

Se sentía como en un limbo del que no quería salir. Dio una calada al porro que le ofreció Charlie, y ambos se besaron tierna y apasionadamente a la vez. Él también disfrutaba de la música; Luna y Sol se movían como dos seres etéreos, y el inglés y el resto del grupo parecían ensimismados con la melodía. La falda larga de Abi rozaba el suelo, un poco húmedo aún por la lluvia.

Mike apareció cuando Santana estaba acabando. Abi lo recibió con una sonrisa y un corto abrazo, llevada por la ligereza del momento. Charlie también lo saludó, aunque dejó ver con su gesto que el encuentro no le hacía muy feliz.

A la luz del día, era un chico con la piel blanca y los ojos azules, el cabello negro y una fresca sonrisa. Era guapo, aunque su belleza no era tan sexi como la de Charlie; pero lo que más llamaba la atención en él era su fuerte personalidad, como de eterno ganador, como si él también supiera que nada ni nadie podía frenarlo en la vida.

Cuando Santana se marchó del escenario entre las ovaciones del público, empezó a tocar una nueva banda.

–¡Aún sigo sin poder creerme que estés aquí! –exclamó, mostrando su alegría.

–Yo tampoco me lo creo –respondió Abi, un poco sorprendida de sí misma.

–Podemos charlar un rato, ¿te parece? –Y la invitó a alejarse un poco del grupo con un gesto de la mano.

–¡Claro! –afirmó, solícita.

Se acercaron a unas grandes piedras, donde solían sentarse los más cansados. Estaban lo suficientemente lejos como para hablar en privado, y lo suficientemente cerca como para que Charlie pudiese echarles una mirada de vez en cuando. Con eso bastaba, pues, aunque no podía negar que estaba celoso, no pretendía controlarla. Ella era una mujer libre; todos lo eran, y el amor era libre también para ellos y todos los que formaban parte de su mundo.

–*Oh, my God, Abi!* ¡Has cambiado mucho! Por eso no te reconocí al principio.

–¿En serio? No pensaba que hubiese cambiado tanto.

–Sí, por fuera eres muy diferente. Vistes diferente, llevas el pelo de forma diferente, pero por dentro también, hablas diferente, te comportas de manera diferente... ¡Estás diferente! Ja, ja, ja, ¿he dicho ya que pareces diferente? –se rio.

–¡Vale, me ha quedado claro! –Abi rio también.

–¿Qué haces aquí? He querido preguntártelo desde anoche. No he podido dejar de pensar en todas las preguntas que quería hacerte, y ésta era la primera. ¿Qué te ha traído a este lugar?

–Bueno, la verdad es que es una larga historia.

–Tenemos tiempo. ¡Todo el tiempo del mundo! –sonreía, feliz.

–Vale, eh... –titubeó. No sabía por dónde empezar–. Es difícil contarlo todo, pero intentaré abreviar...

–¡No! ¡Quiero saberlo todo! ¡No me evites los detalles por favor!

–Está bien –lo miró a los ojos, notando la poderosa energía que emanaba de él–. Fui de vacaciones a Ibiza y decidí quedarme en la isla. Me gustó, así que nunca regresé a Madrid. Y, bueno, después conocimos a unos americanos que nos hablaron del festival –volvió la mirada hacia Charlie, y éste la miró a su vez–, y no quisimos perdérnoslo.

–¿Vives en Ibiza?

–Desde hace cuatro años más o menos.

–¡Dios mío, no sabes lo exótico que suena!

–¿Exótico? –preguntó extrañada.

–¡Claro! Aquí se suele hablar de esa isla como si fuese la misma Shangri-la. 15

–No me había dado cuenta.

–Debe ser un lugar muy especial.

–Lo es, hasta que llega el invierno y te mueres de frío –hizo un chiste.

–¡Oh, no! ¿Hace tanto frío como en Madrid? En ese pueblo..., ¿cómo se llamaba?

–Torrejón –dijo sólo la mitad del nombre, ya bastante difícil de pronunciar para Mike.

–¡Qué frío hacía! No se me olvida. Lo pasé fatal por el frío. No estoy acostumbrado, soy de California.

–Es cierto, se me había olvidado. ¿De Los Ángeles?

–De San Diego.

–Allí también me gustaría ir.

–Yo no sé cuándo regresaré. Estoy viajando por todo el país con unos amigos. Quiero ver mundo.

–A mí también me encantaría hacer eso –se sinceró, al verlo tan entusiasmado–. Debe ser maravilloso viajar por todo el mundo. La verdad es que me gustaría ver tantos sitios que creo que no acabaría hasta llegar a la luna –rio.

–Bueno, ahora estás aquí. Ya has empezado. Y a la luna creo que en unos cuantos años podremos ir todos.

–Me parece increíble que hayan llegado allí, la verdad, es como un sueño. Creo que los americanos sois capaces de todo.

–Puede ser. Yo quiero ir a Australia. Es posible que después de esto –miró a la multitud que seguía disfrutando de la música– me marche a Australia.

–¿Y qué pasa con tu carrera de piloto? –preguntó, realmente interesada.

–No quiero ir a Vietnam, Abi. Si tengo que irme del país, me iré.

–¿En serio? ¿Crees que tendrás que ir? Quiero decir... Ya no tienes dieciocho años...

–Pero aún soy muy joven, y es muy posible que me llamen, y están encerrando en prisión a quien no quiere ir, como al marido de Joan Baez.

–¿Hablas en serio? Me parece terrible.

–Lo es. –Mike suspiró–. No me gusta mi país tal como está ahora. ¿Y tú? ¿Sigues siendo la secretaria de tu padre? Era piloto, ¿verdad?

–La verdad es que no recuerdo cómo llegué a ser su secretaria –casi se lamentó al decirlo–. Nunca fue algo que yo quisiera hacer.

–¿Qué querías hacer?

–No lo sé. Creo que nunca lo supe. Cuando era pequeña quería ser piloto como mi padre.

–¿En serio? –sonrió Mike–. ¿Y ya no tienes esa idea?

–Eso sería muy difícil en España, por no decir imposible. –Movió la cabeza a ambos lados, negando tal posibilidad–. Mi país no es como el tuyo. Quiero decir, también tenéis problemas, por supuesto, pero aquí hay una libertad que yo nunca había visto. La primera vez que me sentí realmente libre fue en Ibiza, allí es como si viviéramos en un planeta distinto. –Mike tenía los ojos muy abiertos y una expresión expectante en el rostro–. Es un pueblo pequeño y casi nadie se mete con nosotros, aunque también los hay que no nos entienden, claro.

–Así que no es tan idílico como todos creen.

–Lo es. No sé. Es difícil de explicar. Supongo que para un extranjero todo se ve diferente. Para mí ha sido maravilloso vivir allí, en la comuna. Ha cambiado mi vida completamente. Allí conocí a Charlie –le dirigió otra mirada, y Mike también lo hizo, observándolo de arriba abajo con rapidez para volver a dedicar a ella enseguida toda su atención–. Aunque después me sentí muy bien en Londres. El avión salió desde allí. Es otro lugar en el que la gente vive de otra manera... En España estamos como, no sé cómo decirlo, como si no hubiesen pasado los años, como si no avanzáramos. La gente sigue pensando igual, con sus mentes cerradas, incapaces de dejar de criticar, de juzgar al otro. Los españoles somos gente complicada.

–Tú no pareces serlo –le sonrió tan dulcemente que Abi no pudo apartar sus ojos de los suyos durante un instante que pareció eterno–. Si fueras como ellos, no hablarías así. De hecho, te quejas porque no te gusta vivir allí, porque no te sientes libre.

–Es cierto, Mike. En España no me siento libre, ¿cómo podría si mis propios padres son tan cerrados que...? –asintió con la barbilla, sin querer mirarlo de nuevo para no quedarse enganchada–. Al menos, en Ibiza puedo respirar.

–Te entiendo –fijó sus ojos en ella, pero esta vez fue él quien apartó la mirada–. Está claro que ninguno de los dos nos sentimos a gusto donde estamos.

–No es eso. Yo soy feliz con Charlie, pero a veces siento que ni siquiera me he parado a pensar qué quiero hacer con mi vida.

–Pues éste es un buen momento para hacerlo, tan bueno como cualquier otro. ¿Qué te gustaría hacer el resto de tu tiempo en este planeta, Abi? –le hizo la pregunta como si fuera fácil de contestar.

–No tengo ni idea –respondió con una sonrisa.

–Quizá sí lo sepas, pero te sientes culpable o algo así, creo que es eso. Quizás inconscientemente piensas que alguien sufriría si hicieras

lo que realmente quieres.

–Es posible, pero no sé qué es lo que quiero hacer con mi vida, la verdad. No tengo la respuesta.

–¿Y qué quieres hacer ahora, en el presente? ¿Qué te gustaría hacer?

–Supongo que viajar, como tú. Me gustaría ver Hawái. ¡Debe ser maravilloso!

–¡Hawái! ¡Lo es! Estuve allí el año pasado haciendo surf.

–¿Haciendo qué?

–Surf, ¿no sabes lo que es? –Extendió una mano con la palma hacia abajo señalando el horizonte, como si frente a ellos hubiese un mar agitado–. El surf es atrapar las olas subido en una tabla, olas gigantes; las hay incluso como un edificio de altas. Es increíblemente maravilloso, te encantaría.

–No creo, no con olas de ese tamaño. Aunque creo que exageras un poco –se rio–. ¿Y también hay tiburones?

–También, a veces persiguen a los surfistas.

–¡Qué alegría! –volvió a reír, haciendo que Mike soltara una carcajada.

–¡Oh, Abi, tienes que ir a Hawái! ¡Ese lugar sí que es un paraíso! Pero primero tienes que pasar por California, allí también hacemos surf.

–Había olvidado que eres un chico californiano.

Mike no dejaba de sonreír. Parecía que siempre brillara el sol sobre su cara, y Abi no podía dejar de sentirse como si lo acabase de conocer. Apenas si se habían visto una tarde hacía cuatro años, y habían bailado; ahora, allí sentados uno al lado del otro, empezaba a preguntarse a qué sabrían sus besos.

–¿Es tu novio? –preguntó Mike a bocajarro.

–¿Charlie? Es más que eso. Nos hemos casado.

–¿Estás casada? –se sorprendió, y casi se sintió molesto.

–No legalmente. Hicimos una ceremonia en la playa con todos nuestros amigos.

–¡Vaya, menos mal! –dejó escapar sin darse cuenta–. Quiero decir que... no creo en el matrimonio, y supongo que tú tampoco.

–Claro que no, es una costumbre demasiado tradicional. No quiero tener ningún dueño.

–Me alegra saberlo, porque eso es lo que es, una compra en toda regla.

–Lo sé.

–Somos libres, y así tiene que ser –la miró como si quisiera convencerla de algo–. Tú no perteneces a nadie.

Ella le mantuvo la mirada. Le hubiese gustado sentirse libre en aquel momento; libre para decirle lo que había empezado a pensar desde que se lo encontró, que estar a su lado le llenaba de una energía que ahora se daba cuenta de que necesitaba.

–Ya, yo creo en la libertad y todo eso, pero es difícil a veces...

–No tiene por qué serlo, a no ser que él piense de otra manera. Pero no sería justo, ¿no crees?

Abi negó con la cabeza. Pareció que Charlie los había oído, porque justo entonces comenzó a caminar hacia ellos. Mike lo recibió un tanto serio pero cordial y Abi le sonrió, intentando que no notase que sus pensamientos estaban volando cada vez más lejos de él.

–Vamos a descansar un rato hasta esta noche –dijo al llegar, invitándola a marcharse con él y con el resto de sus amigos–. No queremos perdernos a Janis Joplin.

–A mí también me gusta –Mike se levantó para marcharse–. Seguiremos viéndonos por aquí, Abi. ¡Hasta otra, Charlie!

–¡Adiós, amigo! –le respondió éste, quizá para dejar claro que podían ser amigos si los dos querían–. ¿De qué habéis estado hablando tanto rato? –se sentó muy cerca, presintiendo que ella se le escapaba entre las manos.

–De muchas cosas. Hacía cuatro años que no nos veíamos.

–Pero me dijiste que apenas os conocíais.

–Y así es, supongo que por eso hemos estado hablando tanto tiempo. La noche que nos conocimos sólo bailamos, apenas hablamos.

–¿Te enamoraste de él? –preguntó Charlie sin preliminares, disparando directamente al corazón.

–Me gustaba, sí –respondió con rapidez–. Pero entonces no sabía lo que era estar enamorada. Nunca lo estuve hasta que te conocí.

–Pero ahora... ya no es lo mismo, ¿verdad? –preguntó, aunque en realidad quería afirmar lo que acababa de decirle.

–No lo sé, Charlie. Ya sabes cómo pienso, y tú también. Vivimos nuestro amor sin ataduras de ninguna clase. O así debe ser, al menos. No queremos seguir los pasos de la otra generación, ¿recuerdas?

–Es cierto –asintió él–, pero tú y yo somos diferentes, o eso creía. Nos casamos y todo eso...

–Y fue precioso, pero no firmamos ningún papel porque odiamos las reglas de la sociedad, ¿o es que no te acuerdas? ¡No tenemos por qué ser como ellos! ¡Somos jóvenes y libres! –lo miró con entusiasmo en los ojos.

Charlie apartó la mirada. Los ojos se le llenaban de lágrimas y no quería que ella se diera cuenta. Tenía razón, habían hablado cientos de veces en la comuna de lo diferentes que eran, «inadaptados» los

llamaba la gente, y era verdad, para ellos aquella palabra no significaba nada malo, sino todo lo contrario. Eran unos inadaptados de una sociedad que no comprendían, que les había hecho mucho daño, que les auguraba un futuro que no era el que ellos querían. ¿Por qué sentir celos, entonces? ¿Por qué sentir tanto dolor al pensar que ella quería algo más que una simple amistad con Mike? ¿Qué le ocurría? ¿Es que todo aquello que tantas veces él mismo había proclamado, como la libertad, el no pertenecer a nadie y el respeto por el deseo de la otra persona se habían esfumado con aquel piloto norteamericano que formaba parte del pasado de Abi?

Abi no sabía cómo expresarle la necesidad de sentirse libre aquellos días en el festival. Quería disfrutar de cada momento y de cada canción, sin sentir que estaba atada a él. Lo quería y seguía enamorada de él, de eso no tenía duda, pero ahora tenía mucho más mundo a su alrededor.

–¿Y si yo lo hiciera también? –preguntó él de repente, rompiendo el silencio.

–¿Hacer qué? –Abi hizo ver que no entendía, pero en realidad sabía perfectamente de lo que le estaba hablando.

–Sé que quieres acostarte con él –le soltó. Bajó la cabeza para después mirarla de frente, como si quisiera desafiarla–. Somos libres. El amor es libre. Por eso te pregunto: ¿y si yo lo hago también?, ¿y si me acuesto con otra? ¿Qué pensarías si lo hiciera yo también?

Abi tragó saliva. De repente la idea ya no le parecía tan maravillosa.

–Somos libres, Charlie –al fin fue capaz de contestar como sabía que debía–. Puedes hacer lo que quieras, igual que yo. ¿Por qué tendría que molestarme?

–Porque a mí me dolería si tú lo hicieras. Porque te quiero y estoy enamorado de ti.

–Pero... ¿es que no crees en nada de esto entonces? –Miró a su alrededor–. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué pasa con todas estas personas que están aquí para decirle al mundo que somos una generación diferente?

–Eso no tiene nada que ver.

–¡Tiene mucho que ver! ¡Porque, si no crees en la libertad del amor, entonces no crees tampoco en la libertad en ninguna otra cosa!

–No es cierto. No es así.

–¡Sí, es así, Charlie! ¡Y siempre has sido así! Yo creía que eras diferente cuando te conocí. Me parecías... libre de verdad, pero no lo eres –tragó saliva de nuevo–: Me siento engañada. No eres el hombre que creía que eras.

–No me digas eso, Abi. No es verdad...

–Entonces, si no es verdad, demuéstralo. ¡Yo no te pertenezco! ¡No pertenezco a nadie! ¡Soy dueña de mí misma! No te comportes como si fueras mi padre –lo dejó con la palabra en la boca y se internó entre la multitud, caminando deprisa para alejarse de él.

Charlie no la siguió; lo intentó al principio, pero la perdió de vista y no se molestó en volver a intentarlo. Le dolía el corazón. A ella también. Ambos se sentían engañados. Él, porque la amaba y sentía inmensos celos al pensar que quisiera acostarse con ese tal Mike. Y ella, porque supo que todas las señales que había sentido y que no había querido ver eran ciertas. Las había apartado, había barrido bajo la alfombra para no descubrir que Charlie no era como ella había creído, como ella deseaba que fuera. Él era como todos los hombres, ni más ni menos. Sentía celos porque pensaba que ella era de su propiedad, sencillamente, y eso era algo que no iba a permitir.

Pasó casi dos horas a solas, en las que se mezcló con distintos grupos de personas que disfrutaban a su manera del festival. Vio a varias familias que se ocupaban de sus hijos pequeños, que corrían y jugaban desnudos por el calor; a grupos de jóvenes que se bañaban desnudos en el río, al otro lado de las vallas que aún permanecían tiradas en el suelo. Y se fijó en una chica embarazada de al menos siete meses que bailaba lentamente, alzando sus brazos delgados. Parecía estar sola y feliz. De vez en cuando se acariciaba el vientre, como si supiera que muy pronto no estaría sola nunca más. Le pareció una de las escenas más bonitas del festival, y eso que había posado la mirada en muchos momentos que ya se le quedarían grabados en la memoria para siempre. Pero aquella chica, que disfrutaba de su soledad con el bebé que llevaba en su vientre, aunque rodeada de cientos de personas, le pareció un buen ejemplo de lo que ella quería llegar a ser: una mujer auténticamente libre que no dependiera de nadie, que no necesitara ningún hombre que cuidase de ella, y que no pensara en el futuro.

Ella también decidió disfrutar de su soledad, hasta que se hizo de noche y regresó con los demás. Charlie la esperaba como si nada hubiera pasado, y eso casi la molestó más que si hubieran vuelto a discutir. Así era como actuaban sus padres; ahora se daba cuenta de que no era un problema de ellos solamente, la mayoría de las personas actuaban así, se dejaban llevar por la inercia de la vida. Y no hay mayor ciego que quien no quiere ver.

Ella sí quería. Desde que llegó a Ibiza, e incluso antes, cuando leyó aquella carta, decidió que no quería ser como ellos. No quería formar una familia y estar para siempre con el mismo hombre a su lado, como

su madre. Aún era joven, quería vivir, experimentar la vida y ver mundo. Ibiza se le quedaba pequeña, había pensado al llegar a Londres, y después de nuevo en Nueva York. Todo era poco para ella, lo quería todo. «Y ¿por qué no?», se preguntaba. Estaba en el mundo para aprovechar todo lo bello y lo bueno de él.

Charlie pasó el brazo por el hombro de Sol estúpidamente, mirándola de reojo para ver si ella reaccionaba. Si pretendía darle celos comportándose como un adolescente, no lo iba a conseguir. Decidió irse a dormir, pero no en el saco que compartían. Cogió una manta y se tumbó junto al fuego, un poco alejada para mantenerse fuera de la conversación. Estaba cansada, demasiadas emociones. Cerró los ojos e intentó dormir un rato. Janis Joplin cantaría sobre las dos de la mañana, y no quería perdérselo.

14. El amor libre

A las tres y media de la tarde, Joe Cocker había empezado a cantar tras una madrugada en la que Janis Joplin dejó boquiabierto a todo el público con su voz desgarrada e hipnotizadora, con sus gafas redondas y su gran sonrisa.

Habían pasado la noche sin dormir, disfrutando de la música y de todo lo que les rodeaba y fumando marihuana en una pipa hecha con papel de aluminio y un bolígrafo, y Charlie parecía haber olvidado por unas horas su absurda discusión. Por eso, ella decidió estar bien con él y sobre todo con sus amigas, Luna y Sol, con quienes bailó sin parar. Después, una vez que amaneció, volvió a acostarse junto a la hoguera con una manta, pero Charlie le pidió que regresara al saco con él. Sentía frío y decidió que lo mejor era dormir a gusto y dejar su malestar para otro momento. Volvieron a dormir juntos, pero esta vez Abi miraba hacia fuera; él, a su espalda, colocó el brazo sobre su cintura, y ella no se molestó en quitárselo de encima. Estaba demasiado cansada.

–¡Aléjense de las torres! –gritó uno de los organizadores por el micro desde el escenario.

Un fuerte viento había empezado a soplar al terminar la actuación de Cocker, y las torres hechas con madera, donde estaban los cables de las cámaras de vídeo y del sonido, se tambaleaban por las fuertes ráfagas. Nadie parecía querer darse cuenta de que debían protegerse de la tormenta o, al menos, alejarse de donde estaban los cables de la luz.

–¡Los del fondo, que se muevan un poco más hacia atrás para que los de delante puedan alejarse del escenario! –gritaba por el micro, intentando manejar aquella situación inesperada–. Si nos concentramos, podremos alejar la lluvia –rio, y su risa se escuchó como si a pesar de la que se le venía encima no estuviera en absoluto preocupado–. *No rain, no rain!* –comenzó a gritar, para que el público

lo siguiera, aunque sólo lo consiguió durante un rato.

Luna y Sol habían ido a buscar algo de comida en la carpa instalada donde algunos restaurantes del pueblo daban raciones gratis, y ahora, de regreso a la carrera, se echaron unas mantas por encima. Había asistido más gente de la que nunca hubieran imaginado y la comida había empezado a escasear.

–Se han instalado unas cuantas cabinas para que el que quiera pueda comunicarse con sus familias, pero ahora no funcionan por la tormenta –dijo el organizador en su tanda de avisos diarios–. Kate Williamson, acude a información, por favor, tienes que regresar a tu casa, han operado a tu padre del corazón, pero está bien –continuó, mientras todo a su alrededor parecía querer echar a volar–. El ácido marrón que se está vendiendo desde ayer por la noche no es bueno. Sed inteligentes y evitad un mal viaje...

–No hemos podido conseguir casi nada. La tormenta lo está poniendo todo muy difícil –comentó Sol, enseñando la comida.

Abi cogió un poco de sopa y se la tomó con rapidez. No tenía mucha hambre, pero era mejor alimentarse cuando había algo que echarse a la boca, pues no sabían cuándo volverían a comer. El domingo era el último día y querían aprovecharlo al máximo.

–Han sido ellos, los fascistas, los que han estado moviendo las nubes con sus helicópteros para traernos la tormenta y fastidiarnos el festival –escuchó decir a unos chicos que pasaban corriendo por su lado.

–Creo que tienen razón –dijo el inglés, protegiéndose la cabeza con su guitarra.

–¡No vienen a molestar! –escucharon por el micro–. Tranquilos, el gobierno ha mandado a un equipo médico por si alguien necesita ayuda. Sólo es eso. No vienen a molestarnos –aclaraba el organizador.

El ruido de los helicópteros se sumaba al del viento y al de los objetos que habían empezado a volar por los aires; tiendas, sacos, ropa...

Charlie consiguió unos cuantos plásticos que habían llegado volando, y pudieron cubrirse con ellos un rato cuando empezó a llover con fuerza, pero el calor bajo ellos era sofocante y la humedad casi insoportable, así que Abi y las chicas decidieron saltar bajo la lluvia mojándose por completo. Cerca de allí, algunos habían empezado a patinar sobre el fango, descubriendo un nuevo motivo de diversión, y ellas corrieron hacia allí, dispuestas a lanzarse también y llenarse de barro hasta las orejas. Poco les importó mancharse las ropas y el pelo. Se lanzaron gritando cuando llegó su turno en la cola, para acabar las tres juntas tiradas en el barro, sin casi poder levantarse.

Mike las vio y empezó a reír sin poder parar, lanzándose él también como buen surfista para ayudarlas a que se pusieran de pie. Abi lo recibió entre risas. Se sentían felices, jugando como niños ante lo inesperado, aprovechando lo que la vida les ofrecía. Mike la agarró de la mano y la obligó a seguirlo cuesta abajo por el fango, intentando mantenerse en pie. Llegaron al final, embarrados, uno encima de otro, sin poder contener la risa. Luna y Sol acabaron sobre ellos, y los cuatro rieron y gritaron, intentando levantarse antes de que el siguiente cayera sobre ellos. No llegaron a tiempo: fueron dos los que les cayeron encima.

Charlie se quitó el plástico de encima y corrió bajo la lluvia, siguiendo a las chicas, para estar con Abi. Quería arreglar las cosas con ella, o al menos volver a hacer que se sintiera bien a su lado, pero cuando llegó la vio caminando por el barro agarrada de la mano de Mike. No estaba sola; Sol y Luna estaban con ella, y dos chicos más que volvían a subir por la rampa por la que antes habrían caído, pero, a pesar de eso, Mike sólo agarraba su mano, la de nadie más, sólo la suya, y Abi se sujetaba a ella con fuerza.

Ellos no lo vieron, pero se quedó un rato mirando sus gestos, intentando averiguar lo que decían sus bocas, aunque no entendiera apenas inglés. Quiso saber de qué hablaban sus miradas, cortas y rápidas, con un poco de pudor o de vergüenza, pero también con deseo.

Mike la sacó de allí y la llevó a un lugar más apartado. Sin parar de reír, Abi se agarró a su cuello, y él colocó sus brazos alrededor de su cintura. Se separaron y volvieron a reír. Había sido sólo un abrazo repentino, seguramente llevados por la risa y la diversión, pero se habían abrazado. Charlie sintió una punzada en el corazón, pero sacudió la cabeza. Debía aprender a ser como él creía que era. Si no creía realmente en el amor libre, debía aprender a hacerlo.

Luna le vio entonces y corrió hacia él. Lo notó triste, pero no le dijo nada. Agarró su mano y quiso llevárselo hacia el barro. No se dejó de primeras, pero, cuando Sol lo empujó por detrás, ya no pudo evitarlo y se lanzó entre ellas, cayendo también al suelo al final. Se agarró a ellas, con torpeza, tocando sus cuerpos por donde no pretendía, pero agarrándose inevitablemente, y ellas hicieron lo mismo. Sol volvió a caer y lo tiró sin querer, restregando su cuerpo contra él, y Charlie la sintió jugueteando mientras intentaba asirse a algo para incorporarse de nuevo. Luna también se agarró a él, y entre los dos se levantaron, pero Luna lo volvió a tirar al suelo. Así estuvieron unos minutos, riendo los tres hasta poder levantarse y salir del fango.

Charlie no volvió a ver a Abi ni a Mike. Regresó junto a Luna y Sol, con una a cada lado, agarradas las dos a su cuerpo. Llegaron a la hoguera, ahora apagada, sonrientes y sucios. Luna sacó una botella de agua de su mochila y mojó un poco la manta para quitarle el barro de la cara a Charlie. Él se dejó hacer mientras se quitaba las ropas mojadas y pegadas a su cuerpo. Ellas se desnudaron por completo delante de él. Aquello no tenía nada de especial, pues solían hacerlo en la comuna, como todos, pero Charlie supo que algo iba a ocurrir.

Se dejó hacer. Sol le limpió la cara y después se limpió ella, y cuando terminó le dio la manta y el agua a Luna, mientras ella besaba a Charlie tímidamente en los labios. Se sintió raro al principio, pero después su cuerpo comenzó a despertarse al sentir las caricias de Luna en la espalda, al tiempo que Sol se acercaba de frente con su cuerpo desnudo.

Aquella tarde, mientras el concierto se paraba por culpa de la lluvia, se acostó con ellas en el mismo saco e hicieron algo parecido al amor que solía hacer con Abi, pero sin sentimientos, sin ataduras y sin dolor por medio. Disfrutó como lo haría cualquier hombre con dos bellas mujeres desnudas a su lado, oliendo el barro seco de sus pieles y degustando sus besos, pero ninguna eran Abi. Ella no regresó cuando pasó la tormenta. No lo vio durmiendo con placidez en el mismo saco con Luna y Sol, los tres desnudos, tras haberse saciado de sus cuerpos. No vio que de sus ojos brotaron lágrimas cuando el placer acabó y las chicas se durmieron. No vio cómo la hoguera apagada había sido testigo de algo que quizás a ella le habría gustado: Charlie había aprendido por fin a amar en libertad. Sin pertenecer a nadie.

* * *

Mike la miró como lo había hecho las dos noches anteriores, como si tuviera tanta energía dentro de sí mismo que fuese capaz de arrastrar a cualquiera hasta donde él quería. Sus ojos azules y su cabello negro parecían brillar con más intensidad entre el barro que se pegaba a su cuerpo y a su rostro. Abi sentía el barro seco sobre su piel y en su ropa; hubiese querido quitarse la ropa y lavarse en el río, pero no tenía tiempo de llegar hasta allí. Los ojos de Mike no se apartaban de los suyos, y ella no podía separar los brazos de su cuello. Sintió sus manos acariciándole la espalda y, a pesar del barro, sintió sus dedos ágiles y sabios buscando cada pliegue de su piel.

–Ven conmigo –le susurró, agarrándole un brazo hasta encontrar su mano y tirar de ella hacia un lugar desconocido.

Ella asintió con la cabeza, y ambos corrieron bajo la lluvia,

sintiendo el agua fresca sobre sus cabezas, dejando que los limpiara.

Llegaron a un pequeño campamento en el que había unas tiendas indias. Mike se agachó para entrar en una de ellas. La cerró desde dentro y encendió una vela que había sobre una caja, junto a una jarapa extendida en el suelo. Entonces se puso de rodillas sobre ella y comenzó a desnudarse. Abi también empezó a quitarse la ropa, pero enseguida él vino en su ayuda. Se abrazaron, y comenzaron a hacer el amor con furia, con prisa, como si la vida sólo les permitiera unos minutos. En las paredes de cuero de la tienda podían verse las sombras de los que pasaban a su lado. Sus cuerpos estaban sucios, el barro se había pegado a sus pieles, sus rostros aún estaban manchados, igual que sus cabellos, pero no tenían tiempo de limpiarse. Se mordían los labios el uno al otro mientras hacían el amor como nunca lo habían hecho con nadie, casi con desesperación.

–Ahora que te he vuelto a encontrar, no dejaré que te vayas... –le susurró Mike al oído en el momento de mayor placer.

¿Era eso lo que ella quería? ¿Estar con alguien que pensara igual que Charlie? O quizá lo había dicho solamente llevado por el ansia de poseer su cuerpo en aquel momento.

–¿Sabes lo que dice Janis Joplin? –le preguntó de forma repentina.

Abi negó con la cabeza, deseando que terminase pronto de hablar. Quería sentirlo en su interior con la misma fuerza y la misma ansia de hacía un momento.

–Dice que lo que te hace feliz, no puede hacerte daño.

Abi asintió, sin saber muy bien a qué se refería él. Él se separó un poco y cogió los pantalones que había dejado en un bulto amontonado con el resto de la ropa. Buscó en los bolsillos y sacó un pequeño papel, del que despegó un ácido que cogió con la lengua. Antes de metérselo en la boca, buscó la lengua de Abi y se lo pasó. Después, pegó su lengua al que quedaba y lo saboreó.

Abi se dejó llevar por el deseo, mientras su mente empezaba a divagar por mundos que no conocía pero deseaba conocer. Nunca había viajado sintiendo tanto placer en su cuerpo. Mike estaba sobre ella, deshaciéndose, de camino también a algún espacio en el que ambos podrían volver a encontrarse de otra forma, con otra materia, con otro aroma y hechos de algo que no era barro precisamente, sino, quizá, luz.

En el rostro de Abi apareció una sonrisa cundo Mike se agarró a su cuerpo y sus mentes escaparon tan lejos que se reencontraron en los confines de sus cuerpos y del mundo. Nunca un viaje había sido tan satisfactorio ni les había hecho sentirse tan plenos. Tampoco nunca había durado tantas horas ni les había hecho entender tantas cosas.

Abi caminó por un maravilloso bosque lejano de flores de cristal y campos de fresas. Caminaba sin tocar el suelo, hasta que escuchó unos gemidos. Era Mike, que gritaba débilmente, muy asustado. Ya no estaba a su lado, ahora estaba en un pozo rodeado de oscuridad, sintiendo el fango congelado en sus pies, mientras se agarraba desesperadamente a las paredes para poder salir.

Escuchó que la llamaba y corrió a buscarlo, dejándose guiar por el oído, hasta que se vio en la boca del mismo pozo negro en el que había entrado Mike. No quería caerse, pero lo hizo, como si alguien o algo la empujara. Cayó a su lado, sintió el fango congelado hasta sus rodillas, pero esta vez no hubo risas, ni cuerpos cálidos que se abrazaban, esta vez sólo hubo gritos de terror y miedo, mucho miedo.

Un demonio se había metido en el cuerpo de Mike, y él se acercaba para poseerla y meterlo en el suyo. Su cuerpo se deshizo, su forma cambió y se convirtió en parte del fango. Abi no podía levantarse mientras lo veía desaparecer, y sintió como el fango que era él la rodeaba y penetraba en su cuerpo por todos sus orificios y todos los poros de su piel. Sintió que algo la llenaba por completo desde su interior, como si fuese a explotar, y entonces tuvo la certeza de que Mike había muerto y de que ella iba a morir también.

Pensó en sus padres, en Charlie, en todas las personas que habían formado parte de su vida. Le hubiese gustado despedirse, pero no iba a hacerlo, nunca más volvería a verlos. Su cuerpo se deshizo también, convirtiéndose en parte del fango, y ella salió, estaba allí pero no se veía a sí misma, era etérea, invisible, y tampoco podía ver a Mike, pero sentía su presencia. Lo sabía desesperado, tanto como ella, intentando gritar pero sin que su boca reaccionara ni pudiera escuchar sus propios gritos.

Sonidos de cristales rompiéndose se escuchaban a su alrededor. Un ruido horrísono, como chirridos de puertas incesantes, arañazos en las paredes de una bañera o una uña al arrastrarse por una pizarra. Los dientes comenzaron a dolerle, y sintió que se mordía la lengua, aunque ya no tenía ni una cosa ni la otra. No sentía su cuerpo, pero sí podía sentir dolor y sobre todo mucho miedo. Intentó gritar, pedir ayuda, suplicar, pero nada salía de una boca inexistente. Estaba muerta y en el infierno, en algún lugar terrible de esos que le habían enseñado en el colegio cuando era niña. Era terrible, espantoso y desesperante, decepcionante al mismo tiempo, descubrir que había desaparecido, así sin más, tan deprisa que nadie se daría cuenta. Era una sensación que no habría podido describir ni contar a nadie, como si ella no importara, como si fuera tan pequeña como una hormiga, e incluso más pequeña, y tan insignificante que no le importaba a nadie

en el mundo ni fuera de él. Ya nadie la amaba, y no sabía a qué se estaba enfrentando: un enorme vacío, doloroso, temido y alarmante. Ya no existía ni nunca más volvería a existir...

–¡Por favor, os aviso de nuevo! No probéis el ácido marrón que se está vendiendo en el festival –decía de nuevo el organizador por el micrófono al cesar la lluvia–. Sed inteligentes, no os llevéis un mal recuerdo de este histórico festival. Hemos venido a disfrutar, a expresar lo que somos y en lo que creemos y a proclamar nuestra libertad. No hemos venido a tener un mal viaje...

15. Un mal viaje de vuelta

Despertó de madrugada, al escuchar el ritmo de unos golpes que pretendían ser música. Estaba sudando, medio mareada, pero viva. Lo último que recordaba era creer que había muerto. Había sido su primer mal viaje, ese que todos decían que jamás se olvida.

Mike no estaba a su lado. Vio la ropa sucia, llena de barro seco, amontonada en el suelo de la tienda. La cogió y se vistió con ella, a pesar de lo desagradable que le resultaba la rigidez del fango seco pegado a la tela.

Estaba oscuro, salvo por las luces de las linternas o las velas que se veían entre el público que escuchaba la música del grupo en el escenario. Cerca de las tiendas, un grupo de chicos tocaban aquello que habían encontrado: maderas, vasos, botellas, cualquier objeto capaz de producir un sonido.

No sabía dónde ir y sabía que no debía moverse de allí de noche, pues podría perderse entre el público, sin encontrar a sus amigos, o en el bosque, lo que podía ser mucho peor. Se quedó parada, de pie, delante de la tienda, mirando el inmenso cielo nublado, preguntándose si realmente estaba viva y había vuelto al festival o si había despertado en un espacio paralelo donde nadie la conocía. Estaba completamente sola, aunque rodeada de cientos de personas.

Decidió sentarse sobre un viejo tronco que había en la entrada de la tienda y esperar a Mike, que en algún momento regresaría. Intentó quitarse el barro de las piernas, de los brazos y del cuello, pero estaba demasiado pegado. Se tocó el pelo; estaba tan tieso y pegajoso que decidió dejarlo en paz. No sabía cómo debía verse, pero su imagen no debía ser muy agradable en aquel momento. Sucia, mareada y sola.

Pasó un buen rato allí sentada, escuchando la música lejana por un lado y la percusión cercana por el otro, pensando en si había merecido la pena acostarse con Mike. Sintió pena por Charlie, aunque en el fondo seguía pensando que él debía aceptarlo. Pero empezó a

preguntarse si lo había pasado bien en algún momento. Recordó el principio, cuando llegaron a la tienda, cuando parecían querer devorarse el uno al otro. Quizás ese había sido el momento mejor. Después, cuando Mike le pasó el ácido con la lengua, también le pareció tremendamente placentero, pero poco a poco todas las sensaciones de placer se habían esfumado, dando paso a otras bastante peores.

Mike le gustaba, pero no era ésa la razón por la que se había ido con él esa tarde. En realidad, lo había hecho porque necesitaba demostrarse a sí misma que aquello en lo que creía era real. Lo que tantas veces había escuchado decir a otros y ella misma había ratificado, que eran diferentes a sus padres, que ni las absurdas normas de la sociedad ni las estrictas reglas familiares podían afectarles, que ellos conocían lo que era realmente importante y no se dejaban llevar por el deseo de conseguir cosas materiales ni de empeñar su vida construyendo una familia hipotecada con un trabajo que les hacía infelices.

Quizá no había sido tan malo, a pesar del dolor y de la decepción. Había servido para un nuevo comienzo, una nueva vida, una nueva Abi. Pero sabía que seguía sin encontrar lo que quería en realidad. Durante un tiempo había pensado que podía ser Charlie, o su vida en la comuna, incluso Ibiza, pero allí, rodeada de tanta gente diferente y parecida a la vez, se daba cuenta de lo grande que era el mundo y de lo mucho que le quedaba por vivir. Era como si necesitara volver a cambiar constantemente. Ya no podía parar, no se podía conformar.

En ese momento, Mike salió de entre el grupo de percusionistas con una botella de cerveza en la mano.

–Buenos días, madrugadora –le dijo alegremente, sentándose a su lado–. No te ha gustado el viaje, ¿verdad? –La miró de cerca, observando cada detalle de su aspecto terrible.

–¿Tú no lo has pasado mal? –le preguntó, un poco avergonzada al sentir su mirada sobre ella–. Ha sido horrible.

–No ha sido mi primer mal viaje. Los he tenido peores.

–Pues yo no quiero volver a tener uno así. Pensaba que me iba a morir...

–Lo lamento, pequeña. Acaban de decirme que lo estuvieron advirtiendo por el micro. Y yo sin enterarme. Lo compré anoche, no sabía que era un mal ácido.

–No importa, me alegra que estemos vivos.

–Dale un trago –le pasó la botella–, creo que necesitas algo en el estómago, y lamentablemente ya no nos queda comida.

–¡Puag! ¡Está caliente! –exclamó, devolviéndosela.

–No hay otra cosa, lo siento. Ésta no era la noche que esperabas, ¿verdad?

Abi no contestó. ¿Qué iba a decirle? ¿Que hubiera preferido tener sólo sexo? Se sintió mal consigo misma al comprender que, en realidad, había salido de casa de sus padres, en la que se dejaba llevar siempre por ellos, para dejarse llevar por Charlie y los demás, y ahora por Mike.

–¡Vamos! –Mike se levantó, cogiéndola de la mano.

–¿Adónde? –respondió de mala gana.

–Al río, a darnos un chapuzón. A quitarnos el barro.

Esa idea le pareció buena y dejó que la condujera entre el gentío. Seguía estando oscuro, pues el cielo estaba lleno de nubes, pero allí, en la orilla del río, parecía clarear un poco. Mike se lanzó al agua con la ropa puesta, para ahorrar tiempo y de paso lavarla también. Abi lo imitó y gritó al caer en el agua fría. Era maravilloso sentirse limpia y fresca por fin. En cualquier otro momento, le habría dado miedo bañarse a oscuras en unas aguas en las que no sabía lo que había debajo, pero aquella madrugada tenía tantas ganas de dejar atrás lo negativo que aprovechó el momento como un regalo.

Jugaron a salpicarse y a perseguirse, como dos niños pequeños, hasta que Mike la agarró de la cintura.

–¿Quieres hacer el amor conmigo ahora? Como si no lo hubiéramos hecho antes. Sin viajes, sin protección de ninguna clase. Aquí no tengo condones –le dijo sin perder el tiempo.

–Quiero hacerlo –espetó, como cortándole el discurso. No quería escuchar sus explicaciones; sólo quería saber lo que era amarlo, esta vez dándose cuenta. Quizás era una locura, pero todo parecía ser una locura a su alrededor y eso no iba a frenarla–. Quiero hacerlo –repitió–, y comenzó a quitarse la ropa.

–No te desnudes.

Frenó sus dedos ágiles y subió la tela de su falda, con una maestría que sorprendió a Abi, que vio cómo se desabrochaba el pantalón y la alzaba entre sus brazos. Así entró en ella, de una forma completamente nueva, deprisa, como dos salvajes, sin preliminares. Gritaron, sin importarles que alguien pudiese oírlos, completamente libres aquella madrugada.

* * *

–¡Ven conmigo, Abi! No regreses a España. No vuelvas a Ibiza –le decía una y otra vez. Reposaba la cabeza sobre su vientre, tumbados en la orilla del río, con la ropa mojada aún puesta, tras haber

disfrutado del mejor sexo de su vida–. Ven conmigo.

–¿Adónde?

–¿Qué importa eso? A todo el mundo. A vivir la vida. Ven conmigo, no regreses a esa isla perdida. No te pierdas tú también allí. No quiero tener que buscarte.

–Te estás poniendo muy melodramático –rio ella–. Nunca has tenido que buscarme. Nos encontramos por casualidad.

–Las casualidades no existen. Si acaso, di causalidad. Ha sido el destino, Abi, lo sé. ¿Cómo, si no, íbamos a encontrarnos a miles de kilómetros? Dime.

–La verdad es que ha sido bastante curioso...

–¡Lo es! ¿No te das cuenta? No quiero que te vayas, quiero que vengas conmigo.

–¿No te estarás enamorando? –preguntó entre risas.

–¿Y qué, si es así? –respondió él con otra pregunta.

–Nada, pero me parece muy pronto.

–¿Pronto? ¿Por qué? Las almas que une el destino ya estaban enamoradas de antes, sólo necesitan reconocerse.

–¡Vaya! Eso es muy bonito.

–Me alegra que te guste. Lo leí una vez en un libro. No me preguntes cuál porque no lo recuerdo –rieron los dos.

–¡Eres terrible!

–¡Lo soy! –Levantó la cabeza para mirarla a los ojos–. Y, cuando quiero algo, lo consigo. Vendrás conmigo, ¿a que sí?

–Es posible –suspiró, como si no pudiera negarle nada.

Mike hizo un gesto de ganador. Era imparable, de esas personas que consiguen todo lo que se proponen, aunque no dependa directamente de ellas.

–Ahora tengo que irme, está amaneciendo y esto se está acabando.

–¡Pero ahora viene lo mejor, Jimmy Hendrix!

–Está bien, me quedo un rato y después me voy. Ya se puede ver el camino.

–¿Quieres ir a despedirte de tus amigos?

–Sí, van a pensar que estoy loca.

–¡Todos lo estamos! –Se levantó y le dio la mano para ayudarla. Después, le dio un beso profundo, agarrándola por la cintura, apretándola contra su cuerpo–. No me falles, Abi. Te estaré esperando. Cuando esto termine del todo, seguiré aquí, pero, si no vienes, me marcharé.

Abi asintió con la cabeza y, escabulléndose de su abrazo, desapareció entre la gente. Mike se quedó mirando su bella y ágil silueta hasta que la perdió de vista.

Abi caminó un buen rato, un tanto perdida, hasta encontrar el lugar donde dormían sus amigos. La hoguera vacía y apagada, y no había nadie. Echó un vistazo a su alrededor, no debían estar muy lejos. La guitarra de Hendrix sonaba a lo lejos. Los encontró donde solían bailar y saltar, disfrutando del concierto. Los vio por detrás. El inglés llevaba su guitarra colgada a la espalda y una botella de cerveza en la mano. Luna y Sol se movían de forma excéntrica alrededor de Charlie, que parecía el más lento, quizás el más cansado. Vio cómo Sol se le acercaba y lo cogía por la cintura; él le pasó su brazo por detrás.

En otras circunstancias, aquel gesto no habría tenido nada de extraño, pero fue acompañado por un beso en el cuello, al que ella respondió con otro en los labios. Después, Luna se juntó a ellos y también posó sus labios sobre los de Charlie. Él les devolvía los besos, dejándose querer por las dos, las que Abi había creído que eran sus amigas. Una punzada en el estómago sacudió su cuerpo, a su pesar.

Miró al suelo y respiró fuerte, intentando controlar la tensión que sacudía sus músculos. Una lágrima quiso asomar a sus ojos, pero trató de reprimirla con todas sus fuerzas. Aunque no le veía la cara, ¡Charlie parecía feliz!

Se acercó a ellos y le dio unos golpecitos en el hombro desde atrás para llamar su atención. Charlie se volvió, y las chicas también. Los tres la miraron como alegrándose de verla.

–¡Has vuelto! –exclamó Luna, echándose a sus brazos.

Abi no levantó los suyos para devolverle el abrazo, que le resultó demasiado largo; algo más corto fue el de Sol después. Charlie solamente le sonrió; no dijo nada ni se acercó a ella.

–¿Podemos hablar? –le preguntó con expresión seria.

–Claro –respondió él, ante la mirada sorprendida de las chicas, que no comprendían por qué Abi hacía como si no existieran.

Junto a la hoguera, Abi se colocó en un extremo y Charlie en el otro. Se miraron, y durante unos instantes ninguno dijo nada.

–¿Te has acostado con Sol? ¿O con Luna? –preguntó al fin Abi, dispuesta a conocer la verdad.

Charlie bajó la mirada al suelo, sin saber cómo responder a aquella pregunta tan directa. En su gesto avergonzado, Abi adivinó la verdad.

–¿Con las dos? ¡Habéis hecho un trío! –afirmó, más que preguntar, ante el silencio de él–. ¡Por Dios, Charlie, eran mis amigas!

–¿Eran? ¿Es que ya no lo son?

–¿Y cómo quieres que lo sean?

–¿Y por qué no? El amor es libre, ¿recuerdas? ¡Tú me lo dijiste antes de revolcarte en el fango con tu amigo Mike!

–Así que me viste... –Abi abrió mucho los ojos al entenderlo.

–¡Te vi, y me sentí muy mal! Se os veía muy a gusto a los dos. Regresé aquí hecho polvo, pero Luna y Sol no me dejaron solo.

–De eso estoy segura.

–¿Qué derecho tienes a enfadarte? Tú me soltaste aquel discurso sobre las ataduras y los celos. Yo sólo te hice caso.

–¡Ya lo veo!

–Pero tenías razón, Abi. ¿Por qué atarnos a nadie? ¿Por sexo? El sexo se puede disfrutar sin tener que enamorarse, sin sentir dolor, sin tener que sufrir por esa persona que, seguramente, más tarde o más temprano te hará daño.

–¿Es eso lo que piensas de mí?

–¡Claro! ¿Qué otra opción me has dado? He intentado ser como tú, como querías tú. He intentado seguir nuestras ideas sobre el amor. Somos libres, nada de ataduras, ni siquiera aunque te haya convertido en mi esposa. Tú me recordaste que no era legal, que sólo había sido una ceremonia para celebrar nuestro amor. –Tenía los ojos empañados de lágrimas–. ¿Qué amor, Abi?

Fue como si una losa cayese sobre su cabeza. Lo vio frente a ella, tan lejano, que supo que ya nunca sería suyo ni formaría parte de su vida. Recordó la boda en la playa, sus manos entrelazadas con el símbolo de la paz, y entonces se dio cuenta. Algo se había roto entre ellos, algo que ya no podían reparar.

–Tienes razón, no tengo ningún derecho de reclamarte nada. Ni aunque te hayas acostado con las que creía mis amigas.

–¡Aún lo son! ¡Ellas te quieren, Abi! Y yo también –se sinceró.

–Lo sé –respondió, consciente de que sólo ella era culpable de todo aquello. Y ahora ni siquiera recordaba por qué lo había hecho.

–¿Y tú? No me digas que no te has acostado con Mike...

–Sí, nos hemos acostado. Supongo que ya no hay nada más que hablar.

–No te entiendo... ¿No era esto lo que querías? Podemos volver a lo de antes, no ha pasado nada, simplemente hemos hecho uso de nuestra libertad. Tenías razón, así es como somos. No somos como nuestros padres. Somos libres para amar.

–Supongo que sí –Abi bajó la cabeza. Ya no se comprendía ni a sí misma. Todo había quedado atrás, como si hubiese sucedido en otra vida–. No voy a volver con vosotros a España –soltó entonces.

Charlie lo sintió como un disparo al corazón.

–¿Cómo? ¿Por qué? –preguntó, acercándose a ella, intentando tocarla para hacerla reaccionar.

–Lo siento. No voy a volver –repitió, dejándose agarrar las manos por él.

–¿Por qué dices eso? ¿Qué es lo que te pasa, Abi? ¡No ha pasado nada! ¡Sólo lo que tú querías!

–¡Deja de decir eso, por favor! –gritó, y soltó sus manos.

Charlie estaba paralizado, completamente confundido. Ya no sabía cómo actuar ni qué decir. Sólo era consciente de una cosa: de que la amaba. A pesar de saber que se había acostado con Mike, a pesar de haber pasado una noche de sexo con Luna y Sol, esa noche no había significado nada ni había sido para nada, salvo para demostrarse a sí mismo y a Abi que creían en el amor libre.

–No puedo volver. –Una lágrima corría por su mejilla–. No quiero la misma vida que antes, ya no soy la misma. Quiero ver mundo, quiero vivir. En Ibiza todo empieza a ser igual, los días son iguales, las caras, las voces... todo. No puedo más, Charlie, lo siento. Creía que este viaje me ayudaría a sentirme un poco menos agobiada, pero la verdad es que ya estaba así antes de venir. En Londres me di cuenta. No quiero vivir más en Ibiza ni contigo ni con ellos. Quiero otra vida.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a quedar aquí? Me quedaría contigo si me lo pidieras –añadió, desesperado.

–No te lo voy a pedir, lo siento. No quiero que te quedes conmigo. Ya te he dicho que no quiero la misma vida que antes, y tú eres esa vida.

–¿Te quedas con él?

–Por ahora, sí, pero no pienses que es porque me he enamorado de él. No es así. Tampoco quiero que pienses que no te quiero. ¡Te quiero! Pero no de esa forma... Ya no.

–¿Qué es lo que quieres, Abi? –supo que aquélla podía ser casi la última pregunta.

–No lo sé, Charlie –respondió mirándolo a los ojos.

Entonces se acercó a él y le dio un abrazo largo y tierno, saboreándolo, pues era el final. Luego Abi fue a despedirse de los demás.

–Siento si te ha dolido –le susurró Luna al oído–. No era lo que pretendíamos. Sabes que somos libres...

–Lo sé. No te preocupes. Me marcho. Ahora ya no importa –respondió, devolviéndole el abrazo.

Después, se acercó a Sol y la abrazó también. Hizo lo mismo con el inglés, la alemana y con el resto. Cuando se dio la vuelta para marcharse, Hendrix tocaba el himno de los Estados Unidos. Aquellas notas rasgadas que tanto dolian eran un lamento, una queja, una reacción al dolor que la guerra estaba causando en su país, pero Abi lo sintió como el llanto de toda una multitud que quería lo mismo que ella: vivir.

Ya se iba, pero algo la impulsó a mirar atrás. Charlie la observaba desde lejos; levantó los dedos índice y corazón. Ella no le respondió. Como perdida, se dio la vuelta y continuó adelante.

En su mente rodaba lo que significaba aquel gesto: paz y amor. Eso era lo que querían todos los que estaban allí, por eso se había producido aquel silencio colosal mientras el músico desgarraba las cuerdas de su Fender 16 blanca. Acababa de crearse una leyenda.

16. La cresta de la ola

Bells Beach, Melbourne, noviembre de 1975

Nunca estuvo tan enamorada de Mike como de Charlie, pero la atracción física que existía entre los dos era tan fuerte como para eclipsar el amor que faltaba. Hacía tiempo que lo sabía: el querer del principio, ni muy fuerte ni muy profundo, pero sí muy apasionado, se estaba acabando. Nunca le había importado no amarlo demasiado, sino sólo lo suficiente para que su vida con él hubiera resultado un viaje maravilloso. Mike era de esas personas que animaban a otras a hacer cosas que nunca habrían hecho solas. Y Abi se había dejado llevar durante mucho tiempo por él, porque era un tipo divertido, abierto y audaz. Y él la había empujado a aprender surf y a volar.

En Melbourne, había sido fácil conseguir la licencia de piloto. Nadie parecía extrañarse de que una mujer quisiera pilotar e hiciera horas llevando a algún viajero que necesitaba cubrir una larga distancia con rapidez. Había manejado incluso una avioneta para fumigar un campo, y también otra de primeros auxilios; se le daba bien, y sobre todo había descubierto que aquello era su vocación, quizá porque lo llevaba en los genes o quizá porque su pasión por vivir era lo que más valoraba. Porque, cuando volaba, era cuando más libre se sentía.

Aquella remota e idílica idea de libertad adquirida durante su juventud, en una época en la creían que realmente podrían cambiar las cosas, se había visto mermada por la vida misma. El paso del tiempo había hecho mella en todo y en todos. Ya nadie quería vivir el amor libre, tampoco nadie seguía tan enfadado con la sociedad como para pretender vivir del aire.

Tanto Mike como ella vivían de su trabajo como pilotos, aunque él

nunca había vuelto a la aviación militar. Melbourne era un paraíso para los surfistas, y habían viajado por la costa, parando en distintas playas, y lo habían disfrutado como si nunca hubiera existido un ayer ni fuera a existir un mañana. Sin pensar en nada más que en esperar la gran ola y atravesar desiertos con su avioneta, comprada con mucho esfuerzo, habían conseguido salir adelante, y quizá todo habría seguido siendo maravilloso de no haber sido porque nunca supo librarse del todo del alcohol y las drogas.

Habían vivido en tiendas de campaña, en casas de madera de una sola habitación y con un único aseo exterior, hasta que compraron una vieja caravana, con la que moverse se hizo más sencillo, pero en la que apenas tenían espacio para asearse, vestirse o hacerse un café para desayunar. Allí, donde solamente dormían o hacían el amor, habían coexistido durante más de un año, sobre la arena, junto a otras caravanas en las que vivían otros locos que sólo pensaban en estar en la cresta de la ola mientras pudieran.

Pero no había sido el reducido espacio ni su vida siempre nómada, sin saber cuál sería la siguiente playa ni qué nuevo cielo surcarían, lo que lo trastocó todo.

Abi empezó a cansarse de verlo llegar cada anochecer dando tumbos para acostarse a su lado bocabajo, sin darse cuenta de si ella estaba a su lado, de que desapareciera durante dos o tres noches para volver con los ojos enrojecidos y el rostro demacrado. Llegó un momento en el que dejó de intentar controlar sus ausencias. Se había cansado de preguntarle si sólo había sido el alcohol su compañero o había algo o alguien más. Y sobre todo se había hartado de aguantar que él la tratara como si fuera un juguete, usándola para sus deseos y contestándole a gritos cuando a ella le preguntaba qué había hecho la noche anterior.

Habían pasado de vivir el amor libre a coartarse la libertad mutuamente de tal forma que ya no era posible recuperarla. Abi fue consciente por primera vez de ello la última noche que había llegado borracho, cuando, ante sus reproches, esos que se había jurado a sí misma multitud de veces no volver a hacer, él le dio un puñetazo. No fue muy fuerte, pero le dejó en el rostro un pequeño morado durante unos días. Un cardenal que, cada vez que se miraba al espejo, le recordaba que había equivocado su vida completamente.

Nunca se lo perdonó. No consiguió hacerlo. Y, aunque no se volvió a repetir y Mike le pidió perdón mil veces, supo que él nunca cambiaría; estaba demasiado enganchado como para ver la luz al final del túnel. Y ella, que también había caído presa del alcohol en muchas ocasiones y había jugueteado con las drogas, no había sabido soltar a

tiempo la cuerda. Como si él hubiese sido aquella tabla de salvación a la que aferrarse para no reconocer que se había equivocado.

Se había pasado la vida huyendo: de sus padres, de su ciudad, de su país, de la comuna, de Charlie... y de todo lo que le había parecido que podría ser un impedimento para ser ella misma. Y ahora estaba allí, mirándose al pequeño espejo cuadrado sobre el lavabo, viendo reflejada una imagen que le resultaba irreconocible, con una mejilla un poco hinchada, mientras se maquillaba y trataba de no pensar en el horrible momento. Pero no iba a ser fácil, porque algo siempre le recordaría que Mike había cruzado la línea de lo que ella consideraba irreparable.

No podría ocultarlo durante mucho más tiempo. Su vientre crecía con rapidez y había empezado a sentir náuseas matutinas. Eso le había impedido volar un par de veces y, si dejaba de pilotar, si confiaba en que Mike se encargara de llevar dinero a casa, estaba perdida.

Ahora no estaba sola. No aguantaría sus gritos y menos un próximo golpe, porque debía preocuparse de alguien más. Lo estuvo meditando durante tres días. Lo había decidido repentinamente mientras miraba por la ventana y veía cómo los últimos surfistas de la temporada se subían a la ola. Mike ya ni siquiera era uno de ellos; en lugar de esperar la gran ola, roncaba sobre la litera hasta el mediodía.

Abi salió al exterior buscando un poco de aire. El aroma a sal y a arena la acogieron mansamente. Le ocurría siempre que salía del agujero, que olía a la humanidad de Mike, pues ya apenas se duchaba, y a cerrado; a un corazón cerrado, el suyo.

Le dolía el pecho de tanto peso como llevaba guardado dentro de sí: las discusiones, las miradas de odio, los reproches, la decepción. Les había durado muy poco la alegría y los buenos momentos. Seis años le parecían muy poco. Y en todo ese tiempo él había sido casi toda su vida. Había conocido a muchas personas al otro lado del mundo, pero él había sido su centro y ahora ya no sabía en dónde fijar su mirada.

Se sentía perdida, sin casa, sin familia y sin amor y, sin embargo, ya no estaba sola. Ya nunca más lo estaría.

–Cuídese mucho –le había recomendado el médico–. Quizá no sea bueno que vuele los primeros meses, podría usted marearse y tener un accidente.

No había conseguido olvidar la recomendación, aunque le costó mucho tener que cancelar los viajes ya programados. En años anteriores, Mike se habría encargado de todo, pero ahora no podía confiar en él. Podía ocurrir algo peor que las cancelaciones; podía pilotar estando borracho o drogado y acabar con su vida y con la de

los clientes. Y, además, podía destrozar la avioneta en algún inhóspito lugar, y entonces ni siquiera obtendría el dinero que pensaba sacar vendiéndola.

Se odió por pensar eso, pero enseguida se perdonó a sí misma, al fin y al cabo sólo pensaba en cómo sobrevivir. La vida nueva que crecía dentro de ella se había convertido en su prioridad. A sus treinta y cinco años, iba a ser madre. Nunca había tenido demasiado cuidado, ni con Charlie ni con Mike, pues siempre había creído que, si debía haber un hijo en su vida, así sería. Pero, al ver que los años pasaban, Abi había dado por hecho que ya no sucedería. Era joven y aún tenía mucho tiempo, pero tampoco era algo que le preocupara en gran manera.

Pero nunca olvidó a aquella chica solitaria y embarazada en el festival de Woodstock. Ahora se acariciaba el vientre, sabiendo que en él llevaba una bendición, la más hermosa de todas; tal vez hubiese preferido que pasara en un momento más feliz, pero si llegaba ahora era porque la vida quería darle una razón para vivir. Sentir esa nueva vida en su interior había cambiado todos sus pensamientos, alejando la tristeza, la depresión y la frustración para dar paso a un único pensamiento: escapar.

Pisó la arena sintiendo el frescor en sus pies. Apenas había amanecido, y el mar era como una maravillosa balsa plateada y quieta. Parecía increíble que fuese el mismo mar que en ocasiones se trasformaba en un monstruo con olas de diez metros. Bajo un sol que aún no molestaba demasiado, caminó hasta el agua y dejó que una pequeña ola mojara sus pies. Era una despedida; se despedía de un lugar en el que podía haber habido muchas oportunidades para ella, pero la vida no se las había permitido.

No lloró. No tenía tiempo ni ganas, ya había dejado caer todas las lágrimas cuando tomó su decisión, y también antes, cuando pensaba que en algún momento tendría que dejar a Mike, pero ni sabía cómo ni cuándo, porque se sentía tan frustrada, tan sola y a la vez dependía tanto de él que no podía imaginar marcharse de su lado. Pero ahora veía las cosas mucho más claras.

Volvió hacia la caravana despacio, mirando constantemente hacia atrás para despedirse de la playa. Cuando entró, Mike continuaba durmiendo. Se quitó el camisón y se puso el mono. Él no se sorprendería si se despertaba, pensaría que iba a la avioneta; y, si por casualidad se asomara por la ventana, tampoco se sorprendería al escuchar el ruido del motor y verla despegar.

Esa mañana arrancó la avioneta como tantos otros días, pero esta vez llevaba en ella una pequeña mochila con ropa y todo el dinero que

había conseguido reunir. Esa mañana no recogería a ningún cliente, porque todos los viajes estaban cancelados. Esa mañana aterrizaría en un hangar de la ciudad, donde había llamado por teléfono previamente para ofrecerles la venta de la avioneta. Allí comprobarían el estado del aparato y se lo comprarían, por poco dinero, pero el suficiente para comenzar de nuevo lejos de allí.

Mike tardaría muchas horas, quizás incluso días, en darse cuenta de que no había vuelto. En algún momento despertaría a la realidad y vería la nota que le había dejado en el espejo del baño. Le decía cuánto había llorado por él, por sus gritos, por aquel golpe que había sido el primero y el último, y sobre todo que se alegraba de saber que no le pertenecía, ni a él ni a ningún hombre. También le decía que, en realidad, nunca lo había amado, pero que había sido feliz con él un tiempo porque era un hombre maravilloso, o lo había sido, antes de que las drogas y el alcohol se convirtiesen sus mejores amigos. Le pedía también que no la siguiera, que no la buscara, pues, aunque la encontrara, nunca volvería con él. Y le recordaba que aún estaba a tiempo de salir del pozo, si quería, pero que tendría que hacerlo solo, igual que ella se marchaba sola también para empezar de nuevo.

No había añadido despedida alguna, porque sólo pretendía decirle adiós al hombre con el que había compartido los últimos años de su vida. Y ahora él apenas sí era un hombre ya, ni siquiera una persona, sino más bien una víctima de las circunstancias que habían vivido de jóvenes, las guerras, los duelos, los espíritus libres y los sueños de cambiar el mundo.

Sentada al fin en el avión que la llevaba de vuelta a España, pensaba que todo había pasado muy deprisa. Aún se sentía como una jovencita a punto de empezar a vivir y, sin embargo, seguía sin tener la sensación de mover ella los hilos de su destino. ¿Cuándo conseguiría ser ella misma por fin? Se lamentaba de los últimos años y también de los primeros, desde que aquella carta que cambió su vida para siempre. De no haberla recibido, hubiera copiado el estilo de vida de sus padres. En todo caso, ya no había lugar para lamentaciones. Con Mike nada había empezado bien, y no podía terminar de otra forma; debía haberse dado cuenta cuando amaneció sola en la tienda india tras aquel mal viaje en el que creyó morir. Nunca había sabido decir que no, ahora era consciente de ello. Y tenía futuro por delante.

Confiaba aún en el destino. Lo había retrasado todo demasiado tiempo, pero esperaba tener un buen reencuentro con sus padres. Ojalá no fuera demasiado tarde.

* * *

Madrid, noviembre de 1975

La policía parecía haber tomado las calles, sobre todo en el centro, que estaba cortado. Le pareció una ciudad distinta, nada que ver con lo que recordaba, con sus calles tranquilas que a veces parecían fotografías en lugar de realidades. Ahora grupos de gente se agolpaban para enterarse de algo que, al parecer, nadie sabía con certeza pero que todos intuían.

–Discúlpeme, señorita –el taxista la sacó de su ensimismamiento–, pero es que seguimos sin saber nada y así llevamos casi veinticuatro horas. Si me permite, subo el volumen de la radio. Casi todas las calles están cortadas, fíjese el lío que hay por la calle con tantos grises entorpeciendo el tráfico. ¡Y no son ni las diez todavía! Nunca hay tanto tráfico a estas horas de la mañana.

–Pero... ¿qué está pasando? –preguntó sorprendida y un tanto asustada.

–¡Franco, señorita, está a punto de morir, y no sabemos si ha muerto ya o qué pasa!

No supo qué contestar. Ya no se sentía de allí y, aunque sospechaba que aquello podía cambiarlo todo, tampoco conocía demasiado bien la situación como para alegrarse de que España se convirtiera al fin en un país libre, según decían.

El taxista continuó hablando, al principio con un poco de cautela, pero pronto se dio cuenta de que ella no decía nada y se mantenía tranquila.

–Demasiado tiempo para que nos tengan sin saber nada. ¡Queremos saber qué está pasando! ¡Tenemos derecho a saberlo!

Abi no podía ni imaginar lo que aquello podía significar, porque ni siquiera sabía si los que quedarían vivos se ocuparían de no permitir que nada cambiase o, por el contrario, todo daría una vuelta de ciento ochenta grados y lo que ahora había sido el día a día de los españoles quedaría atrás como un recuerdo.

Al fin, el taxista encontró un atajo por donde escabullirse y, tras dejar atrás los atascos, aceleró la marcha, asegurándole que por ahí llegarían más rápido. Tampoco es que Abi quisiera llegar enseguida, pues no sabía cómo iba a ser recibida después de tanto tiempo. Apenas si había habido unas cuantas conversaciones telefónicas, con su madre casi todas, pues su padre o no solía estar o no quería ponerse. Le asustaba verlos, se le ponía la piel de gallina al pensar en el primer momento en que se cruzaran sus miradas, cuando sus brazos clamarían por abrazarlos sin saber si ellos sentirían lo mismo. Hacía

mucho tiempo que los había perdonado. Día a día, mes a mes y año a año, había ido comprendiendo su forma de actuar. Siempre pensaron que estaban haciendo lo mejor. Desde su punto de vista, tal vez podían haberse preguntado un poco más lo que podría haber querido ella, pero, al ser menor, ellos se habían ocupado de decidir. Incluso había empezado a entender a su padre, que era quien había actuado de peor manera cuando aún era joven y Abi era tan sólo un bebé, porque no se había preocupado más que de sí mismo, de tapar lo que él creía que debía ocultar para siempre. Como hombre recto y anticuado, no debía haber lugar para malas interpretaciones, habladurías de ninguna clase ni posteriores juicios que, cuando Abi fuera mayor, pudiera lamentar. Pese a su posible rabia y deseos de venganza, pues al fin y al cabo había sido herido por una mujer, protegerla, a toda costa y por encima de cualquiera, había sido su única intención.

El taxi paró en la puerta sin que Abi se hubiese dado cuenta de cómo habían llegado hasta allí. La casa no había cambiado, seguía siendo el mismo chalé de Puerta de Hierro, una de las zonas más caras de Madrid.

–¡Vaya caserón! –exclamó el hombre al parar el contador–. ¿Vive usted aquí, señorita?

–No, no vivo aquí –respondió, sin querer dar mucha información–. Yo no vivo en España.

–¡Ya decía yo que le notaba un acento raro!

–Sí, vivo en Australia –dijo, aunque eso ya no era cierto.

–¿Australia? ¡Eso sí que está lejos! Al otro lado del mundo, ¿no? –El taxista cogió el dinero y buscó la vuelta–. La verdad es que no sería capaz de situarlo en el mapa, ¿qué quiere que le diga? Pero sé que está muy lejos.

–Sí, está muy lejos –acertó a responder.

–Le bajaré la maleta –dijo, poniéndose la gorra.

El hombre salió del coche. Primero abrió la puerta de ella y después el maletero, y, llevando la pequeña mochila que no le había permitido cargar desde que la había recogido en el aeropuerto, se acercó a la puerta y llamó al timbre.

–¿La esperan? –preguntó, intentando quizás imaginarse cómo sería vivir en un chalé como aquél.

–La verdad es que no –respondió ella con un nudo en el estómago.

El hombre debió ver su expresión de angustia controlada y le sonrió, como si el poco tiempo que habían cruzado en sus vidas le hubiera servido para conocerla.

–No se preocupe, todo irá bien –le dijo–. Ya lo verá.

–Así lo espero. –Abi le devolvió la sonrisa.

Detrás de la puerta se escuchó entonces una voz desconocida. Seguramente habían cambiado el servicio. Dio su nombre, el largo, Abigail.

–Tiene usted un nombre precioso –dijo el taxista–, aunque no sería capaz de repetirlo –se rio.

Tras unos minutos que parecieron eternos, la puerta se abrió. Una mujer vestida de doncella se acercaba a la cancela. Al verla, el hombre se despidió y, volviendo al taxi, se marchó, dejándola sola.

La mujer la invitó a pasar, y Abi cruzó los escasos metros del jardín delantero sintiendo que las piernas le temblaban dentro de sus vaqueros y sus botas de piel, y que su corazón latía desbocado bajo la camisa de franela y la pelliza en color beige. Se arregló el pelo con la mano, nerviosa. La doncella había dejado la puerta de la casa abierta. Abi entró la primera, con su mochila de piel al hombro y el miedo en sus ojos. Desde el recibidor, pudo ver que sus padres estaban de pie en el salón, mirando al televisor, que escuchaban con el volumen muy alto.

La doncella cerró la puerta tras ella. Entonces Abi vio que su madre apartaba los ojos de la pantalla para mirar hacia la puerta. Se llevó la mano a la boca, pero su rostro no pudo evitar mostrar una expresión de felicidad. Su padre tardó unos segundos más en darse cuenta de que estaba allí. Sólo cuando escuchó a su mujer decir su nombre, se dio la vuelta. Ellas ya se habían envuelto en un fuerte abrazo.

Entre las risas y las lágrimas de ambas, algunas frases de perdón brotaron de los labios de Abi, pero su madre la cortó rápidamente, repitiéndolas ella también. Pero pronto calló. Ya no importaba quién de las dos era culpable, sólo quería disfrutar de la alegría de tenerla de nuevo en casa.

Así pasaron unos minutos, durante los cuales el padre permaneció en silencio, de pie, pero cuando ellas callaron y se soltaron, abrió ligeramente los brazos, y fue Abi quien corrió hacia él. Cerró sus ojos, feliz de sentirlo tan cerca otra vez, de aspirar el aroma de su colonia, sabiendo que volvía a querer protegerla como había hecho siempre. Atrás quedaba la decepción, la rabia y el odio que había sentido por él.

Su padre la abrazó largamente y le dio un tierno beso en la cabeza, aspirando el aroma de su cabello limpio y liso. Justo entonces, la voz que salía del televisor anunció el fin de algo y el principio de otra cosa. El mundo que conocían, su mundo, su burbuja, terminaba para dar paso a lo desconocido.

«Españoles, Franco ha muerto».

17. Una decisión difícil

La cara de su madre pasó rápidamente de una expresión de susto a una sonrisa de satisfacción. Su padre tardó algo más en reaccionar. Se sentó en el sofá en silencio, tratando de asimilar, de querer entender, abierto al diálogo como estaba desde que su hija había vuelto, pero no hacía falta decir lo mucho que le costaba todo aquello.

Abi había estado preocupada por cómo reaccionarían. Si se ponían a la defensiva o pretendían hacerla sentirse culpable, le sería fácil sacar a colación la carta. En realidad, pensaba, no estaba en condiciones de reprobar su embarazo.

Pero su madre corrió hacia ella al instante para darle otro abrazo al escuchar la noticia. Abi la vio realmente feliz ante la idea de tener un nieto. Miró a su padre, que seguía callado, pero, cuando éste levantó la cara por fin, se acercó a ella para darle un beso en la mejilla. Parecía algo menos entusiasmado, pero también contento. Abi sonrió. Habían dado por hecho que tendría a su bebé. Sin recriminaciones.

–¿Y el padre? –preguntó el hombre al rato, sin poder evitar sacar su vena más paternal.

–El padre no sabe que estoy embarazada, y no quiero que lo sepa.

–Pero, hija, ¿por qué? –preguntó su madre con la ingenuidad que la caracterizaba, sentándose a su lado.

–No está bien, mamá. Se puede decir que es un enfermo, el alcohol, las drogas... –no quiso dar más detalles.

–Lo siento mucho, Abi. Ya sabíamos que esa gente no era buena, pero tú estabas...

–Mamá, no vayas por ahí, por favor –suspiró–. Fue otra gente, no la que papá conoció en Ibiza. El padre se llama Mike y es piloto norteamericano. Es una larga historia, pero tenemos mucho tiempo para hablar.

–Claro, cariño. Ya nos lo contarás todo. No te preocupes.

–Ahora deberíamos hablar por fin de la carta. –Abi disparó de

frente y sin contemplaciones.

El rostro de su padre se oscureció.

–¿Por qué me lo ocultasteis durante tanto tiempo?

–No queríamos que sufrieras. ¡Sólo intentaba protegerte! ¡Eres mi hija!

–Es cierto, Abi –intervino su madre–, te queremos tanto que no podíamos soportar la idea de que te doliera saberlo.

–Sé que me queréis. Nunca he dudado de ello. Pero no podíais ocultarme algo así toda la vida. ¡Es imposible! Ya lo habéis visto. En algún momento, la verdad iba a salir a la luz.

–Lo sabíamos, pero nuestro deseo de protección fue más allá de la razón y de la cordura... –«Mamá se explica muy bien cuando quiere», pensó Abi.

–¿Y ahora? –les preguntó, fija su mirada en ellos, esperando una indicación de lo que debía hacer.

–Abigail –al oír su nombre completo supo que su padre iba a decir algo que no iba a gustarle–, tienes que afrontarlo. Eres tú quien tiene que decidir ahora. Nosotros ya poco podemos hacer. Es cosa tuya.

–Es muy fácil decir eso.

–No lo es. Es tremendamente difícil, para mí y para tu madre, decirte esto, pero es la verdad. Hemos tenido diez años para pensar en ello, en todos nuestros errores, en por qué hicimos las cosas tan mal, en por qué no te lo dijimos antes... Y nos hemos dado cuenta de que eres una persona adulta, y así debíamos haberlo entendido cuando te marchaste de nuestro lado. Eres tú quien debe tomar la decisión y elegir lo que quieres hacer.

–Es cierto, hija. Nosotros ya hemos metido bastante la pata. Ahora que sabes la verdad, sólo queda que des el paso, el que sea. Lo que decidas estará bien, nosotros siempre te apoyaremos.

Abi casi no se podía creer tanta comprensión. Tal vez los años que había pasado lejos de ellos habían servido para algo.

–Tengo que pensarlo muy bien. No es nada fácil –sonrió–. Además, hay algo que me preocupa más. –Se acarició el vientre sin dejar de sonreír–. Este bebé es mi prioridad en este momento.

–Por supuesto. Ya habrá tiempo después para tomar decisiones. Ahora tienes que estar tranquila y contenta, sin pensar en nada más.

–Creo que sí. Es lo que necesito.

–¿Por qué no te vas de vacaciones un tiempo? Sola, quiero decir. Sería bueno alejarte de todo para poder pensar tranquilamente. –Su madre a veces también podía tener muy buenas ideas.

–Me gustaría. Sería bueno estar un tiempo sola, ahora que estoy sólo en el principio del embarazo. Después seguramente sea más

difícil.

–Claro, hazlo entonces.

–Pero no tengo dinero, mamá. Vendí la avioneta y me gasté todo el dinero en el viaje.

–Siempre has tenido dinero, cariño, ya lo sabes. Tu asignación es de por vida. Por eso no tienes que preocuparte.

–¿Avioneta? ¿Tenías una avioneta? –Su padre regresó a la conversación con interés.

–Sí, papá. Era una vieja fumigadora reconvertida en avioneta de paseo. En Australia, las distancias son tan grandes que se utilizan mucho.

–¿La llevaba ese Mike? –preguntó, casi dándolo por hecho.

–Sí. Y yo también –respondió con una sonrisa. Esperaba que le gustase saberlo.

–¿Tú? –preguntó sorprendido, esperando una explicación.

–Sí, papá. Aprendí a volar en Australia. De pequeña siempre quise ser como tú, ¿recuerdas?

–Recuerdo que decías que querías ser piloto –sonrió el hombre, entre asombrado y contento–, pero nunca creí que fuera en serio.

–Yo tampoco lo creía, pero supongo que lo llevo en los genes. Aunque supongo que aquí seguirá siendo impensable que una mujer sea piloto.

–Todo es posible, hija. En el sesenta y nueve, una mujer consiguió que se cambiara el reglamento y obtuvo el título de piloto comercial. Además, parte del curso lo estudió en Cuatro Vientos. Podemos preguntar en la Escuela... –Aunque algo sobrepasado por todo aquello, el padre no podía dejar de sonreír. Ciertamente, su hija llevaba lo de pilotar en la sangre–. De todos modos, si quieres recuperar tu puesto, yo podría...

–No, papá. Nunca quise ese trabajo. Creía que ya te lo había dejado claro.

–Lo hiciste –respondió poniéndose serio de repente.

Podía entender que las mujeres pilotasen aviones, pero quería una posición segura y tranquila para su hija, más aún ahora que iba a ser madre. Estar sentada delante de una mesa, con la seguridad de un sueldo mensual en el bolsillo, era lo mejor que se le ocurría para ella.

–Creo que no deberíamos extrañarnos de que tú también seas piloto, ¿no crees? –los interrumpió la madre, mirándolos a los dos con una sonrisa.

–Creo que no –sonrió–. Pero ahora no quiero pensar en mi futuro, no tan pronto, aunque creo que quiero intentar seguir por ahí.

–Tampoco tienes mucho tiempo –dijo su padre–. También podrías

pensar en hacerte azafata.

–¿Azafata? Sé pilotar, papá. Me gusta llevar aviones, como a ti.

–Lo sé, pero no será fácil.

–Al menos lo intentaré. En otros países no es tan difícil.

–Pero queremos que te quedes en España –acertó a decir su madre.

–Yo también quiero quedarme, mamá. Pero, si aquí no puedo ser piloto...

–Intentaré enterarme de qué se puede hacer –la cortó su padre. Removería cielo y tierra para encontrar una solución.

Volvía a comportarse como el típico padre agobiado por el futuro de los suyos, sin darse cuenta de que su hija había aprendido a vivir de otra forma y ya casi nada podía asustarla, salvo, quizá, saber que debía tomar una decisión.

–Ya has oído a mamá. Primero me tomaré unas vacaciones. Estoy un poco cansada físicamente, y necesito tiempo.

El hombre guardó silencio y bajó la cabeza, como muestra de que no lo entendía pero lo aceptaba. Ahora que su hija había vuelto, no quería reprocharle las muchas cosas que le pasaban por la cabeza. No iba a ser él quien se mostrase desagradecido, dándole la oportunidad de escupirle a la cara que no se había comportado como debía, que no había sido un hombre íntegro, sino un mentiroso y un egoísta. Si ella había decidido perdonarlo y seguir queriéndolo, él estaría feliz. Acataría las decisiones de Abi. No podía permitir que su hija volviera a alejarse de él.

–Genial, podemos planear tu viaje cuando quieras. ¿Cuánto tiempo? ¿Quince días? ¿Un mes? –preguntó su madre de nuevo, contenta y agradecida–. Me han dicho que Marbella es un buen sitio. Algunos de nuestros amigos han comprado un chalé allí. Nosotros estuvimos pensándolo también un tiempo, ¿verdad, cariño?

–Seguro que Marbella es precioso. Podemos ir juntos cuando regrese, seguro que también nos vendrían bien unas vacaciones juntos.

–¡Sí, es una buenísima idea, cariño! –exclamó la mujer. Y también su padre estaba de acuerdo, a juzgar por su sonrisa.

–Pero ahora quiero un sitio tranquilo para estar sola unos días y poder tomar una decisión.

–Claro... Veamos... –Su madre le cogió la mano–. Ese pequeño necesita un poco de tranquilidad, y tú también. Entonces, ¿dónde te gustaría ir ahora?

–A Ibiza –respondió Abi con el corazón en un puño y la sensación de unas mariposas revoloteando en su estómago.

* * *

Se encontró con un puerto totalmente cambiado; la isla entera parecía distinta. Había casas nuevas alrededor del pueblo antiguo y muchas tiendas diferentes en sus calles. Paseó durante un buen rato, perdiéndose en ellas, entrando en algunas, preguntando para conocer los cambios durante el tiempo que ella había pasado tan lejos.

Se interesó por la antigua comuna, y una mujer que vendía vestidos blancos, de telas muy agradables, que resultaban casi etéreos, le comentó que hacía tiempo que había desaparecido.

–¿Entonces ya no hay *hippies* en Ibiza? –Abi trató de sacar la mayor información posible a aquella mujer tan agradable con acento alemán.

–Sí, aún hay *hippies* . Han venido muchos nuevos de otras partes del mundo, pero la antigua comuna que estaba en una casa de campo ya no existe.

–¿Usted los conocía?

–¿A quiénes?

–A los *hippies* de la comuna.

–No, yo llegué hace dos años. No llegué a conocerlos, pero eran muy famosos por aquí, y la gente cuenta algunas historias.

–¿Qué historias? –dijo, cogiendo uno de los vestidos para probárselo y evitar así que la mujer pensara que era una loca que sólo quería charlar.

–Historias sobre los *hippies* de entonces –continuó la mujer al tiempo que retiraba la cortina del estrecho probador. Colgó el vestido en la percha, dejó pasar a Abi y volvió a echar la cortina–. Cosas que cuenta la gente mayor de por aquí.

–¿Y qué es lo que cuentan? –Abi, que ya se estaba desnudando, alzó un poco la voz para que la mujer la oyera.

–Que la mayoría se fueron poco a poco hasta que casi no quedó ninguno, y el propietario, que creo que era uno de ellos, vendió la casa.

–¿La vendió?

–Sí, creo que era del pueblo y tenía otra casa o una tienda, no estoy muy segura.

–Creo que me lo llevaré puesto. –Abi salió del probador con su ropa en un brazo–. Como tiene manga larga y doble tela en la falda, está bien para ahora por las mañanas.

Lo cierto es que se había visto guapísima con el vestido y no tendría mucho tiempo para lucir algo tan bonito que tuviera una cintura tan estrecha. Pronto su vientre se abultaría.

La vendedora sonrió y metió la ropa de Abi en una bolsa. Le cobró el vestido y la acompañó hasta la puerta. Había sido su única cliente; en el mes de noviembre no solía haber demasiado turismo en la isla.

–No sabrá algo más del dueño de la comuna, ¿verdad? Si sigue viviendo aquí o se marchó...

–La verdad es que no, lo siento. –La mujer la miró como si empezara a resultarle pesada. Demasiadas preguntas.

–Gracias, de todos modos. Adiós –se sintió una estúpida. No podía presentarse en casa de Charlie como si no hubiesen pasado seis años. Se rio de sí misma por ser tan ilusa. El tiempo había pasado para todos, demasiado tiempo. Charlie no iba a estar esperándola. Además, no habían acabado nada bien. Lo más seguro es que no quisiera saber absolutamente nada de ella. Menos aún cuando supiera que estaba embarazada... y que el padre era Mike.

Poco a poco fue acostumbrándose a pasar desapercibida, como una turista más, aunque no había muchos, e intentó disfrutar de su soledad. Los primeros días evitaba pensar en lo que la había llevado hasta allí, tomar la decisión más difícil de su vida, pero llegó un momento en que empezó a sentirse agobiada. Los quince días se acababan, y no quería regresar a Madrid sin saber qué hacer. Era algo muy importante que no podía decidir a la ligera. Si aceptaba ver a la persona que le había escrito aquella carta, su vida cambiaría de nuevo. No le asustaba eso; es más, siempre lo había deseado, pero justamente ahora sólo buscaba tranquilidad.

Se acarició el vientre una vez más. Estaba sentada en un banco de hierro negro que habían colocado frente a la playa. La misma playa en la que todo había comenzado. Echando la vista atrás, era como si hubiese regresado de otro planeta, de un mundo en el que hasta el paso del tiempo parecía mucho más rápido. En Ibiza las cosas siempre le parecieron mucho más calmadas.

Le habría gustado verlo antes de irse. Aún sentía las mariposas al pensar en él y, aunque no se arrepentía de nada, no podía dejar de imaginar cómo habría sido su vida a su lado. Mucho más tranquila, sin tantos descubrimientos, desde luego no tan agitada pero también más amable y con menos sufrimiento. Guardaba tanto dolor en su corazón que le parecía casi un sueño una vida así, con Charlie a su lado, queriéndola siempre, sin gritos, sin celos, sin golpes, sin decepciones. Porque había estado decepcionada por alguien toda su vida, primero sus padres, después Charlie, luego Mike. Pero no podía echarles la culpa a ellos solamente, algo debía tener que ver ella...

Decidió bajar hasta la playa, así que se quitó las chanclas y pisó la arena. Estaba fría, y el mar se veía un poco agitado. Los inviernos allí le habían parecido muy duros, con mucho frío en la casa en el campo, sin calefacción alguna. Quedaban ya pocas semanas para Navidad, y se acordó de cuándo celebraban la Nochebuena y la Nochevieja todos

juntos, como una familia; como amigos inseparables cuya unión nada podía romper, pero al final se había roto en pedazos.

No llevaba bolso ni nada en las manos, porque lo había dejado todo en el pequeño apartamento, muy cerca del que había compartido en su día con Mari Ángeles y su tía. Se había guardado las llaves en uno de los bolsillos del vestido. Quería sentirse ligera, como cuando había vivido allí, para soltar poco a poco todo el lastre de rabia, temor y dolor. Quería volver a sentirse igual de feliz.

Con las chanclas en la mano y el pelo suelto, se acercó por la arena despacio al lugar donde tantas veces se había reunido con sus amigos alrededor de una hoguera. La playa estaba vacía. Miró hacia un lado, hacia dónde había visto a Charlie por primera vez, y cerró los ojos, intentando fijar aquella imagen en su mente. Con su camisa abierta y sus pantalones recogidos por la rodilla, el pelo suelto y su mirada brillante por el sol.

Cuando los abrió, se fijó en que había una piedra en la arena, separada del agua. Se quedó sin respiración, sin creer lo que veía. Alguien había pintado una pequeña espiral sobre esa piedra. Una espiral como la que Charlie dibujaba en la arena aquel día.

Sonrió. Seguramente habría sido uno de los nuevos *hippies* que habían llegado a la isla. Ese dibujo y otros parecidos eran propios de ellos. Aunque le resultaba extraño que no hubiera un símbolo de la paz u otra cosa que los identificara dibujado en la arena, se dijo. Además, era la única piedra que había en toda la playa, se fijó. Pequeña, del tamaño de su mano, abandonada allí como una señal para que ella la viese. «A veces el destino parece burlarse», pensó tristemente. La cogió y se la guardó.

* * *

Sólo faltaban unos minutos para que avisaran a los pocos viajeros del nuevo ferry hasta Denia de que subiesen al barco. Podía haber viajado en avión, pero le gustaba la idea de realizar el mismo viaje, o lo más parecido posible, al de la primera vez.

Se sentía desencantada. La tarde anterior había reunido las fuerzas suficientes para pasar por la tienda y por la casa de Charlie, sólo para descubrir que ambas habían sido vendidas, igual que la casa de campo. Todas sus ilusiones de encontrarlo se deshicieron cuando el nuevo propietario le contó, además, que no sabía nada del dueño anterior, salvo que había comprado las dos propiedades, casa y tienda, por un precio más que razonable. Charlie era así, incapaz de engañar a nadie. Si ella creyó que la había engañado aquella tarde con Sol y

Luna, había sido sólo por su culpa, por aquel amor libre que ella misma le había pedido.

Todo había terminado. Los sueños de libertad, de amar libremente y de cambiar el mundo. También había desaparecido la inocencia de cuando era joven, así como la ilusión de encontrar a Charlie. Debía empezar a pensar como una mujer adulta, tomar una decisión antes de regresar a Madrid y olvidarse del pasado.

Charlie debía de haber rehecho su vida. Lo imaginó casado, seguramente con Luna. Quizás habrían tenido hijos, o quizás él lo había vendido todo para irse a otra isla, a Mallorca tal vez, a probar una vida nueva en un sitio más grande y con más gente. Todo era posible, salvo que siguiera en la isla esperándola.

Desde el puerto, el pueblo relucía, blanco y brillante a la luz del atardecer. Seguía siendo tan precioso como antes, aunque ahora le parecía menos vivo.

En ese momento apareció un miembro de la tripulación, avisando de un nuevo retraso. En lugar de sentirse molesta, se alegró, pues podría pasear un poco por el mercadillo. Le apetecía recordar cuando ella vendía en el puesto con sus amigas. También había pasado muchos momentos felices con ellas.

Cruzó el pueblo con rapidez para después frenar sus pasos y caminar entre las paraditas, todas nuevas, o al menos no fue capaz de reconocer ninguna. Ropa, frutas y verduras, pulseras y colgantes con el símbolo de la paz y otros desconocidos para ella, bolsos de piel, jabones hechos a mano, dulces, y un puesto en el que no pudo evitar pararse a mirar.

Su corazón se aceleró y la sangre pareció congelársele en las venas. Fue como si el tiempo se parase en aquel puesto que vendía piedras pintadas a mano, en vivos colores, con dibujos diferentes entre los que había espirales. Cogió una y la comparó con la suya, que aún guardaba en el bolsillo. Las juntó las dos, cada una en una mano, y descubrió que eran muy parecidas. Su piedra era blanca y la espiral estaba pintada en azul. La otra era de un color más ocre, con la espiral en rojo.

–Ésa nunca la había visto, tan blanca. ¿Me la deja? –preguntó el vendedor, un chico con apariencia *hippy,* aunque un poco más moderno.

–No había visto nunca de este tipo –le dijo el chico, dándosela–. Deben de ser de otro sitio. Las que tengo en el puesto vienen de la playa de Es Codolar. ¿La conoce?

–Creo que he estado allí alguna vez. –Abi intentó hacer memoria.

–El pintor que nos las trae las coge de allí. No va mucha gente, ya

sabes –la tuteó–, pero ésta es de otro sitio. Allí no hay piedras tan blancas. La verdad es que es muy bonita. Debe ser de un lugar especial.

Un lugar especial. Abi se estremeció. Un lugar diferente que casi nadie conocía. Recordó las veces que había ido con Charlie a su lugar favorito, allí donde sólo había llevado a una persona, a ella. Las imágenes de las rocas le vinieron una tras otra a la mente, hasta que confirmó que allí había algunas piedras blancas, como de piedra caliza. El lugar favorito de Charlie, estrecho y de difícil acceso, desde el que habían saltado al agua gritando alegremente.

–¿Ha dicho que se las trae un pintor?

–Sí, un tío que pinta de maravilla. Creo que es de por aquí.

–¿Y sabría decirme dónde puedo encontrarlo?

–Sí, claro, pero, si quiere comprar más piedras, éstas son preciosas también –respondió el joven, un tanto preocupado por haber metido la pata nombrándole al pintor.

–¡Claro, le compraré cinco! –respondió ella de inmediato para que le diera toda la información que pensaba pedirle–. Éstas me gustan –dijo, cogiendo con rapidez las primeras cinco que vio.

El chico, entusiasmado, las envolvió en un paquetito y le devolvió la suya. Al pagar, Abi insistió:

–No me ha dicho dónde puedo encontrar a ese pintor de piedras...

–No pinta sólo piedras, también hace unos cuadros maravillosos. Le encantará verlos. Tiene su estudio en la parte alta del pueblo, cerca de la iglesia. Le daré la dirección –y se volvió para anotarla en un papel–. Aquí puede encontrarlo. Suele estar por las tardes a estas horas. Si tiene tiempo y no le importa caminar hasta arriba, seguro que puede ver ahora su exposición.

Abi le dio las gracias y leyó el papel. Era una galería de arte. Le temblaban las piernas. Sí, tenía que ser él.

18. La piedra blanca

En una de las pequeñas y estrechas calles subiendo el pueblo encontró la galería. La puerta estaba abierta, y al lado había un cartel con una espiral dibujada. Entró despacio, como quien entra a una cueva en la que hay un tesoro recién descubierto, pero en lugar de joyas y monedas de oro se encontró de frente con lienzos colgados en las paredes encaladas. Lienzos de una belleza increíble; algunos eran paisajes de la isla, un tanto peculiares, pues estaban pintados con un aire psicodélico que los hacía más llamativos aún. Eran tan bonitos, tan coloridos y alegres que casi resultaban mágicos.

Paseó despacio por las cuatro paredes de la pequeña casita de pueblo que hacía las veces de galería de arte, admirando la belleza y la luminosidad de aquellos cuadros firmados con una C y una pequeña espiral que brotaba de la letra. Se preguntó por qué nunca había sabido que Charlie era capaz de pintar así. Recordaba que alguna vez había hecho algún pequeño dibujo con un bolígrafo en un papel, para pasar el rato, casi garabateando, pero nunca le había dicho que supiera pintar así.

Si hubiese tenido dinero se habría llevado todos y cada uno de aquellos lienzos, a pesar de que el precio por cada uno era considerable, pero no fue hasta llegar al último de ellos cuando el corazón pareció quebrársele. En tan sólo un segundo lo comprendió todo. Entendió todo el amor que había tenido para ella y que no había sabido apreciar, por la juventud, por el deseo de ver mundo, por la necesidad de ser ella misma. Eran muchas razones por las que se había alejado de él, pero no había sido consciente hasta aquel preciso instante de lo amada que había sido.

El cuadro era como una fotografía de su lugar favorito, pero con los colores más vivos y unas extrañas pero preciosas formas de la naturaleza que en realidad no existían, salvo en la imaginación de Charlie. La espalda de una mujer, de pie, a punto de saltar al agua

desde arriba, iluminaba toda la escena. El pelo castaño y lacio le caía sobre la piel dorada. Reconoció enseguida aquella espalda, el pelo, la posición, el gesto, a punto de saltar al vacío junto a él. Era ella. La había amado hasta el final, sin reproches, sin tapujos, ofreciéndole su alma. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para dejarlo marchar, como para hablarle del amor libre sin pensar en que aquella bendita idea algún día desaparecería de sus vidas para siempre? No lo había abandonado por Mike, sino por el resto del mundo. Pero ahora sabía que el mundo entero no era nada comparado con el amor de su vida.

Unas lágrimas afloraron a sus ojos y se las limpió con la manga de su vestido.

–Le ha llamado la atención éste, ¿verdad? –dijo una voz a su espalda que reconoció enseguida–. Disculpe que no la haya oído entrar, estaba al teléfono. ¿Le gusta? Se llama... «Ella». ¿No es maravilloso?

–Sí, lo es –respondió, dándose la vuelta con una sonrisa.

–¡Abi! –dejó escapar la encargada con un hilo de voz.

Luna se había quedado paralizada, pero, al ver su sonrisa, se desarmó y se abalanzó entre sus brazos. Fue un abrazo de verdad, como si no hubiese pasado el tiempo, como si sus corazones nunca se hubiesen separado.

–¡Has vuelto! ¡Dios mío, no me lo puedo creer!

–Aquí estoy –dijo tímidamente.

–¡Dios mío! ¡Cuando Charlie te vea va a alucinar! –rio alegre.

Abi notó un escalofrío y un nudo en el estómago.

–¿Está aquí? –preguntó entre atemorizada y emocionada.

–No, suele trabajar en casa. Aquí sólo viene de vez en cuando, para ver cómo va todo.

–¿Su casa? Me han dicho en el pueblo que lo ha vendido todo.

–Así es, ahora vive en un chalé en una urbanización en la montaña. Han cambiado mucho las cosas –sonrió de nuevo–, pero ya habrá tiempo para contártelo todo.

–No demasiado. Mi barco sale en una hora. Si he subido hasta aquí ha sido por pura casualidad. Ha habido un retraso y he pasado por el mercadillo –dijo casi a tropezones, intentando ir lo más rápida posible–, y he visto un puesto que vendía piedras como ésta. –Sacó la suya del bolsillo–. Me han dicho que las hacía un pintor que tenía esta galería. No podía saber que era él, pero, aun así, he subido por si acaso. Llevo buscándolo varios días, desde que llegué, en realidad.

–¡Has encontrado la piedra! –exclamó Luna con una expresión de alegría–. ¿Es todo tan de película? Me dijo que había bajado a la playa

y la había dejado allí por si pasabas algún día. Y, por lo que veo, tenía razón. ¡Es increíble!

–¿Que él dejó la piedra en la playa? –Abi repitió sus palabras sin entender.

–Sí, dijo que tú lo entenderías cuando vieras la espiral.

–Lo entendí, pero no me lo creí. Parecía una señal, pero no quise creerlo. Creí que era pura casualidad... –Bajó la cabeza. Las lágrimas volvían a sus ojos.

–Charlie escuchó por ahí que había una turista que parecía de Madrid preguntando por él en el pueblo. ¿Qué pensabas? Ya sabes que aquí lo conocen todos. Él te buscó también, pero no sabía dónde te hospedabas. Preguntó en los hoteles, pero no te encontró en ninguno.

–No, he alquilado un apartamento.

–Ahora lo entiendo... ¡Pues te ha estado buscando!

–¿De verdad me ha estado buscando? –Casi necesitó sentarse al oír aquello–. Charlie me ha estado buscando –afirmó luego.

–¡Claro! ¿Y te sorprende? ¡Sigue estando loco por ti! ¡Y eso que han pasado años!

Las palabras de Luna avivaron el fuego que había en su interior.

–Y, por lo que veo, tú también sigues estando loca por él.

No pudo contestar, pero su sonrisa debió ser suficiente respuesta.

–Espera, lo llamaré por teléfono ahora mismo y le diré que baje.

–¡No! –exclamó, justo a tiempo de frenar sus pasos–. Dime dónde vive. Prefiero ir yo y sorprenderlo.

–Está bien. Pues lo vas a sorprender, eso seguro. –Apuntó la dirección en una tarjeta de la galería–. Llamaré a un taxi para que te lleve.

–Gracias, Luna. –La abrazó de nuevo–. Y yo que pensaba que... –sonrió, moviendo la cabeza a ambos lados.

–¿Qué?

–Que estabais juntos, Charlie y tú.

–¡No! –se rio–. Para nada. Me casé con un chico del pueblo y me quedé aquí. ¡Tenemos una hijita preciosa! –se le iluminó la mirada.

Abi quiso decirle que ella también esperaba un hijo, pero no lo hizo. No era de Charlie y, aun así, esperaba recuperarlo. Quizás era más egoísta de lo que pensaba. Luna siguió contándole los tiempos pasados en los que ella había estado tan lejos.

– Todos los demás se fueron yendo, incluso Sol regresó a Barcelona. Charlie me dio trabajo cuando decidió poner la galería. Lo que pasó con Charlie y Sol en Woodstock fue una estupidez, ahora lo sé. Éramos jóvenes y creíamos en el amor libre, pero no podía haber amor en un trío, ¿no crees? –se rio de nuevo–. Siempre estuvo loco por ti, Abi, y

sigue estándolo. Durante años me dijo que sabía que ibas a volver, y te ha esperado, Abi. ¿No es hermoso todo esto?

Abi bajó la cabeza. El secreto que guardaba podía destrozarlo todo. No dudaba de que, si Luna se lo decía, Charlie siguiera queriéndola, pero no sabía si podría superar que ella estuviera esperando un hijo de otro hombre. La idea le resultó imposible, pero ya estaba allí.

El teléfono sonó de nuevo.

–El taxi te espera en la plaza. No puede venir hasta aquí, ahora esta calle es peatonal. No pierdas tiempo –dijo, besándola en la mejilla.

–Muchas gracias por todo –murmuró Abi.

–¡Corre! –rio Luna, echándola de allí.

Abi nunca había corrido tan rápido en su vida. El conductor ya estaba fuera del taxi esperándola. Al verla con prisas, entró en el taxi dejando la puerta de atrás abierta. Cuando Abi entró y cerró la puerta, el coche ya estaba en marcha.

–Soy Raúl, encantado de conocerte.

–¡Hola! Abi.

–Lo sé. Soy el marido de Mari Carmen, bueno, de Luna.

–¡Vaya! No me ha dicho nada. Pues… ¡encantada! –Y extendió la mano hacia él.

–Ya habrá tiempo para saludos. Ahora vamos allá –le respondió con una sonrisa.

El taxi salió del pueblo y se adentró en una carretera de montaña. Apenas unos diez minutos después se detuvo delante de un precioso chalé, de paredes encaladas y formas rectas. Abi abrió los ojos sorprendida al pensar en Charlie viviendo en semejante mansión.

Raúl salió y llamó al telefonillo unas cuantas veces, sin éxito. Nadie contestó. Regresó al coche con el rostro triste. Luna le debía haber puesto al corriente de su historia, o quizá Charlie le había hablado de ella en alguna ocasión. «Todo puede ser», pensó Abi.

–Lo siento. Parece que no está. Luna tiene una llave que él le dio para que le eche un vistazo a la casa cuando se va. Si quieres, vamos a pedírsela.

–No te preocupes –respondió, sabiendo que ese día ya no se marcharía en el barco–. Puedo esperar a que regrese. Un poco más no importa –sonrió.

–Ya… –contestó Raúl con cara de entenderlo todo–. Es raro, suele estar aquí a estas horas, trabajando. A no ser que se vaya de viaje. Cosa que también hace mucho.

Abi no podía creer lo que oía. Charlie recorriendo el mundo a solas. Se lo imaginó con la serenidad que le caracterizaba y que siempre expresaba su rostro, admirando las vistas del *skyline* de

cualquier ciudad lejana como Nueva York. Tal vez había superado su miedo a volar. «Ojalá, así lo llevaré algún día en avioneta para que pueda admirar la isla desde el cielo», pensó de repente, tras darse cuenta de que todo lo que llenaba su galería eran paisajes de Ibiza. Como el cuadro en el que la había pintado a ella de espaldas en su lugar favorito.

–¡Ya sé dónde está! –exclamó de repente Abi, sacando a Raúl de sus pensamientos–.Vamos, hay que ir en coche.

Los dos entraron de nuevo en el taxi, y Abi le indicó que debía regresar al pueblo y tomar una nueva carretera. Intentó hacer memoria para encontrar el camino. Tenía que encontrar a Charlie.

Con la piedra en su mano, notando su tacto liso y agradable, y el corazón acelerado, consiguió guiar a Raúl hasta aquel perdido lugar.

–Para aquí. No se puede seguir con el coche. Tendré que ir andando.

–Te esperaré durante unos minutos, por si no está.

–Está bien. Sólo unos minutos.

–Si no vuelves en quince minutos, me voy. Eso querrá decir que lo has encontrado –le sonrió.

Abi devolvió la sonrisa a aquel desconocido que ya le parecía tan familiar, completamente agradecida. Le dijo adiós con la mano mientras ya se adentraba en el pedregoso camino que llevaba al lugar favorito de Charlie. Tenía el corazón en un puño, a punto de salírsele por la boca. Le costaba respirar, por la prisa en llegar y por el cansancio, pero continuó hasta llegar al punto exacto donde el vacío se convertía en un inmenso mar azul.

Se asomó y no vio nada. Una tristeza profunda se apoderó de ella.

Pero, al volver la vista, un montón de ropa sobre una roca le llamó la atención. Nadie más conocía aquel sitio ni era el lugar favorito de nadie que no fuera él. Y allí estaban las piedras blancas en el suelo, iguales a la que él había pintado con la espiral para ella.

Con cuidado, caminó sobre las piedras hasta donde estaba la ropa. Recordó que se bañaban en el mar hasta finales de noviembre; aún hacía buen tiempo y el agua estaba todavía caliente. Era la mejor época del año, era el auténtico verano para los que vivían allí, cuando desaparecían los turistas y la isla volvía a ser toda para ellos. Aquel año era un poco más fresco, pero para Charlie las aguas del mediterráneo siempre eran cálidas.

Una cabeza sobresalía en el agua. No podía lanzarse al agua sin más, sin saber si era él u otro quien estaba nadando. Se agachó y cogió la camiseta y los pantalones vaqueros que estaban en la roca. No necesitó meter la mano en los bolsillos, porque algo metálico sonó al

moverse. Era un colgante con el símbolo de la paz, uno como el que ella había guardado durante todos aquellos años. Uno como el que él le dio y que ella llevó el día de su boda.

Completamente segura de que era Charlie quien nadaba en el mar, comenzó a desvestirse, con la felicidad en el rostro. Se quitó el vestido y las sandalias, dejó el bolso bien colocado y miró hacia abajo. No era tan alto como recordaba. Sería fácil saltar y regresar al tiempo en el que ambos disfrutaban felices en aquel maravilloso lugar, como si no hubieran pasado los años, como si la vida no los hubiera cambiado, como si aún fueran dos jóvenes que pensaban que iban a transformar el mundo.

En ese momento, Charlie miró hacia las rocas y vio que una mujer se desnudaba junto a su ropa. La reconoció enseguida. Además, su corazón le había dicho tantas veces que volvería que no podía equivocarse. Sonrió con la misma sonrisa abierta y fácil que siempre había mostrado a su lado. Dio un manotazo sobre el agua y lanzó un grito alegre.

Abi le oyó. Era él, era Charlie, y la estaba esperando. No le hacía falta pensar en nada más ni saber más, él la quería y ella, a él. Adelantó un pie hacia el vacío, como había hecho tantas veces hacía ya demasiado tiempo. Sintió la ligereza al perder el apoyo con el otro pie, y su cuerpo voló durante un instante para caer de golpe contra el agua fresca.

Todo sucedió rápido, pero sólo hace falta un instante para ver con claridad cuando por fin estás preparada para mirar. Por fin era feliz, supo que no le faltaría nada mientras estuviera con él, y sólo le faltaría una cosa, pese a que había intentado taparla, obviarla e incluso olvidarla. Pero no era imposible: debía conocer a la persona que le había escrito aquella carta. Ahora que había dado el salto hacia la felicidad, tenía que ser completo. No podía seguir dejándose llevar por el miedo, tenía que saltar y comprenderlo todo. Tenía que saber quién era si quería ser ella misma de una vez por todas.

Cuando sacó la cabeza, lo vio nadando hacia ella. Sintió cómo la abrazaba contra su cuerpo y escuchó su grito, ya agarrado a su cintura. Ella le correspondió con un beso tan profundo y largo que apenas pudieron respirar.

–Estás aquí... –susurró él, perdiéndose en su mirada.

–Nunca me fui –respondió ella, besándolo de nuevo.

Tercera Parte

Charlotte

«El miedo no es creado por el mundo que nos rodea, sino en nuestra mente, por lo que pensamos que va a suceder».

Elizabeth Gawain

1. Aprender a volar

Barcelona, primavera de 2018

No podía creer lo incomprensible que era a veces la vida. Estaba de vuelta por fin en la ciudad, después de muchos años, la misma ciudad en la que había estado tantas veces junto a su familia, y sin embargo estaba sola.

Tras el viaje de vuelta en funicular al parque del Tibidabo, donde había ido de niña con sus padres durante las vacaciones, decidió bajar a pie, disfrutando de las hermosas mansiones de la avenida. Miró de nuevo la dirección que llevaba escrita en un papel para confirmar que había llegado. Quería ver la casa de lejos antes de llamar a la puerta. La mayoría de los que conservaban aquellas propiedades eran personas adineradas, pero, según le había dicho Juanma, su amigo y copiloto en este nuevo empleo, Andrea Duarte había comprado el palacete con todos sus muebles y enseres dentro, pues pertenecía a una afamada familia de coleccionistas. Sabiendo además que la entrevistaban para pilotar su avión privado, estaba claro que debía tener mucho dinero.

Como sospechaba, la casa era impresionante. Cruzó la acera maravillada por la preciosa fachada forrada de hiedra y la gran terraza con su barandilla de hierro forjado negro. «Podría acostumbrarme a vivir en un sitio así, tan encantador y romántico», pensó.

Sintió una punzada en el estómago. Sólo un año atrás, en Londres, planeaba con Roger reformar el adosado recién comprado. Ya llevaban años de convivencia, pero estaban muy ilusionados con su nueva casa.

Y él se había ido de golpe, dejándola herida y abandonada. Seguía sin entender cómo podía haber muerto en aquel maldito avión que había perdido combustible por una rotura en el fuselaje antes de llegar al aeropuerto.

Ya había dejado de preguntarse qué ocurrió, cuáles habían sido las verdaderas causas del accidente ni por qué Roger no supo reaccionar a tiempo. Las explicaciones que le dio la compañía nunca fueron suficientes. Era uno de los mejores pilotos que había conocido, y estrellar un avión no era tan fácil como la gente creía.

Aún no había tomado una decisión con respecto del adosado; no sabía si venderlo como estaba o continuar con la reforma, así que por el momento había abandonado Londres, como si con ello pudiese parar también el paso del tiempo. «A veces vivimos el sueño de la vida para no pararnos a pensar en una realidad que no queremos», se decía.

Cuando se abrió el semáforo, cruzó la calle, mirando de nuevo hacia la terraza. Un hombre se había asomado. Era alto, vestía un pantalón deportivo negro y una camiseta gris que se pegaban a su cuerpo dejando entrever su marcada musculatura. Tenía el pelo muy corto, casi rapado. El hombre respiró profundamente, aspirando el perfume de las mimosas que florecían bajo la terraza, y comenzó a moverse, haciendo varias posturas de algo similar al taichi.

Charlotte se quedó observándolo. Debía de ser Andrea Duarte, el coleccionista millonario, un hombre que tenía tiempo libre por las mañanas. El sol comenzaba a brillar con más fuerza, y se tapó con la mano por encima de los ojos. Fue entonces cuando se dio la vuelta y la vio. Como si sintiera un poco de vergüenza, dejó de hacer aquellas posturas y le devolvió la mirada durante unos instantes. Después, tosió estúpidamente y se escondió en el interior de la casa.

Charlotte llamó al timbre y esperó a que abrieran. Lo hizo una mujer con una cofia y un delantal blanco sobre un vestido entallado negro. Era tal cual habría imaginado que debían ser las doncellas de las casas ricas, aunque suponía que ya no se llevaba ese tipo de uniforme. Muy amablemente, le pidió el abrigo y el bolso y, tras colgarlos en un perchero, le pidió que la siguiera por un amplio recibidor con el suelo a cuadros blancos y negros hasta un salón aún más espacioso, amueblado con lo que parecían auténticas reliquias familiares y con una decoración saturada de objetos antiguos y lujosos.

Numerosos cuadros decoraban las paredes, unos junto a otros, sin espacio para que la mirada los apreciara. Charlotte se sentó en un sillón tapizado en terciopelo verde, casi sin apoyarse por miedo a ensuciarlo. Ya a solas, pudo escuchar el sonoro tic-tac de un viejo reloj

de pie, de madera oscura. A la derecha, una vitrina en el mismo tono contenía toda una cristalería con los bordes dorados. Y a la izquierda, otra del mismo tamaño y forma mostraba una vajilla china y una cubertería de oro.

Pero lo que más llamó su atención fue el gran piano de cola negro en un rincón principal del salón, junto a la gran biblioteca, llena hasta arriba de libros. A Charlotte no le gustaban las cosas antiguas, y por un momento no pudo evitar preguntarse cómo habría reformado aquella sala; probablemente sacaría de allí la mayoría de los objetos, tuviesen valor o no.

Pensó en levantarse y acercarse a ojear los libros, pero cambió de opinión al recordar su desagradable alergia al polvo. Miró el reloj en su muñeca, impaciente porque nadie acudía a la cita, y entonces escuchó unos tacones que se acercaban con rapidez.

Se levantó para recibirla. La mujer, madura y atractiva, de pelo rubio y corto, con pendientes y collar dorados y un vestido pegado a su cuerpo casi perfecto, la saludó extendiendo la mano. Luego se sentó frente a ella en uno de los sillones. Traía una carpeta y un bolígrafo plateado.

–Muy bien, ya nos hemos presentado, empecemos entonces –dijo, sin disculparse siquiera por el retraso–. Charlotte, ¿verdad? –Miró su carpeta y empezó a hablar casi sin darle espacio–. Le explicaré de qué se trata. Como ya le habrá dicho Juanma, quien me ha dado muy buenas referencias suyas, se trata de llevar un avión privado. –Charlotte asintió, sonriente al oírla hablar con un lenguaje ajeno al de la aviación–. Si está de acuerdo, como creo que así es, ya que ha venido usted a esta cita desde Londres, aquí están las condiciones. –Le entregó un folio–. Su sueldo, más las horas extras. Tendrá que acudir a cualquier hora cuando sea avisada. Y aquí tiene un teléfono privado, sólo para recibir los avisos. Tendrá que ser puntual. –Le dio entonces una cajita precintada, con el móvil en su interior.

–Por supuesto –se atrevió a decir.

–Aquí dice... –dijo la señora, mirando su currículum– que antes fue piloto comercial. ¿Por qué quiere cambiar de empleo?

–Por una cuestión personal. Preferiría no tener que hablar de eso, si no le importa.

–Sólo si no atañe a su nuevo empleo, claro está. –Charlotte volvió a asentir–. Entonces, sólo quedaría que me envíe una copia de los permisos y los documentos requeridos, certificados médicos, etcétera. –Señaló el folio–. Ahí está todo indicado. ¿Cuándo se trasladará usted a Barcelona?

–Ya estoy medio instalada –contestó Charlotte, pensando que por el

momento viviría con Juanma en su habitación libre.

–Pues creo que no hay nada más que explicar por ahora. Si está de acuerdo, el resto ya se lo irá indicando mi secretaria.

Charlotte titubeó. Había pensado que aquella mujer era la secretaria, pero guardó silencio para no meter la pata, pues la gente rica suele tener varios empleados. Quizás era la asistente personal de Andrea Duarte.

–Está bien, como usted quiera –respondió al fin, de usted también.

–Tan sólo me gustaría hacer hincapié en una cosa: deberá mantenerse al margen de nuestro trabajo y no hacer preguntas.

–Por supuesto –aclaró.

–Bien. El último piloto empezó a preguntarse demasiadas cosas y, sinceramente, no quiero intrusos en mi trabajo. Para mí, es muy importante y, si contrato un piloto, es únicamente para que lleve mi avión, y no para que se entrometa en lo que no le concierne.

Charlotte se sintió incómoda. La mujer, que hablaba en primera persona, empezaba a mostrar un carácter un tanto agriado.

–No se preocupe, no me gusta meterme en la vida de los demás.

La mujer la miró con el gesto adusto, abriendo mucho los ojos, como si quisiera averiguar si le estaba mintiendo o si era sincera.

–Ya conoce al copiloto, pues él la recomendó, así que... por mí está todo correcto. En cuanto recibamos lo que se le solicita, podrá usted empezar. Tenemos prisa, claro está, por lo que le rogaría que lo enviara lo antes posible, por mensajero.

–Así lo haré. Mañana sin falta.

Ya de pie, se dieron la mano para despedirse. La doncella entró en ese momento para acompañarla, como si hubiese estado escuchando detrás de la puerta.

–Perdone –exclamó Charlotte en el último momento–. ¿Cuándo conoceré al señor Duarte? Creo conveniente conocer a quien me contrata antes de aceptar un empleo.

–¿El señor Duarte? –La mujer sonrió con condescendencia–. No existe ningún señor Duarte.

–Discúlpeme... –se sintió como una mentecata–. Pensé que Andrea Duarte era el dueño del avión.

–Y así es, pero no es ningún señor, sino señora. Yo soy Andrea Duarte, encantada de conocerla.

–Por favor, disculpe mi torpeza.

–Disculpada. La mirada de toda la sociedad en general es machista, incluso las mujeres los somos sin darnos cuenta en algunas ocasiones. Ésta es una de ellas –sonreía irónica–. Pero no se preocupe, no voy a despedirla por esto. No sabe la cantidad de veces que me he

encontrado con algo parecido. Ya estoy acostumbrada.

–De nuevo, le pido disculpas, yo... –Charlotte se sentía cada vez peor.

–Ya le he dicho que no se preocupe, pero, ya que ha salido el tema, le diré que quizás aprenda algo en este nuevo trabajo. Supongo que no tiene mucha idea de arte.

–Pues no, la verdad. Ninguna, en realidad.

–Al menos le sonarán nombres como Isabella Stewart Gardner, Gertrude Stein o Peggy Guggenheim.

–El último solamente, por el museo, claro. –Aunque se sentía cada vez más ignorante a su lado, prefirió seguir diciendo la verdad.

–Claro, pero el museo lleva el nombre de su tío, que fue coleccionista antes que ella. Estas tres mujeres demostraron que el coleccionismo no es una cuestión de sexo, sino de oportunidades. Y las oportunidades no se encuentran así como así; hay que buscarlas o hay que aceptarlas cuando llegan. Eso supongo que sí lo entiende.

–Claro, por supuesto –no quiso alargar más la frase, pero lo entendía perfectamente.

–Entonces, estamos de acuerdo. Usted es mujer también, y es piloto, un trabajo masculino por excelencia. Y ya no es tan joven –añadió, como si quisiera vengarse con aquella apreciación–. No permita que sus ideas machistas inconscientes traicionen a su sexo ni pierda por ello la oportunidad de ser usted misma.

Charlotte no contestó, tampoco sabía qué decir. Quiso bajar la cabeza, deseando que la tierra se la tragase, pero supuso que ese gesto no sería del agrado de la mujer para la que iba a trabajar a partir de ahora. No quería parecer demasiado sumisa ni asustada, aunque algo así sentía, porque imponía mucho respeto. Mantuvo como pudo la compostura; si bien esos últimos meses apenas si se reconocía, se recordaba como una mujer valiente y decidida. Le dolía que tuviera razón en una cosa: ya no era tan joven. Pasaba de los cuarenta y, sin embargo, allí estaba, temerosa, como si fuese una niña de colegio ante la bronca de la profesora. Respiró con profundidad para mantener la calma y la miró a los ojos dirigiéndose a ella de nuevo.

–Tiene usted razón. No le pediré disculpas de nuevo para no resultar pesada. Lamento mucho la confusión, pero espero que esto no sea un impedimento para conocernos mejor de ahora en adelante.

–Claro que no. A mí también me gusta conocer personalmente a la gente que voy a contratar, sobre todo si van a llevarme por el mundo entero y la responsabilidad de mi vida recae sobre ellos. Por eso hago yo misma las entrevistas. Aunque, en su caso, gracias a Juanma, ya estaba contratada de antemano.

–Lo sé y se lo agradezco.

–Pues no hay más que hablar entonces. Ha sido un malentendido, nada más –añadió, dejando claro que ella sería la que dijese la última palabra.

Andrea Duarte parecía una mujer de armas tomar. Seguramente había adquirido esa actitud, un tanto prepotente y dominante, peleándose por hacerse un lugar en un mundo de hombres.

Charlotte se dio la vuelta para salir recriminándose el haber metido así la pata en su primer encuentro con la persona que le iba a pagar un sueldo desorbitado, justo en el preciso momento en que toda su vida estaba manga por hombro y tenía tantas facturas aún sin pagar. Además, no era cierto que siempre hubiera conocido a la gente para la que trabajaba; en realidad, era la primera vez que iba a pilotar de forma privada y así estaba escrito en su currículum. Se dio cuenta de repente que había dicho aquella tontería porque tenía curiosidad por saber quién era el hombre que había visto en el balcón…

Lamentándose de nuevo en silencio, siguió a la doncella hasta la puerta. Al salir, miró de nuevo a la terraza esperando volver a verlo, pero ya no había nadie.

2. Sin turbulencias

Cuando pensaba en ello, le resultaba insoportablemente machista haber dado por supuesto que Andrea Duarte era un hombre. A partir de ahora odiaría esos nombres que servían para ambos sexos, aunque no estaba muy segura de si el suyo también era uno de ellos. En el fondo, nunca le había gustado demasiado Charlotte. En Barcelona no era complicado que la gente lo pronunciara bien, pero en Madrid, donde había vivido algunos años de pequeña, parecía imposible que los madrileños aprendieran a pronunciarlo sin darle a la «che» aquel sonido terriblemente sonoro que casi hacía cosquillas.

En Londres todo era más fácil, claro. Nunca podría compararse a las décadas de adelanto que llevaba sobre otras capitales de Europa. Londres era el ejemplo perfecto de modernidad y tradición; ambas convivían sin batallas que luchar.

Eso no ocurría en España, donde seguían las contiendas entre lugares, culturas y gentes. En un país tan variado, con tantas diferencias, era complicado que todos se sintieran hermanados. Y eso lo notaba más en cada regreso.

Agradecía que su adolescencia y juventud hubiesen sido completamente londinenses, muy diferentes a su infancia. En la gran ciudad, pudo olvidarse de los juicios y críticas ajenas, de las falsas amistades, de la envidia..., defectos que le parecían completamente españoles. Todo había sido mucho más fácil después, sus estudios superiores, su trabajo, sus relaciones, sus planes de futuro. Inglaterra no era perfecta, pero no tenía que vivir disculpándose siempre por tener un empleo que resultaba todavía tan masculino a ojos de la mayoría.

Había sido feliz hasta el accidente de Roger, lo que significaba que lo había sido durante gran parte de su vida, pues ya no era ninguna jovencita. Pero desde que él había muerto tenía la sensación de estar continuamente al borde de un precipicio, y, a veces, esa incertidumbre

se convertía en un malestar físico que se traducía en dolor de cabeza, de espalda, falta de sueño o algo peor, como las malditas pesadillas. Esperaba que ahora, con el horario intempestivo del nuevo trabajo, aprendería a aprovechar las horas de sueño.

Había quedado con Juanma para cenar en Paseo de Gracia. La pondría al corriente de los pormenores del trabajo. Al principio, cuando le ofreció recomendarla para el puesto, no estuvo muy segura de aceptar, pues siempre supo que a él le gustaba. Desde que se conocieron, le había tirado los tejos a su manera, medio en broma medio en serio, pero como mujer se había dado cuenta de cuánto había de verdad o de ficción en sus comentarios y en sus miradas, y en los de Juanma había mucho de cierto. Y en ningún momento quiso darle falsas esperanzas, ahora que Roger había fallecido. Charlotte no se sentía libre para amar; su corazón seguía encarcelado por el pasado.

Después había analizado la situación, cosa que solía hacer, y se dio cuenta de que necesitaba un cambio. Hacía meses que su empleo como piloto comercial se había convertido en una tortura. Su mente, traumatizada por el accidente de Roger, la llevaba continuamente a unos estados de alerta extremos, tanto que a veces había hecho esperar a los pasajeros durante horas por culpa de una segunda revisión del avión, pues ella había creído escuchar un ruido extraño. Por supuesto, era mejor equivocarse que arriesgarse a la muerte de cientos de personas, pero tampoco podía ser que casi cada vez que volaba creyese que algo iba mal.

Sus superiores ya le habían llamado la atención. Si no se controlaba, si no daba un giro a su vida, acabarían despidiéndola, y con una mancha en su expediente. Así que, cuando Juanma la llamó, pensó que era una oportunidad. Aceptó porque necesitaba empezar de nuevo y alejarse de todos los recuerdos de Roger, de los malos y de los buenos. De Barcelona sólo tenía recuerdos agradables, y ninguno tenía que ver con su novio. Pensó que eso le aliviaría el corazón.

Juanma era un hombre agradable, divorciado desde hacía mucho tiempo y con dos hijos adolescentes, que sólo quería volver a ser feliz. Lo demostraba cada vez que mantenía una breve relación con alguna azafata. No le duraban nada las relaciones, pero siempre tenía la esperanza de que aquélla fuese la definitiva.

Aquella tarde se presentó en el restaurante con una chaqueta deportiva y unos vaqueros que lo hacían atractivo a los ojos de cualquiera. Aunque no lo suficiente para los de Charlotte, que seguían recordando la elegancia británica de Roger. Juanma era de esos amigos a los que hubiera querido saber amar, porque estaba segura de que con él habría podido ser muy feliz, ya que era divertido,

campechano y buena persona. Habían estudiado juntos la carrera de piloto, también con Roger, y las amistades que se hacen en ese tiempo son para siempre, o al menos eso decían algunos.

Tras casi dos horas de risas y bonitos recuerdos, pues hacía tiempo que no se veían, llegó el inevitable momento en el que Roger salió en la conversación. Juanma cambió por completo la expresión de su rostro y, tras beber un trago de su copa de vino, la miró a los ojos y le cogió las manos.

–Siento mucho no haber estado allí –le dijo de corazón.

–No importa, no podías –respondió ella, intentando que el recuerdo fuese lo más breve posible.

–Podía haberlo hecho. Podía haber cancelado mi vuelo, pero... Tenía miedo.

–¿Miedo? –No entendía lo que quería decirle.

–Sí, tenía miedo de darme cuenta de que lo querías tanto que nunca ibas a ser para mí.

La miró azorado, porque sabía que ella iba a intentar zafarse del tenso momento, como había hecho otras veces en el pasado. Estaba preciosa. Su tez morena y su piel tersa hacían resaltar aquella dentadura de dientes blancos y perfectos. El vestido ajustado le quedaba perfecto, como si fuese una segunda piel, resaltando su pelo negro, suelto y ondulado. Estaba acostumbrado a verla vestida con el uniforme de piloto y con el pelo recogido en una coleta o un moño.

–Bueno, será mejor que hablemos claro, ya que has sacado el tema –le dijo, retirando las manos de las suyas.

–Está bien, hablemos –repuso él, cogiendo de nuevo su copa.

–No quiero que pienses que puede haber nada entre nosotros. Menos aún si voy a vivir contigo un tiempo. No quiero darte falsas esperanzas –lo miró; él mantenía una expresión muy seria–. Siento ser tan clara, pero, después de lo que he pasado, hago lo que sea para ahorrarme, y ahorrar a los demás, a los que quiero, cualquier sufrimiento –añadió, para que supiera que como amiga siempre estaría ahí.

–Tan clara como el agua –respondió, intentando volver a sonreír–. Y lo acepto. ¡Qué remedio me queda!

–Si prefieres que no esté en tu casa, puedo...

–No, por favor. Yo te invité a venir aquí, a cambiar de vida. No voy a llorar por los rincones por tenerte en la habitación de al lado y no poder echarme a tus brazos.

–Sí, puedes echarte a mis brazos... como amigo. –Charlotte sonrió.

–¿Y cómo se hace eso? –sonrió él también–. Nunca te lo he dicho claro, es verdad. Pero, como tú dices, después de lo que has pasado, es

un buen momento. Siempre me has gustado, pero tampoco sé si estoy enamorado de ti..., no sé si puedes entenderme. Es que no sé si puedo volver a enamorarme. Después de mi divorcio, mi corazón tampoco es muy fuerte, ¿sabes? Y ya llevo bastantes decepciones.

–Lo sé. Supongo que un divorcio es parecido a la muerte, sobre todo si no eres tú quien lo pide.

–Exacto. Aunque no es igual, creo que la muerte es mucho peor, porque ninguno está de acuerdo en separarse. En el divorcio, al menos mi ex está muy feliz con su nueva familia.

–La encontrarás, Juanma, no lo dudes. La mujer que te mereces.

–¡Dios te oiga! Porque ya estaba pensando en pasarme al otro bando.

–¡Anda ya! –rio Charlotte poniendo cara de no creérselo.

–Tienes razón, me gustan demasiado los armarios –rio él también.

–¿En cuántos habrás estado oculto de algún marido que no esperabas?

–En más de dos –soltó una carcajada.

–Bueno, de todos modos espero no tener que molestarte mucho tiempo en tu casa. He traído las llaves del piso de mi abuela. Mi madre me pidió que le echara un vistazo y que saque unas cosas antes de venderlo. Aún está amueblado, así que puedo quedarme a dormir allí hasta que se venda.

–Sabes que no me molestas. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

–Ya... ¡Y evitar que puedas seguir utilizándolo de picadero! –bromeó.

–¡Eres mala conmigo! ¡Siempre lo has sido! –bromeó él también.

–Pues claro, ¿qué te creías? Yo soy la única que te dice la verdad, ¿a que sí?

–¿Sabes cuánto me alegra que estés aquí? –le preguntó, poniéndose serio de repente.

–Lo sé –asintió ella–. Y muchas gracias por todo.

–No hay de qué. Y ahora, será mejor que nos vayamos. Así te pongo al día de todo en casa.

–Sí, tengo que deshacer la maleta y descansar un poco.

–Mañana será el primer día de tu nueva vida. ¿No te parece emocionante?

–Mucho. A estas alturas, ya creía que nada podría emocionarme de nuevo, pero me equivocaba, y lo he sabido gracias a ti. Estoy feliz con este nuevo trabajo, de verdad.

–Me alegra oír eso –dijo pagando la cuenta y levantándose.

Al salir del restaurante, Charlotte sintió que había un abismo bajo sus pies, pero curiosamente no le asustaba. Tras la muerte de Roger

había vivido asustada por todo; incluso volar, algo que amaba tanto, se había vuelto algo temido por ella. Ahora, por fin, volvía a sentirse un poco segura. Podía parecer una tontería, pero el no tener que llevar un avión con cientos de personas le provocaba un gran alivio. Era absurdo, porque la muerte es igual para cuatro que para cientos y, si ocurría algo, si tuviera un accidente, se sentiría igual de culpable. Sin embargo, tenía la sensación de que todo iba a ser diferente. No se trataba solamente de trasladar a personas de un sitio a otro. En este nuevo empleo tendría tiempo para conocer un poco algunos de los países a los que viajaría, y también a las personas a las que llevaría en el avión. Todo sería más íntimo.

Quizás era eso lo que había estado necesitando: cerrar el círculo de personas que tenían algo que ver con su vida. Arriesgar menos vidas no la libraba de tener una gran responsabilidad, pero todo resultaba más cercano y sencillo. Sería como aprender a volar de nuevo por primera vez.

* * *

Una alarma desconocida sonaba, pero no lograba saber de dónde salía. Roger lo revisaba todo, siempre intentando mantener la calma, aunque estaba sudando y sus ojos demasiado abiertos manifestaban que estaba alerta. Aparentemente sereno mientras el copiloto seguía sus instrucciones, llamó a la jefa de azafatas y le dio instrucciones para tranquilizar a los pasajeros. Cuando la escuchó salir de la cabina, una punzada en el estómago le dijo que ésa sería la última vez que oiría los pasos de alguien. Sólo la conocía de haber formado parte de su tripulación un par de veces, pero, cuando estás a punto de perder la vida, cualquier persona es como un hermano, como sangre de tu sangre, porque pertenece a un mundo en el que ambos compartís los días, las horas y los minutos de esa dimensión incomprensible que es el tiempo.

Su cabello oscuro, su voz templada, su uniforme azul... Cada detalle que antes hubiese pasado por alto se grababa ahora en su retina. La expresión de preocupación del copiloto lo atravesó. Sabía que estaban aterrados. Ellos, copiloto y azafatas, confiaban en él. Todas sus esperanzas estaban puestas en él. La responsabilidad era suya.

Charlotte se despertó de repente y se medio incorporó en la cama. Estaba temblando, y una voz lejana le decía algo incomprensible.

–¡Charlotte! Es tu móvil. El mío acaba de sonar también. Tenemos que irnos. Levántate o llegaremos tarde –gritaba Juanma de pie ante

la puerta de la habitación entreabierta, agarrado al picaporte, preparado para cerrarla de nuevo y dejarla sola.

–Enseguida –reaccionó por fin.

Se duchó rápida y se vistió con el uniforme. Estaba anocheciendo. El viaje era a un destino no muy lejano; allí pasarían varios días, según las indicaciones que le habían dado. Aún no sabía dónde se dirigían, pero su pequeña maleta siempre debía estar preparada. Una maleta en la que sólo cabía lo indispensable, nada de lujos ni de por si acasos. Sólo lo necesario para sus necesidades más íntimas y un par de vestidos por si tenía un día libre. Al menos les habían dicho que haría calor.

Cogió la maleta y el bolso de mano y salió de la habitación. Juanma la estaba esperando en la puerta.

–¿Buena siesta? Creo que estabas soñando. ¿Aún tienes pesadillas? –le preguntó ya en el coche, camino del aeropuerto.

–La verdad es que sí. Hay un sueño que no puedo quitármelo de la cabeza. Y me suele ocurrir cuando me acuesto durante el día, sobre todo.

–¿Del accidente?

Asintió con la cabeza. No le gustaba mucho hablar del tema, ni mucho menos reconocer que aún se sentía afectada, pero esta vez no podía evitarlo. Era probable que Juanma la hubiera oído moverse agitada o emitir algún sonido parecido a un grito.

–Suele pasar. Es el trauma.

–Pero ¿por qué? Si yo no estaba allí...

–No importa. Era alguien muy allegado. Te preguntarás mil veces cómo ocurrió, qué pasó, por qué, etcétera. Y eso es lo que te provoca esas pesadillas.

–¿Cómo lo sabes?

–Tengo un amigo psiquiatra. Deberías ir a verlo. O quizás a un psicólogo, suena más íntimo.

–Puede, pero me pregunto si el dolor por la pérdida repentina de tu pareja se puede curar, o si es algo que hay que curar.

–Supongo que no –suspiró Juanma–, pero puede ayudarte a sobrellevarlo.

Ya conocía el avión, porque Juanma la había acompañado a verlo el día de la entrevista, por eso la revisión fue según lo previsto y en el horario fijado. Apenas habían tardado una semana en avisarlos para volar, y por fin estaba allí, en su primer vuelo como comandante de un avión privado, con Juanma como copiloto, como hacía muchos años, cuando formaban parte de la misma tripulación de vuelos comerciales.

–Pues aquí estamos otra vez –dijo él, animado.

La dueña del avión y sus acompañantes comenzaron a subir por la escalerilla.

–Así es. Como si no hubiera pasado el tiempo –le respondió Charlotte, mientras estrechaba la mano de los pasajeros.

El tacto de su palma le resultó agradable, ni caliente ni fría, suave, como si nunca la hubiese utilizado para trabajar. Vestía un traje moderno de marca, bastante ajustado, zapatos limpios y brillantes en azul oscuro y una corbata en un tono azul más claro. Su pelo recortado casi al dos era claro, y su tez, morena, pero no de rayos uva como la mujer a la que acompañaba, sino de muchas horas de piscina tumbado en una hamaca. Su rostro era casi perfecto, agradable, serio, pero no demasiado; no mostraba una sonrisa pero tampoco era adusto, sino más bien tímido. Entró en el avión un par de pasos detrás de Andrea Duarte, con un pequeño maletín que colgaba con una ancha correa fijada a su talle.

La mujer los presentó. Él tenía cara de llamarse Andrea, pero ésa era ella; él era Alan, y no dio su apellido. Había nacido en España, como se veía con su acento castellano.

Juanma y Charlotte regresaron a la cabina en cuanto vieron que la azafata se acercaba a ellos para abrocharles el cinturón y preguntarles si querían tomar algo. Ya era de noche cuando se sentaron ante el cuadro de mandos.

–¡Vamos allá! –Y comenzó a dar breves órdenes a su compañero y amigo para que revisara lo que le correspondía.

–Acabo de rejuvenecer un montón de años.

–¿Y eso por qué?

–Porque parece nuestros primeros vuelos, ¿te acuerdas?

–Sí, sólo que ahora llevamos un avión que cuesta millones de euros –respondió ella, revisando el cuadro de mandos como si fuera un cirujano antes de empezar una operación.

–Y con sólo una parejita como pasajeros.

–¿Parejita?

–¿No te has dado cuenta?

–No, creía que sería un familiar, su sobrino o nieto, o algo así.

–¡Muy buena! –soltó una de sus carcajadas habituales.

–¡Lo digo en serio! Pero, vaya, que me parece muy bien. No estoy en contra de la diferencia de edad en el amor. A mí no me importaría estar con alguien más joven.

–¿Más joven? ¿Cuántos años tendrá él?

–Se estará acercando a los cuarenta.

–¡Por lo menos! Y ella, ¿a los ochenta?

–¡No exageres! Esa mujer no tiene más de setenta años –los interrumpió la azafata, que había abierto la puerta de la cabina, cerrando tras ella para que no pudieran oírlos–. Lo que pasa es que te da envidia –se rio.

–¡No me digas! –Juanma se dio la vuelta y le guiñó un ojo–. Y tú, ¿cuándo te casas conmigo por fin?

–Nunca, pero gracias por la propuesta. No quiero ser la azafata personal de nadie.

–Buena respuesta –dijo Charlotte sin dejar de revisar el cuadro de mandos.

–Soy Alexia, encantada. –La joven estiró la mano hacia ella.

–Charlotte.

–Lo sé, bienvenida. Te gustará esto.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Desde el principio. Y tú, Juanma, que sepas que no se puede hacer una propuesta semejante sin un diamante que la acompañe.

–En eso también tienes razón –asintió la comandante.

–Pero yo no soy rico como ése de ahí –señaló atrás con la mirada–. Ahora ya sabes por qué parece más joven. Se debe gastar millones en potingues y operaciones.

–Sí que parece que tienes algo de envidia –se burló Alexia.

–No es eso. ¡Es que no habéis visto lo estirado que va! ¡Si ni siquiera puede sonreír! Imagino que se lo paga todo ella, claro. A cambio de..., ya sabes. Aunque no sé si tiene lo que hay que tener. La mayoría de los tíos así son gais, pero mientras ella no se dé cuenta...

–¡Pero qué machista eres! Si fuera al revés y el viejo fuera él, no te importaría –respondió Charlotte–. ¡Menos mal que no te oyen!

–Pues era peor con el comandante anterior. Ahora somos dos contra uno –dijo la azafata con expresión de ganadora.

–Ahora silencio, que voy a abrir el micro. Asegurad cabina –ordenó Charlotte.

–Cabina asegurada [17] –dijo la azafata antes de salir y volver a cerrar la puerta tras de sí.

–Señores pasajeros, les habla la comandante Torres. Bienvenidos al vuelo CA034 con destino a El Cairo. En unos minutos procederemos al despegue –comenzó Charlotte como había hecho antes de despegar en tantas ocasiones–. El tiempo de vuelo estimado es de cuatro horas. Volaremos a una altitud de treinta y cinco mil pies, con una velocidad de 700 kilómetros, y esperamos turbulencias leves o moderadas. Les deseamos un buen vuelo. –Las luces de la pista marcaban un bonito camino frente a ellos–. Al llegar, la temperatura será muy agradable. Hace una noche preciosa para volar.

3. La cueva de Alí Babá

Le había sentado fatal que Alexia entrase en cabina para comunicarle que los pasajeros preferían que no hablase por el micro, pues estaban un tanto hartos de la conversación banal de los pilotos. En realidad, sus comentarios eran tan groseros que a la azafata le costó repetir textualmente lo que había dicho aquel tipo, pánfilo y rico que no tenía ninguna apariencia de haber pegado golpe en su vida. Pero lo que peor le sentó fue que añadiese que su discurso había sido más largo de lo normal y con apreciaciones personales sobre la temperatura.

Charlotte había bufado. Puede que ellos fuesen los dueños del avión, pero ella era la comandante, y en cabina se hacía lo que ella decía.

Se había despertado de mal humor al recordar aquel feo detalle tras dormir sólo cinco horas después de llegar al hotel de El Cairo. Aun así, no podían quejarse de cómo les trataban, como le había repetido Juanma hasta la saciedad, pues incluso les habían reservado tres habitaciones en el mismo hotel, aunque en plantas diferentes.

Ya había estado antes en Egipto, pero siempre en viajes muy cortos, sin tiempo para hacer turismo, y había demasiadas cosas que ver como para conformarte con una sola. En una ocasión, hacía ya varios años, había visitado las pirámides de Guiza, sólo eso, que era como comprar el *souvenir* más vendido de una tienda para turistas. No obstante, siempre había deseado volver con más tiempo. Lo habían hablado muchas veces Roger y ella, pero no habían tenido tiempo. Ahora sí, ahora por fin podría visitar al menos la capital, pues no sabía si después irían a otra ciudad o marcharían a otro lugar. Lo malo era que ahora Roger ya no estaba con ella.

Aun así, mientras se daba una ducha, decidió quitarse el enfado de la cabeza y salir a dar una vuelta con sus compañeros, como habían quedado al llegar. Hacía calor, así que se puso un vestido sin mangas y falda larga y se recogió el pelo. Cogió un bolsito de bandolera para

llevarlo bien sujeto y pegado al cuerpo. y pensó que un sombrero y unas gafas de sol eran imprescindibles, pero sólo tenía estas últimas, así que decidió comprar el sombrero por ahí.

Ahora que era de día y que estaba lo bastante despierta para apreciarlo, se dio cuenta de lo bonito e impresionante que era el edificio. El Royal Maxim Palace Kempinski era un auténtico palacio, grande y majestuoso, al estilo británico del mil novecientos, aunque no llegaba a ser completamente modernista. Tenía salones impresionantes con sillones Chester en los que leer un buen libro o admirar uno de los catálogos de excursiones. Y la piscina era inmensa y de un color azul índigo, con el suelo de cuadros blancos y negros. Se quedó mirando los largos pasillos, profusamente decorados, al terminar el *brunch* , tan copioso que estaba segura de que no cenaría aquella noche. Tenían todo el día libre, así que habían decidido pasear por la ciudad.

–Es mejor que te compres el sombrero en un zoco –le dijo Alexia, que ya había estado en El Cairo muchas veces–. Son más baratos.

–Tienes razón. Estas tiendas parecen carísimas.

–Lo son, no tanto como en España, pero son caras. Además, es más típico pasear por un zoco, ¿no?

–Eso por supuesto. Lo estoy deseando. ¿Y Juanma?

–En el baño. Creo que ha comido demasiado –se rio, justo en el momento en el que él se acercaba hasta ellas con una amplia sonrisa.

–No os riais de mí. Vosotras también habéis comido demasiado. ¿Nos vamos?

Pidieron un taxi en recepción, y en él se adentraron por las calurosas calles de la ciudad. Habían decidido no contratar las excursiones programadas del hotel a sabiendas de que el guía se lo habría aprendido todo de memoria y apenas se pararía a observar los pequeños detalles. En realidad, lo que les apetecía no era un día típico de turista, sino unas horas impregnándose de los aromas de aquella asombrosa ciudad. Así se llevarían un recuerdo diferente.

Entraron en Khan el Khalil, la joya de la corona de los bazares de El Cairo, donde les habían dicho que se podía encontrar cualquier cosa, hasta lo aparentemente más imposible. Las paredes eran de piedra, y los techos, adornados con arcos de medio punto que separaban los cientos de pasillos repletos de puestos maravillosos que parecían la cueva de Alí-Babá. Vendían tantas cosas que era imposible pararse en todos. Botellas con dibujos hechos de arena de colores; vasijas, teteras y narguiles; joyas de plata y bisutería; bolsos de cuero; cajas decoradas con incrustaciones en marquetería, como las que son tan típicas en Granada; especias que desprendían una mezcla de

aromas casi insoportable de aguantar, pero, al mismo tiempo, tan exótica que uno quería impregnarse de todas ellas; pufs de piel, mesas de madera labradas, kilims y alfombras de preciosos dibujos y colores; túnicas, babuchas y fulares con telas tan bonitas que era imposible no quedarse mirándolas. Pero Charlotte no encontró ningún puesto de sombreros.

Decidió comprarse un precioso fular azul noche, cuya tela brillaba como si tuviese salpicaduras de purpurina. Era tan bonito que deseó que ya fuera de noche para lucirlo sobre sus hombros. Juanma compró unas figuritas de camellos para regalo, y Alexia una túnica y unas babuchas a juego para llevar por casa. Como en verdad parecía una ropa muy agradable para sentarte en el sofá y leer un buen libro, también Charlotte decidió al final comprarse unas.

Después se detuvieron ante un puesto que vendía dedales; cientos de dedales de todos los tamaños y tipos, dorados, plateados, en color cobre, algunos brillantes y otros de colores. Recordó que, en una escena de su película favorita, la chica se había parado a mirar los dedales de un puesto en un zoco. La verdad es que no recordaba si era en El Cairo, pero sí en Egipto. «Quizás aquella bonita escena la rodaron aquí mismo», pensó Charlotte con una sonrisa.

Cogió un pequeño dedal. Se parecía mucho al que la protagonista llevaba colgado en el cuello, regalo su amante, y lo admiró como si fuera una joya. Mientras se acordaba de la romántica película, se fijó en que Juanma y Alexia tonteaban a unos metros de ella. Parecían estar muy a gusto el uno con el otro. Se notaba que a ella le gustaban sus bromas y tonterías, mientras que él, por su mirada, estaba claro que estaba deseando llevársela a la cama.

Decidió darse la vuelta para no seguir mirando una escenita que empezaba a ser cada vez más íntima. Al instante, el vendedor la asaltó a preguntas sobre el precio que quería pagar por el dedal. Nunca se le había dado bien regatear, así que decidió marcharse, pero el hombre salió tras ella, casi tocándola, para que volviera. Al principio le sonrió, repitiéndole varias veces que no lo quería, pero luego se sintió casi obligada a seguirlo al interior de la tienda. Se quedó asombrada. Estaba llena de preciosas figuritas de dioses egipcios, algunas en negro y dorado y otras en colores vivos. El vendedor le propuso con señas si quería que le sacara alguna, y, aunque ella volvió a decir que no, no le hizo ningún caso y le mostró una figurita de un gato con los ojos pintados en dorado.

–Es la diosa Bastet. Adorada desde la segunda dinastía, representa la protección y la armonía de los hogares y los templos –escuchó tras ella en un perfecto español.

Se dio la vuelta, sorprendida de que un vendedor hablase tan bien su idioma. Pero quien estaba allí era aquel tipo engreído, el que parecía ser la pareja de Andrea Duarte, su jefa.

–Gracias por la información –le dijo un poco intimidada–. Si es así, entonces tendré que comprarla.

–Deje que se la regale.

–No hace falta. ¿Por qué? No es necesario –repitió, pero él ya se había acercado al mostrador y estaba pagando al vendedor, muy sonriente ahora.

Una vez fuera, no vio a Juanma ni a Alexia por ningún lado. Debían de estar cerca, pues no había pasado mucho rato en la tienda, pero estaba claro que los había perdido por ahora.

–¿No habrá venido sola? –le preguntó él con su aire de noble–. Es peligroso para una mujer.

–No, hemos venido toda la tripulación. Estaban aquí hace un momento, pero me he distraído en esa tienda y ahora ya no los veo. –Miró a su alrededor buscándolos.

–Estas tiendas pueden ser una perdición absoluta. Son como un museo.

–Totalmente –dijo, intentando ser agradable, pues él estaba siéndolo también.

–No se preocupe, la acompañaré –se ofreció–. ¿Pensaba ir directamente al hotel ahora?

–Pues la verdad es que no habíamos quedado en nada... –respondió caminando despacio a su lado–, pero no hace falta que me acompañe, de verdad.

–Sí que hace falta. Las calles de El Cairo son bastantes peligrosas para una mujer sola.

–Creo que me las arreglaré –soltó, más tosca de lo normal.

–De ninguna manera, no voy a dejar que se vaya sola. Buscaremos al resto de la tripulación, si le parece bien.

–Está bien. –Ya no se le ocurrían más argumentos para negarse.

Caminaron durante unos minutos sin apenas decir nada, mirando a su alrededor por si veían a Alexia y Juanma, pero parecía que se les hubiese tragado la tierra. Charlotte empezaba a imaginarse por qué.

–No se preocupe, seguramente habrán ido al hotel.

–Seguramente –contestó ella lacónicamente.

–Si quiere, podemos tomar un té mientras esperamos, por si vuelven. –Bajó la mirada, como si se sintiera un poco avergonzado–. Aunque es bastante difícil regresar al mismo punto del zoco si no se conoce bien. Pero, por si acaso...

–No, gracias. No tiene que cuidarme ni nada parecido. Lo sabe,

¿verdad?

–No es eso lo que estoy haciendo –sonrió.

–Pues lo parece.

–Perdone, pero... noto que está usted un poco tensa conmigo. ¿Es así o estoy percibiendo mal sus reacciones?

–¡Vaya! ¡Directo al grano! –exclamó ella–. Pues, ya que lo dice..., no me gusta que me llamen pesada en mi primer día.

–¿Pesada? No entiendo a qué se refiere –repuso con una extrema educación.

–Bueno, la azafata me dio su recado.

–Ahora sí lo entiendo... –Movió la cabeza–. Debe saber que la señora Duarte es mayor y tiene sus manías. Viaja demasiadas veces al año y, en fin, tiene esas cosas. A veces puede resultar un poco desagradable, no lo niego –trató de disculparla.

–Entonces ¿no ha sido cosa suya?

–Pues no. A mí no me molestó su voz; al contrario, me ha parecido muy bonito todo lo que ha dicho, incluyendo la última frase.

–Pensaba que... En fin, discúlpeme entonces. Alexia me dijo que usted se lo había dicho.

–Y así fue, porque la señora Duarte me lo pidió –sonrió–. A veces soy algo así como el chico de los recados.

–¡Perdóneme, por favor! –se rio de sí misma y de su estupidez–. Ya me di cuenta de que tiene un carácter un poco difícil el día que la conocí.

–¿Cuando le hizo la entrevista?

–Sí, ese día.

–La vi desde la terraza –le confirmó.

–Así que me vio. –Ella se sorprendió de que lo reconociera tan abiertamente.

–Discúlpeme usted a mí ahora, pero no suelo olvidar a las personas que me resultan agradables.

Sintió que se ruborizaba, y bajó el rostro para que él no se diera cuenta. ¿De qué estaba hablando? ¿Cómo iba a fijarse en ella?

–Aquí es –le señaló él, retirando la cortina de gasa que cubría la puerta de una exótica tetería.

El espacio parecía sacado de *Las mil y una noches:* las mesas eran todas labradas de madera oscura, los asientos y los pufs de telas bordadas con hilos dorados y plateados, y olía al dulce del incienso mezclado con el tórrido aroma de las pipas de agua.

Un camarero, vestido con una túnica bordada también con hilos dorados, se acercó enseguida. El hombre lo saludó, y después pidió lo que iban a tomar en un perfecto inglés. Ella pidió un té con

hierbabuena y él, otro con canela.

–Parece que conoce este sitio.

–Así es, me gusta venir siempre que tengo un rato libre.

–Imagino que no tendrá muchos con tantos viajes.

–Bueno, en realidad, yo acompaño a la señora Duarte. Así que no siempre estoy ocupado.

–¿Y qué es lo que han venido a buscar esta vez? ¿Una estatuilla antigua, parecida a las que hemos visto, pero de verdad?

–Eso suena muy cinematográfico –sonrió–, pero es bastante complicado sacar piezas antiguas de Egipto. Las autoridades persiguen a quienes lo hacen desde hace tiempo, y se lo toman bastante en serio.

–¿Entonces? ¿Qué han venido a buscar?

–La verdad es que no puedo hablar mucho del tema porque no sé demasiado, pero es algo así como un mapa.

–¿Un mapa? ¡Vaya! ¿De un tesoro, quizá?

–Veo que tiene mucha imaginación –volvió a sonreír, y esta vez su sonrisa le resultó realmente agradable.

–No tanta, eso está en cualquier cuento de los que leía de pequeña.

–Si supiera más del tema, se lo diría, de verdad, pero no es el caso.

–¿Usted no es coleccionista también? –indagó.

–Pues no. Yo también colecciono antigüedades, pero con forma de mujer –se rio solo.

Charlotte dejó escapar una carcajada. No esperaba que él fuese a bromear con ese tema.

–La gente va a hablar de todas formas, ¿no? Es mejor tomárselo a broma.

–Hace bien. Es cierto, la sociedad es muy machista. Si fuese al revés, si usted fuese quien tuviese... –titubeó.

–Más de setenta... –aclaró él.

–Más de setenta –continuó Charlotte–, y ella tuviese unos treinta y...

–Siete –la sacó de dudas.

–Treinta y siete, no pasaría nada. Pero, como es usted más joven que ella, la gente no lo entiende. Y no sé por qué. ¿Qué importa la edad en el amor?

La miró con cierto retintín, como si quisiera averiguar si ella había dicho la palabra «amor» en serio o se estaba burlando. Le pareció que no bromeaba, así que siguió la conversación.

–Pues ya ve, el caso es criticar. Andrea es una mujer complicada, lo reconozco, pero también tiene un lado bueno, muy bueno, excesivamente bueno, que compensa todo lo demás. –Tomó un sorbito de su té.

Charlotte se preguntó cuál sería ese lado excesivamente bueno, y se imaginó que él podía tener todos los caprichos que quisiera. Seguramente se refería a eso.

–¿Llevan ustedes mucho tiempo juntos? –se arrepintió en cuanto hizo la pregunta.

–Va a hacer siete años ya.

–Entonces se conocieron cuando usted era muy joven... –echó rápidamente la cuenta.

–Una cosa –la sorprendió–: ¿le importa si dejamos de hablarnos de usted? Me sentiría más cómodo si nos habláramos de tú, si no le importa.

–Claro, ¿por qué no? Pero ni siquiera recuerdo su nombre..., tu nombre.

–Es cierto. Me llamo Alan.

–Alan, me gusta. Es un bonito nombre.

–No es mi nombre verdadero. Andrea me lo cambió, porque dice que el mío no suena demasiado bien.

–¿Y cuál es? No puede ser tan feo como para cambiarlo.

–No es por eso. Me llamo Aarón. Es un nombre judío.

–¿Es usted judío?

–Lo soy.

–Pues me parece un nombre precioso –sonrió ella.

–Lo es, pero es demasiado judío para Andrea y sus amigos coleccionistas, la mayoría europeos.

–¿Es que no hay coleccionistas judíos?

–Sí que los hay, y son bastante conocidos, pero, en este caso, ella es la coleccionista. Yo soy sólo su acompañante en busca de tesoros perdidos.

–Pero usted es algo más. Es su novio.

–Cierto. Soy su novio, pero para el resto de coleccionistas tengo nombre inglés.

–Pues perdóneme, pero no lo entiendo. No debería habérselo cambiado.

–Ya es tarde –repuso, con la mirada fija en un punto frente a él, como si de verdad lo lamentara–. Es tarde para muchas cosas.

–¿A qué se refiere?

–A nada, no me haga caso. Y también es tarde, por cierto, para que sus amigos vuelvan.

–De todos modos, si han vuelto no creo que nos encuentren aquí dentro –rio ella.

–Cierto, no lo había pensado.

–Yo sí, pero da igual. Usted ha decidido acompañarme al hotel, así

que...

–Por supuesto, no voy a dejarla sola. –Una sonrisa alegró su rostro de nuevo–. Y su nombre, ¿Charlotte? Es usted española como yo, ¿verdad?

–De Madrid.

–¡Yo también! –se alegró.

–Dos madrileños bebiendo té en El Cairo.

–Los madrileños estamos por todas partes.

–Es verdad. Pues me llamo así porque a mi madre no le gustaba cómo sonaba Carlota, pero Charlotte siempre le gustó. Así que no hay ningún misterio detrás, como en su caso.

–¿Puedo decirle algo sin importunarla?

–Depende de lo que sea. ¿Es algo que podría molestarme? –respondió elocuente.

–Creo que no –rio brevemente. Giró la cabeza un poco–. Es sólo que me pareces preciosa, Charlotte. Lo pienso desde que te vi desde la terraza.

Charlotte calló. Sintió que se ruborizaba de nuevo, y esta vez no podía esconder su rostro. Bebió un sorbito de su té y se quemó la lengua, pero trató de disimularlo.

–Perdona si te he molestado.

–No, no es nada –se aclaró la garganta–. Es que no me lo esperaba. Es absolutamente visible que tú eres mucho más guapo que yo, así que no estaba preparada para escuchar algo así.

–¿Yo, guapo? Yo no me veo así.

–Bueno, atractivo.

–¿Te parezco atractivo?

–Creo que me estoy metiendo en un lío...

Esta vez fue él quien soltó una sonora carcajada. Después, se quedó mirándola como si no fuese a haber un mañana nunca más.

–Será mejor que volvamos. ¿Qué harás esta noche?

–¿Esta noche? ¿Dormir? –Ella levantó una ceja.

–Quiero decir antes de irte a dormir. ¿Vas a cenar?

–¡Ah, sí! Pensábamos cenar todos juntos –intentó eludir su pregunta–. ¿Te apuntas? –dijo sin saber por qué.

–Me encantaría. –No dejaba de sonreír.

–¿No cenas con la señora Duarte?

–Andrea no volverá hasta mañana. Está en Assuan.

–¡Vale, pues entonces cenas con nosotros!

–¡Estupendo!

Pagó la cuenta y se despidió amablemente con algo parecido a un abrazo con el camarero y probablemente dueño de la tetería. Ya no

parecía el mismo estirado que había entrado en el avión. Ahora se parecía más al hombre que había visto haciendo taichi en la terraza.

–¿Haces taichi? –preguntó al acordarse de ello–. Te vi la mañana de la entrevista en la terraza.

–Hago muchas cosas. Ya te he dicho que tengo mucho tiempo libre –dijo mientras se acercaban a un taxi en la parada del zoco.

Le abrió la puerta, y él se sentó a su lado, hablando con el taxista para que los llevara de vuelta al hotel.

–Te manejas muy bien con ellos –se admiró Charlotte.

–¡He estado aquí tantas veces!

–¿Y siempre que vienes tienes días libres? ¿Nunca vas con ella?

–Suelo ir con ella, pero esta vez es distinto.

–¿Distinto?

–Lo siento, pero ya sabes que no puedo decir mucho sobre el tema.

–Lo sé, disculpa. No pretendía inmiscuirme. Sólo que me extraña que no estés con ella. Pensaba que tú también entendías de arte.

–Y entiendo. Soy arqueólogo.

–¿En serio? –De nuevo la sorprendía, aunque no quiso decírselo.

–Terminé la carrera hace algunos años. Así fue como la conocí. Yo también fui a una entrevista en su casa; necesitaban a alguien que supiese reconocer las piezas, no para decidir si eran auténticas, de eso se encarga un experto, pero sí para datarlas, el nombre si lo tenían, etcétera.

–¿Y ya no haces ese trabajo?

–Sigo haciéndolo.

–Cierto, pero esta vez es algo distinto. Ya me lo has dicho antes. Siento preguntar tanto.

–Esta noche me hablarás de ti –le dijo, mirándola fijamente a los ojos cuando el taxi paró en la puerta del fastuoso hotel.

No le contestó. No estaba muy dispuesta a hablar de sí misma con casi nadie, y menos con alguien a quien acababa de conocer y que además era algo así como su segundo jefe. Se alegró de no haber dejado que él la invitara a cenar. Era mejor si estaban con la parejita; por cierto, esperaba que hubiesen llegado al hotel sanos y salvos.

Salió del taxi y le abrió la puerta, y luego, en el hotel, le cedió el paso. Era tan caballeroso que tanto protocolo empezaba a agobiarla. Alan preguntó al recepcionista por el copiloto y la azafata.

–Puedes estar tranquila. Están aquí. Esto es para ti, te lo han dejado ellos, por si volvías antes.

–Gracias por todo.

–No hay de qué. ¿Nos vemos en el vestíbulo esta noche entonces? ¿A las nueve?

–Sí, es una buena hora. Será una cena informal –añadió, por si se le ocurría ponerse un traje de marca.

–Está bien. Me gusta la idea. –La acompañó hasta el ascensor–. Hasta esta noche entonces.

–¿No subes? –dijo ella entrando.

–Estoy en la otra ala del hotel –respondió sonriente

Cuando se cerraron las puertas, su rostro fue lo último que vio. Charlotte se dio la vuelta inmediatamente y se miró al espejo. Nunca se había sentido mayor, pero ahora estaba contando los años que le llevaba con los dedos. Casi siete. Eran muchos, aunque apenas se notaba la diferencia de edad. «Pero ¿en qué estoy pensando?», se asustó. «¿Qué más dan los años que le llevo si no voy a tener nada con él?». Era muy atractivo y se sentía adulada, le había dicho que le parecía preciosa, pero era el novio de Andrea Duarte, su jefa. Se sintió estúpida al entrar en la habitación. Decidió leer la nota que le habían dejado sus compañeros.

«Sentimos haberte perdido. Hemos vuelto al mismo sitio, o eso creemos, porque todas las calles eran iguales, pero ya no estabas. Así que hemos vuelto al hotel. Mándame un *whatsapp* para saber que estás bien, por favor. Nos vemos esta noche, Juanma».

Alguien llamó a la puerta con unos golpecitos. Sería Juanma, seguramente. Corrió a abrir, y se quedó petrificada cuando lo vio de nuevo en la puerta.

–Olvidé darte a Bastet –dijo, entregándole el paquete con la estatuilla.

–Gracias –lo cogió–. ¿Cómo sabías cuál es mi habitación?

Sonrió e hizo un gesto muy gracioso sin contestar.

–Ya... Es una pregunta tonta, ¿verdad?

–Verdad.

–¡Espera! No te la he pagado.

–Ya te dije que era un regalo –respondió marchándose por el pasillo–. ¡Nos vemos esta noche!

Se quedó mirando cómo se iba hasta que lo perdió de vista. Luego abrió el paquete con rapidez, rompiendo el papel y quitando el plástico protector. La diosa gato negra como el ébano resplandeció ante sus ojos.

Se la había regalado, como el conde búlgaro de la película *El paciente inglés* le había regalado el pequeño dedal a la chica. No sabía cómo debía tomárselo. Por primera vez en mucho tiempo se sentía atraída por alguien, aunque sólo fuese por su aspecto serio pero al mismo tiempo amable y cálido, o por su cuerpo absolutamente perfecto. Sin duda, se había fijado demasiado en él, más de lo

necesario.

Dejó la estatuilla sobre la cómoda y se lanzó sobre la cama. Cerró los ojos, pero no pudo ver otra cosa que su sonrisa.

4. La diosa Bastet

Cenaron en un pequeño restaurante egipcio del que habían hablado muy bien a Juanma. Compartieron los platos típicos, maxsi, baba ghanoush, fatta y dukka, y después se endulzaron con un delicioso postre llamado baklava. Alan los deslumbró con su conversación culta y elegante. Se sabía de memoria los nombres de casi todos los faraones de todas las dinastías, además de los nombres de los dioses y diosas y otros ídolos. Era fascinante escucharlo contar historias míticas de aquella increíble civilización, pero lo que más les encantó fue cuando dijo que aún no se había descubierto Egipto realmente, pues quedaba tanto por excacar bajo la arena que seguramente ellos ni siquiera llegasen a verlo.

Aunque al principio Juanma puso cara de querer matarla cuando les dijo que lo había invitado, poco a poco se fue mostrando más abierto hacia él, hasta que todos disfrutaron de una conversación distendida y agradable. No los coartaba; al contrario, su manera de hablar enigmática y misteriosa provocaba muchas preguntas que se sucedían una tras otra, y él intentaba contestarlas todas. Se sintió muy cómodo, y consiguió que los demás se sintieran así también.

Tras la cena, una bailarina de danza del vientre los deleitó con los movimientos de sus caderas, realmente impresionantes. Más aún cuando se acercó a la mesa y se recreó agitándose frente a Alan, como si él fuese el único hombre en aquel restaurante lleno de gente. Él no pareció avergonzado por el baile, sino más bien al contrario; se regodeaba con cada uno de sus gestos y movimientos de una forma tan intensa que despertó sentimientos encontrados en Charlotte. Entre la rabia y unos celos completamente absurdos que tuvo que tragarse junto a su bebida, un karkadé, elaborado con flor de hibiscus. No llevaba alcohol, pero aun así se sentía un poco borracha por lo agradable del momento. ¡Hacía tanto tiempo que no se sentía tan bien!

Alan miraba directamente a los ojos de la bailarina, aunque de vez en cuando bajaba los ojos para admirar su cuerpo. Por un instante, a Charlotte le pareció que la mujer se sentía un poco cohibida, y adivinó su alegría cuando la música cesó y dio casi por terminado el baile, subiendo al escenario de nuevo para acabarlo con una percusión constante, cada vez más rápida, llegando al clímax de su danza.

Cuando calló la música, su pecho subía y bajaba agitado mientras saludaba a su público. Anntes de marcharse por donde había aparecido, no dudó en echar una mirada al hombre que la había cautivado tanto como para arriesgar su compostura de cultura musulmana. Él le devolvió la mirada, que inmediatamente volvió a Charlotte, quien lo miraba a su vez con el rostro serio y una expresión un tanto asombrada, pero pronto él regresó a aquella expresión de ingenuidad con la que ya la había sorprendido antes. Era como si se debatiese constantemente en una dualidad entre ingenuo y sabio, pensó Charlotte, que empezaba a preguntarse si era realmente como se mostraba o si ocultaba algo.

–Ha sido increíble –dijo para que todos lo oyeran.

–Sí, lo ha sido –respondió ella sin querer decir más, pero diciendo ya demasiado.

Él sonrió. Su rostro expresaba satisfacción, como si supiera que se sentía un poco celosa. Ella miró hacia otro lado y empezó a charlar con sus amigos, olvidándose de él. Y, por más que Alan intentó volver a acaparar su atención, no se lo permitió. Se mantuvo ocupada durante el resto de la noche, empeñada en hablar y bromear con todos, sin prestar atención especialmente a ninguno de ellos, y mucho menos a él.

Pidieron unas infusiones. Por supuesto, nada de alcohol, no podían olvidar que estaban cenando con el jefe por primera vez. Y poco después decidieron regresar al hotel, aunque era temprano. Sabían que al día siguiente tendrían que volar, probablemente al anochecer, así que preferían estar descansados.

Juanma y Alexia se despidieron con rapidez, como si tuviesen la intención de pasar parte de la noche a solas. Charlotte también quiso marcharse con prisas y dijo adiós en el vestíbulo con la mano.

–¿Te ocurre algo? –le preguntó Alan.

–En absoluto –respondió–. Es sólo que soy la comandante de tu avión, y es mejor que me vaya a dormir temprano.

–Sé que eres la comandante. No hace falta que me lo recuerdes.

–Tampoco pasa nada porque lo haga, espero –respondió con brusquedad.

–No, claro que no pasa nada, pero pensaba que empezábamos a ser

amigos –se puso serio.

–No creo que sea una buena idea. Eres mi jefe y...

–¿Tu jefe? Esta tarde también lo era. ¿Qué ha pasado ahora?

–Nada –sonrió, intentando salir del atolladero con la mejor excusa posible–. Es sólo que no creo que sea bueno intimar.

–¿Intimar? Sólo hemos ido a cenar con un par de compañeros.

–Está bien, eso está bien, pero nada más.

–¿Nada más? –se sonrió, como si empezara a descubrir lo que ella estaba pensando.

–Oye, ¡dejémoslo! Creo que estoy hablando de más, y no puedo echarle la culpa al alcohol porque no he bebido nada, así que debe ser el cansancio.

–Está bien, como prefieras. Pero ¿seguimos siendo amigos? –Puso cara de no haber roto un plato en toda su vida.

–Sí, seguimos siendo amigos. –Charlotte cedió con otra sonrisa, olvidando todos los sentimientos y sensaciones extrañas que él le había provocado minutos antes.

–Hasta mañana –le dijo entonces él, delante del ascensor.

–Hasta mañana –respondió ella, casi rezando para que las puertas se cerrasen pronto y él dejase de desnudarla con la mirada.

* * *

La puerta de la *suite* estaba entreabierta. Andrea miraba un plano sobre la mesa de cristal del salón y señalaba puntos en el papel. Su asistente, Ivania, una chica del este, siempre dispuesta y arreglada como si acabase de salir de un estilista, anotaba todo lo que la mujer le decía. Alan dio unos golpecitos antes de entrar y luego se escurrió sigiloso hasta donde estaban ellas.

–Ya estás aquí –dijo Andrea, dejando que él la besara en la mejilla–. Has vuelto pronto.

–He ido a cenar con la tripulación y, ya sabes, quieren acostarse temprano para estar descansados mañana. Y vosotras, ¿cuándo habéis vuelto?

La asistente lo miró con la expresión de ganadora de una niña caprichosa. Siempre le había dado la impresión de estar compitiendo con él por la atención de Andrea. Él no pretendía nada parecido, pero quedaba claro que últimamente ella estaba ganando.

–Hace un par de horas. Y desde entonces estamos aquí, trabajando. ¿Por qué no te acuestas y ya te cuento mañana?

–Está bien –La besó de nuevo.

No iba a compartir con él sus nuevos descubrimientos, no por el

momento. Quizá más adelante, cuando lo necesitara para datar algún elemento o simplemente porque necesitara contarle cómo se sentía de perdida. Andrea Duarte era una mujer fuerte, pero a veces le hacía falta relajarse y rebajar la tensión. Se había hecho a sí misma de nuevo tras la muerte de su marido, el verdadero Andrea Duarte, de quien había tomado el nombre porque era reconocido en todo el mundo. No en balde ella, Sofía, había estado a su lado casi desde el principio, y lo estuvo también al final de una larga enfermedad que le costó dos años de médicos y casi perder todo su patrimonio por el carísimo tratamiento en Estados Unidos.

Ella nunca le hablaba demasiado de aquello, pero las veces que lo había hecho no le había importado mostrarse vulnerable. Sabía que había amado profundamente a su marido, y también sabía que a él nunca lo amaría así. Ni siquiera podría decir que ella lo amaba, simplemente le gustaba, le atraía y le había tomado muchísimo cariño. Él había sabido apoyarla cuando su esposo murió, había estado ahí en todo momento.

Su trabajo había sido cubrir la parte técnica en la búsqueda de nuevas piezas durante los primeros meses, pero pronto empezaron a intimar. Su relación se convirtió en algo más íntimo y menos profesional cada vez, hasta que prácticamente su trabajo se fue convirtiendo en otra cosa. Ni siquiera recordaba cómo había empezado a cambiar la termoluminiscencia por la tenue luz de las velas que Andrea solía encender en el dormitorio cuando hacían el amor. Se acordaba del día en que la conoció, pero no del día o la noche en que se metió en su cama. O quizá no quería recordarlo.

Al día siguiente, tenía un Rolex sobre la mesilla de su habitación. Y a partir de ahí las normas empezaron a cambiar. Después fueron un par de gemelos de oro, con un traje de Hugo Boss que debía ponerse con la camisa que acompañaba a todo el conjunto, con unos zapatos italianos y ropa interior a juego. Lo colocó todo en el armario-vestidor del dormitorio que ella le había asignado en la casa de Barcelona. Y, según iban pasando los días y las noches, el vestidor fue llenándose, como por arte de magia, hasta que llegó un día en que ya no pudo echarse atrás. Tenía treinta años y ni un euro en el bolsillo. Sólo era propietario de los muchos sueños que guardaba en su maleta casi vacía al llegar. Resultaba difícil negarse al trato elegante, a los perfumes más caros de una mujer que sabe maquillarse y vestirse tan bien como para aparentar veinte años menos. Una mujer que empezó a retocarse cuerpo y rostro con la única intención de parecer cada día más joven, para él, y sólo para él.

Empezó a llenar sus días con clases de taichi, de yoga, de arte, e

incluso de un máster que lo ayudaría a sacarse el doctorado. Y de vez en cuando, para que no se sintiera herido en su ego, ella lo llamaba para datar alguna pieza. Así lo mantenía a su lado, haciéndole creer que lo necesitaba, que era importante para su trabajo, además de darle la pequeña satisfacción de seguir disfrutando con lo que él más amaba, con lo que había sido su vocación desde que, siendo un niño, su padre le trajo una caja de fósiles comprada en una juguetería cercana.

Había pensado muchas veces en sus padres, en lo que le dirían si supieran que no se estaba empleando a fondo en su carrera, sino en otra carrera más rápida, con la que ganaría más dinero y se codearía con lo más granado de su profesión, pero que ya nunca más sería suya, pues había sido absorbido, eclipsado y caricaturizado por la afamada coleccionista Andrea Duarte.

Por eso, cuando los visitaba o hablaba con ellos por teléfono, fingía ser quien no era y disimulaba sobre lo que hacía. Él, el protegido, el cuidado, a quien habían dado todas las herramientas necesarias para estudiar lo que él había elegido, y que ahora había cambiado por el dinero en el bolsillo de un traje de marca distinto cada día y un Rolex que brillaba en su muñeca como lo había hecho el sarcófago de Tutankamón ante los ojos asombrados de Howard Carter. 18

Se metió en las delicadas sábanas delicadas sólo vestido con un *slip* . Sabía que, cuando se sintiera cansada de trabajar, Andrea iría a dormir a su lado, o lo despertaría, como tantas otras noches en las que él se quedaba dormido leyendo un libro de arqueología. Entonces solía pedirle que le hiciera el amor, sacándolo de su sueño en el que a menudo volvía a ser aquel chico que soñaba con descubrir momias y estatuillas como la de la diosa Bastet, la que le había regalado a Charlotte aquella tarde.

Pensó en ella y se sintió bien, tanto que no le apetecía leer aquella noche. Apagó las luces dando una palmada y cerró los ojos para ver su rostro, sus ojos claros brillando sobre su piel oscura y su melena rizada sobre los hombros.

Al rato, Andrea entró con sigilo en la cama, convenientemente desnuda. Él estaba ya medio dormido, pero ella sabía que estaba esperándola. Lo que no sabía es que él estaba más preparado que nunca para hacerle el amor aquella noche, porque se había despertado en él un deseo acuciante. Andrea encontró lo que buscaba y acabó satisfecha, mientras Alan dejaba escapar una lágrima sobre la almohada. Era la primera vez que su vida se le caía encima como una losa que no podía levantar, y aquello lo estaba ahogando. Había habido otras Charlotte, nuevas ilusiones que pensó que lo

mantendrían a flote, pero no había sido así. Todas habían resultado ser como castillos de arena que se deshacían sin remedio con la llegada de la primera ola. Sin embargo, aquel tiempo había pasado.

La mujer se dio la vuelta, dejando un rastro de perfume sobre él, y se recostó mirando hacia el otro lado de la cama.

–¿Qué es lo que hemos venido a buscar a El Cairo? ¿Por qué no me lo has querido contar esta vez? –se atrevió a preguntar Alan.

–Es mejor que no sepas nada por ahora –respondió ella con brusquedad.

–¿Por qué? ¿Es que esta vez no me necesitas?

–Por ahora, no. Cuando te necesite, te lo diré.

–¡No puedes tratarme así, Andrea! –levantó la voz.

Se había incorporado y la miraba fijamente. Andrea se dio la vuelta para verlo. Su rostro estaba casi descompuesto por el cansancio y el sueño, y también por la sorpresa. Y no sólo por su reproche; le había hecho el amor de una forma diferente.

–Así ¿cómo? Dime, ¿cómo te estoy tratando? ¿Acaso no tienes lo que quieres? ¿No has ido de compras mientras yo no estaba y has gastado lo que has querido?

–No siempre se trata de eso, Andrea. No es siempre por el dinero.

–Entonces, ¿por qué? ¿No trabajas por dinero como todo el mundo?

–¡Claro que sí! Pero, según lo dices, parece otra cosa.

–¡Y es que hay otra cosa también! –gritó, cada vez más enfadada–. ¡No vamos a obviar que también estás aquí para hacerme compañía!

–¡Y eso es lo que quiero hacer! Como al principio, cuando me llevabas contigo para datar las piezas. ¿Es que ya no valgo por mi trabajo?

–Vales mucho, no hace falta que te lo diga. Pero, créeme, esta vez es distinto.

–¿Qué tiene de distinto?

–Esta vez lo estoy haciendo por ti.

–¿Por mí? –preguntó tras una risita sarcástica.

–Sí, por ti. Aunque no lo creas, intento protegerte. Cuanto menos sepas, mejor para ti.

–No entiendo. ¿Se trata de algo ilegal o peligroso?

–Podrían ser las dos cosas, primero tenemos que averiguarlo. ¿Lo entiendes ahora?

–No me importa, quiero estar a tu lado. –Se tumbó de nuevo y se abrazó a su cuerpo, como si fuera un tronco en la superficie de alta mar–. Quiero ir contigo otra vez, quiero participar y vivir contigo cada momento. ¿No te acuerdas de cuánto disfrutábamos?

–Sí, lo recuerdo muy bien. –Le dio unos golpecitos en la palma de la mano, intentando confortarlo–. Confía en mí. Te lo contaré todo cuando pueda hacerlo.

–Pero esa bruja de tu asistente lo sabe todo ya, ¿verdad?

–¡Oh, por Dios, Alan! –exclamó, zafándose de él.

Andrea se levantó de la cama. Alan vio su cuerpo desnudo en la penumbra de la habitación. Habían pasado los años y no se había dado cuenta. No la había visto tan avejentada la última vez que hicieron el amor. De repente se encontraba frente a frente con la verdad, cruel e inmutable, como el paso del tiempo.

–No pretendía enfadarte –dijo él, levantándose también.

–¡No te muevas! No voy a hablar más contigo esta noche. Me voy a la otra habitación. –Y abrió la puerta de la contigua tras ponerse la bata de seda negra.

–¿Cuándo has dejado de quererme? –le preguntó mientras se marchaba.

–No voy a contestar a eso, ahora no. Me voy a dormir –respondió impasible, cerrando tras de sí.

Unos instantes después, la puerta se abrió de nuevo y Andrea apareció de nuevo, envuelta en la bata de seda. Alan pensó que venía a aclarar la situación, pero su rostro no se había relajado y mantenía la misma postura rígida.

–Olvidaba decirte que la semana que viene iremos a Jerusalén. Siempre has querido volver, ¿no? Por eso te lo digo, porque pensé que te gustaría.

Alan asintió con la cabeza, sin decir nada. La puerta volvió a cerrarse, y oyó los pasos de Andrea acercándose a la cama.

Llevaba a Jerusalén en la memoria desde que aún de niño fue allí con sus padres. Una ciudad que lo era todo para millones de personas en todo el mundo, en guerra permanente, con tanta historia de sangre derramada, pero que para él era tan sólo un recuerdo feliz al visitar en familia el lugar de sus ancestros. Ninguno de ellos había nacido allí, todos eran españoles, pero Jerusalén era el corazón de los judíos. Sin embargo, Alan no sentía la religión de cerca; más bien al contrario, era tan ajena a él como Andrea en aquellos momentos. Nunca fue demasiado creyente y ni mucho menos practicante. Su única religión había sido la arqueología, y ahora también se sentía ateo en esa materia.

Cerró los ojos. Había saciado su deseo con Andrea, y aun así no se había calmado en absoluto. Más que deseo, era una sed continua lo que sentía en el corazón. Y un montón de preguntas se sucedían en su cabeza. ¿Qué ocultaba Andrea? ¿Sería verdad que no se lo contaba

todo por protegerlo? ¿O sencillamente se había convertido en su amante y ya nunca volvería a ser nada más?

Él quería más, mucho más. Aunque no con ella exactamente.

5. La reina de las dos tierras

Charlotte había sido bastante brusca con él, y no iba a aceptar que empezaran con tan mal pie.

Sabiendo que no se negaría después de la discusión de la noche anterior, le dijo a Andrea que necesitaría el avión para visitar el templo de Deir el Bahari. [19] Ya era suficiente humillación que no lo dejara participar, así que seguro que le permitiría que hiciera turismo por su cuenta. Lo había visitado muchas veces, pero siempre le parecía un buen momento para volver, porque era el más bonito y especial de todos los templos del antiguo Egipto. Había sido construido durante la dinastía XVIII, antes de que los colosales monumentos y templos de Ramsés II eclipsaran a todo lo anterior.

Se fijó en el gesto de sorpresa de Charlotte cuando entró él solo en el avión y los saludó como haría el verdadero dueño de un *jet* privado. En su interior no era así, pero sabía fingir muy bien que pertenecía a la más alta clase social, acostumbrado como estaba a aparentar lo que no era delante de los amigos y conocidos de Andrea.

Se sentó en uno de los sillones de piel y pidió a la azafata una copa de champán muy frío. Mientras despegaban, escribió en una hoja de su libreta de anotaciones, la que solía llevar siempre que viajaba, unas palabras para la comandante.

–Es para la comandante. Entréguesela, por favor. Gracias –llamó a la azafata para entregarle la nota en cuanto vio apagada la señal de abrocharse los cinturones.

–Con mucho gusto –respondió ésta, y entró en la cabina.

A Charlotte le costó creer que aquella nota fuese para ella. No estaba acostumbrada a que le propusieran algo así. Sus labios dibujaron una sonrisa sin poder evitarlo y, al momento, le pasó la nota a Juanma, pidiéndole al tiempo que tomara el mando del avión durante unos minutos.

–¡Estupendo! –exclamó su amigo con entusiasmo tras leerla–.

¡Vacaciones! ¡Por fin alguien piensa en nosotros!

Charlotte salió de la cabina para hablar con Alan.

–No creo que sea buena idea –le dijo, de pie frente a él, sentado en el sillón de piel color gris.

–¿Por qué? Estoy seguro de que nunca has visto ese templo.

–Está en los folletos.

–Lo sé, pero casi nunca está en la lista de lo que turistas visitan. Imagino que por falta de tiempo. ¡Hay tanto que visitar que se suelen elegir los más famosos!

–Es un templo famoso –le corrigió.

–Todos los templos de Egipto son famosos, pero éste es especial. Siéntate y te lo explico –le dijo, señalando el sillón de enfrente.

–No puedo hacer eso; soy la comandante, y este avión no vuela solo.

–¡Por favor, Juanma está llevándolo ahora! No te hagas la imprescindible.

Esa frase no le gustó nada, pero, aun así, se vio sin salida y optó por sentarse. Su rostro reflejaba claramente que intentaba parecer brusca y desinteresada. Aquella noche se había cuenta del error que había cometido. No quería entablar más amistad con el jefe ni, peor aún, hacerse amiga del novio de la jefa. Casi se le revolvía el estómago cuando pensaba en ello.

Alan la miró con una expresión de angelito travieso, dispuesto a convencerla, aunque esta vez sabía que le iba a costar un poco. Empezaba a darse cuenta de que Charlotte resultaba complicada cuando iba vestida de comandante.

–Ese traje te queda muy bien –le soltó de sopetón.

–¿Me has sentado aquí para decirme un piropo? –preguntó ella, molesta.

–No, discúlpame. No he podido evitarlo. Estás muy guapa, y tus amigos también, pero, como no os he avisado de que íbamos de turismo, me he permitido el lujo de traer algunas cosas. –Señaló el compartimento con la mirada–. Hace mucho calor en Deir el Bahari.

–Eres increíble. –Ella lo miraba con auténtica admiración, asombrada por lo que eran capaces de hacer los ricos, aunque disgustada al mismo tiempo–. ¡Podías habernos avisado, y habría sido más fácil! Pero no, tenías que hacer el numerito al estilo *Pretty Woman* , ¿verdad? Eso es lo que nunca he comprendido de vosotros, la gente que tiene todo lo que quiere: por qué pretendéis hacer que todos somos iguales, cuando no es así.

–No quería molestarte. Lo que quería era darte una sorpresa.

–Pues lo has conseguido.

–Venga, no te enfades. Ayer te noté muy seria y casi despectiva conmigo. Puede que no sepa comportarme como a ti te gustaría, pero lo único que pretendo es que volvamos a ser amigos.

–Ni lo somos ni lo hemos sido nunca... –«Ni lo seremos jamás», iba a terminar, pero Charlotte no se atrevió a llegar tan lejos.

–Salvo ayer. ¿Qué pasó anoche? ¿Por qué te pillaste ese cabreo?

–No me cabreé, ni tampoco lo estoy ahora.

–Pues lo parece.

–Pues no es eso, es simplemente que...

–Sé sincera, por favor.

–Que pienso que intentas ser mi amigo, de todos nosotros, porque estás solo y te aburres, nada más.

–¡Vaya! Sí que has sido sincera... –Alan sonrió y le ofreció la copa de champán frío.

–¡No puedo beber! –La rechazó molesta.

–Vamos, es Juanma quien está llevando el avión ahora mismo; si no, estaríamos cayendo en picado. A no ser que se esté tirando a Alexia en la cabina..., pero, si fuera así, creo que nos habríamos dado cuenta.

–¿De verdad eres así o te lo haces? –preguntó Charlotte sin poder evitar soltar una corta carcajada–. Sí que eres increíble...

–Eso ya me lo has dicho antes. Me alegra haberte hecho reír.

–Está bien. –Se dio por vencida. Destensó el gesto, dejando que los nervios pasaran de largo–. Dame esa bolsa. Nos cambiaremos en el baño cuando aterricemos.

–Así me gusta –sonrió satisfecho, y tomó un sorbo de la copa.

–Ahora me voy, a ver qué está ocurriendo ahí dentro.

–¡Espera! –La sujetó con suavidad del brazo–. ¿De verdad piensas que os he elegido porque no tengo a nadie más?

Charlotte suspiró antes de asentir con la cabeza.

–Podría tener a quien quisiera, lo sabes, ¿no? –le dijo, mirándola a los ojos.

–Es cierto –rectificó ella. Tenía razón–. Podrías tener a quien quisieras, tienes dinero para eso y para más.

–Exacto.

–Perdona. No debía haber dicho eso.

–Perdonada. –Alan la soltó, pero ella no se movió; se quedó mirándolo fijamente también durante unos largos instantes.

–Es a ti a quien quiero como amiga, a nadie más –soltó él de repente–. Te estoy diciendo la verdad, Charlotte.

–Eso es lo que más me preocupa –respondió ella sin pensarlo.

Y se metió en la cabina de nuevo.

* * *

«La primera de las nobles damas», así les dijo que llamaban a la mujer que se había convertido en faraón, la reina Hatshepsut. [20] El templo de Deir el Bahari había sido construido en su honor por el arquitecto Senmut. [21]

El lugar era tan maravilloso que dejaba sin habla a todos los presentes, tanto que resultaba raro ver a un montón de turistas en silencio paseando bajo sus columnas y sobre sus terrazas. No era sólo por el templo en sí, sino también por la enorme roca en la que estaba excavado y por el desierto que se extendía enfrente, inabarcable, impasible, inmarcesible.

Pero, si el templo se grabó para siempre en su memoria, fue la historia de aquella reina faraón lo que la dejó completamente extasiada. Alan se la explicó con todo lujo de detalles. Había sido un personaje enigmático y único; una mujer que llegaba a mostrarse ante sus súbditos con la barbilla cubierta por una estrecha barba, una mujer que había tenido que transformarse en hombre, a la vista de todos, aunque en la intimidad siguiera siendo sólo una mujer.

–¿Por qué no pudo ser faraona sin más? –le preguntó Charlotte, intentando comprender.

–Eso mismo me he preguntado yo muchas veces –le respondió–. Supongo que eso era aún más imposible de admitir en una época tan antigua, en torno al 1490-1468 antes de Cristo, imagínate.

–¡Dios mío! Casi me resulta imposible echar la vista tan atrás –exclamó Alexia ante la atenta mirada de Juanma, que no dejaba de observar su escote con aquella camiseta de manga corta color beige que Alan había elegido para las chicas.

Sobre todo, porque apenas sabemos nada de esa época, salvo en Egipto, claro. Cierto es que estaban los pueblos de Sumeria, Acadia y otros, de los que proviene nuestra civilización, aunque no lo sé bien, no soy historiador. En todo caso, Egipto era diferente –les contó, mirando hacia el techo, admirado de la majestuosidad del templo en su interior–. Egipto era... Egipto.

–Y míralo ahora... –comentó Juanma, levantando las cejas.

–Cierto. Los imperios siempre acaban cayendo –señaló Alan.

–Hasta el nombre suena maravilloso, parece elegido a propósito para ejercer su poder sobre el mundo –apreció Charlotte.

–Me gusta esa idea. –Alan sonrió.

Habían entrado en el templo y ahora caminaban lentamente entre sus majestuosas paredes y columnas. A cada poco, Juanma y Alexia se quedaban atrás, intentando pasar algunos momentos a solas, así que

Charlotte no tenía más remedio que ir junto a Alan. Cada vez le llamaba más la atención su forma de ser, su manera de comportarse como el hombre culto y educado que era pero al mismo tiempo como un niño aburrido y caprichoso. Seguía sin entender bien qué era lo que buscaba. Era como si jugara con ella, unas veces mirándola tan serio y otras como si quisiera hacerle el amor allí mismo. Y ahora no estaba dispuesta a caer en las garras de nadie que le hiciera sufrir lo más mínimo. Ya había sufrido bastante.

No se convertiría en el juguete roto de nadie, para que después la dejaran abandonada en un rincón. Aún estaba a tiempo de impedirlo. Sólo debía evitar aquellas miradas y aquellos roces descuidados. Seguro que lo había planeado todo de antemano con la única intención de llevársela a la cama. ¿Acaso no eran así los hombres?

Lo miró con cierta aprensión mientras él pasaba la mano por la pared, acariciando los relieves. Él le devolvió la mirada. Seguía hablando sobre aquella reina de nuevo, pero Charlotte estaba segura de que él imaginaba lo que estaba pensando.

–El padre de Hatshepsut, Tutmosis I, logró expandir el Imperio egipcio de manera nunca antes vista, en tan sólo trece años de reinado. A su muerte, algo temprana, su hija era la mejor situada para sucederle en el trono, pues sus hermanos varones ya habían muerto. Algunos historiadores dicen que fue su propio padre quien intentó nombrarla faraón. Otros, sin embargo, consideran que lo hizo por sí misma, tras mucho esfuerzo. ¿Cuál será la verdadera historia? –se preguntó en voz alta.

–Me parece que debe ser la segunda –contestó ella sin pensarlo dos veces–. Siempre es todo muy difícil para las mujeres en este mundo, en este planeta. Y, la verdad, parece que por ahora va a seguir igual...

–Habéis logrado muchas cosas. Mírese al espejo, comandante –le sonrió.

–Sí, pero no sabes cómo fue siquiera aprender a pilotar para las mujeres en otras épocas. Incluso yo he tenido problemas, aunque nada que se pueda comparar a lo que lucharon ellas, a lo que sufrieron: juicios, obstáculos, zancadillas...

–Puedo imaginarlo. Y es algo que, como hombre, no logro entender. ¿Por qué tenemos ese afán de someteros?

–Me asusta que te metas en el saco –se sorprendió.

–Bueno, me meto porque es así. Soy un hombre, y como tal, seguramente alguna vez he cometido el error de creer que podía dominar a una mujer. Aunque sólo fuese al pensar que me la iba a ligar, o algo así, en la adolescencia.

–La verdad es que la adolescencia masculina es prácticamente

insoportable –se carcajeó Charlotte–. Algunos chicos en el colegio me lo hicieron pasar muy mal por ser de color.

–Pero tienes la piel muy clara...

–Pero eso da igual. Llevo sangre de color en mis venas, y parece que eso se nota. O quizá se enteraron de alguna manera, no lo sé, pero fue una época horrible.

–Muchos hombres son horribles con las mujeres. Es algo que detesto de verdad –dijo, muy serio.

–Así es, y no hay que mirar muy lejos para darse cuenta. –Fijó la mirada en una pareja de musulmanes que, delante de unos relieves, se hacían un *selfie* .

–Es casi ridículo –exclamó Alan al seguir la dirección de su mirada.

–Sin el casi; es totalmente ridículo. ¡Por Dios, si ni siquiera se le ve la cara! ¡Podría ser cualquier otra! –La mujer iba completamente vestida de negro y tapada hasta los ojos con un burka [22] –. Él, de blanco, tan a gusto, en plan ibicenco, y ella pasando calor.

–Por eso he huido toda mi vida de la religión.

Charlotte dio un respingo. Se había olvidado de que Alan era judío; por eso entendía muchas cosas sobre esas creencias que, disfrazadas de religión, sólo son armas para dominar y someter a la mujer.

–No me extraña, la verdad. Me alegra que tomaras esa decisión.

–¿En serio? Pues a veces me he sentido como un traidor a mi familia –se lamentó.

–No eres ningún traidor, sencillamente eres un hombre que prefiere pensar por sí mismo a creerse todas esas patrañas machistas.

–¡Veo que lo tienes claro! Yo también..., pero a veces es duro, ya sabes. Cuando toda tu familia celebra el Hanukkah en Navidad... En fin, es complicado.

–Debe serlo, sí. Como vivir entre dos mundos.

–Lo has descrito perfectamente. –Él sonrió de nuevo–. Y vivir entre dos mundos no es sólo complicado; es desesperante...

–Lo imagino. –Charlotte pensó en cómo debió sentirse aquella mujer faraón gobernando entre hombres en el Alto y el Bajo Egipto.

Ambos estaban entre dos mundos. Charlotte tenía por un lado aquél en el que había vivido durante años con Roger, y por otro este nuevo en el que aún luchaba por acostumbrarse a vivir. Y Alan se sentía como si estuviese roto por la mitad, sobre todo cuando volvía a ser él mismo, entre relieves y jeroglíficos, entre columnas colosales y estatuas sin alma. En lugar de sentir sus propias almas, los dos percibían un hueco vacío como la fría y ausente mirada de la estatua de Hatshepsut, la reina de las dos tierras.

6. El mapa antiguo

Podía haber confiado en él. Había tenido una oportunidad la noche anterior. En la cama, él le pidió que lo dejara participar, pero se negó.

Él era demasiado bueno en su trabajo. Cuando lo vio datar aquellas estatuillas del período acadio, la primera vez, pensó que tal vez su entusiasmo sobrepasaba su capacidad de valoración de las obras, pero no fue así: hizo sus conclusiones y dio en el clavo. Desde entonces, siempre lo había visto actuar con la misma frialdad delante de cualquier obra. Por eso decidió que se quedara a su lado. Pero no contaba con enamorarse de él.

Como si volviese a tener treinta años. Pero en realidad ya no era ninguna jovencita, y por eso gastó tanto dinero para que un médico le recompusiera la cara y el cuerpo. Había quedado contenta con el resultado. Y después pensó que él se sentiría más feliz si lo rodeaba de cosas bonitas: trajes, joyas, dinero..., pero nada parecía contentarlo. No cejó, sino que siguió intentando contentarlo con más regalos, viajes y caprichos que ni siquiera él había pedido. Todo le parecía poco para retenerlo a su lado.

Podía haber elegido a cualquier otro, pero se dio cuenta tarde, sólo cuando lo había dejado relegado a ser su compañero. Seguía permitiéndole hacer algunas dataciones, que lo alegraban y ayudaban a que no perdiera la autoestima, pero la verdad era que lo que ella necesitaba era un compañero de vida. Y él era perfecto: culto, educado, apasionado y, sobre todo, muy paciente.

Ahora, sin embargo, se sentía sola. Hubiese querido gritarle que lo necesitaba, que estaba asustada, aunque casi nada la asustaba. Pero esta vez se estaba metiendo en terreno peligroso y con gente peligrosa, y, a pesar de cuánto deseaba adquirir aquellas piezas, pues triplicarían el valor de su colección, algo le decía que se estaba arriesgando demasiado. «Quien no arriesga, no gana», le decía siempre su marido, y ella lo aprendió con creces. Muchas veces recorrieron el mundo en

circunstancias parecidas, pero entonces no estaba sola. Esta vez era distinto. Esta vez era ella quien debía tratar con gente casi intratable, gente que no valoraba el arte si no era a través del dinero, gente que sólo atendía a palabras mágicas, euros y dólares. Y ella tenía que decir aquel «ábrete, sésamo».

Cuando Ivania le comentó que Alan había salido con el avión hacia Deir el Bahari, sospechó que volvía a hacer de las suyas. No era la primera vez que tonteaba con otras mujeres. Ella había pedido que lo pusieran bajo vigilancia e Ivania, tras realizar alguna llamada a conocidos de su Albania natal, se encargaba de contarle si se acostaba con ellas o no. Nunca le habían gustado los detalles, y aun así había prestado atención sobre en qué cama había pasado Alan sus noches.

Se había dado cuenta de cómo miraba a la piloto desde el primer día. Los ojos de Alan hablaban por sí solos, sin que él necesitara articular palabra. Quizá los años la habían dotado de un sexto sentido o quizás él era demasiado ingenuo para pensar que pudiera sentir celos. Estaba enamorada, pero él ni se lo imaginaba, y no iba a ser ella quien se lo dijese. No volvería a depender de ningún hombre.

En realidad, se hubiera quedado más tranquila si se hubiera acostado con ella. Pero había pasado con Charlotte los dos últimos días y aún no se había metido en su cama. Resultaba extraño que Alan tardase tanto en conseguir una de sus piezas de caza, cuando normalmente lo lograba la primera noche. Y, si no lo conseguía pronto, no perdía el tiempo. Sin embargo, esta vez estaba siendo muy paciente, y eso la estaba matando por dentro.

Había temido durante años que Alan se prendase de una mujer, y tal vez había llegado el momento. Instó a Ivania a que continuaran siguiéndolo, pero ella tendría que actuar algo pronto si quería parar aquella incipiente historia de amor. Por eso aquella noche se mostró más cariñosa y amable; preparó la situación para decirle algo que, no tenía duda, lo volvería loco.

–¿Hablas en serio? –Alan parecía no comprender que ella volviese a contar con él para el trabajo.

–Totalmente. ¿Es que no te alegras? ¿No era lo que querías?

–¡Por supuesto que sí! Pero ahora... No me lo esperaba.

–No sé por qué. Este trabajo es lo suficientemente importante como para que quiera contar contigo.

–Pero me dijiste que era mejor que no supiera nada, que esta vez era distinto.

–Eso era antes de darme cuenta de que sólo tú puedes fechar algo tan valioso.

–Me cuesta creerlo, la verdad –Alan mostró su mejor sonrisa.

Estaba sentado en el borde de la cama, con la sorpresa aún asomando en su rostro.

–¿Por qué crees que vamos a Jerusalén la semana que viene?

–¡Ah, ahora entiendo! Es por eso. Necesitas que un judío haga el trabajo.

–¡No digas tonterías! –Andrea se lamentó al instante de hablarle así–. Quiero decir que no es por eso. ¡Ni siquiera vamos a hablar con judíos esta vez!

–Entonces, ¿con quién vamos a hablar? Si voy a datar alguna pieza, tendrás que contármelo todo.

–Está bien –se rindió a lo evidente. Alan necesitaba conocer la procedencia de la pieza, si no, no podría datarla correctamente–. Te lo contaré. Pero ahora no es hablar del trabajo lo que quiero hacer... –Se puso frente a él y empezó a desnudarse.

El vestido color crema cayó sobre el suelo. Debajo llevaba una combinación en el mismo tono crudo. No solía desnudarse abiertamente delante de él, pues tenía sus complejos, pero aquella noche parecía distinta. Subió los brazos y se sacó la pieza de seda por la cabeza para después lanzarla junto a él en la cama. Alan la cogió y aspiró su aroma. Si algo le gustaba de Andrea era lo bien que olía siempre, a perfumes carísimos.

A ella pareció gustarle el gesto, porque sonrió con una mueca de deseo. Caminó sobre sus tacones, lentamente, hasta quedar tan cerca de él que podía escuchar su respiración. Alan puso las manos sobre sus caderas y la acarició por detrás hasta alcanzar la hebilla del sujetador, pero Andrea le sujetó las manos. Comprendiéndola, Alan buscó el mando sobre la mesa y apretó el botón para que bajaran las persianas hasta dejar la habitación en penumbra. Así, entre las sombras que borraban las arrugas de la seda y de la piel, le hizo el amor, agradeciéndole que de nuevo confiara en él. Era su forma de pagárselo, y ella lo aceptaba, pues era así como solían hacer las cosas desde hacía mucho tiempo. Sin palabras de amor, sin sentimientos, sin promesas, sin riesgos...

Una transacción segura en la que ninguno perdía y ambos ganaban al cincuenta por ciento. O, al menos, así era como lo veía ella.

* * *

–¡Por Dios, no exageres! ¡Si están a la venta incluso en internet!

–¡No puedo creer que estés hablando en serio, Andrea! ¿Cómo te enteraste de esto? No me digas que también en internet, por favor –se temía lo peor.

–¿Me crees idiota? A estas alturas deberías saber que no muevo un dedo hasta que lo tengo todo bien atado.

–Ya no sé qué pensar –suspiró. Alan estiró su cuerpo desnudo hasta casi rozar el mapa extendido sobre la mesa de mármol de la *suite* . Quería hacerle unas buenas fotos con su móvil.

–Está bien, puedes echarte atrás, si quieres. Aún estás a tiempo.

Alan frunció el ceño. No pensaba retirarse ahora que ella había confiado de nuevo en él. Y, además, adoraba ese trabajo, le hacía sentirse valioso. No había sido el dinero lo que le había llamado la atención al principio, a pesar de que Andrea le propuso una cantidad desorbitada nada más acabar de hacer el amor. Todavía podía escuchar sus gemidos de placer y su respiración era tan fuerte que le costaba entender sus palabras cuando ella le repitió la cifra. Creyó que estaba loca. Pero era cierto: ganarían muchísimo dinero con aquella pieza; la colección se revalorizaría de manera considerable y ella podría al fin venderla en lote.

El comprador estaba en Dubái. Alguien que tenía más dinero del que nunca él podría imaginar, y valoraba tanto el arte que Andrea sólo se la vendería a él. Además, le había asegurado que la expondrían, algo que tanto Andrea como su difunto esposo habían deseado durante mucho tiempo sin encontrar el lugar ni la manera más apropiada para hacerlo. Pero aquel hombre era capaz de hacer sus sueños realidad, y después Andrea podría empezar una nueva colección, despacio y sin ninguna prisa, la suya propia, mientras se dedicaba, sencillamente, a vivir.

Alan no sólo viviría todo eso como su compañero, sino que también se haría rico de golpe, y eso significaba poder decidir entre Andrea o la libertad. Aunque ahora no podía pensar en eso, debía pensar con lógica y no dejarse llevar por la ambición.

–Es peligroso, Sofía –la llamó con su verdadero nombre para mostrarse más cercano–. Lo tienes claro, ¿no?

–¿Y cuándo no lo es? No hace falta que te cuente las veces que mi marido y yo arriesgamos nuestras vidas...

–Lo sé, lo sé. Me lo has contado muchas veces, pero él no está aquí ahora. Estás tú sola, Andrea. ¿Estás segura de querer tratar con esa gente? ¿Sabes lo que puede significar?

–No estoy sola. Tú estás conmigo. ¿O no? –le preguntó, mirándolo como solía hacer cuando quería averiguar lo que estaba pensando.

Alan bajó la cabeza, su respiración era agitada. Andrea desvió la mirada hacia su pecho terso y firme, debidamente depilado. Era perfecto, se dio cuenta en cuanto lo vio la primera vez. Como la estatua de un atleta griego.

–¿Ya las tienes? –preguntó, refiriéndose a las fotos.

–Sí, creo que no necesito más.

Andrea, en bata negra de seda y encaje, se acercó a la mesa. Se puso unos guantes y enrolló el mapa con mucho cuidado. Aunque no parecía demasiado antiguo, estaba en muy mal estado.

–Si necesitas más, yo hice algunas el otro día. Aunque no soy buena con los ángulos.

–No te preocupes, está todo listo. ¿Para cuándo lo necesitas? –Estaba de acuerdo en hacer el trabajo.

Andrea sonrió. La hacía feliz que hubiera aceptado. No sólo porque se sintiera sola o tuviera miedo, sino sobre todo porque había conseguido que él apartase su atención de aquella piloto y se centrara en ella y en el arte.

–Cuanto antes.

–Está bien.

–Gracias, Alan –se esforzó por parecer realmente agradecida.

Él la miró como un padre a una niña traviesa. En momentos así, parecía rejuvenecer décadas. La búsqueda de piezas para su colección siempre le provocaban una actitud casi irreconocible, como si de nuevo fuese la joven recién casada con un gran coleccionista que le iba a descubrir un nuevo mundo.

–De nada. Espero tenerlo antes de ir a Jerusalén.

–Sería estupendo. El mapa es lo primero. Si las fechas coinciden con la de la estatuilla, sabremos que no es falsa.

–Sí, pero ya sabes que necesito todos los detalles.

–Ahora vamos a dormir. Estoy cansada.

Cada uno se metió en la cama por su lado. No hablaron y no volvieron a tocarse. Andrea se sentía bien sabiendo que él la apoyaría. Alan, sin embargo, no consiguió quedarse dormido rápidamente, como solía hacer cada noche. Estaba inquieto, quizá se había precipitado al aceptar sin conocer la historia completa. Intentó calmarse. Primero debía ocuparse de datar el mapa, y después ya iría viendo. Se rio de sí mismo: siempre querría saber más. No era como en el sexo; con el arte nunca llegaba a sentirse completamente satisfecho.

7. El nombre de Aarón

–La primera vez que visité Jerusalén pensé que ya nunca habría hueco en mi corazón para ninguna otra ciudad.

–¿Y ahora qué piensas? –le preguntó Charlotte, contenta de que se hubiese ofrecido para hacerle de guía una vez más.

–Que es una locura. De niño, no me parecía tan incómoda. Es como si todo el mundo estuviese siempre alerta. Y estoy seguro de que es así.

–La verdad es que da un poco de miedo..., pero como voy contigo, estoy más tranquila. Si pasa algo, al menos tú hablas su idioma.

–No te creas, debo tener un acento español inconfundible.

–Bueno, eres sefardí. Es normal. Además, me gusta, porque me llevas a sitios donde no suelen ir los turistas.

–Eso sí. Aunque tampoco deberías perderte lo más turístico.

–Pues iré mañana. Hoy estoy encantada recorriendo este barrio casi desconocido.

–¡Así que eres una aventurera! –se rio–. No sabía yo esa faceta tuya, comandante. Pensaba que te gustaba tenerlo todo planeado.

–No te burles –sonrió–. Eso es sólo cuando voy a pilotar. En el suelo, soy distinta. Puedo soltarme y liberarme.

–¡Eso me gusta! –le dedicó una sonrisa pícara y una mirada un tanto lasciva, que Charlotte evitó con rapidez–. Estos muros son maravillosos. –Acarició una de las paredes.

Charlotte siguió su mano con la mirada. Grande y suave, ahora sabía que le servían para admirar y valorar obras de arte, al igual que sus ojos, los mismos que a veces lucían esa mirada tan intensa que le era difícil mantener. Poco a poco, había ido descubriendo a un hombre al que admiraba sin remedio. No sólo por su gran cultura y su excelente educación, sino también por lo generoso que era a la hora de compartir lo que sabía, y no sólo porque lo hubiese estudiado, sino porque llevaba años viajando por el mundo buscando el arte menos

conocido y a la vez más valorado. Para él, cada piedra, cada pared y cada esquina tenían una importancia vital, mientras que para el resto eran sólo parte del camino que recorrían para ver monumentos y lugares que habían sido visitados por millones de personas. Sin embargo, él era capaz de hacerle ver que cada rincón guardaba la historia de un momento en la vida de alguien. Charlotte había empezado a apreciar el arte y la cultura de esa manera desde que estuvieron en Deir el Bahari. Y ahora, después de los dos días con él de guía en Jerusalén, ya sabía distinguir cuándo era importante pararse a mirar, a escuchar, a oler, a absorber la vida de un espacio. Con él había aprendido a empaparse de su alrededor y a disfrutarlo.

Se sintió privilegiada cuando él la invitó a visitar a sus familiares en el barrio sefardí. Hacía años que no los veía, pero, en su última llamada a sus padres, al decirles que iría a Jerusalén, le pidieron que se acercara a verlos. Fueron recibidos como si se hubiesen presentado en una fiesta sin saberlo. Era una familia muy extensa, más de veinte personas que fueron apareciendo por la pequeña casa para saludarlos, y todos los trataban como si formaran parte de ella, tanto que incluso se sintieron abrumados por tanta demostración de cariño.

Comieron ante una larga mesa llena de platos tradicionales que habían guardado en la memoria desde sus ancestros y que sonaban muy españoles, como las berenjenas fritas, la empanada de atún, la fritura de pescado o un postre que llamaban sutlac y que no era otra cosa que arroz con leche. Aunque también les ofrecieron platos judíos muy sabrosos. Bebieron agua, pues el vino solían utilizarlo sólo para los ritos religiosos, y también tomaron un vaso de *pepitada* , una bebida hecha con las pepitas del melón.

A ratos Charlotte los entendía, pues hablaban en ladino, [23] una lengua parecida al español, tras conocer que ella también era española, como Alan. Se lamentaban de que se estuviera perdiendo en los tiempos actuales, le dijeron, incluso. Lo que más le extrañó fue lo orgullosos que se sentían de haber pertenecido a un lugar que ninguno de ellos conocía, pues nunca habían salido de Jerusalén. Como si la historia de sus vidas hubiera comenzado siglos atrás en un remoto lugar de Europa llamado España o, como ellos lo llamaban aún, Sefarad. [24]

El intercambio de regalos resultó mucho más que un cruce de culturas y, tras la visita familiar, pasearon por aquel barrio que Alan parecía conocer bien.

–Para ellos, sigues siendo Aarón –le comentó Charlotte.

–Para ellos, ése es mi nombre. Ni se les ocurriría pensar que existe alguna razón por la que pudiese cambiármelo.

–Claro, pero la hay.

–Eso parece.

–¿Y no te disgusta? Quiero decir, ése es tu nombre y ésta es tu gente. ¿Por qué tienes que esconderte?

–Ya te lo expliqué... No es cuestión de esconderse, es *marketing* , simplemente.

–Está bien, vale. Ya me lo explicaste, es verdad –se rindió Charlotte–. Pero hoy he descubierto que me gustas más cuando eres Aarón que cuando eres Alan.

Él detuvo sus pasos y se quedó mirándola. Al verlo, ella se sintió indefensa. Aaron sonrió.

–¿Estás diciéndome que te gusto? –preguntó, haciendo que se sintiera un poco avergonzada.

–No he dicho eso –rio ella, tímida–. Sólo digo que, cuando eres Aarón, es como si fueras más tú. Como si, al identificarte con ese nombre, te reencontraras. Y, sin embargo, cuando eres Alan, pareces un poco perdido.

–Nunca lo había pensado. Quizá los nombres son más importantes de lo que parecen.

–Lo son. Hay gente que tiene nombres horribles. Esas personas llevan una losa sobre su cabeza de por vida.

Alan no pudo evitar una gran carcajada.

–¿Sabes que eres muy graciosa cuando quieres? Lástima que no lo quieras ser más veces.

–Bueno, la gracia no se puede provocar, sale sola –contestó divertida–. Al parecer, tú también la tienes. Ayer busqué la personalidad de tu nombre en Google. Decía que los que llevan ese nombre tienen mucho sentido del humor.

–¿Sólo por llevarlo?

–Eso parece.

–Eso sí que es gracioso –rio–. Así que has buscado mi nombre en Google...

–Anoche, cuando llegamos, no podía dormir. ¿Sabes lo que significa?

–«El hombre de la montaña». Todos los judíos conocemos el significado de nuestro nombre.

–Sí, eso fue lo primero que salió, pero después me aparecía «Luz» o «Iluminado».

–Eso no lo sabía. Gracias por decírmelo. ¿Y sabes quién fue Aarón?

–¡Claro! El hermano de Moisés.

–No lo habrás buscado en Google... –volvió a reír.

–¡No! ¡Eso ya lo sabía! Soy cristiana, ¿recuerdas? Nosotros también

leemos la Biblia. Aunque, si te digo la verdad, nunca he entendido por qué nos obligan a leer el Antiguo Testamento en el colegio ni por qué se lee en misa. Esa parte es vuestra, es vuestro Dios, ése tan terrible que aparece ahí, y no tiene mucho que ver con el nuestro. Más bien es todo lo contrario.

–Es cierto. La figura de Jesús siempre me ha apasionado, la verdad. Aunque no sea cristiano, la conozco mucho por haber vivido en España, y fue un hombre increíble.

–No era un hombre, era un Dios –sonrió, sabiendo que él tendría razones para rebatírselo, aunque no lo hizo–. También decía que los que llevan ese nombre suelen ser muy deportistas y amantes de la vida sana. –Charlotte se mostraba satisfecha–. Y tú eres así, ¿no? Haces mucho deporte, eso se nota. –No pudo evitar una mirada a los abdominales que intuía bajo la camisa.

Alan fue quien sonrió entonces, casi con suficiencia. Charlotte empezaba a mostrar signos de que había empezado a gustarle.

–Tienes razón. Vamos. –Le cogió la mano para guiarla por unos callejones que parecían sacados de una película sobre Cristo.

Charlotte se sentía asombrada y extasiada a la vez contemplando aquellos muros en color ocre o blanco, las casas de dos pisos, con las pequeñas puertas, los suelos empedrados y las ventanas de hierro negro con algunos de sus arcos cubiertos con rejas. Sólo en Toledo y en Granada había visto barrios parecidos, pero nunca tan extensos.

Se sorprendió aún más cuando pasaron por algunas calles de la parte más ortodoxa, donde los hombres y los niños, vestidos de negro con sombreros de ala ancha, llevaban tirabuzones de pelo a los lados de la cara, y las mujeres, pelucas para tapar sus cabellos. Sólo había visto una vez a los judíos ortodoxos en el barrio de los diamantes en Amberes, y en esa ocasión también le llamó la atención aquella forma de vivir tan escondida, en un lugar tan pequeño, rodeada por el resto de un mundo tan diferente.

En un momento dado, Alan se quedó parado mirando desde lejos una muralla con una gran puerta, la Puerta de Damasco. A Charlotte le pareció que quería ver más allá de sus muros.

–Mañana tengo que ir allí, al barrio musulmán. Está detrás de esa puerta.

–¿Están tan cerca unos de otros? Es increíble que puedan vivir así.

–Y no pueden, ya lo estás viendo.

La explanada que se extendía frente a la puerta estaba llena de militares armados que paraban a algunos hombres, seguramente palestinos, y los registraban.

–Me recuerda un poco a las películas sobre Jesús, cuando los

soldados romanos patrullaban por las calles de Jerusalén como si la ciudad fuese suya.

–Es que lo era, prácticamente. Tanto dolor, tanto sufrimiento como ha sufrido esta gente desde hace siglos... Por eso ahora están así. No se fían de nadie.

–Eso es cierto. Debe ser terrible vivir aquí. Me daría miedo salir a la calle, pensaría que siempre va a pasar algo.

–Sí, debe ser terrible. Vámonos –dijo, cogiéndola de nuevo de la mano.

Charlotte se sintió protegida al notar su pequeña mano escondida en la suya grande y cálida. Por un momento, pensó que, mientras estuviera a su lado, nada malo podría ocurrirle, y eso la llenó de paz. Una paz que no había vuelto a sentir en mucho tiempo.

* * *

Había pasado toda la mañana intentando descubrir la fecha. El mapa era antiguo, pero no tanto como indicaban los dibujos y nombres que aparecían en él, los mismos que podían verse en el antiguo Testamento. Tanta claridad, tanta simplicidad e incluso tanta facilidad, le hacían pensar que era imposible datarlo en esa fecha. Seguramente era una copia de una copia, o de varias copias, de algún mapa antiguo. No podía ser tan fácil, nada era tan fácil en el mundo del coleccionismo. Y esta vez no iba a ser diferente.

No le gustó nada la expresión de Andrea cuando lo vio negando con la cabeza. Seguramente, ella esperaba una respuesta positiva, o quizá negativa, pero seguro que más clara que la que Alan le estaba dando.

–No soy cartógrafo –aclaró.

–No puedo llamar a nadie más. Tienes que hacerlo tú.

–Lo he intentado, pero no llego más allá. Creo que no es lo que aparenta.

–Por supuesto que no, seguramente es una copia, pero eso no nos importa, ya te lo he dicho. Sólo quiero saber si concuerda con la fecha de la estatuilla, y eso no lo sabremos hasta que no estemos en Jerusalén. Pero antes necesito que digas una fecha, la más exacta posible. ¿Puedes hacerlo?

–¿Sin equivocarme? Sería injusto, por mi parte, si te dijera que sí. No es posible. Necesito más conocimientos. No soy...

–Ya sé que no eres cartógrafo, pero es lo que tenemos.

–No entiendo por qué no puedes...

–Ya te lo he dicho. Nadie más que nosotros tres debe saber que este

mapa existe.

–¿Tan importante es?

–No para nosotros, pero sí para las personas que nos venderán la estatuilla.

–Así que es un intercambio.

–No exactamente, pero puedes entenderlo así, por ahora.

–Necesito información, Andrea –le recordó–. Dijiste que me lo contarías todo. Quizá, si sé más, me sea más fácil.

–Está bien. Te contaré todo lo que yo sabía hasta que llegamos aquí. Ni más ni menos. Pero no puedo decirte en qué punto estamos ahora mismo.

–¿Por qué no?

–Porque no quiero que me des miles de razones por las que no debería hacer esta transacción, ¿lo entiendes? Voy a hacerla, te guste o no. Por eso es mejor que sepas lo justo y necesario.

–Eso es casi como decir que es algo ilegal, o peor, algo peligroso.

–Esta profesión siempre ha sido peligrosa.

–Sí, pero antes...

–Ya, antes estaba el verdadero Andrea Duarte, y ahora estoy sólo yo. Pero fíjate: es prácticamente lo mismo. ¿O crees que él daba un paso adelante sin contar con mi ayuda, mi juicio y mi valoración al respecto? Lo nuestro era más que un matrimonio, era un pacto. Si él estuviera aquí, no me pondría pegas sólo por miedo.

–No es que tenga miedo, es que no sé a qué me enfrento.

–A ese mapa. Por ahora, nada más. Dijiste que ibas a ayudarme...

–Lo haré. –Alan afirmó con la cabeza–. Has confiado en mí, y te ayudaré. Cuéntame lo que pueda saber; cualquier información, por poca que sea, me ayudará.

–Está bien. Como te he dicho, el mapa no es importante. Estaba segura de que era una copia, y ahora que lo has visto, tú también lo crees, así que ya no hay duda. Pero la fecha de esa copia debería ser la misma que la de la estatuilla que vamos a comprar.

–¿Por qué? ¿Cómo puede ser eso y de qué nos serviría algo así?

–Porque entonces la estatuilla también sería una copia.

–¿Y vas a comprar una copia? ¿De qué estamos hablando?

–No es eso. Quieren venderme una copia, pero yo sé dónde está la estatuilla real.

–¿Cómo? No entiendo nada.

–Durante el saqueo a la ciudad de Hillah [25] en 2013, decenas de personas entraron y lo saquearon todo: la antigua biblioteca, los museos..., todo. Y siempre a la vista de los soldados norteamericanos, que hicieron poco o nada. En uno de esos saqueos, estaban la

estatuilla que vamos a comprar a cambio de un precio módico y este mapa. Ellos están interesados en él.

–¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

–A eso no te responderé por ahora. Pero se trata de un engaño: pretenden vendernos una estatuilla falsa a precio de una real.

–¿Y por qué vas a comprar algo así?

–La estatuilla no me importa nada. Lo que quiero es entrar en el lugar donde guardan esas copias de obras de arte. Es el mismo espacio en el que tienen las verdaderas. Necesito entrar porque allí hay algo que quiero. Aún no te diré qué es, pero ese mapa y esta compra falsa, pues no se llevará a cabo en su momento, son la llave para entrar en ese agujero y ver si es cierto que allí tienen lo que de verdad me interesa.

–¿Y qué es?

–Lo siento, te dije que por ahora sólo iba a contarte lo estrictamente necesario para ayudarte en tu trabajo. Ahora ya sabes que el mapa seguramente es otra copia.

–Lo que no entiendo es por qué puede interesar un mapa falso a esa persona...

–No es por el mapa, sino por lo que se señala en él. Un lugar, un punto de la ciudad que, no sabemos por qué, a ellos les interesa mucho. A nosotros, eso nos da igual.

–Está bien, ahora lo entiendo. Así que la fecha de la copia del mapa será la misma fecha de la copia de la estatuilla, ya me queda claro.

–Así es, lo que te dije antes no es cierto. Ésta es la verdad. Sólo quiero entrar allí y ver si tiene algo que llevo buscando durante muchos años. Algo con lo que mi esposo y yo soñamos muchas veces.

–Gracias por facilitar mi trabajo. Te daré una fecha aproximada y, cuando vea la estatuilla, me será más sencillo.

–Estupendo. Si las fechas coinciden o se acercan, estamos ante el falsificador que buscamos. Y, seguramente, en el agujero donde esconde las copias, también esconda las piezas auténticas. Está en algún lugar escondido de Jerusalén. Quiero entrar allí y verlo con mis propios ojos. –Se le iluminó la mirada–. Es muy probable que esté, al fin, en el lugar y el momento en los que tanto he deseado estar.

8. La mujer del *shador*

Andrea caminaba con torpeza, el cuerpo y el rostro protegidos por una tela de color negro. Sus atuendos habituales de marca habrían resultado demasiado vistosos entre los musulmanes.

Alan puso el grito en el cielo e intentó convencerla de lo contrario cuando lo informó de que debían ir al barrio musulmán. Si iba él solo, estaría más tranquilo. Además, de por sí una mujer no estaría bien vista entre los vendedores de la estatuilla. Ya era bastante difícil lo que pretendía como para tener que estar pendiente de si alguien descubría que era occidental. Pero, como era de esperar, Andrea se negó.

–Sólo yo puedo reconocer la pieza que busco.

–Si me dijeras de qué se trata, yo también podría –le respondió mientras veía cómo se colocaba el *shador* . Le llegaba hasta los pies, dejando visibles unas zapatillas de deporte, sin marca alguna, compradas en uno de los muchos mercadillos de la ciudad.

–Sabía que llegaría el momento de decírtelo y es éste. –Lo miró, buscando su aprobación al atuendo. Alan asintió con la cabeza y esperó a que siguiera hablando–: Ya estamos seguros de que la estatuilla es falsa, así que sólo nos queda entregarles el mapa y montar el numerito. De eso tendrás que encargarte tú. Sé que es la parte más difícil, pero mientras les das todas las razones que se te ocurran para demostrarles la falsedad de la pieza, yo tendré tiempo suficiente para buscar.

–Dime qué es, Andrea –insistió–. No nos queda mucho tiempo.

–Una tablilla cuneiforme sumeria, encontrada cerca de Bagdad.

–¿Lo dices en serio?

–¿Crees que bromearía con algo así? –se extrañó.

–No, lo siento, quería decir que me parece increíble, demasiado para ser cierto. Si es auténtica, sería...

–Lo más increíble que haya adquirido nunca.

–¿Y para qué todo esto? ¿Por qué no ir directamente a por la tablilla, si sabes que la tienen?

–Porque ellos no deben saber que lo sé. No son como nosotros. –Usó el plural adrece, para que Alan sintiera que formaba parte–. No son coleccionistas, son saqueadores. Seguramente ni saben lo que vale, y no puedo permitir que haya una lucha al mejor postor. Sería demasiado dinero, ¿entiendes? Pero primero tengo que saber si de verdad la tienen. Te enseñaré unas fotos –concluyó, buscando en su móvil.

–Es preciosa –susurraba Alan unos segundos después, admirando la pieza–. Y por las fotos parece auténtica. Pero debería verla de cerca.

–Por eso vienes conmigo. Si la tienen y la encuentro, haré fotos y las compararemos.

–Con eso bastará en un principio, al menos.

–Necesito que los entretengas, que les digas que la estatuilla es falsa y montes una buena.

–No puedo exagerar... ¿Y si son peligrosos?

–No lo son, no te preocupes tanto por eso. Quieren vender, lo demás no les importa. Y tú hablas un poco su idioma.

–Sabrán que soy judío. Me lo notarán, es inevitable.

–Esta vez no importará, no estamos en Europa. Tratan con compradores judíos a diario. Les da igual, sólo quieren vender.

–Está bien, vamos –dijo, mirando la esfera de su Rolex. Y entonces se dio cuenta de que era mejor no llevarlo–. No hay tiempo que perder. El taxi ya debe estar abajo.

* * *

Había escogido a propósito esa mesa en la terraza del hotel para desayunar, pues desde allí veía perfectamente los taxis que paraban en la puerta. No sabía a qué hora saldrían exactamente, pero sí que sería por la mañana. Así que había pedido un desayuno rápido, suponiendo que Andrea Duarte sería tan madrugadora como ella.

Y había acertado. Cuando ya casi se terminaba el último café, vio salir a Alan acompañado de una mujer musulmana que se cubría con un *shador* negro. La secretaria de la señora Duarte iba tras ellos y, antes de que subieran al taxi, le dio unas indicaciones a la mujer musulmana. Charlotte pensó que bajo la tela negra no podía haber nadie más que la señora Duarte.

Alan le había dicho que irían al barrio musulmán, así que empezó a atar cabos. Seguramente, Andrea Duarte quería pasar lo más desapercibida posible. Salió del comedor y tomó otro taxi que

esperaba en la puerta a algún posible cliente.

–A la Puerta de Damasco –indicó al conductor, que arrancó con rapidez.

Cuando llegó, Alan y la señora Duarte no estaban allí. Lo más probable es que ya hubiesen entrado en el barrio musulmán. No es que estuviera siguiéndolos exactamente, simplemente tenía curiosidad por verlos juntos en un ambiente distinto. Y por saber si Alan estaba realmente enamorado de esa mujer.

Se sentó a admirar los muros que rodeaban la majestuosa puerta. Por allí pasaban cientos de turistas con el móvil en la mano, haciendo fotos sin parar. Le dio tiempo a dar vueltas alrededor de la puerta y a hacer fotos también, a leer el folleto, donde aprendió que había sido construida en el año 1542, por Solimán el Magnífico, y, sobre todo, a pensar que, si seguía allí cuando ellos salieran, enseguida la verían. Y no tenía ninguna intención de que la descubrieran.

Se alejó un poco, hasta los puestos de venta en la puerta del mercado, y compró un pañuelo de color negro con el que se cubrió la cabeza. Inmediatamente, se sintió un poco ridícula, pero tal vez así no la reconocerían.

Al cabo de un rato, aparecieron en la puerta. Alan y la mujer musulmana cruzaron el mercado y caminaron hacia la escalinata donde estaba ella.

Charlotte se dio cuenta de que no pasarían por su lado y no podría verlos de cerca. Bajó los escalones, adelantándose con rapidez para encontrárselos de frente. Sólo sus ojos quedaban a la vista, aunque bajo la tela se podían ver unos pantalones largos tipo explorador y unas zapatillas, pero no pensaba que la pudiesen reconocer por esos detalles.

Los esperó de espaldas. Caminaban deprisa, y al poco se dio la vuelta, con la intención de cruzar sus caminos y así poder ver de cerca el rostro de Alan, que seguía caminando junto a la mujer, protegiéndola pero sin tocarla, como exigía la ley musulmana.

Lo miró de reojo, ansiando descubrir en su mirada lo que sentía por Andrea Duarte. Nerviosa, sentía que se le había acelerado el pulso. Alan mantenía la vista al frente, mientras que la mujer iba con la cabeza gacha, la mirada puesta en el suelo. Cuando se cruzaron, no supo reconocer si en su mirada había amor o cualquier otra cosa. Se sintió frustrada y estúpida. «¿Qué hago aquí?», se preguntó. No estaba actuando de forma racional, se estaba comportando como una niña curiosa y tonta. Se alejó con pasos rápidos, buscando un lugar un poco escondido donde quitarse el pañuelo, pues hacerlo en público también podría considerarse indecoroso.

Alan había reconocido aquella mirada de ojos oscuros con el corazón, aunque no con el pensamiento. Aquella mujer lo había mirado con demasiada insistencia. Algo debía ir mal, y se asustó al pensar que pudiera tener que ver con lo que acababa de pasar en el interior del almacén de los vendedores de la estatuilla.

No había sido una escena precisamente tranquilizadora. Nada más entrar, aquellos hombres cerraron el paso a Andrea. No permitían la entrada a una mujer. Alan se mostró implacable en su precario dominio de la lengua árabe. Ella iba a entrar; si no la dejaban, tampoco entraría él. Los hombres masculllaron y dudaron un rato, pero al final accedieron tras entender que era ella la persona encargada de revisar las piezas.

No pudo evitar sentir cierto miedo cuando se vieron escoltados por dos hombres que, aunque lo intentaban ocultar, iban armados bajo las ropas. Escuchar su conversación, que entendía a medias, mientras los acompañaban al interior de aquel agujero, lo asustó todavía más. Se explicaban el uno al otro cómo actuar en caso de que debieran sacar de allí a la mujer. Ella parecía su único problema.

La casa parecía normal, hasta que les pidieron que bajasen al sótano. El olor a humedad alarmó a Alan, y mucho más a Andrea. Ninguna pieza podría conservarse en perfectas condiciones durante mucho tiempo con tanta humedad.

Abrieron la puerta, atrancada con varios cerrojos antiguos de hierro. La estancia contaba con una única bombilla como iluminación; ésta se encendió cuando uno de los escoltas tiró de una cuerda. La puerta se cerró cuando entró un nuevo hombre. Se presentó como la persona que les enseñaría la pieza.

–Pero antes quiero ver el mapa –ordenó.

Alan notó un escalofrío. Rezó para que no se diera cuenta de que era falso. Si sólo eran saqueadores y no expertos, no tenía por qué preocuparse, no lo vería; y, si eran expertos, los matarían igual por haber querido darles el cambiazo. Se preguntó por qué había dejado que Andrea lo metiera en aquel lío del que no estaba seguro de que pudieran salir sanos y salvos.

Pero su apreciación fue correcta: era un simple saqueador que intercambiaba mercancía. Alguien le había pedido ese mapa, esa copia exactamente, para realizar alguna otra transacción, quizá también adulterada, y eso era lo que quería conseguir, sin importarle si era falso o auténtico. Es más, seguramente, quien fuese a comprarlo ya sabía que se trataba de una copia.

Mientras aquel hombre examinaba el pequeño mapa sobre la mesa, bajo la bombilla encendida, Alan empezó a sudar, sin saber si era por

la temperatura o porque estaba asustado. Miró a Andrea, y en sus ojos vio que también estaba preocupada. Se mantenía callada y quieta para no molestar, pero no dejaba de mirar a su alrededor, intentando descubrir dónde podían tener guardado lo que buscaba.

El hombre terminó de fingir que observaba el mapa y le extendió la mano, satisfecho. Se dio la vuelta y cogió de una estantería una caja de madera. Tras ponerla sobre la mesa, la abrió. Dentro estaba la estatuilla. Era su turno, y el de Andrea.

Alan se sentó y comenzó a examinar la estatuilla. Efectivamente, a simple vista, las fechas coincidían. Era más que probable que ambas copias, mapa y estatuilla, se hubiesen hecho el mismo año e, incluso, en el mismo lugar. Entonces, Alan empezó a cambiar el gesto y a demostrar que se sentía contrariado. Al poco, dijo unas palabras en árabe, que enseguida dieron pie a una discusión. El vendedor pareció sobresaltarse, tomó la pieza y la revisó él también. Alan dudó de si entendía algo de arte, pero el hombre también tenía que fingir que no sabía nada de las copias. Tenía que hacerle creer que era auténtica.

Con los brazos en jarras, muy serio, Alan se negó a hacer el intercambio. Recogió el mapa de la mesa y fingió querer marcharse. Le temblaban las piernas, pero trataba de contenerse. Mientras tanto, Andrea se había empezado a mover por el sótano mirando a todas partes. Nadie se fijaba en ella, pues todos estaban pendientes de la discusión. En un momento dado, Alan se movió hacia un extremo del pequeño cuarto; al instante, tanto el hombre como los dos guardias lo siguieron. Eso le dio a Andrea tiempo para revisar la estantería completa. No había más lugares donde pudiese estar, no había más muebles ni bultos en el suelo ni ningún otro lugar, salvo aquella estantería desvencijada en la que varias cajas se apilaban unas sobre otras, pero ella conocía muy bien el tamaño de lo que rastreaba y, sobre todo, el código. Allí estaba. Sonrió, suspiró aliviada, y regresó a la posición que había tenido en un principio. Alan supo que había llegado el momento.

Se quejó, incluso amenazó con denunciarlos a la policía israelí. Cogió el mapa, ante la mirada perpleja del vendedor, e hizo el gesto de marcharse. El hombre lo detuvo y le pidió que se sentara de nuevo. Quería hacer un trato y conseguir ese mapa como fuera. A Alan le habría gustado saber por qué tenía tanto interés en un mapa falso, pero no iba a arriesgar la transacción por su curiosidad. El hombre intentó convencerlo de nuevo, pero Alan volvió a negar con la cabeza. De nuevo volvió a intentar levantarse sin soltar el mapa. No estaba dispuesto a salir de allí sin la pieza que Andrea quería. Ella los observaba mordiéndose la lengua, se fijó. Tenía que demostrarle que

valía para aquel trabajo. Ahora que por fin ella había puesto su confianza en él, no le fallaría.

La cara del hombre iba tomando una expresión desesperada que asustó por un momento a Alan. Tenía que hacerlo ya. Y no dudó:

—Le propongo una opción: hagamos el intercambio por otra pieza.

Hubo suerte. El hombre levantó la palma de su mano hacia arriba en señal de aceptación, invitándolo a que eligiera una. Alan sacó su móvil y le mostró la foto donde se veían la pieza y el código.

El hombre se negó, alegando que ya la tenía vendida. Y por más que Alan insistió, parecía que no iba a convencerlo. Entonces empezaron a hablar de dinero. Le pidió una cantidad y Alan le ofreció subirla. Andrea temió por un momento que aquello se convirtiera en una puja y que el precio aumentara demasiado, pero el último gesto de Alan fue el detonante para que el hombre accediera: se levantó, esta vez visiblemente irritado, agarró a Andrea por el brazo y se acercó a la puerta. Los vigilantes los observaban sin hacer ningún movimiento, esperando a que el vendedor les diera alguna orden, pero no lo hizo. Alan cogió el picaporte, apretó hacia abajo y sacó a Andrea de allí, diciéndole al oído que se alejara. Casi la obligó a salir con un empujón, y luego él se volvió. Cerró la puerta con llave y miró al vendedor.

–Ahora podemos hablar de hombre a hombre –exclamó, sabiendo que eso haría que se sintiera más cercano a él.

Alan conocía a los palestinos por las historias que contaban sus padres y sus abuelos. Sabía que no se sentirían cómodos aceptando ninguna petición, mucho menos un ultimátum como el que estaba a punto de soltar, si había cerca una mujer. Aunque no la conocieran, aunque no tuviera nada que ver con ellos, fuera musulmana, judía o cristiana, las mujeres los intimidaban y sentían la necesidad de negarse a todo, como si con ello se mostrasen más hombres.

No se equivocó. Al verse solos, el hombre se sintió libre de aceptar su petición. Alan abrió la caja y sacó la tablilla. Era hermosa, nunca había visto una pieza tan bella, aunque sólo fuese un trozo de una tablilla mayor podía imaginar cómo sería de estar completa. Su mente era capaz de visualizar el pasado de tal forma que pudo admirar la pieza en toda su magnificencia. En ella se reflejaba la capacidad histórica del hombre para comunicarse, para contar historias, para hablar del pasado en primera persona y transmitirlo a los hombres del futuro. Él era uno de aquellos hombres, y recibía la historia viva de la humanidad en aquella primera escritura cuneiforme.

Volvió a meterla en la caja y pidió al hombre algo para taparla. Éste le alcanzó un trozo de tela, con la que Alan envolvió la caja de

madera. Luego le entregó el mapa con una sonrisa y le extendió la mano. El hombre no le pidió más dinero, tampoco aceptó un pagaré, sólo quería el mapa. Se despidieron con un apretón de manos, como en otras épocas, en las que la palabra de un hombre valía más que ningún papel firmado.

–*As salaam alaikum* [26] –se despidió.

Encontró a Andrea en una esquina, fuera. Se acercó a ella con una sonrisa. Al verlo, Andrea lo recibió con la mirada iluminada. Supo enseguida que lo había conseguido.

Al principio, caminaron tranquilamente, pero al poco Alan la agarró por el brazo y apuró el paso hacia la Puerta de Damasco para salir de allí cuanto antes. Rodeado de musulmanes, se sentía más judío que nunca.

Pudo respirar tranquilo al traspasar la puerta. Andrea había empezado a hablarle bajo el *shador* , contenta porque había encontrado la pieza. No había podido verla aún, pero sabía que estaba en la caja. Ahora sólo tenía que informar a su comprador en Dubái para que le hiciera una oferta. Casi lamentaba que la pieza fuese a marcharse tan rápido de sus manos, sin apenas tiempo para apreciarla, pero no podía perder una oportunidad como aquélla.

–¿Cómo lo has conseguido? Tienes que contármelo todo.

–¿Estás contenta?

–Mucho –sonrió.

–Los palestinos no se sienten cómodos cuando hay una mujer cerca.

–¿En serio? ¡Vaya, qué listo has sido entonces!

Alan sonrió a su vez. Se sentía feliz por haber salido de aquel agujero y, sobre todo, por haber conseguido ayudar a Andrea. Quizás a partir de ahora lo tomara más en serio. Aunque aquella última compra podía también significar el fin de lo que él había esperado siempre de ella: trabajar a su lado. Aun así, estaba contento.

Ya en la explanada, se cruzaron con una mujer que se sujetaba el pañuelo negro con el que se cubría la cabeza con la mano. Alan se quedó sorprendido de que ella le mirara con tanta atención. Sus ojos le parecieron conocidos, pero siguió caminando junto a Andrea hasta llegar a la parada de taxis. Cuando Andrea ya estaba dentro del coche, cayó en la cuenta de a quién pertenecían aquellos ojos. «¿Qué narices hace aquí?», se preguntó.

–Espérame en el hotel –dijo a Andrea, dándole la caja y cerrando la puerta del coche después de darle la caja.

–¿No vienes conmigo? –le preguntó por la ventana abierta.

–Hay algo que tengo que hacer. No tardaré.

–Está bien –le respondió con la actitud conformista que utilizaba

cuando no quería demostrarle lo que de verdad sentía.

En ese momento le habría gustado pedirle que regresara con ella al hotel, decirle cuánto lo valoraba y admiraba por lo que había conseguido y que quería que estuviese junto a ella cuando abriera la caja. Pero, en lugar de eso, dio instrucciones al taxista para que arrancara el coche.

Alan pensó que quizás estaba siendo un estúpido por no marcharse con ella, pero su corazón le decía que debía ir en busca de la mujer del *shador* con la que acababan de cruzarse. Su intensa mirada se le había clavado directamente en el corazón, erizando su piel por completo.

9. El baile de las sombras

Alan se movió rápido entre la multitud, buscándola. Podía haberla visto después en el hotel, pero, si era ella, quería saber por qué estaba allí.

De repente se dio cuenta de que alguien lo estaba mirando desde la derecha. Era ella, que se dirigía a la parada de taxis, creyendo que no la vería; pero las miradas se sienten, sobre todo si los ojos que te miran son los mismos que tú estás deseando encontrar.

Se acercó con rapidez hasta ponerse frente a ella, tapándole el paso pero sin tocarla; aún llevaba puesto el pañuelo, y la gente podía pensar que era un turista increpando a una mujer musulmana.

–¡Alan! –se mostró sorprendida al verlo.

–¿Qué haces aquí?

–Nada. Quería ver el muro de las lamentaciones, pero me he perdido.

–¿Tú sola? ¿Y has llegado hasta aquí? ¿Por qué no has cogido una excursión, como hace todo el mundo?

–Haces demasiadas preguntas.

–Quítate eso.

–No puedo. Escuché que no se lo pueden quitar en público. Si lo hago y piensan que soy musulmana...

–Ven conmigo –le dijo–. Te llevaré al muro, pero antes iremos a un sitio donde te puedas quitar el pañuelo.

Lo siguió en silencio. Caminaba rápido, como si estuviese enfadado o molesto, pero ella se esforzó en mantener el ritmo. Se adentraron entre las callejuelas cercanas a la Puerta de Damasco, donde los turistas se quedaban mirándolos como si creyeran de verdad que era un hombre blanco con una mujer musulmana.

–¡Quítatelo! Aquí puedes –dijo tras hacerla entrar en un estrecho y solitario callejón.

Charlotte dejó caer la tela sobre sus hombros. A Alan el gesto le

pareció tremendamente sugestivo. Quizás así lo hacían las mujeres musulmanas en la intimidad de sus casas, o quizás era así como soñaban que lo hacían las concubinas de los harenes de *Las mil y una noches* . Suspirando, Alan hizo un ovillo con la tela y se la guardó en su mochila.

–Te la devolveré en el hotel. –Casi se sintió vencido ante la mirada fija que ella mantenía sobre él, pero estaba demasiado nervioso todavía por lo sucedido esa mañana, y también molesto al pensar que ella les había seguido–. Bien, ¿qué haces aquí? ¿Nos estabas siguiendo?

–¿Siguiendo? ¡Pero qué dices! ¿Por qué iba a seguiros? –respondió con nuevas preguntas, sin saber dar una respuesta coherente.

–No me creo que te hayas perdido. Ayer te dije que vendría aquí.

–Ni siquiera me acordaba.

–Mientes.

Ella lo miró enfadada, pero no contestó. Esperó un poco, como si estuviera mascullando una nueva excusa, pero después decidió no seguir fingiendo.

–Bueno, ¿y qué? Te estaba siguiendo, sí. A ti, no a ella.

–¿Por qué? –Alan bajó la voz, dándose cuenta de que aún seguían en un lugar público–. ¿Y qué hacías con este pañuelo? ¿Es que pensabas entrar en el barrio musulmán tú sola?

–¿Y a ti qué más te da? Si me he ocultado, ha sido para evitar que ella me viera.

–¿Y por qué te tienes que ocultar de ella? No entiendo nada.

Charlotte se dio por vencida. Había metido la pata hasta el fondo y la mejor manera de salir airosa era decir la verdad.

–Quería verte con ella, Alan. Quería ver cómo la miras y cómo te comportas con ella.

–¿Para qué?

–Para ver si realmente la quieres o no.

Se sintió desarmado. Porque se le acababan las excusas para su relación con Andrea y, al mismo tiempo, comprendía ahora que para Charlotte significaba algo.

Pensó de repente que el día anterior, en casa de sus familiares, la trataron como si ya fuese de la familia, dando por hecho que ella era la mujer que ocupaba su corazón. Eso debía haber marcado a Charlotte de la misma forma que a él.

–Sígueme, conozco un atajo –zanjó la conversación. No se atrevía a ahondar más en sus sentimientos.

Caminó a grandes zancadas, esperando que ella se cansara intentando seguirlo. Seguía molesto, quería regresar pronto al hotel, y

ahora, además, estaba descentrado. Ya no le cabía en la cabeza mantener su relación con Andrea como hasta el momento, no cuando ya lo tomaba en serio como profesional y como compañero. Al menos hasta que pasara la compra de la tablilla, no movería un dedo para saber si realmente era importante para ella. Sin embargo, mientras se adentraba en un callejón techado cada vez más estrecho y oculto, sólo podía pensar en las palabras de Charlotte.

Bajaron unas escaleras que los alejaron del ruido de la calle, y entonces llegaron a una bifurcación. Alan dudó, no recordaba bien qué dirección debían seguir, pero cualquiera de ellas los conduciría a los túneles que había bajo la ciudad.

–¿Adónde vamos? –preguntó Charlotte, un poco retraída al ver la profundidad de los túneles.

–¿No querías ir al muro?

–Sí, pero por la calle, como todo el mundo.

–Pues entonces deberías haber reservado una excursión en el hotel.

–Eso ya me lo has dicho –respondió enfadada.

–Y te lo vuelvo a decir, porque habría sido lo más coherente.

–Bueno, ahora que estás aquí puedes hacerme de guía –le respondió con superioridad.

–No estás siendo nada graciosa. Es más, ya no sé si estamos perdidos. No recuerdo bien el camino. Hace años que no paso por aquí.

–¿Y por qué me has traído por aquí entonces?

–Si soy tu guía, esto es lo que hay. Conmigo no visitarás Jerusalén de la forma más típica.

Alan movió la mano en un gesto para que pasara por delante. El hueco entre las paredes era apenas para dos personas, así que Charlotte lo rozó sin querer. Sintieron como si una corriente eléctrica les recorriese la espina dorsal. El aroma del cabello de Charlotte dejó una estela que obligó a Alan a cerrar los ojos. Olía a alguno de los jabones que había comprado en un puesto la tarde anterior, cuando habían visitado a su familia.

–Está bien, sigamos, a ver dónde nos lleva esto –refunfuñó, adelantándolo–. ¿Por qué me hablas así? Eres tú quien ha venido a buscarme.

–¿Yo? ¡Has sido tú quien nos estaba siguiendo!

–¡Y ya te he dicho por qué! Además, ¿qué más te da? ¿O es que no quieres que ella me vea?

Alan se adentró en el túnel, con Charlotte haciéndole preguntas que no sabía cómo contestar. Ésta recibió su silencio como una respuesta afirmativa.

–¡Así que es eso! No quieres que ella nos vea juntos –rezongó–. ¿Por qué? No hay nada entre nosotros. Puede estar tranquila, porque le eres completamente fiel.

–¿Y qué esperabas? Llevo años con ella.

–Lo sé, y no esperaba nada. Precisamente por eso no entiendo por qué no quieres que me vea contigo.

–Yo no he dicho eso.

–Pero ésa es la razón. Lo sé.

–No tengo nada que ocultar –exclamó, aun caminando por el túnel, que estaba perfectamente iluminado.

–¿Seguro? –Ella confiaba en que, con su pregunta, él frenara sus pasos.

–¿Y de qué tendría que ocultarme? –preguntó, haciendo exactamente lo que ella había pensado: se detuvo, justo antes de llegar a una reja de hierro por la que entraba luz natural.

–De esto, precisamente. –Charlotte se acercó a él, mirándolo a los ojos–. De lo que sentimos cuando estamos cerca uno del otro. ¿O me vas a decir que tú no lo sientes?

Le costaba respirar, su pecho subía y bajaba, agitado, al sentirlo tan cerca. Casi podía oler el fresco aliento que salía de su boca. Alan bajó la mirada, y sus labios se acercaron, sus rostros estaban casi a la misma altura y sus ojos bailaban en una lucha atrevida.

Alan intentaba averiguar si tras esa mirada se ocultaba la verdad que había dicho en sus palabras, o sólo era el deseo de una mujer por ganar a otra.

Charlotte se decidió. Posó lentamente los labios sobre los suyos, hasta que sintió que él los abría, y entonces sus lenguas se juntaron en un arrebato de pasión que no pudieron controlar. Alan la atrajo hacia sí, pegándose a la pared, y bajó las manos hasta apretar sus glúteos contra él. Ella puso las palmas en la pared. Se besaron ardientemente, con el ansia que habían estado aguantando desde el primer día.

–¿Lo escuchas? –le preguntó cuando se separaron, haciendo un gesto para que callara–. Si nos descubriesen, nos matarían como antiguamente.

Desde allí podían ver las sombras de algunas personas que pasaban junto a la reja de hierro, sin sospechar que ellos estaban detrás de la pared más cercana, demasiado juntos como para que nadie los pudiera salvar de un castigo seguro, aunque sólo fuera por escándalo público. Pero no los podían ver, aunque sí a sus sombras, que el sol reflejaba en la pared.

–A ti, no sé, pero a mí seguro que me lapidarían como a las adúlteras –susurró ella medio en broma, medio en serio.

–No dejaría que te hicieran nada. Te salvaría, como en las películas.

–Montado en un caballo blanco...

–Eso es en otras películas, creo. En éstas no salen caballos, salvo los que llevan los romanos.

–Y tú qué serías, ¿un romano?

–Sí, yo sería un romano, y tú serías mi esclava.

–¡Ah, no! –dejó escapar una carcajada–. Yo no soy la esclava de nadie, te lo digo desde ya.

Alan volvió a apretarla contra sí. En silencio, el rumor de la calle los envolvía. Alan se movió y cambió su lugar por el de ella. Charlotte sintió la pared en su espalda. Las manos de él empezaron a desabrochar sus pantalones y su camisa.

–¿Qué quieres? ¿Qué nos maten? Pueden vernos.

–Me da igual. No quiero que este momento se acabe.

Charlotte comenzó entonces a desabotonarle la ropa. Si el gentío podía ver las sombras de sus cuerpos en movimiento, amándose frente a la reja de hierro negro, no sería peor que si Andrea Duarte los hubiese visto entrar juntos en una habitación del hotel. Querían sentirse el uno al otro, ocultos, haciendo algo ilícito en un lugar prohibido, algo que quizás horas más tarde lamentarían pero que, en ese momento, era lo único que les importaba.

* * *

Alan miró a su alrededor antes de bajar del taxi por si había por allí alguien conocido. Se acercó al otro lado y abrió la puerta para que Charlotte saliese. Ésta lo hizo sin dejar de sonreír entre dientes, aunque intentaba que su expresión no fuese tan notoria. Subieron las escaleras y entraron por la gran puerta circular de cristal, separados.

Se vieron asaltados de repente por Juanma y Alexia, que venían de la piscina. Disimularon como pudieron, aunque se dieron cuenta de que lo estaban haciendo muy mal, y entonces Alan se escabulló con una excusa, alejándose hacia el ascensor de la *suite* .

Charlotte recibió su última mirada antes de que se cerrasen las puertas mientras les decía a sus amigos que estaba un poco cansada y que se encontrarían después para la cena.

–Ha pasado algo, creo –comentó Juanma.

–¿Entre ellos? Sí, está claro –respondió Alexia–. Se les nota a la legua.

–Espero que esto no afecte a nuestro trabajo –dijo Juanma, aunque no era ésa la razón por la que se sentía furioso en aquel momento.

–Espero que no –respondió la azafata, cogiéndolo de la mano–. Vamos a comer.

* * *

Charlotte sentía hambre cuando salió al pasillo, pero no era comida precisamente lo que necesitaba, sino llenar la angustia que sentía desde que lo había visto entrar en el ascensor. Metió la tarjeta, y la puerta se abrió con rapidez.

En la habitación hacía calor, pese a tener las ventanas abiertas tras haber entrado las limpiadoras. Las cerró con rapidez, corrió las cortinas para tapar el sol y encendió el aire acondicionado. Se quitó la ropa y la dejó en el suelo. Se quedó casi desnuda, sólo con la ropa interior, frente al espejo del pasillo. Aún sentía el aroma de Alan en su piel, y se acarició mientras se miraba. No podía creerse que pudiera sentir de nuevo algo que podía llamarse amor, no después de la muerte de Roger. Se estremeció, pensando que todo había sido un sueño, una maravillosa fantasía que no había existido nunca.

Además, Alan lo tenía todo al lado de Andrea. No entendía qué podía haber visto en ella, él, que era tan culto, tan guapo, tan rico... Lo más seguro era que no volviese a saber nada de él. Seguramente, Andrea Duarte sospecharía, acabaría despidiéndola y la alejaría de él para siempre. Y Alan no haría nada para recuperarla, no movería un dedo siquiera, porque si estaba con aquella mujer era porque le importaba una cosa por encima de todo: el dinero.

Unos golpes suaves en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Entró en el baño, se puso el albornoz y abrió la puerta. Un segundo después el cuerpo de Alan la abrazaba, mientras su boca la besaba casi con furia. Él cerró de un golpe y echó el cerrojo con la mano izquierda.

–Quiero más de ti, Charlotte –le susurró al oído.

–Yo también quiero más de ti –le respondió, contenta de verlo–, pero tengo miedo.

–No lo tengas. Yo nunca te haría daño –le aseguró.

–No te creo, no puedo creerte. Pero no importa.

Sin decir nada más, Alan le soltó el albornoz, que cayó al suelo, la levantó en sus brazos y la llevó hasta la cama, donde hicieron el amor toda la tarde hasta saciar el grito de sus cuerpos, pero no el vacío de sus almas.

10. Deslumbrante por fuera, fría por dentro

–¿La quieres? –lo pilló desprevenido con esta pregunta, para saber la verdad a través de su reacción mejor que de sus palabras.

–¡Menuda pregunta! –trató de conseguir tiempo para pensar.

Él quería a Andrea a su manera. Le tenía cariño después de tantos años, la valoraba como profesional y como mujer, lo satisfacía sexualmente, y lo que era aún más importante: dependía de ella.

–A mi manera, sí. La quiero.

–¿Y cuál es esa manera? –preguntó, aún abrazada a su pecho desnudo.

–Llevamos ya muchos años juntos, le tengo mucho cariño, la valoro y la respeto. –Besó su cabello y aspiró el dulce aroma que desprendía, sintiendo al tiempo el calor de su mejilla sobre su piel.

–¿Dices que la respetas? –Charlotte alzó la mirada–. Por eso te has acostado conmigo. ¿Así me respetas a mí también? –se puso seria–. Quiero decir, cuando regreses a su habitación, ¿te acostarás con ella?

–¿Por qué me haces estas preguntas? –Alan estaba ahora visiblemente molesto–. ¿De qué sirve torturarte con todo eso?

Apartó la cabeza con cuidado y se levantó. Charlotte pudo ver su perfecto cuerpo desnudo de espaldas, y pensó que era imposible que un tipo así se enamorase de ella. Aunque enseguida rectificó aquel pensamiento negativo. ¿Y por qué no?

–No me estoy torturando, sólo quiero saber –le dijo. Se quedó mirándolo, con una mano apoyada bajo la cabeza, recostada de lado, tapada con la sábana.

–Sí, lo estás haciendo. Te estás torturando pensando en si la quiero a ella o a ti, y me estás torturando a mí también.

–Yo no he dicho nada de mí.

–Todavía no, pero estabas a punto de hacerlo. –Se metió en el baño y salió con una toalla en la cintura–. No podemos hablar de amor tan pronto, Charlotte. –Se sentó en la cama–. Acabamos de acostarnos.

–Lo sé. –Ella retiró la sábana y se sentó en la cama a su lado.

Le acarició la espalda. Su piel era tersa y firme. Recordó que nunca había deseado tanto a un hombre, ni siquiera a Roger, a pesar de amarlo tanto. Quizás era eso lo que le ocurría, que estaba confundiendo el deseo con el amor.

–¿Por qué no podemos dejar las cosas como están y ver adónde nos lleva todo esto? –le pidió, cogiendo su mano y besándole los dedos.

–Está bien. Discúlpame, no sé qué me ha pasado.

–Me gustas muchísimo Charlotte. El primer día te dije que me parecías preciosa, la mujer más preciosa que había visto nunca. No exageraba, decía la verdad, pero necesito tiempo para saber qué siento, qué sentimos los dos. ¿O es que tú ya lo tienes tan claro? –le sonrió.

–No, claro que no. Sólo tengo claro que no me va a gustar nada verte con ella después de esto.

Alan suspiró. No podía hacer nada, salvo pedirle tiempo. Para él aquella situación no era nueva. Ni siquiera podía recordar la cantidad con las que se había acostado desde que vivía con Andrea. Si ella hubiese sido cualquiera de ellas, habría zanjado el asunto rápidamente. Pero con Charlotte se sentía diferente, aún no sabía por qué. No quería acabar tan pronto, necesitaba volver a sentirla, y no sólo una vez, sino muchas veces más. También quería seguir haciendo turismo con ella y cenando con amigos. Era alguien a quien quería tener en su vida, pero no podía saber aún de qué forma.

–Puedo entenderlo, pero démonos más tiempo. Es pronto, ¿no crees?

–Supongo que sí, es sólo que no quiero que mi corazón se vuelva a romper en pedazos.

–¿Qué fue lo que ocurrió, Charlotte? ¿Por qué siempre que hemos rozado el tema amoroso te cierras en banda y nunca cuentas nada? No es posible que sigas sola...

–¿A mi edad? –preguntó.

–¡No! ¡No iba a decir eso! –repuso, entre sonriente y molesto–. ¡No me llevas tantos años! Quería decir que cómo alguien como tú, tan maravillosa, tan perfecta –la miró de arriba abajo–, puede estar sola.

Charlotte se dejó caer de espaldas sobre la cama. Se cubrió con la sábana. Sentía frío siempre que pensaba en Roger. No quería hablar de él, pero tal vez contárselo podría unirles más. Si él conociera parte de su pasado, podría entender por qué se sentía así, por qué tenía tanto miedo.

–Mi pareja murió hace un año. –Una lágrima cayó por su mejilla en cuanto lo dijo.

–¿Cómo? –Alan la miró alarmado.

–También era piloto. Uno de los mejores. Todavía no se saben las causas del accidente. Ni siquiera sé si se sabrán algún día. Desde entonces no me acuesto ni una sola noche sin pensar en ello y, al levantarme, cada mañana es la misma historia.

–Lo siento mucho, Charlotte –murmuró, y se tumbó a su lado, limpiándole con el dedo índice las lágrimas–. Ahora te entiendo un poco mejor.

–No he podido dejar de pensar en él ni un solo día en todo este año, salvo cuando he estado contigo –dijo, sin querer mirarle a los ojos.

Alan se sintió fatal. No sólo no sabía nada de ella todavía, sino que parecía que era el peor momento para haber intentado estar con ella. De haberlo sabido, no lo habría hecho. No podía permitir que ella se enganchara a él para tener un motivo real por el que desear levantarse cada día, para olvidar el dolor y la añoranza por el hombre al que amaba. No, él no podía ser el suplente de aquel que había ocupado su corazón hasta su muerte. Se arrepintió de todo, de haber intentado ser su amigo, de haberse acostado con ella y de desearla tanto.

Acarició de nuevo los bucles negros de su cabello, admirando la piel de su cuello. Sus ojos continuaron hacia abajo, donde sus pequeños pechos se alzaban redondeados y delicados, su ombligo, también pequeño en un vientre liso, enmarcado en unas caderas sinuosas. Y después, unas piernas largas y contorneadas con unos pies pequeños y delicados. Un pequeño tatuaje de un avión en el interior del muslo le llamó poderosamente la atención. No se había dado cuenta hasta ahora, pero despertó deseos en él que apenas si podía controlar.

Pero no podía continuar con aquello. Ahora sabía que ella era muy vulnerable y que podía hacerle daño. Y no quería. Charlotte no era como con las demás; ella le importaba, la apreciaba y la valoraba, quería respetarla por encima de todo.

–Escúchame, Charlotte. –Le acarició la barbilla, moviéndola hacia él para poder mirarla a los ojos–. No quiero que sufras ni lo más mínimo por mí. Esto es muy bonito, maravilloso, pero no sé adónde nos va a llevar. No cierro ninguna puerta, pero tampoco puedo abrirlas de par en par ahora mismo. ¿Lo entiendes?

Asintió con la cabeza. Lo entendía, pero no quería aceptarlo. Desde el principio sabía que él no era para ella, que perseguirlo sería la mayor locura que podría hacer, sobre todo porque su corazón aún estaba malherido. Pero lo había hecho, y ya se estaba arrepintiendo. Lo mejor sería dejarlo todo en ese mismo instante y no volver a

encontrarse de aquella forma, sino sólo como dos desconocidos.

No podía borrar lo que habían hecho. Ya habían disfrutado el uno del otro, se habían saboreado sin saciarse hasta caer rendidos de cansancio. Ni siquiera se habían dado cuenta de si seguía siendo de día o si ya era de noche, porque no importaba. Pero aún había una posibilidad de salir adelante. Podía dar marcha atrás y agarrarse a lo bueno, a lo positivo de aquella corta relación: había descubierto que volvía a ser capaz de sentir.

En realidad, él se lo estaba preguntando a su manera. Él también tenía miedo de sufrir, y por eso necesitaba que ella tomara la decisión.

–Yo tampoco puedo abrir ahora ninguna puerta, Aarón. –Se limpió la mejilla y se sentó.

Prefirió llamarlo por su nombre. Él le sonrió al escucharlo en sus labios; sonaba familiar y verdadero. Se acercó a ella. Su vientre desnudo quedaba a la altura de su rostro. Cogió su rostro entre las manos y bajó el suyo para darle un último y profundo beso en los labios. Ella lo abrazó por la cintura y pegó la cabeza a su vientre. Así estuvieron unos segundos en los que ninguno de los dos quería ser el primero en moverse.

Fue ella la que separó los brazos. Entonces, él empezó a vestirse.

Antes de marcharse, le dio la mano, y ella se la devolvió como si fuesen sólo dos amigos. Lo acompañó desnuda hasta la puerta. Él la abrió y se escapó. Soltaron sus manos cuando salió al pasillo. Ella cerró la puerta tras él. Echó el cerrojo y regresó a la cama, a hacerse un ovillo con la sábana, sintiendo el frescor del aire acondicionado sobre su piel.

* * *

Alexia cerró las puertas y avisó a la cabina de que todo estaba preparado para el despegue. La comandante y el copiloto hicieron la última revisión antes de tomar los mandos. Charlotte comprobó los motores, la temperatura, la velocidad del viento y los latidos de su corazón, a mil desde que lo había visto sentado en uno de los cómodos asientos de cuero beige frente a la señora Duarte.

No había estado junto al copiloto y la azafata aquella tarde, cuando los pasajeros subieron al avión, pero lo había visto desde la cabina. Juanma la había pillado mirando mientras fingía buscar algo en la parte de atrás de la cabina. Pero no le había dicho nada. No todavía. Prefería esperar a preguntar a su amiga directamente y que ésta le contara la verdad. Sus celos habían empezado a despertarse. A pesar de que ella le había dejado claro que entre ellos no habría nada, no

podía evitar querer despertar en ella algún sentimiento hacia él que fuera más allá de la amistad. Más ahora que estaba con Alexia: nunca tendría nada serio, era un pasatiempo mientras intentaba planear cómo podía llegar a su amiga.

Charlotte intentó relajarse, y se ocupó del despegue con maestría. No abrió el micro, porque no había nada que decir. Era absurdo saludar a los mismos pasajeros de siempre y también lo era recordarles qué tiempo haría en Dubái. Ni siquiera tenía ganas de desearles un buen vuelo, ya se ocuparía ella de que fuera así.

–Tu amiga, la comandante, no nos ha saludado hoy –dejó escapar Andrea.

Alan bajó la cabeza, como si tuviese algo que ocultar. Andrea cerró los ojos durante un segundo. Ella tenía razón. Si no hubiese pasado nada, él no se comportaría como si la piloto no existiese. Ni ella tampoco; con lo profesional que era, le extrañó mucho su comportamiento, aunque, cuando le preguntó a la azafata, ésta le dijo que la comandante estaba ocupada con la revisión del avión para garantizar su seguridad. «Buena respuesta», pensó entonces.

–Estaría ocupada –respondió Alan tras pensar mucho su respuesta.

–Ya... –murmuró Andrea, mirando las nubes, que parecían un techo de algodón sobre la tierra.

–Ya has oído a la azafata –añadió él.

–Sí, la he oído, pero no deja de parecerme raro. Suelen estar todos cuando entramos.

–Bueno, no creo que haya que preocuparse por nada. Estoy seguro de que no hay ningún problema –trató de desviar la conversación.

Como Andrea era astuta, supo al instante que hablando con él no conseguiría saber nada. En todo lo caso, lo que más le extrañaba es que Alan volvía a mostrarse apagado, como antes de llegar a El Cairo. «¿Qué ha pasado con la ilusión por descubrir y conseguir la tablilla sumeria?», se preguntó. Andrea había pensado que al permitirle entrar en el juego, Alan tendría una razón más llamativa que la comandante para mantenerse activo y alegre, pero no había resultado. Desde que lo dejara en la Puerta de Damasco, había notado que ya no era el mismo. Además, dejarla sola con la pieza era un error imperdonable. Y el Alan de antes nunca habría cometido ese error. Andrea quería perdonarlo, pagarle lo que le correspondía por su ayuda y después escapar con él a cualquier paraíso.

Aunque esta vez no era como las otras. Le había perdonado muchas infidelidades porque así se mantenía entretenido mientras ella se ocupaba de su trabajo. No porque no confiara en él como profesional, sino porque no era eso lo que quería de él. Ella quería alguien que la

cuidara, que se preocupara por su bienestar y, sobre todo, que la acompañara. Un hombre joven a su lado que la hiciera sentirse joven; que le diera un motivo para vestirse, para maquillarse, para lucir sus joyas. Alguien que le diese una razón para seguir aferrándose a la vida con uñas y dientes, para saborearla al máximo. Pero quizás él ya no estaba dispuesto a vivir su vida en un segundo plano, siendo ella el centro de su atención. Quizá, cuando dejase de depender económicamente de ella, de sus regalos, de sus atenciones, de todas las satisfacciones que solía darle, Alan dejase de ser ese hombre.

Lo último que le apetecía era tener que buscar de nuevo un compañero. Nadie podía compararse a su difunto marido, ni siquiera Alan, pero sí que había sido el único que había conseguido insuflarle ganas de vivir. No, no quería empezar de nuevo, pero era justo que él recibiese su parte económica, y así lo iba a hacer. Pronto llegarían a Dubái y cerrarían el trato. No pudo evitar sentir cierto nerviosismo, cierto miedo, al pensar en si las cosas serían exactamente igual cuando regresaran a Barcelona. Mientras tanto, aún les quedaban unos días en aquella ciudad tan majestuosa y deslumbrante por fuera como fría y árida por dentro. Una descripción que bien podía haberse aplicado a sí misma.

11. La jaula de oro

–El jeque está muy interesado, pero si no ve antes la tablilla con sus propios ojos y se le permite que la haga valorar por sus propios expertos, no la comprará.

Alan miró a Andrea, esperando que ella diese el visto bueno a la petición. Él no había tenido dudas: era auténtica. Con más de cuatro mil años de antigüedad y apenas seis líneas de escritura cuneiforme, aún estaba sin traducir; era muy pequeña, apenas un poco mayor que un dedo pulgar, pero inmensamente valiosa.

–¿Y qué tiene de especial? Si puede decírmelo –preguntó el hombre con túnica blanca y turbante–. Quiero decir que cientos de tablillas como ésta se vendieron por todas partes del mundo a principios del siglo veinte. –La sostenía entre sus dedos índice y pulgar, tras haberse calado un guante blanco.

–Ésta no es como aquéllas. Esta tablilla ha estado en el museo de Hillah desde hace mucho tiempo.

–¡Hillah! Eso sí puede llamar la atención de Su Majestad, pero tendrán que esperar varios días, quizá semanas, pues en estos momentos está ocupado en uno de sus muchos compromisos solidarios.

–Está bien, no nos importa esperar –respondió Andrea con calma–, pero, mientras tanto, nosotros custodiaremos la tablilla.

–¿No confían en Su Majestad?

–Confiamos plenamente en Su Majestad –aclaró con una sonrisa–, pero, como usted ha dicho, no está en Dubái en estos momentos.

La respuesta de Andrea era clara. No dejaría la tablilla en manos de nadie que no fuera el jeque.

–De acuerdo. A cambio, nosotros los custodiaremos a ustedes. –Al ver el gesto de afirmación de Andrea, continuó–: Se quedarán en el hotel de Su Majestad hasta que él regrese. No podrán salir de sus habitaciones a menos que lo soliciten con, al menos, veinticuatro

horas de antelación. Podrán utilizar todos los servicios del hotel siempre que sean acompañados por uno de nuestros hombres. No podrán hacer llamadas, y les serán requisados sus teléfonos móviles. Pueden hacer una última llamada para avisar a sus familiares, si quieren, ahora mismo, antes de que me vaya y me lleve sus terminales conmigo. ¿Están de acuerdo?

–Lo estamos –respondió Andrea con rapidez.

Alan sintió una opresión en el pecho, donde su corazón se aceleró. Sin móvil y sin salir del hotel durante días, no podría ver a Charlotte, ni siquiera de lejos. No habían quedado precisamente en volver a verse, pero ahora sólo era capaz de pensar en eso. Se le demudó el rostro. Andrea lo miraba, a la espera de que también él aceptara la propuesta.

–¿Estás de acuerdo? –le repitió la pregunta.

Alan no sabía si contestar, pero la atenta mirada de aquel hombre sobre él le decía que empezaba a sospechar algo, de modo que movió la cabeza y abrió la boca para responder con un sí que sonó inarticulado.

–Está bien. Pueden hacer esa llamada.

–Yo no tengo que llamar a nadie –respondió Andrea–. ¿Y tú, Alan? ¿Quieres llamar a tus padres?

–¿A mis padres? No, no hace falta.

–¿Quieres llamar a alguien más? –preguntó de nuevo, inquisitiva.

–No, no tengo que hacer ninguna llamada.

Alan entregó el móvil, lamentándolo inmediatamente, y Andrea lo imitó. El hombre marchó entonces; sólo quedaban dos hombres en la puerta de las habitaciones contiguas.

–Bueno, no será tan malo... –soltó Andrea, cerrando la puerta y metiendo la tablilla en la caja fuerte.

Alan no contestó. Admiraba la magnífica piscina que se extendía bajo la terraza de la *suite* , frente a un océano azul tan calmado que casi parecía muerto. Estaba ensimismado en sus propios pensamientos.

–¿Estás en otro lugar? –le preguntó Andrea, agarrándolo por la cintura.

–¿Qué otro lugar puede haber mejor en estos momentos que esta habitación? –preguntó con ironía.

–Ninguno –él sonrió con cortedad, intentando que sus palabras pareciesen verdaderas.

–No será tan malo estar conmigo unos días en esta habitación, sabiendo que, cuando acaben, serás un hombre rico.

–No, claro que no. No será tan malo... –Alan regresó a la realidad.

Andrea tenía razón. Iban a ser sólo unos días, pero días en que no

sabría si Charlotte lo odiaba o si se había enamorado realmente de él; días en los que no podría verla, salvo de lejos si tenía la suerte de cruzarse con ella, aunque lo dudaba, pues ella se hospedaba en otra planta, de categoría inferior. Ni siquiera compartían la misma piscina. Pero Andrea tenía razón, serían sólo unos días, algún mes si la cosa se ponía difícil, pero el esfuerzo valdría la pena. Y, además, dicho sea de paso, estaba rodeado de los lujos más increíbles que nadie pudiera desear tener.

El problema es que estaría a solas con Andrea y, desde que se había acostado con Charlotte, su sola presencia le resultaba torturadora. Si, además, ésta le acariciaba la cintura y bajaba la mano despacio hasta su entrepierna, como estaba haciendo en ese mismo momento, la tortura se convertía en una placentera condena que ya casi no podía soportar.

–Celebremos este momento, Alan –le pidió, adelantándose para colocarse entre sus musculados brazos, que tenía apoyados en el cristal de la ventana–. Vamos a celebrar que seremos ricos. Ya nunca tendrás que hacer lo que no quieres.

Alan se sorprendió de que le hablase así, pero la inteligente Andrea debía intuir que él ya no la deseaba en absoluto.

–¿Por qué dices eso? –pretendió disimular.

–Por nada –le sonrió ella, aparentando dulzura mientras lo seguía acariciando con exigencia.

Alan no sabía lo que haría cuando tuviera el dinero. Aún no se había planteado nada, hacía tiempo que no se permitía el lujo de soñar otras cosas, otras vidas u otros amores. Ella era su única relación oficial, y por el momento así seguiría siendo. Por eso había advertido a Charlotte, porque no quería hacerle daño. Con ella, había querido hacer las cosas de manera diferente. Había planeado buscarla en el hotel para saber qué pensaba, qué sentía, en cuanto pudiera librarse de Andrea por un rato. Pero nunca imaginó que sería prisionero. Aunque fuera en una jaula de oro.

Su cuerpo empezó a responder a la llamada en forma de caricias de Andrea, a la que veía más avejentada y menos deseable que nunca. Cerró los ojos, en un intento de calmarse, de volver a ser el de siempre delante de Andrea, pero sólo consiguió recordar el rostro de Charlotte mirándolo entre lágrimas cuando la dejó en la habitación.

Se acercó despacio a la cama. Levantó las lujosas sábanas en color crema, con un ribete dorado, dejando la bajera al descubierto, como para hacer un hueco en el que acostarse.

Andrea, con el alma en vilo, siguió cada uno de sus movimientos y supo que él lo aceptaba. Se desnudó despacio, como solía hacer, y dejó

la ropa sobre el diván que había a los pies de la cama.

–Diré que no nos molesten –dijo, poniéndose un albornoz del hotel.

Abrió la puerta de la habitación y, sin mirar a los dos hombres de rasgos occidentales que los custodiaban, colocó el cartel en el pomo de la puerta. Cuando se dio la vuelta, Alan ya estaba en la cama, desnudo. Con la mirada perdida en el techo.

No le importó demasiado. Tendría que hacer algo para recuperarlo, pero, en aquel momento, solamente quería una cosa de él: que le hiciera el amor.

* * *

Había sido una estúpida. Juanma tenía razón, no debía haber caído en las redes del amante de una millonaria. Debería haber pensado más en sí misma y en sus circunstancias. Si Roger pudiera verla, le reprocharía que se hubiera enamorado del hombre menos indicado.

Pero el amor es algo que no se puede elegir. Aunque sí podía disimularlo, o al menos intentarlo.

–Si te hubieras acostado conmigo, ahora no estarías pasando por esto –le soltó su amigo.

–¿Si me hubiera acostado contigo? –sonrió al escuchar sus palabras–. Creo que los dos teníamos claro que eso no iba a pasar.

–Lo sé, no me entiendas mal. Quiero decir que, si lo hubiéramos hecho, no habría habido espacio para que esa sanguijuela se metiera por medio.

–¡Por favor, Juanma, no lo llames así!

–Es lo que es.

–No parecías pensar eso cuando nos invitó a cenar en ese restaurante tan caro, ni cuando nos enseñó Deir el Bahari en una visita privada.

–No me hables así, sabes que su dinero me da igual.

–No te hablo de ninguna forma, sólo digo que no parecía caerte mal.

–Y no me cayó mal, porque es el típico embaucador y manipulador que cae bien a todo el mundo, pero después tiene otra cara.

–Creo que no debería habértelo contado. –Charlotte ya se arrepentía de haberse sincerado.

–¿Por qué no? ¡Soy el único amigo que tienes por aquí! ¿Ves a algún otro? –dijo, mirando a su alrededor en el *pub* del hotel.

–Tienes razón, perdóname.

–Llevas así desde que partimos de Jerusalén. Y no soy tonto. Lo sabía igualmente. ¡Si ni siquiera quisiste salir a saludar a los pasajeros!

Eso no es normal en ti.

–De nuevo tienes razón, no sé qué me está pasando.

–Yo sí. Son demasiadas cosas... Roger, cambio de trabajo, de ciudad, y ahora este tío que intenta jugar contigo como si fueras un pañuelo de usar y tirar. Si querías acostarte con alguien, podías haberme llamado –se rio.

–Ya no sé si me estás echando la bronca en serio o te estás riendo de mí –rio por lo bajo ella también.

–Te lo digo en serio, pero no te estoy echando la bronca, sólo intento que abras los ojos. Y una broma de vez en cuando ayuda a que todo sea más llevadero.

–Lo sé, y te lo agradezco. –Charlotte bebió un trago de su copa.

–No has vuelto a saber nada de él, ¿verdad?

Charlotte negó con la cabeza. Los ojos le brillaban.

–Lo siento, Charlotte. No debes enamorarte de él. No es trigo limpio.

–Te agradezco que me hayas escuchado, de verdad. Pero tú no sabes cómo es en realidad...

–Ni tú tampoco, Charlotte. Que te hayas acostado con él no quiere decir que ya lo conozcas. La intimidad no siempre es lo que más une a las personas, ¿sabes? Te lo digo yo, que soy como él desde que me divorcié.

–¿A qué te refieres?

–¡Ah! Pero ¿no lo sabes? Siento ser yo quien te lo diga, pero no eres la única, ni mucho menos la primera. Ese tío se tiró a todas las tías que pudo el año pasado, delante de mis narices y de las de todo el mundo, incluida Andrea Duarte.

–Cómo puedes decir eso... Ellos están juntos.

–Están juntos, sí, pero no por amor. Tienen un convenio, o como lo quieras llamar. Él le alegra el cuerpo y la vista cuando ella lo busca, y a cambio obtiene todo tipo de lujos y persigue a las mujeres que le da la gana. No sólo lo he visto yo, también otros pilotos y azafatas. Alexia puede decírtelo, si quieres.

–No, por favor, no la conozco apenas. No metas a Alexia en esto.

–Está bien, como prefieras. Es sólo por si no me crees, por si necesitas más pruebas de que lo que te digo es verdad. Incluso tuvo un *affaire* con la asistente de la jefa, y estoy seguro de que ella lo sabía.

–¿La señora Duarte lo sabía?

–Pues sí. Es imposible que no lo supiera. Lo sabíamos todos.

–Me cuesta creerlo... –Sin poder evitarlo, notó que los ojos se le empañaban de lágrimas.

–Toma. –Juanma le ofreció un pañuelo–. Me cabrea ser yo el que

tenga que contarte todo esto. Si llego a darme cuenta antes de que estaba detrás de ti, te habría avisado. Aunque quizá no hubiera servido de nada, ya sabes. Nadie suele hacer caso en estas cosas.

–Está bien, te creo. ¿Por qué no iba a creerte? Tienes razón, he sido la más estúpida de todas las mujeres, y he caído porque necesitaba sentirme... Necesitaba volver a sentir algo. ¿Entiendes?

–Puedo entenderlo, aunque me duela oírtelo decir.

–Necesitaba sentir que aún estoy viva... Supongo que es eso.

–Supongo que sí. Quizás estés a tiempo y en realidad sólo sea eso, y no que te hayas enamorado de ese imbécil.

Casi le dolía escuchar a Juanma hablar así de él y, sin embargo, estaba claro que tenía razón. Había habido muchas más mujeres, y ella era sólo una más. No sabía cómo iba a librarse de la sensación de ahogo, ahora que al fin pensaba que estaba superando lo de Roger. Y tampoco sabía cómo podría olvidarse de él si tenía que verlo en cada vuelo y en cada hotel. Pero una cosa estaba clara: se sentía engañada. Alan no era capaz de querer a nadie, sólo le importaban el dinero y los lujos; su único afán era aquella vida que la coleccionista le proporcionaba mientras se tiraba a todas las tías que quería, sin importarle nadie.

Apuró la copa de un solo trago y se levantó. El *pub* estaba vacío. Sólo quedaban ella y Juanma, y los camareros ya habían empezado a mirarlos de forma extraña. Al fin y al cabo, estaban en Dubái, donde el alcohol estaba prohibido a los musulmanes y donde una mujer no bebía a solas con un hombre.

–Gracias por todo, Juanma. Me voy a dormir. ¿Te han avisado de si habrá algún vuelo esta semana?

–No me han dicho nada. Creo que nos quedaremos por aquí unos días. No está mal, ¿no? Vacaciones pagadas en semejante hotel de Dubái.

–No, no está nada mal. Podemos hacer algo de turismo mañana, si queréis.

–Estaría bien, pero, por favor, que no nos acompañe el mantenido.

–Te aseguro que no. Se acabó, de verdad.

–Te acompaño. Yo también me voy a dormir.

–¿Con Alexia?

–Oye, lo de Alexia tampoco va en serio –le dijo mientras cruzaban el amplio y lujoso vestíbulo–. Tampoco pienses que soy como él. Yo me mantengo solito.

–No pienso nada... –Charlotte levantó las manos como si la hubieran detenido–. ¡Dios mío! Es increíble. Se podría cenar en este ascensor.

–Sí, es enorme y brilla más que el anillo de compromiso que le regalé a mi ex – rio.

Ya en el pasillo donde tenían las habitaciones. Juanma le dio un beso de buenas noches en la mejilla y esperó a que ella entrase. No se sentía bien por haberle contado toda la verdad, pero debía abrir los ojos y los amigos estaban para eso, y él no quería que ella sufriera por alguien que no la merecía en absoluto. Pese a todo, Roger también había sido su amigo. Y lo hacía también por él, porque no le habría gustado verla llorar por un tipo como ése.

Charlotte sintió la habitación completamente vacía. Salió a la terraza, porque necesitaba respirar, pero el calor era insoportable. Casi treinta y nueve grados aquella tarde, y la noche no se presentaba mejor. Y la humedad y el aire caliente cargado de arena lo empeoraban todo.

Ella estaba instalada en una de las primeras plantas del hotel. Las *suites* estaban mucho más arriba. Sería imposible ver a alguien desde allí, aunque sí podía distinguir algunas luces. Tampoco sabía cuál era la habitación que Andrea Duarte compartía con Alan, en la que disfrutaría de él todas las noches, las veces que quisiera, como si fuera un juguete.

Se quitó la idea de la cabeza. Alan era un hombre y, como para la mayoría, el sexo era lo que más le satisfacía, aunque fuese con una mujer que le doblaba la edad. Se avergonzó de sí misma al pensar esto, ella nunca había tenido en cuenta esas cosas. También ella era mayor que él, aunque sólo unos pocos años. No era la edad por lo que Alan se sentía atraído, sino por una boyante cuenta bancaria. Y ella no llegaría nunca a poder ofrecerle lo que Andrea le daba. De todas formas, Charlotte no quería eso; era tan tonta que seguía creyendo que el amor era lo más importante.

12. Un millón de euros

Dos semanas en Dubái, ciudad en la que apenas se puede hacer nada salvo si tu cuenta bancaria es de más de un millón de euros. Las salidas con Juanma y Alexia le resultaban aburridas. La parejita estaba más unida que antes; era un alivio tenerse el uno al otro precisamente por el tedio que sentían.

Pero Charlotte estaba sola, se sentía casi tan sola como antes de volver a Barcelona. Conocer a Alan, tenerlo de amigo y guía, había sido un descubrimiento maravilloso; enamorarse y acostarse con él aquella noche había sido el colofón de algo maravilloso. Pero se acabó. Y ahora pagaba por su estupidez.

Esas dos semanas las había pasado casi siempre sola, en la piscina o en su terraza, leyendo en la tableta, salvo los momentos que pasaba con sus amigos, cada vez más espaciados. Por eso no esperaba recibir aquella invitación. Por supuesto, Alexia y Juanma también estaban invitados, pero intuía que la mano de Alan algo había tenido que ver.

La fiesta de bienvenida de Su Majestad. Parecía demasiado alto el evento como para que invitasen a la tripulación de uno de los muchos aviones privados que había en Dubái. Era casi absurdo, por eso no tuvo dudas de que él había insistido en que los invitaran.

Obviamente, no estaba contenta. No quería volver a verlo, así que había decidido no aceptar. La invitación solicitaba una confirmación por protocolo y ella no quería ser grosera con Su Majestad, así que había respondido con una negativa cortés a la persona que se la entregó. Pero a los pocos minutos sus amigos se habían presentado en la su habitación, entusiasmados por la fiesta. Y ambos se afanaron por convencerla.

–¿Y qué quieres, que vea encima que estás sufriendo por él? Debes cortar esto ya, Charlotte –le dijo Juanma sin ningún miramiento.

–Charlotte, querida –Alexia se sentó a su lado en un sillón de la terraza–, no puedes perderte ni un momento de este maravilloso viaje

por culpa de un hombre. Ésta es tu vida, tu trabajo, tienes la suerte de poder viajar a lugares increíbles, y no debes permitir que te lo fastidien.

–Es cierto, Charlotte. Ya has sufrido bastante, ¿no crees? ¡Ese tío no se merece que una mujer como tú sufra por su culpa! ¡Es un mierda!

Charlotte sabía que llevaban razón, pero su ánimo estaba por los suelos.

–Sé que lo que me decís es cierto, pero parece que no os dais cuenta de algo importante. ¿Creéis que ha sido el jeque quien nos ha invitado? ¿Es que pensáis que en la fiesta nos vamos a encontrar con todas las tripulaciones de los *jets* de todos los ricos de Dubái? Está claro que ha sido cosa de él. ¿O acaso creéis que han montado una fiesta privada para pilotos y azafatas, aparte de la de Su Majestad? Veo que no habíais caído... –Por sus caras, parecía que les estuviera tirando por el balcón todas las ilusiones de ir al baile del príncipe en el cuento de la Cenicienta–. ¡Sois más ilusos que yo! –rio–. Si me ha invitado a mí, es porque quiere verme. Después de dos semanas sin saber nada de él, ahora va y me invita a una fiesta. ¿Eso es lógico? Yo no lo veo normal –se estaba desahogando por fin–. Y a vosotros os invita de rebote, para disimular. Se notaría mucho si me invitase a mí sola. Y él no quiere que Andrea Duarte se entere de lo nuestro.

–¡Pero si ya debe saberlo! Decían que sabía lo de las otras.

–Es posible, pero no sé por qué esta vez es distinto. Él no quiere que sepa nada, supongo que está intentando protegerla o algo así. No tengo ni idea, porque no conozco las intenciones de Alan. No sé qué es lo que quiere ni lo que no quiere, ni me importa ya. ¿Os dais cuenta? Lo único que quiero es salir de ésta, volver a sentirme un poco a gusto conmigo misma y, como vosotros decís, no dejar que nadie me la fastidie. Porque la vida ya me la ha fastidiado bastante.

Hubo unos minutos de silencio. Al cabo, Alexia se levantó y se volvió para contemplar el extenso mar azul y manso.

–¡Pues con más razón tienes que asistir! –exclamó entonces–. No puedes dejar que vea que tienes miedo de encontrarte con él. Al contrario, tienes que ir y disfrutar de esa fiesta como de ninguna otra en toda tu vida. Así le demostrarás que no te estás regodeando en tu sufrimiento, que no eres cobarde como para enfrentarte a él. ¡No, señor! Tienes que ir, Charlotte. –Levantó las manos y miró a su alrededor–. ¡Por Dios, no puedes perderte una fiesta de un jeque en Dubái! ¿Cuándo te van a invitar a una fiesta así?

Juanma se echó a reír, y Charlotte no pudo más que hacer lo mismo. Se acercó a Alexia y le dio un corto abrazo, agradeciéndole la verdad que encerraba en sus palabras.

Era absolutamente cierto. Si no quería verlo, no tenía por qué verlo. En esa fiesta habría tanta gente que podría escabullirse. Y podría conocer a otras personas, pasarlo bien con sus amigos y aliviar el aburrimiento de los últimos días.

Alexia le había hecho darse cuenta de que, en realidad, estaba basando su felicidad en Alan. Como si él pudiese apretar un botón para destrozarle el corazón y pisotearle el ánimo cuando quisiera. Como si tuviese un mando a distancia para fastidiarle la vida. Y no era así. Sólo ella decidiría sobre sí misma. Sólo una cosa tenía más poder que ella misma sobre su vida: la muerte. Y ésa ya había pasado llevándose lo que más quería.

–Tenéis razón, chicos. Alexia, eres una mujer muy sabia, ¿lo sabías? Roger merecía todas mis lágrimas, pero Alan...

–Alan no merece ni que le des la hora. Y, si me equivoco, que te lo demuestre –acertó a decir Juanma.

–Entonces, tendremos que ir de compras, ¿no? –los miró con una sonrisa–, y sin perder tiempo.

–Pero ya has confirmado que no ibas a ir, no sé si se puede arreglar.

–Diré que ha sido un error.

–Llamo ahora mismo y diré que vamos los tres.

–Gracias, Juanma. Mientras tanto, me cambio y vamos a mirar las tiendas del hotel.

–Creo que son carísimas..., ¡pero me hace ilusión gastar dinero! –respondió Alexia, divertida.

* * *

Era la primera vez que se ponía un vestido como aquél, y probablemente también sería la última. Tampoco nunca había gastado tanto dinero en un trozo de tela, aunque debía reconocer que era espectacular: el cuerpo en palabra de honor y la falda de gasa, todo en azul noche con pequeños brillos, como si le hubiesen salpicado con un bote de purpurina. Tampoco los zapatos se quedaban atrás; con un tacón de vértigo, dejaban ver casi el pie por completo, pues las tiras que los sujetaban eran transparentes.

Había ido con Alexia al salón de belleza del hotel. Se habían hecho la manicura francesa en manos y pies, y además se había teñido el pelo de un tono cobrizo que suavizaba sus rizos negros. La habían peinado durante horas hasta conseguir un alisado perfecto, y después se lo habían sujetado a un lado con una bonita horquilla de bisutería.

Entraron los tres juntos. Alexia también estaba bellísima con su

vestido en tonos rosas, y el esmoquin negro realzaba el atractivo de Juanma.

El hotel Burj Al Arab les había parecido impresionante desde el primer momento. No sólo por su colosal altura y su magnífica forma de vela, sino también por estar dentro del agua, a pocos metros de la playa, y por ser el único hotel de siete estrellas del mundo. Ni en sus mejores sueños habrían imaginado poder dormir allí, pero Andrea Duarte era la invitada del jeque y eso se extendía a los que viajaban con ella. Y todo gracias a su costumbre de tener a su gente cerca, siempre disponible para cualquier cosa.

–Pero esta vez no paga ella –intervino Juanma cuando Alexia se admiraba de la generosidad de la mujer–. Estoy seguro de que también somos invitados del jeque. Y no creo que le resulte un problema prestar un par de habitaciones más en las plantas de abajo, que deben ser las más baratas.

–No creo que haya nada barato en este hotel. Las habitaciones son de lujo –le respondió la azafata.

–Imagina cómo debe ser la *suite* de la Duarte –se mofó él–. Será prácticamente un palacio.

–¿Y esa asistente del este que tiene?

–Ésa seguro que está en una planta baja, como nosotros –afirmó–. ¡Mírala! Ahí está, con sus ojos de tiburón y su pelo color platino. –Señaló con un movimiento de cabeza hacia el fondo del salón de cóctel.

Incluso Ivania parecía sacada de un cuento de hadas aquella noche. Charlotte se dio cuenta enseguida de que ella no sería la más bella de la fiesta y tampoco la más impresionante. El vestido de la asistente, en lamé plateado, superaba al suyo con creces. Además, marcaba sus curvas de forma generosa, mientras que el suyo sólo le modelaba el pecho.

El salón era enorme, con una decoración recargada y majestuosa al estilo árabe. Las mesas estaban llenas de marisco y ostras, caviar y ahumados, en bandejas de dos y tres pisos con hielo. Un pianista amenizaba la velada.

Un camarero les sirvió unas copas de champán bien frío.

–Seguro que el marisco no es tan bueno como el de España –se arrancó Juanma en uno de sus habituales ataques patrióticos.

–¿Quieres dejar de ser tan español por una noche? –le pidió Charlotte, riéndose–. Estás en el cuento de *Las mil y una noches* .

–Es verdad, olvídate del marisco y mira a tu alrededor. ¡Esto es impresionante!

–Me parece un poco hortera. Al estilo de los rusos –respondió

despectivo, sin poder evitarlo.

–No es así, aquí no hay muebles de Versace; esto es todavía más lujoso.

–Es como un palacio, la verdad –se admiró Charlotte, que intentaba fijarse en todos los detalles.

–¿Y esto es una fiesta privada? –preguntó de repente Alexia–. ¡Pero si el salón es enorme! ¡Y está lleno de gente!

–Ya te dije que aquí no te cruzarías con quien no quieras –Juanma se dirigió a su amiga.

Charlotte no estaba tan segura. Ya habían visto a Ivania y, aunque fuera de lejos, sería fácil ver a Alan también en cuanto apareciera acompañando a Andrea Duarte. Y seguramente no quedaría mucho para que hicieran su aparición estelar, pues todos los invitados debían estar allí antes que el jeque.

El salón acababa en una terraza desde la que se veía el mar extendiéndose alrededor, como si estuviesen en una isla. Y en realidad así era: el hotel se alzaba como un islote, separado de la tierra por un puente por el que los invitados podían llegar en sus coches, aunque algunos preferían el helicóptero. Los tres se habían planteado la posibilidad de pilotar uno sobre la ciudad, pero los precios eran tan desorbitados que desecharon la idea.

Charlotte se alejó un poco de la parejita para salir a la terraza y admirar el impresionante paisaje. Bebió un sorbito de su copa con ribete dorado, como casi todo lo que había en el salón. Dentro flotaban unas diminutas láminas de oro, en este caso comestibles.

El aire caliente y un poco desagradable movía su falda, aligerando el calor. Se estaba mejor dentro, en el salón climatizado, por eso en la terraza no había nadie. Pero estaba anocheciendo, y la puesta de sol era tan mágica en aquel lejano lugar del mundo que se emocionó.

Escuchó unos pasos tras ella y al instante se temió que fuese Alan. Casi lo supo, lo intuyó, y se quedó paralizada. Cerró los ojos, sintiendo cómo el corazón se le aceleraba.

–Es usted una mujer sensible –le dijo una voz a su espalda.

Reconoció la voz. Sintió alivio, no era Alan, aunque ciertamente la sorprendía que Andrea Duarte se dirigiese a ella. Se dio la vuelta. Lucía un magnífico vestido blanco con hojas doradas, de corte griego, pero con una fina tela sobre los hombros a modo de capa que dejaba los brazos al descubierto. Llevaba el pelo recogido en un moño, y las joyas de oro, collar grande, pendientes pequeños y pulsera y reloj a juego, brillaban en la noche.

–¿Por qué lo dice? –preguntó al fin, pensando que su pequeño conjunto de Swarovski resultaba bastante ridículo al lado de sus joyas.

–Porque sabe apreciar una puesta de sol, incluso si en el cóctel hay los mejores manjares y bebidas del mundo.

–Tengo una copa. –La levantó un poco, en un simpático gesto.

–Y yo la mía. –Andrea la imitó–. Podemos brindar –dijo, acercándola a la suya.

El sonido del cristal rompió el silencio. La tensión era más que evidente.

–Por la puesta de sol – dijo Charlotte.

–Y por los hombres que amamos –añadió Andrea.

Charlotte la miró atemorizada. «Lo sabe todo», pensó, pero no dijo nada, se limitó a brindar.

–Creo que prefiero entrar, hace mucho calor aquí –murmuró, deseando escapar.

–¿Puede esperar un momento? Al fin y al cabo, es usted mi invitada.

Se sorprendió, pero no podía decírselo ni demostrarlo.

–Creo que usted ha tenido un gran amor en su vida –dijo entonces, devolviéndola mentalmente a apenas hacía un año y algunos meses, cuando su vida era completamente distinta.

–Así es. Pero ya no está conmigo.

–Lo siento mucho, sé que murió en un accidente de avión. Espero que lo haya podido superar, sé lo difícil que puede ser.

Charlotte asintió con la cabeza, recordando que el señor Duarte había muerto también hacía pocos años.

–Pero la vida sigue, y nosotros debemos continuar, ¿no? Es la única posibilidad que tenemos. No hay otra, la muerte es implacable, pero la vida..., la vida es lo que corre por nuestras venas, y hay que aprovechar cada minuto.

«Por eso ella aprovecha el buen sexo con Alan, aunque tenga que pagar por ello», pensó Charlotte con enfado.

–¿Eso hace usted? ¿Aferrarse a la vida? –le preguntó sin embargo, realmente interesada, aunque con una pizca de sarcasmo en el tono.

–Así es, me aferro a la vida, a sentir, a experimentar, a vivir todo lo maravilloso que ésta me ofrece, sin limitaciones, el tiempo que me quede.

–Supongo que el dinero es de gran ayuda.

–Lo es, pero no es lo único. Es más importante la actitud. Si se cierra, nunca conseguirá superarlo, pero, si se abre al mundo –extendió las manos a ambos lados–, se dará cuenta de que, si aún está aquí, si usted no se marchó con el amor de su vida, es porque debe haber alguna razón importante para ello.

–No soy muy religiosa, la verdad. No creo mucho en esas cosas. –

Charlotte deseaba zanjar la conversación.

–No le estoy hablando de dioses, sino de usted misma. –Andrea se dio cuenta de que Charlotte no quería estar allí con ella–. Da igual, supongo que no soy la persona con la que usted querría estar charlando en este momento.

–No se preocupe, he venido con mis compañeros, pero me gusta estar sola.

–Lo sé, ellos también son mis invitados. Y espero que disfruten de la fiesta –se despidió, dándose la vuelta para marcharse.

–¿Por qué nos ha invitado? –le preguntó entonces directamente–.Quiero decir... No somos sus amigos, sólo somos su tripulación. Sé que es usted una persona generosa, pero esta fiesta es más de lo que podríamos esperar...

–Está bien. –Andrea la miró directamente a los ojos–. En realidad, quería hablar con usted a solas sin que nadie lo supiera, y una fiesta me pareció el lugar perfecto. Ya sabe, nadie está demasiado pendiente de nadie, hay demasiada gente a la que saludar y con la que charlar de estupideces y temas sin importancia.

Charlotte sonrió. Ella pensaba exactamente lo mismo que Andrea sobre las fiestas.

–¿Y de qué quiere hablarme?

Andrea guardó silencio unos instantes. Luego la miró desafiante y dejó su copa sobre una mesa.

–De Alan, por supuesto.

Charlotte bajó la cabeza. Ahora ya no cabía duda de que lo sabía todo. No tenía por qué seguir fingiendo, pero casi se avergonzaba. No era algo de lo que se sintiera orgullosa, al fin y al cabo era su novio.

–¿Va a ofrecerme dinero, señora Duarte? –decidió preguntar a bocajarro–. ¿Quiere que desaparezca? ¿Es eso? –insistió, al ver que la mujer seguía sin contestar.

–¿Cuánto sería suficiente para usted? –respondió al fin, mirando al mar para evitar su mirada.

Charlotte sentía rabia y asco. Apuró de un trago el final de su copa, levantó el brazo y la lanzó con furia al mar.

–Esto es lo que yo haría con su dinero. ¿Le ha quedado claro? –Se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Se sentía asqueada, sucia como el dinero que le quería dar.

–¿Está segura? Podría cambiarle la vida –le dijo Andrea.

Charlotte se paró en seco y luego se giró. Caminó con paso firme y rápido hacia ella, que la esperaba con los ojos muy abiertos, sorprendida por su reacción.

–Yo no quiero cambiar mi vida. Me gusta tal y como es. Soy la

primera que le dice que no, ¿verdad? Supongo que ha pagado muchas veces a otras mujeres para que salieran de la vida de Aarón. Porque se llama Aarón, no Alan, como usted pretende. Quiere cambiarlo por completo, incluso el nombre. ¡No se da cuenta de que, con tanto cambio, ya no sabe ni quién es! Está completamente perdido entre su dinero, los lujos que le da, los regalos, y usted, que lo presiona constantemente para hacerle ver que es inferior, como si fuera una mierda a su lado. ¡Pues esta vez se ha equivocado! –Se acercó tanto a ella que la mujer dio unos pasos hacia atrás–. Ha dado con un clavo igual que usted. No quiero su dinero; es más, me asquea su dinero. Me iré de la vida de Aarón porque él quiere que me vaya, y no porque me deje comprar por alguien como usted.

–Está usted muy satisfecha de sí misma, ¿verdad? –repuso Andrea con sarcasmo–. Con su arrogancia y su carrera de piloto, su actitud de mujer fuerte que ha sabido salir adelante en un mundo de hombres. Cree que las demás somos como eran nuestras abuelas, unas tontas que, pobres o ricas, no podemos hacer otra cosa que depender de un hombre. Pues fíjese que yo tampoco dependo de nadie.

–Pues lo parece. Y quizá no dependa económicamente, pero sí emocional y psicológicamente, y la prueba es que compra a otras mujeres para que se alejen de él.

–En eso tiene razón, pero no es porque dependa de él, sino porque quiero protegerlo.

–Eso no hay quien se lo trague –dijo Charlotte con ironía, remarcando cada sílaba.

–¡Usted no me conoce de nada! –le gritó Andrea, despectiva.

–Ni usted a mí y, sin embargo, ha querido comprar mis sentimientos. Pero se ha equivocado, porque yo lo quiero, me he enamorado de él como una idiota, y ni un millón de euros serviría para que me olvidara de él.

–Un millón de euros –repitió Andrea Duarte con sarcasmo por lo pequeño de la cantidad.

–¡Ah, sí! Que eso es calderilla para usted, pero esa cantidad cambiaría de verdad mi vida para siempre. Con ese dinero empezaría poco a poco, invirtiendo, comprando y vendiendo, hasta conseguir hacerme rica como usted. ¿O cree que nunca he pensado en cómo ser uno de ustedes? Es normal caer en las redes de todo este engaño, ¿sabe? Pero resulta que yo soy una estúpida mujer que perdió a su marido hace más de un año y ahora se ha enamorado de un mantenido. ¡No doy ni una! Pero no voy a aceptar su dinero, porque no me soportaría a mí misma si lo hiciera. Tan sólo me voy a marchar de su vida porque él quiere que lo haga, sin más. No necesito nada

más que una palabra suya para marcharme, porque yo sí lo respeto. No como usted. ¡Y una cosa más! –dijo, alejándose unos pasos–. Ya ha visto que existen personas en el mundo que no nos dejamos comprar; quizá le fuera útil rodearse de gente así, con una actitud ante la vida... más abierta a otras posibilidades.

–Cree que lo sabe todo, ¿no?

–Hay una cosa que no sé: ¿para qué me ha invitado a la fiesta? Podía haber venido a mi habitación, allí sí que Alan no podría haberla visto intentando comprarme.

–Quería que Alan la viera por última vez. No soy tan cruel como usted cree.

–¡Claro! –Charlotte entendió qué pretendía–. Quería que él me viera en esta fiesta, con este vestido y una copa de champán con oro en la mano, para que crea que he aceptado, que estoy dejándome comprar, como él hace cada noche, ¿no es cierto? Pues me encargaré de que sepa que no ha sido así. Y me marcharé de esta fiesta ahora mismo, antes de que venga. No necesito nada de usted, ni fiestas ni dinero.

–¡Espero que no lo lamente! Porque después será tarde y ya no es usted una jovencita... –le replicó Andrea.

Charlotte se rio de sí misma mientras se marchaba. Había rechazado una posibilidad única. No se había dado cuenta de que se había acostado con el hombre perfecto en el momento perfecto. Gracias a eso, podía haber conseguido más dinero del que ganaría en toda su vida pilotando aviones.

A Andrea le costaba creer que se hubiera negado. Había pagado a muchas mujeres antes, pero eran unas mentecatas. Ahora se vería obligada a despedir a Charlotte, y no era el mejor momento. Suspiró con rabia. Se ocuparía de aquello más tarde. Mientras, confiaba en que el jeque se decidiera por fin a comprar la tablilla. Luego regresarían a Barcelona y entonces convencería a Alan para que siguiera siendo su compañero. Quizás una isla en el Caribe fuese un buen sitio para alejarlo de todo y de todos.

13. Un hombre rico

Entró en el salón con lágrimas en los ojos. Frustrada y avergonzada, porque por unos instantes, aunque fuesen los más breves de su vida, había pensado en que aceptar ese dinero podría ser la solución.

Juanma y Alexia se fijaron en su rostro descompuesto. Tenía las mejillas enrojecidas por el champán, pero aun así se veía que estaba a punto de derrumbarse.

–Me marcho –dijo sin dar más explicaciones.

–¿Qué te ha dicho esa bruja? –preguntó Juanma–. Hemos visto que salía después de ti.

–Ya os lo contaré. –No tenía ganas de hablar, pero se le escapó–: ¡Pretendía comprarme! Me voy a la habitación, a olvidarme de todo esto. A partir de ahora, me limitaré a pilotar su avión de mierda y, en cuanto lleguemos a Barcelona, presentaré mi dimisión.

–¡No puedes hacer eso! ¡Es tu trabajo! –exclamó Juanma, que empezaba a cabrearse.

–¡No tengo otra opción! –contestó Charlotte–. No me queda otra que irme. –Bajó la voz al darse cuenta de que estaba rodeada de gente.

–¿Vas a fastidiar tu vida por él?

–Me voy. Ya hablaremos mañana.

–Nos vamos contigo –intervino Alexia, mirando a Juanma.

–¡No! Quedaos y pasadlo bien. Yo me voy directa a la cama.

–Está bien, pero si quieres puedo acompañarte –le dijo, solícita.

–No hace falta, gracias. Hasta mañana –y se encaminó hacia la puerta casi corriendo.

La puerta, de auténtica madera labrada, pesaba bastante, y le costaba moverla. Justo entonces, Alan salió a su encuentro y la ayudó a abrir.

–¿Ya te marchas? Aún no ha empezado la fiesta. –La miró preocupado.

–¡Por favor, déjame! –acertó únicamente a decir ella.

–¡Eh, espera! –exclamó, siguiéndola por el pasillo–. ¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal?

–No, estoy bien, pero quiero irme –dijo, para que dejara de seguirla.

–Te acompañaré. –Corrió hasta ponerse a su altura.

–¿Quieres dejarme en paz? –gritó Charlotte en mitad del vestíbulo.

La gente se los quedó mirando. Alan la cogió del brazo y la llevó hasta unos sillones cercanos. Le pidió que se sentara, y él se sentó frente a ella. Levantó la mano, y un botones apareció al instante.

–¿Puede traer una botella de agua mineral sin gas y un vaso por favor? Gracias.

El botones asintió y se marchó con rapidez para atender su petición.

–No quiero agua, lo que quiero es irme.

No quería mirarlo. Estaba demasiado guapo con aquel esmoquin azul.

–¿Vas a decirme qué te ocurre, por favor? –le pidió en voz baja y tranquila.

–No quiero decírtelo. No tengo por qué.

–Porque yo te lo estoy pidiendo, sólo por eso.

–No, no tengo por qué hacer nada de lo que me digas, ni tú, ni tu novia.

–¿Mi novia? –se extrañó–. Por favor, cuéntamelo. Si no, no podré ayudarte.

–¿Sabías que estaba invitada a la fiesta? –preguntó sin hacerle el menor caso–. Sí, lo sabías, ¿verdad?

–No, no lo sabía, por eso me ha sorprendido verte y que intentaras marcharte sin siquiera saludarme.

–Seguro que me estás mintiendo, porque eres experto en mentir. No voy a creer nada de lo que me digas.

–Entonces, ¿para qué me preguntas? –recapacitó, porque ya estaba enfadándose él también–. Imagino que te invitó Andrea, entonces.

–Imaginas bien –clavó en él una mirada asesina.

–No sé por qué lo ha hecho, pero bien, al menos he podido verte.

–Te aseguro que no ha sido para eso. Además, si hubieras querido verme, lo habrías hecho.

–No he podido. Es largo de explicar, pero, si me das tiempo mañana, te lo contaré todo.

–¿Mañana? Estoy aquí, sentada frente a ti. ¿Por qué no ahora?

–Porque ahora tengo que volver a la fiesta. Es importante.

–¿Importante? –Se levantó–. Ella es importante, la fiesta es importante. Yo no soy importante.

–¿Qué estás diciendo? No sabes lo que dices. Mañana, cuando te lo explique todo, lo entenderás.

–¡No va a haber un mañana! ¡Se acabó! Quédate con tu novia o lo que sea. ¡Dejadme en paz los dos! En cuanto lleguemos a Barcelona saldré de vuestras vidas y no tendréis que verme más. –Echó a correr hacia el ascensor.

–¡Espera! –Alan puso la mano en la puerta mecánica para que no se cerrara–. ¿Ni siquiera me vas a dejar que te explique lo de estas dos semanas? No es que no haya querido verte, es que no he podido.

–Ya... –rio con ironía–. Tú puedes hacer lo que quieras, Alan. No eres un mono de feria atado a una cadena. Eres un gigoló, pero eres libre de salir y entrar. Ella no te ha puesto una correa alrededor del cuello todavía.

Sabía que aquello le haría daño. Lo hizo con toda la intención, y lo consiguió. Alan quitó la mano de la puerta y esperó a que se cerrara. Tenía los ojos brillantes. Charlotte se sintió cruel. Encima le daba pena. Era una tonta.

* * *

Cuando Alan entró unos minutos después, una vez calmado, vio que Andrea e Ivania le hacían gestos. Él sabía lo importante que era aquella fiesta para ellos. Sabía que no debía haberse ido detrás de Charlotte. Por fin el jeque estaría allí y ellos podrían hablar con él, pero debía hacerlo él sobre todo, pues, aunque el jeque era un hombre joven y más moderno que la mayoría de familia, Andrea sería tenida menos en cuenta que él por ser mujer.

–¿Dónde estabas? –le soltó Ivania, molesta–. El jeque ha preguntado por vosotros.

Alan no contestó y se fue directamente hacia Andrea. La cogió por la cintura, y juntos caminaron hacia el interior de una sala contigua, donde se suponía que Su Majestad los esperaba para terminar con la transacción.

Andrea estaba seria, pero no le dijo nada, consciente de que debían estar tranquilos para hablar con el jeque. Nada podía salir mal.

La tablilla ya estaba en manos del jeque. Cuando las puertas de la sala fueron debidamente cerradas con llave por los guardaespaldas, pudieron ver que llevaba unos guantes blancos y que la sujetaba con cuidado, admirándola. Al verlos, la colocó en la caja y se levantó para saludarlos. Lo hizo de forma respetuosa y sin ningún signo aparente de su superioridad. Le dio la mano a Alan, y a Andrea le hizo un gesto bajando la cabeza. Después los invitó a que se sentaran en la fastuosa

rinconera blanca de piel, y entonces comenzó a hablar con un tono de voz pausado y amable, primero algunas palabras en español, y luego en un perfecto inglés.

–Les agradezco mucho su visita. Estoy muy contento de tenerles aquí y de que hayan acudido a mi fiesta.

–Gracias a Su Majestad por invitarnos –respondió Andrea.

Al jeque no pareció molestarle en absoluto que fuera ella quien hablara en primer lugar. Al contrario, eso sirvió para que los mirara a los dos, alternativamente.

–La tablilla es magnífica. Mis expertos la han estado estudiando estas dos semanas, y su opinión ha sido unánime. Creen que es auténtica.

–Nos alegramos de que sus expertos estén de acuerdo con nosotros –expuso Alan.

–Pero lamento tener que decirles que no podré pagarles lo acordado mientras no sepamos cómo fue encontrada.

El mundo de Andrea desapareció por completo a su alrededor. Su nueva vida dependía de aquella transacción. Alan pensaba lo mismo, él también tenía muchas razones por las que desear que aquello saliera bien, pero ninguno de los dos dijo nada, sólo esperaron a que el jeque continuara.

–Entiéndanlo. Ha habido muchos saqueos estos últimos años, y yo valoro el arte por encima de muchas cosas, pero no quiero ser partícipe de esos robos.

–Conocíamos su integridad por adelantado, majestad.

–Sólo les pido que nos digan dónde y a quién compraron la tablilla. La Interpol se ocupará del resto.

Andrea quería respirar, pero le estaba resultando muy difícil. Durante unos instantes se imaginó qué podría pasar si le daba esos datos. No era común entre coleccionistas informar de sus fuentes y vendedores. Siempre intentaba conseguir que las transacciones fuesen lo más legales posible, pero no siempre lo lograba. Pero el jeque no era solamente un coleccionista de arte. Era un hombre idealista que quería lo mejor para su pueblo y que creía que podía hacer algo por mejorar el mundo. Loable, pero difícil. El mundo del arte era un intrincado laberinto en el que muchas veces los verdaderos culpables eran personas importantes e influyentes, con muchísimo dinero, que promovían los robos. Pero él, no.

–Entendemos su posición, majestad, pero nos gustaría que entendiera la nuestra también. Es arriesgado decirle un nombre. Si alguien se enterase, podríamos estar muertos al día siguiente.

Alan se horrorizó al escucharla.

–La entiendo, señora Duarte –respondió el jeque, demostrando que sabía quién era realmente la que mandaba entre ellos–. Nosotros podemos protegerlos hasta que salgan de Dubái. Después, ustedes tendrán suficiente dinero como para pagar su propia protección. Sin embargo, si no me dice el nombre, no podré comprarle la tablilla, y al final mis investigadores acabarán enterándose igualmente, pero la diferencia será que ustedes no habrán ganado dinero. ¿Le parece lógico? –sonrió.

–Me parece justo. –Andrea no tenía ninguna otra razón para no darle lo que le pedía.

–Me alegro –volvió a sonreír.

El jeque hizo un gesto con la mano, y un asistente le entregó una tablilla con un papel. Se la pasó a Andrea y sacó una pluma de oro del bolsillo de su camisa.

–Imagino que sabrá el nombre que le estoy pidiendo. Quiero decir que no me interesan los de abajo, los ladrones, sino quién está detrás de todo esto.

–Lo imagino –respondió ella, ante la continua sorpresa de Alan–. Pero quiero advertirle de que es posible que no le guste lo que va a leer.

El jeque volvió a sonreír e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. La miraba con atrevimiento, intensamente. En otras circunstancias, Andrea se habría dado por aludida. Tenía unos ojos negros y profundos, llenos de juventud, y Andrea sintió que podría quedarse allí con él toda la vida. Sin embargo, era demasiado importante como para ser su compañero. Y ella nunca sería la concubina de ningún hombre ni la esposa número mil de un harén interminable. Escribió un único nombre, sin dejar que Alan lo viera.

El jeque no pareció sorprenderse, sino más bien hizo un gesto que denotaba la confirmación de algo ya esperado. Entregó la tablilla a su asistente y, cerrando la pluma con una tranquilidad pasmosa, volvió a colocarla en el bolsillo de su camisa.

–Le doy las gracias por esto. Sé que es muy difícil para usted. Quiero que sepa que conozco el riesgo que va a correr a partir de ahora, por eso mi seguridad está a su absoluta disposición hasta que salgan de Dubái. También quiero comunicarle mi decisión de pagar el doble de lo acordado. Creo que es lo justo, señora Duarte.

Alan se quedó boquiabierto. Sin embargo, Andrea supo disimular y controlar su respiración, cada vez más agitada, ante la mirada penetrante de aquel hombre joven y poderoso.

–Sé mucho sobre usted, señora Duarte –aclaró–, y aprecio enormemente su trabajo. Y ahora que nos conocemos quiero que sepa

que la aprecio aún más.

–Se lo agradezco. Yo también aprecio mucho su trabajo, majestad –respondió cortés.

–Me alegrará que vuelva a visitar Dubái muy pronto, quizá con una nueva pieza, o simplemente por placer –enfatizó la última palabra.

–Yo también estaré encantada de regresar. Le avisaré cuando lo haga.

–No hará falta, me enteraré de todas formas –le sonrió.

Además de actual, joven, guapo y millonario, era un hombre simpático. Andrea estaba encantada de haberlo conocido y por supuesto que volvería.

Alan no entendía muy bien lo que estaba pasando. Por un momento, incluso sintió que sobraba en la conversación, hasta que el jeque se levantó y le extendió de nuevo la mano. No se la ofreció a Andrea, el protocolo y su religión le prohibían tocar a una mujer desconocida; quizá por eso la miraba tan intensamente, como si quisiera tocarla con los ojos.

–Y ahora, si me disculpan, he de ocuparme de mis invitados.

Salió con paso firme por la puerta contigua a la sala, seguido de su escolta. Su asistente cogió la caja con la tablilla y los invitó a sentarse de nuevo para entregarles el cheque. Mientras Andrea se ocupaba de ello, Alan se escabulló hacia el salón. No sabía qué pensar; tenía una extraña sensación de temor y al mismo tiempo de satisfacción. Pidió una copa de champán y, tras observar las láminas de oro que flotaban en el líquido espumoso, bebió un largo sorbo.

Pensó en sus padres, en todo lo que necesitaban y que ahora podría darles. No supo si debía reír o llorar por lo que acababa de ocurrirle. Se había convertido en un hombre rico.

14. La rayita rosa

Andrea salió junto a Ivania, buscando a Alan con la mirada. Le encontró en la barra, con una copa de champán en su mano. Caminó hasta él, moviendo las caderas, seguida de su inseparable asistente.

–¿Qué se siente al ser un hombre rico de repente? –le preguntó con una sonrisa.

–Aún no lo sé. Sigo aturdido –respondió, ofreciéndoles dos copas.

–La verdad es que nada ha sido como esperábamos. –Andrea aceptó la suya.

–¿Estás segura de haber hecho lo correcto?

–¿Y qué es lo correcto?

–Quizá debería haber dicho lo adecuado... para ti, para nosotros.

–No lo sé. Pero, si no le hubiera dicho ese nombre, ahora no serías millonario.

–¿Pero a costa de qué, Andrea? ¿Voy a tener que pasarme la vida vigilando mis espaldas?

–Ya has oído a Su Majestad, tenemos su protección.

–¿Y cuándo volvamos a España?

–¿Has estado escuchando la conversación? –respondió con otra pregunta–. Tendremos que llevar protección también, probablemente ya durante toda la vida.

–No me gusta la idea.

–Te gustará menos que te maten.

–¿Y mis padres? –La miraba asombrado. ¿Cómo podía hablar tan fríamente de algo así?–. ¿Y las personas que quiero? ¿También estarán en peligro constante?

–Supongo que sí, aunque no creas que estamos hablando de gente tan inteligente y astuta como te la imaginas. Hablamos de alguien que quería hacerle una jugarreta al jeque, nada más. Su Majestad se encargará de él, y asunto arreglado.

–¿Estás segura?

–Por supuesto que sí. Me avisará cuando ocurra.

–¿Estás hablando de que va a eliminar a esa persona? –Bajó la voz, acercándose a ella para que nadie pudiera escucharlos.

–No estoy diciendo eso. Se ocupará la justicia de su país.

–Imagino que tendrán pena de muerte...

–Eso no es de nuestra incumbencia. Sólo puedo decirte que se trata de alguien cercano a Su Majestad. Deja que él se encargue de todo y, mientras tanto, disfruta de tu nuevo estatus social. Seguramente sólo necesitaremos seguridad unos meses, un año como mucho. Y, de todas formas, sería bueno que la llevaras siempre ahora que tienes tanto dinero, ¿no crees? Da igual si estás en el punto de mira de alguien o no. Tu seguridad es importante.

–Supongo que sigo aturdido...

–Creo que sí. Tienes que empezar a pensar de otra manera. Ahora eres como ellos. –Hizo un gesto con la barbilla para señalar a los invitados que charlaban animados mientras comían y bebían durante el cóctel.

–¿De verdad te ha pagado el doble?

–Sí –sonrió con satisfacción–. Ahora somos dos veces más ricos de lo que pensábamos. Ivania se ocupará de hacértelo llegar. Después, te aconsejaré sobre algunas inversiones. Hay muchas obras de arte esperándote.

Alan le devolvió la sonrisa. Ahora estaba un poco más tranquilo. Se imaginó creando su propia colección artística, y le gustó.

–Lo celebraremos esta noche, ¿no? –Andrea se acercó mucho a él, aunque sin tocarlo, pues un gesto demasiado cariñoso no estaría bien visto.

Alan no respondió. Se limitó a sonreír, como estaba acostumbrado a hacer. Pidió otras dos copas al camarero y ofreció una cucharilla de caviar iraní a Andrea, que la aceptó gustosa, mientras Ivania se marchaba para ocuparse de ingresar el dinero en su cuenta.

Todo le resultaba demasiado absurdo. Mientras comía el caviar más caro del mundo y bebía del mejor champán, su cuenta bancaria engordaba como un globo a punto de estallar. Pensó en Charlotte, en si le diría la verdad o preferiría protegerla manteniendo el silencio. Entonces recordó lo molesta que se había ido y, en cuanto Andrea empezó a departir con algunos invitados, aprovechó para escabullirse.

Pulsó el botón del ascensor con rapidez y se presentó en recepción, saltándose a las dos personas que había delante de él y que estaban realizando el *checking* .

–Necesito el número de la habitación de la comandante...

–Lo siento, señor. No puedo facilitarle esa información –respondió

con rapidez el recepcionista.

–¡Dígame el número! –gritó Alan sin remedio. Bajó de nuevo la voz al darse cuenta–. Dígame su número, por favor. Se trata de una urgencia. Se lo estoy pidiendo de parte de la señora Andrea Duarte, que está hospedada aquí como invitada de Su Majestad. ¿No querrá usted importunar al jeque?

–Señor, le repito que no puedo darle esa información –volvió a decir el recepcionista con paciencia.

–Por favor... –Se peinó hacia atrás con un gesto de preocupación–. Necesito saber ese número. ¡Se trata de una urgencia!

–¿Una urgencia? –escuchó tras él una voz masculina.

Se dio la vuelta. Juanma lo miraba desde su esmoquin negro. «Él también debe haber ido a la fiesta», pensó. Unos pasos más atrás estaba Alexia, la agradable azafata, que intentaba mantenerse al margen.

–Hola, Juanma. Me alegra verte. Necesito saber el número de la habitación de Charlotte –le dijo, sin pensar que el copiloto no iba a dárselo tampoco.

–¿Crees que soy tonto?

Alan no supo qué decir. No se esperaba aquella pregunta. Juanma siempre había sido un tipo muy majo y divertido.

–¿No crees que ya le habéis hecho bastante daño, tú y esa novia tuya que has sacado del geriátrico?

En otras circunstancias, le habría molestado el comentario, ahora tenía que averiguar el número de la habitación. No podía perder los nervios si quería volver a ver a Charlotte en una situación que no fuese dentro del avión privado de Andrea Duarte.

–¡Déjala en paz! Hoy lo ha pasado muy mal por su culpa –proseguía Juanma–. Fui yo, los dos, la animamos a ir a esa fiesta –miró a Alexia desde lejos–, pero nos equivocamos. Ella no es como vosotros creéis. Ella es mucho mejor que vosotros. Te da cien mil vueltas, amigo.

–Entiendo que estés cabreado, pero yo sólo quiero hablar con ella. Sólo quiero explicarle...

–¿Qué vas a explicarle? ¿Que eres un mantenido? ¡Eso ya lo sabe, tío! Ya me he ocupado de contarle todas tus aventuras. Llevo cinco años siendo vuestro copiloto, ¿recuerdas?

–Pero ella no es como las otras, para mí es diferente...

–Claro, y para mí también. Sin embargo, le haces daño de la misma manera. ¿Sabes lo que ha sufrido este año? Su marido murió, y aún no lo ha superado. Su marido, uno de mis mejores amigos, murió en un accidente de avión, él era el piloto. ¿Te enteras? –le recriminó–.

¿Sabes lo que es eso? Perder a la persona a la que amas, con la que has planeado toda una vida, sin saber aún la razón, los motivos de por qué se estrelló contra una pista de aterrizaje, preguntándote cada día qué pudo ocurrir, qué fue lo que hizo que uno de los mejores pilotos de la compañía no fuese capaz de controlar un avión lleno hasta arriba de pasajeros... Ella todavía se despierta de madrugada con pesadillas. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que lo más probable es que nunca lo sepa. Sí, se está llevando a cabo una investigación que durará otro año o quizá más, y, cuando ya lo haya superado y empiece a olvidarse de ello, la avisarán y tendrá que revivirlo de nuevo. ¿Entiendes cuánto dolor es eso?

–Lo sé, ella me lo contó –Alan bajó la mirada, avergonzado.

–Y cuando empieza a levantar cabeza y conoce a un tío que primero se hace pasar por amigo, la deslumbra con su cultura y su sabiduría sobre arte, resulta que se da cuenta de que ese mismo tío se ha tirado a no sé cuántas tías antes, y a pesar de eso sigue con su novia, una novia que lo sabe todo pero le da igual, porque se encarga de comprarlas a todas para que se alejen de su mantenido. –Lo miró asqueado–. ¡Ése eres tú, tío! Ése eres tú –repitió.

–Espera, ¿qué has dicho? –Alan lo sujetó por el brazo–. ¿Qué has querido decir con eso de comprarlas?

–No intentarás hacerte el inocente conmigo, ¿verdad? No me vayas a decir ahora que tú no lo sabías.

–No, no sé siquiera de lo que estás hablando. ¿Qué has querido decir con eso de comprarlas? –preguntó de nuevo, bastante alterado, levantando la voz.

–Eres increíble. –Juanma lo miró con una sonrisa irónica–. A mí no me puedes engañar como a ella.

–¡Por favor, Juanma! ¿Qué mierda has querido decir? –alzó aún más la voz, y el copiloto cambió su expresión de incredulidad por otra de rabia.

–Tu novia, esa perfumada y enjoyada, esa millonaria que cree que puede comprarlo todo, ha estado pagando a todas las tías con las que te has acostado para que se alejaran de ti. Y esta noche nos ha invitado a los tres para hacer lo mismo con Charlotte. Pero, claro, esta vez le ha salido mal porque ella no ha aceptado el dineral que seguramente le ha ofrecido. Está loca, ¿verdad? No aceptarlo, qué locura. No aceptar convertirse en una mujer rica por ti. Es absurdo. No llego a entenderlo.

–¿Tienes pruebas de eso? –preguntó Alan, cada vez más enfadado, no sabía si con él o con Andrea.

–Ya te lo dirá ella cuando la veas, si es que vuelve a querer verte

alguna vez.

–Quiero decir si tienes pruebas de que haya comprado a esas mujeres –aclaró esperando una respuesta.

–Yo soy la prueba –dijo abiertamente Alexia, acercándose a ellos.

Juanma se quedó sorprendido. No sabía que la azafata también hubiera caído en sus redes.

–¿Qué estás diciendo?

–Nos acostamos, Alan. No me importa decirlo delante de Juanma porque para mí no significó absolutamente nada, y para ti imagino que tampoco, estábamos los dos muy borrachos. –Miró a Juanma con pesar, aunque éste parecía aceptarlo; al fin y al cabo, tampoco entre ellos había nada serio–. Y al día siguiente llegó un desayuno a mi habitación con un sobre cerrado. Pensé que era un detalle tuyo por marcharte tan rápido, sin despedirte siquiera, de madrugada. Pero no, era de Andrea Duarte. Dentro del sobre había un cheque al portador. Lo acepté, por supuesto. Es una de esas oportunidades en la vida que no se deben perder. No es que me hiciera rica, quizá si nos hubiésemos seguido acostando... Pero fue de gran ayuda. Así que aquí tienes la prueba de que lo ha hecho con todas. Y supongo que, si se ha dado cuenta de que Charlotte significa algo más para ti que todas las demás, le habrá ofrecido mucho dinero.

Alan se rindió, no tenían por qué engañarlo. Volvió a echarse el pelo hacia atrás; estaba sudando, el champán hacía su efecto y no se sentía nada bien. Necesitaba hablar con Charlotte o la perdería para siempre, pero ya no sabía qué decirle. El tal Roger seguía ocupando su corazón, al parecer, y él no tenía claro si quería de nuevo una relación en la que volviese a ser un cero a la izquierda. Había pasado demasiados años sintiéndose así junto a Andrea. Ahora que por fin era libre y que pertenecía a la élite de la sociedad, ya nadie tendría que decirle cómo vestirse, qué comer, qué beber, cómo hablar o cómo llamarse. Podría recuperar su nombre y ser lo que era, un arqueólogo judío.

Pero estaría solo.

Y Juanma y Alexia no le darían nunca el número de la habitación de Charlotte. Se dio cuenta al oírlos discutir. Se marchó con la intención de regresar al salón y disfrutar de la fiesta. Más tarde ya interrogaría a Andrea para que le contase absolutamente todo.

* * *

¿Se puede volver a amar cuando ya se ha amado profundamente? Charlotte no había dejado de hacerse aquella pregunta desde el día en

que conoció a Alan. Ni siquiera sabía de verdad si existía el amor a primera vista que siempre aparecía en las películas.

El amor con Roger no vino así. Los dos estudiaban en la misma escuela de pilotos en Inglaterra cuando les dieron la posibilidad de hacer un curso de aterrizaje en España. Ambos aceptaron la propuesta enseguida, una beca así no podían desperdiciarla. Así que fue en España donde, solos, se hicieron amigos casi a la fuerza. Y resultó que se caían bien, y la rivalidad que había habido entre ellos desapareció en la primera cena. Los miedos desaparecieron en la segunda. Las dudas, en la tercera; y el afán de competir entre ellos se esfumó entre las sábanas la primera noche que se acostaron. Y a partir de entonces quisieron conocerse más y mejor.

Fueron poco a poco, tras aquella primera noche no volvieron a acostarse hasta casi dos meses después. Se acostumbraron a estar juntos, a pasar buenos ratos charlando de lo que más amaban, su profesión, e imaginando cómo sería su vida cuando hubiesen volado las suficientes horas como para ser comandantes.

Sin embargo, se separaron. La relación no funcionó al regresar a Londres. Así que pasó el tiempo, sacaron adelante sus carreras por separado, trabajaron en distintas compañías y tuvieron otras relaciones. Hasta que un día se reencontraron en un aeropuerto en una ciudad cualquiera del mundo.

Y ocurrió sin más, se hicieron novios sin darse cuenta. Y un día, Roger le pidió matrimonio arrodillado en la entrada del aeropuerto, vestidos ambos con el uniforme.

Ella le dijo que sí porque no encontró otra respuesta en su cabeza. Lo quería, lo admiraba y se sentía de igual a igual con él. Supo al instante que su vida sería como la habían planeado. Se complementarían. Cuando volaran vivirían sus vidas aparte, y cuando estuvieran en tierra la vivirían unidos para siempre.

Se cansaron de la estrechez del piso alquilado y decidieron comprar un adosado lejos del centro y más cerca de Heathrow. Decidieron luego reformar el adosado porque estaba un poco viejo y anticuado; ellos querían una cocina americana y una sola habitación, más grande, así que pensaban dejarlo casi como un *loft* , moderno y funcional. Aunque dejaron vacía una pequeña habitación por si algún día construían una familia.

Un sábado, Charlotte creyó estar embarazada. Echó la cuenta, los días no correspondían, así que intuyó que podía haber ocurrido sin provocarlo. Se hizo un test de embarazo en el baño tras regresar a casa después de un vuelo transoceánico. Estaba tan contenta y asustada a la vez que se le cayó a la taza del inodoro. Así que tuvo que

salir a comprar otro, porque no estaba segura de si, una vez mojado, serviría. Volvió a casa más nerviosa que antes. Hizo pis sobre la cinta del test, y después lo colocó sobre el lavabo y esperó la respuesta.

El móvil comenzó a vibrar. Lo cogió y a punto estuvo de atender la llamada; no era Roger y no le apetecía hablar con nadie más, pero al final pensó que podría ser del trabajo, así que pulsó sobre la pantalla.

–¿Sí?

El jefe de pilotos no la había llamado nunca, pero aquella mañana tenía que darle la noticia antes de que los militares y la policía la avisaran. Le contó que el controlador estaba ya retenido en las oficinas y que pronto empezaría la investigación; le habló del accidente, le dio las coordenadas y el número de bajas, pero en ningún momento nombró a Roger, dando por hecho que ella lo entendería. Aunque a ella le habría gustado escuchar de sus labios que él había muerto. Y es que cuando hay un accidente de avión siempre se dan por hecho muchas cosas. La primera, que los pilotos son los primeros en morir. Al contrario que un capitán de barco, que tiene la obligación de no abandonar nunca la nave, el comandante de un avión es el primero en estrellarse contra la tierra o el primero en ahogarse si el avión cae al mar, porque va delante y porque él es quien dirige el avión. Así que, aunque todo ocurra muy rápido, sabe incluso el momento exacto en que va a morir.

Así supo Charlotte que Roger había muerto. El móvil se le cayó de la mano y se estrelló contra el suelo, mientras miraba la única rayita rosa que había aparecido en la prueba de embarazo, una rayita que indicaba que ninguna vida crecía en su interior.

Durante meses no pudo borrar de su mente aquella rayita rosa. La veía incluso cuando estaba en la cama e intentaba pensar en algo bonito hasta que las pastillas le hicieran efecto y consiguiese dormir. Y del mismo modo la veía ahora, como si la tuviera delante de los ojos, cuando pensaba en la posibilidad de volver a empezar una vida con otro hombre.

Se sintió culpable por Roger, pues ya nunca viviría a su lado momentos como esos de felicidad, pero ya no podía seguir así, manteniéndolo vivo en su corazón. Necesitaba vaciar su mente y retirar esa rayita de su memoria. Necesitaba volver a respirar, a sentir, a amar, a volver a creer en un hombre. Si no iba a ser con Alan, sería con otro, más adelante, pero, con sólo cuarenta y dos años, necesitaba creer que amar de nuevo era posible.

15. El avión siniestrado

25 de septiembre de 2016

De acuerdo con lo dispuesto en el reglamento europeo (UE) nº 996/2010 del Parlamento Europeo y del Consejo del 27 de septiembre de 2016 sobre investigación y prevención de accidentes e incidentes en aviación civil, la Comisión de Investigación de Accidentes y Sucesos de Aviación Civil inicia inmediatamente una investigación de seguridad.

Un equipo de siete investigadores se desplaza hasta el lugar del accidente en la tarde del 27 de septiembre. En coordinación con las autoridades encargadas de la investigación judicial de Bolivia, y con transporte en helicóptero, proporcionado por la policía local, los investigadores de seguridad fueron capaces de acceder al lugar del siniestro. El CVR fue encontrado en la tarde del 27 de septiembre y trasladado al día siguiente al BEA para su lectura.

El avión vuela del Aeropuerto Internacional Viru de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, donde despega rumbo a Medellín. Cerca de las 10:30 p. m. (hora local), cuando sobrevuela el departamento de Antioquia, el avión desaparece de los radares. Se reporta la emergencia y se activan los protocolos de seguridad para su búsqueda.

Se escuchan ruidos metálicos, señal de que algo se está descolgando bajo el aparato. El ala izquierda se inclina violentamente hacia abajo. En la parte más cercana a la cabina, algunos pasajeros empiezan a hacer preguntas. El

comandante, Roger Davis, ordena por el micrófono que todo el mundo regrese a sus asientos y se abrochen el cinturón de seguridad, dando lugar a una declaración de MAYDAY.

Las turbulencias empiezan a ser mayores. Por el ángulo de la cámara se supone que quizás hubo un descenso brusco de altitud. Están a 40 000 pies de altura. Chocan contra una bolsa de aire, el avión cae unos 200 pies y desciende rápidamente. Las máscaras de respiración se despliegan. Algunos pasajeros se golpean violentamente contra los reposacabezas. Según se pudo observar, como queda grabado en la caja negra, la azafata observa desde la ventanilla que el avión tiene el morro inclinado aproximadamente 15º, y lo comunica con urgencia a la cabina. El aparato empieza a temblar, los motores chirrían y el ruido aumenta en volumen. El sonido metálico continúa.

Unos minutos antes de la catástrofe, el vuelo es normal, a una altitud de crucero, siguiendo su ruta (presumiblemente) con una buena visibilidad. No hay ningún tipo de turbulencias. Unos diez minutos después, el avión perdió comunicación con la torre de control y desapareció de los radares.

Las condiciones meteorológicas en la zona dificultan las operaciones de búsqueda. Finalmente se logra ubicar el avión accidentado en la zona conocida como Cerro Gordo, entre el municipio de La Unión y La Ceja, en el departamento de Antioquia.

Supervivientes: No

Posible causa de accidente: Ruptura en el aire por colisión, bomba terrorista, misiles, fallo estructural, explosión del tanque de combustible o condiciones atmosféricas extremas, terremoto. La supervivencia en un caso de ruptura del fuselaje en pleno vuelo es extremadamente inusual.

* * *

Tras casi dos años desde que lo solicitara, apenas le dejaron leer unos cuantos párrafos que describían el accidente de vuelo que costó la vida de Roger, su tripulación y cientos de pasajeros.

La asustaba poder leer la conclusión de la policía científica sobre el

siniestro. Pensaba que iba a encontrarse con todo tipo de detalles macabros y las conversaciones que los tripulantes hubiesen tenido entre ellos al empezar a notar los primeros indicios de que algo iba mal, pero nada era como había pensado.

Ahora incluso le parecía poco para contar lo ocurrido. El lenguaje de la aviación siempre era escueto, pero aquél era tan frío que hasta le dolió. Ni siquiera pudo llorar para desahogarse, como hubiera querido, mientras leía el informe a solas en aquella sala del aeropuerto. Tan sólo nombraban a Roger una vez y, al leer su nombre, le había sonado lejano. No en vano habían pasado casi dos años desde su muerte. Así como el cuerpo se regenera tras un accidente, también el alma y el corazón volvían a ser los mismos de antes con el paso del tiempo.

Charlotte había tenido la suerte de volver a amar, pero había sido tan breve y tan doloroso que era como si nunca hubiera pasado. Todos los detalles, las conversaciones, los gestos, las sonrisas todos los sentimientos estaban escondidos en el último rincón de su memoria. Y el recuerdo se había convertido en algo tan fugaz, apenas unas semanas en toda una vida, que era como un informe más de otro accidente del pasado.

Juanma le contó tiempo después que Alan había querido saber el número de su habitación la noche de la fiesta. Le contó también, un poco por encima, la charla subida de tono que habían tenido los dos en el vestíbulo del hotel. Ella no se interesó por los detalles, porque se dijo que, si de verdad Alan hubiera querido encontrarla realmente, lo habría hecho. Quizá se lo pensó mejor después.

En el vuelo de regreso a Barcelona, la comandante se mantuvo en la cabina y no salió a saludar a los pasajeros, ni tampoco a despedirlos, a pesar de que sabía que ése sería su último vuelo con ellos. Había sido como una carrera de fondo, una terapia de choque parecida a la superación de su miedo a volar tras el accidente de Roger. No sólo le sirvió para recuperar su carrera de piloto, sino también para recomponer su mente y su corazón, hecho pedazos, trastornados y trastocados.

Tras devolver el informe a las oficinas, se marchó en un taxi desde el Prat hasta la ciudad, exactamente hasta la casa de Andrea Duarte, donde iba a dar el que esperaba que fuese el último paso doloroso en su vida. Al menos, en los próximos años de vida. Necesitaba un receso, un tiempo de descanso vacío de desgracias y sufrimiento.

La casa se imponía ante su vista, tan hermosa como la primera vez que la vio. Llamó a la puerta del jardín, sin poder evitar que le temblaran las piernas y los latidos de su corazón retumbaran en su

interior. Miró a la gran terraza con barandilla de hierro forjado, cubierta de hiedra. No había nadie.

Un hombre vestido de negro se acercó a la verja y la dejó pasar tras comprobar su DNI. Si Andrea Duarte había contratado seguridad en la casa, era porque era una mujer aún más rica que cuando la conoció. «Seguramente después de Dubái», se dijo; «la fiesta del jeque no debió ser por mera casualidad».

Esta vez no fue la sirvienta quien la hizo pasar al salón, sino aquel hombre. Se sorprendió al ver la sala prácticamente vacía, salvo por las cajas que se apilaban en el centro. De nuevo, la invadió un vacío interior.

Unos tacones sonaron sobre la madera. Andrea vestía un traje de chaqueta y pantalón muy actual, con unas joyas de oro mucho más grandes que las que le había visto la primera vez. Su cabello rubio estaba más corto, y su rostro maquillado le hacía parecer más joven y bella.

La miró con una expresión de lástima y, tras darle la mano, con un gesto distinguido y educado que Charlotte le devolvió, se sentó en una de las dos únicas sillas que quedaban en la habitación.

–No la he mandado llamar para darle el finiquito, de eso se encargará Ivania, aunque si quiere puede recoger hoy mismo los papeles.

–Se lo agradezco –respondió Charlotte escueta.

Esperaba que le dijera la verdadera razón de su aviso. No hubiera ido de no haber seguido en Barcelona, pero se había mudado por fin a la casa de su abuela y no quedaba lejos. Había decidido quedarse en la ciudad y empezar de nuevo.

–Como ve, dejo esta casa. Acabo de venderla, estoy en plena mudanza. No le diré dónde me traslado porque estoy segura de que no le interesa nada que tenga que ver conmigo.

–Ha acertado –respondió con brusquedad y una mirada de impaciencia, aunque alegrándose interiormente de saber que no se encontraría nunca más con ella.

–Está bien, veo que no me ha perdonado todavía, pero le alegrará saber que yo a usted sí, de verdad. Empiezo una nueva vida y quiero dejar atrás cualquier malentendido.

–Si lo quiere llamar así… –A ella no le parecía sólo un malentendido, sino más bien un insulto hacia su persona.

–Está bien, acepto que tenemos distintas formas de ver las cosas –se explicó–, no en vano pertenecemos a mundos distintos.

–En el mío las personas no compran a otras personas.

–*Ok* , me lo merezco. Sin embargo, le pido que deje a un lado su

odio hacia mí y baje la guardia un momento. Lo que tengo que decirle es importante.

–Hable, si quiere, y la escucharé. Es lo máximo que puedo ofrecerle.

–De acuerdo. Se trata de Alan.

–No quiero saber nada de él, se lo dejé claro cuando me llamó por teléfono. –Se levantó para marcharse.

–Sé que sigue enfadada con él, y lo entiendo, yo también lo estaría, supongo, pero quiero que sepa que él no tuvo nada que ver en mi intento de comprarla, como usted dice.

–¿Y usted ha decidido perder tiempo de su mudanza para decirme eso por...? –preguntó con ironía.

–Porque él me odia desde que se enteró y no me lo perdonará jamás si yo no reconozco mi error y le pido perdón a usted.

–¿Eso es lo que le ha pedido que haga? Pues llega un poco tarde. Ya no me interesa perdonar a nadie, ni tengo por qué hacerlo. ¿Para qué? ¿Para que puedan volver a tener la relación que tenían antes? No creo que mi perdón pueda importarle mucho.

–Se equivoca. Alan prácticamente no me soporta desde entonces. Y no es que yo lo ame ni nada de eso, pero no quiero seguir siendo la bruja que piensa que soy.

–¡Pero es que lo es! –le soltó.

–¡Vaya! ¡Siempre tan directa! –rio Andrea.

–Escúcheme, señora Duarte, no me importa si piensa que es una bruja o cualquier otra cosa. Usted hizo lo que hizo, y no hay más que hablar. Puede pedirme todo el perdón que quiera, pero no lo necesito, ya la perdoné hace meses. No me interesa guardar rencor en el corazón, y ¿sabe por qué?, porque la vida es demasiado corta para perder el tiempo con malos recuerdos.

–En eso le doy la razón, por eso precisamente estoy haciendo esto, porque no me queda mucho tiempo de vida –se confesó.

Charlotte no pudo evitar sorprenderse. La miró con los ojos muy abiertos, pero no dijo nada.

–Por eso la he llamado y le he pedido con tanta insistencia que viniera antes de marcharme. Un año, quizá. Seis meses, como dicen en todas las películas... La verdad es que no lo sé a ciencia cierta, y los médicos no quieren ser demasiado exactos. Hay que ser positivos, me dicen. Y lo soy, por eso estoy dejando todo arreglado para que, tras mi marcha, la colección pase a una fundación en mi nombre. Y, como imaginará, he decidido que Alan esté al cargo. Ivania lo ayudará en todo lo que necesite. No tengo dudas de ninguno de los dos, sé que lo harán bien.

Charlotte no sabía mentir, no era capaz de decirle que lo sentía porque en el fondo no era así. Su muerte significaría la libertad de Alan y, aunque le horrorizaba saber que aquella idea le gustaba, no podía engañarse a sí misma. Conocía lo que significaba la muerte, no había vuelta atrás. Aun así, no podía evitar ser una persona sensible.

–Siento escuchar eso –se compadeció sinceramente.

–No sea mentirosa, no lo siente. Pero no se preocupe, lo entiendo. Yo sentiría lo mismo que usted. A rey muerto, rey puesto. Quizás entonces tenga alguna posibilidad con Alan.

«Vuelve a comportarse como la mujer horrible que es», pensó Charlotte.

–No quiero tener ninguna posibilidad con él –respondió con rotundidad.

–Ya le he dicho que no me mienta. En el fondo lo sigue amando, pero es tan orgullosa que no quiere reconocerlo, pero le diré una cosa: no sólo la muerte nos quita tiempo de vida, también el orgullo, la rabia o el rencor, como usted ha dicho, nos resta felicidad. No sea tonta, no pierda más el tiempo.

El rostro de Charlotte mantenía una expresión rígida, con la mirada hacia abajo, sin querer demostrar que aquella mujer le ganaba la batalla de nuevo.

–Señora Duarte, limítese a decirme qué es lo que pretende, por favor. Quiero marcharme de aquí cuanto antes –le dijo sin querer esconder ya ninguno de sus sentimientos.

–Está bien. Como le he dicho, quiero que me perdone.

–Sinceramente, no creo que sea eso lo que realmente le importa –adivinó Charlotte.

–Al principio me extrañó que se hubiera fijado en usted, una mujer madura, de piel morena, aparentemente sencilla y nada despampanante, aunque no digo que no sea guapa, pero no es del tipo de mujer que suele gustarle a Alan. Luego pensé que sería porque le resultaba exótica –chasqueó la lengua–. Pero he visto con el tiempo que es usted una mujer muy inteligente. Y a Alan le atraen las mujeres inteligentes –dijo, metiéndose a sí misma en el saco–. Es cierto, no me importa si me perdona o no. Ni siquiera me importa que él lo haga, pero lo que sí me preocupa es qué pasará cuando yo me vaya. ¡Alan es tan... vulnerable! Llegó a mi vida muy joven, y aún lo sigue siendo. Le he hecho mucho daño, usted no puede saberlo, pero así es.

–Puedo imaginarlo al menos.

–¿Puede? Yo creo que no. Realmente no sabe todo el daño que le he hecho, y ya no quiero hacerle más. No es el mismo desde que regresamos de Dubái, y sé que no es por mi enfermedad ni por mi

muerte próxima. –La miró a los ojos, aunque Charlotte no le devolvió la mirada–. Es por usted. –Charlotte tragó saliva–. La quiere de verdad. Se ha enamorado por primera vez en su vida. Nunca lo había visto así, tras comprar –hizo el gesto de las comillas con los dedos– a ninguna de las mujeres con las que se acostaba. Pero desde Dubái no ha vuelto a ser el mismo. Y yo necesito que sea él mismo mientras yo siga aquí. Los meses que me queden lo voy a necesitar, y mucho.

–Vuelve a ser una egoísta. Así que sólo quiere que él esté bien para que usted lo esté.

–Si quiere verlo así... Ya sabe que no me importa lo que pueda pensar de mí. Pero sí, quiero que esté a mi lado el tiempo que me queda, y quiero verlo feliz cuando llegue el momento. No quiero dejar tristezas tras mi paso por la vida. Creo que no sería nada bueno llevarme eso allá arriba o donde quiera que vaya a ir.

Charlotte quiso decirle que seguramente no iría arriba, sino abajo, pero volvió a compadecerse de ella.

–No voy a volver con él, si es eso lo que pretende. Sólo faltaría...

–No es eso lo que le pido, tan sólo que lo perdone, y que si él se pone en contacto con usted, se lo diga.

–Señora Duarte, tengo mis propias razones para perdonar o no, y no porque me lo pida usted voy a cambiar de opinión. De todas formas, él no se ha puesto en contacto conmigo y seguramente no lo hará, así que no tiene de qué preocuparse. No hará falta perdonar a nadie si no nos volvemos a ver.

–¡Pero él la quiere! ¿No quiere darse cuenta? –alzó la voz, al ver que Charlotte se levantaba de nuevo para marcharse.

–Si me quisiera, no estaríamos hablando de esto, ¿no cree? Lo más seguro es que hubiese tratado de encontrarme, o de buscarme al menos.

–¡Y lo ha hecho! Pero no ha habido forma de encontrarla. Ha hablado con Juanma, pero éste se niega a darle su dirección.

–¡Da igual! Imagino que para alguien que tiene seguridad en la puerta no será tan difícil encontrar a alguien. ¡Usted me ha llamado por teléfono y yo la he atendido! ¿Dónde está el misterio?

–Veo que no me comprende. Alan quiso saber el número de su habitación la noche de la fiesta, pero Juanma se negó. Y después, cuando regresamos, se dio cuenta de que usted ya no quería ni verlo. ¿No se da cuenta de que él también tiene su orgullo? ¡Y masculino, además, que es mucho peor! Ya, me dirá que, si la quisiera, se lo habría tragado. ¡Y estoy de acuerdo! Pero creo que, si no la ha buscado, es porque realmente creyó que usted no quiere saber nada de él.

–¡Y tiene razón! –gritó Charlotte–. ¡Lo único que quiero es que ambos me dejen en paz! ¿Cómo tengo que decírselo?

–No la creo, pero lo acepto. Sé que usted sigue enamorada de él, hasta las trancas.

–Ya me he hartado de sus elucubraciones. Me marcho, señora Duarte.

–¡Espere! –le pidió una vez más, siguiéndola hasta la puerta, donde el hombre de traje abrió sin necesidad de que se lo pidiera–. ¿Ni siquiera va a preguntarme por él? ¿No quiere saber cómo está, dónde vive o si sigue conmigo?

–No hace falta. Ya me lo ha dicho. Usted quiere que siga con usted hasta... –no quiso dañarla nombrando la muerte.

–Pero no le he dicho de qué forma se quedará conmigo, ni tampoco si él aceptará –le soltó de sopetón.

–Imagino que sí, que lo hará, puede estar tranquila –respondió irónica–. Lo único que Alan ama es el dinero, y usted tiene ahora mucho más que antes. ¿Me equivoco?

–De plano –respondió la mujer–. Pero ¿es que no lo sabe? ¿Su amigo Juanma no se lo ha dicho? Alan es un hombre rico desde Dubái, tanto que podría vivir sin trabajar toda su vida si quisiera. Así que no tiene que quedarse conmigo por mi dinero, pero él ama su trabajo, como usted el suyo y yo el mío. Eso es lo que usted no ha visto, porque no se ha parado a mirar; está muy entretenida intentando odiarlo, y cuando lo miraba sólo veía su cuerpo, su rostro, sus ojos... Sí, su aspecto llama mucho la atención, lo sé. Y su juventud todavía más, pero no se engañe, es más maduro de lo que parece. Quizás usted lo ha visto como un simple gigoló, e incluso como un compañero, pero es mucho más que eso. Es arqueólogo, y eso nunca dejará de serlo.

–¿Sabe qué pienso, señora Duarte? –se había dado cuenta de algo–. Que usted lo ama. A su horrible manera, pero lo ama. Aunque nunca lo reconocerá delante de él porque no quiere sufrir ni mostrarse vulnerable. Puede desnudar su cuerpo avejentado, pero no puede desnudar su alma. Es así, ¿no?

Charlotte salió al jardín sin despedirse siquiera. El hombre del traje la acompañó hasta la verja, y ella pudo regresar a su mundo, donde se sentía cómoda, pero no feliz.

Al cruzar la calle, miró de nuevo a la terraza vacía. Claro que le habría gustado mucho, muchísimo, saber algo de él. Y no era por orgullo por lo que no se interesaba, sino por miedo a no saber seguir viviendo sin él ahora que por fin había aprendido a hacerlo.

16. Un sueño cumplido

–¿Por qué no me lo dijiste? –lo asaltó en cuanto le abrió la puerta.

–¿El qué? –preguntó Juanma sorprendido.

–Que él había intentado saber el número de mi habitación.

–¿Ahora me vienes con eso? –preguntó a su vez–. Querías olvidarte de él, ¿recuerdas? Si te lo hubiera dicho, ¿crees que te habría sido tan fácil?

–No ha sido fácil... No ha sido fácil en absoluto. –Lo miró a los ojos con una expresión de dolor que Juanma no había vuelto a ver en su rostro desde la muerte de Roger.

El silencio se hizo entre los dos. Ella había entrado en la casa y se dejó caer, derrumbada, en uno de los sillones. Juanma decidió abrir esa botella de vino que había guardado para la próxima cita amorosa y le dio una copa medio llena. Charlotte bebió un sorbo. Le pareció que endulzaba un poco su mal sabor de boca.

–Sigues enamorada de él, ¿no es eso? –le preguntó su amigo, sentándose a su lado y poniendo una mano sobre su rodilla.

–Me cuesta mucho decirlo –suspiró, intentando no ahogarse por el dolor–. Me cuesta mucho decírmelo a mí misma, pero... creo que sí. Creo que sigo enamorada de él. –Notó el gusto amargo de las lágrimas.

–Lo siento mucho. Pensaba que... ¡Bah, soy un iluso! Siempre he confiado en que algún día tu corazón estaría libre para mí. Pero eso ya se acabó. Está claro que no soy tu hombre.

–Tienes a Alexia... –dijo ella para confortarlo.

–No, ella pasó a la historia hace mucho tiempo. En cuanto me enteré de que se había tirado al mantenido. Perdón –rectificó–, a Alan.

–¿Qué dices? –se sorprendió Charlotte.

–Siento no habértelo dicho. No quería que sufrieras todavía más ni que la odiaras por ello. ¡Era nuestra azafata! Ahora, al menos, es sólo mía –se rio–. Pero no he continuado con ella, no teníamos nada serio.

–¿Has dicho que se acostó con ella? –preguntó de nuevo, agobiada.

–Sí, fue de las primeras en caer. Pero no te preocupes, está en la lista de las que él olvidó en cuanto abrió los ojos y se escabulló de su cama. Además, reconoció haber aceptado el dinero que le ofreció su novia geriátrica. Y eso es todavía peor. No quiero estar con alguien que se deja comprar.

Charlotte estaba boquiabierta. Si antes se había sentido derrumbada, cansada y rendida, ahora era como si se hubiese tomado un litro de café de golpe. Se llevó las manos a la cabeza.

–¡Dios mío, no puedo estar enamorada de alguien así!

–¿Por qué no? –preguntó Juanma–. A mí me quieres, y ese idiota y yo somos parecidos. Vale, él es más guapo y se trabaja más la tableta de chocolate, pero yo tampoco estoy mal.

–No bromees, no es el momento –le costaba respirar.

–Vale, intentaba animarte un poco. Oye, no pasa nada por reconocer que los chicos malos atraemos más a las chicas buenas. Tú eres una chica buena, él un chico malo. ¡Perfecto para una película de vampiros!

–Por favor, Juanma, no sigas por ahí –tragó saliva–. Creo que estoy hiperventilando.

–Tranquila. –Se levantó, le quitó la copa de la mano y la abrazó–. Túmbate y pon los pies aquí. –Le colocó un cojín debajo–. Ahora levanta un poco el cuerpo, así –le pidió, sentándose él también y colocando la cabeza de ella sobre sus rodillas. Empezó a acariciarle el pelo para que se calmara–. Te lo digo en serio, Charlotte. Lo que pasa es que no te merece, ninguno te merecemos. Sólo Roger te merecía.

–Acabo de leer el informe. Me lo han enseñado esta mañana por fin; después de tanto tiempo han aceptado mi solicitud.

–¡Dios mío! Entonces no me extraña que estés así. Ha debido ser horrible.

–Lo ha sido. –Una lágrima le recorrió la mejilla.

Juanma le alcanzó un pañuelo.

–¿Ves? No estás así por ese imbécil, sino por lo del informe.

–Eso no ha sido lo único horrible que me ha pasado hoy.

–¡Por Dios, Charlotte! ¡Estás que te sales! –gritó, consiguiendo hacerla reír.

–También he estado en casa de Andrea Duarte –le contó, secándose las lágrimas, sintiéndose un poco mejor.

–¿Y qué has ido a hacer allí?

–Me llamó ella.

–¿Y fuiste?

–Sentía curiosidad. No sé, bueno, supongo que ésa no fue la razón.

Supongo que quería saber algo de él, inconscientemente.

–¿Y qué quería esa bruja?

–Se va a morir –soltó de golpe.

–¿Qué?

–Se muere, Juanma. Imagino que pronto os lo comunicarán, a no ser que Alan siga manteniendo el avión. Ahora que me doy cuenta –se sorprendió a sí misma–, ni siquiera me ha dicho de qué, ni yo se lo he preguntado.

–No me extraña. ¿Quién puede reaccionar bien en una situación así? ¿Y por eso te ha llamado?

–Sí, quiere que la perdone.

–¡No me lo puedo creer! –Juanma dejó escapar una carcajada.

–Ni yo. Eso fue lo que me dijo, pero en realidad después le saqué la verdad.

–¿Y cuál es?

–Dice que Alan sigue enamorado de mí. Me ha dicho que me quiere y que desde que volvimos de Dubái no es el mismo. Y ella quiere que él vuelva a ser quien era los meses que le queden de vida. Quiere que la cuide o algo así. Quiere que siga con ella, pero que vuelva a ser un hombre feliz. Al parecer, lo va a dejar a cargo de una fundación que se ocupará de su colección. No la entendí muy bien. Ivania y él se encargarán de todo. Y ella quiere que él sea feliz, no quiere ser la culpable de haberle destrozado la vida.

–¿Todo eso te dijo?

–Lo último es mío –aclaró, sintiendo una calma mayor gracias a las caricias en el pelo de su amigo–. Y no es sólo eso, también me ha dicho que él es un hombre rico ahora. Algo pasó en Dubái que nosotros no sabemos, obviamente. Dice que no necesita ya su dinero, así que si se queda con ella será porque la quiere.

–No me lo creo.

–Yo tampoco. Y quizá sea cierto que aún me quiere. ¿Y si es verdad? ¿Y si él piensa que soy yo quien no quiere saber nada de él?

–Eso se lo dejaste bastante claro.

–¡Por eso! –Se incorporó bruscamente y sintió un leve mareo.

–No te levantes así, estás débil aún.

Volvió a tumbarse y trató de respirar lenta y profundamente.

–¿Ha sido muy horrible lo del informe? –preguntó Juanma, interesado.

–Ha sido... extraño. Era como si ya no fuera conmigo. No sabría explicártelo. Quizá no era el mejor momento.

–O quizá sí. Si dices que sentiste como si ya no fuera contigo es porque ahora ya estás en otro momento. Me alegro por ti, Charlotte,

de verdad. Y me alegra que hayas descubierto cuáles son tus sentimientos. Ahora sólo espero que no te ocurra como a mí, y que sean correspondidos.

Charlotte cerró los ojos. No supo qué contestar. Se quedó como estaba, tumbada, sintiendo las caricias, respirando profundo y pensando en si había sido estúpida al no darse cuenta de que quizás ella había sido diferente a las demás para Alan.

En cualquier caso, ya era demasiado tarde. Él se iba a quedar con aquella mujer ahora que estaba enferma, seguramente de cáncer, y después volvería a ser tarde. No quería esperar por nadie. Ya había perdido demasiado tiempo. Sólo quería volver a ser ella misma.

* * *

Había ido a firmar unos documentos al bufete de abogados. Estaba dispuesto a marcharse. A pesar de las dudas, del temor, de los sentimientos encontrados por Charlotte y Andrea, la enfermedad de esta última había sido el detonante que le hizo tomar la decisión con rapidez y casi sin pensar en lo que en realidad quería.

«A veces la vida te obliga a tomar decisiones que debías haber pensado por ti mismo», se dijo, recordando una frase que había escuchado una vez en una película. La frase era tan cierta como que allí estaba él arreglando el papeleo para marcharse con Andrea a esa isla con la que siempre había soñado. Pero los sueños a veces cambian, y el suyo lo había hecho.

Iba a ser un destino temporal. A Andrea no le quedaba mucho tiempo, y quería pasar sus últimos meses con su única compañía, rodeada de palmeras y una playa interminable. Cumplido su sueño, él volvería, se ocuparía de la fundación y empezaría por fin su carrera. Mientras tanto, en aquel paraíso podría reflexionar hasta comprender qué sentía de verdad.

Toda su vida había sido un cúmulo de confusiones, de malentendidos que después resultaron ser ciertos y de engaños, trampas y chantajes emocionales. No quería volver a sentirse como una marioneta. Ninguna otra mano manejaría los hilos que sujetaban su cuerpo ni su vida. Estaba harto de pactos, promesas e intercambios. Sólo quería amar y sentir de verdad lo que significaba ser amado, sin deseos ocultos y falsedades. Se preguntaba si Charlotte sería capaz de amarlo así, si de verdad se podía haber enamorado de verdad en tan poco tiempo. Ella seguía sufriendo la pérdida de su marido, y tal vez él sólo había sido una prueba para ver si era capaz de volver a sentir.

Aceleró el paso, seguido por su nuevo escolta, al que apenas

conocía. Ni siquiera se había aprendido su nombre. Esperaba poder sentirse de nuevo libre pronto, no le gustaba nada sentirse perseguido aunque fuese por alguien a quien él mismo había contratado. Demasiado tiempo sintiéndose preso de la vida como para no desear ahora la total libertad.

Pero las alegrías nunca vienen solas y, al igual que las desgracias, cuando por fin había conseguido ser tan rico como para hacer lo que quisiera, volvía a estar encerrado tras los barrotes de un compromiso. Esta vez, de una promesa: la de cuidar de su seguridad y de la de Andrea hasta sus últimos días.

Casi había alcanzado el portal, tras cruzar un pequeño jardincillo de setos recortados, cuando sintió una punzada en el costado. Miró hacia atrás para ver con qué podía haberse hecho daño. No le dolía mucho, pero cuando giró el cuerpo, no vio nada, y de repente sus piernas flaquearon y se doblaron como si de verdad fuese una marioneta a la que alguien hubiese cortado los hilos.

Vio que el hombre trajeado que hasta el momento había ido tras él echaba a correr y se agachaba a su lado sin llegar a tiempo a que su cabeza diera con el pequeño escalón de la entrada. Tenía una expresión aterrorizada cuando oyó de lejos cómo pedía una ambulancia por el móvil.

No entendía nada. No sabía por qué el guardaespaldas pedía ayuda ni por qué se había caído casi de espaldas, hasta que sintió un terrible dolor en el costado. Tan fuerte que casi no podía respirar. Quiso agarrarse a algo, y puso la mano en una zona húmeda, caliente, por la que salía un líquido espeso casi a borbotones.

El escolta le quitó la mano del costado y se la sujetó con fuerza, y Alan no sabía por qué. Necesitaba tocarse para intentar aplacar ese dolor agudo que no sabía de dónde provenía.

Fue muy rápido, pero tan intenso que le pareció todo mucho más lento de lo normal. Escuchó pasos, algunas personas se pararon frente a él mirándolo horrorizadas. Alan quería saber qué ocurría, pero no era capaz de preguntarlo, ni su lengua ni sus labios respondían a sus estímulos. Pensamientos de terror y de incomprensión se perdían en su mente sin que nadie los recogiera para explicarle qué sucedía.

La vista se le nubló y empezó a ver todo gris, primero; después, negro. Escuchó un grito femenino y después la sirena de una ambulancia. Cerró los ojos y se perdió en un mar de sensaciones tan incontrolables como insoportables. Fue entonces cuando se dejó caer en el abismo y desapareció de aquel mundo en el que no sabía si participaba o era tan sólo un espectador.

La ambulancia no tardó más de quince minutos en llegar al

hospital. Al sentir el golpe de su cuerpo contra la camilla y el girar de las ruedas mal engrasadas recorriendo un largo pasillo iluminado con fluorescentes, el mundo se le presentó, ahora en toda su crudeza.

No podía respirar por el dolor cuando una enfermera le colocó una mascarilla de oxígeno. La primera bocanada le hizo toser. Vio que se la quitaba y se la volvía a poner enseguida. Alan deseaba vomitar, echar de su cuerpo aquello que le presionaba el costado y lo desgarraba por dentro.

Sintió que tenía las manos atadas, porque intentó levantar los brazos y no pudo. La camilla comenzó a deslizarse con mayor rapidez, tanta que le pareció que iba a chocar contra una pared, pero en lugar de eso se paró en seco frente a un ascensor. Entró rodeado por dos o tres personas; le hablaban pero no lograba entenderlos.

Entraron a toda velocidad en una sala en la que una lámpara lo cegó desde el techo. Cerró los ojos. Alguien le pidió que no lo hiciera. Sin saber por qué, obedeció. Le cambiaron la mascarilla, ésta otra olía diferente. Una voz le pidió que contase hacia atrás, pero él no recordaba ni cómo hacerlo hacia delante. Estaba saliendo de su cuerpo para perderse por las esquinas de aquella habitación llena de aparatos y tubos extraños.

–Disparo en el costado derecho… –escuchó de fondo.

Volvió a cerrar los ojos, sintiendo el olor y el sabor desagradable que le llegaba por aquel tubo. Y se dejó llevar.

17. El diario

Charlotte nunca pensó que tendría que volver a correr con la misma prisa, la misma angustia y el mismo miedo en el cuerpo que cuando la avisaron del accidente de Roger. Aquella vez estaba histérica por llegar a su destino, pero, a la vez, deseaba no llegar nunca, pues sabía que se encontraría con la peor noticia de todas.

Ahora corría del mismo modo por el largo pasillo del hospital, pero con un pequeño rayo de esperanza. Tan pequeño como aquella rayita rosa que le robó las esperanzas.

Cruzó por un pasillo con decenas de puertas hasta llegar al ascensor. Apretó el botón, pero la espera le pareció demasiado larga y comenzó a subir los escalones de dos en dos. Nunca se había notado tan ágil, pero es que nunca, salvo aquella vez, había tenido tanto miedo.

Al llegar al tercer piso, con la lengua y las entrañas casi fuera y la respiración jadeante, buscó el número que Ivania le había dado. Tercera planta, habitación doscientos quince.

Una enfermera le indicó un pasillo paralelo. Al fin había llegado. La puerta estaba cerrada, pero tenía una pequeña ventana cuadrada de cristal. Se paró en seco frente a ella, tratando de respirar más lentamente pero sin conseguirlo. El corazón la golpeaba desde dentro. Dio un paso adelante, miró por la ventana y lo vio, tumbado en la cama, con un grueso tubo dentro de la boca. Ivania estaba sentada en una silla, a su lado, consultando unos papeles. Andrea daba vueltas por la habitación, como una leona enjaulada, con el móvil en la mano.

Podía empujar la puerta y ya estaría a su lado. Lo miró de nuevo. Sus párpados estaban cerrados y no movía ni un músculo de su cuerpo, pero estaba vivo. Inspiró profundamente y sintió cómo el aire llenaba su pecho. Los latidos empezaron a acompasarse. Ella seguía con la vista fija en la cama cuando, de repente, Andrea, que no dejaba de caminar de un lado a otro, se dio la vuelta.

Charlotte dio unos pasos hacia atrás, pero la mujer ya estaba abriendo la puerta, mirándola con una expresión de sorpresa.

–Creí que no llegarías nunca –la tuteó, se dio cuenta Charlotte.

–Lo siento –se disculpó como una estúpida, arrepintiéndose nada más hacerlo–. Había mucho tráfico y vivo en la otra punta de la ciudad.

–Es cierto –dijo Andrea como si de repente hubiese recordado que Charlotte no pertenecía a su mundo–. Está estable. Se recuperará, así que no te preocupes. Pero entrarás a verlo, ¿no? –se lo decía ella todo sola–. Le diré a Ivania que salga, no es bueno que haya mucha gente dentro.

–No, espera. No sé si quiero entrar –también ella la tuteó.

–¿Qué dices? ¿Es que no quieres verlo?

Andrea era de ese tipo de mujer que lo tiene todo planeado, incluso cuando la vida le sorprendía con hechos casi inverosímiles. Del mismo modo que había planificado sus últimos días de vida, también ahora había pensado en que todas las personas que lo amaban verían a Alan.

Pero Charlotte no era así. Ella no creía en los planes, porque la vida le había enseñado que era una estupidez. Y tampoco tenía preparada ninguna reacción ni ninguna respuesta. Más bien se dejaba llevar por las sensaciones de su cuerpo y las que estaba notando no eran de las buenas.

–No sé si quiero entrar –respondió en voz muy baja, como si en realidad se lo estuviera diciendo a sí misma, y se sentó en una de las sillas que había ancladas a la pared junto a la puerta.

–¿No quieres entrar? –repitió Andrea, mirándola con extrañeza.

Charlotte movió la cabeza de lado a lado mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Andrea metió la mano en su bolsillo y le dio un pañuelo de papel que sacó de un pequeño paquetito. Ella ya había usado unos cuantos, aunque sólo para limpiarse el sudor de la frente y el escote.

Charlotte se limpió las lágrimas y después se sonó la nariz.

–Alan está bien. No pasa nada porque lo veas –le dijo, pensando que quizá tenía miedo de volver a perder al hombre que amaba–. Nos aconsejaron llevar chalecos antibalas mientras estuviéramos en España. Y él llevaba uno, por eso la bala sólo le dio en el costado. Se la han sacado sin problemas y está perfectamente. No tienes por qué asustarte.

–No voy a entrar. –La miró para que se enterara de una vez.

–¿Y por qué estás aquí? ¿No has venido a verlo?

–Sí, he venido en cuanto Ivania me ha avisado, pero ahora veo las cosas de otra manera. Ahora que sé que está a salvo no quiero entrar.

No voy a entrar.

–La verdad, no te comprendo. Él no puede saber que estás aquí, si es eso lo que temes. Está dormido y aún lo estará durante unas horas.

–No es eso. Es que... no quiero estar enamorada de alguien que ama tanto su trabajo como para arriesgar su vida. No quiero volver a pasar por eso.

–Pero ¿qué dices? –Andrea casi se rio de su respuesta–. Eso es lo que haces tú cada día. Cada vez que te llevas un avión, estás arriesgando tu vida. Nadie lo sabe mejor que tú.

Charlotte se sorprendió. Tenía razón, pero nunca lo había pensado de esa forma, porque era muy diferente arriesgar la vida de uno que perder la de los demás.

–Él te quiere, Charlotte –añadió de seguido, mirándola desde arriba–. Ya te lo dije. Y, cuando yo me haya marchado, podréis estar juntos –aclaró, sin darse cuenta de que ese tiempo separados ya era una condena–. Ten paciencia –le pidió, como si ella fuese la dueña de sus vidas–. Cuando yo me haya ido, te buscará.

–¿Y si no lo hace? –replicó–. ¿Y si para entonces ya es demasiado tarde? El amor no es como tú crees, no se puede planear ni ajustar a unas fechas. Puede que, para cuando llegue ese momento, ya no quiera saber nada de mí. Entonces será tarde para mí, pero no para ti, ¿verdad? Tú siempre acabas ganando.

–Lo hará. Te buscará, porque te ama. El amor no se marcha de alguien, así como así.

«¿Y tú qué sabes?», tuvo ganas de replicarle. «Tú no has amado a nadie en tu vida. Así que no te las des ahora de mujer sabia conocedora de los sentimientos de los demás». Pero no fue capaz de decirlo.

–Quizá tengas razón, pero yo pienso de otra forma. –Se levantó–. Si de verdad me quiere, me buscará antes de que te hayas ido, porque tú no eres su dueña, Andrea. Tú no marcas sus opciones de vida en tu calendario. Si realmente quiere tenerme en su vida, no tiene por qué esperar a que tú te vayas de la suya. –La miró condescendiente. Por primera vez la veía asustada, casi desvalida, aunque no por ello menos altiva–. Tú no eres su dueña, Andrea. Tú no eres... nadie –concluyó con desprecio.

Se marchó después de mirar de reojo por la ventanita. Se alejó despacio, sin querer volverse, dejando a Andrea de pie en la puerta bastante desconcertada.

Seguramente, no iba a ser uno de sus mejores días, pero al menos sentía que era suyo, con sus decisiones, sus planes, sus errores y sus meteduras de pata. Incluso era posible que se arrepintiese toda la

vida, pero necesitaba marcharse de allí.

* * *

Su abuela había muerto muchos años atrás y, sin embargo, la sentía más cercana que nunca, como si aún estuviera viva y a su lado, infundiéndole su entusiasmo por vivir. Y eso era precisamente lo que mantenía a Charlotte con vida.

Tras haberse marchado del hospital sin ver a Alan, se había preguntado mil veces si el ultimátum que le dio a través de Andrea, estando él dormido, había sido lo más lógico. Pero después se consolaba pensando que no quería ser el segundo plato de nadie.

Los recuerdos de su infancia eran tan vívidos que se le presentaban uno a uno, como si estuviera viendo una película. Si no hubiese sido por los muchos momentos hermosos que recordaba haber pasado allí cuando visitaban a la abuela, la ciudad le sería insoportable.

Decidió aprovechar el tiempo para cumplir el encargo que le había hecho su madre. Llevaba ya algunos meses viviendo en esa casa, pero nunca le había hablado de aquellas cosas. Tampoco habían hablado mucho desde la muerte de Roger; aunque se querían muchísimo, su madre vivía en un mundo lejano que le otorgaba cierta distancia, muy apropiada cuando no sabía cómo consolar a su única hija. Y cuando murió Roger no supo hacerlo. La llamó por teléfono y le pidió que pasara unos días con ella, pero lo que menos necesitaba Charlotte en aquel momento era estar en un lugar que tanto le recordaba a su padre. Los dos hombres de su vida habían desaparecido y sentirlos a ambos tan cerca era más de lo que hubiese podido soportar aquellos días.

Por eso le había parecido genial aceptar la propuesta de Juanma para ser comandante del avión de Andrea Duarte. Además, podría vivir en casa de los abuelos y no tendría que pagar un alquiler, ya que seguía teniendo la hipoteca del adosado en Londres. Al regresar de Dubái, había tomado la decisión de continuar la reforma. Así conseguiría mucho más dinero.

Su madre era una mujer muy especial con ideas muy particulares sobre la vida. Siempre quiso que la llamara por su nombre en lugar de «mamá». Aunque no siempre le había hecho caso, sobre todo cuando aún era pequeña. Ahora, sin embargo, era fácil llamarla por su nombre, así se sentía un poco más lejana, por si algún día le daba por desaparecer también, igual que papá, la abuela y todos los que amaba.

Su madre había conservado la casa tal cual estaba cuando vivían sus abuelos, y en realidad podía haberlo hecho ella misma en su

última visita. Sin embargo, le pedía a ella que rebuscara en los armarios. Se lamentó de que no se diera cuenta de lo difícil que le iba a resultar meter las manos entre objetos personales antiguos que nada tenían que ver con su vida justo cuando la suya estaba destrozada por segunda vez.

Pero era difícil decirle que no a su madre, una mujer dulce, alocada y siempre sonriente. Todo lo contrario que la abuela, a quien nada frenaba y siempre parecía tener un objetivo claro en todo. Seguramente sus caracteres tan distintos era lo que, durante algún tiempo, las habían distanciado. Había hablado muchas veces con su madre del tema, pero nunca había conseguido enterarse del porqué.

Y ahora le pedía que recogiera una maleta de piel que debía estar guardada en el armario del dormitorio principal. A su madre nunca le habían interesado los recuerdos, pues siempre vivía el día a día, y ahora a Charlotte le hubiese gustado ser como ella para poder olvidar. Le costaba mucho rehacer su vida y aprender lo que tantas veces había intentado inculcarle su madre: que el único momento que realmente tenemos en las manos es el presente.

Para ser un piso antiguo, la casa resultaba increíblemente moderna y minimalista. Apenas había unos pocos muebles, lo esencial, y eran bastante sencillos. El suelo de parqué y las paredes empapeladas revelaban que su abuela había tenido una vida acomodada allí a su regreso, tras muchos años de vivir fuera.

Al entrar, aspiró el aroma a viejo que desprendían las paredes con dibujos azulados en tonos pastel; acarició la del pasillo y notó su suavidad. Entró en el salón de amplios ventanales de puertas francesas, por las que solía colarse el sol de la tarde. Se dio cuenta de que aquel día se estaba fijando mucho más en todo, como si el saber que iba a meter la nariz en sus vidas le hiciera verlo todo con otros ojos.

La biblioteca parecía intacta, con los estantes de arriba llenos de libros y los dos de abajo de vinilos antiguos. A un lado estaba el antiguo tocadiscos. Decidió poner alguno y ver si aún funcionaba. Sacó uno al azar; miró la cubierta, llena de polvo. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo y la limpió. En la portada vio una foto de Fred Astaire y Ginger Rogers bailando en blanco y negro, en *Sombrero de copa.* Le dio la vuelta y miró la lista de canciones; estaba la que le gustaba, «Cheek to cheek»*,* no sólo porque recordaba haberla bailado con el abuelo cuando era muy pequeña, sino porque además aparecía también en una de sus películas románticas favoritas*, El paciente inglés.*

Empezó a tararear, sin darse cuenta de que se movía ligeramente, bailando...

Heaven, I'm in heaven.
And my heart beats so that I can hardly speak.
And I seem to find the happiness I seek.
When we're out together dancing cheek to cheek... 27

Durante los minutos que duró la canción, se olvidó de todo. Sólo sentía su cuerpo y contemplaba los objetos que había sobre la cómoda del comedor, la lámpara de cristalitos, la tetera de Royal Albert con sus tazas y sus platos y la bola de cristal con el puente de la torre en su interior. Luego, la cogió y le dio la vuelta para ver cómo caía la nieve. Volvió a dejarla donde estaba, mientras la admiraba e imaginaba cómo habría sido aquella época, cuando la abuela, de muy joven, se había marchado a Londres con su primer marido.

Entones Sarah Vaughan la deleitó con su romántico « Misty». Así de brumoso sentía que estaba siendo su día e, inconscientemente, se alejó del dolor y se adentró en el dormitorio. Aquellos meses había decidido dormir en la otra habitación, la nueva, donde había hecho traer una cama pequeña, pues estaría más cómoda.

La gran cama de madera era de la época de los sesenta, como la mayoría de los muebles de la casa. Decidió sentarse en ella, frente al armario. Cogió el móvil y leyó el último mensaje de su madre, en el que le decía qué objetos debía encontrar y guardar en una maleta, hasta que ella volviera para recogerlos. Charlotte esperaba que no fuese demasiado tiempo; la idea de tener con ella las memorias del pasado de otra persona aumentaba los recuerdos del suyo propio.

«Una caja con tapa floreada, un joyero chino y un pequeño maletín de viaje, de piel marrón».

Suspiró, armándose de valor, y se puso manos a la obra. El armario estaba lleno de las cosas de la abuela. Al fondo, a la izquierda, encontró un vestido antiguo envuelto en una bolsa de plástico. No pudo aguantar la tentación de coger la percha y abrir la bolsa. Se quedó petrificada al descubrir que era una auténtica reliquia de los años cuarenta, con su falda hasta los pies y el cuerpo palabra de honor, en una maravillosa tela en azul noche que le recordó muchísimo al que ella se había puesto para la fiesta del jeque en el hotel de Dubái. Era posible que su abuela y ella tuvieran más en común de lo que esperaba.

Se lo colocó sobre sus ropas y se miró al espejo. No le sentaba nada bien, pero era curioso ver su rostro enmarcado en la moda de otra época.

Decidió ponérselo de verdad. Estaba sola en la casa, así que nadie la vería. Pensó en la abuela, y se dijo que a ella no le habría molestado que lo hiciera y quizás así, al sentir la fina tela rodeando su

piel desnuda, podría rememorar cuándo lució aquel vestido que había guardado con mimo tantos años.

No podría abrochárselo por detrás ella sola, pero al menos vería cómo le sentaba por delante. Se quitó los botines, que no pegaban nada, y metió los pies en unos zapatos de tela azul brillante que vio junto al vestido. Le quedaban pequeños, pero servían para hacerse una idea de cómo debió haber lucido su abuela una noche que debió ser muy especial.

Se puso de puntillas frente al espejo del armario. El vestido era realmente precioso y delicado; le quedaba un poquito ajustado en el pecho, pero la falda ondeaba al moverse. Acarició la tela con sus manos, aún era suave. Miró hacia arriba: había muchas cosas metidas en bolsas de plástico. Fue hasta el baño, cogió la pequeña banqueta y se subió a ella para alcanzar las bolsas. Las dejó sobre la cama, y decidió tomarse una pastilla para la alergia, pues no podía soportar tanto polvo.

Después abrió una de las bolsas: allí encontró un pequeño joyero de madera oscura con motivos chinos de flores pintadas. Levantó la tapa, dentro no había muchas joyas, un colgante con una pequeña llave de metal oscurecido por el paso del tiempo, un par de pequeños pendientes de plata y una sortija de oro rosado con una aguamarina con forma de diamante, un poco rallada pero muy bonita a pesar del paso del tiempo. Quiso colocarse la sortija en el anular, pero no le cabía. Lo intentó con el meñique, y le quedaba grande, así que volvió a ponerla en el joyero, pero al sacarla del dedo miró en el interior, esperando ver una fecha grabada. En su lugar, encontró una palabra: «Wings».

«Alas», en inglés. «Muy apropiado», pensó Charlotte, pues sabía que su abuela adoraba volar. Seguramente, lo había hecho grabar para recordarle siempre su pasión por el cielo. Descubrió también un par de medallas y un pequeño alfiler de oro con unas alas que probablemente debieron pertenecer al abuelo.

Cerró el joyero y lo metió de nuevo en la bolsa de plástico. Sacó entonces otra bolsa, bastante más grande que la anterior. Dentro estaba el maletín de viaje; cuadrado, parecía un neceser, como le había descrito su madre. Lo abrió, pulsando el cierre hacia abajo, y desprendió un aroma a cerrado que le obligó a taparse la nariz. Allí encontró un viejo carné de la abuela, de la escuela de pilotos de Madrid, con una pequeñísima foto en blanco y negro grapada a la cartulina, en la que parecía aún una niña, y un recibo de pago de una de las clases, en la que se podía leer claramente escrito a mano: «Una peseta».

Sólo le quedaba una bolsa por abrir, pero prefirió esperar a que el antihistamínico para la alergia le hiciera efecto, y mientras se miró de nuevo en el espejo. Estaba hermosa; el vestido antiguo no era su estilo, eso saltaba a la vista, pero se vio bonita, y hacía mucho tiempo que no se veía así. Y también hacía mucho tiempo que no se miraba al espejo salvo para asegurarse de que todo estuviese colocado correctamente o para maquillarse ligeramente. Se acordó entonces de las palabras de la psicóloga: «No es tan fácil hacer un duelo, incluso si la persona está viva. Date tiempo. Tienes que aprender a vivir en el mundo sin él».

Aprender a vivir en el mundo sin ellos. ¿Cómo iba a ser capaz? Lo suyo con Roger había sido más que amor, mejor que amor, había sido compañerismo, amistad, todo o casi todo, proyectos para una familia, vistas hacia el futuro. Futuro, una palabra que había perdido su significado.

Cerró los ojos y unas lágrimas se le escaparon y recorrieron sus mejillas al pensar en los momentos que aún le parecían tan cercanos, como la cena en El Cairo, la visita a Deir el Bahari y, sobre todo, la noche que había pasado con Alan en su habitación. Había llorado muy pocas veces; le costaba hacerlo, porque llorar significaba asumir la pérdida y ella no quería hacerlo.

La psicóloga también le había dicho que tenía que ser consciente del dolor si quería que desaparecieran las pesadillas, pero prefería dejarlo por ahora en el país de los malos sueños. Sin embargo, si quería seguir viviendo, salir cada mañana de casa para llevar un avión con cientos de pasajeros, ahora que había regresado a los vuelos comerciales, a pesar del cansancio físico y mental que sentía de manera constante, tendría que hacerlo.

Pero la música de los cuarenta y el vestido de su abuela le habían provocado un desbordamiento de emociones. Cogió un trozo de papel higiénico del baño, se limpió las lágrimas, se sonó la nariz y regresó a la alcoba para volver a enfrentarse al pasado. Mientras no tuviera que enfrentarse al suyo, todo iría bien.

Se sentó de nuevo sobre la cama, con las piernas cruzadas. El disco ya había acabado. Cogió la última bolsa de plástico, de la que sacó un paquete envuelto en un viejo papel de estraza marrón. Envolvía un diario, de esos típicos antiguos, en una preciosa piel oscura con letras en dorado y un precioso cerrojo. *My diary* . Se acordó de la llave que había encontrado en el joyero chino y la introdujo en la cerradura. El dirio estaba lleno de páginas escritas en una letra pequeña y anticuada. Pasó las páginas con rapidez hasta que una tarjeta colocada entre dos le hizo detener la mirada. Era antigua, pintada a mano, con

el dibujo de una avioneta con la bandera británica, y en la parte de atrás aparecía el nombre del ilustrador y una fecha: «1941». Había una única frase escrita a mano, con la letra de la abuela: «It's a beatiful night to fly».

Se quedó sorprendida. Era la misma frase que ella solía decir a los pasajeros al despegar. Se preguntó si alguna vez le había escuchado esa misma frase a la abuela. Y de repente sintió una profunda curiosidad de repente por leer el diario desde la primera página. Sería bonito adentrarse en la vida de Laia, descubriendo detalles íntimos que, seguramente, no le habría contado a nadie jamás.

Metió de nuevo la tarjeta entre las dos páginas y abrió el diario por la primera página. Se acomodó sobre el cabecero, colocando la almohada tras la espalda, y, tras acariciar la fina piel oscura de la cubierta una vez más, pasó las páginas, dándose cuenta de que había diferentes letras escritas en él, como si hubiese sido escrito por dos o tres personas en lugar de una, en distintas partes, separadas por los nombres de su abuela Laia, de su madre, Abigail, y casi al final del libro, el de su tía abuela, Celina. Tres historias con letras distintas en un mismo libro, escritas a partir de la primera. Y aún quedaban unas páginas vacías, quizá para que ella escribiese también la suya.

No pudo reprimir más la curiosidad. Se acomodó mejor, encendió la pequeña luz de la mesilla y acarició la rugosa página donde empezaba la primera parte. Allí ponía «Laia», y empezó a leer...

18. Una noche preciosa para volar

Barcelona, primavera de 2017

«SE PROHÍBE ESCUPIR». Los turistas miraban la frase grabada en la placa del tranvía azul que llevaba al Tibidabo, riéndose sin comprender a qué se debía la peculiar advertencia.

«Aquellos tiempos eran distintos...», eso decía tantas veces su abuela. Laia había sido una mujer increíble y siempre le había enseñado algo sobre el mundo y sus habitantes. La primera vez que sus padres y sus abuelos la llevaron al parque de atracciones, en su primer viaje a Barcelona, le contó que cuando ella era joven escupir era algo común en los sitios públicos, una fea costumbre, sobre todo entre los hombres. Y en los años anteriores a la guerra civil, la ciudad se esforzaba por educarse a sí misma, como habían hecho otras ciudades europeas. De ahí que el cartel coronara una de las puertas del tranvía. Todavía seguía ahí, como recuerdo de la época.

Tampoco estaba bien visto que una mujer volara, se lo había contado el último día que estuvo con ella, cuando ella tenía sólo diez años, pero ya conocía su historia y sabía que había sido una de las primeras mujeres piloto y una heroína durante las dos guerras que le tocó vivir. Poco tiempo después, murió.

A Charlotte le costaba creer que una mujer de trato afable aunque con carácter, con cara juvenil y una sonrisa perenne en sus labios, hubiese sido capaz de arriesgar su vida para salvar la de otros. Pensar que, gracias a ella, llevaba en la sangre la pasión por volar, trascendía todas las ideas preconcebidas. Para ella, era su abuela, pero para el resto del mundo había sido mucho más.

Había leído mucho sobre las primeras mujeres piloto en España en unos tiempos realmente difíciles para su sexo. Le vinieron a la cabeza

nombres como el de Mari Pepa Colomer y Dolores Vives, y pensar que su abuela había formado parte de ese selecto grupo de pioneras, valientes y decididas, siempre la llenaba de orgullo.

Cuando llegó al parque, le sorprendió la maravillosa vista de la ciudad. No la recordaba tan bonita. Con diez años, debía haberse fijado en otras cosas, pero recordaba perfectamente el carrusel y el avión. Se había divertido mucho en el primero, pero el que había marcado su vida para siempre había sido el segundo.

Su abuela había subido con ella, mientras sus padres, Abi y Charlie, y Celina, la hermana de la abuela y su marido Néstor, que eran para ella como abuelos también, tomaban un café en el bar. La abuela había apretado su mano con fuerza y tiró de su pequeño brazo hasta conseguir que la siguiera, mientras ella miraba a su madre, preguntándose si sería capaz de superar sus miedos.

No se sintió capaz de soltar la mano de su abuela ni siquiera cuando ésta le señaló con el dedo la hermosa ciudad que se veía a lo lejos. Pero ella tenía demasiado miedo como para ver nada, ni los bellos edificios ni el hueco que dejaban las calles, ni las torres de la Sagrada Familia, ni siquiera la hermosa puesta de sol sobre el mar. Apenas sí se atrevió a mirar al horizonte mientras su corazón acelerado le devolvía latidos tan fuertes que podía escucharlos dentro de sus oídos.

–Respira... –le había dicho la abuela al sentir que su pequeña mano temblaba entre las suyas–. No nos vamos a caer, no te preocupes.

–Creo que tengo vértigo... –le respondió con su voz infantil.

–No importa –le contestó la abuela con una amplia sonrisa–. Yo también he sentido vértigo muchas veces en mi vida, aunque no precisamente en el aire.

Entonces no comprendió su respuesta, pero ahora, justo a punto de emprender su nueva vida, la entendía perfectamente. El pasado, que aún era tan reciente, le causaba demasiado dolor como para querer echar la vista atrás, pero el futuro era un abismo que se abría ante sus ojos como la ciudad que se imponía con su mediterránea belleza.

La abuela insistió para que su vista siguiese a su dedo índice cuando le señaló el mar y el sol, pero ella se negaba casi a abrir los ojos.

–Está bien, ciérralos. Sólo escucha...

Escuchó el silbido del aire y el traqueteo del avión en pequeñas sacudidas, y después, algo nuevo, un sonido que se le metió tan dentro que ya nunca salió de su interior. A partir de ese momento ya no podría escapar de la mágica sensación de control que la hacía sentirse capaz de cualquier cosa en la vida. El mundo estaba a sus pies y nada

resultaba era imposible.

Poco a poco, fue soltando la mano de su abuela, hasta que se sintió capaz de abrir los ojos y regalarle una amplia sonrisa. Ésta suspiró, sabiendo que lo había conseguido. Le había inculcado la pasión por volar.

–Lo has escuchado, ¿verdad? Como si alguien te susurrara dentro del oído –le preguntó, tocando su corazón con los dedos–. Ya está dentro de ti, y ya nunca más se irá –afirmó sonriente–. Es el sonido del paraíso.

La pequeña movió la barbilla afirmativamente un par de veces. Después, fue capaz de mirar por la ventanilla del pequeño avión y disfrutar de los colores del cielo, que empezaba a oscurecerse. Cuando se hiciera de noche, las estrellas lo iluminarían sobre el mar. Se sentía tan contenta que se abalanzó sobre la abuela para darle un tierno abrazo. Agarrada a su cuello, cerró los ojos de nuevo y volvió a escuchar.

La abuela había dejado la mirada perdida en el horizonte, con los ojos un poco hacia arriba, buscando la oscuridad que provenía del cielo.

–Hoy sería una noche preciosa para volar.

Sus ojos se volvieron brillantes de repente. La niña que fue cerró los ojos para escuchar el maravilloso susurro del viento. Y Charlotte los cerró también, en su presente, para atrapar los dos momentos al mismo tiempo. Y de nuevo lo escuchó de nuevo: allí estaba, era el extraordinario sonido del silencio.

Era una preciosa tarde de domingo. Se quedó en el parque del Tibidabo hasta que empezó a oscurecer. Después, cogió el funicular y bajó andando, como cuando llegó a Barcelona, para ver de cerca una vez más la casa de Andrea Duarte.

Esta vez no sintió dolor al verla. Las persianas estaban bajadas; ya se habían marchado. Seguramente se fueron en cuanto Alan se repuso, y ya estarían viviendo juntos los últimos meses de la vida de Andrea. Sintió lástima por ella, pero también sintió lástima por él, porque debía sentirse atrapado por su promesa. Se alegraría por él cuando se viese libre de todo, entonces podría descifrar sus sentimientos. No le preocupaba, ella estaba ocupada en aceptar los suyos. Lo quería, sí, y ya no lo negaría nunca más, pero al igual que había aprendido a vivir sin Roger también sabía vivir sin Alan.

Había aprendido muchas cosas en aquel diario. Gracias a las historias de esas mujeres, había descubierto que el amor sólo se ha de vivir cuando los dos amantes están presentes al menos en el alma. Ésta era lo único que podía unir de verdad a dos personas, porque gracias a

ella descubren que siempre habían estado unidas, en otro tiempo, en otro lugar, en otra vida, y en ésta únicamente necesitan reencontrarse para volver a amarse de nuevo. Del mismo modo que la pasión por volar nace en algunas personas, el amor sólo puede darse entre dos seres que están destinados a estar juntos desde mucho antes de que la sola idea de la creación de sí mismos existiera.

* * *

No había pasado tanto tiempo como pensaban. Según le dijo el médico, su accidente había sido muy estresante para ella y luego había caído en una rendición en la que dio por hecho que la vida se le escapaba. Tampoco estaba por la labor de luchar por mantenerse viva. Hacía demasiado tiempo que había decidido seguir a su esposo en aquel último viaje y no estaba dispuesta a pasar por la tortura a la que un ejército de médicos pretendían someterla para intentar conseguirle más tiempo. No creía en el arte efímero. Y tampoco soportaba el dolor.

Lo único que quería era vivir tranquila en el pedazo de paraíso que había comprado y que le devolvió la paz. Junto a Alan, que la trató como a una madre, se sintió cuidada, mimada y respetada. Y llegó a admirarlo por no devolverle los malos modos, los desplantes, los reproches e incluso, a veces, las mentiras. Además, le fue completamente fiel en sus últimos meses. No podía pedir más.

Al principio, tuvo fuerzas para dejarlo todo preparado, a él y a Ivania, que seguirían con el legado de los Duarte. La colección estaría a buen recaudo con la fundación, y ellos se encargarían de que todo continuase adelante. Además, Alan comenzaría su propia colección, y Andrea estaba contenta de poder ayudarlo a dar sus primeros pasos.

Se la veía entusiasmada ayudándolo, enseñándolo, hablando con él como deberían haberlo hecho siempre. Apenas hacía unos días que había decidido volver, pero todavía podía cerrar los ojos y ver a Andrea disfrutando de la puesta de sol, tumbada en una hamaca en la terraza de su casa en aquella isla perdida. Fue así como se marchó, admirando la puesta de sol, la única obra de arte que nunca pretendió comprar.

Y ahora él estaba de nuevo en un avión, pero no en el *jet* privado que ahora era suyo, sino viajando en primera junto a otras muchas personas. Y también admiraba la puesta de sol en aquel anochecer de regreso a España.

Se había preguntado, hasta aburrirse, si aún habría alguna posibilidad para él y Charlotte. No había podido borrarla de su mente,

ni siquiera en aquella isla maravillosa de noches largas y estrelladas y días soleados y cálidos. Había llorado algunas veces al recordar cómo se había comportado con ella, pero después se había disculpado a sí mismo, pues todos sus errores habían sido dados por su propia inseguridad. Al lado de Andrea había ido perdiendo la autoestima poco a poco, como si un escultor hubiese ido cincelando su cuerpo día a día. Ahora que era libre por fin, debería esforzarse en recuperarla, empezando por amarse a sí mismo.

Tampoco podía echarle a ella toda la culpa. Pese a que la había conocido siendo muy joven, no lo era tanto como para no saber discernir una mera transacción económica a cambio de sexo, de detalles, de palabras bonitas y de compañía.

Tras el despegue, echó el asiento hacia atrás y se relajó. Había estado muy nervioso todo el tiempo, pensando que quizá se topara con Charlotte en el aeropuerto. Y sentía cientos de mariposas en el estómago que no le dejaban respirar y una sensación de angustia que le había acompañado desde que había pasado el control hasta que se sentó en el avión.

Tantas veces había soñado e intentado planear qué decirle, qué hacer, cuando la viera. Cuando volvieran a mirarse de frente, sin saber qué pensaría ella, él se preguntaría si ella sentía algo parecido a lo que sentía él, si todavía lo quería.

No podía estar seguro de sus sentimientos, pues sabía que ella, aunque había tenido más relaciones, sólo había estado enamorada de un hombre. Y además había sido un amor maduro, un amor real. Nada comparado a la locura que ambos habían protagonizado en su primer y último viaje, siendo Charlotte la comandante del avión.

No había aceptado el ultimátum que le transmitió a Andrea. En realidad, no aceptaría ninguno más en toda su vida. Ni chantajes emocionales ni cuerdas flojas. Él había tomado su propia decisión, y había sido cuidar de Andrea. No porque pensara que le debía algo, sino porque así lo sentía. Quiso pasar con ella sus últimos meses para aprender lo que no le había enseñado en años. Además, se encargó de cuidarla, de hacer que fuera feliz y, a ratos, lo consiguió. La liberó de problemas profesionales; él empezó a hacerse cargo de todo, y poco a poco Andrea se fue convirtiendo en una mujer, solamente una mujer, que quería descansar antes de marcharse.

Alan necesitó unos días para recuperarse de su partida. No porque la amara, sino porque al morir Andrea fue consciente por primera vez de la gran dependencia que ella había creado en él. Empezó a sentirse como descolgado de aquellos hilos que ella manejaba, como si se los hubieran cortado de repente y esperase que alguien más lo volviera a

atar y de nuevo pudiera moverse a su son. Necesitaba encontrar su propio ritmo para volver a sentirse feliz estando solo.

Ivania le confesó que ella sentía algo parecido la tarde en la que se despidieron tomándose unos cuantos chupitos del mejor vodka que pudieron encontrar en la isla. Reconoció que la influencia de Andrea Duarte era tan fuerte que ella también sentía como si ahora no supiera moverse sin su consentimiento. Pero ambos lo tenían, para hacer y deshacer a su antojo, para equivocarse y para meterse en líos, como había hecho ella a veces. Ambos eran los herederos de Andrea y, aunque seguirían trabajando juntos en la fundación, sabían que ya no serían compañeros de viaje, salvo de vez en cuando.

Ivania lloró. Alan no dejó caer ni una lágrima.

Cerró los ojos de nuevo, imaginando el momento que tanto había soñado que viviría en aquel avión cuando se mirasen de nuevo el uno al otro. Esperó durante semanas hasta convencer a Juanma de que le dijera el nombre de la compañía para la que Charlotte trabajaba. A partir de ahí, todo fue sencillo: sólo tuvo que seguir esperando para que le trajera el calendario y horario de vuelos para saber qué avión debía tomar exactamente, con ella como piloto. Así lo hizo, y ahora sólo quedaba esperar a ver cómo reaccionaba cuando la tuviera delante.

Sabía que en esa compañía los pilotos estaban obligados a despedir a los pasajeros; al menos, a los que viajaban en primera. Él sólo tenía que salir el último, y entonces podrían hablar. Le iba a decir que la amaba, que no podía vivir sin ella y que no le importaban sus miedos ni sus dudas, y que, si ella más adelante descubría que no podía amarlo, tampoco le importaba, lo sufriría, claro, pero no por eso iba a negarse la mayor felicidad de su vida: estar a su lado el tiempo que ella quisiera.

Y después, si conseguía estar con ella a solas, se acercaría despacio y se perdería en el brillo de sus ojos, se daría cuenta de cada detalle, levantaría la mano y acariciaría su cuello de tez oscura, sujetaría su cara con ambas manos, sin presionarla, sólo para delimitar su rostro y encontrar con exactitud sus labios, y la besaría profundamente, como si le fuera la vida en ello.

Miró su Rolex. No podía faltar mucho, ya habían despegado. Miró las luces de aviso y el sonido que emitía la pequeña alarma al apagarse. Era la hora.

Escuchó el ruido sordo del micro al abrirse y las primeras palabras de una voz que sonaba lejana y casi inaudible, pero agudizó el oído porque necesitaba, ansiaba, oírla. Su corazón comenzó a palpitar como loco, y una sonrisa se dibujó de repente en su boca.

Miró por la ventanilla, el cielo estaba oscurecido. La voz de la comandante habló con un tono que le sonó tan maravilloso como el de las olas del mar en la apartada isla en la que había estado refugiado y escondido aquellos meses.

Charlotte miraba el cielo. Algunas estrellas empezaban a dar luz frente al avión; le pareció tan hermoso como siempre que había volado sobre esa misma hora. Abrió el micro y por un segundo se acordó de que, mientras había sido la comandante del avión privado de Andrea Duarte, no había podido hablar a los pasajeros.

El amor, a veces, ata más que libera. Por eso, si algún día volvía a sentir lo que había sentido por Alan, si algún día volvía a estar enamorada, lo haría de forma diferente, sin contratos, sin promesas, sin deberes. Se lo había jurado a sí misma. Con los sentimientos como única prueba de una realidad que le hubiera gustado vivir junto a él, en una segunda oportunidad.

Se había imaginado muchas veces regresando a la casa de Andrea y encontrándose con él allí, en la terraza, donde lo vio por primera vez. También había soñado que él la buscaba y le decía aquellas palabras que tanto había querido escuchar de su boca. Y no podía dejar de sonreír cuando estas ideas le venían a la cabeza. Con esa pequeña alegría en su pensamiento y la maravillosa plenitud que le provocaba siempre volar, llevando el control de su vuelo y de su vida, puso el micro en abierto y se dirigió a los pasajeros.

–Hace una noche preciosa para volar... –terminó.

Epílogo

Celina

«No desfallezcas si no me encuentras pronto. Si no estoy en un lugar, búscame en otro. En algún lugar te estaré esperando».

Walt Whitman

1. La foto de boda

Madrid, primavera de 1942

Se despertó muchas veces durante la noche. Bebió mucha agua y se lavó en la jofaina, pues sentía las mejillas enrojecidas y el rostro febril. Aún se notaba los labios ardiendo por el beso que le había dado a Néstor, como si hubiese sido hacía tan sólo un instante.

Todavía era muy joven, casi una niña, pero ya era capaz de darse cuenta de que a él no le había disgustado. Podía haberse enfadado, podía haberse retirado mucho antes, pero tardó unos segundos en separarse. Celina prefería pensar que no había sido por no haber sabido reaccionar a tiempo, sino porque en realidad le hubiese gustado quedarse y seguir besándola. Eso decía mucho de él; era un hombre íntegro, estaba casado con su hermana todavía y le era fiel. Por eso no pudo evitar sentirse emocionada aquella la noche, sabiendo que a partir de ahora lo miraría de otra manera, muy distinta a la de antes. Y quizás él también la mirase de forma diferente al día siguiente.

Esa certeza, aunque pequeña y débil, era lo único a lo que podía aferrarse. Cómo iba a mirar a su tío ahora, sabiendo lo que sabía. Se preguntó si, en algún momento, él hablaría con ella para explicárselo todo. Prefería que no lo hiciera, y ella lo evitaría de todas las formas posibles, pues casi lo odiaba por culpar a su padre de la muerte de su tía. Eran hermanos, la madre de Laia era su tía, y le horrorizaba pensar en su padre como su asesino. Pero no era ninguna tonta, podía ser niña pero no era estúpida. Se había fijado mucho en cómo actuaban las heroínas de las novelas de Laia y deseaba ser capaz de comportarse de igual modo. La sola idea de que su padre estuviese vivo le hacía mantener la esperanza de que, también a ella, le podían

pasar cosas maravillosas.

De tanto llorar, tenía la piel debajo de los ojos completamente irritada. Se sentía mal también por Laia. Se había enterado de su desmayo. No la vio cuando se la llevaron al hospital, pero Maman le contó después que no regresaría a casa hasta que el bebé naciera. Se quedaría en el sanatorio, pues el doctor le había recomendado reposo y que evitara cualquier sobresalto. Y, en casa, eso era bastante difícil de evitar en aquellos días.

Por eso había decidido no ir a verla, pues temía la conversación pendiente y que eso pudiera afectarlos, a ella o al bebé. Nunca se lo había dicho, pero la quería como si de verdad fuese su hermana. Quizá Laia odiaba a su tío por haber matado a su madre. Ella, que era su hija, también lo había odiado al enterarse, pero algo le decía que no podía ser verdad. Aunque sólo él podía saberlo. Le hubiese gustado poder hablar con él y que le contara la verdad, la suya.

Aquellos pensamientos la atormentaban hasta el punto de despertarla entre sueños. Una de esas veces, con el sudor salpicando todo su cuerpo y su rostro, decidió levantarse. Se quedó un rato mirando por la ventana cómo la luna se reflejaba en los charcos del jardín, pues había llovido durante la noche. Cuando se sintió un poco más tranquila, se puso el salto de cama y salió de la habitación. Bajó las escaleras sin hacer ruido y se deslizó después por el pasillo hasta el salón. Todo estaba en penumbra. Se acercó sigilosa a la puerta del despacho de su tío y pegó su oreja a la puerta para escuchar si había alguien dentro. El reloj de pie daba las dos y diez. Era demasiado tarde para que él estuviese dentro. Se atrevió a poner la mano sobre el picaporte y lo movió despacio, sin hacer ruido, hasta abrir la puerta. Entró y volvió a cerrar. Su corazón acelerado apenas le permitía respirar. Esperó unos segundos hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y a los reflejos de la luz de la luna en el interior.

Caminó hasta la mesa y se colocó tras el sillón. Lo apartó un poco, no se sentía capaz de sentarse en él, no sin el permiso de su tío. Vio sobre la mesa los montones de papeles bien ordenados, nada que pudiera interesarle. Decidió abrir los cajones uno a uno. En el tercero había una cartera de piel que le había visto sacar a veces; en ella su tío guardaba los documentos importantes. La colocó sobre la mesa y la abrió con cuidado, temiendo que el cierre se pudiese romper. Encontró varias fotos de la primera boda de su tío, y le sorprendió que estuvieran ahí en lugar de estar enmarcadas en la vitrina o en la cómoda del salón, o en el piano donde estaban las de su boda con Maman. Quizá quería evitar que Laia las viera para evitar malos recuerdos, o quizá las mirara cuando se encerraba en su despacho,

recordando los años en los que había sido feliz con la tía Genoveva.

El matrimonio sonreía feliz, con las manos entrelazadas. Ella sentada en un gran sillón, y él detrás, a su lado, con su mano sobre su hombro, y ella agarrándola, como si creyeran que aquel amor les iba a durar para siempre.

Las apartó a un lado y comenzó a mirar los papeles, buscando algo que le diera la más mínima pista sobre su padre, pero no parecía haber nada. Volvió a guardar las fotos, cerró la cartera y la dejó en su sitio. Colocó el sillón de nuevo y salió del despacho, entristecida. Al cruzar el salón, se asustó cuando el reloj dio la campanada de las dos y media.

Esperó unos segundos, y sus ojos se toparon entonces con la foto de sus padres en la vitrina. Siempre había estado ahí, desde que recordaba. Se acercó y encendió la lámpara que había al lado, abrió la vitrina para evitar los reflejos del cristal y la sacó con cuidado. Estaba enmarcada en un marco de plata. Su tío había tenido esa foto siempre presente en la casa. No entendía por qué la de su boda estaba escondida, mientras que la de sus padres estaba siempre a la vista. Se sentía muy enfadada con él por haberla engañado durante tanto tiempo. Maman le habría dicho que era por su bien, que quería protegerla de una verdad demasiado insoportable, pero Celina no se creía aquella verdad. Algo en su interior le decía que no era del todo cierta.

Miró a sus padres, también felices, muy jóvenes, antes de que ella naciera, antes de que supieran que él iba a amar a otra mujer, antes de que su madre tuviese aquel accidente de tren en el que moriría años después. Las lágrimas afloraron y rodaron por sus mejillas. Soltó el pesado marco con una de las manos para limpiarse las mejillas, y éste cayó al suelo. Celina esperó hasta estar segura de que nadie había oído el ruido, y entonces se agachó a recogerlo. El cristal estaba rajado por la mitad. Se sintió mal, no podía dejarlo así, su tío se daría cuenta al día siguiente. Era mejor quitarlo y dejar sólo la foto con el marco hasta que pudiera llevársela para reponer el cristal.

Recogió los trozos con cuidado para no cortarse, los dejó amontonados sobre la mesa del salón y colocó el marco de nuevo en la vitrina, y entonces se dio cuenta de que podía sacar la foto. Quizás había algo escrito por detrás; quizás ahí estaba la pista que estaba buscando.

Había una breve dedicatoria escrita a lápiz. Estaba dirigida a su tío, como si no hubiese asistido a la boda de su padre y éste le hubiera mandado la foto por correo.

«Mi esposa y yo en el día de nuestra boda. Lamento que no

estuvieras con nosotros para celebrar nuestra felicidad. Te mando esta imagen para que nos tengas presente y no olvides que somos familia. Te quiere, tu hermano».

Y debajo, el nombre de una ciudad, Madrid. Se sorprendió: sus padres se habían casado en Madrid. Su tío vivía en Barcelona con la madre de Laia, pues se habían casado unos años antes, según había oído. Y ahora ella vivía en Madrid también. Tal vez su padre siguiera viviendo allí...

Metió de nuevo la foto en el marco y la colocó en la vitrina. Recogió los pedazos de cristal de la mesa, corrió por el pasillo hasta las escaleras y las subió con rapidez hasta llegar a su alcoba y encerrarse en ella. Dejó los trozos de cristal dentro del cajón del tocador de Laia. Nadie miraría allí dentro mientras ella no estuviera.

Contemplaba de nuevo la luna por la ventana cuando escuchó un coche que paró en la entrada de la casa. Alguien abrió la verja del jardín y caminó resuelto hasta la puerta, pero, antes, se paró ante su ventana y levantó la vista, echando una mirada hacia su alcoba. Celina se apartó del cristal y se metió en la cama deprisa. Su corazón latía con más fuerza que nunca. Había conseguido que él no la viera, pero ella sí lo había visto mirar a su habitación. Escuchó el girar de la llave y sus pasos subiendo las escaleras de madera, después cruzó el pasillo dirigiéndose hacia su habitación, pero, al pasar por su puerta, los pasos se detuvieron unos instantes.

Néstor acarició la puerta sintiendo la rugosidad de la madera en sus dedos.

Celina no supo si quería entrar, si ella debía salir de la cama y abrir la puerta o si él lo haría primero. Por un momento, deseó que lo hiciera, pero sintió tanto miedo que rezó un Ave María para que se marchara.

Los pasos siguieron hasta la habitación del fondo. Néstor entró y cerró la puerta, girando el pestillo. Se lamentó por sí mismo, de haber bebido toda la noche y de los oscuros pensamientos que lo habían asaltado al ver la puerta cerrada de Celina. Pensaba en su tímido beso, un beso infantil, pues aún era una niña de sólo diecisiete años, y eso era lo único que él debía tener presente. No debía pensar que, a su regreso de Londres con Laia, la había visto tan cambiada que casi parecía una mujer.

Mientras se desvestía, se prometió a sí mismo que lo olvidaría todo. Olvidaría la suavidad de sus labios sobre los suyos y el aroma a flores que desprendía su pelo. Se prometió que olvidaría las veces que la había descubierto mirándolo como embobada, como si él sí fuese importante; que olvidaría que su cuerpo se había estilizado y que sus

curvas y su escote se habían redondeado bajo los bonitos vestidos que usaba para cenar. Laia estaba en el hospital, y además Celina aún era una niña y era la prima de su esposa. Y, para don Carlos, era su segunda hija, y no permitiría que él se acercase de nuevo a una hija suya, nunca más.

Se sintió estúpido. Abrió el armario al recordar que dentro había guardado una botella de whisky. La sacó y bebió un trago. Necesitaba dormir, eso era lo que realmente necesitaba. Olvidar todo lo que había pasado aquel maldito día y dormir. Se dejó caer sobre la cama con la botella en la mano. Bebió otro trago, la dejó caer al suelo y cerró los ojos.

Celina suspiró aliviada, pero su corazón continuaba latiendo con fuerza Se escondió entre las mantas y no consiguió quedarse dormida hasta el amanecer.

* * *

Bajó del tranvía nerviosa y emocionada, caminando sobre sus tacones, pues ya hacía tiempo que había empezado a ponérselos. Llevaba el último vestido que le había comprado Maman en los grandes almacenes del centro. Había hablado con ella para intentar que lo aceptara, con la idea de convencerla de que su tío se lo había ocultado con la mejor intención, para protegerlas, a ella y a su prima. Pero Celina seguía sin querer creer que su padre hubiese matado a su tía, a su amante, a la mujer de la que realmente estaba enamorado. No podía imaginarlo siquiera. Se negaba a creerlo, y por eso estaba allí, en la Puerta del Sol, de camino a aquella cafetería en la que esperaba encontrar por fin todas las respuestas.

Desde que había leído la dedicatoria de la foto de la boda de sus padres, no había dormido bien una sola noche. Y al final había decidido volver a revisar el despacho de su tío. No sabía por qué, pero algo le decía que ocultaba algo. Si había sido capaz de mantener en secreto las cartas de su prima cuando estaba en Londres, también lo veía capaz de callar otras cosas.

Y tenía razón. Una de aquellas noches en las que rebuscó por todos los rincones, incluso detrás de los muebles, dio con la solución, sin darse cuenta de que la había tenido todo el tiempo delante de sus narices. Su tío no tenía nada escondido, ningún papel con la dirección de su padre en la ciudad, como le hubiese gustado. Sin embargo, lo entendió: sólo tenía que seguirlo, como él había hecho con ella cuando fue a echar al correo la carta para su prima.

Lo hizo una tarde en la que él se excusó diciendo que iba al club

durante un par de horas. No supo por qué, pero algo en su interior se removió. Dijo que tenía un fuerte dolor de cabeza y subió las escaleras hasta su habitación. Una vez allí, bajó de nuevo, sin que nadie la viera, y lo siguió a una distancia prudente.

No tuvo miedo cuando vio que su tío se alejaba de las calles que ella conocía y se subía al tranvía como un transeúnte más. Casi nunca lo había visto ir en tranvía, pues tenía su propio coche con chófer. Pero ella subió al mismo tranvía, ocultando su rostro con el ala de su gracioso sombrero y quedándose detrás. Él no la vio, incapaz de pensar que su sobrina pudiera seguirlo.

Se bajaron en el centro de la ciudad. Celina vio cómo su tío cruzaba la calle, mirando a los lados, y entraba en una cafetería. Desde fuera, a través del cristal, lo vio dirigirse a una mesa donde lo esperaba un hombre.

La emoción la embargó de tal forma que no pudo evitar las lágrimas ni el enrojecimiento de sus mejillas. Los dos hombres estaban muy serios, no parecían felices de verse. Ella sí estaba alegre, mucho, y sonreía mientras lloraba sin remedio. Aquel hombre que estaba sentado esperando a su tío era el mismo que el de la foto de la boda de sus padres. Había cambiado y envejecido, pero su rostro era el mismo que había visto tantas veces en el marco de plata de la vitrina del salón.

Tras hablar unos minutos, su tío le entregó un sobre. El hombre lo cogió y se lo guardó en el bolsillo de su abrigo negro. Se levantó y se marchó sin despedirse, saliendo de la cafetería con rapidez.

Celina no podía perder aquella oportunidad. Se dio la vuelta y comenzó a seguirlo. El hombre caminaba deprisa y pronto se adentró en la Plaza Mayor. Al lado de una sombrerería, se detuvo. Sacó una llave de su bolsillo y la metió en la cerradura del edificio de al lado. Ella lo había seguido a duras penas, y ahora no podía dejar que entrara porque lo perdería. Allí debía haber varios pisos, y nunca sabría en cuál se había metido. Sin pensarlo ni un segundo más, gritó desde atrás:

–¡Espérame, papá!

El hombre tardó bastante en darse la vuelta. Quizá pensó que aquella voz estaba sólo en su imaginación, pues había soñado muchas veces con encontrarse con ella. Pero al fin se giró. Y allí estaba ella, su hija, y estaba preciosa. Se había quitado el sombrero para que pudiera verla y lo miraba de frente, valientemente, sin apartar ni un segundo la mirada.

Primero caminó lentamente hacia ella, después aceleró el paso, y al fin ella se echó entre sus brazos como si lo conociera. Sintió que la

vida le devolvía repentinamente todo lo que le había quitado. Dios se había acordado de él por fin.

Los dos lloraron, abrazados, y él la levantó en sus brazos mientras reía a la vez. La dejó en el suelo y se separó de ella, pues quería ver su carita angelical.

Celina sintió que estaba por fin en casa. Aquél era el lugar al que había querido llegar desde que se enteró de que estaba vivo, y ahí estaba, con él, en sus brazos, después de unos meses que le habían parecido años. Lo había encontrado, y el amor que sentía era tan grande que había borrado de golpe cualquier duda. Él no era el asesino de la madre de Laia.

Cuando fueron capaces de separarse, de mirarse y de hablarse, él la invitó a su casa. Ella subió feliz, agarrada a la mano que la guiaba por las estrechas escaleras, cuatro pisos arriba hasta una pequeñísima buhardilla. Lo vio bajar la cabeza para entrar, y ella hizo lo mismo, aunque aún no era tan alta como él. Vivía en un diminuto apartamento, con ventanas en el techo, que parecía sacado de un cuento de hadas. Una cama estrecha pegada a la pared formaba parte del salón, con un par de sofás y una mesita. La cocina estaba enfrente, separada por una cortina. El espacio era ridículamente minúsculo, pero le pareció acogedor y tierno.

Ocuparon los silloncitos, uno al lado del otro. Celina miraba a su alrededor, pero se le acabaron pronto los rincones. Descubrió una estantería, no muy alta, que llegaba solamente hasta donde el techo comenzaba a doblarse pero que estaba llena de libros.

–Tenía que entretenerme de alguna forma mientras te encontraba.

Se levantó y entró en la cocina, al tiempo que metía la mano en el bolsillo de su abrigo. Cuando volvió a salir, el bolsillo ya no estaba tan abultado. Quiso preguntarle qué había en el sobre que le había dado su tío, pero le dio miedo su respuesta.

Fue él quien habló, mirándola a los ojos de nuevo. Los suyos parecían tristes.

–Creo que mereces una explicación. ¿Cuándo tienes que volver a casa?

–Ya debería estar allí –respondió ella, mirando el viejo reloj destartalado que colgaba en la pared.

–Entonces seré lo más breve que pueda. Y después te acompañaré a casa. Cuando conozcas la verdad, tú decidirás si quieres contársela a tu tío o prefieres que sigamos viéndonos sin que él lo sepa. ¿Estás de acuerdo?

Celina asintió con la cabeza, y por un momento volvió a sentirse como una niña que hubiese hecho algo malo, hasta que él se sentó

otra vez a su lado, cogió su mano y comenzó a hablar.

2. El aroma de tu perfume

Cuando Laia se metió en el coche, Celina se armó de valor. Se quedó mirándola hasta que se convirtió en un pequeño punto en el horizonte. Nunca podría olvidar su rostro desencajado mientras se marchaba en busca del amor que siempre había deseado, dejando lo que más amaba. Jamás olvidaría tampoco lo que le prometió, que cuidaría de su bebé mientras ella no estuviera y que regresaría.

Se dio la vuelta. Néstor la esperaba en la puerta del jardín. Se acercó con paso firme, y esta vez no le sonrió ni tampoco bajó los ojos ante su mirada. Lo miró fijamente y esperó a su lado a que abriese la puerta. Él la dejó entrar en primer lugar, poniendo la mano sobre su espalda, a la altura de su cintura. Algo había cambiado entre ellos.

En casa Maman lloraba desconsolada mientras le gritaba a su marido, pidiéndole explicaciones.

–¡Es tu hija! ¡La perderás para siempre! ¡La perderemos todos!

–¡Ha tomado su decisión, y no ha elegido a su familia!

–¿Y qué otra opción le has dado? ¡Ninguna!

–Ha tenido mucho tiempo para pensar y darse cuenta de quién es. ¡Se debe a su familia!

–¡No es así! ¡Es su vida! ¡No puedes pretender que haga siempre lo que tú quieres! ¡Ya no es una niña!

Celina y Néstor subieron las escaleras. Ella delante, él detrás. Se había convertido en su protector, en su aliado. Ninguno estaba feliz con lo ocurrido. Para ambos había sido todo terriblemente desagradable, pero Celina tenía aún un secreto por desvelar.

Entraron en la alcoba de Laia. El bebé dormía en su cunita. La niñera se había ocupado de dormirlo para que no sufriera la ausencia de su madre. Celina se sentó sobre la cama de Laia y pidió a Néstor que echara el pestillo.

–Tengo que contarte algo, y no quiero que nadie nos interrumpa.

Él obedeció sin rechistar. Después, se sentó en la silla del tocador

de Laia y miró a Celina. La vio más bonita que nunca. Se estremeció al recordar el tierno beso de la joven el día que se enteró de aquel horrible secreto. Cada noche, durante la cena, Celina despertaba su interés con un nuevo vestido. Había sacado de Dominique el gusto por la moda y tenía una gran elegancia al vestirse y peinarse. Su maquillaje era juvenil, pero realzaba su rostro angelical, y su cabello era cada vez más rubio. Además, aunque apenas hablaba, pues seguía enfadada y decepcionada con don Carlos, con él sí se mostraba a gusto. De vez en cuando le sorprendía con una de sus ocurrencias pueriles, y otras hablaba como si comprendiese cualquier situación mejor que ningún adulto. Y lo mejor de todo era que sabía escucharlo.

Le encantaba charlar con ella en la terraza, tras la cena. Él se tomaba una copa y ella miraba las estrellas. Le recordaba a alguna de las noches que había pasado junto a Laia en aquella misma terraza, pero había una gran diferencia. Con Celina, él era el centro de atención. Celina tenía brillo en su mirada, pero no refulgía de tal forma que cegara a los que estaban a su lado. No eclipsaba a nadie, menos a él. Cuando estaba con ella, se sentía mejor que con nadie, escuchado y comprendido. Se sentía alguien.

Pero sabía que aquella mañana Celina estaba muy triste. La vio limpiarse las lágrimas. Ahora era ella quien necesitaba toda su atención.

–He encontrado a mi padre. Está vivo, y no es ningún asesino.

Néstor se sorprendió tanto que se acercó como para escucharla mejor, para saber qué sentía, para no perderse ni uno solo de sus gestos. Quería estar completamente presente mientras la escuchaba. Se se sentó en la otra punta de la cama. Sin acercarse demasiado, pero mostrando un gran interés por escuchar lo que le iba a contar.

–Seguí a mi tío una tarde hasta el centro. Intuía que ocultaba algo, así que lo seguí, y tuve suerte. Mi padre y él se encontraron en un café. Estuvieron hablando durante un rato, y vi desde fuera cómo mi tío entregaba un sobre a mi padre.

–¿Cómo sabías que era tu padre? –preguntó con curiosidad.

–He visto cientos de veces su foto en la vitrina del salón. Además, yo guardo alguna foto más. Nunca olvidé su cara, la de mi madre tampoco. Pero ella no puede estar viva. Sin embargo, tras enterarme de que mi padre estaba vivo, no pude quitarme de la cabeza que quizá podría encontrarlo.

–¿Y cómo sabías que estaba aquí?

–Eso te lo explicaré después, quiero contarte primero lo importante.

–Está bien –se conformó–. Continúa.

–Él no mató a mi tía. Eran amantes, es verdad, pero él no la mató. Para él, aquello fue un error, y lo lamentó muchísimo. Después de un tiempo, se lo contó a mi madre y le pidió perdón. Ella lo había perdonado, y aquella tarde mi padre fue a decirle a mi tía que ya no volvería a verla. Habían decidido marcharse de Barcelona; se habían casado en Madrid, les había gustado mucho la ciudad y querían vivir allí. Pero mi tía no estaba bien, no era feliz con mi tío, nunca lo fue y siempre estaba deprimida. Además, había estado enferma y se sentía muy débil. Según mi padre, él quiso decírselo porque intuía que mi tía era capaz de cualquier cosa.

–¿Y qué pasó? –Néstor no podía resistir la curiosidad.

–La llamó por teléfono para decírselo, y ella le pidió que fuera a verla. Lloraba por teléfono, y le aseguró que mi tío estaba de viaje. Mi padre accedió, tras contárselo a mi madre, y le prometió que iría para asegurarse de que ella estaba bien. ¡Eran familia! Era la mujer de su hermano, no podía permitir que él se enterase y tampoco podía permitir que ella se lo contara, al menos que le contara solamente su versión. Si alguien lo hacía, debía ser él también, quería pedirle perdón como había hecho con mi madre e intentar arreglar las cosas como hermanos, pero no se dio cuenta de que eso iba a ser algo imposible.

–¿Por qué? –preguntó Néstor.

–¿Tú perdonarías a Wings? –le preguntó directa, dejándolo completamente sorprendido.

–¿Lo sabes?

–Claro, somos primas. Laia me lo contó.

Néstor bajó la cabeza, avergonzado.

–No tienes por qué avergonzarte –adivinó ella sus sentimientos–. Fue ella quien actuó mal y no tú, pero el amor es así, no se puede controlar, nace donde menos lo esperas –le dijo mirándolo a los ojos y aceptando su mirada penetrante–. Mi padre fue a ver a mi tía para asegurarse de que entendía que ya nunca más volverían a verse como amantes, pero que seguían siendo familia y no podrían evitar tratarse. También le dijo que se marchaba a Madrid, pues, poniendo tierra de por medio, sería más fácil para los dos. Le dijo que mi madre ya lo sabía y que lo había perdonado. Entonces...

–¿Qué ocurrió? –Los ojos de Néstor parecieron abrirse más mientras la escuchaba.

–Fue ella quien sacó aquel cuchillo. Debía tenerlo en la mano antes de que mi padre llegara a la casa y la doncella le dijera que lo esperaba en su alcoba. Intentó quitárselo, pero ya era tarde. Al escuchar el timbre de la puerta y su voz al entrar, mi tía se lo había

clavado ella misma en el estómago. Mi padre sólo tuvo tiempo de cogerla en sus brazos. Quiso ayudarla, y por ello se manchó la camisa de sangre. Cuando se dio cuenta de que no podía hacer nada, escuchó a Laia, que se acercaba a ellos riendo, así que dejó a mi tía donde estaba, sangrando sobre la alfombra de piel blanca llena de sangre, se levantó y corrió hacia Laia, para que no entrara y viera a su madre de ese modo. Pero no lo consiguió. Laia entró, se asustó y se puso a gritar. Él la levantó en brazos, intentando llevársela de allí, pero ella no paraba de gritar asustada. Escuchó que la criada subía las escaleras deprisa, y entonces se asustó y escapó por la ventana. No sé cómo no se hizo daño, saltó desde la primera planta hasta el jardín y escapó.

–¿Por qué?

–Él también se asustó, creyó que lo culparían. ¡Y así fue! Aunque él no sabía que tenía razón. Mi tía dejó escrita una carta en la que le contaba todo a mi tío y le decía que seguramente mi padre iría esa misma tarde para matarla. Todo lo que le dijo fue al revés de cómo me lo contó mi padre: que era ella quien quería dejarlo. Le pedía perdón y le decía que no se fiaba de mi padre, pues era posible que le hiciera daño, y que escribía aquella carta por si sus sospechas se convertían en realidad. Y así fue, ¿entiendes? –Celina levantó el tono de su voz, visiblemente alterada.

–Empiezo a entender un poco.

–Mi tío creyó a su mujer. Pensó que era su propio hermano quien la había matado. –Se tapó la cara con las manos–. ¡Pero no fue así! ¡Mi padre es inocente!

Celina se derrumbaba por momentos, y Néstor se acercó a ella y se sentó a su lado. Cuando la cogió por los hombros, ella levantó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Ambos se miraron larga y constantemente, hasta que ella empezó a hablar de nuevo:

–Pero ahora sabe que no es cierto. Si no, ¿por qué se habría visto con mi padre? Le dio dinero; en ese sobre había dinero. Y mi padre me contó por qué. –Néstor necesitaba conocer el final de la historia. Así lo entendió Celina al ver su rostro interesado, y continuó–: Mi padre le escribió contándole la verdad; le escribió muchas cartas sin remite y lo llamó por teléfono hasta que mi tío accedió a atenderlo. Le contó la verdad, sólo para descubrir que mi tío ya lo sabía.

–¿Cómo lo supo?

–Había encontrado otra carta que mi tía había dejado para Laia, para que él se la diera cuando fuese mayor, pero él no pudo esperar a saber qué le decía a su hija y la abrió. En ella, mi tía le contaba la verdad. Le pedía perdón por haberse quitado la vida, pero que su vida sin mi padre ya no tenía sentido, porque nunca había estado

enamorada de él. Se había casado casi obligada y sabía que jamás podría amarlo. Tras haber estado enferma, cayó en una depresión de la que nunca más se repuso, y lo único que le dio cierta felicidad fueron las noches que había pasado con mi padre.

–Es muy duro oír algo así –repuso Néstor, sintiéndose identificado con don Carlos.

–Lo sé, sé que lo es. –Lo entendía, sabía que él había sufrido también por Laia. La situación no era la misma, ellos aún eran muy jóvenes y tenían la oportunidad de ser felices aunque fuera separados–. Tiempo después, mi padre se encontró con mi tío. Para entonces, mi madre ya había muerto en aquel accidente mientras iba a visitar a mis abuelos en Valencia. Mi padre era un hombre completamente infeliz; la vida le había hecho pagar por aquel pecado. Le dijo a mi tío que pensaba marcharse y llevarme con él, pero éste lo convenció de que me dejara en su casa mientras se reponía y rehacía su vida. Le contestó que no sabría vivir sin su hija, pero mi tío le aseguró que yo sería más feliz allí, junto a Laia, y que, como ella también me necesitaba, juntas lo superaríamos todo. Las dos habíamos perdido a nuestras madres. Y así lo hizo, se dejó convencer.

–¿Y tú, no recuerdas nada?

–Yo sólo tenía cuatro años, era demasiado pequeña. Sí recuerdo a mis padres y haber vivido con ellos, pero no sabía nada de todo esto.

–Y tu padre accedió.

–Sí, confió en su hermano, no tenía por qué no hacerlo. Se marchó pensando que sería sólo durante un tiempo, pero entonces empezó la guerra y mi tío decidió que fuéramos al colegio en Francia. Y allí les perdimos la pista a los dos.

–¿Qué pasó con tu padre?

–Estuvo en la guerra; luchó porque era lo único que se sentía capaz de hacer. No quiso marcharse a Europa como hizo mi tío, por eso lo perdió todo. Cuando la guerra acabó, estaba sin blanca y completamente solo. Se sentía destrozado, pero permaneció en Madrid, y aquí ha seguido desde entonces.

–¿Y nunca intentó buscarte?

–¡Oh, sí! Por lo visto, lo ha hecho siempre. Me buscó en Barcelona durante la guerra, pero la casa de mis tíos estaba abandonada y destrozada por los bombardeos. Se alegró de que no estuviéramos allí. Entonces siguió luchando hasta que regresó a Madrid. Mi tío lo avisó en cuanto volvimos, pero no para recuperar a su hija como él creía, sino para darle dinero a cambio de su silencio. Mi padre no tenía nada, y lo aceptó. No porque no me quisiera, sino porque se avergonzaba de sí mismo y porque sabía que no podría mantenerme.

Mientras yo estuviese con su hermano, viviría mucho mejor que con él; al menos tendría un futuro, más aún al enterarse de que su hermano había vuelto a casarse. Nunca ha conocido a Maman, pero confiaba en que yo fuera más feliz ahora, con una madre por fin.

–¿Y tú puedes entender que pensara así?

–Claro. Es lo mismo que ha hecho Laia ahora. Sabía que mi tío no iba a dejarla llevarse a su bebé y que ella no podría mantenerlo según están las cosas, por eso se ha marchado. Encontrará a Wings, y volverán juntos.

Néstor enmudeció al comprender los planes de Laia. Celina se dio cuenta de que lo había hecho sentir mal y, casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, le acarició el pelo, en un gesto inconsciente de consuelo.

–No te preocupes por eso. Es su bebé, tienes que entenderlo. Necesitan ser felices, igual que tú...

Néstor le cogió la mano y se la apretó. Fue entonces cuando Celina se dio cuenta de que lo había acariciado, pero a la vez sintió su mano dentro de la de él, calientes las dos, nerviosas, casi temblando. Él acercó su rostro a su cuello y aspiró el aroma de su pelo. Entonces ella sintió que todo su cuerpo reaccionaba ante su cercanía. Él tomó su cara con la otra mano, con dos dedos cogió su barbilla y la movió hacia él, acercó sus labios a los de ella y la besó despacio. Sin pensarlo, ella le devolvió el beso, asustada pero emocionada a la vez.

–¿Qué me ha pasado contigo? –preguntó, casi en un susurro.

Celina no contestó. Pero le permitió seguir besándola, mientras todo su cuerpo temblaba y al mismo tiempo se quedaba paralizada por el amor.

Abajo resonaban las voces de sus tíos. Néstor se levantó de la cama y se acercó hasta la puerta, abrió el pestillo y salió, pero antes se dio la vuelta y la miró sonriendo. Celina le devolvió la sonrisa. Al verla tranquila, él la dejó sola con el bebé.

Celina le oyó bajar las escaleras y dejó escapar una exhalación. Había estado casi sin respirar desde que notó que él aspiraba el aroma de su perfume.

3. La carta

Laia no regresó a por su hija. La promesa que le había hecho en el coche aquella mañana no fue real, y Néstor se vio obligado a darle su apellido a la pequeña. En parte porque se lo debía a su suegro, que falleció de un infarto poco después de enterarse de que su hija había sido declarada desaparecida en combate.

Don Carlos llamó por teléfono infinidad de veces a Londres, pero sólo recibió una breve explicación: su hija había salido hacia Francia en búsqueda de uno de los pilotos norteamericanos mejor valorados por la RAF, tras presentarse como voluntaria para ello, y nunca había regresado.

Le dijeron que el avión se habría perdido durante el vuelo de vuelta a Gran Bretaña porque tenía roto el anemómetro, pero Néstor razonó que Laia habría sabido volar de regreso a Londres incluso sin poder comprobar la velocidad del aparato y sin saber tampoco la velocidad del viento. Reconocía, así, que ella había sido mejor piloto que él mismo aunque nunca había sido valorada, salvo ahora.

El oficial inglés al mando que habló con don Carlos elogió en todo momento el valor y arrojo de su hija. Y éste se sintió tan culpable por no haber intentado comprenderla que no pudo soportarlo. Empezó a no dormir por las noches y a tomar whisky para cenar y desayunar.

Se sumaron también los reproches de Celina tras haber encontrado a su padre. No pudo evitar echarle la culpa de haberlo mantenido alejado de ella. Por mucho que Maman intentó mediar entre los dos, una vez pasado el luto por la desaparición de Laia, cuando apenas ella había podido aceptar la noticia, don Carlos se fue alejando cada vez más de todos ellos, incluido Néstor, quien se encontró con la libertad de su viudez repentina.

Una madrugada, don Carlos se encerró en su despacho, como solía hacer a menudo, y nunca más salió. Lo encontró la doncella a la mañana siguiente, en el suelo, de espaldas. Estaba muerto.

Toda la casa se sumió en una profunda tristeza desde la desaparición de Laia, y sólo la pequeña era capaz sacarles, de vez en cuando, una tierna sonrisa.

Maman y Celina se sentían solas y desamparadas. Pero Néstor estuvo allí, a su lado, y no las abandonó en ningún momento. Se hizo cargo de todos los gastos, incluidos los de la pequeña, que se había convertido en su hija legalmente, y cuando Celina cumplió la mayoría de edad le declaró su amor abiertamente y le pidió matrimonio. Ella aceptó sin pensárselo. Uno de sus sueños, al menos, sí se iba a cumplir. A veces, el destino se confunde y une a las personas equivocadas.

Abigail creció creyendo que era hija de ambos y que Maman era su abuela. No quisieron contarle la verdad siendo niña para no tener que explicarle también la triste historia de sus padres, pero así también obviaron el gran amor entre el piloto norteamericano y aquella chica de Barcelona, que había perseguido un sueño y lo había conseguido. Esperaron el momento correcto, pues pensaban que en algún momento llegaría, cuando fuera mayor y estuviera preparada. Así lo creía Celina tras haberse reencontrado con su padre; sabía lo duro que era crecer echando de menos a alguien.

Pero el tiempo pasó y una mañana, cuando Abigail apenas tenía tres años, recibieron una visita inesperada.

La más feliz al verla fue Maman. Comenzó a llorar desconsolada y corrió a abrazar a la hija que la vida acababa de devolverle. Celina, asombrada, no supo qué decir ni qué hacer, como sintiéndose culpable de una terrible traición por haberse casado con Néstor y haber cuidado de Abi, como si fuera hija suya. Pero Laia, todavía entre los brazos de Maman, se acercó a ella y las tres se fundieron en un gran abrazo.

Fue un duro golpe para Laia enterarse de la muerte de su padre. La vida no la había premiado por haber luchado por la libertad hasta que se quedó sin fuerzas. «Desaparecida, sí; muerta no», les dijo. Cuando llegó a Francia, encontró a un Wings malherido y casi ciego. Una granada le había hecho perder la vista y le había dañado un pulmón. Había aguantado con vida, ayudado por la resistencia francesa, hasta que ella lo encontró, pero cuando la tuvo delante y escuchó su voz, cuando la reconoció, se sintió feliz porque estaba a su lado y quiso descansar. Empezó a dejarse y la muerte se lo llevó tan sólo dos días después.

Laia pensó entonces que ella también moriría por la tristeza y la desesperación. Además de perder al hombre de su vida, estaba en un país desconocido invadido por los nazis. Su única arma era que

hablaba francés sin acento extranjero, y eso le sirvió para que los miembros de la resistencia vieran en ella a una maravillosa ayuda caída del cielo. La convencieron, le dieron una razón para seguir viviendo, un motivo para seguir adelante y no dejarse morir. Intentar volver habría sido una locura en su situación y, además, allí la necesitaban más que en su casa, donde su padre ya lo había organizado todo.

Luchó con la resistencia durante los tres años siguientes, hasta que acabó la guerra, y lo celebró cuando los aliados salvaron Francia. Regresó a Londres con la única intención de dar parte al comandante de que estaba viva y de que Wings, el mejor piloto que habían tenido, había muerto en combate. Les otorgaron una medalla a cada uno. Se las mostró mientras se lo explicaba con lágrimas en los ojos.

Maman no dejó de apretarle la mano. Cuando acabó de contar su historia, pidió que le trajeram a la niña. Dominique miró a Celina, la madre legal de Abigail, aunque Laia aún no lo sabía. Despacio, como si pensara que por más lentamente la noticia no resultaría tan horrible, ésta le contó a su prima que Néstor había dado su apellido a la niña y que después, al recibir la noticia de su muerte, ellos se habían casado.

Aunque había pedido a Dios, cientos de veces, que sus temores no fuesen reales, allí estaba Laia, delante de su madre y su prima, escuchando que su hija ya no era suya.

Ahora ya no iba a conformarse. Subió las escaleras a toda prisa hacia la habitación. La pequeña estaba en la cama. Había crecido tanto que apenas podía reconocerla. Dormía plácidamente, echada boca arriba, con sus manitas junto a la cabeza. No quiso despertarla y se limitó a observarla.

Al poco, Maman entró en la habitación. Le hizo entender que debían hablar los tres para encontrar una solución. Su prima sólo había cuidado de su hija hasta entonces como ella le había pedido. Pero, cuando casi la había convencido de que no cogiese a la pequeña y se la llevara, escucharon la puerta y unos pasos rápidos y fuertes.

Abajo, la dulce voz de Celina parecía intentar tranquilizar al recién llegado. Néstor se enteraba de que su primera esposa estaba viva, y Maman y Laia esperaron una reacción que parecía no llegar nunca.

Unos minutos después, los fuertes pasos subieron la escalera, seguidos por los cortos de Celina. Cuando Néstor abrió la puerta de la habitación, estaba pálido.

–Hola, Néstor –dijo ella, como si se hubiese marchado ayer.

No le contestó. Se mantuvo de pie frente a ella mientras su rostro iba cambiando de expresión. Primero fue de sorpresa, después de

odio.

–¡Vete de aquí! –le susurró–. ¡Márchate de esta casa! –exclamó después con un grito.

Laia lo comprendió todo al instante. Aún estaba enfadado, aún la odiaba por no haberlo amado nunca. Ni siquiera su nueva esposa había conseguido mitigar el dolor y la rabia. Estiró los brazos hacia su hija; no volvería a marcharse sin ella. Cuando ya casi había conseguido levantarla, pues la niña no era el bebé que ella recordaba, Néstor la agarró del brazo y la retiró de la cama.

Laia sólo escuchó los gritos de Maman y de Celina intentando evitarlo, pero no era capaz de escuchar los de Néstor, ni sus amenazas ni sus sentencias. Él tiró de ella hasta sacarla de la habitación y obligarla a bajar por la escalera. Una vez abajo, recogió su bolso y su abrigo, se los dio y la echó de la casa.

Laia se escuchó a sí misma decirle que su matrimonio ya no era válido, que ella estaba viva y que no podría impedir que recuperase a su hija, pero Néstor no quiso escucharla. Cerró la puerta de golpe y se juró a sí mismo que nunca la dejaría entrar.

Días después, intentó convencerla con dinero, pero, aunque lo necesitaba, lo rechazó. Ni todo el dinero del mundo habría hecho que se olvidara de su hija.

La batalla duró meses, y después años. Laia le amenazó con presentarse ante un juez para demostrar que estaba viva. Con ello destrozaría a Celina, quien, de repente, sería una mujer soltera que vivía en pecado con un hombre casado. Como aquello no sirvió para doblegar el corazón de Néstor, amenazó después con acudir a la prensa. Toda la alta sociedad de la época se enteraría de su regreso y de lo que estaba ocurriendo en su casa, con el consiguiente rechazo para la familia.

Cuando contrató a un abogado para recuperar a su hija, se le cayó el mundo encima. El haber regresado de entre los muertos la convertía de nuevo en una mujer casada que se debía a su marido; los hijos eran propiedad de él, e incluso ella, y no podría volver a salir del país sin consentimiento de su esposo. No sólo no recuperaría nunca a su hija, sino que, además, debía quedarse en España y perder su libertad mientras Néstor no accediera a divorciarse, algo que deberían hacer fuera del país.

Laia lloraba sin descanso. Su vuelta había sido una desgracia para todos, ahora se daba cuenta. Incluso había desmontado la vida de Celina sin proponérselo, y era muy posible que destrozase también la de su hija; ahora no importaba demasiado, pero cuando fuese mayor necesitaría el apoyo de la sociedad. No podía llevársela lejos como

había planeado, y allí, en Madrid, el rechazo social era una lacra que podría marcarla para siempre.

Tras casi dos años de lucha, se rindió. Habló con Celina. Le pidió, con lágrimas en los ojos, que le dejase ver a la niña aunque fuese de lejos, en alguna salida al parque o en uno de sus paseos por la tarde con la niñera. Para la pequeña, ella sería un familiar lejano a la que invitarían a casa en algunas ocasiones. Y, a cambio, guardaría silencio hasta que Abigail fuese mayor de edad. Sólo entonces le explicarían la verdad.

Celina hizo lo posible para convencer a Néstor, y éste, pensando en que aún faltaba mucho tiempo para que la niña cumpliese los veintiuno, aceptó con tal de volver a tener tranquilidad.

Volvieron así a vivir como una familia Celina, él y la pequeña. Maman decidió vivir sola para poder ver a Laia cuando quisiera; murió pocos años después, feliz por haber recuperado a su hija pero triste por la guerra que ésta había tenido que librar y que había perdido.

Pero ni Néstor ni Celina le dijeron la verdad a su hija. Siempre esperando el momento, siempre con miedo a que les odiara, siempre con la esperanza de que un milagro los librase de aparecer ante sus ojos como unas malas personas que habían ocultado una verdad que siempre debió conocer.

Sin embargo, Laia nunca perdió la esperanza y siempre cumplió su parte. Mantuvo el silencio hasta que, tres años después de la fecha acordada, escribió una carta a su hija. Y la carta llegó con una amenaza. Encontraría el momento, ahora que Abi era mayor y no estaban con ella a todas horas. Se toparía con ella en cualquier lugar y le contaría todo personalmente.

Quería recuperar a su hija. Por ella, había vivido en Madrid todos esos años. Por ella, había perdido su libertad. Aunque nunca tuviese su amor, le diría la verdad, pero aún les daba la oportunidad de elegir cómo querían hacerlo. Les daba mucho más de lo que ellos le habían dado a ella nunca.

Había envido la carta a Néstor, a su oficina en la escuela de Cuatro Vientos, pero, como no obtuvo respuesta, unos días después lo llamó por teléfono. Él le prometió que le daría la carta.

Querida Abi,
Nada de lo que pueda decirte ahora te hará quererme, porque no es posible querer a quien apenas se conoce y nosotras nos hemos visto sólo en contadas ocasiones. A veces, en el parque,

jugaste con mi perrito, ése que ahora es ya tan mayor que casi no puedo sacarlo de casa. A veces, a la salida del colegio, me viste saludando a tu niñera, que me permitía acercarme a ti y acariciar tu preciosa carita. O en los días más señalados de tu vida, como tu comunión, en la iglesia pude verte con tu lindo vestido blanco y te regalé una pulsera de oro, que pareció gustarte muchísimo, y un libro de cuentos que, según me dijeron, leías una y otra vez antes de acostarte.

No te pediré tampoco que me quieras, porque sé que el amor es algo que no se puede solicitar y que se da casi sin voluntad propia. Yo también pretendí amar una vez, sin darme cuenta de que era imposible que mi corazón hiciera caso a mi mente, y así me lo demostró cuando me enamoré de un hombre que no era con quien yo me había casado. Así empezó la historia de amor con el hombre de mi vida, pero lo que no empieza bien es difícil que termine bien tampoco.

Te hablo de él porque esta carta no es sólo para presentarme, para que me conozcas a mí y sepas mi historia. También es para explicarte qué tienes tú que ver con ese hombre al que amé, tanto que tuve que alejarme de ti, aunque sólo temporalmente, para recuperarlo y salvar su vida. No lo conseguí, y te perdí a ti también, pero no me arrepiento de haberlo intentado. Tres años después, cuanto terminó la guerra en Europa y pude salir de la Francia ocupada, regresé a por ti, como había prometido que haría, sin él, sin su ayuda, sin su presencia, lo cual hizo que todo resultase más difícil.

Pero no puedo seguir escribiendo ni contándote mi historia sin decirte primero por qué te escribo. No es fácil decirle a una hija que eres su madre, lo reconozco. El corazón me late con fuerza y demasiado deprisa mientras escribo esta carta. Apenas puedo respirar, y el miedo se ha apoderado de mí, porque no sé si me vas a perdonar, si me vas a entender, si me vas a querer o me vas a odiar.

Cualquier cosa que decidas, la respetaré, pero te pido que, entre el laberinto de emociones que vas a sentir y la maraña de pensamientos encontrados que van a liar tu cabeza, dejes un hueco, un pequeño espacio vacío, para conocer el amor que te creó y que te dio la vida. Quizá si nos conoces, si sabes lo mucho que se amaron tus padres, puedas aprender a vivir con ello y ser la mujer libre que siempre he querido que seas.

Ya tendremos tiempo de hablar, de responder a todas tus

preguntas, de darte todas las explicaciones y de contarte todas las razones. Aún somos muy jóvenes las dos. Y quizá, al descubrir que has vivido sin saber la verdad toda tu vida, sea el mejor momento para romper con todo y ser tú misma por fin, para vivir tu propia libertad. Si desvelarte este secreto sirve al menos para eso, podré decir que no todo ha sido en vano.

A estas alturas de la carta, ya sabrás que soy tu madre, pero quizás aún no sepas que te amo con toda mi alma y que hice todo lo posible para no perderte, pero a veces la vida nos tiene reservado mucho dolor, y también personas que nos ponen obstáculos en nuestro camino. Ya no me importa el mío, sólo el tuyo es importante para mí. Por eso te pido que no dejes que nadie camine por ti ni te diga por dónde debes ir. Ni siquiera yo; mucho menos, yo.

Deseo que en tu vida haya un amor como el de tus padres, tan fuerte, tan grande que no importen los errores ni los golpes de la vida, porque el amor sigue existiendo, incluso a pesar de la muerte o la separación.

No te conformes, querida mía. No pares hasta que sientas en tu corazón ese amor que sabes que es de verdad, que te transforma en mejor persona y te llena. Ese amor que es capaz de todo, incluso de volar tan lejos que nadie pueda quitarte nunca tu libertad.

Ya es el momento de que vueles sola, querida Abi. Tu padre habría querido lo mismo para ti, lo sé. Él era un hombre libre al que llamaban «Wings» porque tenía alas de verdad. No olvides nunca que tú has heredado las tuyas de él.

Úsalas, Abi. Vuela…

Con todo el amor del mundo.

Tu madre, Laia.

* * *

Néstor no pudo negar a su hija lo que le pidió, que la llevara junto a su madre. Fue muy doloroso, pero al mismo tiempo se sentían felices por ella, y también por ellos mismos, pues ya no tendrían que seguir ocultando esa verdad que tanto daño les había causado Laia.

Abi volvió de Ibiza acompañada por un muchacho que ellos jamás habrían elegido para ella, pero sabían que ni sus opiniones ni su criterio importaban ya nada. Su hija era dueña de sí misma y de su

vida. Sólo les contó que lo amaba como él la amaba a ella, incluso como para aceptarla en sus circunstancias.

Fue un día de celebración. Laia se emocionó profundamente al ver a su hija ante su puerta. El abrazo fue largo e intenso, y las dos dejaron escapar algunas palabras al aire, cerca del oído de la otra. Laia pronunció «perdón» muchas veces, pero Abi le dijo otras tantas que no había nada que perdonar, que la culpa no había sido nunca suya y que ahora podían recuperar todo el tiempo perdido.

Entró sola. Quería estar únicamente con su madre. Lloraron mucho y rieron más. Laia le enseñó la única foto que tenía de su padre, vestido con el uniforme de piloto de la RAF, pese a ser estadounidense. Le contó que lo había enterrado en un lugar escondido en medio del bosque, en Francia, y le mostró luego las medallas que les habían otorgado como pilotos y héroes de guerra y una foto de su abuela, la madre de Wings. Abi se sorprendió al ver que su abuela era una mujer de color. Tenía muchas preguntas, pero Laia sabía muy poco. Aun así, le habló de su música, de las armoniosas melodías que salían de su trompeta, de lo guapísimo que era y de su pasión por volar.

Estuvieron casi toda la tarde hablando de Wings, pero también de ellas y de sus vidas, de lo que habían sufrido y lo que habían conseguido. Entonces Abi le contó que ella también quería dedicarse a la aviación, aunque todavía no eran tiempos fáciles para que las mujeres volaran. Y Laia lloró de emoción, en silencio, cuando su hija le desveló que iba a ser madre. Más tarde volvió a llorar cuando la niña nació. En ella vieron muchos rasgos físicos de Wings y de su madre.

Ya nunca más se separaron, hasta que Laia se marchó para siempre, a volar junto al hombre que tanto había amado, en un cielo que sólo ellos podían haber imaginado.

Y fueron felices todos esos años juntas con la pequeña Charlotte.

Laia cumplió su sueño final cuando subió a la niña al avión en el parque del Tibidabo. Allí, colgadas en la nada, con la sensación de vacío bajo su cuerpo, ya sabía que no le quedaba mucho tiempo, pero sí el suficiente para darle a su nieta el mejor de los regalos, aquel que no había podido darle a su hija pero que ésta había heredado.

Cogió la mano pequeña y temblorosa de su nieta y le pidió que abriera los ojos y mirase a su alrededor, desde donde comenzaban los edificios hasta el mar. La niña le hizo caso, y empezó a respirar por fin, sin miedo, escuchando el sonido paradisíaco a tantísimos pies de la tierra. Fue entonces cuando le murmuró aquello que tenía tanto significado para ella y que, cuando la dijo por primera vez, no tenía ni

la menor idea de lo mucho que iba a significar en el futuro:

–Hace una noche preciosa para volar.

FIN

Anexo

Un poco de historia aérea femenina

María Bernaldo de Quirós y Bustillo, madrileña e hija del marqués de Altares, en el año 1928 se hizo piloto con material Avro 616 Avian en la escuela del RACE del aeródromo de Getafe, siendo su profesor el entonces comandante Lecea. Tras obtener el título, adquirió una DH-60 Moth, con la que voló y participó en algunos festivales. Al inicio de la guerra civil realizó servicios «de enlace y reconocimiento» con avionetas. No hizo carrera en la aviación, pero a ella le corresponde el honor de ser la primera mujer piloto española.

La segunda de aquella época fue Margot Soriano Sánchez, hija del general de Ingenieros que fuera director de la Aeronáutica Militar (1924-1926). Educada en Francia, mantenía relaciones con José Mª Ansaldo y, en octubre de 1928, decidió hacerse piloto en la Escuela Estremera en Cuatro Vientos (Madrid). Recibió instrucción de vuelo de su prometido y obtuvo el título a finales de enero de 1929, pero la gran noticia sobre esta pareja es que el día 16 de febrero de aquel mismo año contrajeron matrimonio en un hangar en Cuatro Vientos, desde donde, recién casados, iniciaron su viaje de novios en avioneta.

La tercera española piloto fue Pilar San Miguel y Martínez-Campos, nieta del general Martínez Campos. Estaba casada con el laureado piloto militar Juan Antonio Ansaldo y tenían muy reciente el ejemplo de su cuñada Margot Soriano. Realizó el curso en la Escuela Estremera, siendo su marido el instructor que le dio el doble mando, obteniendo su título de piloto n.º 37 en septiembre de 1930. Voló poco, exclusivamente en una avioneta que había adquirido su esposo, la misma con la que tuvo el grave accidente que le costó la vida al general Sanjurjo en el mes de julio de 1936.

Bettina Inés Kadner Schilling (Madrid, 1947), piloto de aviación española de origen alemán, fue la primera mujer que en 1969, a los veintidós años, pilotó un avión de pasajeros en España y en Europa. Fue también la primera mujer comandante, en 1998. Se jubiló trabajando para Iberia en 2006. En 1969, venció la resistencia del Ministerio del Aire y consiguió la modificación del reglamento que impedía pilotar aviones comerciales a las mujeres. De esta forma, pasó a la historia de este país como la primera mujer a los mandos de un avión con pasajeros. Durante casi una década, fue la única chica en las cabinas de la aviación civil española. La madrileña tuvo que escuchar burlas de sus propios compañeros, quienes, por la radio, le decían: «¡Bettina, a la cocina!», pero ella no se dejó amedrentar.

El 11 de enero de 1911, una comisión militar propone al Ministerio de Guerra la adquisición de uso de terrenos en Cuatro Vientos, en Madrid, para la instalación de una escuela de pilotos. En invierno de 1911, comienzan las obras de construcción de los diversos edificios del aeródromo, que concluyen en marzo de 1912. En 1914, comienza la construcción de la torre de mando, la más antigua de España. En febrero de 1936, se autoriza Cuatro Vientos como aeropuerto alternativo de Barajas y comienza a funcionar como aeropuerto nacional a todos los efectos. Durante la guerra civil, el aeródromo es utilizado como base de escuadrillas de caza y bombardeo del gobierno republicano. Tras acabar la guerra, la Escuela Superior Aerotécnica se transforma en Academia Militar de Ingenieros Aeronáuticos y, años

después, en Escuela de Transmisiones.

El 1 de octubre de 1936 se creó la Escuela de Pilotos Militares de la Generalitat, en Barcelona, de la que formaron parte Mari Pepa Colomer y Dolors Vives, que ejercieron como profesoras.

Mari Pepa Colomer participó en operaciones de propaganda durante la guerra civil española en el bando republicano, en calidad de oficial del Ejército y, al término de la contienda, tuvo que exiliarse a Inglaterra, donde vivió el resto de su vida.

África Llamas de Rada provenía del mundo del cine y luchó por conseguir su sueño de pilotar aviones, aun teniendo que engañar sobre su edad para lograrlo. A falta de varios meses para cumplir los veintiuno, mintió para estudiar lo que le apasionaba. Compinchada con su hermana mayor, «sisaba» a sus padres el dinero necesario sin que ellos tuvieran conocimiento de sus actividades aeronáuticas. Obtuvo la titulación en 1932, de manos del director de Aviación Civil Álvarez Buylla, el mismo año en el que su futuro marido decidió cortarle las alas. Él no quería que su esposa fuese piloto, y el machismo imperante en la época pudo con las ilusiones y los deseos de una mujer que, un día, tocó el cielo con las manos.

En octubre de 1932, aterrizó un zepelín en el aeródromo de la Aeronaval, y fue visitado por un grupo de jóvenes. Entre ellos se encontraba Dolores Vives, que comenzaba de esta manera su contacto con el mundo aeronáutico. Iniciada la guerra civil, fue movilizada como piloto con el empleo de alférez, siendo su primer destino la Aeronáutica Naval. Realizó vuelos de reconocimiento con un material tan mal mantenido que le obligaba a volar por sensaciones, ya que carecía de instrumentos, incluyendo el anemómetro. Más adelante se encargó de algunas tareas administrativas y algunos vuelos de enlace y reconocimiento en avión terrestre. Al finalizar la guerra, permaneció en Barcelona al cuidado de sus padres y abandonó definitivamente la aviación.

Tras la guerra civil, la dictadura de Franco propició un vacío para la mujer aviadora, y no fue hasta los años 60 cuando Bettina Kadner (de padres alemanes) se convirtió en la primera mujer en pilotar un avión comercial en nuestro país, provocando no sólo cambios sociales, sino legislativos. Casi seis décadas después, solo un 5 % de los pilotos comerciales en España son mujeres.

La seguirían, entre otras, María Aburto y Rosa García Santolaya. La primera es, en la actualidad, la piloto más veterana de Iberia. Empezó como azafata y, posteriormente, se sacó el título de piloto, aunque «mis padres no podían pagarme una carrera tan cara». Ingresó en la compañía en 1985. Aún entonces no pasaba desapercibida para nadie. «Era una especie de bicho raro. Ibas por ahí de uniforme y te miraba todo el mundo. Aunque han pasado los años y todo ha cambiado, sigue habiendo pasajeros a los que les llama la atención». María, que ostenta el título de primera comandante de Iberia y es la primera mujer delegada sindical del SEPLA, asegura que «las pilotos aportamos una gran profesionalidad. Es algo propio de las mujeres, nos exigimos más porque nos miran con lupa».

Hace dos décadas que el colectivo femenino forma parte del ejército español; sin embargo, nunca una chica había conseguido ser piloto de caza y ataque hasta 2007, año en el que Rosa María García-Malea superó la especialidad, convirtiéndose en la primera mujer que puede pilotar aviones de combate.

Rosa García Santolaya es comandante de Spanair desde 1988. Desde pequeña tuvo clara su vocación: quería ser piloto; pero su madre no estaba de acuerdo, pues pensaba que, siendo un mundo de hombres, iba a sufrir mucho. Por eso la inscribió en un club de vuelo sin motor, intentando que a su hija se le quitara la idea de la cabeza. Sin embargo, el plan tuvo los efectos contrarios. Aquellos primeros vuelos en veleros le hicieron comprender que los aviones eran su gran pasión.

Mercè Martí Inglada, catalana de treinta y nueve años, se define como «aventurera, deportista y empresaria», se marchó a Estados Unidos para estudiar inglés, pero sus prioridades cambiaron y dejó el

atletismo (deporte que le fascinaba) por las aeronaves. A los diecisiete años se subió por primera vez a un avión. Aprovechó su estancia en Norteamérica para sacarse el título de piloto privado y comercial. Posteriormente, fundó una escuela de pilotos en Kentucky, en la que ejerció de instructora. Reconoce que, al regresar a España, le costó mucho hacerse un sitio. «Pero soy una persona luchadora y, cuanto más difícil, más gratificante es el triunfo», asegura. En España, ha trabajado como piloto comercial para Ibertrans y Spanair. [28]

Como el lector o lectora se habrá dado cuenta, sería demasiado complicado y extenso nombrar a todas las mujeres piloto españolas que existen hoy en día, por eso me he limitado a contar brevemente las historias de algunas de ellas, las primeras, las pioneras, y de los dos aeropuertos españoles más antiguos. El resto es historia que se construye día a día gracias a la pasión por volar de estas mujeres y a su espíritu libre, renovador, audaz y positivo. Sin ellas, el mundo sería muy distinto.

Las mujeres protagonistas de esta novela, Laia, Abigail y Charlotte, son producto de mi imaginación. Nacen tras una larga documentación, con la intención de acercar al lector la vida de algunas de estas mujeres.

* * *

Hay vocaciones que se llevan en la sangre y se heredan de unas personas a otras. Volar es una de ellas, escribir es otra.

El aire y la escritura no están tan alejados uno del otro, puesto que para que un avión mantenga su vuelo necesita encontrar una corriente de aire sobre la que mantenerse. Asimismo, la escritura requiere de un bello instante sobre el que iniciarse para luego desarrollarse hasta llegar al final de cada historia. Y lo mismo ocurre con el amor.

Mi madre trabajó como secretaria militar en aviación, en la escuela de Cuatro Vientos en Madrid, y ella está en esta novela como inspiración y como corazón de la historia, ya que siempre me dijo que aquella época fue de las mejores de su vida. No sé si la más feliz, pero sí en la que se sintió más libre. Por aquel entonces las mujeres dejaban de trabajar en cuanto decidían casarse. Mi madre también lo hizo, pero en su memoria siempre quedará el tiempo que pasó allí, rodeada de militares, desde sus apenas dieciocho años hasta los veinticuatro, cuando se casó con mi padre. Después nunca volvió a trabajar fuera de casa.

Más tarde, ya cuando cumplió ochenta, mi hermana mayor la llevó de visita a lo que queda hoy de la escuela militar, que ha sido

convertida en museo. Allí pudo rememorar, con lágrimas en los ojos, los bellos momentos vividos. Su imagen no aparecía en ninguna de las fotos; sin embargo, ella formaba parte de los cimientos que construyeron aquella escuela con cada día de trabajo y con una tierna sonrisa siempre en sus labios. Tanto ella como su hermana y una tía suya trabajaron en el mismo lugar, en distintos cargos, y siempre me transmitieron la idea de que una mujer debe alcanzar su independencia profesional y económica. Algunas de aquellas mujeres, como su tía, la mantuvieron hasta el final. Otras, como mi madre y su hermana, la perdieron por el camino de la vida, pero ninguna cambió jamás de opinión sobre este asunto. La recuerdo diciendo que tener dinero en el bolsillo tras un mes de duro trabajo era lo que las hacía sentirse personas. Quizá porque después, en su casa, dedicada a cuidar de su marido y de sus tres hijas, no siempre se sintió tan útil y valorada como entonces.

Esta historia está inspirada en esas mujeres valientes que han sido heroínas en sus casas y fuera de ellas, y pretende retratar la importancia de las que sentaron las bases para la libertad de las mujeres actuales, en una España en la que ser libre no era un adjetivo que las definiera. Todas y cada una de ellas ayudaron en la evolución del mundo día a día, con su esfuerzo y su valor.

La libertad femenina es tan necesaria para que el mundo siga avanzando que no alcanzo a entender por qué las mujeres aún tenemos que seguir luchando por ocupar el puesto que nos corresponde. Creo sinceramente que hombres y mujeres deberíamos ser compañeros de lucha, y no rivales, pues si algo nos une, más incluso que el deseo de libertad, es el amor.

Y por eso el amor es el eje principal de esta historia, junto con la capacidad de soñar, algo que también a aquellas mujeres les estaba prohibido. Tengo la absoluta certeza de que, cuando una mujer decide hacer algo, lo hace, pese a los obstáculos, a las mentes cerradas y retrógradas, a la inestable situación que la rodea e incluso pese al amor que pueda sentir por un hombre. Ésta es la lección que nos dieron estas mujeres y que nunca deberíamos olvidar en el presente.

Pero yo no estaría donde estoy de no ser por mis errores. Quizás habría sido más feliz de no haberlos cometido, o quizá no, pero es seguro que no sería quien soy ahora. Por ello, también dedico esta historia a las mujeres pilotos de hoy día, que han abierto la puerta a las generaciones futuras, consiguiendo que un espacio que antes sólo era propio del sexo masculino lo sea ahora también para el femenino. Enhorabuena a todas ellas, y muchas gracias.

«Un sueño es sólo un sueño, mientras una persona no decida hacerlo realidad».

Mar Cantero

Agradecimientos

A mi madre, porque, a pesar de que nunca le gustó volar, su mente era capaz de hacerlo con su imaginación cuando escribía historias, a escondidas durante la noche, mientras todos dormíamos. La escritura es una vocación que me transmitió y que yo continúo, y que parece que a veces se transmite no solo con el ejemplo recibido, sino también gracias a la naturaleza.

A María Jesús Romero, de MJR Agencia Literaria, pues, aunque sabes que volar alto cuesta mucho esfuerzo y requiere tiempo de calidad, has conseguido que mi vuelo se eleve a muchos pies de la tierra que piso. La fe en la creatividad y en el arte de las personas siempre produce resultados mágicos.

A Cristian, lo más parecido a un hijo que he tenido nunca, un maravilloso piloto que ama el aire tanto como yo el mar. Por tu positivismo y tu conocimiento de que hay algo más allá de la vida, a lo que estás conectado indiscutiblemente.

A mi nueva editora, Penélope Acero, a quien agradezco que haya creído en esta novela. Espero que este encuentro nuestro dé como resultado una larga y fructífera relación.

Y, por fin, a todas las mujeres que caminan y vuelan diariamente, frente a los obstáculos del machismo y la discriminación. A todas vosotras, ya sea en vuestras casas, en vuestras familias, en vuestro trabajo o en el lugar más lejano del mundo, os doy las gracias y os animo a continuar creyendo que todo es posible por vuestra voluntad y fe en vosotras mismas.

Notas

1 RAF: Real Fuerza Aérea británica.

2 La ciudad de Nueva Orleans fue fundada en 1718 por la familia Mikaelson, a fin de crear una ruta de comercio con los nativos americanos que fijaban sus tiendas entre el Misisipi y el lago Pontchartrain. Se convirtió en la capital de la Luisiana francesa en 1772.

3 *Ready!* : En inglés: ¡Lista! ¡Preparada!

4 «Más de lo que sabes, más de lo que sabes, chica de mi corazón, te amo tanto. Últimamente encuentro que estás en mi mente más de lo que sabes».

5 «Un billete para viajar». Referencia a la canción que cantan posteriormente, traducida en nota 12.

6 Los Pekenikes fue un grupo musical español que nació en 1959. Liderados por los hermanos Alfonso y Lucas Sainz, estaba integrado por cantantes y músicos españoles y filipinos, algunos de ellos alumnos del Instituto Ramiro de Maeztu de Madrid.

7 Torrebruno (Torino di Sangro, 1930-Madrid, 1998), fue un *showman* , actor, cantante y presentador cómico italiano afincado en España.

8 El *ye-ye* o *yeyé* fue un estilo de música muy popular entre la juventud en la década de los 60; no sólo en España, sino también en Francia, Italia y parte de Latinoamérica.

9 La plaza de toros de Las Ventas de Madrid es el mayor coso taurino de España.

10 Nathaniel Adams Coles (Montgomery, Alabama, 1919-Santa Mónica, California, 1965), más conocido como Nat «King» Cole, es uno de los grandes pianistas y cantantes de *jazz* .

11 La taquigrafia es una técnica de escritura en la que se utilizan ciertos signos y abreviaturas especiales para poder transcribir todo lo que dice alguien a la misma velocidad a la que habla.

12 «Creo que me voy a entristecer, creo que hoy, sí. La chica que me vuelve loco se va. Ella tiene un billete de bus, ella tiene un billete de bus, ella tiene un billete de bus, y no le preocupa».

13 «Sunny (“soleado”). Gracias por esa sonrisa en tu rostro. Hmm, Sunny. Gracias, gracias por brillo que muestra su gracia. Tú eres mi chispa del fuego de la naturaleza. Tú eres mi dulce y completo deseo. Mi sol, eres tan verdadera, te quiero».

14 «¿Cómo sienta? ¿Cómo sienta estar sin un hogar, como una completa desconocida, como una piedra que rueda (cuesta abajo)?».

15 Shangri-La es un lugar ficticio descrito en la novela *Horizontes perdidos* (1933), del británico James Hilton. Se describe como un valle místico y armonioso, enclavado en el extremo occidental de las montañas Kunlun. Por extensión, el término se aplica para describir cualquier paraíso terrenal, pero sobre todo a una utopía mítica del Himalaya: una tierra de felicidad permanente, aislada del mundo exterior; y las personas que viven en Shangri-La son casi inmortales.

16 La Fender Stratocaster, popularmente conocida como «Strato» en su abreviatura en español, *Strat* en inglés, es un modelo de guitarra eléctrica, diseñado por Leo Fender en 1954, que se sigue fabricando en la actualidad.

17 «Cabina asegurada» es el término que el sobrecargo o jefe de cabina utiliza para informar al resto de la tripulación de que los pasajeros están en sus sitios y el avión está preparado para despegar. También se usa durante las turbulencias para asegurar de que el pasaje está a salvo, sentado y con el cinturón puesto.

18 Howard Carter (Londres, 1874-1939) fue un célebre arqueólogo mundialmente conocido por descubrir en 1922 la tumba del rey Tutankamón en el Valle de los Reyes, frente a Luxor, en Egipto.

19 El templo funerario de Hatshepsut, construido en honor a Amon-Ra, el dios del Sol, y conocido como *Djeser-Djeseru* («La maravilla de las maravillas») se encuentra en el complejo de Deir el Bahari, sobre la franja occidental del río Nilo, cerca del Valle de los Reyes.

20 Hatshepsut, reina-faraón de la dinastía XVIII de Egipto, gobernó entre 1490 y 1468 a. C., con el nombre de «Maatkara Hatshepsut», y llegó a ser la mujer que más tiempo estuvo en «el trono de las Dos Tierras».

21 Senenmut (»hermano de Mut») fue un arquitecto y funcionario que alcanzó notable importancia durante el reinado de Hatshepsut, especialmente por su cargo de *chaty* (canciller real).

22 El burka o burqa puede referirse a dos formas de ropa tradicional de las mujeres en algunos países de religión islámica, principalmente Afganistán, donde es la vestimenta impuesta cuando están fuera de casa.

23 El judeoespañol o ladino es el idioma hablado por las comunidades judías descendientes de aquellos que vivieron en la península ibérica hasta 1492, los llamados sefardíes.

24 Sefarad es el nombre bíblico que la tradición judía ha identificado con la península ibérica (de ahí que con esa palabra se refieran tanto a España como Portugal). Al parecer, dicha identificación se produjo justo después de la expulsión de los judíos de España en 1492, y de ahí toman su nombre los sefardíes.

25 Hillah es una ciudad situada en el centro de Irak, sobre el rio Éufrates, a 100 kilómetros al sur de Bagdad.

26 Saludo árabe que significa «que la paz sea contigo».

27 «Cielo, estoy en el cielo. Y mi corazón late tanto que apenas puedo hablar. Y parece que encuentro la felicidad que busco. Cuando estamos juntos bailando mejilla con mejilla...».

28 Textos históricos sobre mujeres piloto españolas, extraídos de www.asociacióndepilotos.com, www.eldiario.es, blog.sandglasspatrol.com, y del número 318 de la revista *Avión Revue* (diciembre de 2008); autora: Sonia Vega.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
UNA PRECIOSA NOCHE PARA VOLAR
- Prólogo
- Laia
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15
  - 16
  - 17
  - 18
- Abigail
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15

16
17
18
Charlotte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
Epílogo: Celina
1
2
3
Anexo
Agradecimientos
Notas